

TOMO I

# HISTORIA DEL IMPERIO BIZANTINO

A. A. Vasiliev

Publicado originalmente en ruso en 1925 y traducido en 1929 al inglés y otros idiomas. Abarca la historia del imperio bizantino desde la fundación de Constantinopla en 330 hasta las Cruzadas en 1081. Una segunda parte publicada diez años más tarde recoge la historia del imperio desde las Cruzadas (año 1081) hasta su caída en manos de los turcos otomanos el 29 de Mayo de 1453. Desde esta fecha, precisamente, la oscuridad reinó para la verdadera historia del antiguo Imperio (y de sus particulares habitantes), el que fue durante los siglos siguientes considerado por occidente un ejemplo de decadencia y corrupción.





Alexander A. Vasiliev

# HISTORIA DEL IMPERIO BIZANTINO TOMO I

## De Constantino a las Cruzadas (324-1081)

**ePub r1.0**
**Rafowich** 07.07.15
**EDICIÓN DIGITAL**

Título original*History of the Byzantine Empire: Vol. 1: Constantine to the Crusades*
Alexander A. Vasiliev, 1925
Editor digital: Rafowich
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2015
Conversión a pdf: FS, 2018






# Tomo I

De Constantino a las Cruzadas (324-1081)

# Prefacio a la edición española

Una progresión que vale por una constante histórica quiere que los focos culturales se sucedan en el tiempo siguiendo el derrotero del sol. A tenor de esta ley singularmente patentizada en los pueblos costeros, y de modo especial en el Mediterráneo, para el oriental lo occidental es rústico e inexperto, y al revés: a los de acá los del otro, hijos de civilizaciones más antiguas, se les antojan decadentes y afeminados. Al extremo que, bizantino y bizantinismo son vocablos que en nuestra lengua cotidiana suenan a cosa banal o a excesiva sutileza. Nuestra tradición de hombres de Occidente, de francos, suele prevenirnos contra todo aquello que haga referencia a Bizancio. Aferrados al cómodo expediente de fechar en 476 la caída del Imperio romano; incluidos por la pluricelular tarea de la formación de nuestras nacionalidades y de hacer a la Iglesia independiente de la potestad civil, olvidamos con frecuencia que ese Imperio duró todavía mil años, defendiéndose bravamente de las naciones jóvenes que lo acosaban desde los cuatro puntos cardinales. Esa laboriosa gestación del mundo occidental, y la escisión consiguiente de la Iglesia, desembocaron en las Cruzadas —en un movimiento que, si no en la mente de sus promotores, en su desarrollo había de resultar fatal para el mantenimiento del Imperio de la Nueva Roma—. Los socorros de Europa no llegaron a la Constantinopla así puesta en trance de muerte, sino (aunque vanamente, ante el ímpetu otomano) a aquellas naciones

cortadas en el manto del antiguo Imperio. Esta es una lección que el historiador no puede olvidar, Y es curioso que, al paso que los propios francos en lucha con los bizantinos acabaron por asimilar la civilización oriental, el recuerdo de las Cruzadas siga figurando, en Occidente, entre las determinantes de nuestro desde hacia Bizancio al modo como la caída de Constantinopla, y la consiguiente diáspora de los sabios de la ciudad imperial, no valió a difundir la cultura bizantina mas que para reforzar el estudio de los clásicos griegos. Había sido menester llegar a los Finlay a los Bury, a Krumbacher, a la escuela francesa egregiamente presidida por Schlumberger y sobre todo por Charles Diehl, el gran orientalista recientemente fallecido, para que la civilización bizantina adquiriese a nuestros ojos el lugar destacado que le corresponde. Sin embargo, una rama considerable de los estudios bizantinos quedaba por incorporar al acervo occidental: la de la pléyade de cronistas e investigadores eslavos, y concretamente los de esa Rusia que se considera, no sin razón, hija y heredera de Bizancio. Ese vacío ha sido colmado con la magnífica obra de Alejandro Vasiliev que hoy tenemos el honor de presentar a los lectores de lengua española. Por vez primera se añaden aquí a los frutos de las modernas investigaciones occidentales los resultados conseguidos por la ciencia eslava. Con ello, no sólo se renuevan muchos puntos de vista, sino que se ha logrado una visión de conjunto que difícilmente podrá ser modificada, salvo en los detalles. Por las manos de Vasiliev, ha pasado cuanto se haya podido escribir acerca de Bizancio; todo ha sido puesto por él a contribución, todo ponderado y jerarquizado al escribir esta obra, imprescindible —pese a su carácter sumario— a cuantos se interesan en la historia europea de quince siglos acá.

No se crea, sin embargo, que la universalidad de los

conocimientos del autor haga prolijas las argumentaciones y árida la exposición. Enamorado del tema de sus estudios, el autor ruso traza brillantemente el cuadro de la existencia de Bizancio, incluso con pasión. Lo cual le lleva, tal cual vez, a presentar las cosas de Occidente de una manera que no concuerda con nuestras ideas al respecto. Sólo en esos casos y sin que ello encierre la menor censura al autor, nos hemos permitido traer a pie de página otros puntos de vista, por si ello ayuda al lector a, tener una visión total del problema.

También hemos creído oportuno acompañar el texto de esta obra ejemplar con un conjunto de ilustraciones, probablemente el más nutrido que hasta la fecha se haya publicado en España sobre Bizancio; con un índice onomástico, y con unos cuadros cronológicos, harto incompletos por desgracia. Con esto y la recomendación, al lector no especialmente preparado, de dejar para el final la lectura del primer capítulo de Vasiliev —en el cual se expone con tanta claridad como competencia el estado actual de los estudios bizantinos— ponemos punto a esta nota.

*Juan Ramón Masoliver*

# CAPÍTULO I. BREVE EXAMEN DE LOS TRABAJOS SOBRE HISTORIA BIZANTINA EN OCCIDENTE

## Los principios

La verdadera creadora del bizantinísmo científico fue la Francia del siglo 14 obras de la literatura clásica griega y romana. La literatura bizantina era casi desconocida en Italia, y no se mostraba gran interés por conocerla. Sin embargo, los continuos viajes que se hacían a Oriente, a fin de buscar manuscritos griegos y estudiar la lengua griega, convirtieron en necesidad, poco a poco, el renunciar a esa actitud sospechada y recelosa hacia la literatura griega medieval. Los primeros estudios sobre los escritores griegos, tanto clásicos como bizantinos, consistieron en traducciones de textos grecos en lengua latina. De todos modos, el interés que en los siglos XIV y XV se manifestó por la literatura bizantina, fue sólo accidental y quedó eclipsado enteramente por la atención que se dedicaba al mundo clásico.

En el siglo XVI y al comienzo del XVII, cambia la actitud hacia la historia y la literatura de Bizancio, y toda una serie

de autores bizantinos, si bien elegidos al azar y de desigual importancia entre sí, son editados en Alemania (por ejemplo, por Jerónimo Wolf), en los Países Bajos (por Meursius) y en Italia (aquí por dos griegos: Alemannus y Allatius [León]).

## Papel de Francia en el bizantinismo. La época de Du Cange

La época del Renacimiento italiano se interesó principalmente por el siglo XVII. Entonces, cuando la literatura francesa, en la brillante época de Luis XIV, se convertía en modelo para toda Europa; entonces, cuando reyes, ministros, obispos y particulares fundaban, en emulación, bibliotecas y reunían manuscritos; entonces, cuando se colmaba de honor y estima a los sabios distinguidos, entonces fue cuando el estudio de la historia bizantina encontró en Francia un lugar único.

Luis XIII, predecesor inmediato del Gran Rey, aprendió el griego y tradujo al francés los *Preceptos del diácono Agapito al emperador Justiniano*. El cardenal Mazarino, gran bibliófilo y coleccionador infatigable de manuscritos, creó una magnífica biblioteca, rica en numerosos manuscritos griegos, que después de la muerte del cardenal pasaron a la Biblioteca Real de París, hoy Biblioteca Nacional, y cuyo verdadero fundador había sido el rey Francisco I en el siglo XVI. Colbert, ilustre ministro de Luis XIV, administró a la vez la Biblioteca Real, consagrando sus cuidados a acrecer los tesoros científicos de la misma y a adquirir manuscritos en

el extranjero. La rica biblioteca particular de Colbert, en la que éste había reunido un número bastante grande de manuscrito griegos, fue comprada por el rey en el siglo XVIII para unirla a la Biblioteca Real. El cardenal De Richelieu había fundado en París una tipografía regia (la tipografía del Louvre), destinada a publicar las obras de los escritores eminentes de una manera digna de ellos. Los caracteres griegos de la Imprenta Real se distinguían por su belleza. En fin, en 1648, y bajo los auspicios de Luis XIV, salió de la tipografía regia el primer volumen de la primera Compilación de historiadores bizantinos, y sucesivamente aparecieron, hasta 1711, treinta y cuatro volúmenes en folio de esa publicación, cosa notable para la época y que no ha sido igualada aún, ni siquiera en nuestros días. El año en que se imprimió el primer tomo de esa Compilación, en París, el sabio francés Labbé (Labbaeus), publicó una *Llamada (Protrepticon) a los aficionados a la, historia bizantina*, señalando el particular interés de la historia del Imperio griego de Oriente «tan asombrosa por el número de sus acontecimientos, tan atrayente por su multiplicidad, tan notable por la solidez de su monarquía». Labbé procuraba persuadir, con todo calor, a los sabios europeos para que buscasen y publicaran los documentos enterrados bajo el polvo de las bibliotecas, prometiendo a todos los colaboradores de esa gran obra la gloria eterna, «más sólida que el mármol y el bronce»[1].

A la cabeza de la selección científica de la Francia del siglo XVII se halla el célebre erudito Du Cange (1610-1688), cuyas diversas y múltiples obras han conservado su vigor e importancia hasta nuestros días. Nació en Amiens, en 1610, y fue enviado por sus padres al colegio de los Jesuitas. Tras haber pasado algunos años en Orleans y París, donde estudió Derecho, volvió a su ciudad natal y allí se casó. De

su matrimonio tuvo diez hijos. Obligado a dejar Amiens en 1668, a raíz de una epidemia de peste, fue a establecerse en París, donde habitó hasta su muerte, ocurrida el 23 de octubre de 1688. Historiador y filólogo, arqueólogo y numismático, Du Cange, en todas sus disciplinas científicas se reveló un extraordinario entendido, un infatigable trabajador, un editor excelente, un investigador penetrante. Empero, a los cuarenta y cinco años no había publicado nada y su nombre no era conocido más allá de Amiens[2].

Ejecutó, pues, su gigantesca obra en los treinta y tres últimos años de su vida. No se creería que hubiese podido escribir tanto de no habernos llegado todos sus manuscritos, de su puño y letra. Su biógrafo escribe: «Un sabio del siglo XVIII exclamó, en un singular acceso de entusiasmo: ¿Cómo se puede haber leído tanto, pensado tanto, escrito tanto y haber sido durante cincuenta años casado y padre de una numerosa familia?»[3].

Entre las obras de Du Cange que interesan a la historia de Bizancio, han de notarse, sobre todo, la *Historia del Imperio de Constantinopla bajo los emperadores franceses* (al final de su vida Du Cange modificó esta obra, que no se ha publicado en su segunda edición sino en el siglo XIX); la *De Familiis Byzantinis*, donde se reúnen elementos genealógicos extremamente ricos, y la *Constantinopolis Christiana*, donde se establece el balance de todos los datos precisos y detallados que se poseen sobre la topografía de Constantinopla hasta 1453. Estas dos últimas obras llevan el título común de Historia Byzantina *duplici commentario illustrata*. Tres meses antes de morir, Du Cange publicó en dos volúmenes en folio el *Diccionario de la lengua griega de la Edad Media* («Glosario ad scriptores mediae et infimae graecitatis»), obra, según el bizantinista ruso V. G.

Vasilievsky, «desigual y en la que parece que debió haber trabajado toda una numerosa sociedad de sabios»[4]. Ésta es la última obra que Du Cange publicó en vida, y también la única de las suyas que no se publicó en París, sino en Lyon[5].

El Glosario de Du Cange es, aún hoy, un auxiliar indispensable, no sólo para los que se ocupan de la historia de Bizancio, sino para cuantos se interesan en la historia de la Edad Media en general. También pertenece a Du Cande la publicación, notable en todos sentidos, de una serie de obras de historiadores bizantinos importantes, con comentarios extremamente eruditos. Debe señalarse, en fin, la mucha trascendencia que tiene, en materia de historia bizantina, la inmensa obra de Du Cange titulada *Diccionario del latín de la Edad Media*, en tres volúmenes en folio («Glossarium ad scriptores mediae et infimae latinitatis»)[6].

Du Cange, que había tenido siempre una salud perfecta, cayó enfermo de repente en junio de 1688 y murió el 23 de octubre de aquel año, a los 78 de edad, rodeado por su mujer, hijos y amigos. Se le enterró en la iglesia de San Gervasio[7]... No queda huella alguna de su tumba. Una estrecha y apartada calle de París llámese todavía «Rué Ducange»[8].

Pero no fue Du Cange el único que trabajaba entonces aquellas disciplinas. En la misma época, Mabillon publicó su inmortal *Diplomática* («De re diplomática»), con la que fundó una ciencia nueva en absoluto, basada en los documentos y las actas. A principios del siglo XVIII, Montfaucon editó una obra capital, que no ha perdido importancia en nuestros días: la *Paleografía griega*. A la primera mitad del siglo XVIII se remonta, igualmente, la gran obra del benedictino Banduri —que vivió y escribió en París —, *El Imperio de Oriente* («Imperium Oriéntale») y también

la importante obra del dominicano Le Quien, *El Oriente cristiano* («Oriens Christianus»), donde se reúnen datos muy ricos sobre la historia —y en especial sobre la historia de la Iglesia— del Oriente cristiano.

Así, hasta mediados del siglo XVIII, Francia se encontraba, sin discusión, a la cabeza del bizantinísmo, y varias obras de sus sabios de entonces han mantenido su importancia hasta nuestros días.

## El siglo XVIII, la revolución y el imperio

Pero en el curso del mismo siglo, las circunstancias cambiaron. A Francia, al llegar a aquella «Edad de la Razón» señalada por su negación del pasado, por su escepticismo religioso, por su crítica violenta del poder monárquico y de la autoridad religiosa, no podía interesarle ya Bizancio. Toda la historia de la Edad Media fue considerada entonces como época «gótica», bárbara, fuente de ignorancia y de tinieblas. Y Bizancio, dado el punto de vista preconcebido y convencional que se tenía a su respecto, proporcionaba a los espíritus avanzados de la Francia del siglo XVIII redoblados motivos de resentimiento contra el Estado bizantino. La idea de un poder monárquico absoluto en Bizancio y la profunda influencia del clero bizantino, eran, sobre todo, los elementos que los filósofos franceses del siglo XVIII no podían aceptar. No habiéndose ocupado nunca profundamente de historia bizantina, y no viendo sino su lado externo, a veces

puramente anecdótico, los mejores ingenios del siglo XVIII formulaban juicios muy severos sobre la historia medieval de Bizancio. Voltaire, tras condenar la historia romana de la época imperial, añade que hay otra historia «más ridícula aún» que la romana según Tácito: la historia bizantina. Ese «indigno conjunto» no contiene más que declamaciones y milagros y «es el oprobio del espíritu humano, como el Imperio griego era el oprobio de la tierra. Los turcos son, al menos, más sensatos: vencieron, gozaron y escribieron muy poco»[9]. Montesquieu, historiador de mérito, escribe que a partir del principio del siglo VII, la historia del Imperio griego no es más que un tejido de revueltas, de sediciones y de perfidias[10].

También bajo la influencia de las ideas del siglo XVIII escribe, como se verá después, el célebre historiador inglés Gibbon.

La actitud desdeñosa y negativa que se empieza a tomar respecto a la historia de Bizancio en la segunda mitad del siglo XVIII sobrevive a la época de la Revolución. En el siglo XIX, tal modo de ver se torna, por decirlo así, en opinión corriente.

El celebre filósofo alemán Hegel (1770-1831) escribe en su Curso de *Historia de la filosofía*: «El Imperio bizantino estaba en el interior desgarrado por pasiones de toda suerte y en el exterior amenazado por los bárbaros, a quienes los emperadores sólo podían oponer una débil resistencia. El Estado se encontraba en una situación continuamente peligrosa, y nos ofrece un repugnante cuadro de flaquezas donde las pasiones miserables, e incluso absurdas, no dan nada grande, ni en las ideas, ni en los actos, ni en las personas. Revueltas de jefes, caídas de emperadores, arrastrados por aquellos o bien por las intrigas de los

cortesanos; muertes o envenenamientos de soberanos debidos a sus propias esposas o a sus hijos, mujeres dando libre curso a toda clase de deseos y rebajándose a hechos deshonrosos, tales son las escenas que desarrolla ante nuestros ojos esa historia, hasta que el decadente edificio del Imperio romano de Oriente es demolido a mediados del siglo XV por la vigorosa potencia de los turcos»[11].

Los hombres de Estado citaban Bizancio como un ejemplo imposible de seguir. Así, Napoleón I, en la época de los Cien Días (junio de 1815), hablaba a las Cámaras con las palabras siguientes: «Ayudadme a salvar la patria. No imitemos el ejemplo del Bajo Imperio, que, presionado de todos lados por los bárbaros, se hizo la irrisión de la posteridad ocupándose de discusiones abstractas en el momento en que el ariete destrozaba las puertas de la ciudad»[12].

Hacia la mitad del siglo XIX, la opinión de los ambientes científicos respecto a la Edad Media se modificó. Después de la tormenta de la época revolucionaria y de las guerras napoleónicas, Europa contempló el Medievo de manera diferente. Se manifestó un interés profundo por el estudio de aquella historia «gótica, bárbara», y se comenzó de nuevo a dedicar cierto interés a la historia bizantina medieval.

En la presente ojeada no cabe mencionar más que las obras generales concernientes a la historia de Bizancio. Los estudios monográficos más importantes se indicarán después de la exposición de los hechos en sí, al final de los capítulos respectivos.

## Montesquieu

En la primera mitad del siglo XVIII, uno de los más ilustres representantes de la «Edad de la Razón», Montesquieu (1689-1755), escribió sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos y su decadencia*, aparecidas en 1734. La primera parte de esa obra ofrece un breve resumen ingeniosamente concebido y lleno de talento en la ejecución —aunque influido, desde luego, por las ideas del siglo XVIII —, de la evolución de la historia romana desde los orígenes de Roma. Los cuatro últimos capítulos se consagran a la época bizantina, y el autor termina su exposición con la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. Este solo hecho muestra que Montesquieu, con razón, consideraba que la historia llamada bizantina no era sino la continuación directa de la historia romana. Según sus propias expresiones, sólo desde la segunda mitad del siglo VI procede llamar al Imperio romano «Imperio griego». Montesquieu juzga con extrema severidad la historia de este Imperio. Hemos citado ya uno de sus juicios. Para él, Bizancio presenta tal acumulación de vicios orgánicos en su estructura social, su vida religiosa y su organización militar, que sólo difícilmente se llega a imaginar cómo un mecanismo tan deteriorado pudo subsistir hasta mediados del siglo XV. Al hacerse él mismo esta pregunta en el capítulo XXIII y último, Montesquieu da como razones de la duración del Imperio las discordias de los árabes victoriosos; la invención del «fuego griego»; el floreciente comercio de Constantinopla y el establecimiento definitivo, en las orillas del Danubio, de varios pueblos bárbaros que, habiéndose fijado allí, servían de valladar contra otros bárbaros. «Así —escribe el autor—, mientras el Estado se hallaba postrado bajo un mal gobierno,

causas particulares lo sostenían». El Imperio de los últimos Paleólogos, amenazado por los turcos, reducido a los arrabales de Constantinopla, recuerda a Montesquieu el Rin, «que no es más que un arroyo cuando se pierde en el océano».

Aunque no se ocupase especialmente de la historia de Bizancio, y aunque pagara tributo al movimiento ideológico del siglo XVIII, hostil a sabiendas a dicho Imperio, Montesquieu, sin embargo, nos ha legado páginas en extremo fecundas sobre la época del Imperio medieval de Oriente, y esas páginas se leen todavía ahora con mucho interés y provecho.

Uno de los más eminentes críticos de Montesquieu (Sorel) escribe, respecto a las *Consideraciones*: «Los capítulos sobre Bizancio no son más que una ojeada y un sumario; pero una ojeada genial y el sumario de una obra maestra»[13].

## Gibbon

El mismo siglo XVIII dio a la Ciencia el nombre del historiador inglés Eduardo Gibbon (1737-1794), autor de la célebre obra: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*. Gibbon ha dejado también una de las mejores autobiografías que existen. Su reciente editor inglés (Birkbeck Hill) ha dicho de ella: «Es tan corta, que puede leerse a la luz de un solo par de bujías; es tan interesante por su contenido y por los giros de espíritu y de estilo que desvela, que en su segunda y tercera lecturas ofrece un

placer casi tan grande como en la primera[14]».

Gibbon nació el 27 de abril de 1737, recibió la primera educación en Westminster y fue enviado en 1752 al Magdalen College, en Oxford. Tras corta permanencia en este lugar, marchó a Lausana, donde se instaló en casa de un calvinista. Los cinco años que allí permaneció dejaron una huella imborrable en su espíritu. Pasó la mayor parte de su tiempo en leer los clásicos y las obras históricas y filosóficas más serias y aprendió perfectamente el francés. Suiza se tornó para él en una segunda patria.

«Yo había dejado de ser inglés —escribe. En esa tierna época de mi juventud, de los dieciséis a los veintiún años, todas mis opiniones, costumbres y sentimientos habían sido arrojados en un molde extranjero; el recuerdo débil y alejado de Inglaterra se había borrado casi. Mi misma lengua se me había vuelto menos familiar, y de buena gana hubiese aceptado la oferta de una independencia moderada al precio de un destierro perpetuo»[15].

En Lausana, Gibbon vio al «hombre más extraordinario de esta época, el poeta, el historiador y el filósofo», es decir, Voltaire[16].

De regreso en Londres, Gibbon publicó, en 1761, su primera obra, escrita en francés: *Ensayo sobre el estudio de la literatura*, que tuvo una acogida muy favorable en Francia y en Holanda, pero muy fría en Inglaterra.

Tras servir dos años y medio en la milicia de Hampshire, en el transcurso de las hostilidades que estallaron entre Francia e Inglaterra (la Guerra de Siete Años), Gibbon, en 1763, volvió, pasando por París, a su amada Lausana, y el mismo año hizo un viaje a Italia, visitando Florencia, Roma, Nápoles, Venecia y otras ciudades italianas.

Su estancia en Roma tuvo primordial importancia para

su posterior actividad científica, porque le sugirió la idea de escribir la historia de la Ciudad Eterna.

«El 15 de octubre de 1764 —escribe Gibbon—, yo estaba sentado, soñando, en medio de las ruinas del Capitolio, mientras los monjes descalzos cantaban vísperas en el Templo de Júpiter. En este instante brotó en mi espíritu por primera vez la idea de escribir la historia de la decadencia y caída de Roma»[17].

El plan primitivo de Gibbon era escribir la historia de la caída de la ciudad de Roma y no del Imperio romano. Sólo algo después se ensanchó su concepción. Al fin, Gibbon escribió la *Historia del Imperio romano de Occidente y del Imperio romano de Oriente*, llevando la historia del último hasta la toma de Constantinopla en 1453.

De regreso por segunda vez en Londres, Gibbon empleó toda su actividad en reunir materiales para la obra que había meditado.

En 1776 apareció el primer volumen de su obra, que comenzaba por la época de Augusto. Su éxito fue extraordinario: la primera edición se agotó en pocos días. Según las propias palabras de Gibbon, su libro «se encontraba sobre todas las mesas y casi sobre todos los tocadores»[18]. Los volúmenes siguientes de su *Historia*, que contenían los capítulos sobre el Cristianismo y en los cuales se esclarecían las ideas religiosas del autor —en relación, por supuesto, con el espíritu del siglo XVIII— desencadenaron una tempestad de críticas, sobre todo entre los católicos de Italia.

Gibbon había «acariciado siempre la idea» de que Lausana, «escuela de su juventud, se convirtiera en retiro de su edad avanzada». Veinte años después de su segunda partida de Lausana, Gibbon, teniendo bastantes recursos para llevar una vida independiente, volvió a su ciudad

preferida, donde terminó su historia. He aquí los términos en que describe el autor el momento en que puso punto final a su obra de varios años: «El día, o más bien la noche del 27 de junio de 1787, entre las once y las doce de la noche, en el jardín de mi casa de verano, escribí las últimas líneas de la última página. Después de posar la pluma, di varios paseos bajo un plantel de acacias, desde donde la vista domina y se extiende por la campiña, el lago, las montañas. El aire era templado, el cielo sereno, el globo argentado de la luna se reflejaba en las aguas y toda la naturaleza estaba silenciosa. No disimularé mis primeras emociones de alegría en aquel instante de la recuperación de mi libertad, y acaso del establecimiento de mi reputación. Pero muy pronto mi orgullo fue humillado y una pensativa melancolía se apoderó de mi espíritu a la idea de que me había despedido de un antiguo y agradable compañero y de que, cualquiera que pudiese ser la duración futura de mi historia, la precaria vida del historiador no podía ser larga[19]».

Entre tanto, estalló la Revolución Francesa, forzando a Gibbon a volver a Inglaterra, donde murió en enero de 1794.

Gibbon pertenece al corto número de escritores que ocupan lugar eminente tanto en literatura como en historia. Es un excelente estilista. Un bizantinista contemporáneo le compara a Tucídides y a Tácito[20].

Aunque reflejando, en general, las tendencias de su época, Gibbon expresa en su historia una idea que le es propia y define así: «Describo el triunfo de la barbarie y de la religión», o sea que, en otras palabras, el desarrollo histórico de las sociedades humanas a partir del siglo II de J. C. señalaría, según él, una regresión. Evidentemente, los capítulos de Gibbon sobre el Cristianismo no tienen en la época actual un gran valor histórico. Pero no ha de olvidarse

que, desde los tiempos de Gibbon, el número de documentos históricos ha aumentado extraordinariamente; que los problemas de la historia han cambiado; que ha aparecido la crítica de las fuentes; que la dependencia recíproca de aquélla y éstas ha sido reconocida y que las disciplinas auxiliares de la historia, como la numismática, la epigrafía, la sigilografía o ciencia de los sellos, y la papirología, han recibido derechos de ciudadanía. Todo esto debe tenerse presente en el ánimo cuando se lee la historia de Gibbon.

Gibbon, que no poseía lo bastante la lengua griega, tenía para la época anterior al 518 —año de la muerte del emperador Anastasio I— un excelente predecesor y guía, al que debe mucho: el historiador francés Tillemont, autor de una obra, famosa en su tiempo, sobre la *Historia de los emperadores* (seis volúmenes, Bruselas, 1692), que llegaba hasta 518. Gibbon escribió la parte de su historia correspondiente a esa época, con más detalles y más cuidado.

Pero en la historia posterior, es decir, la del Imperio romano de Oriente o bizantino, que para el caso es lo que nos interesa más, Gibbon, que halló obstáculos mucho más difíciles de vencer y se encontraba muy sometido a la influencia de las ideas del siglo XVIII, no logró llevar a cabo su tarea con pleno éxito.

El historiador inglés Freeman escribe: «Gibbon, con todas sus extraordinarias facultades de síntesis y condensación, que no aparecen en sitio alguno de manera tan enérgica como en sus capítulos bizantinos; con sus vividas descripciones; con su arte de sugestión, aún más penetrante, posee, incluso, un estilo que de seguro no puede inspirar consideración y estima para los personajes y los períodos de que habla, ni conducir a numerosas personas a

estudiarlos de manera más detallada. Su innegable talento, hecho de burlas y depreciaciones, le guía a todo lo largo de su obra. Subraya de modo excesivo las anécdotas que muestran el lado débil o risible de una cierta época o un cierto personaje y es incapaz de admirar con entusiasmo a alguien o a algo. Casi toda su historia, contada de esa manera, ha de dejar penetrar en el ánimo del lector, ante todo, su lado vil… Quizá ninguna historia habría podido pasar sin daño a través de semejante prueba y la historia bizantina era, entre todas, la menos capaz de soportar parecido trato»[21].

Por todas esas razones, la historia bizantina, expuesta por Gibbon con cuantas particularidades son propias a éste, queda presentada por él bajo una falsa luz. La historia privada y los asuntos de familia de todos los emperadores, desde los hijos de Heraclio a Isaac el Ángel, aparecen condensados en un solo capítulo. «Tal manera de tratar la cuestión corresponde en absoluto con la actitud despreciativa del autor hacia el Imperio bizantino, o Bajo Imperio», escribe Bury[22].

El punto de vista de Gibbon sobre la historia interior del Imperio a partir de Heraclio no sólo peca por su carácter superficial, sino que falsea por completo la presentación e interpretación de los hechos. Con todo, no ha de perderse de vista que, en tiempos de Gibbon, había épocas enteras aun en sombras y sin trillar: así la época de la «*disputa de las imágenes*», la historia social de los siglos X y XI, etc. Pese a los graves defectos y lagunas de la obra, y en especial si éstos se tienen siempre presentes en el ánimo, el libro de Gibbon puede ser leído con fruto e interés incluso en nuestros días.

La primera edición de la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, de Gibbon, apareció en seis volúmenes,

en Londres, de 1776 a 1788, y desde entonces se sucedieron una serie de ediciones. A fines del siglo XIX, el bizantinista inglés Bury reeditó la *Historia* de Gibbon, dotándola de comentarios preciosos y de gran número de adiciones interesantes y nuevas sobre diversas cuestiones, así como de un índice perfecto (Londres, 1896-1900, 7 vols.). El fin de Bury era mostrar prácticamente los progresos de la ciencia histórica desde la época de Gibbon. La obra de este último está traducido a casi todas las lenguas europeas. Hasta la aparición de la edición de Bury, era la traducción francesa la que presentaba más interés, gracias al comentario crítico e histórico del célebre historiador y estadista francés Guizot. Esa traducción apareció, en crece volúmenes, en París, en 1828. En lengua rusa, la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, traducida por Nieviedomski, se publicó en Moscú, en siete volúmenes, en los años 1883-1886.

## Lebeau

La actitud negativa manifestada respecto a Bizancio por los mejores representantes del pensamiento francés del siglo XVIII, no impidió al francés Lebeau, en la segunda mitad del mismo siglo, exponer en veintiún volúmenes, y con abundancia de detalles, los hechos de la historia bizantina. Lebeau, que no conocía bien la lengua griega, se sirvió, en general, de traducciones latinas y manejó las fuentes sin preocupación crítica alguna. Dio a su compilación el título de *Historia del Bajo Imperio* (1757-1786), y ese título fue por largo tiempo el símbolo de la actitud desdeñosa que se

mantenía respecto al Imperio bizantino (ya que la palabra «Bajo» tiene, en efecto, dos sentidos, según se piense en el espacio o en el tiempo. Lebeau pensaba en el primer sentido, el peyorativo). La *Historia* de Lebeau, continuada por otra persona hasta alcanzar veintisiete volúmenes, no tiene hoy gran importancia.

En el siglo XIX, la obra se publicó de nuevo (21 vols., París, 1824-1836), previa revisión y con aditamentos debidos a fuentes orientales. De esto se encargaron los dos orientalistas Saint-Martin y Brosset, el primero especialista de historia armenia y el segundo de historia georgiana. La nueva edición, merced a las numerosas adiciones proporcionadas por las fuentes orientales, sobre todo armenias, puede presentar algún interés, incluso hoy.

## Royou

En la época napoleónica apareció en francés la compilación, en 9 volúmenes, de J. C. Royou —periodista y abogado bajo el Directorio, y censor teatral bajo la Restauración—, que lleva el mismo título que la de Lebeau: *Historia del Bajo Imperio desde Constantino hasta la toma de Constantinopla* en 1453 (París, año XII, 1803). El autor, después de declarar en el prefacio que la mayoría de las historias escritas en francés deben ser rehechas y refundidas, sobre todo las del «Bajo Imperio», arremete contra Lebeau, a quien «a pesar de algunos méritos, apenas puede leérsele». Según Royou, Lebeau ha olvidado que ola historia no debe

ser el relato de los acontecimientos que han pasado en el mundo entero, sino de los que presentan algún interés. Lo que no tiene por objeto la instrucción ni el placer, debe, sin titubeos, ser sacrificado.

El autor estima que «observando las causas de la caída de los Estados, se pueden hallar los medios de evitarla, o al menos de retardarla…». «Finalmente, en Constantinopla se puede, por decirlo así, seguir, con cierto placer, la sombra del Imperio romano, y ese espectáculo atrae hasta el último momento»[23]. Esta obra de Royou, poco original y a menudo anecdótica, no va acompañada de referencia alguna. Por las opiniones citadas cabe darse cuenta del poco valor de la obra de Royou.

# Los siglos XIX y XX

## Finlay

Las obras generales de alguna importancia que tratan de la historia de Bizancio, no empiezan a aparecer sino hacia mediados del siglo XIX.

La historia bizantina adelanta un gran paso con los libros del historiador Jorge Finlay, autor de una *Historia de Grecia desde la conquista romana hasta nuestros días* (de 146 a. J. C.

a 1864). Finlay, como Gibbon, ha dejado una autobiografía donde cabe averiguar los principales hechos de su apasionante existencia, que ejerció un influjo seguro sobre la creación de su obra. Finlay nació en Inglaterra en diciembre de 1799, y allí recibió su primera educación. Después, deseando hacerse abogado, fue a perfeccionarse en Derecho romano en la ciudad alemana de Goettingen. El tío del joven Finlay le dijo al despedirse: «Ea, Jorge, espero que te apliques al Derecho romano. Pero supongo que visitarás Grecia antes de que yo vuelva a verte»[24]. Las palabras del tío resultaron proféticas. La revolución griega, que estallaba entonces, atraía sobre Grecia la atención de toda Europa. En vez de aplicarse al Derecho romano, Finlay leyó obras sobre Grecia, estudió la lengua griega y decidió, en 1823, visitar Grecia, para estudiar la vida del pueblo que le había seducido y también para ilustrarse sobre las posibilidades de éxito de la insurrección griega.

Durante su estancia en Grecia en 1823-24, Finlay encontró muchas veces a Byron, que, como todos saben, había ido a defender la causa de aquella nación y allí halló un fin prematuro. En 1827, tras una corta temporada en Inglaterra, Finlay volvió a Grecia, participando en la expedición del general Gordon para desbloquear Atenas. Al fin, la llegada del conde Capo d'Istria en calidad de presidente de la República griega, y la protección de tres grandes potencias, dieron a los griegos la promesa, con palabras de Finlay, de «una época de progreso apacible». Proheleno convencido, animado de una fe profunda en el porvenir del nuevo Estado, Finlay, en su entusiasmo, decidió establecerse para siempre en el suelo de la antigua Hélade, y adquirió en Grecia una propiedad en la que gastó toda su fortuna. En esa época concibió la idea de escribir la *Historia de la revolución griega*. Finlay murió en Atenas en enero de

1876. Su deseo de escribir una historia de la revolución griega le había forzado a ocuparse del pasado de Grecia. Poco a poco se vieron aparecer, gracias a la pluma de Finlay, una serie de trabajos monográficos sobre la historia griega. En 1844 publicó *Grecia bajo los romanos* («Greece under the Romans»), que abarcaba los sucesos comprendidos entre el 146 a. J. C. y el 717 d. J. C. En 1854 se editó su obra en dos volúmenes, *Historia de Bizancio y del Imperio griego* desde 761 a 1455. Siguieron dos obras sobre la historia griega moderna y contemporánea. Más tarde, el autor revisó todas sus obras y preparó una nueva edición. Pero murió antes de realizar plenamente su sueño. Después de su muerte, su *Historia de Grecia desde la conquista romana hasta nuestros días* (146 a. J. C.-1864), fue editada por Tozer en 1877 en siete volúmenes, Tozer publicó en el primer tomo la autobiografía de Finlay. Esta última edición es la que debe utilizarse hoy. Para Finlay, la historia de Grecia bajo la dominación extranjera «nos narra la decadencia y las desgracias de esta nación que, en la antigüedad, alcanzó el más alto grado de civilización». Dos mil años de sufrimientos «no han podido borrar el carácter nacional, ahogar el amor propio nacional. La historia de un pueblo que ha conservado durante siglos su lengua, su nacionalidad y una energía resucitada con bastante potencia para permitirse formar un Estado independiente, no debe desdeñarse. La vida de Grecia durante los largos años de su esclavitud no ha sido la vida de un pueblo uniforme mente degenerado. Bajo la dominación de los romanos, y después bajo la de los turcos, los griegos no representan más que un elemento ínfimo en un inmenso Imperio. Dado su carácter pacífico, no desempeñan un papel político considerable, y las numerosas revoluciones y revueltas de importancia que se producen bajo los emperadores y los sultanes no ejercen influencia directa

sobre Grecia. Por eso, ni la historia general del Imperio romano ni la historia general del Imperio otomano forman parte integrante de la historia griega. Muy diversamente sucedió bajo los emperadores bizantinos: entonces los griegos se identificaron, por decirlo así, con la administración imperial. Esos cambios en la situación política de la nación griega en el curso de las edades, exigen al historiador que use métodos diferentes para exponer a la luz los rasgos característicos de los diversos períodos»[25].

Finlay divide la Historia de Grecia bajo la dominación extranjera en seis períodos:

1. El primer período abraza la historia de Grecia bajo la dominación de Roma. Este período de la influencia preponderante de Roma no termina sino en la primera mitad del siglo VIII, con el advenimiento de León el Isáurico, que da un carácter nuevo a la administración de Constantinopla.

2. El segundo período abarca la historia del Imperio romano de Oriente bajo su nueva forma, con el nombre convencional de Imperio Bizantino. La historia de ese despotismo mitigado, renovado y vuelto a renovar por los emperadores iconoclastas, presenta una de las lecciones más notables e instructivas de la historia de las instituciones monárquicas. En tal período, la historia de Grecia se mezcla íntimamente a los anales del gobierno imperial, de donde se desprende que la historia del Imperio bizantino forma parte de la historia del pueblo griego. La historia de Bizancio dura desde León el Isáurico (715) hasta la toma de Constantinopla por los cruzados (1204).

3. Después de la caída del Imperio romano de Oriente, la historia de Grecia sigue caminos divergentes y varios. Los griegos desterrados de Constantinopla («*romano-griegos*», dice Finlay), se refugiaron en Asia, instalaron su capital en

Nicea, continuaron la administración imperial en algunas provincias según el antiguo modo y las antiguas denominaciones, y recuperaron Constantinopla al cabo de una sesentona de años. Pero aunque su gobierno conservase orgullosamente el apelativo de Imperio romano, no eran más que sus representantes degenerados, incluso en relación al Estado bizantino. Este tercer período puede ser llamado «el Imperio griego de Constantinopla». Su impotente existencia fue aniquilada por los turcos osmanlíes con la toma de Constantinopla en 1453.

4. Los cruzados, después de conquistar la mayor parte del Imperio bizantino, se distribuyeron sus conquistas con los venecianos y fundaron el Imperio latino de Romania[26], con principados feudales en Grecia. La dominación de los latinos es un hecho muy importante, que muestra bien la decadencia de la influencia griega en Oriente y en el cual reside a la vez la causa del rápido empobrecimiento y disminución de la nación griega. Este período dura desde la toma de Constantinopla por los cruzados, en 1204, a la conquista de la isla de Naxos por los turcos, en 1566.

5. La toma de Constantinopla en 1204 llevó a la fundación de un nuevo Estado griego en las provincias orientales del Imperio bizantino, conociéndose tal Estado por el nombre de Imperio de Trebisonda. La existencia de éste representa un curioso episodio de la historia griega, aunque su gobierno se hiciese notar por particularidades delatoras del influjo de costumbres asiáticas más que europeas. Ofrece, en efecto, mucha semejanza con los reinos armenios y georgianos. Durante dos siglos y medio, el Imperio de Trebisonda ejerció una influencia bastante grande, fundada más en su situación y sus recursos comerciales que en su fuerza política o su civilización griega. Su existencia gravitó poco sobre el destino de Grecia y su

caída en 1461 produjo escasas lamentaciones.

6. El sexto y último período de la historia de Grecia bajo la dominación extranjera, se prolonga de 1453 a 1821 y abarca la época del gobierno turco y la ocupación temporal del Peloponeso por la República Veneciana, de 1685 a 1715[27].

Como se ha hecho notar más arriba, la obra de Finlay señala un gran progreso en el estudio de la historia de Bizancio. Si bien su división de la historia griega en períodos es, como toda división esquemática de este género, discutible, el autor, sin duda, tiene el mérito de haber sido el primero en atraer la atención sobre la historia interna del Estado bizantino, es decir, sobre sus instituciones jurídicas, sociales, económicas, etc. Cierto que no se trata de una serie de estudios profundos y originales —no existentes, por otra parte, ni aun a la hora de hoy—, y cierto también que la mayoría de las páginas que Finlay consagra a la historia interior tienen a veces como fundamento consideraciones generales y analogías con sucesos de la historia contemporánea reciente. Pero Finlay ofrece el gran mérito de haber sido el primero en indicar y promover varios problemas de historia interior bizantina de máximo interés. La historia de Finlay se lee hoy todavía con provecho, pese a que el autor acometió el estudio de la historia bizantina sino porque no podía de otro modo relatar la historia griega moderna.

«Por la profundidad y originalidad de sus investigaciones —dice el historiador inglés Freeman—, por su notable aptitud para apurar un tema y sobre todo por el espíritu valeroso e independiente de sus búsquedas, Finlay se clasifica entre los primeros historiadores de nuestro tiempo. Su libro aparece como una de las más puras

(*sterling*) obras maestras de nuestro siglo. Si se toman en consideración todas las circunstancias —la extensión de la concepción y las dificultades de la puesta en práctica—, el libro de Finlay aparece como una de las más grandes obras históricas que la literatura inglesa haya dado desde la época de Gibbon (esto se escribía en 1855)… Finlay pasó su vida en el país y en medio del pueblo que describió. Quizá ninguna obra histórica haya sido tan directamente deudora a los fenómenos prácticos del mundo contemporáneo. Viviendo en Grecia, este hombre de espíritu observador y valeroso, más jurista y economista que sabio profesional, se vio obligado a meditar sobre el estado del país que habitaba y a describir en orígenes milenarios las causas de lo que veía. Leyendo las obras de Finlay, se ve fácilmente cuánto ese pueblo ha ganado y perdido a causa de las circunstancias particulares en que ha estado integrado. Ninguna obra escrita por un sabio o un político ordinarios ha podido aproximarse nunca a la fuerza innata y la originalidad de esa de un pensador retirado del mundo, que estudiaba, meditaba y relataba los sucesos de dos mil años para poder resolver los problemas que veía situarse ante su propia puerta»[28].

En las últimas palabras, Freeman señala a lo vivo una de las particularidades características de Finlay, quien, sirviéndose de sobrevivencias antiguas en el presente, trataba de explicar fenómenos análogos en el pasado.

## Paparrigópulos

A mediados del siglo XIX, la atención de los especialistas fue atraída por la obra de un sabio griego de mérito, profesor en la Universidad de Atenas, Paparrigópulos, quien había de consagrar toda su vida al estudio de la historia del pasado de su país.

Ya en el segundo cuarto de siglo había publicado obritas históricas llenas, de interés, como *De la instalación de algunas tribus eslavas en el Peloponeso* (Atenas, 1843). Pero esos no eran más que trabajos preparatorios de su gran obra. La principal tarea de su vida consistió en escribir la historia de su país y el resultado de treinta años de trabajo fue la publicación en cinco tomos de su *Historia del pueblo griego desde los tiempos más antiguos hasta la Época contemporánea.* Han aparecido después varias ediciones. La más reciente es la de Karolides, Atenas, Atenas, 1925). Esta obra expone la historia del pueblo griego hasta 1832. Libro bastante voluminoso, y escrito en griego moderno, no era accesible a la mayoría de los lectores. Así, Paparrigópulos presentó en francés los resultados principales de su trabajo en un único tomo publicado bajo el título de *Historia de la civilización helénica* (París, 1878). Poco antes de su muerte, el autor empezó a escribir otro trabajo semejante en lengua griega, pero murió antes de haberlo podido terminar. Después de su muerte, el libro se publicó en Atenas con el siguiente título: *Los resultados más instructivos de la historia del pueblo griego* (Atenas, 1899). Se trata de una especie de resumen, revisado en algunos lugares, de lo expuesto por el autor con más detalle en sus cinco volúmenes.

Los volúmenes II, III, IV y V de la obra principal son los que tienen relación con la época bizantina.

A pesar de su carácter netamente tendencioso, la obra de Paparrigópulos es muy digna de mención. El autor, patriota

convencido, examina la historia desde el punto de vista puramente nacional. En todos los fenómenos importantes ve un principio griego y considera la influencia romana como accidental y superficial. La época de los emperadores iconoclastas es objeto particular de su atención y favor exclusivos. Sin detenerse en el lado meramente religioso de la cuestión, el sabio griego ve en ese movimiento una verdadera tentativa de reforma social, salida del subsuelo del espíritu griego, y, en su entusiasmo, asegura que «en el fondo, la reforma helénica del siglo VIII, haciendo abstracción de los dogmas esenciales de la fe, fue, desde el punto de vista de los cambios sociales, mucho más amplia y sistemática que la Reforma que se produjo más tarde en la Europa occidental y que predicó principios y doctrinas que se encuentran, con sorpresa, en el siglo VIII»[29]. Pero semejante reforma fue demasiado atrevida y radical para la sociedad bizantina, y ello produjo, después de la época iconoclasta, una reacción. Por eso la dinastía macedónica tuvo en la historia de Bizancio un valor esencialmente conservador. El helenismo conservó su fuerza durante la Edad Media. No hubo causa interna en la caída de Constantinopla en 1204; la capital del Estado cedió meramente a la fuerza bruta material de los cruzados. Si aquel desgraciado suceso de 1204 asestó un golpe al «helenismo bizantino», por lo contrario, a poco tiempo, el primer lugar se halla ocupado por el «helenismo contemporáneo», cuya posteridad inmediata resultan ser los griegos del siglo XIX. Así, según Paparrigópulos, el helenismo vivió, en una u otra forma, una vida llena de vigor durante toda la historia bizantina. Naturalmente, el entusiasmo del patriota griego no ha dejado de influir mucho en la obra del sabio. Sin embargo, su gran *Historia del pueblo griego y su Historia de la civilización helénica*, en francés, son libros valiosos a pesar del carácter tendencioso indicado más

arriba. El mérito principal de Paparrigópulos consiste en el hecho de haber mostrado la mucha importancia y complejidad del movimiento iconoclasta. Pero, en cierto sentido, su *Historia* no es de fácil uso: no tiene índice ni notas, y por consecuencia, la comprobación de sus expresiones, es singularmente difícil de interpretar y en especial delicada en sus conclusiones.

## Hopf

En el número de los sabios concienzudos y laboriosos que sobresalen, a mediados del siglo XIX, en el dominio del bizantinismo, es preciso alinear al profesor Carlos Hopf (1832-1873).

Hopf, de origen westfaliano, era hijo de un profesor de liceo especializado en el estudio de Homero. Desde su primera infancia mostró una memoria prodigiosa y dones extraordinarios para las lenguas extranjeras. Después de terminar sus estudios en la universidad de Bonn, quedó en ella en calidad de «profesor adjunto» y se entregó con entusiasmo al cumplimiento de la tarea de su vida científica: el estudio de la historia de Grecia bajo la dominación franca, o sea a partir de 1204. En 1853-54, Hopf emprendió su primer viaje a la Italia del Norte, vía Viena. En esa región, que se encontraba entonces bajo la hegemonía austríaca, trabajó con asiduidad, sobre todo en los archivos particulares. El resultado de su labor fue una serie de monografías consagradas a las historias respectivas de los

señoríos francos en Grecia y en las islas del Egeo, y también la publicación de los archivos referentes a esas cuestiones.

Nombrado profesor en Greifswald y luego bibliotecario y profesor en la Universidad de Koenigsberg, Hopf siguió ocupándose de la Edad Media. En su segundo viaje científico, en 1861 a 1863, visitó Génova, Nápoles, Palermo, Malta, Corfú, Zante, Syria, Naxos y Grecia, donde reunió un conjunto considerable de manuscritos. De vuelta a su país, Hopf comenzó a discriminarlos, pero su salud se quebrantó, muriendo en agosto de 1873, en Wiesbaden, cuando estaba en plena madurez y en plena potencia creadora. Había publicado un número apreciable de monografías y artículos y gran número de documentos de la época franca.

La obra capital de Hopf es *Historia de Grecia desde la Edad Media hasta la época contemporánea* («Geschichte Griechenlands vom Beginne des Mittelalters bis auf die neuere Zeit», 1867-68).

La *Historia de Grecia*, de Hopf, impresiona desde el principio por la vasta documentación del autor, sobre todo en las partes de su libro donde utiliza la rica colección de los manuscritos que reunió. Consagra lo más de su obra a la historia de la dominación franca en Oriente. Su exposición se apoya en una cantidad considerable de manuscritos y archivos. Hopf es, sin duda, el primero que ha narrado en detalle la historia externa de aquella dominación, no sólo en los centros principales, sino también en las pequeñas islas del mar Egeo. No estando editados todos los manuscritos reunidos por Hopf, ciertas partes de su libro, escritas por él según fuentes inéditas, pueden ser consideradas por sí mismas como fuentes originales.

De esa misma historia se analiza con detalle la cuestión de los eslavos en Grecia. En tal parte de su libro, Hopf opone

hechos y pruebas a la famosa teoría de Fallmerayer, según la cual la sangre de los griegos contemporáneos no contiene una sola gota de sangre helena antigua, y según la cual también los griegos contemporáneos son descendientes de eslavos y albaneses que invadieron Grecia en la Edad Media[30].

Por desgracia, esta obra capital de Hopf se publicó en la colección anticuada y poco conocida que se denomina *Enciclopedia general de las ciencias y las artes*, de Ersch y Gruber («*Ersch-Gruber Allgemeine Encyklopadie der Wissenschaften und Künste*», t. LXXXV y LXXXVI). La edición, poco cuidada, de la *Historia* de Hopf, no sólo no posee el índice indispensable a su estudio, sino que ni siquiera va seguida de un cuadro de materias, con lo que el uso de este trabajo presenta grandes dificultades materiales. Además, la edición de Hopf, tal como la poseemos, no fue probablemente preparada por el autor, y así los materiales están dispuestos en orden poco claro, la dicción es seca y tosca y el libro se lee con dificultad. Pero la inmensa cantidad de documentos nuevos e inéditos que Hopf ha introducido en su obra, y que descubren páginas nuevas de la historia griega de la Edad Media en la época de la dominación franca, permiten considerar este libro del sabio alemán como una obra de extrema importancia. La atención del autor se concentra, sobre todo, en los acontecimientos exteriores.

Hopf murió sin haber podido utilizar ni editar todo el material manuscrito que había reunido. Hoy, la herencia manuscrita de Hopf se halla en la Biblioteca Nacional de Berlín y ofrece un rico material de documentación a los historiadores.

La historia de Hopf no está al alcance del público en

general, porque es demasiado árida y demasiado erudita y está publicada en una enciclopedia poco conocida. Hay sabios alemanes que, sirviéndose de las obras de Hopf, han dado una perspectiva de la historia griega de la Edad Media, es decir, de la historia de Bizancio, en una forma más accesible. Entre esos historiadores deben mencionarse dos: Herizberg y Gregorovius.

## Hertzberg

Hertzberg, después de ocuparse de la historia de la Grecia antigua y de Roma, pasó en seguida a la Edad Media y escribió dos obras de carácter general: primero, *Historia de Grecia desde el fin de la antigüedad hasta nuestros días* («Geschichte Griechenlands seit dem Absterben des antiken Lebens bis zum Gegenwart», Gotha, 1876-79, 4 tomos), y segundo. Historia de Bizancio y del Imperio turco (*Osmanlí*) hasta fines del siglo XVI («Geschichte der Byzantiner und des Osmanischen Reiches bis gegen Ende des sechszehnten Jahrhunderts», Berlín, 1883). Estas dos obras, sin constituir un estudio original propiamente dicho, han introducido, valga la frase, varios resultados de los trabajos de Hopf en un círculo más vasto de lectores, ya que están escritos con dicción mejor y más fácil. La segunda obra ha aparecido en ruso, traducida por P. V. Bezobrasov, con comentarios y adiciones, bajo el título; G. F. Heitzberg, *Historia de Bizancio*, Moscú, 1896. Lo que hace preciosa la traducción rusa de esta obra con relación al original, es que Besobrasov, en sus comentarios, no sólo indica la bibliografía más reciente

sobre el tema, sino que introduce adiciones comprendiendo los resultados principales de los trabajos de los sabios rusos en el dominio de la historia interior de Bizancio, que Hertzberg había dejado de lado. Así, hallamos datos valiosos sobre el Gran Palacio, el ceremonial de la Corte, las corporaciones de artesanos y comerciantes, los labriegos, las comunidades rurales, el Código rural, los medios de defensa de las propiedades rústicas, la servidumbre de la gleba, la condición de los siervos, las tierras de los colonos, el catastro, el sistema de impuestos y los abusos de autoridad de los funcionarios del fisco.

La última obra de Hertzberg, sobre todo en su traducción rusa, es muy útil para la iniciación en la historia de Bizancio.

## Gregorovius

El otro sabio que utilizó los trabajos de Hopf como base de su obra fue F. Gregorovius, ya antes célebre con justicia por su gran obra sobre la Historia de Roma en la Edad Media. Sus trabajos acerca de la Historia de la Roma medieval sugirieron al autor la idea de acometer la historia medieval de otro centro de civilización antigua: Atenas. El resultado de este último estudio fue la *Historia de la ciudad de Atenas en la Edad Media* («Geschichte des stadt Athen im Mittelalter», 2 vols., Stuttgart, 1889). El libro de Gregorovius se apoya en la labor de Hopf, «base sólida de todos los trabajos que en esta esfera se han sucedido hasta aquí, así como de los que se emprendan en el porvenir»[31]. Pero Gregorovius introduce también en su obra el estudio de la

civilización del país, de lo que Hopf, como sabemos, no se había ocupado. Gregorovius llega brillantemente al objetivo que se propone. Sirviéndose de materiales puestos al día por Hopf, presenta una bien compuesta exposición de la historia de Atenas en la Edad Media, sobre el fondo general de la historia de Bizancio, y eslabona los sucesos hasta la proclamación del reino griego en el siglo XIX.

La obra de Gregorovius puede ser leída con provecho por todos los que se interesen en la historia de Bizancio.

## Bury

J. B. Bury, nacido en 1861, fue designado en 1893 profesor de historia moderna en Trinity College, Dublín, y en 1902 nombrado profesor real de moderna en la Universidad de Cambridge. Escribió, aparte de otras obras ajenas a la esfera del bizantinismo, tres volúmenes sobre la *Historia general de Bizancio*, abarcando los acontecimientos comprendidos entre 395 y 867. Los dos primeros tomos aparecieron en 1889 con el título de *Historia del Imperio romano desde Arcadio a Irene* («A History of the later Roman Empire from Arcadius to Irene», Londres, 1889). En ellos se exponen los sucesos hasta el año 800, fecha de la coronación de Carlomagno por el Papa León III, en Roma. «Nadie estaba preparado para la revelación de la amplitud y profundidad de los estudios bizantinos de Bury cuando aparecieron, en 1889, los dos tomos de su *Historia del Bajo Imperio*. Era una obra sorprendente, una obra que desbrozaba nuevas sendas,

y con ella estableció Bury su reputación de historiador»[32]. El tercer tomo apareció 23 años más tarde bajo el título de *Historia del Imperio romano de Oriente desde la caída de Irene hasta la exaltación de Basilio I* (*A History of the Eastern Roman Empire from the fall of Irene to the accession of Basil 1,* Londres, 1912). Este volumen versa sobre el período comprendido entre el 802 y el 867. En 1923 se imprimió una segunda edición de los dos primeros tomos, incluyendo sólo los acontecimientos sucedidos hasta el reinado de Justiniano (565 de J. C.). No es una nueva edición revisada y aumentada, sino casi una obra nueva sobre los principios de la historia bizantina. El primero de esos dos volúmenes podría, según el autor, titularse *La conquista de la Europa occidental por los germanos*, y el segundo, *La época de Justiniano*[33]. La historia del período 565-800 no ha sido reeditada aún. El autor, evidentemente, se proponía escribir una historia bizantina de gran envergadura. Pero, por desgracia, Bury murió en Roma el 1 de junio de 1927.

Bury aparece en su obra como el representante de la justa idea de la continuidad del Imperio romano desde el siglo I al XV. La historia no tiene ningún período, dice Bury en el prefacio de su primer tomo, que haya sido tan obscurecido por apelativos falsos e imprecisos como el período del Bajo Imperio romano. El hecho de que obstinadamente se haya aminorado la importancia de esa historia y se haya presentado su carácter a una falsa luz, resulta, en más de lo que podría suponerse, de los nombres impropios que se la ha aplicado. El primer paso hacia el entendimiento de la historia de los siglos a través de los cuales el mundo pasó de la antigüedad a los tiempos modernos, ha sido dado cuando se ha comprendido que el antiguo Imperio romano no había cesado de existir hasta 1453. En el trono se sucedieron, en orden interrumpido, una

serie de emperadores romanos, desde Octavio Augusto hasta Constantino Paleólogo, último emperador bizantino. Hoy, ese hecho esencial está obscurecido por los nombres de bizantino y griego aplicados al Bajo Imperio. Los historiadores que se atienen al nombre de «*Imperio bizantino*» no están acordes en determinar dónde termina el Imperio romano y dónde empieza el Imperio bizantino. El límite elegido entre las respectivas historias es, ora la fundación de Constantinopla por Constantino el Grande, ora la muerte de Teodosio el Grande, ora el reinado de Justiniano, ora, como quiere Finlay, la exaltación de León el Isáurico al trono. Y el historiador que acepta una división de éstas no puede afirmar que no tenga razón el que adopte otra, porque todas son puramente arbitrarias. El Imperio romano no terminó antes de 1453, y las expresiones «*Imperio bizantino, griego, romano o greco-romano*» no hacen sino obscurecer un hecho muy importante y generar graves confusiones.

Tales consideraciones llevan a Bury a dar a sus dos primeros volúmenes, que guían al lector, como se dijo, hasta el año 800, el título de *Historia del Bajo Imperio romano*. En el año 800, Carlomagno fue proclamado emperador en Roma. Por esa razón se puede, a contar de esa época, llamar a los dos imperios rivales Imperio de Occidente e Imperio de Oriente. Por desgracia, el apelativo de Imperio romano de Oriente se aplica a menudo a tal o cual época con la que no cuadra en absoluto tal nombre. Así, se habla del Imperio romano de Oriente o de Occidente en el siglo V, o bien de la caída del Imperio de Occidente en el 476. Semejantes afirmaciones, aunque consagradas por la autoridad de ingenios eminentes, son erróneas y engendran confusiones. Veamos en qué consiste su impropiedad: en el siglo V; el Imperio romano era uno e indivisible. Podría haber más de

un emperador, pero nunca hubo dos imperios. Hablar de dos imperios en el siglo v sería presentar con un aspecto totalmente falso la teoría del poder imperial. Nadie habla de dos imperios romanos en los tiempos de Constancio y Constante (los sucesores de Constantino el Grande), y las relaciones políticas que existían entre León I y Antemio eran las mismas que existían entre los hijos de Constantino. Los emperadores podían ser independientes uno de otro y hasta hostiles entre sí; pero la unidad del Imperio que gobernaban no se rompió, teóricamente, nunca. El Imperio no dejó de existir el 476, fecha que no hizo más que señalar un grado, y no el más importante, en el proceso de desintegración que persistió durante todo un siglo. La abdicación de Rómulo Augústulo no hizo vacilar el Imperio romano, ni mucho menos contribuyó a la caída del Imperio. Es lamentable que, siguiendo a Gibbon, quien habla de la «caída del Imperio de Occidente», varios escritores contemporáneos hayan adoptado este término. El Imperio romano existió desde el siglo I hasta mediados del XV. Y sólo a partir del 800 se le puede llamar Imperio romano de Oriente, a causa de la fundación de otro Imperio romano en Occidente[34]. Bury da a su tercer volumen, que expone los sucesos posteriores al 802, el título de *Historia del Imperio romano de Oriente*, a diferencia de sus dos primeros tomos.

Después de hacer observar el desprecio que los historiadores y los filósofos, a partir del siglo XVIII, consagran a Bizancio, Bury señala que, por ese hecho, demuestran un desconocimiento completo de uno de los factores más importantes del desarrollo de la civilización de la Europa occidental, a saber, la influencia del Bajo Imperio romano y de la Roma moderna[35].

Desde luego, la opinión de Bury no es del todo nueva. La

continuidad del Imperio romano hasta el siglo XV había sido ya reconocida antes, como lo hizo Montesquieu en sus *Consideraciones* sobre las causas de la grandeza de los romanos y su decadencia. Pero Bury ha valorado esa tesis con una fuerza singular, desarrollándola en toda su obra.

El libro de Bury merece muy particular atención. Al exponer los destinos de la mitad oriental del Imperio, sigue a la vez, hasta el 800, los sucesos de la mitad occidental, lo que evidentemente corresponde por entero a su manera de concebir la unidad del Imperio romano. No se contenta sólo con la historia política y consagra capítulos enteros a los problemas de la administración, la literatura, la vida social, la geografía, el arte, etc. Los dos primeros capítulos de la segunda edición, dedicados a la constitución imperial y a la organización administrativa, son considerados por un eminente especialista de la historia del Imperio romano como «la mejor y más breve descripción de las condiciones generales de la vida en el Bajo Imperio romano»[36].

Bury tenía un conocimiento perfecto del húngaro, el ruso y otras lenguas eslavas, y, en consecuencia, en el tercer volumen de su historia pone a contribución todas las obras rusas y búlgaras concernientes a la historia de Bizancio.

## Lambros

Espiridión Lambros, sabio griego contemporáneo, nacido en Corfú en 1851 y muerto en 1919, profesor en la universidad de Atenas, editor infatigable de documentos

manuscritos y de textos históricos, autor de un catálogo de los manuscritos griegos del Athos, etc., escribió entre 1886 y 1908 los 6 volúmenes de su *Historia ilustrada de Grecia, desde los tiempos más remotos a la toma de Constantinopla* (Atenas, 1886-1908, 6 tomos). La obra de Lambros, dedicada sobre todo al público en general, expone clara y metódicamente los acontecimientos de la historia bizantina hasta el fin de la existencia del Imperio de Bizancio. El autor no indica las fuentes. El texto va ilustrado con numerosas láminas. La actividad y la importante obra de Lambros no han sido apreciadas todavía en su justo valor[37].

## Gelzer

Heinrich Gelzer, profesor en la Universidad de Jena, escribió para la segunda edición de la *Historia de la Literatura bizantina*, de Krumbacher, un Bosquejo de la historia de los emperadores bizantinos (*Abriss der byzantinischen Kaiser geschichte, Munich*, 1897). El Bosquejo de Gelzer trata sobre todo la historia exterior y el autor aparece a menudo bajo el influjo del libro de Hertzberg. Gelzer, político militante, desliza a veces sin necesidad sus simpatías políticas en sus apreciaciones de los fenómenos históricos de la época bizantina. Su *Bosquejo* puede ser útil para informes elementales.

Es curioso oír en boca de un sabio alemán frases como las siguientes en el curso de su obra: «Un Zar de Rusia se unió en matrimonio a una princesa de la Casa de los Paleólogos; la corona de Constantino Monómaco fue puesta

en el Kremlin sobre la cabeza del Zar autócrata de todas las Rusias. El Imperio ruso representa la verdadera continuación del Imperio de Bizancio. Y si Santa Sofía debe alguna vez ser devuelta a la verdadera fe, si el Asia Menor debe alguna vez ser arrancada a la dominación innoble de los turcos, ello no podrá ser realizado más que por el Zar ruso. La oposición de Inglaterra pugna con la naturaleza y la historia, y ciertamente será destrozada más pronto o más tarde. El emperador de Constantinopla no puede ser más que el defensor de la ortodoxia, el Zar ruso, en la medida en que se halla compenetrado de los inmensos deberes vinculados a esa tarea»[38].

## Hesseling

En 1902, D. C. Hesseling, profesor de la universidad de Leyden, publicó en holandés su libro titulado *Bizancio: estudios de civilización a partir de la fundación de Constantinopla (Byzantium. Studien over onze beschavingna de stichting van Konstantinopel*, Haarlem, 1902). Como la lengua holandesa está poco difundida, la obra de Hesseling no se hizo accesible a todos hasta 1907, en que apareció una traducción francesa, con un prefacio del bizantinista francés G. Schlumberger, bajo el título: *Ensayo sobre la civilización bizantina* (París, 1907). En el prólogo a la edición francesa, el autor hace la observación, un tanto enigmática, de que «la traducción ha sido ajustada al gusto del público francés».

El libro de Hesseling, muy nutrido y no voluminoso en exceso, presenta, a rasgos generales, un cuadro de la

civilización bizantina, insistiendo en especial sobre los múltiples aspectos del Imperio de Oriente. No considera más sucesos políticos sino los indispensables para proyectar alguna luz sobre la civilización bizantina, y de nombres y hechos de detalle no menciona más que los relacionados con ideas generales. En cambio da mucho espacio a la literatura y a las artes.

El Ensayo sobre la civilización bizantina, de Hesseling, acaso escrito de modo demasiado elemental para los especialistas, es de gran utilidad para aquellos que quieran informarse en una exposición accesible, y a la vez apoyada en bases sólidas, del papel general de Bizancio en el mundo.

## Bussell

Procede hablar aquí de la obra inglesa en dos tomos, de F. W. Bussell, titulada: *El Imperio romano: ensayos sobre su historia constitucional desde el advenimiento de Domiciano* (81 de J. C.) al retiro de Nicéforo III (1081 de J. C.), (*The Roman Empire: essays on the Constitucional History from the accession of Domitian, 81 A. D., to the Retirement of Nicephorus III*, 1081 A. D.). Esta obra apareció en Londres en 1910. Aunque no carezca de ideas y cotejos interesantes, el libro queda perjudicado por la imprecisión del relato, por ciertas repeticiones y por la falta de claridad en el plan, todo lo cual hace que se pierdan, con frecuencia, las ideas importantes. Los cuadros cronológicos de este estudio están escogidos a capricho, aunque el autor trata de aplicarlos (I, páginas 1-2 y 13-17). En el segundo volumen se encuentra,

de modo completamente inesperado, un bosquejo de las relaciones de Armenia con el Imperio bizantino entre 520 y 1120 (II, Pág. 333-483). El libro de Bussell no es fácil de leer. No se halla en él ninguna nota. La idea esencial del autor es que las formas republicanas de la constitución imperial romana, claras del todo en los primeros siglos del Imperio, siguieron existiendo, de un modo u otro, hasta el período de los Comnenos, en cuya época fueron definitivamente substituidas por la forma de autocracia bizantina que llamamos tiranía.

## La «Cambridge Medieval History»

En la *Cambridge Medieval History* se hallará, con una excelente bibliografía, la más reciente historia general del Imperio bizantino. El primer tomo (1911) trata del período comprendido entre Constantino el Grande y la muerte de Atanasio (518); el segundo tomo (1913) se detiene en la época de los iconoclastas; el cuarto (1923) está consagrado por entero a la historia del Imperio bizantino de 717 a 1453, y a sus relaciones con la historia de los antiguos eslavos, de Armenia, de los mogoles y de los Estados balcánicos. Esta historia general de la Edad Media ha sido editada bajo la dirección del llorado J. B. Bury y es obra de sabios europeos que figuran entre los más eminentes.

## Resúmenes generales de divulgación sobre la historia de Bizancio

La literatura histórica posee algunos compendios de historia bizantina destinados al gran público y que no tiene, en su mayoría, mucho valor científico. No obstante, tales compendios divulgadores, aunque desprovistos de originalidad, pueden ser de alguna utilidad y despertar en el ánimo del lector un interés duradero por los destinos del Imperio bizantino. La mayoría de esos epítomes de divulgación de historia bizantina están redactados en lengua inglesa.

Muy vívida y bien ilustrada es la obra de C. W. C. Omán, titulada *El Imperio bizantino*[39]. Se ha hecho una interesante tentativa de presentar un cuadro de la evolución política y social del Imperio bizantino en la obra en dos volúmenes de Pedro Grenier El Imperio bizantino: su evolución social y política (París, 1904). A pesar del carácter imperfecto del desarrollo general del tema, y a despecho del gran número de faltas e insuficiencias más o menos graves —y comprensibles en un no especializado— la obra de Grenier puede ser leída con provecho, porque da informes varios y diversos en el campo de la historia bizantina.

Se halla una historia breve, pero jugosa, de Constantinopla, en relación con la general del Imperio, en el libro de W. N. Hutton *Constantinopla: historia de la antigua capital del Imperio Constantinopla (The story of the oíd capital of the Empire* Londres, 1904), Roth ha escrito un corto y muy árido resumen de la historia de Bizancio con el título de *Historia del estado bizantino* (*Geschichte des Bymtinischen Reiches*, Leipzig, 1904, 125 páginas). También ha publicado en 1917 una breve *Historia social y cultural del Imperio*

*bizantino* (*Sozial und Kulturgeschichte des Byzantinischen Reiches*, Leipzig, 1917).

El profesor Scala, en la *Historia mundial* de Helmoldt, ha dado un resumen de la historia bizantina que resulta a la vez muy rico y muy bien fundado en un conocimiento profundo de las fuentes y de la literatura. Lleva el título de *El helenismo a partir de Alejandro Magno* (*Das Griechentum svit Alexander dem Grossen*, t. V, de la Historia mundial de Helmoldt, Leipzig y Viena, 1904, 116 páginas). El autor se ha detenido largamente en el análisis de la civilización bizantina y tratado de esclarecer su papel. En inglés existe un compendio serio, breve y compuesto según un plan muy convincente, del historiador rumano. Jorga, con el título de *El Imperio bizantino* (Londres, 1907). En fin, también en inglés, y con excelentes ilustraciones, ha aparecido en 1911 un libro de E. Foord titulado: *The Byzantine Empire, the rearguard of European civilization* (Londres, 1911). Es de lamentar que en este libro la historia de Bizancio en la época de su decadencia, a partir de 1204, sea expuesta demasiado breve y superficialmente.

Se puede hallar un corto examen de la historia de Bizancio en la Historia general desde el siglo IV a nuestros días, de E. Lavisse y A. Rambaud. Otro valioso resumen de la civilización bizantina se encuentra en la obra italiana de N. Turchi *La Civilta bizantina* (Turín, 1915).

En 1919, publicó Ch. Diehl su *Historia del Imperio bizantino*. En las 220 páginas de este libro, el autor rebasa el marco de un bosquejo de la historia política del Imperio bizantino, pues explica los procesos interiores más importantes y declara el papel de la civilización bizantina. Esta obra, que contiene una breve bibliografía y varios mapas e ilustraciones, ha tenido en Francia repetidas

ediciones. En 1925 se publicó en América una traducción inglesa de la obra de Diehl; *History of the Byzantine Empire*, traducida del francés por G. Ives, Princeton, 1925.

En su libro *Grandeza y decadencia de Bizancio* (París, 1919), Diehl pinta con brillantez la vida interior bizantina, explica las causas de la grandeza y decadencia del Imperio, señala la influencia de la civilización bizantina sobre las vecinas naciones y habla de la herencia bizantina en Turquía, Rusia y los estados balcánicos[40].

Finalmente, Augusto Heisenberg ha publicado estudios muy serios y bien escritos sobre la vida y civilización bizantina, en su *Staat und Gesellchaft des Byzantinischen Reiches* (Leipzig-Berlín, 1923), que forma uno de los tomos de *Die Kultur der Gegenwart*, editada por P. Hinneberg (Teil II, Abteilung IV) y por Norman H. Baynes, en su *Byzantine Empire* (Home University Library of Modern Knowledge, núm. 114, 1926). Este último libro trata prácticamente del período comprendido entre el siglo IV y la toma de Constantinopla por los cruzados en 1204. La historia del Imperio bizantino hasta fines del siglo XI se halla también, brevemente descrita, en el libro de L. Halphen *Los bárbaros: de las grandes invasiones a las conquistas turcas del siglo XI* (París, 1926), donde se encontrará una bibliografía.

Se puede leer con provecho el reciente libro de Roberto Byron *The Byzantine Achievement. An Historical Perspective*, 330-1453, Londres, 1929, 346 páginas. Son también interesantes las tres obras siguientes: N. Jorga, *Histoire de la vie byzantine. Empire et civilisation*, vol. I-III, en francés (Bucarest, 1934). —Util. C. Amantos. I (Atenas, 1939). De 395 a 867—. Bueno. G. Ostrogorsky. *Geschichte des byzantinischen Staates* (Munich, 1940). Del mismo autor: *Agrarian conditions in the Byzantine Empire in the Middle*

*Ages*, en The Cambridge Economía *History of Europe from the Decline of the Roman Empire*, edited by J. H. Clapham and the late Eileen Power, vol. I (Cambridge, 1941), págs. 194-223—. Muy importante.

E. Gerland da muy sólidas y concisas exposiciones generales de *La historia bizantina en la Catholic Encyclopedia*, y J. B. Bury lo hace también en la Enciclopedia Britannica (11.ª edición).

Cabe leer con fruto la obra de O. Seeck *Geschichte des Unhergangs der antiken Weli* (6 vol., 1895-1920). La tercera edición del primer tomo apareció en 1910 y la segunda edición de los tomos II y III en 1921.

Recientemente se han publicado dos introducciones, muy útiles, a la historia bizantina. Son las obras de E. Stein *Geschichte des spätromischen Reiches.* I. *Vom römischen zum byzantinischen Staate* (284-416), (Viena, 1928), y de F. Lot, *El fin del mundo antiguo y el principio de la Edad Media* (París, 1927). Este último libro abarca también la época de Justiniano el Grande.

## La literatura bizantina

Para el conocimiento de la literatura bizantina es indispensable la segunda edición de la obra capital del llorado Carlos Krumbacher, profesor en la universidad de Munich. Dicha obra se titula *Historia de la literatura bizantina desde Justiniano hasta el fin del Imperio romano de Oriente (Geschichte der Byzantinischen Literatur von*

*Justinian bis zum Ende des ostromischen Reiches,* Munich, 1897, 1193 páginas). La historia de la literatura religiosa, en la segunda edición del libro de Krumbacher, ha sido compuesta por el profesor A. Ehrhardt. También, según se ha indicado más arriba, se hallará en la misma obra el Bosquejo de la historia política de Bizancio, de Gelzer.

La obra de Krumbacher es auxiliar principal y esencial de todo estudio de la literatura bizantina. Sorprende desde el principio por la enorme cantidad de los materiales acumulados y testimonia hondos conocimientos y una extraordinaria capacidad de trabajo. Krumbacher conocía muy bien el ruso y otras lenguas eslavas, y por tanto puso a contribución los trabajos rusos y, en general, eslavos. Cierto que la obra de Krumbacher está destinada sólo a los especialistas y no conviene a un lector ordinario. Pero el propio Krumbacher ha expuesto en forma accesible al público común, en cincuenta páginas, la historia de la literatura bizantina, dándole el título siguiente: *Literatura griega de la Edad Media (Die griechische Literatur des Mittelalters,* Leipzig Berlín, 1912, colección *Die Kultur der Gegenwart*, dirigida por Hinneberg), Esta última obra de Krumbacher ha visto la luz después de su muerte. Respecto a la literatura popular griega, procede señalar el libro de K. Dieterich *Historia de las literaturas bizantina y griega moderna (Geschichte der byzantinischen und neugriechischen Literatur.*, Leipzig, 1902). Se puede hallar una buena documentación en *La breve historia de la literatura bizantina* escrita en italiano por G. Montelatici *Storia della litteratura bizantina* (324-1453), publicada en los Manuali Hoepli, serie científica. Milán, 1916, doble volumen, 95-96, págs. VIII-292. Este libro no es una repetición del de Krumbacher. Se publicó diecinueve años más tarde y da muchos informes nuevos. Se puede leer asimismo a S. Mercati, que corrige

gran número de errores, en *Roma e l'Oriente*, VIII, 1918, págs. 171-183, y también a N. Jorga en *La literature byzantine: son sens ses divisions, sa portee* (Revue historique au Sud-Est européen, II, 1925, págs. 370-397). Para el período de la literatura bizantina (después del siglo IV), es muy útil el libro de W. Christ Geschichte, *Griechischen Literatur* (6.ª ed., Munich, 1924, vol. II). También lo son los de O. Bardenhewer, *Patrología*, 3.ª ed. (*Freiburg im Breisgau*, 1910) y *Geschichte der altchristlichen Literatur*, 5 vols., 2.ª edición (*Freiburg im Breisgau*, 1913-1932), éste sobre todo en sus tomos III, IV y V (siglos IV - VIII). Para el mismo período es igualmente de alguna utilidad L. H. Jordán, *Geschichte der altchristlichen Literatur* (Leipzig, 1911). La obra fundamental de A. Harnack, *Geschichte der altchristlichen Literatur bis Eusebius; 1. Die Ueberlieferung imd der Bestand* (Leipzig, 1893); II. *Die Chronologie*; en dos volúmenes (Leipzig, 1897-1904), puede ser utilizada como introducción a la literatura de los siglos IV y V.

# Breve examen de los trabajos de historia bizantina en Rusia

### Los académicos alemanes. «Occidentales» y «Eslavófilos». V. G. Vasilievsky

Los sabios rusos empezaron a tratar seriamente el estudio de la historia bizantina a partir de la segunda mitad del siglo XIX. En la primera mitad de ese mismo siglo fueron sabios alemanes que acudieron a Rusia, siendo elegidos miembros de la Academia de Ciencias y quedándose en Petrogrado hasta su muerte, los que se ocuparon de la historia de Bizancio. El fin principal de sus investigaciones era determinar el papel de Bizancio y de las fuentes bizantinas en la historia rusa. Entre tales académicos cabe citar a Ph. Krug (1764-1844) y A. Kunik (1814-1899).

Para los representantes más eminentes del pensamiento ruso en la primera mitad del siglo XIX, la historia de Bizancio sirvió muy a menudo de trampolín o soporte de tal o cual movimiento social. Así, ciertos eslavófilos tomaron en la historia de Bizancio datos útiles al apoyo y justificación histórica de sus teorías[41]. Los occidentales analizaron y considerados datos claves, en la misma fuente de investigación proponiéndose demostrar el papel negativo de la historia bizantina e iluminar la magnitud del peligro que corría Rusia si quería seguir las huellas de un Imperio caído. En uno de sus libros, Hertzen escribe:

> «La Grecia antigua había terminado su existencia cuando la dominación romana la recubrió y salvó de la misma manera que la lava y las cenizas que han salvado Herculano y Pompeya. El período bizantino levantó la tapa del ataúd y el muerto no resucitó. Los Papas y los monjes se apoderaron de él, como hacen con todos los muertos, y los eunucos, cuyo lugar estaba bien aquí, en su calidad de representantes de la esterilidad, dispusieron de él… Bizancio podía continuar viviendo, pero nada tenía ya que hacer… La historia no interesa en general a los pueblos más

que cuando ellos están en escena, es decir, mientras hacen algo…»[42]

Otro occidental, P. J. Tchaadaiev, decía: «Entramos en relaciones con una Bizancio depravada»[43]. Pero no ha de olvidarse que semejantes juicios, aunque emitidos por hombres incontestablemente pictóricos de talento, y muy cultos, no tienen, sin embargo, valor histórico alguno, porque ninguno de los dos se especializó nunca en la historia de Bizancio.

Desde mediados del siglo XIX se manifiesta claramente en Rusia toda la importancia del estudio de la historia de Bizancio. Uno de los más sagaces eslavófilos, A. S. Khomiakov, escribía hacia el año 50: «A nuestro juicio, hablar de Bizancio con desprecio es reconocer la propia ignorancia»[44]. En 1850, el famoso T. N. Granovski, profesor de la universidad de Moscú, escribía: «¿Es menester hablar de la importancia que la historia de Bizancio tiene para nosotros, los rusos? Hemos tomado en Tsargrad[45] lo mejor de nuestra civilización nacional, es decir, nuestras creencias religiosas y los gérmenes de nuestra cultura. El Imperio de Oriente introdujo a la joven Rusia entre los pueblos cristianos… Pero, además de esas relaciones, estamos ligados a Bizancio por el mero hecho de que somos eslavos. Esta última circunstancia no ha podido ser apreciada en su valor por los sabios extranjeros»[46]. El hallar una solución plenamente satisfactoria a los problemas más importantes de la historia bizantina, según el mismo Granovski, no podía ser, en su época, sino misión de sabios rusos, o, de manera más general, eslavos. «Tenemos, por así decirlo —manifestaba—, la obligación de apreciar el fenómeno al que tanto debemos»[47].

El verdadero fundador del bizantinismo científico ruso

en el amplio sentido de la palabra fue V. G. Vasilievsky (1838-1899), profesor en la universidad de Petrogrado y miembro de la Academia de Ciencias. Él dotó a la ciencia rusa de una serie de trabajos de importancia extrema sobre cuestiones particulares, tanto interiores como externas, de la historia bizantina, y consagró, además de mucho tiempo, un gran talento, todo él análisis y penetración, al estudio de las relaciones ruso-bizantinas. Algunas obras de Vasilievsky tienen gran importancia, incluso para la historia general. No se podría prescindir de su trabajo Bizancio y los *Pechenegos* al estudiar la cuestión de la Primera Cruzada. Este hecho está reconocido por los propios sabios de la Europa occidental. El lamentado profesor N. P. Kondakov, muerto en 1925, y el académico F. I. Uspensky, fueron también investigadores eminentes en esa disciplina: el primero en especial en materia de arte bizantino; el segundo en los problemas de historia interior.

No nos detendremos aquí a analizar y apreciar las obras de esos tres intelectuales que figuran entre los más eminentes de la ciencia rusa. El fin del presente examen es indicar las obras generales de historia bizantina, y V. G. Vasilievsky no ha dejado más que trabajos referentes a cuestiones particulares. N. N. Kondakov nos ha legado estudios de vigoroso valor y a veces de carácter general, pero en la esfera del arte. Sólo puede hacerse excepción con Uspensky, que en 1914 publicó el primer volumen y en 1927 la primera parte del segundo volumen de su *Historia general de Bizancio*, de la que volveremos a hablar.

Así, hasta principios del siglo XX, el mérito principal de los más eminentes bizantinístas rusos consistió en sus esfuerzos para estudiar de manera detallada y esclarecer en todos los aspectos cuestiones particulares, a veces de

sobresaliente importancia.

## Lertov

Sólo en los últimos años han hecho los sabios rusos intentos de publicación de una historia general de Bizancio. Sin embargo, ya en 1837 había aparecido la obra en dos tomos de I. Lertov titulada *Historia del Imperio romano de Oriente o de Constantinopla*, extraída de la Historia general. Las últimas palabras del título se justificaban por el hecho de que hacia 1830-34 habíase publicado una obra del mismo autor, en quince partes, intitulada: *Historia general y desarrollo de la Historia general de la emigración de los pueblos y de la fundación de nuevos Estados en Europa, Asia y África desde la fundación del Imperio griego de Oriente*. De este último libro fue extraído el primero mencionado, Lertov, hijo de un comerciante y escritor autodidacto, escribió su obra sobre la historia de Bizancio partiendo de la idea de que los lectores rusos necesitaban más bien una historia narrativa. En materia de fuentes, Lertov se sirvió, según sus propias expresiones, de numerosos extractos de diferentes libros o periódicos (en lengua francesa), y además de la *Historia* de Royou, de la edición abreviada del Imperio de Oriente, de Labelau, y de la *Historia* de Gibbon, abreviada por Adam y traducida al francés[48]. La compilación de Lertov, que expone los hechos de la historia de Bizancio hasta la caída de Constantinopla, no tiene, evidentemente, valor científico alguno. Pero he creído oportuno dedicar algunas palabras a ese libro, cuya aparición señala una

tentativa curiosa para la época.

## J. A. Kulakovski

El primer esfuerzo para escribir una obra seria sobre la historia general de Bizancio lo hizo el lamentado J. A. Kulakovski, profesor de la universidad de Kiev. Kulakovski, especialista en literatura romana, estudió la romana antigüedad y la historia de las instituciones de Roma. Se ocupó sobre todo de la época imperial. Enseñó en la universidad la historia romana. Desde 1890 empezó a consagrar parte de su tiempo a la arqueología cristiana y la historia bizantina. Como introducción a su *Historia de Bizancio*, publicó la obra del célebre historiador romano y pagano del siglo IV de J. C., Amiano Marcelino, que Kulakovski tradujo a comienzos del siglo XX (1906-8). En 1910 el autor editó el primer tomo de su *Historia de Bizancio*, que abarca los sucesos, comprendidos entre 395 y 518. En 1912 apareció el segundo volumen y en 1915 el tercero. En ellos expone el destino del Imperio desde 518 hasta 717, época de la disputa iconoclasta. En 1913 se publicó una segunda edición, revisada, del primer tomo.

Con asiduidad notable e incansable energía, el autor estudió las fuentes bizantinas, griegas, latinas y orientales (en sus traducciones) y con esta base, y en posesión de un conocimiento profundo de todos los trabajos aparecidos sobre la materia, emprendió la exposición detallada de la historia de Bizancio hasta 717. Los fenómenos de la historia

exterior, que Kulakovski trata también, se pierden en la masa de los detalles de historia exterior.

En su exposición, el autor, según sus propias palabras (V. el prefacio del primer tomo), se ha «esforzado en dar al lector, presentando a su atención los sucesos de la realidad viviente, la posibilidad de aprehender el espíritu y carácter de los tiempos lejanos». «Nuestro pasado ruso —continúa— nos une con lazos indisolubles a Bizancio, y sobre ese fundamento se ha erigido nuestra conciencia nacional». Señalando con amargura la supresión del griego en los programas secundarios, escribe: «Nosotros, los rusos, quizá comprendamos, como se ha comprendido en la. Europa occidental, que no es en las últimas frases de nuestros contemporáneos, sino en los primeros balbuceos de los helénicos donde debe buscarse el origen fecundo de la ciencia y la civilización europeas». En el prefacio de su tercer volumen, define otra vez el plan de su *Historia de Bizancio* de la manera siguiente: «Mi fin ha sido presentar un cuadro de la sucesión de los, acontecimientos en su orden cronológico exacto y, en lo posible, completo. Me he apoyado en un estudio directo de los testimonios y de las fuentes que están al alcance de la documentación contemporánea, tal como se ha dado en las monografías que se refieren a este período, y también en los numerosos estudios, concernientes a particulares, que han aparecido en diversas publicaciones periódicas consagradas al bizantinismo». La obra de Kulakovski puede ser de la mayor utilidad para quien desee informarse de la historia detallada de los sucesos ocurridos en Bizancio, o bien leer una exposición en ruso de lo más esencial contenido en las fuentes. A la vez, el lector conocerá algunas de las conclusiones de la ciencia contemporánea sobre las cuestiones más importantes de la historia de Bizancio desde

los puntos de vista externo e interno. La exposición demasiado detallada de las fuentes ha conducido al resultado de que los tres tomos aparecidos (más de 1400 páginas) no abarquen más que los acontecimientos desarrollados hasta el siglo VIII.

## F. I. Uspensky

En 1914 apareció el primer tomo de una *Historia del Imperio bizantino* debida al académico Uspensky, director del Instituto Arqueológico ruso en Constantinopla. La edición era muy lujosa, e iba ornada con numerosas ilustraciones, mapas y tablas. En sus 872 páginas, Uspensky exponía la historia de Bizancio desde el siglo IV hasta principios del VIII, época de las luchas iconoclastas. En rigor, era el primer ensayo hecho por un especialista a efectos de escribir una historia general de Bizancio. El autor, uno de los representantes más distinguidos del bizantinismo contemporáneo, había consagrado toda su larga y laboriosa carrera casi exclusivamente al estudio de los diversos aspectos y épocas de esa tan compleja historia.

Uspensky, nacido en 1845, fue profesor en la universidad de Odessa (Novorossia) desde 1879 a 1894. En 1894 se le designó director del Instituto Arqueológico ruso de Constantinopla, fundado precisamente aquel año. Su fecunda actividad a la cabeza de la nueva institución se señaló por numerosas expediciones y búsquedas personales y por la edición de gran número de las magníficas e

importantes publicaciones del Instituto, pero fue, desgraciadamente, interrumpida por la Gran Guerra. En 1914 pasó de Constantinopla a Petrogrado, donde la Academia de Ciencias le encargó de editar los Vizantiiski Vremennik. Durante la guerra se le envió dos veces en misión a Trebisonda, entonces ocupada por las tropas rusas. El 10 de septiembre de 1928 murió en Petrogrado (Leningrado) a los ochenta y tres años de edad[49].

Deseando dar al público una exposición accesible, Uspensky no carga su libro de gran aparato científico, ni en las notas ni al fin de los capítulos, y se limita a indicar sus principales fuentes y las obras de segunda mano.

La primera parte del segundo volumen se ha publicado en 1927. Trata de la querella iconoclasta y de la cuestión de los apóstoles eslavos Cirilo (Constantino) y Metodio.

El primer tomo de la obra de Uspensky representa, en su mayor parte, una especie de amplia introducción a la historia de Bizancio, un cuadro de la época en que se crearon los elementos principales del «bizantinismo» y en que nació la compleja civilización de Bizancio. El autor 110 puede dejar de ver en los fenómenos de la pasada vida de Bizancio algunas «enseñanzas» para nuestra época. Tras hablar de la esencial importancia que presentaban para Bizancio sus provincias orientales e indicar que es precisamente en Asia Menor, en el imperio de Nicea, donde se conservó y desenvolvió la idea de la reconstitución del Imperio bizantino en el siglo XIII, Uspensky concluye: «La enseñanza que nos da la historia debe ser cuidadosamente considerada… y pesada por los que, hoy, esperan el reparto de la herencia del “enfermo” del Bósforo»[50]. Además, dice: «En lo que respecta a la herencia dejada por Bizancio, sería engañarnos el creer que depende de nosotros evitar un papel

activo en la liquidación de esa herencia. Aunque en general dependa del heredero aceptar o rehusar una herencia, el papel de Rusia en la cuestión de Oriente le ha sido legado por la historia y ninguna voluntad humana puede modificarlo en nada, a menos de que algún cataclismo imprevisto no nos haga olvidarlo, quitándonos el recuerdo de aquello de lo cual hemos vivido y ha sido el fin de nuestras aspiraciones y estado vinculado a nuestros sufrimientos»[51].

Tratando de aclarar las relaciones eslavo bizantinas, el autor dice al final de su prefacio, escrito en 1912: «Reflexione el lector en el contenido de los capítulos relativos a los eslavos meridionales y busque allí una ilustración a los sucesos que se producen en nuestros días en la Península balcánica». Se refería a la segunda guerra de los Balcanes[52].

Uspensky, pues, se propone como fin ofrecer a los lectores rusos un libro que pueda, por su carácter severo y serio, dar idea de un sistema bien ordenado y cuidadosamente establecido, y a la vez dejar una buena opinión del autor. Está persuadido de que la extensión de los conocimientos bizantinos y el estudio de las relaciones ruso bizantinas son indispensables en el más alto extremo para la sociedad rusa y utilísimas si se quiere crear una conciencia política y nacional rusa.

Uspensky se sitúa como defensor del «bizantinismo» e insiste muchas veces en la definición del concepto. Según él, «el rasgo esencial que sirve de punto de partida al bizantinismo debe ser buscado en la inmigración de los bárbaros en el Imperio y en la crisis religiosa de los siglos III y IV»[53]. Además, «el bizantinismo es un principio histórico cuya acción se revela en la historia de los pueblos del sur y

este de Europa, Ese principio gobierna el desarrollo de varias naciones hasta nuestro tiempo y se manifiesta por una manera particular de creencias y de instituciones políticas, y también, si se puede expresarlo así, por una organización particular de las relaciones sociales y económicas[54]». Con el nombre de «bizantinismo», es decir, con el concepto que expresa el resultado de la alianza del romanismo con las antiguas culturas Judaica, persa y helénica, «se entiende, ante todo, el conjunto de los principios bajo cuya influencia se modificó progresivamente el Imperio romano, del v al VIII siglos, antes de su transformación en Imperio bizantino»[55].

«Cambios múltiples fueron provocados por las inmigraciones germánicas y eslavas, que produjeron reformas en el estado social y económico y en el sistema militar del Imperio. Bajo la influencia de los nuevos principios, el Imperio romano se modifica en Oriente y adquiere un carácter bizantino»[56]. El «bizantinismo» se manifiesta por los siguientes fenómenos:

1.º Substitución progresiva de la lengua latina, que reinaba por doquier, por la lengua griega o más bien bizantina.

2.º Lucha de las nacionalidades por a preponderancia política.

3.º Carácter original del arte y aparición de nuevos motivos generadores de monumentos nuevos. Originalidad de las obras literarias, donde analiza poco a poco un método nuevo bajo la influencia de las tradiciones y modelos de las civilizaciones orientales[57].

Las palabras de Uspensky, según las cuales el Imperio romano, en Oriente, adquiere el carácter bizantino hacia el siglo VIII, prueban que en este caso su opinión coincide del todo con la del bizantinista inglés Finlay.

Las tesis generales de Uspensky no quedan demostradas en el primer tomo, y por tanto, no podrán ser discutidas ni apreciadas como conviene mientras no tengamos a la vista una historia de Bizancio acabada, o que abarque al menos hasta la conquista latina.

Los problemas más importantes del primer tomo de Uspensky, son:

1.º El problema de la inmigración eslava en la península balcánica y sus consecuencias para la vida bizantina.

2.º El régimen de la propiedad en Bizancio.

3.º La organización de los temas en el Imperio. Aunque estos problemas no queden definitivamente resueltos en el libro de Uspensky, la interpretación propuesta por el autor provoca el deseo y la necesidad de someter tan complejos problemas a un estudio más detallado.

La obra fue concebida por el autor hace más de un cuarto de siglo. Sufrió diversas interrupciones y su valor dista de ser igual en sus distintas partes. Junto a capítulos vividos, nuevos e interesantes en el más alto grado, los hay que se apoyan en un arsenal ya prescrito y que, en ciertos puntos, no está al nivel de la ciencia moderna. Esto se nota, sobre todo, en los capítulos que tratan de los árabes y del islamismo. Pero el mérito incontestable del libro reside en el valor que el autor ha dado a los fenómenos de la vida interior del Imperio.

El primer tomo de la obra de Uspensky nos ofrece hoy la posibilidad de conocer el primer período de la historia bizantina en un lenguaje claro y salido de la labor investigativa de un especialista que ha consagrado cuarenta años de su vida científica al estudio exclusivo de Bizancio. Como hicimos notar, la primera mitad del segundo volumen, publicada en 1927, trata del período iconoclasta y del

principio de la historia de la dinastía macedónica, así como, más especialmente, de los evangelizadores de los eslavos, Cirilo y Metodio. Por desgracia, a causa de las dificultades que hoy se encuentran en Rusia para la impresión de obras, el segundo volumen termina en medio de una frase.

## S. P. Shestakov

En 1913 aparecieron en Kazan los Cursos sobre la Historia de Bizancio de S. P. Shestakov, profesor de la universidad de Kazan. En 1914 fueron publicados en una segunda edición revisada y aumentada.

La obra de Shestakov expone los sucesos desde la infiltración del mundo bárbaro en las dos mitades occidental y oriental del Imperio romano en los siglos III, IV y V, hasta la coronación de Carlomagno, el 800. El libro da numerosos informes sobre la vida exterior e interior del Imperio, así como sobre la historia y literatura del tema. Su documentación es a veces de mala calidad y su redacción descuidada.

## C. N. Uspensky

*Los Apuntes o Bosquejos de historia bizantina* publicados

en 1917 en Moscú por el sabio ruso C. N. Uspensky, recrean al lector y le dan una impresión de cosa vivida[58]. El tomo sólo tiene 268 páginas, y contiene una introducción general muy interesante sobre la evolución social y económica del Imperio romano. El lector se ve llevado a tocar tangiblemente los problemas interiores más importantes del período bizantino. El relato termina con el último período de la disputa iconoclasta y el restablecimiento del culto de las imágenes en el 843, durante el reinado de Teodora. El rasgo característico de estos *Bosquejos* es el lugar que conceden a las cuestiones de organización interior del Imperio y a la evolución social y religiosa. No se refieren los sucesos políticos sino cuando el autor estima que pueden concurrir a la explicación de ciertos fenómenos de la vida social. La idea esencial de Uspensky, justa en conjunto, es la del carácter helenístico de los Imperios romano y bizantino. Estudia de una manera interesante la feudalización de la tierra, tanto en los dominios laicos como en los eclesiásticos. Se interesa especialmente por el período iconoclasta: los últimos capítulos, consagrados a esa época, merecen una atención muy particular. Entre los problemas analizados por Uspensky pueden mencionarse: la formación de los primeros reinos bárbaros en territorio del Imperio; las reformas administrativas y la gestión financiera bajo Justiniano; la organización de los temas; la gleba en los siglos VI, VII y VIII, y el Código rural; los problemas de la propiedad y de la «*excusseia*» (inmunidad). Este libro, restringido en volumen, pero rico por su contenido, está escrito en un estilo palpitante y lleno de color, y tiene gran importancia para cuantos se interesan por la historia del Imperio bizantino.

La obra de Vasiliev comprende dos volúmenes y abarca toda la historia del Imperio bizantino. El primero se publicó en 1917, con el título: *Lecciones de historia bizantina. I: Hasta el principio de las Cruzadas* (1081), (Petrogrado 1917. 355 P.). El segundo volumen abarca el período incluido entre las Cruzadas y la caída de Constantinopla en 1453, se ha publicado en tres fascículos separados. El primero se titula *Bizancio y los cruzados* (Petrogrado, 1923, 120 p.); el segundo, *La dominación latina en Oriente* (Petrogrado, 1923, 76 p.), y el tercero, *La caída del Imperio bizantino* (Leningrado, 1925, 143 p.). Esta edición rusa, revisada, aumentada y corregida, ha servido de base a la publicación de la obra en lengua inglesa, bajo el título de *History of the Byzantine Empire*, I (Madison, 1928) y II (Madison, 1929)[59].

M. V. Levtchenko. *Historia de Bizancio* (Moscú-Leningrado, 1940). El primer trabajo meritorio escrito en la Rusia soviética sobre la historia de Bizancio. Ver la crítica de A. Vasiliev, en Byzantion, XV (1940-1941), p. 489-495.

## Periódicos especiales. Obras generales sobre derecho, arte y cronología. La papirología

El primer periódico especialmente consagrado a los estudios bizantinos, fue una revista alemana, la *Byzantinische Zeitschrift* («Revista bizantina»), que empezó a

aparecer en 1892. A más de numerosos artículos y referencias de publicaciones y libros nuevos, se encuentra allí una bibliografía detallada de cuanto aparece en la esfera del bizantinísmo. Se da gran atención a las publicaciones rusas y eslavas en general. El fundador, y durante mucho tiempo redactor principal de la revista, fue el profesor Krumbacher. Hasta 1914 habían salido veintidós tomos. Se ha publicado un excelente índice analítico de los doce primeros. Durante la guerra de 1914-1918 se interrumpió la publicación de la *Byzantinische Zeitschrift* y después ha reaparecido en forma regular. El volumen XXIX fue publicado en 1929-30. A la sazón la revista está editada por Augusto Heisenberg y Paul Marc.

En 1894, la Academia Rusa de Ciencias inició la publicación de los *Vizantiisky Vremennik* («Anales bizantinos»), bajo la dirección de V. G. Vasilievsky y V. E. Regel, tendiendo a los mismos fines que la revista alemana. En lo bibliográfico, la atención de los redactores se consagró principalmente a los países eslavos y países del Oriente cristiano. La revista, escrita en ruso, contenía a veces artículos en francés y en griego moderno. Su publicación fue interrumpida por la guerra.

En 1917 habían aparecido 22 volúmenes. El 23 sólo salió en 1923, el 24, en 1926 y el 25, en 1928. El volumen 16 contenía el índice analítico de los quince primeros, debido a P. V. Bezobrasov. F. I. Uspensky reemplazó como director de Vizantiisky Vremennik a Vasilievsky y Regel.

Desde 1909, la Sociedad Bizantina de Atenas comenzó a publicar en esa ciudad, en griego moderno, una revista especializada en bizantinismo, con el título de *Bizancio*. Sólo han aparecido dos tomos.

A partir de 1915, la Facultad de Letras de la universidad

de Yuriev (Dorpat) principió a publicar un nuevo órgano ruso titulado *Vizantinskoe obozrenie* («Revista bizantina»). En 1917 habían aparecido tres volúmenes. Hoy, Yuriev (Dorpat) pertenece a Estonia[60].

En 1920, N. A. Bees, comenzó en Berlín la publicación de los *Byzantinisch Neugriechische Jahrbücher*, con fines análogos a los de *Byzantinische Zeitschrift*. A partir del 5.º volumen, el periódico aparece en Atenas, donde N. A. Bees es profesor de la universidad. El volumen XIV se publicó en 1938.

En el Quinto Congreso Histórico Internacional, reunido en Bruselas en. 1923, la sección de estudios bizantinos propuso crear una nueva revista internacional bizantina. En 1924, en el Primer Congreso Internacional de sabios bizantinos, en Bucarest, se convino en definitiva el plan de publicación del periódico, y en 1925 apareció el primer volumen de *Byzantion*, revista internacional de estudios bizantinos (París-Lieja), editada por Paul Graindor y Henri Grégoire. Ese volumen fue dedicado al célebre sabio ruso N. P. Kondakov, para conmemorar su 80 aniversario. El mismo día de la publicación se supo la noticia de la muerte de Kondakov (16 febrero 1925). El volumen V se editó en 1930.

De 1924 a 1939 se han publicado en Atenas quince tomos de una nueva revista griega, los Anales de la Sociedad de Estudios Bizantinos. Muchos artículos de estos Anales son interesantes y de importancia.

A más de los informes proporcionados por los periódicos especiales, se hallará una documentación interesante sobre el período bizantino en algunas revistas no especializadas. Muy importantes son, sobre todo, la publicación griega titulada Νεος ελληνομνημων (editada por Sp. Lambros desde 1904 hasta su muerte en 1919, y continuada por varios

sabios griegos), los *Echos d'Orient y la Revue de l'Orient chrétien.*

Sobre Derecho bizantino, la obra fundamental es la del célebre jurista alemán *Zacarías von Lingenthal*, la cual se titula Historia del Derecho grecorromano («*Geschichte des Griechisch-römischen Rechts*», 3.a. ed., Berlín, 1892). Entre las obras más antiguas citaremos el libro francés de Mortreuil, titulado *Histoire du droit byzantin* (3 t., París, 1843-47), y el resumen alemán de E. Heimbach, contenido en la Enciclopedia de Ersch y Gruber (sección I, parte 86, páginas 1914-71), así como el de Azarevich, que se titula *Historia del Derecho bizantino* (2 partes, Jaroslav, 1867-77). Otro resumen muy interesante, que contiene una copiosa bibliografía, fue publicado en 1906 por el profesor italiano L. Siciliano en la Enciclopedia Jurídica Italiana, t. IV, parte V, fascículos 431 y 460.

La misma obra se editó separadamente en Milán, en 1906. Finalmente, mencionaron la obra de Albertoni *Diritto bizantino riguardo all'Italia* (Imola, 1927), (V. N. B. en la *Byzantinische Zeitschrift*, XXVIII, p. 474-476, 1928).

Los principales trabajos generales sobre arte bizantino, son los siguientes:

N. P. Kondakov: *Historia del arte bizantino y de la iconografía bizantina según las miniaturas de los manuscritos griegos* (en ruso). Odesa, 1876; Atlas, 1877· La edición francesa es una refundición de la obra en dos volúmenes (París, 1886-91).

Bayet, *L'Art byzantin* (París, 1883, nueva edición en 1904); Millet, *L'Art byzantin*, en la *Histoire de l'Art* de A. Michel (París, t. I, 1905, y t. III, 1908).

Ch. Diehl, *Manuel d'Art bizantin* (París, 1910). En 1925-36 ha aparecido una segunda edición revisada y aumentada.

O. M. Dalton, *Byzantine art and archaeology* (Oxford, 1911). Esta obra no trata de la arquitectura. En 1925 Dalton publicó un nuevo libro: *East Christian art: a survey of the Monuments* (Oxford, 1925), que contiene un capítulo sobre arquitectura (p. 70-159).

L. Bréhier, *L'Art byzantin* (París, 1924).

Los trabajos generales más importantes sobre cronología bizantina son éstos:

H. L. Clinton, *Fas ti Romani* (ed. inglesa, 2 vols., Oxford, 1845-50. No incluye sino los acontecimientos hasta la muerte del emperador Heraclio en el año 641).

Muralt, *Ensayo de cronografía bizantina* (2 vol., I, San Petersburgo, 1855; II, Basilea, 1873). Este libro abarca toda la extensión de la historia bizantina hasta 1453. Debe utilizarse con las máximas precauciones.

En este problema de la cronografía bizantina, uno de los más importantes de la bizantinología contemporánea, se ha impuesto un nuevo estudio científico. Las publicaciones más importantes sobre esta cuestión son las que damos a continuación:

Otto Seeck, *Regesten der Kaiser und Papste für die Jeifue* 311 bis 46 N. Chr. *Vorarbeit zu einer Prosopographie der christlichen Kaiserzeit* (Stuttgart, 1919).

Franz Dölger, *Regesten der Kaiserurkunden des ostromischen Reiches. I Teil: Regesten von 565-1025* (Munich y Berlín, 1924); *II Teil: Regesten von 1025-1204* (Munich y Berlín, 1925); *III Teil: Regesten von 1204-1282* (Munich y Berlín, 1932); en el *Corpus der griechischen Urkunden des Mitielalters und der neusren Zeit, herausgegeben von den Akademien der Wissenschaften in München und Wien.*

Finalmente, para datos bibliográficos de carácter general sobre otras ramas del bizantinismo, como la numismática, la

sigilografía (o estudio de los sellos bizantinos) y la papirología, se podrá encontrar documentación en la *Historia de la literatura bizantina* de Krumbacher y en las partes bibliográficas de las diferentes revistas especializadas en bizantinología.

Sólo desde hace una veintena de años se ha concluido por reconocer la importancia e interés considerables de la época bizantina en la esfera de la papirología «Las anteriores generaciones de papirólogos —dice H. I. Bell, uno de los mejores especialistas de esta ciencia— consideraban la época bizantina con ojos de madrastra y dirigían su atención, sobre todo, a los periodos ptolemaico y romano».

# CAPÍTULO II. EL IMPERIO DE ORIENTE DESDE EL SIGLO IV A COMIENZOS DEL VI

## Constantino y el cristianismo

La crisis de cultura y de religión que atravesó el Imperio romano en el siglo IV, es uno de los fenómenos mas importantes de la historia universal. La antigua civilización pagana entró en conflicto con el cristianismo que, reconocido por Constantino a principios del siglo IV, fue declarado por Teodosio el Grande, a fines del mismo siglo, religión dominante y religión del Estado. Cabía suponer que aquellos dos elementos adversarios, representantes de dos conceptos radicalmente opuestos, no podrían, una vez iniciada la pugna, encontrar jamás ocasión de acuerdo y se excluirían el uno al otro. Pero la realidad mostró todo lo contrario. El cristianismo y el helenismo pagano se fundieron poco a poco en una unidad e hicieron nacer una civilización cristiano-greco-oriental que recibió el nombre de bizantina. El centro de ella fue la nueva capital del Imperio romano: Constantinopla.

El principal papel en la creación de un nuevo estado de

cosas correspondió a Constantino. Bajo su reinado, el cristianismo fue reconocido, de manera decisiva, como religión oficial. A partir de la exaltación de aquel emperador, el antiguo Imperio pagano empezó a transformarse en Imperio cristiano.

De ordinario, una conversión semejante se produce al principio de la historia de un pueblo o Estado, cuando su pretérito no ha echado aún en las almas cimientos ni raíces sólidas, o cuando no ha creado más que imágenes primitivas. En tal caso, el paso del paganismo grosero al cristianismo no puede crear en el pueblo o Estado crisis profundas. Pero todo sucedía diferentemente en el Imperio romano del siglo IV. El Imperio poseía una civilización de varios siglos de antigüedad que, para su época, había alcanzado la perfección en las formas del Estado, y tenía tras él un gran pasado cuyas ideas y maneras de ver estaban como enraizadas en la población. Este Imperio, al transformarse en el siglo IV en Estado cristiano, es decir, al emprender el camino de un conflicto con su pretérito, e incluso a veces de una negación del tal, debía por necesidad sufrir una crisis aguda y un trastorno profundo. Era evidente que el antiguo mundo pagano, al menos en el dominio religioso, no satisfacía ya las necesidades del pueblo. Habían nacido nuevas exigencias y nuevos deseos que, en virtud de una serie de causas múltiples y diversas, el cristianismo estaba en grado de satisfacer.

Si en un momento de crisis de extraordinaria importancia se asocia a ella una figura histórica que desempeñe en el caso un papel preponderante, es palmario que se forma siempre en torno a esa personalidad, dentro de la ciencia histórica, toda una literatura que trata de apreciar el papel exacto del personaje en su época, así como de

penetrar en las capas subterráneas de su vida religiosa. Una figura así es, en el siglo IV, la de Constantino. Desde hace mucho él ha suscitado una literatura inmensa, acrecida sin cesar en estos años últimos a raíz de la celebración, en 1913, del decimosexto centenario de la promulgación del edicto de Milán.

Constantino pertenecía, por parte de su padre, Constancio Cloro, a una noble familia de Mesia. Nació en Naisos, hoy Nisch. Su madre, Elena, era cristiana, y debía ser canonizada más tarde. Elena había hecho una peregrinación a Palestina y, según la tradición, descubierto allí la verdadera cruz donde Jesucristo fuera crucificado[61]. Cuando, en el 305, Diocleciano y Maximiano, para ponerse de acuerdo con su propio sistema, abdicaron, retirándose a la vida privada, Galeno y Constancio Cloro, padre de Constantino, pasaron a ser augustos, el uno en Oriente y el otro en Occidente. Al año inmediato, Constancio Cloro murió en Bretaña y sus legiones proclamaron augusto a su hijo Constantino. A la vez estallaba en Roma una revuelta contra Galerio. La población rebelde y el ejército proclamaron emperador, en lugar de Galerio, a Majencio, hijo de Maximiano. Al nuevo emperador se agregó el viejo Maximiano, que recuperó el título imperial. Empezó una época de guerras civiles en cuyo transcurso murieron Maximiano y Galerio. Al fin, Constantino se alió a Licinio, uno de los nuevos augustos, y en 312, a las puertas de Roma, batió en una batalla decisiva a Majencio, quien, al tratar de huir, se ahogó en el Tíber, en las Piedras Rojas, cerca del Puente Milvio. Los dos emperadores victoriosos, Licinio y Constantino, llegaron a Milán, donde, según la historia tradicional, promulgaron el famoso edicto de ese nombre, del que tendremos nueva ocasión de hablar. Pero la inteligencia entre ambos emperadores no duró mucho.

Estallaron, pues, las hostilidades, concluidas con la victoria total de Constantino. El 324, Licinio fue muerto y Constantino se convirtió en dueño único del Imperio romano.

Los dos hechos del gobierno de Constantino que debían resultar de decisiva importancia para toda la historia ulterior, fueron el reconocimiento oficial del Cristianismo y el traslado de la capital desde las orillas del Tifa en a las orillas del Bósforo, desde la Roma antigua a la «Roma nueva», es decir, a Constantinopla.

Al estudiar la situación del cristianismo en la época de Constantino, los sabios han centrado su atención, de modo particular, en los dos puntos siguientes: la «conversión» de Constantino y el edicto de Milán.

## La «conversión» de Constantino

Los historiadores y los teólogos se interesan, sobre todo, en los móviles de la «conversión» de Constantino. ¿Por qué se inclinó Constantino a favor del cristianismo? ¿No habrá que mirar en ello sino un acto de prudencia política? ¿Vio Constantino en el cristianismo tino de los medios que podían servirle para alcanzar sus fines políticos, que no tenían con el cristianismo nada común? ¿O bien se unió Constantino a los cristianos impelido por una convicción interna? ¿Débense admitir a la vez en él móviles de carácter político y una inclinación de su ánimo hacia el cristianismo?

La principal dificultad que se halla en la resolución de

este problema, radica en los datos contradictorios de las fuentes que nos han llegado. Constantino, tal como nos lo describe el obispo Eusebio, escritor cristiano, no se asemeja en nada al Constantino de Zósimo, escritor pagano. Por su parte, los historiadores, en sus estudios sobre Constantino, han encontrado materia lo bastante rica para que les haya permitido aportar a esta cuestión, ya eminentemente enmarañada, sus propios puntos de vista preconcebidos. El historiador francés G. Boissier, en su obra El fin del paganismo, estribe: «Por desgracia, cuando llegamos a esos grandes personajes que desempeñan los primeros papeles de la historia, cuando tratamos de estudiar su vida y hacernos cargo de su conducta, nos cuesta trabajo contentarnos con explicaciones naturales. Como tienen la reputación de ser personas extraordinarias, no queremos nunca creer que hayan obrado como todos. Buscamos razones ocultas a sus actos más sencillos; les atribuimos sutilezas, combinaciones, profundidades, perfidias, de que ellos no se dieron cuenta nunca. Eso sucede con Constantino: estamos tan convencidos de antemano de que su política hábil quiso engañarnos, que cuanto más se le ve ocuparse con ardor de las cosas religiosas y hacer profesión de ser creyente sincero, más tentados nos sentimos a suponer que era un indiferente, un escéptico, que, en el fondo, no se cuidaba de culto alguno y que prefería aquel de que podía obtener más ventajas»[62].

Durante mucho tiempo, la opinión general que se ha tenido de Constantino hallóse en muy alto grado influida por el juicio escéptico emitido por el célebre historiador suizo Jacobo Burckhardt en una brillante obra titulada *Die Zeit Constantin's des Grossen* (1.ª ed., 1853). Según Burckhardt, Constantino, estadista genial, dominado por la ambición y la pasión del poder, lo sacrificó todo al

cumplimiento de sus planes universales. «Se trata a menudo —dice Burckhardt— de penetrar en la conciencia religiosa de Constantino y de erigir un cuadro de sus pretendidos cambios de opinión religiosa. Es trabajo perdido. Para un hombre de genio a quien la ambición y la pasión del poder no dejan un instante de tranquilidad, no puede haber cuestión de cristianismo o paganismo, de religión consciente o de irreligiosidad (unreligios). Una persona semejante está, en el fondo, desprovisto de toda religión. Suponiendo que se detenga, siquiera un momento, a examinar su verdadera conciencia religiosa, encontrará allí un fatalismo». Este «espantoso egoísta», después de comprender que en el cristianismo residía una fuerza universal, se sirvió de él en ese sentido, y en ello consiste el gran mérito de Constantino. Pero el emperador dio también al paganismo garantías precisas. Sería vano buscar en ese hombre inconsecuente el menor sistema: todo en él es casualidad. Constantino, ese «egoísta vestido de púrpura, hace converger todo, tanto sus propios actos como los que deja cumplir, hacia el acrecentamiento de su propio poderío». Burckhardt se ha servido, como fuente principal, de la Vida de Constantino, de Eusebio, sin tener en cuenta que esta obra no es auténtica[63]. Tal es, resumida en pocas palabras, la opinión de Burckhardt. Este historiador, como puede verse, no deja lugar alguno a una conversión del emperador fundada en móviles religiosos.

Fundándose en otras fuentes, el historiador religioso alemán Adolfo Harnack, en su estudio sobre *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in der ersten drei Jahrhunderten* (1.ª ed., 1892)[64], llega a conclusiones análogas. Tras estudiar el estado del cristianismo en las provincias del Imperio, una a una, y aun reconociendo la imposibilidad de determinar la cifra exacta del número de

cristianos, Harnack termina opinando que los cristianos, que eran en el siglo IV bastante numerosos ya representaban un factor considerable en el Estado, no constituían, sin embargo, la mayoría de la población. Pero, observa Harnack, «la fuerza numérica y la influencia real no se corresponden necesariamente. Una minoría puede gozar de gran influencia si se apoya en las clases dirigentes, y una mayoría tiene poco peso si se compone de las capas inferiores de la sociedad, o, sobre todo, de la población rural. El cristianismo fue una religión urbana: cuanto más grande era la ciudad, mayor era el número de cristianos. Esta fue una ventaja eminente. Además, el cristianismo había ya (en el siglo IV) penetrado profundamente en gran número de provincias hasta las campiñas. Lo sabemos así con exactitud en lo que atañe a la mayoría de las provincias del Asia Menor, Armenia, Siria, Egipto y parte de Palestina y también del África del Norte». Después de distribuir las provincias del Imperio en cuatro grupos, según la mayor o menor expansión del cristianismo, y tras examinar el problema en cada uno de esos cuatro grupos, Harnack concluye que el centro principal de la Iglesia cristiana a comienzos del siglo IV, se encontraba en el Asia Menor. Constantino, antes de partir para la Galia, había pasado varios años en Nicomedia, la corte de Diocleciano. Las impresiones experimentadas en el Asia Menor, le acompañaron a Galia y se transformaron en una serie de convicciones políticas que implicaban conclusiones radicales: las de que podía apoyarse en la Iglesia y el episcopado, fuertes y poderosos los dos. Preguntarse si la Iglesia habría triunfado sin Constantino, es ocioso. Necesariamente había de llegar un Constantino. De década en década se hacía más fácil ser ese Constantino. En todo caso, la victoria del cristianismo en el Asia Menor era ya muy neta antes de la época constantiniana, y en otras

provincias estaba muy bien preparada. No se necesitaban inspiración especial ni invitación celeste para realizar de hecho lo ya latente. Sólo hacía falta un político fuerte y penetrante, cuya naturaleza le llevase a la vez a ocuparse de asuntos religiosos. Ese hombre fue Constantino. Su rasgo de genio consistió en discernir con claridad y comprender bien lo que debía producirse[65].

Así, según la opinión de Harnack, Constantino no era más que un político de genio. Por supuesto, el método estadístico es, respecto a aquella época, e incluso para quienes se contenten con aproximaciones, casi imposible de emplear. No obstante, los eruditos más serios reconocen hoy que, bajo Constantino, el paganismo representaba un elemento preponderante en la sociedad y el gobierno, mientras los cristianos eran sólo una minoría. Según los cálculos del profesor Bolotov y otros, «puede que hacia el tiempo de Constantino la población cristiana fuese igual a un décimo de toda la población, pero quizá sea incluso necesario reducir esta cifra. Toda afirmación según la cual los cristianos pudieran representar más de un diez por ciento de la población, sería arriesgada»[66]. Hoy casi todos están de acuerdo en que, en la época de Constantino, los cristianos eran minoría en el Imperio. En tal caso, la teoría política de las relaciones de Constantino y el cristianismo debe ser rechazada, en su forma integral al menos. Ningún gran estadista hubiese podido construir sus planes apoyándose en esa décima parte de la población, que además, como se sabe, no se mezclaba entonces en política.

Víctor Duruy, autor de la *Historia de los romanos*, habla, algo influido por Eurekhardt, del elemento religioso en Constantino como de «un honrado y tranquilo deísmo que formaba su religión». Según Duruy, Constantino «comprendió muy pronto que el cristianismo correspondía

por su dogma fundamental a su propia creencia en un Dios único»[67]. No obstante, las consideraciones políticas desempeñaban en él papel esencial: «Como Bonaparte procurando conciliar la Iglesia y la Revolución, Constantino se proponía hacer vivir en paz, el uno junto al otro, el antiguo y el nuevo régimen, aunque favoreciendo a este último. Había reconocido hacia qué lado marchaba el mundo y ayudaba al movimiento sin precipitarlo. Es una gloria para ese príncipe haber justificado que había puesto en su arco triunfal: *Quietis custos*.… Hemos tratado de penetrar hasta el fondo del alma de Constantino, y hemos encontrado una política más que una religión»[68]. Por otra parte, analizando el valor de Eusebio como historiador de Constantino, Duruy observa: «El Constantino de Eusebio veía a menudo entre el cielo y la tierra cosas que nadie ha notado en ningún sitio»[69].

Entre las muy numerosas obras que aparecieron en 1913 con motivo de la celebración del decimosexto centenario del edicto de Milán, podemos mencionar dos, la de E. Schwartz y los Gesammelte Studien, editados por F. J. Dölger. Schwartz declara que Constantino, «con la diabólica perspicacia de un dominador universal, comprendió la importancia que la alianza con la Iglesia presentaba para la monarquía universal que proyectaba edificar, y tuvo el valor y la energía de realizar esa unión en choque con todas las tradiciones del cesarismo»[70]. Por su parte, E. Krebs, en los Studien editados por Dölger, escribe que todos los pasos dados por Constantino en favor de la Iglesia no fueron más que razones secundarias de la aceleración inevitable del testimonio de la Iglesia misma, cuya razón esencial residía en la fuerza sobrenatural del cristianismo[71].

P. Batiffol defiende la sinceridad de la conversión de Constantino[72], y más recientemente, J. Maurice, eminente

especialista en la numismática de la época constantiniana, se esfuerza en aceptar como un hecho real el elemento milagroso de su conversión[73].

G. Boissier advierte que «lanzarse en aquella época en brazos de los cristianos», que constituían una minoría y no gozaban de papel político, hubiese sido para Constantino, como político, tentar lo desconocido. De modo que, si cambió de religión sin tener interés en ello, ha de reconocerse que lo hizo por convicción[74].

M. F. Lot se inclina en favor de la sinceridad de la conversión de Constantino[75]. Y E. Stein expone las razones políticas que Constantino tenía para convertirse al cristianismo. Según el propio Stein, el hecho más importante de la política religiosa llevada a cabo por Constantino fue la adaptación de la Iglesia cristiana a los cuadros del Estado. Stein presume que Constantino estaba influido hasta cierto punto por la religión zoroástrica, que era estatal en Persia[76].

Téngase en cuenta que no ha de verse en esa «*conversión*» de Constantino, que se hace remontar de ordinario a su victoria sobre Majencio, el 312[77] su verdadera conversión al cristianismo, que no efectuó, como se sabe, sino en su lecho de muerte. Durante todo el tiempo de su gobierno permaneció siendo «*Pontifex Maximus*».

No llamaba al domingo de otra manera que «El Día del Sol» («*Dies Solis*»). Y con el vocablo de «Sol invicto» («*Sol invictus*») se entendía de ordinario en aquella época al dios persa Mitra, cuyo culto se había expandido prodigiosamente en todo el Imperio, tanto en Oriente como en Occidente, apareciendo a veces como rival serio para el cristianismo. Es un hecho patente que Constantino fue adepto del culto del Sol, culto hereditario en su familia[78]. Según toda probabilidad, aquel «Sol invictus» de Constantino era

Apolo[79]. J. Maurice observa con justeza que «esa religión solar le aseguró una inmensa popularidad en el Imperio[80]».

Aun reconociendo la sincera inclinación de Constantino hacia el cristianismo, no se pueden dejar de lado sus miras políticas, las cuales debieron desempeñar papel esencial en su actitud ante el cristianismo, que podía serle útil de varias maneras. Adivinaba que el cristianismo, en el porvenir, sería el principal elemento de unificación de las razas del Imperio. «Quería —ha escrito el príncipe Trubetzkoi— reforzar la unidad del Estado dándole una Iglesia única»[81].

Es común vincular la conversión de Constantino a la leyenda de la aparición de una cruz en el cielo durante la lucha entre Constantino y Majencio. Así se introduce un elemento milagroso como uno de los factores de la conversión. Pero las fuentes revelan una completa falta de acuerdo sobre este punto. El testimonio más antiguo acerca de una ocurrencia milagrosa se debe al cristiano Lactancio, quien, en su obra *Sobre la muerte de los perseguidores* (*De mortibus persecutorum*) habla de una milagrosa inspiración recibida por Constantino en su sueño, intimándole a que grabara en sus escudos el celeste signo de Cristo (*«coeleste signum Dei*»). Pero Lactancio no dice palabra de una verdadera aparición celeste vista por Constantino.

Otro contemporáneo de Constantino, Eusebio de Cesárea, habla dos veces de la victoria de aquél sobre Majencio. En su primera obra, la *Historia eclesiástica*, Eusebio observa solamente que Constantino, yendo en socorro de Roma, «invocó en su oración, pidiéndole alianza, al Dios del cielo, así como a su Verbo, el Salvador universal, Jesucristo»[82]. Como se ve, aquí no se trata de sueño ni de signo en los escudos. Finalmente, el mismo Eusebio, unos veinticinco años después de la victoria de Constantino sobre

Majencio, y en otra obra (*La vida de Constantino*), nos da, apoyándose en las mismas palabras del emperador, que se lo «había contado y le afirmaba ser verdad bajo juramento», el famoso relato en virtud del cual Constantino habría visto, durante su marcha sobre Roma, por encima del sol poniente, una cruz luminosa con las palabras (*Triunfa con esto*). Un terror súbito le acometió, así como a su ejército, siempre según la narración. A la siguiente noche, se le apareció Cristo con la misma cruz, ordenándole hacer elaborar un estandarte semejante a aquella imagen, y avanzar con él contra el enemigo. Por la mañana, el emperador relató el milagroso sueño, llamó artistas, les describió el aspecto del signo que se le había aparecido y les dio el encargo de fabricar un estandarte análogo, que se conoció con el nombre de lábaro, «*labarum*»[83]. Durante mucho tiempo, se ha discutido el origen de este vocablo. Ahora sabemos que «*labarum*» no es sino la deformación griega de «*laurum*», en el sentido de «estandarte laureado, estandarte rematado en una corona de laurel»[84]. El lábaro representaba una cruz alargada. En la entena perpendicular a la lanza iba fijo un trozo de tela, que consistía en un tejido de púrpura cubierto de piedras preciosas, variadas y magníficas, insertas en la trama, donde brillaban los retratos de Constantino y de sus hijos. En la cúspide se hallaba sujeta una corona de oro en cuyo interior aparecía el monograma de Cristo[85]. A partir de la época de Constantino, el lábaro se convirtió en el estandarte del Imperio de Bizancio. Pueden hallarse también en otros autores alusiones a una visión milagrosa o a ejércitos aparecidos en el cielo a Constantino, como enviados por Dios en su socorro. Pero nuestros conocimientos sobre este episodio son tan confusos y contradictorios, que no cabe apreciarlos debidamente desde el punto de vista histórico. Hay incluso quienes piensan que

aquel acontecimiento no se produjo durante la marcha contra Majencio, sino con anterioridad, antes de que Constantino hubiese salido de la Galia.

## El seudoedicto de Milán

Bajo el reinado de Constantino el cristianismo recibió el derecho de existir y desarrollarse legalmente. Pero el primer edicto en favor del cristianismo se promulgó bajo el reinado de Galerio, quien, eso aparte, fue el más feroz perseguidor de los cristianos. Galerio publicó su edicto el año 311. En él concedía a los cristianos amnistía completa de la obstinada lucha que habían sostenido contra los decretos del gobierno, tendentes a reunir al paganismo los disidentes, y les reconocía la facultad de existir ante la ley. El edicto de Galerio declaraba: «*Que los cristianos existan de nuevo*. Que celebren sus reuniones, a condición de que no turben el orden. A cambio de esta gracia, deben rogar a Dios por nuestra prosperidad y por la del Estado, así como por la suya propia»[86].

Dos años más tarde, después de su victoria sobre Majencio, Constantino se encontró en Milán con Licinio, que había concluido antes un acuerdo con él. Según la historia tradicional, tras deliberar sobre los asuntos del Imperio, los dos emperadores publicaron un documento de gran interés al que se llamaba Edicto de Milán. El texto mismo del documento no ha llegado a nosotros. Se conserva en la obra del escritor cristiano Lactancio, en forma de un reescrito de Licinio redactado en latín y dirigido al gobernador (*praeses*)

de Bitinia. Eusebio, en su *Historia de la Iglesia*, inserta una traducción griega del original latino.

La cuestión de las relaciones entre los textos de Lactancio y Eusebio y el texto original, no llegado hasta nosotros, del edicto de Milán, ha sido muy discutida. Hace ya más de cincuenta años, el alemán Seeck había anticipado la inexistencia del edicto de Milán, afirmando que sólo existió el edicto de Galerio (311). Durante mucho tiempo, la ciencia histórica no compartió el criterio de Seeck. Hoy se ha probado que el documento conocido como «Edicto de Milán» es de Licinio y fue promulgado en Nicomedia (Bitinia), y no en Milán, en la primavera del 313[87]. Pero si el edicto de Milán, como tal, debe ser eliminado, en cambio es cierto que se celebraron en Milán conferencias entre los dos emperadores. «Allí se adoptaron las decisiones más importantes»[88]. En virtud de aquel edicto, los cristianos —así como los adeptos de todas las religiones— obtenían libertad plena y entera de abrazar la fe que habían elegido. Todas las medidas tomadas contra ellos quedaban abolidas. «A partir de este día —declara el edicto—, que aquel que quiera seguir la fe cristiana la siga libre y sinceramente, sin ser inquietado ni molestado de otra manera. Hemos querido hacer conocer esto a Tu Excelencia (esto es, el prefecto de Nicomedia) de la manera más precisa, para que no ignores que hemos concedido a los cristianos la libertad más completa y más absoluta de practicar su culto. Y, puesto que la hemos concedido a los cristianos, debe ser claro a Tu Excelencia que a la vez se concede también a los adeptos de las otras religiones el derecho pleno y entero de seguir su costumbre y su fe y de usar de su libertad de venerar los dioses de su elección, para paz y tranquilidad de nuestra época. Lo hemos decidido así porque no queremos humillar la dignidad ni la fe de nadie»[89].

El mismo edicto ordenaba entregar a los cristianos, sin exigirles indemnización ni promover la menor dificultad, las casas particulares e iglesias que se les habían confiscado.

De este texto del edicto se desprende que Licinio y Constantino reconocieron a la religión cristiana los mismos derechos que a todas las otras religiones, incluso el paganismo. En la época de Constantino todavía no podía tratarse de un reconocimiento completo del cristianismo, como la religión verdadera. No cabía más que presentirlo. Los dos emperadores juzgaron que el cristianismo era compatible con el paganismo, y la extrema importancia de su acto reside, no sólo en el permiso de existir que dio al cristianismo, sino también en la protección oficial que le concedió. Este momento es esencial en la historia del cristianismo primitivo.

Ese edicto, pues, no nos da el derecho de afirmar, como lo hacen ciertos historiadores, que el cristianismo, bajo Constantino, fuera puesto por encima de todas las demás religiones, que sólo habrían desde entonces sido toleradas (A. Lebediev)[90], ni que el Edicto, lejos de establecer la tolerancia religiosa, proclamara la supremacía del cristianismo (N. Grossu)[91].

Así, cuando se promueve, fundándose en el edicto de Nicomedia, la cuestión de si, bajo Constantino, el cristianismo gozó de derechos paritarios o preponderantes, estamos obligados a inclinarnos en pro de la paridad.

El profesor Brilliantov tiene toda la razón cuando escribe, en su notable obra sobre El emperador Constantino el Grande y el edicto de Milán de 313: «En realidad puede afirmarse, sin exageración alguna, lo que sigue: la gran importancia del edicto de Milán subsiste, incontestable, pues tiene la de un acta que pone fin decisivamente al estado

ilegal de los cristianos en el Imperio y que, proclamando una libertad religiosa plena y entera, hace entrar "de jure" el paganismo, de su condición anterior de única religión oficial, en la línea de todas las otras religiones»[92]. Un impresionante testimonio de la libre coexistencia del cristianismo y del paganismo, nos lo dan las monedas[93].

## La actitud de Constantino ante la Iglesia

Pero Constantino no se satisfizo con dar a los cristianismos derechos estrictamente iguales, como hubiese hecho con una doctrina religiosa cualquiera.

El clero cristiano («*clerici*») obtuvo todos los privilegios que gozaban los sacerdotes paganos. Quedó exento de impuestos, cargos y servicios estatales que hubiesen podido impedirle el ejercicio de sus deberes religiosos (derecho de inmunidad). Se dio a todos el derecho de testar en favor de la Iglesia, la cual recibía, por tanto, «*ipso facto*», el derecho a heredar. Así, a la vez que se proclamaba la libertad religiosa, las comunidades cristianas quedaban reconocidas en su personalidad civil. Este último hecho creaba para el cristianismo una *situación nueva* desde el punto de vista jurídico.

Se concedieron muy importantes privilegios a los tribunales episcopales. Se dio a todos el derecho de transferir, de acuerdo con la parte adversaria, cualquier clase de asuntos civiles a los tribunales episcopales, aunque el asunto hubiese sido entablado ya ante un tribunal civil. A

fines del reinado de Constantino todavía se ensanchó más la competencia de los tribunales episcopales. Las decisiones de los obispos habían de ser reconocidas, sin apelación, en asuntos concernientes a personas de toda edad. Todo asunto civil podía ser trasladado a un tribunal episcopal en cualquier momento del proceso, incluso contra la voluntad de la parte adversaria. Los jueces civiles habían de ratificar los veredictos de los tribunales episcopales.

Estos privilegios judiciales de los obispos, aunque realzasen su autoridad a los ojos de la sociedad, eran para ellos una pesada carga y aumentaban sus responsabilidades. La parte perdedora no podía dejar de guardar aún resentimiento o descontento contra la sentencia episcopal, que no por inapelable estaba menos sujeta a error. Además, las funciones seculares de los obispos debían introducir en los medios eclesiásticos numerosos intereses profanos.

La Iglesia recibió del Estado donaciones muy ricas, en forma de propiedades y de gratificaciones materiales (plata y trigo). Los cristianos no estaban obligados a participar en las fiestas paganas. En fin, bajo la influencia del cristianismo, se aplicaron algunas mitigaciones a los castigos de los criminales.

El nombre de Constantino está vinculado con la fundación de gran número de iglesias en todas las provincias de su inmenso Imperio. A Constantino se atribuye la construcción de las basílicas de San Pedro y de Letrán, en Roma. Pero, en ese sentido, su atención se fijó sobre todo en Palestina, donde, según se decía, su madre había descubierto la verdadera Cruz. En Jerusalén, en el lugar donde Cristo fuera enterrado, se edificó la iglesia del Santo Sepulcro y sobre el Monte de los Olivos el emperador hizo levantar la iglesia de la Ascensión. En Belén se construyó la iglesia de la

Natividad. Constantinopla, la nueva capital, y sus arrabales, quedaron ornados con numerosas iglesias, las más magníficas de las cuales fueron la de los Apóstoles y la de Santa Irene. Bajo el reinado de Constantino se alzaron muchas iglesias en otros lugares, como en Antioquía, en Nicomedia, en África del Norte, etc[94].

Después del reinado de Constantino se desarrollaron tres focos importante cristianismo: la Roma cristiana en Italia, donde subsistieron por algún tiempo simpatías y tradiciones paganas; la Constantinopla cristiana, que pronto fue *una segunda Roma* a los ojos de los cristianos de Oriente, y Jerusalén, que conoció con Constantino un período de renovación. Desde su destrucción por Tito, el 70, y la fundación sobre su emplazamiento de la colonia romana de Elia Capitolina, bajo el reinado de Adriano, en el siglo II, la antigua Jerusalén había perdido su importancia, aunque fuese la cuna del cristianismo y el centro de la primera predicación apostólica. Políticamente, la capital de la provincia no era Elia, sino Cesárea.

Las iglesias edificadas durante este período en los tres centros mencionados se levantaron como símbolos del triunfo de la Iglesia cristiana sobre la tierra. La Iglesia cristiana iba a convertirse en Iglesia del Estado. La nueva concepción del reino terrestre estaba, por lo tanto, en oposición directa con la concepción inicial del cristianismo, «cuyo reino no era de este mundo», y con la del próximo fin del mundo mismo[95].

## El arrianismo y el concilio de Nicea

En razón del nuevo estado de cosas nacido en la primera parte del siglo IV, la Iglesia cristiana atravesó una época de hirviente actividad, manifestada sobre todo en el dominio dogmático. De esas cuestiones dogmáticas se ocuparon en el siglo IV, no sólo particulares —como, en el siglo III, Tertuliano y Orígenes—, sino numerosos partidos, notablemente organizados.

Los concilios, en el siglo IV, se convirtieron en fenómeno corriente: se veía en ellos el único medio de resolver los problemas religiosos en litigio.

Pero, en el curso de esos concilios del siglo IV, despierta un carácter nuevo, de extrema importancia para toda la historia posterior de las relaciones del poder espiritual y el temporal, de la Iglesia y el Estado. Desde Constantino, el Estado se mezcla a las discusiones dogmáticas y las dirige según le parece bien. En muchos casos, los intereses del Estado no habían de corresponder siempre a los de la Iglesia.

Hacía mucho tiempo que el principal centro de civilización del Oriente era Alejandría, donde la vida espiritual rebosaba actividad. Es natural que hubiera ardientes discusiones sobre nuevos dogmas en aquella Alejandría que, desde el siglo II, «se había tornado —según el profesor A. Spasski— en el centro del desarrollo teológico de Oriente y había adquirido en el mundo cristiano una reputación particular, la de una especie de iglesia filosófica, donde no se debilitaba nunca el interés que se dedicaba al estudio de los problemas superiores de la fe y la ciencia»[96]. La doctrina herética más importante de la época de Constantino fue el arrianismo. Nació éste en la segunda mitad del siglo III, en Antioquía (Siria), donde Luciano, uno

de los hombres más cultos del tiempo, fundió una escuela de exégesis y teología. Esta escuela, como dice Harnack, fue «la cuna de la doctrina arriana»[97].

Arrio, sacerdote de Alejandría, emitió la idea de que el Hijo de Dios había sido creado. Tal proposición constituyó el fondo del arrianismo. La doctrina de Arrío se expandió aceleradamente. A ella se afiliaron Eusebio, obispo de Cesárea, y Eusebio, obispo de Nicomedia. A pesar de los esfuerzos de los partidarios de Arrio, éste se vio negada la comunión por Alejandro, obispo de Alejandría. Los intentos de las autoridades locales para apaciguar la turbada Iglesia, no produjeron el efecto deseado. Constantino acababa de triunfar de Licinio y era único emperador, Liego el 324 a Nicomedia, donde recibió múltiples quejas de los partidarios de Arrio y de los adversarios de éste. El emperador deseaba, ante todo, conservar en el Estado una Iglesia tranquila y no advertía bien la importancia de tal disputa dogmática. Se dirigió, pues, por escrito a Alejandro de Alejandría y a Arrio, procurando persuadirles de que se reconciliasen y de que se ajustaran al ejemplo de los filósofos, quienes, sin dejar de discutir entre sí, vivían en armonía. Fácil les era a los dos entenderse, pues que ambos reconocían la Providencia divina y a Jesucristo. «Devolvedme el alma de mis días, el reposo de mis noches —les pedía Constantino—; dejadle gustar el placer de una existencia tranquila»[98].

Para llevar aquella misiva, Constantino envió a Alejandría uno de sus hombres de confianza: Osio, obispo de Córdoba. Éste entregó la carta, examinó la cuestión sobre el terreno donde se debatía y, a su regreso, hizo conocer al emperador la mucha importancia del movimiento Arriano. Constantino decidió entonces convocar un concilio.

Ese primer concilio ecuménico, convocado por cartas

imperiales, se reunió el 325 en Nicea (Bitinia). No se conoce con mucha exactitud el número de los que asistieron al concilio. No obstante, de ordinario, se evalúa en 318 el número de los Padres reunidos en Nicea[99]. La mayoría eran obispos de las regiones orientales del imperio. El obispo de Roma, demasiado anciano para trasladarse se hizo representar por dos sacerdotes. La querella arriana fue, con mucho, la más importante de las cuestiones que se examinaron. El emperador presidió el concilio e incluso dirigió los debates.

No se conservan las actas del concilio de Nicea, hasta no faltan quienes duden de que se redactaran protocolos de las sesiones. Lo que sabemos nos ha llegado merced a escritos de los miembros del concilio y de algunos historiadores[100]. Después de debates muy vivos, el concilio condenó la herejía de Arrio y, tras adoptar algunas enmiendas y adiciones, adoptó el Símbolo de la Fe (el Credo), donde, contrariamente a la doctrina de Arrio, Jesucristo era reconocido como «Hijo de Dios, no creado, consubstancial con el Padre».

El arcediano de Alejandría, Atanasio, había combatido a Arrio con un celo particular unido a un arte consumado.

El Símbolo de Nicea fue aceptado por varios obispos arrianos. Los más obstinados discípulos de Arrío, y Arrio mismo, fueron expulsados del concilio y puestos en prisión. El concilio resolvió las demás cuestiones pendientes y se disolvió después. En carta solemne que se remitió a todas las comunidades, hízose saber a éstas que la paz y el acuerdo habían sido devueltos a la Iglesia. Constantino escribió: «Todos los proyectos que el demonio había meditado contra nosotros han sido aniquilados a la hora de ahora… El cisma, las disensiones, las turbulencias, el veneno mortal de la discordia, todo eso, por la voluntad de Dios, ha sido vencido

por la luz de la verdad»[101]. Uno de los mejores especialistas del arrianismo comenta: «El arrianismo empezó con vigor que prometía una buena carrera; y en pocos años pudo aspirar a la supremacía en Oriente, Pero su fuerza se desvaneció ante el concilio, y fue herido por la reprobación universal del mundo cristiano… El arrianismo parecía completamente aplastado y sin esperanza de resurrección»[102].

La realidad no confirmó las hermosas esperanzas de Constantino. La condenación del arrianismo por el concilio de Nicea, no sólo no puso fin a la disputa arriana, sino que incluso fue causa de nuevos movimientos y nuevas dificultades. En el mismo Constantino se notó luego un cambio muy neto en favor de los arrianos, A los pocos años del concilio, Arrio y sus partidarios más celosos fueron llamados del destierro[103]. La muerte repentina de Arrio impidió su rehabilitación. En vez de él, fueron exilados los defensores más eminentes del Símbolo de Nicea. Si este Símbolo no quedó desautorizado y condenado, se le olvidó a sabiendas y en parte se le substituyó por otras fórmulas.

Es muy difícil establecer con exactitud cómo se creó esa oposición tenaz contra el concilio de Nicea y cuál fue la causa de tal cambio en el ánimo de Constantino. Examinando las diversas explicaciones que se han propuesto, y donde se hacen intervenir influencias cortesanas, relaciones íntimas o familiares u otros fenómenos, acaso quepa detenerse en la hipótesis de que Constantino, cuando fue solucionado el problema arriano, ignoraba los sentimientos religiosos del Oriente, que en su mayoría simpatizaba con el arrianismo.

El emperador, que había recibido su fe en Occidente y se hallaba bajo el influjo del alto clero occidental —como, por

ejemplo, de Osio, obispo de Córdoba—, hizo elaborar en ese sentido *el Símbolo de Nicea*. Más éste no convenía del todo al Oriente. Constantino comprendió que las declaraciones del concilio de Nicea estaban en oposición, en Oriente, con el estado de ánimo de la mayoría de la Iglesia y los deseos de las masas, y desde entonces comenzó a inclinarse hacía el arrianismo. En los últimos años de su gobierno, el arrianismo penetró en la corte. Y de día en día se afirmaba con más solidez en la mitad oriental del Imperio. Varios de los propugnadores del Símbolo de Nicea perdieron sus sedes episcopales y pasaron al destierro. La historia de la predominancia del arrianismo en esta época no ha sido plenamente aclarada por los sabios, a causa de la penuria de las fuentes[104].

Como todos saben, Constantino, hasta el último año de su vida, fue, oficialmente, pagano. Sólo en su lecho de muerte recibió el bautismo de manos de Eusebio de Nicomedia, es decir, de un arriano. «Pero —observa el profesor Spasski— la última voluntad que expresó al morir fue llamar del destierro a Atanasio, el ilustre rival de Arrio»[105]. Constantino había hecho cristianos a sus hijos.

## La fundación de Constantinopla

El segundo hecho del reinado de Constantino cuya importancia —después del reconocimiento del cristianismo— se ha revelado como esencial, fue la fundación de una capital nueva. Ésta se elevó en la orilla europea del Bósforo, no lejos

del mar de Mármara, sobre el emplazamiento de Bizancio (*Byzantinum*), antigua colonia de Megara. Ya los antiguos, mucho antes de Constantino, habían advertido el valor de la posición ocupada por Bizancio, notable por su importancia estratégica y económica en el límite de Europa y Asia. Aquel lugar prometía el dominio de dos mares, el Mediterráneo y el Negro, y aproximaba el imperio de los orígenes de las más brillantes civilizaciones de la antigüedad.

A cuanto cabe juzgar por los documentos que nos han llegado fue en la primera mitad del siglo VII antes de J. C. cuando algunos emigrantes de Megara fundaron en la punta meridional del Bósforo, frente a la futura Constantinopla, la colonia de Calcedonia. Varios años mas tarde un nuevo contingente de megarios, fundo en la primera ribera europea de la punta meridional de Bósforo, la colonia de Bizancio, nombre que se hace derivar del jefe de la expedición megaria: Byzas. Las ventajas de Bizancio respecto a Calcedonia eran evidentes ya a los ojos de los antiguos. El historiador griego Herodoto (siglo V a. J. C.) cuenta que el general persa Megabaces, al llegar a Bizancio, calificó de ciegos a los habitantes de Calcedonia que, teniendo ante los ojos un emplazamiento mejor —aquel donde algunos años más tarde fue fundada Bizancio—, habían elegido una situación desventajosa[106]. Una tradición literaria más reciente, referida por Estrabón (VII, 6, 320) y por Tácito (An. XII, 63), atribuye esa declaración de Megabaces, en forma ligeramente modificada, a Apolo Pítico, quien, en respuesta a los megarios que preguntaban al oráculo dónde debían construir su ciudad, les dijo que frente al país de los ciegos.

Bizancio tuvo un papel importante en la época de las guerras médicas y de Filipo de Macedonia. El historiador griego Polibio (siglo II a. J. C.) analiza brillantemente la

situación política y sobre todo económica de Bizancio, reconoce la mucha importancia del intercambio que se mantenía entre Grecia y las ciudades del mar Negro, y escribe que ningún navío mercante podría entrar ni salir de ese mar contra la voluntad de los moradores de Bizancio, quienes, dice, tienen entre sus manos todos los productos del Ponto, indispensables a la humanidad[107].

Desde que el Estado romano cesó de ser de hecho una república, los emperadores habían manifestado muchas veces su intención de trasladar a Oriente la capital de Roma. Según el historiador romano Suetonio (I, 79), Julio Cesar había formado el proyecto de instalar la capitalidad en Alejandría o en Ilion (la antigua Troya). Los emperadores de los primeros siglos de la era cristiana abandonaron a menudo Roma durante períodos de larga duración, a causa de la frecuencia de las campañas militares y de los viajes de inspección por el Imperio. A fines del siglo II Bizancio sufrió grandes males. Septimio Severo, vencedor de su rival Pescenio Niger, a cuyo favor se había inclinado Bizancio, hizo padecer a la ciudad estragos terribles y la arruinó casi completamente. Pero Oriente seguía ejerciendo poderoso atractivo sobre los emperadores. Diocleciano (284-305) se complugo muy particularmente en el Asia Menor, en la ciudad bitinia de Nicomedia, que embelleció con magníficas construcciones.

Constantino, resuelto a fundar una nueva capital, no eligió Bizancio desde el primer momento. Es probable que pensara por algún tiempo en Naisos (Nisch), donde había nacido, en Sárdica (Sofía) y en Tesalónica (Salónica). Pero atrajo su atención sobre todo el emplazamiento de la antigua Troya, de donde, según la leyenda, había partido Eneas, el fundador del Estado romano, para dirigirse al Lacio, en

Italia. El emperador fue en persona a aquellos célebres lugares. Él mismo trazó los límites de la ciudad futura. Las puertas estaban ya construidas, según testimonio de un historiador cristiano del siglo v (Sozomeno) cuando, una noche, Dios se apareció en sueños a Constantino y le persuadió de que buscase otro emplazamiento para la capital. Entonces Constantino fijó definitivamente su elección en Bizancio. Cien años más tarde, el viajero que recorría en barco la costa troyana, podía ver aún, desde el mar, las construcciones inacabadas de Constantino[108].

Bizancio no se había repuesto por completo de la devastación sufrida bajo Septimio Severo. Tenía el aspecto de un poblado sin importancia y sólo ocupaba una parte del promontorio que se adelanta en el mar de Mármara. El 324, o acaso después (325), Constantino decidió la fundación de la nueva capital e inició los trabajos[109]. La leyenda cristiana refiere que el emperador en persona fijó los límites de la ciudad y que su séquito, viendo las enormes dimensiones de la capital proyectada, le preguntó, con asombro: «¿Cuándo vas a detenerte, señor?». A lo que él repuso: «Cuando se detenga el que marcha delante de mí»[110]. Daba a entender con esto que guiaba sus pasos una fuerza divina. Se reunieron mano de obra y materiales de construcción procedentes de todas partes. Los más bellos monumentos de la Roma pagana, de Atenas, de Alejandría, de Antioquía, de Éfeso, sirvieron para embellecimiento de la nueva capital. Cuarenta mil soldados godos («*foederati*») participaron en los trabajos. Se concedieron a la nueva capital una serie de diversas inmunidades comerciales, fiscales, etc., a fin de atraer allí una población numerosa. En la primavera del año 330, los trabajos estaban tan avanzados, que Constantino pudo inaugurar oficialmente la nueva capital. Esta inauguración se celebró el 11 de mayo del 330, yendo

acompañada de fiestas y regocijos públicos que duraron cuarenta días. Entonces se vio «la cristiana Constantinopla superponerse a la pagana Bizancio»[111].

Es difícil determinar con precisión el espacio ocupado por la ciudad de la época de Constantino. Una cosa parece cierta, y es que rebasaba en extensión el territorio de la antigua Bizancio. No hay datos que nos permitan calcular la población de Constantinopla en el siglo IV. Quizá rebasase ya las 200 000 almas, pero ésta es una pura hipótesis[112]. Para defender la ciudad por el lado de tierra contra los enemigos exteriores, Constantino hizo construir una muralla que iba del Cuerno de Oro al mar de Mármara.

Más tarde, la antigua Bizancio, convertida en capital de un Imperio universal, empezó a ser llamada «la ciudad de Constantino», o Constantinopla, y hasta, a continuación, meramente «Polis» o «La Ciudad»[113]. Recibió la organización municipal de Roma y fue distribuida, como ella, en catorce «regiones», dos de las cuales se hallaban extramuros.

No nos ha llegado ninguno de los monumentos contemporáneos de Constantino. Sin embargo, la iglesia de Santa Irene, reconstruida dos veces, una (la más importante) bajo Justiniano, y la otra, bajo León III, se remonta a la época de Constantino. Existe aun en nuestros días, y en ella está el Museo Militar turco. En segundo lugar, la célebre columna (siglo V a. J. C.) elevada en conmemoración, de la batalla de Platea y transportada por Constantino a la nueva capital, donde la instaló en el hipódromo, se encuentra allí todavía, aunque algo deteriorada, en verdad. El genio intuitivo de Constantino pudo apreciar todas las ventajas que implicaba la situación de la antigua Bizancio desde los puntos de vista político, económico y espiritual. Desde el punto de vista

político, Constantinopla, aquella «*Nueva Roma*», como se la llama a menudo, poseía ventajas excepcionales para la lucha contra los enemigos exteriores: por mar era inatacable y por tierra la protegían sus murallas. Económicamente, Constantinopla tenía en sus manos todo el comercio del mar Negro con el Archipiélago y el Mediterráneo, estando, así, destinada a cumplir el papel de intermediaria entre Asia y Europa. Desde el punto de vista espiritual, se encontraba próxima a los focos de la civilización helenística, la cual, a su fusión con el cristianismo, cambió de aspecto, resultando de tal fusión una civilización cristiano-greco-oriental, que recibió el nombre de bizantina.

«La elección del emplazamiento de la nueva capital —escribe F. I. Uspensky—, la edificación de Constantinopla y la creación de una capital mundial, son hechos que prueban el valor incontestable del genio político y administrativo de Constantino. No es en el edicto de tolerancia donde se encuentra la medida de su mérito, de alcance universal, ya que, de no ser él, habría sido uno de sus sucesores inmediatos quien hubiera dado primacía al cristianismo, el cual, en este caso, no habría perdido nada. En cambio, por un traslado oportuno de la capital del mundo a Constantinopla, salvó la civilización antigua y creó a la vez una atmósfera propicia a la expansión del cristianismo»[114].

A partir de Constantino, Constantinopla se convirtió en el centro político, religioso, económico y moral del Imperio.

## Las reformas orgánicas del Imperio

## en la época de Diocleciano y de Constantino

Cuando se examinan las reformas de Diocleciano y de Constantino, se comprueba que las más importantes son: establecimiento de una centralización estricta, creación de una administración numerosa, separación de los poderes civil y militar. Pero no han de buscarse instituciones nuevas ni cambios repentinos. El gobierno romano había entrado en vías de centralización desde Augusto.

Paralelamente a la absorción por Roma de las regiones orientales helenísticas, de civilizaciones superiores y de formas de gobierno más antiguas, la capital —sobre todo en las provincias del Egipto ptolemaico— imprimió de modo progresivo sus costumbres vivas y sus ideales helenísticos a los países recién conquistados. El rasgo distintivo de los Estados que se fundaron sobre las ruinas del imperio de Alejandro Magno —el Pérgamo de los atálidas, la Siria de los seléucidas, el Egipto de los Ptolomeos— consistía en el poder ilimitado, divino, de los monarcas, sentimiento particularmente fuerte y arraigado en Egipto. Para los habitantes de Egipto… Augusto, conquistador del país, y sus sucesores; fueron soberanos absolutos y de esencia divina, como antes lo habían sido los Ptolomeos. Esto era la exacta oposición al concepto romano de los poderes del «*princeps*», especie de compromiso entre las instituciones republicanas de Roma y las formas gubernamentales desarrolladas desde hacía poco. Bajo la acción de las influencias políticas del Oriente helenístico, el concepto inicial de los poderes imperiales se modificó, y los «príncipes» romanos mostraron muy pronto que preferían a Oriente y su concepción del poder imperial. Desde el siglo I, Calígula,

según Suetonio, probó estar presto a aceptar la corona imperial, o diadema[115], y en la primera mitad del siglo III, Heliogábalo, según las fuentes, llevaba diadema en su palacio[116]. Se sabe que Aureliano, en la segunda mitad del siglo III, fue el primero en ostentar la diadema en público, a la vez que monedas e inscripciones le daban los nombres de «Dios» y «Señor» («*Deus Aurelianus Imperator Deus et Dominus Aurelianus Augustus*»)[117]. Aureliano fue quien estableció el gobierno autocrático en el Imperio romano.

Puede decirse que la evolución del poder imperial, primero sobre el modelo del Egipto ptolemaico, después bajo la influencia de la Persia sasánida, estaba casi del todo acabada alrededor del siglo IV. Diocleciano y Constantino quisieron poner el punto final a la organización de la monarquía y, con esta intención, substituyeron pura y sencillamente las instituciones romanas por las costumbres y prácticas que reinaban en el Oriente helenístico y que se conocían ya en Roma, sobre todo desde la época de Aureliano.

Los períodos de desorden y anarquía militar del siglo III habían infiltrado la turbación en la organización interna del Imperio y la habían dislocado y disgregado. Aureliano restableció de momento la unidad. Por esa obra, los documentos e inscripciones de la época le dan el nombre de «Restaurador del Imperio» («*Restitutor Orbis*»). Pero a su muerte siguióse un nuevo período de turbulencias. En tales condiciones, Diocleciano acometió la tarea de reconstruir todo el mecanismo del Estado y ponerlo en el buen camino. En el fondo, no hizo sino una gran reforma administrativa. De todos modos, él y Constantino introdujeron en la organización interior del Estado cambios de tanta importancia, que puede considerárseles como fundadores de

un nuevo tipo de monarquía, nacido, como hemos observado antes, bajo una fuerte influencia del Oriente.

Diocleciano, que residía a menudo en Nicomedia y se sentía atraído por Oriente de un modo general, adoptó numerosas características de las monarquías orientales. Fue un verdadero autócrata, un emperador-dios, que llevó la diadema imperial. En su palacio penetraron el lujo y el complicado ceremonial de Oriente. En las audiencias, los súbditos habían de prosternarse ante el emperador antes de osar alzar los ojos a él. Cuanto afectaba al emperador recibía el nombre de sagrado: eran sagrada su persona, sagradas sus palabras, sagrado el palacio, sagrado el tesoro, etc. El emperador hallábase rodeado de una numerosa corte que, instalada desde Constantino en la nueva capital, requirió gastos enormes y se convirtió en centro de maquinaciones e intrigas que más tarde hicieron muy complicada la vida del Imperio bizantino. Así, la autocracia, en forma muy próxima al despotismo oriental, fue introducida en el Imperio por Diocleciano y se convirtió en uno de los rasgos típicos de la organización del Imperio bizantino. Para mejorar el gobierno de la inmensa y heterogénea monarquía, Diocleciano implantó el sistema de la tetrarquía, o «poder de cuatro personas». El gobierno del Imperio fue distribuido entre los augustos con iguales poderes, uno de los cuales debía habitar en la parte occidental y otro en la oriental del Imperio. Los dos augustos debían gobernar nominalmente un solo Imperio romano. El Imperio seguía siendo uno, y la designación de dos augustos mostraba que el gobierno reconocía ya la diferencia existente entre el Oriente griego y el Occidente latino, la administración simultánea de los cuales era tarea que rebasaba las facultades de una sola persona. Cada augusto debía asociarse un Cesar que a la muerte o abdicación del augusto pasaba a ser augusto el

mismo y elegía un nuevo cesar. Así se creó una especie de sistema dinástico artificial que debía librar al Imperio de turbulencias y de empresas de los ambiciosos y a la vez quitar a las legiones el poder decisivo que se habían arrogado en la elección de nuevos emperadores. Los primeros Augustos fueron Diocleciano y Maximiano, y los cesares Galerio y Constancio Cloro, padre de Constantino. Diocleciano se reservó Egipto y las provincias asiáticas, con centro en Nicomedia. Maximiano tomó Italia, España y África, con centro en Mediolanum (Milán). Galerio recibió la Península balcánica y las provincias danubianas vecinas, con centro en Sirmium, sobre el Save (cerca de la actual Mitrovitz). A Constancio Cloro se le adjudicaron la Galia y la Bretaña, con centros en Augusta Trevirorum (Tréveris) y Eboracum (York). Estos cuatro personajes eran considerados gobernadores de un Imperio único e indiviso y las leyes se promulgaban en su cuádruple nombre. No obstante la igualdad teórica de los dos augustos, Diocleciano disfrutaba, como emperador, de una indiscutible supremacía. Los cesares estaban bajo la dependencia de los augustos. Al cabo de cierto tiempo, los augustos debían abdicar, dejando poder a los cesares. En el año 305, en efecto, Diocleciano y Maximiano abdicaron, pasando a la vida privada. Galerio y Constancio Cloro se convirtieron entonces en augustos. Sin embargo, las turbulencias que estallaron pusieron rápido fin al sistema artificial de la tetrarquía, que dejó de existir a principios del siglo IV.

Diocleciano practicó grandes cambios en el gobierno de las provincias. Con él desapareció la antigua distinción entre provincias senatoriales e imperiales. Todas dependían ya del emperador. Las antiguas provincias del Imperio, relativamente poco numerosas, se señalaban por su vasta extensión y daban gran poderío a quienes las administraban.

De esto surgían con frecuencia peligros muy graves para el poder central. Se producían revueltas a menudo, y los gobernadores de provincias, a la cabeza de las legiones provinciales que se unían a ellos, erigíanse muchas veces en pretendientes al trono. Diocleciano, queriendo suprimir el peligro político que representaban las provincias de excesiva extensión, decidió disminuirlas en tamaño. De cincuenta y siete provincias que había al llegar él al trono, hizo noventa y seis, o acaso más.

No sabemos el número exacto de las nuevas provincias de menor extensión creadas por Diocleciano, a causa de los insuficientes informes ofrecidos por las fuentes. La fuente principal que poseemos sobre la organización de las provincias del Imperio en esa época, es la llamada «*Notitia dignitatum*», o lista oficial de las funciones de la corte y de los empleos civiles y militares, con la enumeración de las provincias. Pero, según la opinión de los sabios, ese documento —que carece de fecha— se remonta a primeros del siglo V y a una época en que existían ya todos los cambios operados en el gobierno por el sucesor de Diocleciano. La «*Notitia dignitatum*» da una cifra de 120 provincias. Otras listas, de época igualmente incierta, pero anteriores, incluyen un número menor de provincias. Como quiera que sea, debe tenerse en cuenta que varios detalles de la reforma de Diocleciano no se hallan lo bastante aclarados, a causa del mal estado de las fuentes.

El Imperio consistía bajo Diocleciano en cuatro prefecturas, al frente del cada una de las cuales había un prefecto del pretorio («*praefecti pretorio*»). Las prefecturas se dividían en diócesis. La lista de Verona, que es la más antigua, indica doce diócesis. Cada una de éstas se dividía en varias provincias.

Para garantizar mejor su poder contra eventuales complicaciones, Diocleciano separó estrictamente el poder militar del poder civil. Desde él, los gobernadores de provincias no tuvieron sino funciones judiciales y administrativas. Las consecuencias de la reforma provincial de Diocleciano se manifestaron sobre todo en Italia, que, de región dominante que era, pasó a ser una mera provincia.

Tal reforma exigía una administración. Se creó un sistema burocrático muy complicado, que requería empleos múltiples, títulos extremadamente diversos una estricta jerarquización.

Constantino desarrolló y completó la obra reformadora empezada por Diocleciano.

Así, los rasgos más característicos de las épocas de Diocleciano y Constantino fueron el establecimiento del poder absoluto del emperador y la rígida separación de los poderes militar y civil, lo que produjo la creación de una administración numerosa. En la época bizantina se conservó el primer rasgo, esto es, el carácter absoluto del monarca, mientras el segundo sufrió una modificación profunda, en el sentido de una concentración progresiva de los poderes militar y civil en las mismas manos. Pero la administración numerosa pasó a Bizancio y, si bien con modificaciones bastante importantes, tanto en los empleos como en sus calificativos, subsistió hasta los últimos tiempos del Imperio. La mayoría de las funciones y títulos se convirtieron, de latinos, en griegos. Varios se tornaron puramente honorarios y con posterioridad se crearon otros muchos nuevos.

Un factor en extremo importante de la historia del Imperio en el siglo IV es la infiltración progresiva de los bárbaros, y concretamente de los germanos (godos). Pero

trataremos esta cuestión más tarde, cuando abarquemos en su integridad el siglo IV.

Constantino murió el 337. Su actividad fue póstumamente consagrada por raras marcas de aprecio. El Senado romano, según el historiador Europio (siglo IV) le alineó entre los dioses[118]; la historia le dio el nombre de Grande; la Iglesia ha hecho de él un santo e igual a los apóstoles.

El lábaro, «colocado en el palacio de Constantinopla, quedó allí como el testimonio de la religión del fundador del Estado cristiano, así como el programa de Milán fue el testamento de su prudencia política»[119].

Un sabio inglés del siglo XIX hace la siguiente observación: «Si hubiésemos de comparar a Constantino con algún gran hombre de los tiempos modernos, sería más con Pedro el Grande que con Napoleón»[120].

Eusebio de Cesárea, en su *Panegírico de Constantino*, escribe que después que el cristianismo triunfante, hubo puesto fin a las creaciones de Satán, es decir, a los falsos dioses, los Estados paganos se encontraron aniquilados. «Se proclamó un día único para todo el género humano. A la vez se elevó y prosperó una potencia universal, el Imperio romano. Exactamente en la misma época, sobre un signo formal del mismo Dios, dos fuentes de beneficios, el Imperio romano y la doctrina de la piedad cristiana, brotaron juntos, para el bien de la humanidad… Dos poderes potentes, partidos del mismo punto, el Imperio romano bajo el cetro de un soberano único, y la religión cristiana, subyugaron y reconciliaron todos aquellos elementos contrarios»[121].

# Los emperadores desde Constantino el Grande hasta principios del siglo VI

A la muerte de Constantino, sus tres hijos, Constantino, Constancio y Constante, tomaron todos el título de augusto y se repartieron el gobierno del Imperio. Pero pronto surgió un conflicto entre los tres emperadores; dos de ellos perecieron en la lucha: Constantino en 340 y Constante en 350. Constancio quedó así único dueño del Imperio y reinó hasta 361. Como no tenía hijos, a la muerte de sus hermanos se inquietó vivamente por su sucesión. De la matanza de los miembros de su propia familia, ejecutada según sus órdenes, sólo dos primos suyos se habían salvado: Galo y Juliano, a quienes se mantenía alejados de la capital. Deseando asegurar el trono a su dinastía, Constancio I designó cesar a Galo. Pero éste atrajo sobre sí las sospechas del emperador y fue asesinado el 354.

Tal era la situación cuando el hermano de Galo, Juliano, fue llamado a la I corte de Constancio, donde se le designó cesar (355), casando con Elena, hermana de Constancio. El muy breve reinado de Juliano (361-363), tras el cual terminó la dinastía de Constantino el Grande, fue seguido del reinado, igualmente corto, de Joviano (363-364), comandante de la guardia imperial antes de su exaltación y elegido augusto por el ejército. A la muerte de Joviano una nueva elección recayó en Valentíniano (364-375), quien inmediatamente después de su designación fue obligado por sus soldados a nombrar augusto y coemperador a su hermano Valente. Valentíniano gobernó el Occidente, y confió el Oriente a Valente. Valentíniano tuvo por sucesor en Occidente a su hijo Graciano (375-385), pero el ejército

proclamó augusto a la vez a Valentíniano II (375-392), hermano menor de Graciano, y que no tenía más que cuatro años.

Después de la muerte de Valente (378), Graciano elevó a Teodosio al título de augusto y le confió el gobierno de la «pars orientalis», así como de gran extensión de la Iliria. Teodosio, originario del «Extremo Occidente» (pues era español), fue el primer emperador de la dinastía que había de ocupar el trono hasta el 450 de J. C. es decir, hasta la muerte de Teodosio el Joven.

A la muerte de Teodosio, sus dos hijos Arcadio y Honorio se repartieron el gobierno del Imperio. Arcadio reinó en Oriente y Honorio en Occidente. En los reinados en común de Valente y Valentíniano I, o de Teodosio, Graciano y Valentíniano II, la división de poder no había destruido la unidad del Imperio, y bajo Arcadio y Honorio se mantuvo también esa unidad. Hubo dos emperadores y un solo Estado. Los contemporáneos vieron la situación exactamente a esa luz. Un historiador del siglo V, Orosio, autor de la *Historia contra los paganos*, escribía: «Arcadio y Honorio comenzaron a tener el Imperio en común, no repartiéndose más que sus sedes»[122].

Del 395 al 518, los emperadores que reinaron en la «*pars orientalis*» del Imperio fueron los siguientes: primero el trono estuvo ocupado por la línea de Teodoro el Grande, es decir, por su hijo Arcadio (395-408), que casó con Eudoxia, hija de un jefe germano (franco), y después por el hijo de Arcadio. Teodosio el Joven (408-450), que tomó por mujer a Atenais, hija de un filósofo ateniense, bautizada con el nombre de Eudoxia. A la muerte de Teodosio II, su hermana Pulquería se desposó con el tracio Marciano, que se convirtió en emperador (450-457). Así terminó el 450 la línea

masculina de la dinastía española de Teodosio. Después de la muerte de Marciano, León I (457-474), tribuno militar originario de Tracia, o de «*Dacia en Iliria*», es decir, de la prefectura de Iliria, fue elegido emperador. Ariadna hija de León I, que había casado con el isáurico Zenón, tuvo un hijo, llamado León también, el cual, a la muerte de su abuelo paso a ser emperador (474) a la edad de seis años. Murió pocos meses después, no sin antes haberse asociado al Imperio a su padre Zenón, que era originario del pueblo bárbaro de los isaurios, habitantes de las montañas del Tauro, en el Asia Menor. A este León se le conoce en la historia con el nombre de León II Su padre, Zenón, reinó de 474 a 491. Cuando murió, su esposa Ariadna contrajo matrimonio con un silenciario[123], el viejo Anastasio, originario de Dyrrachium (Durazzo) en Iliria (la Albania de hoy). Anastasio fue proclamado emperador el 491, a la muerte de Zenón, reinando con el nombre de Anastasio I desde 491 a 518.

Esta lista de emperadores nos muestra que, desde la muerte de Constantino el Grande hasta el año 518 de J. C., el trono de Constantinopla fue ocupado: primero por la dinastía de Constantino, o más bien de su padre Constancio I Cloro, que pertenecía, probablemente, a alguna tribu bárbara romanizada del la Península balcánica; luego por cierto número de romanos (Joviano y la familia de Valentiniano I); después por los tres representantes de la dinastía española de Teodosio el Grande, y al fin por emperadores elevados por casualidad y pertenecientes a tribus variadas: tracios, un isaurio, un ilírico (acaso albanés). En todo este período, el trono no fue ocupado nunca por un griego.

# Los sucesores de Constantino (Constancio, 337-361)

Los hijos de Constantino el Grande, Constantino II, Constancio y Constante, empezaron, después de la muerte de su padre, por gobernar juntos el Imperio, con título de augustos. Pero la enemistad existente entre los tres sucesores de Constantino se complicó más por el hecho de que el Imperio tenía que sostener una guerra ruinosa contra persas, y germanos. Las decisiones entre los tres augustos no estallaron solo a propósito de cuestiones políticas, sino también religiosas. Mientras Constantino y Constante eran partidarios de los niceanos, Constancio, continuando y desarrollando el estado de ánimo religioso de los últimos días de su padre, se declaró abiertamente en favor de los arríanos. En el curso de las guerras civiles que siguieron, tanto Constantino II como, algunos años más tarde, Constante, perecieron de muerte violenta. Constancio quedó al fin como único emperador.

Partidario convencido del arrianismo, Constancio favoreció a los arríanos de manera persistente, en detrimento del paganismo, que bajo su gobierno sufrió numerosas restricciones. Uno de los edictos de Constancio, declara: «Que cese la superstición y que la locura del sacrificio sea abolida». Pero los templos paganos subsistían, en su integridad, fuera del recinto ciudadano. Algunos años después se publicó un edicto ordenando la clausura de los templos paganos. Quedaba prohibido acudir a ellos y sacrificar no importaba en qué lugar o ciudad del Imperio, so pena de muerte y confiscación de bien otro edicto, leemos que la pena de muerte estaba suspendida sobre la cabeza de cualquiera que sacrificase a 1os ídolos o los venerara.

Cuando Constando, para festejar el vigésimo aniversario de su gobierno, se encamino por primera vez a Roma. ordenó, después de haber visitado numerosos monumentos de la antigüedad en compañía de senadores que continuaban siendo paganos, que se quitase del Senado el altar de la Victoria, el cual personificaba para el paganismo toda la pasada grandeza romana. Este hecho produjo profunda impresión en todos los paganos, quienes comprendieron que llegaban los últimos días de su religión. Bajo Constancio, aumentaron aun más las inmunidades del clero. Los obispos fueron declarados independientes en absoluto de los tribunales civiles.

Sin embargo, a la vez que se tomaban tan rigurosas medidas contra el paganismo, éste seguía en pie, no por sus propias fuerzas, sino merced a cierta protección que encontraba en el gobierno. Así, Constancio dejó subsistir en Roma las vestales y los sacerdotes oficiales. En uno de sus edictos, ordenó la elección de un «*sacerdos*» para África. Hasta el fin de su reinado ostentó el título de «*Pontifex Maximus*».

Pero en conjunto, el paganismo sufrió, bajo Constancio, toda una serie de medidas restrictivas, mientras el cristianismo —si bien bajo forma arriana— se desarrollaba y afirmaba.

La política extremamente arriana de Constancio dio nacimiento a cierto número de conflictos con los niceanos. La larga lucha de Constancio y de Atanasio de Alejandría, el célebre defensor del seísmo, se caracterizó por un ensañamiento particular. Cuando Constancio murió, el 361, ni niceanos ni paganos lloraron sinceramente al emperador difunto. Los paganos se regocijaron del advenimiento de Juliano, partidario declarado del paganismo. Los

sentimientos que despertó en el partido ortodoxo la muerte de Constancio, pueden juzgarse por las palabras siguientes de Jerónimo: «El Señor despierta y domina la tempestad. Muerta la bestia, la tranquilidad renace».

Los solemnes funerales de Constancio —que sucumbió en Cilicio, en el curso de su campaña contra los persas— se celebraron en presencia del nuevo emperador Juliano, en la iglesia de los Santos Apóstoles, construida por Constantino el Grande. El Senado puso al emperador difunto en el número de los dioses.

## Juliano el Apóstata (361-363)

Al nombre de Juliano está indisolublemente ligada la última tentativa de reconstitución del paganismo en el Imperio.

La personalidad de Juliano es interesantísima. Ha atraído desde hace mucho la atención de sabios y literatos y sigue subyugándolos en nuestra época. Se ha escrito enormemente sobre Juliano. Incluso han llegado hasta nosotros las obras del propio Juliano, ofreciéndonos una documentación única para juzgarle. El fin principal de quienes han escrito sobre él ha sido comprender y explicar a aquel entusiasta «*heleno*» que, con entera fe en el éxito y justeza de su obra, meditó, en la segunda mitad del siglo IV, hacer renacer el paganismo y colocarlo en la base de la vida religiosa del Imperio.

Juliano había recibido muy buena instrucción. Perdió muy pronto a sus padres y no conoció a su madre, que

murió a pocos meses de nacer él. El eunuco Mardonio, de origen escita, hombre muy versado en literatura y filosofía griegas y que había enseñado a la madre de Juliano los poemas de Homero y de Hesiodo, convirtiéndose en preceptor del muchacho. Mientras Mardonio instruía a Juliano en literatura antigua, Eusebio, obispo de Nicomedia y después de Constantinopla, arriano convencido, así como los eclesiásticos que le rodeaban, iniciaban al joven en el estudio de la Santa Escritura. De este modo, Juliano, según las palabras de un historiador, recibió a la par dos educaciones diferentes, que se instalaron, cercanas, pero sin tocarse, en su espíritu. Juliano fue bautizado. Más tarde, recordaba aquel tiempo como una pesadilla que le era menester olvidar. La juventud de Juliano transcurrió en una larga inquietud. Constancio veía en él un rival posible y le sospechaba pensamientos ambiciosos. Ora le mantenía en provincias en una especie de destierro, ora le hacía ir a la capital, para tenerle bajo su mirada. Juliano no ignoraba que varios de sus parientes habían perecido de muerte violenta por orden de Constancio, y debía temer a diario por su vida. Tras una forzada estancia de varios años en Capadocia, donde continuó, bajo la dirección de Mardonio, que le acompañaba, el estudio de los autores antiguos y donde probablemente adquirió un conocimiento profundo de la Biblia y del Evangelio, Juliano fue enviado por Constancio, para que terminase sus estudios, primero a Constantinopla y luego a Nicomedia, lugar en que por primera vez se patentizó en él su inclinación al paganismo.

En aquella época enseñaba en Nicomedia el mejor retórico del tiempo, Libanio, auténtico representante del helenismo. Libanio no conocía ni quería conocer la lengua latina, a la que trataba con desdén. Despreciaba el cristianismo y sólo en el helenismo veía la razón de todas las

cosas. Su entusiasmo por el paganismo era ilimitado. Sus conferencias alcanzaban gran éxito en Nicomedia. Constancio, que le había enviado a Juliano, quizá se diera cuenta de la imborrable impresión que debían producir en un joven los discursos apasionados de Libanio, porque prohibió a Juliano seguir los cursos del célebre retórico. Juliano no transgredió formalmente la prohibición del emperador, pero estudió las obras de Libanio, se instruyó de sus cursos por intermedio de otros oyentes y de tal modo se apropió el estilo y manera de escribir de Libanio, que más tarde pudo pasar por discípulo de él. También en Nicomedia principió Juliano a apasionarse por la doctrina oculta de los neoplatónicos, que en aquella época se presentaba como una doctrina del conocimiento de la vida futura y de la evocación de los muertos, con ayuda de determinadas fórmulas de magia, no limitándose sólo a la evocación de simples muertos, sino de divinidades incluso (teurgia: θεουργια). El sabio y filósofo Máximo de Éfeso ejerció en ese sentido gran influencia sobre Juliano.

Pasada la época peligrosa en que su hermano recibió la muerte por orden de Constancio, Juliano fue llamado a la corte de Milán para justificarse, y en seguida desterrado a Atenas. Esta ciudad, célebre por su grandioso pasado, ofrecía en la época de Constancio un aspecto provinciano y bastante triste. Sin embargo, una famosa escuela pagana recordaba aún allí los siglos pasados. Juliano encontró vivo interés en su estancia en Atenas. En una de sus cartas posteriores, declaraba «acordarse con alegría de los discursos áticos… de los jardines, de los arrabales de Atenas, de las avenidas de mirtos y de la humilde casa de Sócrates»[124]. Según la mayoría de los historiadores, durante esa estancia en Atenas, Juliano fue iniciado por el hierofante en los misterios de Eleusis. Ello fue, con expresión de Boissier, una

especie de bautismo del nuevo convertido[125]. Ha de hacerse notar que, en nuestros días, algunos historiadores ponen en duda la conversión eleusiana de Juliano[126].

El año 355, Constancio declaró cesar a Juliano, le casó con su hermana Elena y le envió a mandar las legiones de Galia, donde se mantenía una cruenta lucha, erizada de dificultades, contra los invasores germanos que devastaban el país, destruían las ciudades y asesinaban a los pobladores. Juliano salió con honor de la ingrata tarea, e infligió a los germanos junto a Argentotarum, hoy Estrasburgo, una sangrienta derrota. La residencia principal de Juliano en Galia fue Lutecia («*Lutetia Parisiorum*», más tarde París). Era ésta entonces una pequeña ciudad situada en una isla del Sena que ha conservado hasta nuestros días el nombre de «*Cité*» («Civitas») y que estaba unida a las dos orillas del río por dos puentes de madera. En la margen izquierda del Sena, donde había ya gran número de casas y jardines, se hallaba un palacio, construido probablemente por Constancio Cloro y del cual se ven aún vestigios cerca del museo de Cluny. Juliano eligió para su residencia ese palacio. Amaba a Lutecia, y en una de sus cartas posteriores a aquella época asegura recordar el invierno pasado en su «querida Lutecia»[127].

Los germanos fueron rechazados allende el Rin. «Pasé tres veces el Rin cuando era cesar —escribe Juliano— y exigí de los bárbaros transrenanos veinte mil rehenes… Con ayuda de los dioses, me apoderé de todas sus ciudades, unas cuarenta…»[128] En su ejército, Juliano gozaba de gran popularidad.

Constancio veía con envidia y desconfianza los éxitos de Juliano. Al entrar en campaña contra los persas exigió a Juliano que le enviase de Galia legiones auxiliares. Las

legiones galas se sublevaron y, alzando a Juliano sobre un pavés, le proclamaron augusto. Juliano pidió a Constancio que reconociese el hecho consumado. Constancio rehusó. Era inminente una guerra civil, pero en aquel momento murió Constancio. En el año 361, Juliano fue proclamado emperador en toda la extensión del Imperio. Los partidarios de Constancio sufrieron a manos del nuevo emperador crueles persecuciones y graves castigos.

Juliano, partidario decidido del paganismo, se había visto obligado a ocultar sus opiniones religiosas hasta la muerte de Constancio. Al pasar a dueño absoluto, resolvió realizar ante todo su mayor deseo: la reconstitución del paganismo. En las primeras semanas de su exaltación, publicó un edicto al respecto. El historiador Amiano Marcelino habla de ese grave momento en los términos siguientes: «Desde su primera juventud había Juliano sentido la más viva inclinación por los dioses. A medida que crecía, había ardido más en el deseo de restaurar la antigua religión. No obstante, impelido por el temor, no cumplía los ritos paganos sino en el mayor secreto. Pero, tan pronto como Juliano se dio cuenta que con la desaparición de la causa de sus temores recibía la plena posibilidad de obrar a su albedrío, desveló sus pensamientos secretos, y, con un edicto claro y formal, ordenó abrir los templos y sacrificar en honor de los dioses»[129].

Este edicto no fue una sorpresa para nadie. Todos conocían la inclinación de Juliano hacia el paganismo. La alegría de los paganos fue inmensa; para ellos, la restauración de su religión, no sólo significaba la libertad, sino la victoria.

El edicto de Juliano no se aplicó de la misma manera en todas las partes del Imperio, ya que en la occidental había

muchos más paganos que en la oriental.

En tiempos de Juliano no existía en Constantinopla un solo templo pagano. Erigirlos nuevos en corto término era imposible. Entonces Juliano hizo un sacrificio solemne, probablemente en la basílica principal, destinada en su origen a paseos y conferencias y ornada, desde tiempo de Constantino, de una estatua de la Fortuna. Según testimonio del historiador religioso Sozomeno, se produjo la siguiente escena: un anciano ciego, conducido por un niño, se acercó al emperador y le trató de impío, de apóstata, de hombre sin fe. Juliano le respondió: «Eres ciego y no será tu Dios de Galilea el que te devuelva la vista». «Gracias doy a Dios —dijo el viejo— de haberme privado de ella. Eso me ha permitido no ver tu impiedad». Juliano no contestó a esta insolencia y continuó sacrificando[130].

Al querer restaurar el paganismo, Juliano comprendía la imposibilidad de hacerlo revivir bajo sus formas antiguas, puramente externas. Era preciso reorganizarlo y mejorarlo, a fin de crear una fuerza capaz de entrar en lucha con la Iglesia cristiana. Para ello, el emperador decidió tomar a la organización cristiana, que conocía bien, algunos de sus rasgos. Organizó, pues, el clero pagano sobre el modelo de la jerarquía de la Iglesia cristiana. El interior de los templos paganos se adornó a imitación de los cristianos. En los templos debían celebrarse reuniones donde se leería el evangelio de la sapiencia helenística (de modo análogo a las prédicas cristianas); se introdujo el canto en el oficio pagano; se exigió de los sacerdotes una vida irreprochable; se estimuló la beneficencia. Las faltas a los deberes religiosos eran sancionadas con privación de las comunicaciones religiosas, penitencia, etc. En una palabra, para reanimar, adaptar y revivificar el paganismo restaurado, Juliano se volvió a la fuente que aborrecía con todas las fuerzas de su

alma.

El número de ofrendas animales llevadas a las aras de los dioses fue tan grande que suscitó las burlas de los mismos paganos. El emperador participaba activamente en los sacrificios. No desdeñaba las ocupaciones humildes. Según Libanio, corría en torno al altar, encendía el fuego, manejaba el cuchillo, degollaba a las aves, y sus entrañas no tenían secretos para él[131]. Las hecatombes de bestias inmoladas en los sacrificios abrieron camino a un epigrama dirigido antaño a otro emperador, el filósofo Marco Aurelio: «Los toros blancos saludan a Marco Cesar. Si vuelve otra vez victorioso, nosotros pereceremos»[132].

Este triunfo aparente del paganismo tuvo repercusiones en la situación de los cristianos en el Imperio. Al principio pareció que no amenazaban al cristianismo graves peligros. Juliano invitó a acudir a palacio a los jefes dé las diversas tendencias que se habían señalado en el cristianismo, y les declaró que de allí en adelante no habría guerras civiles y cada uno podría seguir su fe sin peligros ni molestias. Uno de los primeros actos del gobierno de Juliano fue una declaración de tolerancia. A veces los cristianos reanudaban sus querellas en presencia del emperador, quien les decía: «Escuchadme como me han escuchado los alemanes y los francos»[133]. A poco se promulgó un edicto llamando del destierro a todos los obispos exilados bajo Constancio, de cualquier opinión religiosa que fuesen, y los bienes que se les habían confiscado les fueron restituidos.

Pero los miembros del clero llamados por Juliano pertenecían a diversas tendencias religiosas irreconciliables. No podían vivir en paz juntos, y pronto recomenzaron sus acostumbradas disputas. Probablemente era esto lo que esperaba Juliano. Al conceder una perfecta tolerancia, había

mostrado conocer con perfección la psicología de los cristianos. Estaba seguro de que pronto se reanudarían las disputas en la Iglesia cristiana, la cual, así dividida, no presentaría para él un peligro serio. A la vez, Juliano prometió grandes ventajas a los cristianos que renegasen del cristianismo. Hubo muchas abjuraciones. San Jerónimo llamó a este modo de obrar de Juliano «una persecución dulce, que atraía al sacrificio más que obligaba a él»[134].

Pero los cristianos iban siendo alejados gradualmente de la administración y del ejército. En su lugar se nombraban paganos. El famoso lábaro de Constantino, que servía de estandarte a las tropas, fue destruido, y las cruces que brillaban en las enseñas militares quedaron substituidas por emblemas paganos.

El golpe más sensible lo asestó al cristianismo la reforma de la enseñanza. El primer edicto al respecto versó sobre el nombramiento de profesores en las ciudades principales del Imperio. Los candidatos debían ser elegidos por las ciudades, pero la ratificación correspondía al emperador, que podía así rechazar los profesores que no quisiera. Antes, el nombramiento de profesores correspondía sólo a las ciudades. Más importante es el segundo edicto, que se ha conservado en las cartas de Juliano: «Todos —dice tal edicto — los que se consagren a la enseñanza, deben ser de buena conducta y no tener en su corazón opiniones contrarias a las del Estado»[135].

Por «opiniones conformes a las del Estado» ha de entenderse evidentemente la opinión pagana del propio emperador. El edicto declara absurdo que las personas que explican a Homero, Hesiodo, Demóstenes, Herodoto y otros escritores antiguos nieguen los dioses reverenciados por éstos. «Les dejo la elección —dice Juliano en su edicto—, o de

no enseñar lo que crean peligroso, o, si quieren continuar sus lecciones, de comenzar por convencer a sus discípulos de que ni Homero, ni Hesiodo, ni ninguno de los escritores a quienes comentan y a quienes acusan a la vez de impiedad, de locura, de error hacia los dioses, son tales. De otro modo, y pues viven de los escritos de esos autores y de ellos sacan su retribución, es menester confesar que dan pruebas de la más sórdida avaricia y que están prestos a soportarlo todo por unas cuantas dracmas. Había hasta ahora muchos motivos para no visitar los templos de los dioses, y el temor que reinaba por doquier justificaba el disimulo de las verdaderas ideas que se formaban sobre los dioses; hoy que los dioses nos han devuelto la libertad, es una falta de sentido, a mi juicio, enseñar a los hombres lo que no se considera verdad. Si los profesores tienen por sabios a los escritores que explican y comentan, es preciso que todos ellos imiten sus sentimientos de piedad hacia los dioses, y si creen que los dioses venerados son falsos, váyanse a las iglesias de los galileos a interpretar a Mateo y a Lucas… Tal es la ley general para los jefes y los profesores…». Respecto a los obstinados «es justo atenderlos contra su propia voluntad, como a los locos; que sean, pues, perdonados los que padecen esta enfermedad, porque, según creo, vale más instruir a los locos que castigarlos»[136].

Amiano Marcelino, amigo y compañero de armas de Juliano, habla así de este edicto: «(Juliano) prohibió a los cristianos enseñar la retórica y la gramática, a menos de que no reverenciasen a los dioses»[137]. En otros términos, a menos de que no se hiciesen paganos.

Algunos suponen, fundándose en las indicaciones de los escritores cristianos, que Juliano publicó un nuevo edicto que prohibía a los cristianos, no sólo la enseñanza, sino también el estudio en las escuelas públicas. Así, San Agustín,

escribe: «Juliano, que prohibió a los cristianos la enseñanza y el estudio de las artes liberales, ¿no persiguió a la Iglesia?»[138]

Pero no poseemos el texto de ese segundo edicto. Puede incluso no haber existido. En cambio, es cierto que el primer edicto, que prohibía a los cristianos la enseñanza, provocó indirectamente la prohibición de estudiar. A contar de la publicación de ese edicto, los cristianos debían enviar a sus hijos a las escuelas de gramática y retórica paganas. La mayor parte de los cristianos se abstuvo de ello, pensando que al cabo de una o dos generaciones de esa enseñanza pagana, la juventud cristiana habría retornado al paganismo. Pero, por otra parte, si los cristianos no recibían cierta instrucción general, iban a convertirse normalmente en inferiores a los paganos. Así, el edicto de Juliano —aun siendo único— contenía para los cristianos una importancia capital, y hasta presentaba para su porvenir un peligro muy grave. Gibbon ha notado con razón que «los cristianos recibieron la prohibición directa de enseñar e indirectamente la prohibición de estudiar, dado que no podían (moralmente) frecuentar las escuelas paganas»[139]. Gran número de retóricos y gramáticos cristianos prefirieron abandonar sus cátedras a abrazar el paganismo por diferencia al emperador. Entre los mismos paganos, el edicto de Juliano fue aceptado de diverso modo. El escritor pagano Amiano Marcelino escribe al respecto: «Se debe pasar en silencio el acto cruel por el que Juliano prohibió a los profesores cristianos enseñar la retórica y la gramática»[140].

Es interesante observar cómo reaccionaron los cristianos ante el edicto de Juliano. Algunos se regocijaron ingenuamente porque, según ellos, el emperador dificultaba a los cristianos el estudio de los escritores paganos. Para

substituir la literatura pagana prohibida. Los escritores cristianos de la época, sobre todo Apolinar el Viejo y Apolinar el Joven, padre e hijo, concibieron la idea de crear para la enseñanza escolar una literatura cristiana. Así, adaptaron los salmos a la manera de las odas de Píndaro; transcribieron el Pentateuco (los cinco libros de Moisés) en hexámetros; hicieron lo mismo con el Evangelio en diálogos platónicos… Nada nos ha llegado de obras tan insólitas. Es notorio que semejante literatura no podía tener valor duradero, y desapareció cuando, con la muerte de Juliano, fue abandonado el edicto de éste.

En el verano del 362, Juliano emprendió un viaje a las regiones orientales del Imperio y llegó a Antioquía, donde la población, según los propios términos del emperador, «*prefería el ateísmo*»[141], es decir, era cristiana. Incluso en medio de las ceremonias oficiales se advirtió, y a momentos se vio manifestarse, a más de alguna frialdad, una hostilidad mal contenida. La estancia de Juliano en Antioquía fue esencial, porque le convenció de las dificultades de su obra y hasta de la imposibilidad en que se hallaba de realizar la proyectada restauración del paganismo. La capital de Siria acogió con frialdad los conceptos de su huésped imperial. En ese sentido, el relato del propio Juliano, en su obra satírica *Misopogon, o el odiador de la barba*[142], presenta vivo interés. En la gran ceremonia pagana del templo de Apolo, en Dafne, en los arrabales de Antioquía, pensaba Juliano encontrar una multitud enorme, una gran cantidad de ofrendas animales, libaciones, incienso y otros atributos de las grandes fiestas paganas. Pero, al llegar al templo, Juliano, con gran sorpresa, no encontró más que un sacerdote que tenía en la mano, para el sacrificio, un único ganso.

El relato de Juliano, reza:

> En el décimo mes (que así contáis), al cual creo que llamáis Loos, hay una fiesta cuyo origen se remonta a nuestros antepasados, en honor de ese dios (Helios, Sol, Deus, Apolo), y el deber ordenaba mostrar nuestro celo visitando Dafne. Así, me encaminé a ese lugar a toda prisa, desde el templo de Zeus Kasios, pensando que en Dafne al menos podría regocijarme la vista de vuestra prosperidad y del espíritu público. Y yo imaginaba en mi ánimo el género de procesión que habría, como un hombre que tiene visiones en un sueño; imaginaba las bestias del sacrificio, las libaciones, los coros en honor del dios, el incienso y los jóvenes de vuestra ciudad alrededor del altar, sus almas ornadas todas de santidad y ellos mismos ataviados con blancos y espléndidos vestidos. Pero cuando entré en el santuario no encontré ni incienso, ni siquiera un dulce, ni la más pequeña bestia para el sacrificio. De momento quedé sorprendido y pensaba que estaba aún en el exterior del templo, que vosotros esperabais mi señal y que me hacíais este honor por ser yo gran pontífice. Pero cuando comencé a informarme del sacrificio que la ciudad tenía intención de ofrecer para celebrar la fiesta anual en honor del dios, el sacerdote me contestó: «Yo he traído conmigo de mi propia casa un ganso para ofrendarlo al dios, pero la ciudad hoy no ha hecho preparativo alguno»[143].

Antioquía, pues, no había respondido a la llamada del paganismo. Hechos semejantes irritaban al emperador y excitaban su odio contra los cristianos. Sus relaciones con ellos hicieron más tensas después del incendio del templo de Dafne, que se les atribuyó. Juliano, exasperado, ordenó, por

vía de castigo, que se cerrase la principal iglesia de Antioquía, la cual fue a la vez saqueada y profanada. Parecidos sucesos ocurrieron en otras ciudades. La tensión alcanzó su punto álgido. Los cristianos, por su parte, destrozaron las imágenes de los dioses. Algunos representantes de la Iglesia sufrieron el martirio. Una completa anarquía amenazaba al Imperio.

En la primavera del 363, Juliano, saliendo de Antioquía se puso en campaña contra los persas. En esa expedición fue herido por una jabalina y, llevado a su tienda, sucumbió allí. No se supo con certeza quién había herido al emperador. Más tarde nacieron al propósito varias leyendas. Entre ellas figura la versión de que Juliano murió a manos de los cristianos. Los historiadores cristianos nos relatan la famosa leyenda según la cual el emperador, llevándose la mano a la herida y retirándola llena de sangre, esparció ésta al aire, diciendo a la vez: «¡Tú has vencido, Galileo!»[144]

En la tienda del emperador, se reunieron a su cabecera sus amigos y los jefes del ejército, a quienes dirigió un último adiós. Sus postreras palabras nos han llegado por intermedio de Amiano Marcelino (XXV, 3, 15-20), El emperador hace en ellas una apología de su vida y su actividad. Espera, con serenidad filosófica, la muerte inevitable. Al fin, cuando disminuyen sus fuerzas, expresa, sin indicar heredero, el deseo de que le suceda un buen emperador. Quienes le rodean lloran; él, moribundo, les reprende suavemente y dice que es indigno llorar a un emperador que está en paz con el cielo y con las estrellas.

Juliano falleció el 26 de junio del 363, a medianoche. Contaba 32 años. El famoso retórico Libanio compara su muerte a la de Sócrates[145].

El ejército dio la corona a Joviano, jefe de la guardia y

cristiano partidario de la confesión de Nicea. Obligado a la paz por el rey de Persia, Joviano tuvo que concluir un mal tratado, cediendo al enemigo algunas provincias romanas de la orilla oriental del Tigris.

La muerte de Juliano fue acogida por los cristianos con alegría. Los escritores cristianos trataban al emperador difunto de «dragón» del «Nabucodonosor», de «Heredes» y de «monstruo».

Juliano ha dejado una serie de obras que permiten estudiar muy íntimamente su interesante personalidad. El centro de su sistema religioso es el culto del sol, y sus conceptos se hallan bajo el influjo directo del culto pérsico del dios de la luz, Mitra, y de las ideas platónicas, deformadas en aquella época. Desde su primera infancia, Juliano había amado la naturaleza y sobre todo el cielo. En su disertación sobre el Sol Rey[146], la fuente principal que poseemos sobre la filosofía religiosa, escribe que desde su primera juventud sintió un amor violento por los rayos del astro divino. No sólo quería fijar sus miradas en él durante el día, sino que, en las noches claras, abandonaba todas sus ocupaciones para poder admirar las bellezas del cielo. Absorto en esta contemplación, no oía a los que le hablaban, y llegaba hasta a perder la conciencia de sí mismo. Su teoría religiosa, expuesta con bastante oscuridad, se atiene a la existencia de tres mundos bajo la forma de tres soles. El primer sol es el sol supremo, la idea del Todo, una unidad moral inteligible (νοητός). Es el mundo de la verdad absoluta, el reino de los principios primitivos y de las causas primeras. El mundo tal como se nos aparece, y el sol aparente, no son sino un reflejo del primer mundo, y un reflejo indirecto. Entre esos dos mundos, mundo inteligente (νοερός), con su sol. Así se obtiene la tríada de los soles; inteligible o espiritual, inteligente y sensible o material. El

mundo pensante es el reflejo del mundo concebible o espiritual, y sirve a su vez de modelo al mundo sensible, que de este modo resulta el reflejo de un reflejo, la reproducción en segundo orado del modelo absoluto. El sol supremo, es, con mucho, inaccesible al hombre. Por tanto, Juliano concentra toda su atención sobre el sol inteligente, intermediario entre los otros dos, y, llamándolo sol rey, lo adora.

A pesar de su entusiasmo, Juliano comprendió bien que la restauración del paganismo presentaba dificultades enormes. Escribió en una carta: «Tengo necesidad de muchos aliados para volver a levantar lo que ha caído tan bajo»[147]. Pero Juliano no se daba cuenta de que el paganismo caído no se podía levantar porque estaba muerto. Así, su tentativa estaba destinada con anticipación al fracaso. «Su obra —dice Boissier— podía fracasar; el mundo no tenía en ello nada que perder»[148].

Aquel heleno entusiasta, dice Geffcken, fue un «*Frühbyzantiner*», un semi-oriental[149]. Otro biógrafo de Juliano, escribe: «El emperador Juliano es como una aparición fugitiva y luminosa sobre el horizonte tras el cual ha desaparecido ya la estrella de esa Grecia que fue para él la tierra sagrada de la civilización, la madre de cuanto era bello y bueno en el mundo; de esa Grecia a la que él llamaba, con devoción y entusiasmo filiales, su sola patria verdadera»[150].

## La Iglesia y el Estado al final del siglo IV. Teodosio el Grande. El triunfo del

## cristianismo

Bajo el sucesor de Juliano, Joviano (363-364), cristiano convencido y niceísta, fue restaurado el cristianismo. Pero tal medida no significó una persecución para los paganos. El temor que éstos sintieran al ser nombrado el nuevo emperador resultó falto de fundamento. Joviano se propuso, tan sólo, restaurar el estado de cosas anterior a Juliano. Se proclamó la libertad religiosa. Se permitió abrir templos paganos y sacrificar en ellos. A pesar de sus convicciones niceas, Joviano no adoptó medida alguna contra los adeptos de otras tendencias religiosas. Los desterrados que pertenecían a las diversas «corrientes» del cristianismo, fueron llamados. El lábaro reapareció en los campamentos. Joviano no reinó más que algunos meses, pero su actividad en el dominio religioso dejó mucha impresión. Filostorgio, historiador cristiano de tendencias arrianas, que escribió en el siglo V, observa: «Joviano restauró en las iglesias el antiguo estado de cosas, y las libró de los ultrajes que las había hecho sufrir el Apóstata»[151].

Joviano murió de repente en febrero del 364. Tuvo por sucesores a Valentiniano I (364-375) y su hermano Váleme (364-378), que se repartieron el gobierno del Imperio. Valentiniano se reservó el gobierno de la mitad occidental del Imperio y dio a Váleme el Oriente.

En cuestiones de fe, ambos hermanos se atenían a principios opuestos. Mientras Valentiniano era más bien partidario del concilio de Nicea, Valente era arriano. Pero su niceísmo no hacía intolerante a Valentiniano, y bajo su reinado existió la más completa y más segura libertad de opinión. A su exaltación al poder publicó una ley según la cual todos tenían «libertad plena y entera de rendir culto al

objeto que desease su conciencia»[152]. El paganismo gozó de cierta tolerancia. No obstante, Valentiniano mostró en toda una serie de medidas que era un emperador cristiano. Así, restauró los privilegios concedidos al clero por Constantino el Grande.

Valente siguió otro camino. Partidario de la tendencia arriana, mostróse intolerante con los demás cristianos, y si bien sus persecuciones no fueron muy severas ni muy sistemáticas, no por eso la población de la mitad oriental del Imperio dejó de atravesar bajo el reinado de Valente tiempos agitados.

En el exterior, los dos hermanos hubieron de sostener una encarnizada lucha con los germanos. Sabido es que Valente encontró muerte prematura peleando con los godos. Pero el problema germánico en los comienzos de la historia de Bizancio será expuesto en el próximo capítulo.

En Occidente, sucedió a Valentiniano su hijo Graciano (375-383), y a la vez el ejército aclamó a su semihermano Valentiniano II, niño de cuatro años (375-392). A la muerte de Valente (378), Graciano nombró augusto a Teodosio y le dio el gobierno de la mitad oriental del Imperio y de la mayor parte de la Iliria.

Si se prescinde de Valentiniano II, joven y sin voluntad y que no desempeño papel alguno, aunque se inclinó hacia el arrianismo, el Imperio abandonó en definitiva, con Graciano y Teodosio, la vía de la tolerancia y se puso al lado del Símbolo de Nicea. En ello, Teodosio, emperador de Oriente, a quien la historia ha dado el sobrenombre de Grande (379-395), tuvo una intervención capital. A su nombre está indisolublemente ligada la idea del triunfo del cristianismo. Era partidario resuelto de la fe que había elegido y no cabía esperar, bajo su reinado, tolerancia para el paganismo.

La familia de Teodosio se había distinguido desde la segunda mitad del siglo IV, merced al padre de Teodosio el Grande, llamado Teodosio también, y que había sido uno de los mas brillantes generales de la mitad occidental del imperio bajo Valentiniano I. Nombrado Augusto por Graciano en el 379 y colocando a la cabeza del Oriente, Teodosio, que tenía tendencias cristianas, pero que no había sido bautizado aún, lo fue al año siguiente en Tesalónica, en el curso de una breve dolencia, gracias al interés del obispo de la ciudad, Ascolio partidario del niceísmo.

Teodosio se halla ante dos difíciles tareas: restablecer la unidad interior del Imperio, desgarrado por querellas religiosas a causa de la existencia de múltiples corrientes de tendencia diversa, y salvar al Imperio de la presión continua de los bárbaros germánicos, concretamente de los godos, que amenazaban a la sazón la misma vida del Imperio.

Hemos visto que el arrianismo había ejercido bajo el predecesor de Teodosio un papel preponderante. Después de la muerte de Valente, y sobre todo en el corto interregno provisional que precedió a la exaltación de Teodosio al poder, los conflictos religiosos se habían reavivado, tomando a veces formas muy violentas. Tales turbulencias y disputas se manifestaban sobre todo en la Iglesia de Oriente y en Constantinopla. Las disensiones dogmáticas rebalsaban el restringido círculo del clero y se extendían a toda la sociedad de la época penetrando la multitud y llegando a la calle. La cuestión de la naturaleza del Hijo de Dios, se discutía con pasión extraordinaria, durante la segunda mitad del siglo IV, en todas partes, en los concilios, en las iglesias, en el palacio imperial, en las cabañas de los eremitas, en plazas y mercados. Gregorio, obispo de Nisa, habla no sin sarcasmo, hacia la segunda mitad del siglo IV, de la situación surgida de

ese estado de cosas: «Todo está lleno de gentes que discuten cuestiones ininteligibles, todo: las calles, los mercados, las encrucijadas… Si se pregunta cuántos óbolos hay que pagar, se os contesta filosofando sobre lo creado y lo increado. Se quiere saber el precio del pan y se os responde que el Padre es más grande que el Hijo. Se pregunta (a los demás) por su baño y se os replica que el Hijo ha sido creado de la Nada»[153].

Con el advenimiento de Teodosio, las circunstancias cambiaron mucho. A raíz de su llegada a Constantinopla, el emperador hizo al obispo arriano la propuesta siguiente: que abdicara el arrianismo y se alinease en el niceísmo. Pero el obispo se negó a obedecer y prefirió ausentarse de la capital y celebrar reuniones arrianas extramuros de Constantinopla. Todas las iglesias de la ciudad fueron entregadas a los niceanos.

Teodosio se halló ante el problema de la regularización de sus relaciones con heréticos y paganos. Ya bajo Constantino, la Iglesia católica (es decir, universal) («*Ecclesia Catholica*») se había opuesto a los herejes («*haeretici*»), A partir de Teodosio, la distinción entre «católico» y «herético» fue definitivamente establecida por la ley. Con el término de católico se entendió desde entonces partidario de la fe niceana y los representantes de todas las demás tendencias religiosas fueron calificados de heréticos. Los paganos («*pagani*») quedaron incluidos en una categoría especial.

Al declararse niceano convencido, Teodosio entabló una lucha encarnizada contra los heréticos y paganos. Los castigos que les infligió acrecieron progresivamente. En virtud del edicto de 380, no debían llamarse «cristianos católicos» más que quienes, de acuerdo con la enseñanza

apostólica y la doctrina evangélica, creían en la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los demás, aquellos «insensatos extravagantes» que seguían ida vergüenza de la doctrina herética,” no tenían el derecho de llamar Iglesia a su reunión e incurrían en graves castigos[154]. Con este edicto, al decir de un sabio historiador, «Teodosio» fue el primero de los emperadores que reglamentó en su propio nombre, y no en el de la Iglesia, el Código de las verdades cristianas obligatorias para sus súbditos[155]. Otros edictos de Teodosio prohibieron a los herejes toda reunión religiosa de carácter público o privado, no siendo autorizadas más que las reuniones de los partidarios del Símbolo de Nicea, a quienes debían ser entregadas las iglesias en la capital y en todo el Estado. Los heréticos sufrieron graves restricciones en sus derechos civiles, como, por ejemplo, en materia de herencias, testamentos, etc.

Deseoso de restablecer la paz y el acuerdo en la Iglesia cristiana, Teodosio convocó, en 381, un concilio en Constantinopla. Sólo participaron en él los representantes de la Iglesia de Oriente. Se califica a ese concilio de segundo concilio ecuménico. Ninguna de tales reuniones nos ha dejado tan pocos documentos como ésta. No se conocen sus actas. Al principio incluso no se la llamó concilio ecuménico, y sólo en el año 451 se le dio sanción oficial. La cuestión principal que, en el dominio de la fe, se discutió en este segundo concilio, fue la herejía de Macedonio, el cual, siguiendo el desarrollo natural del arrianismo, demostraba la creación del Espíritu Santo. El concilio, después de establecer la doctrina de la consubstancialidad del Espíritu con el Padre y el Hijo, y tras condenar al macedonismo o doctrina de Macedonio, y una serie de otras herejías relacionadas con el arrianismo, confirmaba el símbolo de Nicea, en lo concerniente al Padre y al Hijo y le añadía un

artículo sobre el Espíritu Santo.

Esta adición establecía sólidamente el dogma de la identidad y consubstancialidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero dada, la penuria e imprecisión de nuestros conocimientos sobre tal concilio, algunos sabios de Europa occidental han emitido dudas sobre el Símbolo de Constantinopla, que, sin embargo se cambió en el símbolo más rápidamente extendido e incluso el único oficial en todas las confesiones cristianas, a pesar de la diversidad dogmática de éstas. Se ha declarado que este símbolo, no fue el resultado de los trabajos del segundo concilio; que este no lo compuso ni lo pudo componer, y que, por tanto, semejante símbolo es apócrifo. Otros pretenden que fue compuesto antes o después de dicho concilio.

Teodosio se hallaba ante dos difíciles tareas: restablecer la unidad interior del Imperio, desgarrado por querellas religiosas a causa de la existencia de múltiples corrientes de tendencia diversa, y salvar al Imperio de la presión continua de los bárbaros germánicos, concretamente de los godos, que amenazaban a la sazón la misma vida del Imperio.

Hemos visto que el arrianismo había ejercido bajo el predecesor de Teodosio un papel preponderante. Después de la muerte de Valente, y sobre todo en el corto interregno provisional que precedió a la exaltación de Teodosio al poder, los conflictos religiosos se habían reavivado, tomando a veces formas muy violentas. Tales turbulencias y disputas se manifestaban sobre todo en la Iglesia de Oriente y en Constantinopla. Las disensiones dogmáticas rebasaban el restringido círculo del clero y se extendían a toda la sociedad de la época, penetrando la multitud y llegando a la calle. La cuestión de la naturaleza del Hijo de Dios se discutía con pasión extraordinaria, durante la segunda mitad del siglo IV,

en todas partes: en los concilios, en las iglesias, en él palacio imperial, en las cabañas de los eremitas, en plazas y mercados. Gregorio, obispo de Nisa, habla, no sin sarcasmo, hacia la segunda mitad del siglo IV, de la situación surgida de ese estado de cosas:

> Todo está lleno de gentes que discuten cuestiones ininteligibles, todo; las calles, los mercados, las encrucijadas… Si se pregunta cuántos óbolos hay que pagar, se os contesta filosofando sobre lo creado y lo increado. Se quiere saber el precio del pan y se os responde segundo concilio; que éste no lo compuso ni lo pudo componer, y que, por tanto, semejante símbolo es apócrifo. Otros pretenden que fue compuesto antes o después de dicho concilio. Pero la mayoría de los historiadores —sobre todo la escuela rusa— demuestran que el Símbolo de Constantinopla fue efectivamente compuesto por los Padres del segundo concilio, si bien no quedó reconocido hasta la victoria de la ortodoxia en Calcedonia.

También al segundo concilio correspondió fijar el rango del patriarca de Constantinopla en relación al obispo de Roma. El tercer canon del concilio declara: «Que el obispo de Constantinopla sea el primero después del obispo de Roma, porque *Constantinopla es la nueva Roma*». Así, el patriarca de Constantinopla ocupó entre los patriarcas el primer lugar después del de Roma. Semejante distinción no podía ser aceptada por otros patriarcas de Oriente, más antiguos. Es interesante notar la argumentación del tercer canon, que define la jerarquía eclesiástica del obispo de Constantinopla según la situación de la ciudad, capital del Imperio.

El teólogo Gregorio de Nacianzo, que, elegido para la

sede episcopal de Constantinopla, había cumplido un importante papel en la capital al principio del gobierno de Teodosio, no pudo resistir a los múltiples partidos que lucharon contra él en el concilio, y pronto hubo de alejarse de éste y abandonar su sede, así como la propia Constantinopla poco tiempo después. En su lugar fue elegido un laico, Nectario, que no poseía conocimientos teológicos profundos, pero que sabía entenderse con el emperador. Nectario pasó a presidir el concilio, el cual concluyó sus tareas en el estío de 381.

La actitud de Teodosio respecto al clero en general, es decir, al clero católico o niceísta, fue la siguiente: conservó y hasta amplío los privilegios que en el campo de las cargas personales, tribunales, etc., habían sido concedidos a obispos y clérigos por los emperadores precedentes, pero a la vez se esforzó en tornar semejantes privilegios inofensivos para los intereses del Estado. Así, Teodosio, por un edicto, obligó a la Iglesia a soportar ciertas cargas extraordinarias del Estado («extraordinaria munera»)[156]. Se Limitó, en razón de los frecuentes abusos, la extensión de la costumbre de acogerse a la Iglesia como a un asilo que protegía al culpable de la persecución de las autoridades, y fue prohibido a los deudores al Estado tratar de substraerse a sus deudas refugiándose en los templos. Al clero le fue vedado ocultarlos[157].

Teodosio tenía la firme voluntad de organizar por sí mismo todos los asuntos de la Iglesia, y en general lo consiguió. No obstante, tropezó con uno de los representantes más ilustres de la Iglesia de Occidente: Ambrosio, obispo de Milán. Teodosio y Ambrosio encarnaban dos puntos de vista diferentes sobre las relaciones de la Iglesia y el Estado. El primero era partidario de la superioridad del Estado sobre la Iglesia y el segundo

pensaba que los asuntos de la Iglesia se abstraían a la competencia del poder secular. El conflicto estalló con motivo de las matanzas de Tesalónica. En esta populosa y rica ciudad, la falta de tacto de jefe de los germanos, numerosos destacamentos de los cuales estaban acantonados allí, establecer la doctrina de la consubstancialidad del Espíritu con el Padre y el Hijo, y tras condenar al macedonismo, o doctrina de Macedonio, y una serie de otras herejías relacionadas con el arrianismo, confirmaba el Símbolo de Nicea en lo concerniente al Padre y el Hijo y le añadía un articulo sobre el Espíritu Santo.

Esta adición establecía sólidamente el dogma de la identidad y consubstancialidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero, dada la penuria e imprecisión de nuestros conocimientos sobre tal concilio algunos sabios de la Europa, occidental han emitido dudas sobre el Símbolo de Constantinopla, que, sin embargo se trocó en el símbolo más rápidamente extendido e incluso el único oficial en todas las confesiones cristianas, a pesar de la diversidad dogmática de éstas Se ha declarado que ese símbolo no fue el resultado de los trabajos del tomados allí, hizo estallar una sedición entre los moradores, exasperados por las violencias de los soldados. El jefe germano y varios de sus hombres resultaron muertos. Teodosio, que sentía las mejores disposiciones hacia los germanos (algunos de los cuales ocupaban grados altos en sus ejércitos), se enfureció y se vengó de Tesalónica con una sangrienta matanza de sus habitantes, sin distinción de edad ni sexo. La orden del emperador fue ejecutada por los germanos. Pero este acto cruel del emperador no quedó impune. Ambrosio excomulgó al emperador, quien, a pesar de su poder y autoridad, hubo de confesar en público su pecado y cumplir humildemente la penitencia que le impuso Ambrosio. Mientras duró tal

penitencia, Teodosio no llevó ropas reales.

En tanto que mantenía una lucha implacable contra los herejes, Teodosio no dejaba de tomar medidas decisivas contra los paganos. Con una serie de decretos prohibió sacrificar, buscar presagios en las entrañas de los animales y frecuentar los templos paganos. Como consecuencia de tales medidas, los templos paganos se cerraron. Los edificios sirvieron a veces para menesteres del Estado. Otras, los templos paganos, con todas las riquezas y tesoros artísticos que contenían, fueron demolidos por un populacho fanático. Nos consta la destrucción, en Alejandría, del famoso templo de Serapis, o Serapeion, centro del culto pagano en aquella ciudad. El último edicto de Teodosio contra los paganos, emitido el 392, prohibía de manera definitiva los sacrificios, las libaciones, las ofrendas de perfumes, las suspensiones de coronas, los presagios. Allí se trataba a la antigua religión de «superstición gentilicia»[158]. Todos los violadores del edicto eran declarados culpables de lesa majestad y de sacrilegio, amenazándoseles con penas severas. Un historiador llamó al edicto de 392, «el canto fúnebre del paganismo»[159].

Con este edicto terminó la lucha sostenida por Teodosio contra el paganismo en Oriente.

En Occidente, el episodio más célebre de la lucha entablada contra el paganismo por los emperadores Graciano, Valentiniano II y Teodosio se produjo al ser quitado del Senado romano el altar de la Victoria. Retirado dicho altar ya una vez, por Constantino, como hemos visto, había sido reintegrado por Justiniano. Los senadores, que seguían siendo semipaganos, vieron en aquello el fin de la pasada grandeza de Roma. Se envió al emperador un orador pagano, el famoso Símaco, para pedir la restitución del altar al Senado. Como dice Uspensky (t. I., Pág. 140, en ruso),

aquel fue «el último canto del paganismo moribundo que, tímida y plañideramente, pedía gracia al joven emperador (Valentiniano II) para la religión a la que sus antepasados debían su gloria y Roma su grandeza». La misión de Símaco no triunfó. El obispo de Milán, Ambrosio, se mezcló en el asunto y obtuvo la victoria.

En 393 se celebraron por última vez los Juegos Olímpicos. Se transportaron a Constantinopla desde Olimpia diversos monumentos antiguos, entre ellos la famosa estatua de Zeus ejecutada por Fidias.

La política religiosa de Teodosio se distingue claramente de la de sus predecesores. Estos últimos se habían unido a tal o cual forma de cristianismo, o al paganismo (como Juliano), adoptando cierta tolerancia para las opiniones o creencias ajenas. La igualdad de las religiones existía «de jure». Teodosio se situó en una posición diferente. Aceptó la fórmula de Nicea como la única justa, y le dio fundamentos legales prohibiendo por completo las otras tendencias religiosas del cristianismo, y el paganismo también.

Con Teodosio, se vio en el trono romano a un emperador que consideraba la Iglesia y las opiniones religiosas de sus súbditos como asunto de su competencia. No obstante, Teodosio no consiguió dar a la cuestión religiosa la solución que deseaba, esto es, crear una Iglesia niceísta y única. No sólo continuaron las disputas religiosas, sino que se multiplicaron y ramificaron, dando, en el siglo V, origen a una actividad religiosa desbordada y ferviente. Pero sobre el paganismo sí consiguió Teodosio una victoria completa. Su reinado presenció la solidificación institucional del cristianismo. El paganismo, perdiendo la facultad de manifestarse abiertamente, dejó de existir como entidad organizada. Cierto que quedaron paganos, pero eran sólo

familias o individuos aislados, que guardaban en secreto los amados objetos del legado de una religión muerta.

Teodosio no incomodó a la escuela pagana de Atenas, que continuó existiendo y haciendo conocer a sus auditores las obras de la literatura antigua.

# El problema germánico (Godo) en el siglo IV

La cuestión candente que gravitaba sobre el Imperio a fines del siglo IV, era la de los germanos, y en especial la de los godos.

Los godos, que al principio de la era cristiana vivían en el litoral meridional del mar Báltico, emigraron, probablemente a fines del siglo II y por causas difíciles de precisar, a los países del sur de la Rusia contemporánea. Llegaron hasta las orillas del mar Negro y ocuparon el territorio comprendido entre el Don y el Danubio inferior. El Dniéster dividía a los godos en dos tribus: los godos del este u ostrogodos, y los godos del oeste o visigodos. Como todas las demás tribus germanas de la época, los godos eran verdaderos bárbaros, pero se encontraron, en la Rusia meridional, en condiciones muy favorables para la civilización. Todo el litoral septentrional del mar Negro había estado, desde mucho antes de la era cristiana, cubierto de ricos focos de civilización, de colonias griegas cuya influencia, a juzgar por los datos arqueológicos, se había remontado bastante lejos hacia el norte, en el interior del

país, y se hacía sentir en aquellas regiones desde muchísimo tiempo atrás. En Crimea se hallaba el opulento y civilizado reino del Bósforo o Cimerio. Gracias a su contacto con las antiguas colonias griegas y con el reino del Bósforo, los godos recibieron algún influjo de la civilización antigua, mientras, por otra parte, entraban en contacto también con el Imperio romano en la Península Balcánica. Más tarde, cuando aparecieron en la Europa occidental, los godos eran ya un pueblo que superaba sin duda en civilización a las otras tribus germánicas de la época.

La actividad de los godos, afincados en las estepas de la Rusia meridional, tomó en el siglo III dos direcciones: por un lado les atraía el mar y las posibilidades que éste les brindaba de emprender incursiones navales por el litoral del Negro; por otro, al sudoeste, se acercaron a la frontera romana del Danubio, chocando así con el Imperio.

Los godos se fijaron primero en el litoral septentrional del mar Negro, apoderándose, a mediados del siglo III, de Crimea, y por tanto del reino del Bósforo, incluido en ella. Empleando los numerosos buques bosforianos, emprendieron, durante la segunda mitad del siglo III una serie de incursiones devastadoras. Pusieron a saco varias veces el rico litoral caucásico y las no menos ricas costas del Asia Menor; avanzaron por el litoral occidental del mar Negro hasta el Danubio y, atravesando el mar, llegaron, por el Bósforo, la Propóntide (mar de Mármara) y el Helesponto (Dardanelos), al Archipiélago. De camino, saquearon Bizancio, Crisópolis (ciudad en la orilla de Asia, frente a Bizancio, hoy Escútari), Cízico, Nicomedia y las islas del Egeo. Los piratas godos no se detuvieron en esto, sino que atacaron Éfeso, Tesalónica y, acercándose con sus barcos a las costas de Grecia, pusieron a saco Argos, Corinto y muy

probablemente Atenas. Por suerte, se salvaron las obras maestras de esta última ciudad. La isla de Rodas, Creta y el mismo Chipre —que no estaba en su itinerario, si vale la expresión— sufrieron sus incursiones. Pero estas empresas marítimas se limitaban a saqueos y devastaciones, tras lo cual las naves de los godos volvían al litoral septentrional del mar Negro. Varias bandas de estos piratas, que se aventuraron en tierra, fueron aniquiladas o cautivadas por los ejércitos romanos.

Por tierra, las relaciones de los godos con el Imperio produjeron resultados mucho más importantes. Aprovechando las turbulencias del Imperio en el siglo III, los godos, en la primera mitad de este siglo, comenzaron a franquear el Danubio y a practicar incursiones en territorio romano. El emperador Gordiano llegó a verse obligado a pagarles un tributo anual. Esto no les contuvo. Pronto los godos hicieron una nueva incursión en el Imperio, invadiendo Tracia y Macedonia. El emperador Decio murió en una expedición contra ellos (251). El 269, el emperador Claudio logró causarles una grave derrota cerca de Naisos (Nisch). El emperador hizo gran cantidad de prisioneros, admitió parte de ellos en su ejército y fijó otra, en calidad de colonos, en las tierras romanas despobladas. Su victoria sobre los godos valió a Claudio el sobrenombre de Gótico. Pero a poco, Aureliano, que había restablecido de momento la unidad del Imperio (270-275), se vio obligado a ceder a los godos la Dacia, instalando en Mesia la población romana de esta región. En el siglo IV se veían con frecuencia godos en los ejércitos romanos. Según el historiador Jordanes, un destacamento de godos sirvió lealmente en el ejército de Valerio[160]. Los godos alistados en los ejércitos de Constantino le ayudaron en su lucha contra Licinio. Finalmente los visigodos concluyeron un tratado con

Constantino, obligándose a proporcionarle 40 000 guerreros para las luchas emprendidas por el emperador contra diversos pueblos. Juliano tuvo también en su ejército un destacamento de godos.

En el siglo III, se desarrolló ente los godos de Crimea el cristianismo, exportado allí probablemente por los cristianos del Asia Menor hechos prisioneros por los godos en sus incursiones marítimas. En el concilio de Nicea (325). un obispo godo, Teófilo, participó en las discusiones ecuménicas y firmó el Símbolo de Nicea. En el siglo IV, Wulfila evangelizó a otros godos. Wulfila, de origen griego quizá, pero nacido en territorio godo, había vivido algún tiempo en Constantinopla. Le consagró obispo un obispo arriano. De regreso con los godos, Wulfila, durante algunos años predicó entre ellos el cristianismo según el rito arriano. Para facilitar a los godos el conocimiento de la Santa Escritura, compuso con ayuda de letras griegas un alfabeto godo, y tradujo la Biblia al godo. La forma arriana del cristianismo recibida por los godos tuvo considerable importancia en su historia ulterior, ya que, más tarde, al instalarse sus tribus en territorios del Imperio romano, su doctrina les impidió fundirse con la población indígena, que era nicea. Los godos de Crimea siguieron siendo ortodoxos.

Las relaciones amistosas entre los godos y el Imperio evolucionaron cuando, en 375, los salvajes hunos, pueblo de origen turco[161], irrumpieron desde Asia en Europa e infligieron una cruenta derrota a los ostrogodos. Continuando su empuje hacia el oeste, comenzaron, en unión de los ostrogodos sometidos, a presionar a los visigodos. Este pueblo, que vivía en los confines del Imperio, no viéndose en situación de oponerse a los hunos, que habían aniquilado ya gran número de ellos, con sus mujeres

e hijos, hubo de pasar la frontera y entrar en territorio romano. Las fuentes cuentan que los godos, en la orilla derecha del Danubio, suplicaban a las autoridades romanas, con lágrimas en los ojos, que les permitiesen atravesar el río. Los bárbaros ofrecían, si el emperador se lo autorizaba, instalarse en Tracia y Mesia para cultivar la tierra; prometían al emperador proporcionarle fuerzas militares y se obligaban a obedecer sus mandatos, lo mismo que sus súbditos. Una delegación con instrucciones en tal sentido fue enviada al emperador. En el gobierno romano y entre los generales hubo una mayoría muy favorable a la propuesta de instalación de los godos. Se veía en ella un aumento de la población rural y de las fuerzas militares, tan útiles para el Estado. Los nuevos súbditos defenderían el Imperio, y los habitantes indígenas de las provincias afectadas, que estaban entonces sometidos a reclutamiento, substituirían éste por un impuesto en metálico, lo que aumentaría las rentas estatales.

Triunfó tal punto de vista y los godos recibieron permiso para atravesar el Danubio. «Así fueron acogidos —dice Fustel de Coulanges en su *Historia de las instituciones políticas de la antigua Francia*[162]— en territorio romano de cuatrocientos mil a quinientos mil bárbaros, cerca de la mitad de los cuales estaban en condición de empuñar las armas». Incluso si se aminora esa cifra, queda en pie el hecho de que el número de bárbaros establecidos en Mesia era considerable.

Al principio los bárbaros vivieron tranquilos. Pero, poco a poco, un cierto descontento, que gradualmente se tornó en irritación, prendió en sus filas contra los generales y funcionarios romanos. Estos últimos retenían parte del dinero destinado al sustento de los colonos y los alimentaban mal. Los maltrataban e insultaban a sus mujeres

e hijos. Incluso mandaron al Asia Menor gran número de godos. Las quejas de éstos no eran atendidas. Entonces, los bárbaros, exasperados, se sublevaron y llamando en su ayuda a los alanos y los hunos, penetraron en Tracia y marcharon sobre Constantinopla. El emperador Valente, que hallaba en guerra con Persia, al tener noticia del alzamiento de los godos, corrió desde Antioquía a Constantinopla. Se libró batalla cerca de Adrianópolis el 9 de agosto del 378. Los godos infligieron una derrota terrible al ejército romano. El propio Valente murió allí. El camino de la capital quedó abierto a los godos, que cubrieron toda la Península balcánica, llegando hasta las murallas de Constantinopla. Pero sin duda no habían concebido un plan general de ataque al Imperio[163]. Teodosio, sucesor de Valente, logró, con ayuda de destacamentos de godos mismos, vencer a los bárbaros y suspender sus pillajes. Este hecho muestra que, mientras parte de los godos hacía la guerra al Imperio, otra consentía en servir en sus ejércitos y batirse contra los demás germanos. Después de la victoria de Teodosio, «volvió la tranquilidad a Tracia, porque los godos que se encontraban allí habían perecido», con palabras del historiador pagano del siglo V, Zósimo (Historia nova, IV, 25, 4, ed. Mendelssohn, p. 1818). De modo que la victoria de los godos en Adrianópolis no les permitió fijarse en ninguna región del Imperio.

Pero desde esta época empezaron a infiltrarse en la vida del Imperio por medios pacíficos. Teodosio, comprendiendo que no podría vencer por fuerza de armas a los bárbaros instalados en territorio romano, entró en las vías de un acuerdo amistoso, asociando a los godos a la civilización romana y, lo que fue más importante, atrayéndoles a su ejército. Poco a poco, las tropas que tenían por misión defender el Imperio fueron reemplazadas en su mayor parte

por compañías germánicas. Muy a menudo, los germanos hubieron de proteger al Imperio contra otros germanos.

La influencia de los godos se hizo notar en el mando superior del ejército y en la administración, donde los puestos más elevados e importantes fueron reservados a los germanos. Teodosio, que veía en una política germanófila la paz y la salvación del Imperio, no comprendía el peligro que ulteriormente pudiera representar para la misma existencia del Estado el desarrollo del germanismo bárbaro. Es notorio que Teodosio no debió ver la debilidad de semejante política, que fallaba en especial por lo concerniente a la defensa militar del país. Los godos, que habían tomado de los romanos su arte militar, su táctica, su manera de combatir, su armamento, se convirtieron en una fuerza temible que podía en cualquier instante volverse contra el Imperio. La población indígena grecorromana, relegada a segundo plano, sintió vivo descontento contra el predominio de los godos. Se hizo sentir un movimiento antigermano que podía producir muy graves complicaciones internas.

En 395, Teodosio murió en Milán. Su cuerpo, embalsamado, fue conducido a Constantinopla y enterrado en la iglesia de los Santos Apóstoles. Teodosio dejaba dos hijos, muy jóvenes todavía, que fueron reconocidos como sus sucesores: Arcadio y Honorio. Arcadio recibió el Oriente; Honorio, el Occidente.

Teodosio no había conseguido los resultados buscados en la doble tarea que se había propuesto. El segundo concilio ecuménico, que proclamó la preeminencia del niceísmo en el cristianismo, no logró restablecer la unidad de la Iglesia. El arrianismo, en sus diferentes manifestaciones, siguió subsistiendo y su desarrollo creó nuevas corrientes religiosas que habían de alimentar en el siglo V la vida

religiosa y la social (ésta íntimamente ligada a aquélla), sobre todo en las provincias orientales, en Siria y en Egipto, lo que debía tener consecuencias de la mas alta importancia para el Imperio. Teodosio mismo al dejar penetrar el elemento germánico en su ejercito, al permitir a aquel elemento arriano adquirir preponderancia, tuvo que hacer concesiones al arrianismo, abandonando así el niceísmo integral. Por otra parte, su política germanófila, que entregaba a los bárbaros la defensa del país y los cargos mas importantes de la administración, dando predominio a los germanos, provocó —ya lo hemos dicho— profundo descontento e irritación indígena grecorromana. Los focos principales de la preponderancia germana fueron la capital la Península Balcánica y cierta parte del Asia Menor. Las provincias de Oriente, Siria, Palestina y Egipto no sintieron aquel yugo. Desde fines del siglo IV, la influencia de los bárbaros empezó a amenazar seriamente la capital y, con ella, toda la zona oriental del Imperio. De este modo, Teodosio, que se había propuesto establecer la paz entre el Imperio y los bárbaros y crear una Iglesia unida y uniforme, fracasó en ambas cosas, dejando a sus sucesores la misión de resolver aquellos dos complejísimos problemas.

## Los problemas nacionales y religiosos en el siglo V

El Interés de este período reside esencialmente en su modo de afrontar el doble problema nacional y religioso. Por

«problema nacional», o «problema de las nacionalidades», entendemos la lucha de éstas entre sí en el interior del Imperio, así como los conflictos con los pueblos que atacaban desde el exterior.

Parece que el helenismo debiera haber desempeñado en la «pars orientalis» el papel de una fuerza unificadora en medio de una población tan dispar; pero de hecho no fue así. No obstante, su influjo se había ejercido en Oriente hasta el Eufrates y hasta Egipto desde la época de Alejandro de Macedonia y sus sucesores. Alejandro había visto en la creación de colonias uno de los mejores medios de implantar el helenismo: se le atribuye la fundación de más de setenta ciudades en Oriente. En cierta medida, sus sucesores continuaron esta política. Los límites extremos de la helenización estaban, al norte, en Armenia; al sur hacia el mar Rojo; al este en Persia y en Mesopotamia. El helenismo no había rebasado estas provincias. El principal centro de civilización helenística era la ciudad egipcia de Alejandría. A lo largo de lodo el litoral mediterráneo, y sobre todo en Asia Menor, Siria y Egipto, la civilización helénica se había impuesto a las demás. De esos tres países, acaso Asia Menor fuera el más helenizado. Hacía muchos siglos que sus costas estaban cubiertas de colonias griegas, desde donde la influencia helena había irradiado, aunque no sin dificultades, hacia el interior del país.

La helenización de Siria era menos profunda. La masa de la población no se hallaba familiarizada con la lengua griega y seguía hablando sus idiomas indígenas, el sirio y el árabe. Un sabio orientalista escribe que «si incluso en una ciudad tan cosmopolita como Antioquía, el hombre del pueblo hablaba el arameo (es decir, el siriaco), cabe con buena razón suponer que en el interior de la provincia el griego no era la lengua de las clases instruidas, sino sólo de los que la habían

estudiado especialmente»[164]. Se puede hallar la prueba palmaria de que la lengua indígena Siria estaba profundamente implantada en Oriente, en la «Colección de leyes siriorromana del siglo V»[165].

El manuscrito sirio más antiguo que de esa colección nos ha llegado está compuesto a principios del siglo VI, y por consecuencia antes de Justiniano. Ese texto sirio, probablemente escrito en la parte nordeste de Siria, es una traducción del griego. El original griego no ha llegado a nosotros, pero puede deducirse por algunas indicaciones que fue redactado hacia el 570. Como quiera que fuese, la traducción siria vio la luz casi en seguida de la aparición del texto original. Además del texto sirio, poseemos las versiones árabe y aramea de tal colección legislativa, que, según todas las probabilidades, es de origen eclesiástico, ya que analiza con profusión de detalles los artículos del derecho conyugal y sucesorial y hace resaltar osadamente los privilegios del clero. Pero aquí no nos interesa tanto el fondo de la colección tomó su gran difusión y corriente aplicación en Oriente, en los territorios comprendidos entre Armenia y Egipto, según lo prueban las numerosas y diversas versiones de estos documentos, así como lo que de ellos han tomado los escritores sirios y árabes de los siglos XIII y XIV. Más tarde, cuando la legislación justiniana se hizo, de modo oficial, obligatoria en todo el Imperio, el Código imperial pareció demasiado voluminoso y harto difícil de comprender para las provincias orientales, y en la práctica se siguió empleando la colección siria, que reemplazó al «*Codex*». Cuando, en el siglo VIII, los musulmanes ocuparon las provincias orientales, aquella legislación siria tuvo igual difusión bajo el dominio mahometano. Que tal compendio legislativo fuera traducido al sirio en la segunda mitad del

siglo VI, muestra con claridad que la masa de la población no conocía aún el griego ni el latín y estaba muy afincada a la lengua indígena siria.

En Egipto, a pesar de la existencia de un foco de civilización de irradiaciones universales, como lo era Alejandría, el helenismo no había afectado tampoco sino a la clase superior dirigente, laica o eclesiástica. La masa de la población seguía hablando la lengua indígena copta.

Estos motivos no fueron los únicos que obraron en el siglo V. El gobierno encontraba dificultades en las provincias orientales, no sólo a causa de las diferencias de nacionalidades y razas, sino también porque una aplastante mayoría de la población sirio-egipcia, y parte de la del Asia Menor oriental, eran profundamente afectas al arrianismo y sus ramificaciones sucesivas. Así, la cuestión de las nacionalidades, ya compleja en sí, se agravó en el siglo V con un problema religioso.

En las provincias occidentales del Imperio de Oriente, es decir, en la Península Balcánica, en la capital y en la parte occidental del Asia Menor, el problema importante de este período fue el problema germánico, que amenazaba, como se ha visto más arriba, la misma existencia del Imperio. A mediados del siglo V, después de que el problema godo se hubo resuelto, hubo motivos para creer que los salvajes isáuricos iban a ocupar en la capital el puesto de los godos. En la frontera oriental, la lucha contra los persas continuó con algunas interrupciones, mientras en la frontera septentrional de los Balcanes empezaban las devastadoras invasiones de un pueblo de origen único o turco: los búlgaros[166].

# Arcadio (395-408)

## Los favoritos

Arcadio tenía sólo diecisiete años cuando subió al trono. No poseía la experiencia ni la fuerza de voluntad requeridas por su elevada posición. Pronto se halló bajo el dominio completo de sus favoritos, que monopolizaron todo el poder, haciendo pasar a primer plano sus intereses propios y los de sus partidarios. El primer favorito que tuvo influjo sobre el emperador fue Rufino, que, viviendo Teodosio, había sido preceptor de Arcadio. Rufino no tardó en ser asesinado. Dos años después, pasó a ser favorito el eunuco Eutropio, quien ejerció influencia exclusiva sobre el emperador y alcanzó la cúspide de los honores después que hizo casar a Arcadio con Eudoxia, hija de un general franco del ejército romano. El hermano menor de Arcadio, Honorio, que había recibido el Occidente, tenía a su lado, como consejero designado por su mismo padre, al valeroso general Estilicón, tipo perfecto del bárbaro germano romanizado, que había prestado grandes servicios al Imperio luchando contra sus propios compatriotas.

## La resolución del problema Gótico

Bajo el reinado de Arcadio, la principal cuestión que se planteó al Imperio fue la germánica.

Los visigodos, establecidos en el norte de la Península de los Balcanes, estaban entonces mandados por un nuevo jefe: el ambicioso Alarico el Balto. Al principio del reinado de Arcadio entraron en Mesia, Tracia y Macedonia e incluso amenazaron la capital. Merced a la intervención diplomática de Rufino, Alarico abandonó la idea de marchar sobre Constantinopla. La atención de los godos se volvió a Grecia. Alarico atravesó Tesalia y por las Termopilas invadió la Grecia central.

En esta época, la población de Grecia, en conjunto, no estaba contaminada todavía, y era, poco más o menos, la que conocieran Pausanias y Plutarco. «La lengua, la religión, las leyes y las costumbres de los antepasados —dice Gregorovius— permanecían casi invariables en ciudades y campiñas. Si bien el cristianismo había sido reconocido oficialmente como la religión dominante; si bien el culto de los dioses, prohibido por el gobierno, estaba condenado a desaparecer, no por ello la Grecia antigua llevaba menos el sello moral y artístico del paganismo (gracias a los monumentos de la antigüedad, que había conservado)»[167].

En su marcha a través de Grecia, los godos devastaron y saquearon la Beocia y el Ática. Ocuparon el puerto de Atenas —el Pireo—, pero, por suerte, no pasaron a Atenas misma. El historiador pagano del siglo V, Zósimo, se hace eco de una leyenda según la cual Alarico, al acercarse con su ejército a las murallas de Atenas, vio erguirse ante él, armada de punta en blanco, la diosa Atenea y, en pie ante los muros, el héroe troyano Aquiles. Atemorizado por tal aparición, Alarico abandonó la idea de atacar Atenas[168]. Por lo contrario, el Peloponeso sufrió terriblemente. Los

visigodos saquearon Corinto, Argos, Esparta y varías otras ciudades. Estilicón avanzó para libertar a Grecia. Desembarcó con su ejército en el istmo de Corinto y así cortó a Alarico la retirada. No obstante, el jefe godo se abrió, con grandes dificultades, camino hacia el norte, y alcanzó el Epiro. El emperador Arcadio no titubeó en honrar al devastador de sus provincias con la elevada dignidad de «magister» del ejército de Iliria («magíster militum per Illyricum»). Tras esto, Alarico dejó de amenazar el Oriente y dedicó toda su atención a Italia.

El peligro gótico no se hacia sentir sólo en la Península Balcánica y en Grecia. El predominio de los godos se manifestaba todavía, sobre todo a partir de Teodosio el Grande, en la capital, donde los grados más altos del ejército y gran número de elevadas funciones civiles habían pasado a manos de los germanos.

Al subir Arcadio al trono, era el partido germánico el que ejercía más profunda influencia en Constantinopla. A su cabeza estaba el godo Gainas, uno de los generales más valerosos del ejército imperial. En torno suyo se agrupaban los militares, en especial los de origen godo, y los representantes del partido germánico de la capital. El punto débil del partido consistía en lo religioso, pues ya hemos visto que los godos, en su mayoría, eran arríanos. El segundo partido que desempeñó papel importante en los años primeros del gobierno de Arcadio fue el del eunuco Eutropio, el poderoso favorito. Habíase rodeado Eutropio de ambiciosos y aventureros que perseguían ante todo la satisfacción de sus apetitos personales y para ello se servían de Europio. Gainas y Eutropio no podían entenderse. Ambos aspiraban al poder.

Los historiadores advierten la existencia de un tercer

partido, hostil por igual a los germanos y a Eutropio. Este último partido, al que se habían unido los senadores, los funcionarios y la mayoría de los miembros del clero, puede ser considerado como una oposición que se levantaba, en nombre de la idea cristiana y nacional, contra la influencia creciente de los bárbaros y los heréticos. Naturalmente, el favorito, grosero y ávido, no podía despertar simpatías en este tercer partido, el jefe más sobresaliente del cual era Aureliano, prefecto de la ciudad[169].

Entre los contemporáneos, hubo varios que comprendieron el grave peligro que la influencia germánica podía acarrear al Imperio. El gobierno mismo llegó a presentir el huracán.

Poseemos un documento de altísimo interés que nos muestra de manera vivida el estado de ánimo de cierto medios respecto al problema germánico. Hablamos del tratado de Sinesio Sobre el poder imperial, o, como a veces se traduce, (περί βασιλείας). Este tratado quizá fuera presentado al propio Arcadio. Sinesio (370-413), originario de Cirene, ciudad del África del Norte, era un neoplatónico instruido que se convirtió al cristianismo. En 399 se encaminó a Constantinopla para solicitar del emperador algunos desgravámenes de impuestos en favor de su ciudad natal. Más tarde de vuelta a su patria, fue elegido obispo de Ptolemaida, en África del Norte. Durante los tres años de su estancia en Constantinopla, Sinesio se dio perfecta cuenta del peligro que hacían correr los germanos al Imperio, y compuso el tratado a que hemos hecho referencia, que se puede calificar, con expresión de un historiador, de «manifiesto antigermano del partido nacional de Aureliano[170]». «Bastará el más ligero pretexto —escribía Sinesio— para que los armados (esto es, los bárbaros) tomen el poder y adquieran supremacía sobre los ciudadanos

libres».

Entonces los civiles deberán combatir contra hombres experimentados al más alto punto en el arte militar… Es preciso ante todo apartar (a los extranjeros) de las funciones superiores y quitarles sus títulos de senadores, porque lo que en la antigüedad pasaba a los ojos de los romanos como el colmo de los honores, se ha convertido en una cosa abyecta para los extranjeros. Nuestra ineptitud para comprender me sorprende en muchos casos, pero sobre todo en éste. En toda casa, por mediocre que sea, se puede encontrar un esclavo escita (es decir, godo); ellos son cocineros, despenseros… Escitas también los que llevan sillas pequeñas a la espalda y las ofrecen a quienes quieren reposar al aire libre. ¿No es hecho digno de provocar sorpresa en el mayor grado ver a los mismos bárbaros rubios, peinados a la moda eubea, que en la vida privada llenan el papel de domésticos, darnos órdenes en la vida pública? El emperador debe depurar el ejército; lo mismo, en un montón de granos de trigo, separamos la paja y cuanto puede ser nocivo al buen grano… Tu padre, por exceso de clemencia, trató (a esos bárbaros) con dulzura e indulgencia; él les dio el título de aliados; él les concedió derechos políticos, honores; él generosamente les donó tierras. Pero no han comprendido y apreciado como convenía la nobleza de este trato. Han visto en ello una debilidad por nuestra parte, y eso les ha inspirado una arrogancia insolente y una jactancia inaudita… Recluta a nuestros nacionales en mayor numero, eleva nuestro ánimo, fortifica nuestros propios ejércitos y cumple lo que el Estado ha menester… Hay que emplear perseverancia. Que esos bárbaros trabajen la tierra, como en la antigüedad los mesenios, que después de haber abandonado las armas sirvieron de ilotas a los lacedemonios, o bien que se vayan por el mismo camino por el que vinieron y que anuncien a

las tribus de la otra orilla del río que los romanos no tienen ya la misma dulzura y que entre ellos rige un emperador joven, de noble corazón[171]. La significación profunda de este notable documento, contemporáneo de los sucesos de que se trata, reside en la última recomendación de Sinesio. Éste comprende el peligro que amenaza al Imperio por parte de los godos y propone que se los aleje del ejército, que se recluten tropas nacionales y, tras esto, que se convierta a los bárbaros en labradores. Si no lo aceptan, que se limpie del ellos el territorio romano, arrojándolos al otro lado del Danubio, o sea devolviéndolos a su punto de origen.

El jefe más popular del ejército imperial, el godo Gainas, no podía soportar con calma la influencia exclusiva de Eutropio. Pronto se le presentó ocasión de obrar. En aquella época, los godos instalados por Teodosio el Grande en Frigia (Asia Menor), se sublevaron a las órdenes de su jefe Tribigildo, y asolaron el país. Gainas, enviado contra el rebelde, se alió a éste en secreto. Ambos se ayudaron entre sí e infligieron una derrota a las tropas imperiales enviadas contra Tribigildo. Éste y Gainas, dueños ambos de la situación, exigieron al emperador que destituyera a Eutropio y se lo entregase. El favorito tenía contra él a Eudoxia, la mujer del emperador, y al partido de Aureliano. Así acorralado, Arcadio hubo de ceder y desterró a Eutropio (399). Pero tal medida no contentó a los godos victoriosos, que forzaron al emperador a que llamara de nuevo a Eutropio a la capital, le entregase a la justicia y le hiciera ejecutar. Tras esto, Gainas exigió al emperador que se abandonase uno de los templos de la capital a los godos arríanos, para que éstos pudiesen celebrar allí su Oficio. Contra este proyecto se alzó Juan Crisóstomo («*Boca de Oro*», llamado así por sus cualidades como brillante orador que era) obispo de Constantinopla. Gainas, sabedor de que el

obispo tenía a su lado no sólo la capital, sino lo más de la población del Imperio, no insistió.

Instalados en la capital, los godos, en cierta manera, eran árbitros de los destinos del Imperio. Arcadio y la población de Constantinopla comprendieron la mucha gravedad de la situación. Por su parte. Gainas, a pesar de sus éxitos, no logró conservar la preponderancia adquirida. Hallándose una vez ausente de la capital, estalló una revuelta. Muchos godos fueron muertos. Gainas no pudo volver a Constantinopla, y Arcadio, que había recuperado el valor, envió contra él a un godo fiel, el pagano Fravitta, que batió a Gainas cuando éste trataba de pasar por mar al Asia Menor. Gainas se refugió en Tracia, donde fue apresado por el rey de los hunos, quien le hizo cortar la cabeza y la envió como obsequio a Arcadio. Así se conjuró el grave peligro germánico, merced a un germano precisamente: el godo pagano Fravitta, que recibió por aquel gran servicio el título de cónsul. El problema godo quedó, pues, resuelto en el siglo V en ventaja del gobierno. Las tentativas ulteriores de los godos para recobrar la influencia perdida no tuvieron importancia alguna.

## Juan Crisóstomo

Sobre aquel fondo de complicaciones germánicas resaltó la poderosa figura del patriarca de Constantinopla, Juan Crisóstomo[172].

Juan, originario de Antioquía, fue discípulo del célebre

retórico Libanio. Se proponía seguir una carrera civil, pero abandonó tal proyecto después de su conversión. Entonces se entregó con fervor a predicar en su ciudad natal, donde oficiaba como sacerdote. El favorito Eutropio, a la muerte del patriarca Nectario, fijó su atención sobre Crisóstomo, ya célebre en Antioquía por sus predicaciones. Temiéndose que la población de Antioquía se opusiese a su marcha, Juan fue llevado en secreto a Constantinopla. A pesar de las intrigas de Teófilo, obispo de Alejandría, Juan fue consagrado obispo y ocupó la sede patriarcal de Constantinopla el año 398. La capital recibió con él un orador notable y valeroso, uno de esos hombres excepcionales cuyas prácticas están acordes con sus principios. Predicador de una moralidad severa, adversario de un lujo excesivo, Juan, convencido niceísta, halló entre sus ovejas muchos enemigos. Entre ellos figuraba la emperatriz Eudoxia, amante del lujo y los placeres y a quien Juan, en sus prédicas públicas, colmaba de reproches, comparándola a Jezabel y a Herodíadas[173]. Juan adoptó una actitud enérgica ante los godos arríanos que, como vimos, exigían, por intermedio de Gainas, una iglesia para su Oficio. Juan rehusó categóricamente y los godos hubieron de seguir contentándose con la iglesia que se les había otorgado extramuros de la ciudad. Pero Juan se interesó vivamente por la minoría ortodoxa goda. Les cedió una iglesia en la ciudad, los visitaba a menudo y, ayudado por intérpretes, conversaba con ellos.

Su firme religiosidad, su intransigencia con todo aquello que se apartara del mensaje evangélico, su elocuencia severa y persuasiva acrecieron progresivamente el número de sus enemigos. Arcadio sufrió la influencia de los tales y se pronunció abiertamente contra el patriarca Juan, quien se retiró al Asia Menor. Las turbulencias populares que produjo el alejamiento del amado pastor, obligaron al monarca a

volver a llamarle. Pero no duró mucho la paz entre el patriarca y el gobierno. La inauguración de un estatua de la emperatriz proporcionó a Juan materia para un nuevo sermón cáustico, en el que censuró los vicios de aquella mujer. Entonces fue privado de su cargo y sus partidarios perseguidos. En el 404 se le desterró a Cucusa, ciudad de Capadocia, donde llegó tras largo y difícil viaje. «Era —dice el mismo Juan— el lugar más desierto de todo el Imperio»[174]. Tres años después llegó una nueva orden de destierro contra Juan, al que ahora se enviaba a las lejanas riberas orientales del mar Negro. Encaminándose allí, murió (407), quien antes de morir pronunció las siempre recordadas palabras: *Todo sea para la gloria de Dios*. Tal fin tuvo uno de los más eminentes representantes de la Iglesia de la Alta Edad Media. Dejó tras él un rico legado literario y teológico a través de sus tratados y homilías, donde se halla una pintoresca descripción de la vida intelectual, social y religiosa de su época. Defensor obstinado y convencido de los ideales de la Iglesia apostólica, no temió oponerse a las exigencias arrianas del poderoso Gainas. Juan Crisóstomo quedará siempre como uno de los más altos ejemplos morales que la humanidad haya nunca visto. «Era —se ha dicho— implacable para el pecado y lleno de piedad para el pecador»[175].

La intervención del Papa y del emperador de Occidente, Honorio, en favor del perseguido Juan y sus partidarios, no tuvo éxito alguno[176].

Arcadio murió en 408. Su hijo y sucesor, Teodosio, sólo tenía siete años. Eudoxia, esposa de Arcadio y madre de Teodosio, había muerto también en aquella época.

# Teodosio II el Joven (408-450)

Según el testimonio de algunas fuentes, Arcadio, en su testamento, nombró al rey persa Yezdigerdes I tutor de Teodosio, por temor a que los ciudad de Constantinopla quitasen su trono al último. Parece que el rey de Persia habría cumplido a la letra sus obligaciones y, por intermedio de un agente suyo, protegido a Teodosio contra las intrigas de quienes le rodeaban. Varios eruditos rechazan la autenticidad de este relato, pero otros no ven en él nada inverosímil. Ejemplos análogos se encuentran en otros períodos de la historia y no hay buenas razones para rechazar la posibilidad[177].

Las amistosas relaciones que existían a la sazón entre los dos Imperios explican la situación excepcionalmente favorable del cristianismo en Persia durante el reinado de Yezdigerdes I. La tradición persa, reflejando el sentir de los magos y de los nobles, le llama «Apostata», «Malvado» amigo de Roma y los cristianos y perseguidor de los magos. Las fuentes cristianas le celebran, en cambio, por su dulzura y magnificencia, y hasta dicen que estuvo a punto de convertirse al cristianismo. En realidad, Yezdigerdes I, como Constantino el Grande, tenía ciertas miras políticas y apreciaba la importancia del elemento cristiano de su Imperio con relación a sus planes. En 409, los cristianos fueron formalmente autorizados a adorar en público a su Dios y restaurar sus templos. Ciertos historiadores llaman a ese decreto el edicto de Milán de la Iglesia cristiana asiría[178].

El año 410 se reunió en Seleucia un concilio donde se organizó la Iglesia cristiana de Persia. El obispo de Seleucia (Ctesiphon) fue elegido jefe de aquella Iglesia. Ostentaba el título de «*Catholicos*» y debía morar en la capital del

Imperio persa.

Los miembros del concilio hicieron la siguiente declaración: «Suplicamos todos unánimemente a Nuestro Señor misericordioso que aumente los días del victorioso e ilustre rey Yezdigerdes, rey de reyes, y prolongue sus años de generaciones en generaciones y de edades en edades»[179].

Los cristianos no gozaron mucho tiempo de esta libertad. Ya en los últimos años del reinado de Yezdigerdes se reanudó la persecución.

Teodosio, desprovisto de talentos de estadista, se interesó poco por el gobierno. Durante su reinado se mantuvo, por decirlo así, al margen de los asuntos públicos. Tenía verdadera pasión por la vida retirada, vivía en su palacio como en un convento y consagraba considerable tiempo a la caligrafía, copiando con su bella escritura manuscritos antiguos. Pero se rodeó de hombres llenos de talento y energía que contribuyeron mucho al nombre de su reinado, el cual se distinguió por importantes acontecimientos en la vida interior del Imperio. Así, la ciencia moderna ha dejado de ver en Teodosio II un hombre falto en absoluto de voluntad y talento.

Durante toda la vida de Teodosio fue ejercida sobre él una influencia particular por su hermana, la piadosa Pulquería, que tenía espíritu de estadista. Gracias a ella, Teodosio casó con la hija de un filósofo ateniense, Atenais, quien se dio en el bautismo el nombre de Eudoxia. Eudoxia había recibido en Atenas una excelente instrucción; poseía verdadero talento literario y nos ha legado cierto número de obras que tratan de materias religiosas principalmente, pero donde se halla también un eco de los hechos políticos contemporáneos.

Bajo Teodosio, la «*pars orientalis*» del Imperio no tuvo

que sostener choques tan temibles como la «*pars occidentalis*», que atravesaba por entonces una crisis aguda debida a las invasiones germanas. El jefe visigodo Alarico tomó Roma, la antigua capital del Estado romano pagano, suceso que produjo intensa impresión en los contemporáneos. En la Europa occidental y el África septentrional se formaron sobre el territorio romano los primeros estados bárbaros. En la «*pars orientalis*», Teodosio tuvo que luchar contra los salvajes hunos, quienes invadieron el territorio bizantino y llegaron, en sus devastadoras, incursiones, al pie de las murallas de Constantinopla. El emperador hubo de pagarles una importante suma y cederles territorios al sur del Danubio. Las relaciones pacíficas que se establecieron a continuación con los hunos, motivaron el envío de una embajada al gran campamento huno de Panonia. Al frente de la embajada iba Maximino. Un amigo de éste, Prisco, que le acompañó a Panonia, ha dejado una relación completa de la embajada y una descripción interesante de la corte de Atila y de los usos y costumbres de los hunos[180]. Tal descripción es particularmente interesante en el sentido de que puede ser considerada un relato, no sólo de la vida de los hunos, sino de las costumbres de los eslavos del Danubio medio, a quienes los hunos habían sometido[181].

## Las disputas religiosas y el tercer concilio ecuménico

Los dos primeros concilios ecuménicos habían

establecido definitivamente el punto de que Cristo era a la vez Dios y hombre. Pero esta solución no satisfacía a los espíritus ávidos de verdad religiosa, los cuales comenzaron a discutir de qué manera convenía entender en Jesús la unión de la persona humana y la substancia divina, y sus relaciones recíprocas. El fin del siglo IV y vio nacer en Antioquía una doctrina según la cual no existía unión completa de las dos naturalezas en Jesucristo, demostrando a continuación la plena independencia de la naturaleza humana en Jesucristo, tanto antes como después de su unión con la naturaleza divina. Mientras semejante doctrina no rebaso un círculo restringido de personas, no motivó grandes turbaciones en la Iglesia. Pero a contar del día en que la sede episcopal de Constantinopla fue ocupada por Nestorio, partidario convencido de aquella doctrina, las circunstancias cambiaron. El nuevo patriarca quiso imponer la doctrina de Antioquía a toda la Iglesia. Nestorio que era célebre por su elocuencia, dirigió al emperador, a raíz de su consagración, las palabras siguientes: «*Dame, Señor, una tierra limpia de herejes y yo te daré en cambio el cielo; ayúdame a exterminar a los herejes y yo te ayudaré a exterminar a los persas*»[182]. Con el nombre de herejes, Nestorio comprendía todos aquellos que no compartían sus opiniones sobre la independencia de la naturaleza humana en Jesucristo. Nestorio no llamaba a la Virgen María «Madre de Dios», sino «Madre del Cristo», es decir, «Madre de un hombre».

Nestorio entabló severas persecuciones contra sus adversarios, y con esto trajo a la Iglesia grandes turbulencias. Se levantaron contra su doctrina el patriarca de Alejandría, Cirilo, y el Papa Celestino, quien, en el concilio de Roma, condenó como herética la nueva doctrina. El emperador Teodosio, deseando poner fin a las disputas de la

Iglesia, convocó en Éfeso el tercer concilio ecuménico, que condenó el nestorianismo (431). Nestorio hubo de retirarse a Egipto, donde murió.

A pesar de la condenación del nestorianismo, los nestorianos eran bastante numerosos en Siria y en Mesopotamia. El emperador ordenó a las autoridades de aquellas provincias que procedieran contra ellos. El foco principal de nestorianismo era Edesa, donde funcionaba una célebre escuela, difusora de la doctrina de Antioquía. En 489, bajo el emperador Zenón, la escuela fue suprimida y sus profesores y alumnos expulsados. Pero ellos se refugiaron en Persia y crearon una escuela en Nisibe. El rey de Persia acogió de buen grado a los nestorianos, ofreciéndoles su protección. Veía en ellos, en efecto, enemigos del Imperio, de los que podía servirse llegado el caso. La Iglesia persa de los nestorianos o cristianos siriocaldeos, tenía a su frente un obispo denominado «*Catholicos*». Desde Persia, el cristianismo, en su forma nestoriana, pasó a otros países, se propagó por el Asia central y consiguió muchos prosélitos en la India.

Entre tanto, en la Iglesia bizantina —y en Alejandría sobre todo— había surgido, tras el concilio de Éfeso, una nueva corriente nacida y desarrollada por oposición al nestorianismo y en un sentido opuesto. Los partidarios de Cirilo de Alejandría, quien atribuía preponderancia a la naturaleza divina de Jesucristo, llegaron a la conclusión de que la naturaleza humana de Jesús desaparecía en su naturaleza divina, es decir, que Jesucristo no tenía más que una naturaleza divina. Tal doctrina recibió el nombre de «*monofisismo*» y sus partidarios fueron llamados monofisistas (del griego μόνος, solo, y φύσις, naturaleza). El monofisismo hizo muy grandes progresos bajo el patriarca de Alejandría, Dióscoro, y el archimandrita de

Constantinopla, Eutiques, monofisistas convencidos. El emperador aceptó la doctrina de Dióscoro, viendo en él al heredero de Cirilo de Alejandría. Pero el patriarca de Constantinopla y el Papa León I el Grande se opusieron a la nueva doctrina. A instancias de Dióscoro, el emperador, en 449, reunió en Éfeso un concilio que ha pasado a la historia con el nombre de «*Latrocinio de Éfeso*». El partido alejandrino de los monofisistas, con Dióscoro a su cabeza, presidiendo el concilio, hizo reconocer, empleando medios violentos contra los asistentes, la doctrina de Eutiques, es decir, el monofisismo. Ésta pasaba a ser la doctrina ortodoxa y sus adversarios quedaban condenados. El emperador ratificó las disposiciones del concilio y le reconoció la calidad de ecuménico. Semejante solución no podía devolver la paz a la Iglesia. Una muy grave crisis religiosa desgarraba, pues, el Imperio a la muerte de Teodosio II (450), quien dejaba a su hijo el cuidado de resolver el problema monofisista, tan importante para la historia posterior de Bizancio.

La época de Teodosio II no sólo es interesante por los turbulentos sucesos, tan grávidos de consecuencias, de la historia religiosa, sino también por otras características que se refieren a la vida interior del Imperio.

## La Escuela Superior de Constantinopla. El código de Teodosio. Las murallas de Constantinopla

La creación de la Escuela Superior de Constantinopla y la publicación del Código de Teodosio son dos episodios capitales en la historia de la civilización bizantina.

Hasta el siglo V, Atenas había sido el foco principal de la enseñanza de las ciencias paganas en el Imperio romano. Poseía una famosa escuela filosófica. Allí acudían de todas partes los sofistas, es decir, los profesores griegos de lógica, metafísica, y retórica, unos para demostrar sus conocimientos y su arte oratorios, otros con miras a conseguir una buena colocación como profesores. Estos profesores vivían en parte de la caja imperial y en parte del tesoro de diversas ciudades. En Atenas, además, las lecciones particulares y las conferencias estaban mejor remuneradas que en otros sitios.

El triunfo del cristianismo en el siglo IV dio un golpe considerable a la escuela de Atenas. Por ende, la vida espiritual de esta ciudad quedó trastornada a fines del mismo siglo por las invasiones visigóticas en Grecia. Después de partir los godos, la Escuela de Atenas se halló despoblada. Los filósofos eran menos numerosos. Finalmente, la escuela pagana de Atenas recibió un golpe aún más sensible con la creación por Teodosio II de la Escuela Superior cristiana, o Universidad de Constantinopla.

Desde que Constantinopla se había convertido en capital del Imperio, muchos retóricos y filósofos habían acudido a aquella capital, de manera que ya antes del reinado de Teodosio II existía de hecho una especie de Casa de Altos Estudios. Profesores y estudiantes eran invitados a encaminarse a Constantinopla, y afluían de África, de Siria y de otros lugares. San Jerónimo observaba en su Crónica (360-362): «Evancio, el más sabio de los gramáticos, murió en Constantinopla y para “*El Código de Teodosio*” substituirle

se hizo acudir de África a Carisio»[183]. Así, el historiador más reciente de la materia expresa la opinión de que bajo Teodosio la universidad no fue fundada, sino reorganizada[184].

En 425, Teodosio publicó un edicto disponiendo la creación de una Escuela superior. El número de profesores se fijaba en treinta y uno. Debían enseñar gramática, retórica, derecho y filosofía. La enseñanza debía darse parte en latín y parte en griego.

El edicto declaraba que habría tres retóricos («*oratores*») y diez gramáticos que enseñarían en latín, y cinco retóricos o sofistas («*sophistae*») y diez gramáticos que enseñarían en griego. Además, se preveía una cátedra de filosofía y otra de jurisprudencia. Aunque la lengua del Estado siguiese siendo la latina, la creación de cátedras en lengua griega indica claramente que el emperador empezaba a comprender los derechos indiscutibles de ese idioma en la capital. El griego era, en efecto, la lengua más corrientemente hablada y mejor comprendida en toda la «*pars orientalis*» del Imperio. Es interesante notar que el número de retóricos de lengua griega superaba en dos al de retóricos de lengua latina. La nueva universidad fue establecida en un edificio especial, dotado de vastas salas de conferencias. Los profesores no tenían el derecho de dar lecciones particulares, debiendo consagrar todo su tiempo y atención a la enseñanza en la universidad. Recibían un sueldo fijo, pagado por el Estado, y podían alcanzar situaciones muy elevadas. El nuevo foco de enseñanza cristiana de Constantinopla iba a revelarse como un rival muy peligroso para la Escuela pagana de Atenas, más en decadencia cada vez. Pronto la Escuela superior de Teodosio II fue el foco en torno al cual se agruparon las mejores fuerzas espirituales del Imperio.

También bajo Teodosio II se publicó el más antiguo compendio de constituciones imperiales que ha llegado hasta nosotros. Hacía mucho tiempo que se sentía la profunda necesidad de efectuar tal compilación. Numerosas constituciones no compiladas se habían perdido o caído en olvido, de donde salían un gran desorden en los asuntos públicos y muchas molestias para los jurisconsultos. Conocemos la existencia de dos compilaciones jurídicas de época anterior a Teodosio: el *Codex Gregorianus* y el *Codex Hermogenianus*, probablemente llamadas así por los nombres de sus autores, Gregorio y Hermógenes, a propósito de los cuales no sabemos nada. La primera de ellas data de la época de Diocleciano y probablemente contiene las disposiciones promulgadas desde Adriano a Diocleciano. La segunda, compuesta bajo sus sucesores en el siglo IV, comprende las constituciones promulgadas desde Adriano a Diocleciano. La segunda, compuesta bajo sus sucesores en el siglo IV, comprende las constituciones promulgadas desde fines del siglo III hasta las inmediaciones del año 360. Esas dos compilaciones no han llegado hasta nosotros y sólo las conocemos por fragmentos insignificantes que se han conservado. Teodosio II concibió la idea de publicar, sobre el modelo de las dos compilaciones precedentes, una compilación de las disposiciones promulgadas por los emperadores cristianos, desde Constantino a él mismo, ambos incluidos. Tras ocho años de trabajos, la comisión convocada por el emperador publicó el *Codex Theodosianus*, en lengua latina. Este código se publicó en Oriente el año 438, y a poco fue introducido también en Occidente. El Código de Teodosio se divide en dieciséis libros, divididos a su vez en cierto número de títulos («*tituli*»). Cada libro trata de una parte del gobierno: administración, asuntos militares, religiosos, etc. En cada título los decretos se clasifican por

orden cronológico. Las disposiciones publicadas después de la aparición del Código fueron llamadas «*Nuevas*» o «Novelas» (*«leges novellae*»).

El Código de Teodosio tiene gran importancia desde el punto de vista histórico. En primer lugar es la fuente más preciosa que poseemos para estudiar la historia interior de los siglos IV y V. Pero, como abraza igualmente el período en que el cristianismo se convirtió en religión de Estado, tal compilación de leyes puede considerarse también como un resumen de la obra de la nueva religión en la esfera jurídica y de las modificaciones que aportó a la práctica del derecho. Ese Código, así como las compilaciones precedentes, sirvieron de base a la legislación justiniana. En fin, el Código teodosiano, introducido en Occidente en la época de las invasiones germánicas, ejerció, con los dos códigos anteriores, las Novelas posteriores y algunos otros monumentos jurídicos de la Roma imperial (las instituciones de Cayo, por ejemplo), una gran influencia, directa e indirecta a la vez, sobre la legislación bárbara. La famosa «Ley romana de los visigodos» «*Lex Romana Visigothorum*», destinada a los súbditos romanos del reino visigótico, no es sino una abreviación del Código teodosiano y las otras fuentes que acabamos de mencionar. Por eso la «Ley romana de los visigodos» se denomina también «Breviario de Alarico» (*Breviarium Alaricianum*), del nombre del resumen publicado por el rey visigodo Alarico II a primeros del siglo VI. Este es un ejemplo de influencia directa ejercida sobre la legislación bárbara por el Código de Teodosio. Pero más grande aun fue la influencia indirecta que ejerció por intermedio del referido Código visigodo. En la Alta Edad Media, siempre que se alude a la Ley romana, es invariablemente la «*Ley romana de los visigodos*» y no el verdadero Código teodosiano lo que se cita. Durante todo

ese período, y hasta la época de Carlomagno incluso, la legislación de la Europa occidental fue influida por el Breviario de Alarico, que se convirtió en la principal fuente de derecho romano en Occidente. También la ley romana, en esta época, influye en la Europa occidental, y no a través del Código de Justiniano, que sólo se propagó en Occidente mucho más tarde, hacia el siglo XIII. Tal hecho ha sido a veces olvidado por los eruditos, y así hasta un historiador tan eminente como *Fustel de Coulanges* ha podido declarar: «la ciencia ha demostrado que las compilaciones legislativas de Justiniano estuvieron en vigor en Galia en la Alta Edad Media». Pero la influencia de aquel Código fue aún mayor, porque parece que el «Breviario» de Alarico desempeñó cierto papel incluso en la historia de Bulgaria. Tal es, al menos, la opinión del sabio croata Bogisic, cuyos argumentos han sido desarrollados y confirmados por el sabio búlgaro Bobtchev. A creer a estos dos historiadores, el *Breviario de Alarico* fue enviado por el Papa Nicolás I al rey búlgaro Boris, quien había expedido al Papa una delegación, el año 866, pidiéndole que mandase a Bulgaria las «leyes del mundo» (*Leges mundanae*). Contestando a esta petición, el Papa, en su «*Responsaad Consulta Bulgarorum*», envió a los búlgaros, según sus propios términos, «las venerables leyes de los romanos» (*venerandae Romanorum leges*), que los dos sabios antedichos consideran precisamente haber sido el Breviario de Alarico[185]. Claro que, aun de ser así realmente, no debemos exagerar la importancia de ese Código en la vida de los antiguos búlgaros, porque, muy pocos años después de tal suceso, Boris rompió con la Curia romana y se aproximó a Constantinopla. Pero el mero hecho de que el Papa enviase a Bulgaria el «*Breviarium*» basta para señalar el papel que éste desempeñaba en la vida europea del siglo IX. Todos estos ejemplos indican bastante la mucha

influencia y gran difusión del «*Codex Theodosianus*».

Entre los grandes acontecimientos de la época de Teodosio II, debemos indicar la construcción de las murallas de Constantinopla. Ya Constantino el Grande había rodeado la ciudad con un muro. Pero en la época de Teodosio II la población había rebasado con mucho aquel cinturón, Era indispensable proveer nuevas medidas para defender la capital contra los ataques de sus enemigos. La suerte de Roma, tomada por Alarico el 410, fue una seria advertencia para Constantinopla, que también se vio amenazada, en la primera mitad del siglo V, por los salvajes hunos.

Había entre quienes rodeaban a Teodosio hombres enérgicos y con talento bastante para resolver aquel difícil problema. Las murallas se construyeron en dos veces. Durante la primera infancia de Teodosio, Antemio, prefecto del pretorio, que era entonces regente, hizo construir (413) un muro flanqueado de numerosas torres, que iba del mar de Mármara al Cuerno de Oro. algo más al oeste que la muralla de Constantino. El nuevo muro de Antemio, que salvó a la capital de la ofensiva de Atila, existe aun hoy al norte del mar de Mármara, hasta las ruinas del palacio bizantino conocido con el nombre de Tekfur-Serai. Tras una violenta sacudida sísmica que destruyó la muralla, Constantino, prefecto del pretorio, la reparó, construyendo, además, ante ella, otro muro con numerosas torres, rodeado de un foso ancho y profundo, con agua. De modo que por el lado de tierra Constantinopla tenía una triple línea de fortificaciones: los dos muros, separados por una especie de plataforma, y el profundo foso que se abría al pie del muro exterior. Bajo la administración de Ciro, prefecto de la ciudad, se construyeron nuevas murallas, éstas al borde del mar. Las dos inscripciones, visibles hoy todavía en los muros, que se refieren a ese período, y que son una griega y

otra latina, mencionan la actividad constructiva de Teodosio. El nombre de Ciro está asociado también a la organización del alumbrado nocturno en las calles de la capital[186].

Teodosio II murió el año 450. A pesar de su debilidad y de su falta de capacidades de estadista, su largo reinado presenta un interés considerable para la evolución ulterior del Imperio, sobre todo desde el punto de vista de la historia de la civilización. Gracias a una juiciosa elección de sus altos funcionarios. Teodosio logró obtener resultados muy grandes. La Escuela Superior de Constantinopla y el Código de Teodosio quedan como monumentos imperecederos en la historia de la civilización del primer cuarto del siglo V. Los muros elevados en aquel período hicieron inexpugnable a Constantinopla durante varios siglos. N. H. Baynes escribe: «En cierto sentido, los muros de Constantinopla fueron para Oriente los cañones y la pólvora que faltaron a Occidente y por cuya falta el Imperio cayó»[187].

## Marciano (450-457) y León (457-474). Aspar. El cuarto concilio ecuménico

Teodosio murió sin dejar descendencia. Su hermana Pulquería, aunque ya entrada en años, consistió en casar con el tracio Marciano, que fue proclamado emperador. Marciano era un soldado capaz, pero modesto. Sólo se le elevó al trono a instancias de Aspar, un jefe militar alano de origen y cuya influencia era grande.

El problema godo, que a fines del siglo IV y principios del

v llegó a ser realmente peligroso para el Estado, se había resuelto, como vimos, en favor del gobierno, en tiempos de Arcadio. Sin embargo, el elemento gótico del ejercita bizantino seguía ejerciendo cierta influencia en el Imperio, aunque en una escala bastante reducida. A mediados del siglo V, el bárbaro Aspar, apoyado por los godos, hizo un esfuerzo para resucitar la antigua supremacía de éstos. Por algún tiempo lo logró. Dos emperadores, Marciano y León I, fueron elevados al poder merced a los trabajos de Aspar, a quien sólo sus tendencias arrianas impedían llegar en persona al trono. La capital empezó a expresar descontento contra Aspar, contra su familia y, en general, contra la influencia bárbara en el ejército. Dos hechos acrecieron la tensión existente entre los godos y los moradores de la capital. La expedición marítima organizada contra los vándalos del África del Norte —quienes, según la Vida de San Daniel el Estilita, querían apoderarse de Alejandría— fracasó por completo, no sin implicar grandes gastos y dificultades a León I, que la dirigió. La población acusó de traición a Aspar, que se había opuesto a la expedición contra los vándalos, germanos de igual origen que los godos[188]. Aspar obligó a León a conferir el rango de cesar a uno de sus hijos, es decir, a darle la más alta dignidad del Imperio. El emperador decidió librarse de la influencia germánica. Lo consiguió con ayuda de los belicosos isáuricos, en aquel momento acantonados en gran número en la capital. Aspar fue muerto con parte de su familia, y ello asestó el golpe de gracia a la influencia germánica en la corte de Constantinopla. A causa de esta matanza se dio a León I el nombre de «*Makelles*» (Matarife). F. I. Uspensky ve en semejante suceso una etapa trascendental en el sentido de la nacionalización del ejército y del debilitamiento de la preponderancia bárbara entre las tropas, y concluye que ello

bastaría para justificar el apelativo de «Grande» que se da a veces a León[189].

Al principio del reinado de Marciano, los hunos, tras haber sido una amenaza tan terrible para el Imperio, se trasladaron de la región del Danubio central hacia el occidente de Europa, donde después, en Galia, se libró la famosa acción de los Campos Catañáunicos. A poco, Atila murió y su enorme Imperio disgregóse. Así desapareció para Bizancio el peligro huno en los últimos años del reinado de Marciano.

Éste había heredado de su predecesor una situación religiosa muy difícil. Los monofisitas triunfaban. El emperador, partidario de los dos primeros concilios ecuménicos, no podía admitir ese triunfo. En 451 convocó un cuarto concilio ecuménico en Calcedonia. Este concilio tuvo importancia capital para toda la historia ulterior. Asistieron un número grande de eclesiásticos. El Papa se hizo representar por legados.

El concilio condenó las disposiciones del «*Latrocinio de Éfeso*» y depuso a Dióscoro. Luego elaboró una nueva fórmula religiosa que rechazaba por completo la doctrina de los monofisistas y concordaba en pleno con las opiniones del Papa de Roma. El concilio reconocía «un Cristo único en dos naturalezas, sin confusión ni alteración, división o separación». Los dogmas aprobados por el concilio de Calcedonia confirmaban solemnemente las principales definiciones de los dos primeros concilios ecuménicos, que se convirtieron así en base de la enseñanza religiosa de la Iglesia ortodoxa.

Las decisiones del concilio de Calcedonia fueron también de gran importancia política para la historia de Bizancio. El gobierno bizantino, oponiéndose abiertamente al

monofisismo en el siglo V, se enajenó las provincias orientales de Siria y Egipto, donde la mayoría de la población era monofisista. Los monofisistas persistieron siendo fieles a sus doctrinas religiosas, incluso después de las decisiones del 451, y rehusaron todo compromiso. La Iglesia egipcia abolió el uso del griego en sus Oficios y los celebró desde entonces en lengua indígena (*copta*). Estallaron turbulencias religiosas en Jerusalén, Alejandría y Antioquía, como consecuencia, de la aplicación forzada de las decisiones del concilio, promoviéndose graves sediciones populares que revistieron carácter nacional y exigieron para ser reprimidas, no sin efusión de sangre, el concurso de las autoridades militares y civiles. La represión no resolvió tampoco el problema. Tras los conflictos religiosos, más agudos cada vez, comenzaban a manifestarse los disentimientos nacionales, sobre todo en Siria y Egipto. Gradualmente, las poblaciones indígenas de Egipto y Siria concibieron y desearon la idea de separarse de Bizancio. Los disturbios religiosos de las provincias orientales y la composición de los moradores de esos países crearon las condiciones que, en el siglo VII, facilitaron el paso de aquellas ricas y civilizadas comarcas primero a manos de los persas y luego de los árabes.

Debe notarse también la importancia del canon 28.º del concilio de Calcedonia, que provocó un activo cambio de correspondencia entre el emperador y el Papa. Aquel canon no fue reconocido por el Papa, pero sí fue generalmente aceptado en Oriente. Tratábase del rango del patriarca de Constantinopla respecto al Papa de Roma, cuestión ya resuelta por el canon 3.º del segundo concilio ecuménico. El canon 28.º del concilio de Calcedonia confirmaba la decisión del concilio precedente, y daba «privilegios iguales al muy santo trono de la Nueva Roma, estimando con razón que la

ciudad que se honra con la presencia del Gobierno imperial y del Senado y goza de privilegios iguales a los de la antigua Roma imperial, debe, en materia eclesiástica, ser igualmente exaltada y tener rango inmediatamente después de ella»[190]. Además, el mismo canon concedía al arzobispo de Constantinopla el derecho de dar la investidura a los obispos de las provincias del Ponto, de Asia y de Tracia, habitadas por pueblos de tribus diversas. «Baste recordar —escribe F. I. Uspensky— que esos tres nombres abarcaban todas las misiones cristianas del Oriente, de la Rusia meridional y de la Península Balcánica, y todas las adquisiciones del clero oriental en las regiones. Tal fue, al menos, la opinión de los canonistas griegos posteriores, que defendieron los derechos del patriarca de Constantinopla[191]. Esta es, en pocas palabras, la importancia histórica, de un alcance Universal, del canon 28.º»[192]. Por este breve resumen se aprecia que Marciano y León I fueron emperadores de espíritu estrictamente ortodoxo.

## Zenón (474-491). Los isáuricos. Odoacro y Teodorico el Ostrogodo. El Henótico

A la muerte de León I (474). le sucedió su nieto León, niño de seis años. León II murió el mismo año que su abuelo, después de haberse asociado al Imperio a su padre, Zenón (474-491). Bajo éste, a la antigua influencia germánica substituyó en la corte otra nueva influencia bárbara, la de

los isáuricos, raza salvaje a la que pertenecía el emperador por su origen. Los isáuricos ocupaban los mejores puestos y las dignidades más elevadas de la capital. Pero pronto advirtió Zenón que entre sus propios compatriotas había conjuraciones contra él, y, dando muestras de gran decisión, ahogó la revuelta en las montañas de la misma Isauria, donde hizo demoler la mayoría de las fortalezas. Sin embargo, la influencia isáurica en el Imperio persistió hasta la muerte de Zenón.

La época de Zenón fue señalada en Italia por graves acontecimientos. En la segunda mitad del siglo V, la influencia de los jefes de las compañías germánicas había crecido mucho. Llegó el momento en que pudieron hacer y deshacer a su albedrío emperadores de Occidente. En 476, uno de esos jefes bárbaros, Odoacro (Odovacar), derribó al último emperador de Occidente, el joven Rómulo Augústulo, y se apoderó del trono de Italia. No obstante, quiso legitimar su nombramiento y, en nombre del Senado romano, envió una embajada a Zenón, asegurándole que Italia no necesitaba un monarca distinto y que su emperador debía ser Zenón. Al mismo tiempo, Odoacro pedía a Zenón eme le confiriese la dignidad de patricio romano, dándole, por delegación, el gobierno de Italia. La petición fue otorgada y Odoacro se convirtió en legítimo señor de Italia. Hasta hace cierto tiempo, se ha considerado el año 476 como el de la caída del Imperio romano de Occidente, pero esto es falso, porque en el siglo v no existía aún un Imperio romano de Occidente diferente al de Oriente. Había habido, como antes, un Imperio romano gobernado por dos emperadores, uno en la zona occidental y otro en la oriental. En el año 476 hallamos que sólo hubo un emperador: Zenón, el de la «pars orientalis».

Odoacro, dueño de Italia, se conducía de una manera cada vez más independiente. Zenón no lo ignoraba. Pero no le pareció oportuno marchar contra él en persona a la cabeza de sus tropas y decidió castigarle por medio de los ostrogodos. Éstos, a partir de la disgregación del Imperio de Atila, vivían en Panonia, desde donde, conducidos por su rey Teodorico, ejecutaban incursiones devastadoras en la Península Balcánica, amenazando la misma capital del Imperio. Zenón logró desviar la atención de Teodorico hacia las ricas provincias de Italia. Así daba dos golpes con una piedra, desembarazándose de sus peligrosos enemigos del norte y resolviendo, con ayuda de una fuerza extranjera, las dificultades suscitadas por el indeseable gobernador de Italia. En cualquier caso, Teodorico era menos peligroso en Italia que en los Balcanes.

Teodorico marchó sobre Italia, batió a Odoacro, se apoderó de Ravena, principal plaza fuerte del vencido, y, a la muerte de Zenón, fundó en la Península Itálica un reino ostrogodo con capital en la misma Ravena. La Península Balcánica se había desembarazado definitivamente de los ostrogodos.

El principal problema interior durante el reinado de Zenón fue el religioso, que siguió provocando trastornos en todo el Imperio, a causa de las diversas corrientes nacidas en la Iglesia. Egipto, Siria, parte de Palestina y del Asia Menor, seguían firmemente adeptas del monofisismo. La rigurosa política ortodoxa de los dos predecesores de Zenón no había sido aprobada en las provincias orientales. Los jefes de la Iglesia se daban perfecta cuenta de la gravedad de la situación, y el patriarca de Constantinopla, Acacio —que al principio alabara las decisiones del concilio de Calcedonia—, así como el patriarca de Alejandría, Pedro Mongo, sentíanse muy deseosos de hallar una salida conciliadora a una

situación tan difícil. Propusieron, pues, a Zenón hacer un esfuerzo para reconciliar a los adversarios mediante *concesiones recíprocas*. Zenón, aceptando la propuesta, publicó el 482 el edicto de unión o Henótico (ἑνωτικον), que fue dirigido a las iglesias de la jurisdicción del patriarca de Alejandría. El fin principal del edicto era no ofender a los ortodoxos ni a los monofisistas sobre la cuestión de la unión en Jesucristo de las dos naturalezas, divina y humana. El Henótico reconocía como imprescriptibles los principios religiosos desarrollados en los dos primeros concilios ecuménicos y confirmados en el tercero; anatematizaba a Nestorio y Eutiques y a sus partidarios, y declaraba que Jesucristo era «de la misma naturaleza que el Padre en su naturaleza divina y también de la misma naturaleza que nosotros en su naturaleza humana», pero a la vez evitaba emplear las expresiones «una naturaleza» o «dos naturalezas» y pasaba en silencio la declaración del concilio de Calcedonia respecto a la unión de las dos naturalezas en el Cristo. El concilio de Calcedonia sólo era mencionado una vez y en estos términos: «Y aquí anatematizamos a todos aquellos que han sostenido, ahora o en otro momento, en Calcedonia o todo otro sínodo, toda otra opinión diferente»[193].

El Henótico parecía en principio tender a una unión con los disidentes pero al cabo no satisfizo ni a los ortodoxos ni a los monofisistas[194]. Los primeros no podían aceptar las concesiones hechas a los monofisistas y los otros consideraban éstas como insuficientes, dado lo impreciso de las expresiones del Henótico. Con ello, el Henótico aportó nuevas complicaciones a la vida religiosa de Bizancio, aumentando el número de las sectas. Parte del clero hizo suya la idea reconciliatoria, y mantuvo el edicto de unión, mientras los extremistas del lado ortodoxo y los del

monofisista se negaban a todo compromiso. Los ortodoxos intransigentes fueron llamados «*Akoimetoi*», o «Veladores». En efecto, en sus conventos se celebraban Oficios de manera ininterrumpida, de modo que ellos habían tenido que distribuirse en tres «equipos». Los monofisistas extremistas fueron llamados «*Akephaloi*» o «Sin Cabeza», puesto que no reconocían la autoridad del patriarca de Alejandría, que había aceptado el Henótico. El Papa de Roma protestó también contra el Henótico. El mismo Papa examinó con detenimiento los males que afligían al clero oriental, descontento del edicto; luego estudió el edicto de unión en sí mismo y decidió excomulgar y anatematizar al patriarca de Constantinopla, Acacio, en un concilio reunido en Roma. Acacio replicó dejando de nombrar al Papa en sus oraciones. Éste fue, hablando en puridad, el primer cisma real entre las Iglesias de Occidente y Oriente, y se prolongó hasta 518, fecha de la exaltación de Justino I. Así, la escisión política de las partes oriental y occidental del Imperio, ya acusada en el siglo V con la fundación de los reinos bárbaros de Occidente, se agravó más en el reinado de Zenón a causa del cisma religioso[195].

## Anastasio I (491-518)

## La guerra Pérsica. Las incursiones búlgaras y eslavas. Las relaciones con occidente

A la muerte de Zenón, su viuda, Ariadna, fijó su elección en un hombre de bastante edad (61 años), llamado Anastasio, originario de *Dyrrachium* y que ejercía en la Corte el empleo harto humilde de silenciario. (Llamábase «*silentiarius*» a los ujieres que permanecían en las puertas durante las reuniones del Consejo imperial o las audiencias del emperador). Anastasio no fue coronado emperador sino después de firmar una declaración donde se comprometía a no introducir novedad alguna en la Iglesia. El patriarca de Constantinopla, partidario convencido del concilio de Calcedonia, insistió en obtener esta garantía.

El primer problema que Anastasio hubo de resolver fue el de los isáuricos, que habían adquirido bajo Zenón tanto poder. Su situación privilegiada irritaba a los moradores de la capital. Al descubrirse que, a la muerte de Zenón, habían organizado una conjura contra el nuevo emperador, Anastasio resolvió a obrar y lo hizo con celeridad. Les quitó los cargos importantes que ocupaban, les confiscó sus bienes y los arrojó de la capital. Esta medida fue seguida de una lucha extremamente larga y difícil y sólo tras seis años de combates fueron los isáuricos sometidos por completo en su país de origen A muchos de ellos se les deportó a Tracia. Anastasio rindió al Imperio un gran servicio al resolver por completo la cuestión isáurica.

Entre los hechos de la historia exterior son de notar, de una parte, la larga e infructuosa guerra contra Persia, y de otra, los sucesos de la frontera danubiana, que debían tener consecuencias muy graves para la historia ulterior. Después de la partida de los ostrogodos hacia Italia, la frontera del

norte sufrió, durante el reinado de Anastasio, incursiones devastadoras de los búlgaros, los getas y los escitas.

Los búlgaros, que invadieron las fronteras bizantinas en el siglo V, eran, como vimos, un pueblo de origen húnico (turco). Su nombre aparece por primera vez en la Península Balcánica durante el reinado de Zenón, en conexión con las emigraciones ostrogóticas al norte del Imperio bizantino.

En cuanto a los nombres, asaz poco precisos, de getas y escitas, ha de recordarse que los cronistas de la época no estaban bien informados sobre la composición etnográfica de los pueblos del norte, por lo cual es probable que esos términos se aplicaran a agrupaciones heterogéneas. Los historiadores consideran verosímil que ciertas tribus eslavas entren en tal apelativo.

Teofilacto, escritor bizantino del siglo VII[196] llega a identificar por completo a los getas con los eslavos. Así, durante el reinado de Anastasio los eslavos inician sus incursiones en los Balcanes, a la vez que los búlgaros. Según un historiador, «jinetes géticos» devastaron Macedonia, Tesalia, el Epiro y llegaron hasta las Termópolis[197]. Ciertos sabios opinan que los eslavos penetraron en la Península Balcánica en un período más remoto. El sabio ruso Drinov, por ejemplo, apoyándose en el estudio de los nombres geográficos y de personas en la Península, coloca los principios de la colonización eslava en la zona de los Balcanes a fines del siglo II de J. C. Hoy esta teoría ha sido abandonada[198].

Las invasiones de búlgaros y eslavos bajo Anastasio no tenían importancia grande: aquellas bandas de bárbaros volvían a sus lugares de procedencia después de haberse entregado al pillaje entre la población bizantina. Pero semejantes incursiones fueron precursoras de las grandes

invasiones eslavas que hubo en los Balcanes en el siglo VI, bajo el reinado de Justiniano.

A fin de proteger la capital contra los bárbaros nórdicos, Anastasio hizo construir en Tracia, cuarenta kilómetros al oeste de Constantinopla, la «*Muralla Larga*», que iba del mar de Mármara al mar Negro, «haciendo —dice una fuente — de la ciudad una isla en vez de una península»[199]. Pero aquel muro no justificó las esperanzas que se habían fundado en él, porque en virtud de su edificación acelerada y de las brechas que en él abrieron los temblores de tierra, no constituyó un obstáculo serio ni impidió a los enemigos acercarse a la capital. Las modernas fortificaciones turcas de Chataldya, elevadas casi en el mismo lugar, son en cierto modo una reedición de la obra de Anastasio, de la que aun hoy existen algunos vestigios.

En la Europa occidental estaban en vías de producirse nuevos e importantes cambios. Teodorico se había hecho rey de Italia. En el lejano noroeste, Clodoveo había fundado un reino franco antes de que Anastasio ascendiese al trono. Aquellos dos reinos estaban establecidos en territorios pertenecientes al emperador romano, que era, de hecho, bizantino. En rigor, no cabía hablar de una dependencia verdadera del lejano reino franco a Constantinopla, pero, ante los ojos de los pueblos sometidos, el poder de los conquistadores debía, para ser legitimado, recibir una confirmación oficial en las orillas del Bósforo. Así, cuando los godos proclamaron rey de Italia a Teodorico, «sin esperar —dice un cronista contemporáneo— las instrucciones del nuevo príncipe»[200], es decir, de Anastasio, Teodorico pidió a este último que le enviase las insignias del poder imperial, devueltas antes a Zenón por Odoacro.

Tras largas negociaciones y previo el envío de varias

embajadas a Constantinopla, Anastasio reconoció a Teodorico como soberano de Italia, y el godo se hizo así monarca legítimo a los ojos del pueblo[201]. Pero los sentimientos arríanos de los godos impedían un acercamiento más íntimo entre ellos y los representantes populares de Italia.

A Clodoveo, rey de los francos, Anastasio le envió un diploma confiriéndole el título de cónsul. Clodoveo lo recibió con gratitud[202]. No era, por supuesto, más que un consulado honorífico, que no implicaba el ejercicio de las funciones inherentes a aquel grado. Pero para Clodoveo tenía, con todo, una gran importancia. La población romana de la Galia consideraba al emperador de Oriente como la encarnación del poder supremo, y único que podía dispensar todos los demás poderes. El diploma de Anastasio demostró a la población gala la legitimidad del poder que Clodoveo ejercía sobre ella. Clodoveo pasaba a ser una especie de virrey de Galia, que teóricamente pertenecía al Imperio romano. Estas relaciones del emperador bizantino con los reinos germánicos demuestran que a fines del siglo V y principios del VI la idea de un Imperio único era muy fuerte todavía.

## La política religiosa de Anastasio. Reformas interiores

A pesar de la promesa hecha al patriarca de Constantinopla de no introducir innovación alguna en la

Iglesia, Anastasio, en su política religiosa, empezó por favorecer al monofisismo y a poco se alineó abiertamente al lado de los monofisistas. Esta actitud fue acogida con alegría por Egipto y Siria, donde el monofisismo estaba muy extendido. Pero en la capital las simpatías monofisistas del emperador suscitaron gran conmoción, y cuando Anastasio ordenó que, a ejemplo de Antioquía, se cantase el Trisagio («*Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos*»), añadiendo las palabras «*que fue crucificado por nosotros*», es decir, «*Dios Santo, Santa y única Potencia, Santa y única Divinidad inmortal, crucificado por nosotros, ten piedad de nosotros*», se produjeron en Constantinopla graves desórdenes. «Acusado de monofisismo, y bajo la amenaza de ser destronado, el emperador hubo de excusarse en el circo»[203].

Una de las consecuencias de la política religiosa de Anastasio fue el levantamiento de Vitaliano, en Tracia. Al frente de un ejército inmenso, compuesto de hunos, búlgaros y acaso eslavos, y apoyado por una flota considerable, Vitaliano marchó sobre la capital. Su fin, esencialmente político, consistía en deponer al emperador; pero declaró a todos que se alzaba para defender a la oprimida Iglesia ortodoxa. Tras lucha larga y cruenta, la rebelión fue aplastada. Este levantamiento no tuvo una importancia mínima en la historia de Bizancio. Según Uspensky, «al conducir por tres veces bajo los muros de Constantinopla su heterogéneo ejército, y al obtener del gobierno enormes sumas de dinero, Vitaliano reveló a los bárbaros la debilidad del Imperio y las grandes riquezas de Constantinopla, y los habituó a movimientos combinados por tierra y mar»[204].

La política interior de Anastasio, aún no estudiada y apreciada lo suficiente en las obras históricas, está señalada por una actividad intensa que se fijó en los problemas más importantes de la vida económica y financiera del Imperio.

Una de sus más importantes reformas financieras consistió en la abolición del odiado «*crisargirio*». Este impuesto, pagado en oro o plata, se llamaba en latín «*lustralis collatio*», o, con nombre más completo, «*lustralis auri argentive collatio*». Desde principios del siglo IV alcanzaba a todos los oficios y profesiones del Imperio, sin exceptuar los sirvientes, los mendigos, las prostitutas, etc. Es posible que incluso afectase los instrumentos de trabajo y el ganado doméstico de las mujeres; caballos, mulos, asnos, perros… Las clases pobres eran las más castigadas por aquel impuesto. Oficialmente debía cobrarse cada tres años, pero de hecho la administración le daba un carácter arbitrario e irregular. Las frecuentes exacciones desesperaban a veces a la población[205]. Anastasio, sin considerar los grandes ingresos que el fisco obtenía con aquel impuesto, lo suprimió en definitiva y quemó públicamente todos los documentos relativos a él.

La gente acogió con júbilo tal abolición. Un historiador del siglo VI dice que para describir la grandeza del favor imperial«haría falta la elocuencia de Tucídides e incluso un estilo aun más grave y bello»[206]. Una fuente siríaca del siglo VI describe en estos términos la alegría que acompañó a la promulgación del edicto en la ciudad de Edesa: «La ciudad entera se regocijaba; todos, pequeños y grandes, se habían puesto vestidos blancos; se llevaban antorchas encendidas e incensarios llenos de incienso humeante; se iba, entonando salmos e himnos de gracias al Señor y loando al emperador, a la iglesia de San Sergio y San Simón, donde se comulgó. Luego se volvió a la ciudad y durante toda la semana se celebró una alegre fiesta, y se decidió que esta fiesta se celebrara todos los años. Todos los artesanos descansaban y manifestaban su júbilo, se bañaban y festejaban en el patio

de la iglesia grande y en todos los pórticos de la ciudad».

El producto del impuesto abolido ascendía en Edesa a 140 libras de oro cada cuatro años[207].

La abolición satisfizo sobre todo a la Iglesia, porque aquel impuesto, al gravitar sobre los ingresos de las prostitutas, sancionaba legalmente el vicio[208].

Naturalmente, la supresión de tal tasa privó al Tesoro de una renta considerable, pérdida compensada en breve con la creación de un nuevo impuesto, la «*crisotelia*» (χρυστέλεια), «impuesto-oro», o impuesto en metálico en vez de en especies. Probablemente fue una contribución territorial cuyos ingresos destino Anastasio al sostenimiento del ejército y que gravitó también pesadamente sobre las clases pobres. De suerte que la reforma financiera consistió antes en un reparto más regular de la carga de los impuestos que en una desgravación[209]. La reforma financiera más importante quizá de las aplicadas por Anastasio, fue la abolición —hecha a propuesta de su hombre de confianza, el sirio Marino, prefecto del Pretorio— del sistema según el cual las corporaciones de las ciudades («*curiae*») eran responsables de la recaudación de los impuestos, que gravaban las municipalidades. Anastasio confió esa tarea a funcionarios llamados «*Vindices*», probablemente designados por el prefecto del Pretorio. El nuevo sistema de recaudación acreció considerablemente las rentas imperiales, pero fue modificado por los sucesores de Anastasio.

El problema de las tierras incultas parece haber sido bajo Anastasio más angustioso que nunca. Durante su reinado, toda la carga de los impuestos suplementarios, tanto los correspondientes a los contribuyentes imposibilitados de pagar como los adscribibles a las tierras improductivas, recaía sobre los propietarios rurales, que de este modo

pasaban a ser responsables del total de las contribuciones devengadas al Fisco. Esos impuestos suplementarios, llamados en griego *epibolé* (επιβολή), es decir, «el suplemento», la «supertasa», eran una institución muy antigua, que se remontaba a la época ptolemaica. Estaban llamados a ser percibidos con particular rigor bajo Justiniano el Grande[210].

Hay un edicto de Anastasio que ofrece particular interés para la historia del colonato: el que declara que un labrantín libre que hubiese vivido treinta años en el mismo lugar se convertía en colono, o sea, en hombre afecto a la gleba, sin por eso perder su libertad personal ni su derecho de poseer.

La época de Anastasio estuvo señalada también por una trascendental reforma monetaria. El 498 se creo la gran «*follis*» de bronce, con sus subdivisiones. La nueva moneda fue bien acogida, sobre todo entre los ciudadanos pobres, porque la moneda de cobre en circulación, además de haberse hecho escasa, era de mala ley y no llevaba indicado su valor. Las nuevas piezas se acuñaron en las tres fábricas que bajo Anastasio funcionaban en Constantinopla, Antioquía y Nicomedia. La moneda de bronce creada por Anastasio persistió siendo la moneda imperial típica hasta mediados del siglo VII (época de Constantino IV)[211].

Entre las reformas humanitarias de Anastasio debe incluirse su edicto prohibiendo los combates entre hombres y fieras en los circos.

Aunque Anastasio concediese a menudo exenciones de impuestos a muchas provincias y ciudades, especialmente en el Oriente devastado por la guerra pérsica; aunque, por otra parte, realizara un importante programa de construcciones, como *la Muralla Larga*, el acueducto, el faro de Alejandría, etc., el gobierno, a fines del reinado de Anastasio, disponía

de reservas en metálico bastante considerables. El historiador Procopio, quizá con alguna exageración, las computa en 320 000 libras de oro (unos dos mil millones de pesetas oro)[212]. La economía de Anastasio desempeñó importante papel en la múltiple actividad de su segundo sucesor, Justiniano, el Grande. La época de Anastasio sirvió de brillante introducción a la de Justiniano.

# Conclusión general

El principal interés de la época que empieza con Arcadio y termina con Anastasio (395-518), reside en las cuestiones nacionales y religiosas que se plantean entonces y en los sucesos políticos que se desarrollan en ese período, siempre en íntima ligazón con los procesos religiosos. La tiranía que los germanos —o, más exactamente los godos— implantaron en la capital, amenazó al fin del siglo IV al Estado entero y se complicó, además, con las tendencias arrianas de los godos. La amenaza cesó de existir al comienzo del siglo V, bajo Arcadio, y fue aniquilada por completo, tras una postrera rebelión ya mucho menos grave, a mediados del siglo V y bajo León I. A fines del mismo siglo se levantó al norte del Imperio la amenaza de los ostrogodos, pero gracias a Zenón se volvió hacia Italia. Así, el problema germánico se resolvió, en la parte oriental del Imperio, a favor del gobierno.

La «*pars orientalis*» logró solucionar también, en la segunda mitad del siglo V, otro problema nacional, menos angustioso en verdad: el de la preponderancia isáurica.

Respecto a las incursiones de los pueblos septentrionales —búlgaros y eslavos— conviene recordar que, en la época que estudiamos, esos pueblos no hacían más que comenzar sus invasiones de las fronteras imperiales, y no cabía predecir el importante papel que los eslavos, y más tarde los búlgaros, llegarían a desempeñar en la historia bizantina. El período de Anastasio no debe ser mirado en ese sentido, sino como una introducción a la penetración de los eslavos en la Península Balcánica.

El problema religioso reveló en esa época dos aspectos sucesivos: uno, ortodoxo, antes de Zenón; otro, monofisista, bajo Zenón y Anastasio. La actitud de Zenón, favorable a la doctrina monofisista, y las simpatías declaradas de Anastasio por el monofisismo, deben ser examinadas desde un punto de vista a la vez religioso y político. A fines del siglo V, la parte occidental del Imperio, a pesar de su unidad teóricamente reconocida, se había desgajado de Constantinopla. En Galia, en España, en África del Norte, se habían formado reinos bárbaros nuevos. En Italia gobernaban jefes germánicos. A fines del siglo V se fundó allí un estado ostrogodo. Tal situación explica que las provincias orientales —Egipto, Palestina, Siria— pasasen a tener una importancia esencial para la «*pars orientalis*» del Imperio. El gran mérito de Zenón y de Anastasio consiste en que advirtieron el sentido en que se trasladaba el centro de gravedad de su Imperio y procuraron, dándose cuenta de la importancia vital que tenían para el Imperio las provincias orientales, estrechar los vínculos de éstas con la capital.

Como esas provincias, Egipto y Siria sobre todo, habían, en su mayor parte, abrazado al monofisismo, sólo se abría un camino para el gobierno del Imperio: hacer la paz a toda costa con los monofisistas. Esto explica la imprecisión y la

obscuridad consciente del Henótico de Zenón, primer paso en la ruta de la reconciliación con los monofisitas. No dando ese ensayo el resultado perseguido, Anastasio decidió seguir una política monofisita franca. Aquellos dos emperadores fueron políticos más clarividentes que *los basileis* de la época sucesiva. Pero tal tendencia monofisista chocó con la ortodoxia reinante en la capital, en la Península de los Balcanes, en la mayor parte del Asia Menor, en las islas y en ciertos lugares de Palestina. La ortodoxia fue igualmente defendida por el Papa, quien, a raíz del Henótico, rompió sus relaciones con Constantinopla. La política y la religión entraban en pugna y ello explica las turbulencias internas, de la época de Anastasio. Éste, mientras vivió, no pudo restablecer la deseada paz y concordia en el Imperio. Sus sucesores habían de arrastrar al Estado por vías muy diferentes. Pero el espíritu de separatismo de las provincias orientales empezaba a manifestarse ya.

Así, pues, hubo conflictos harto violentos, suscitados por las diversas nacionalidades, cada una de las cuales obedecía a móviles muy diferentes. Los germanos y los isáuricos se esforzaban en obtener la supremacía política; los coptos egipcios y la población siria buscaban el triunfo de sus conceptos religiosos.

## Literatura, ciencia, educación y arte desde Constantino el Grande hasta Justiniano

El desarrollo de la literatura, la ciencia y la educación en el período comprendido entre el siglo IV y el principio del VI, está estrechamente ligado a las relaciones que se establecieron entre el mundo cristiano y el antiguo mundo pagano y su civilización. Las discusiones de los apologistas cristianos de los siglos II y ni acerca de si estaba permitido a un cristiano servirse de una herencia pagana, no habían conducido a una conclusión neta. Mientras algunos hallaban cierto mérito a la cultura griega y la juzgaban conciliable con el cristianismo, otros, al contrario, declaraban que la antigüedad pagana no tenía sentido para los cristianos y la repudiaban. Diferente actitud prevaleció en Alejandría, antiguo foco de ardientes controversias filosóficas y religiosas, donde las discusiones sobre la compatibilidad del antiguo paganismo con el cristianismo disminuyeron el rigor del contraste que existía entre aquellos dos elementos, irreconciliables en apariencia. Así, hallamos en la obra de Clemente de Alejandría, el famoso escritor del siglo II, la proposición siguiente: «*La filosofía, como guía, prepara a los que son llamados por el Cristo a la perfección*»[213]. Empero, el problema de las relaciones entre la cultura pagana y el cristianismo no había sido en modo alguno resuelto por las discusiones de los tres primeros siglos de la era cristiana.

Mas la vida hizo su obra y la sociedad pagana se convirtió progresivamente al cristianismo, que así recibió un impulso nuevo, particularmente enérgico en el siglo IV, momento en que fue reforzado de una parte por la protección del gobierno y de otra por las numerosas «*herejías*», que suscitaron controversias, provocaron discusiones apasionadas y dieron nacimiento a una serie de cuestiones nuevas e importantes. El cristianismo absorbía poco a poco muchos elementos de la civilización pagana,

porque, con palabras de Krumbacher, «los cristianos adquirieron, sin duda, hábitos paganos»[214].

La literatura cristiana se enriqueció en los siglos IV y V con obras de muy grandes escritores, tanto en el dominio de la prosa como en el de la poesía. A la vez, las tradiciones paganas eran continuadas y desarrolladas por representantes del pensamiento pagano.

En el marco del Imperio romano, dentro de las fronteras que subsistieron hasta las conquistas persas y árabes del siglo VII, el Oriente cristiano de los siglos IV y V poseyó numerosos e ilustres focos de literatura, cuyos escritores más representativos ejercían gran influencia en comarcas muy alejadas de la suya natal. Capadocia, en Asia Menor, tuvo en el siglo IV los tres famosos «capadocios», a saber: Basilio el Grande, Gregorio el Teólogo y Gregorio de Nisa.

En Siria, los focos intelectuales más importantes en la historia de la civilización, fueron las ciudades de Antioquía y Berytus (Beirut) en el litoral. Esta última fue particularmente célebre por sus estudios jurídicos, desde los aledaños del 200 hasta el 551 de J. C.[215] En Palestina, Jerusalén no se bahía repuesto aun en aquella época de la ruina total sufrida bajo Tito, y por tanto, no ejerció gran papel en la vida intelectual de los siglos IV y V. Pero Cesárea, y más tarde Gaza, en la Palestina meridional, con su próspera escuela de retóricos y famosos poetas, contribuyeron mucho a aumentar los tesoros científicos y literarios de aquel período. La urbe griega de Alejandría fue, sobre todas esas ciudades, el foco que desarrolló influencia más vasta y profunda en todo el Oriente asiático.

La ciudad nueva de Constantinopla, destinada a un brillante futuro y cuyo empuje debía manifestarse en la época de Justiniano, sólo comenzó a dar señales de actividad

literaria en este período. La protección oficial de la lengua latina, algo apartada de la vida corriente, se acusaba muy en especial allí.

Otros dos focos espirituales de la parte oriental del Imperio tuvieron alguna importancia en el desenvolvimiento general de la civilización y literatura de la época: Tesalónica y Atenas, cuya Academia pagana fue eclipsada a poco por su triunfante rival, la Universidad de Constantinopla. Si se compara el desarrollo de la civilización en las provincias orientales y en las occidentales del Imperio bizantino, se puede hacer la siguiente interesante observación: en Grecia, de muy antigua población, la actividad espiritual y la potencia creadora eran infinitamente reducidas en comparación a las provincias asiáticas y africanas. Sin embargo, la mayor parte de esas provincias, según Krumbacher, no habían sido «*descubiertas*» y colonizadas sino desde la época de Alejandro Magno. El mismo sabio, recurriendo a «nuestro lenguaje favorito moderno, el de los números», afirma que el grupo europeo de las provincias bizantinas no contaba sino en uno por 10 en la actividad general de la cultura de aquel período[216].

En verdad, la mayoría de los escritores de esa época procedían de Asia y de África, mientras que cuando se fundó Constantinopla casi todos los escritores eran griegos.

La literatura patrológica tuvo su apogeo en el siglo IV y comienzos del V.

El Asia Menor produjo en el siglo IV los ya indicados tres capadocios: Basilio el Grande, su amigo Gregorio de Nacianzo, el Teólogo, y Gregorio de Nisa, hermano menor de Basilio. Basilio y Gregorio de Nacianzo recibieron una educación muy notable en las mejores escuelas de retórica de Atenas y de Alejandría. Por desgracia, no poseemos

informe alguno sobre la primera educación de Gregorio de Nisa, el pensador más profundo de los tres. Muy versados en la literatura clásica, aquellos eruditos representaron el movimiento que se llamó «*neoalejandrino*», movimiento que, utilizando las adquisiciones del pensamiento filosófico, insistía en el papel de la razón en el estudio de los dogmas religiosos y se negaba a aceptar las conclusiones del movimiento místico-alegórico de la escuela llamada «*alejandrina*». El neoalejandrinismo no se separa de la tradición eclesiástica. En las más de sus valiosas obras literarias sobre temas puramente teológicos y donde defienden con ardor la ortodoxia contra el arrianismo, esos tres escritores nos han dejado una cantidad considerable de discursos y cartas cuyo conjunto constituye una fuente de las más preciosas de la cual aún no se ha sacado todo el partido posible. Gregorio Nacianceno ha dejado también cierto número de poemas, en especial teológicos, dogmáticos y didácticos, pero asimismo históricos. Entre esos poemas debemos mencionar particularmente el largo trozo que versa sobre su propia vida y que contiene abundante documentación acerca de la biografía del autor. Por su forma y contenido, ese trabajo merecería figurar entre las obras más bellas de la literatura general. «Cuando aquellos tres genios se extinguieron, la Capadocia volvió a la obscuridad de que ellos la habían sacado»[217].

Antioquía, capital intelectual de Siria, hizo nacer un movimiento original, opuesto a la escuela alejandrina y que defendía la aceptación literal de la Santa Escritura, sin recurrir a la interpretación alegórica. Dirigieron este movimiento hombres de acción tan notables como Juan Crisóstomo, discípulo de Libanio y predilecto de Antioquía. Ya analizamos antes su actividad. Escritor y orador prodigiosamente dotado, había recibido una cumplida

educación clásica. Escribió numerosos libros que figuran entre las más puras obras literarias maestras. Le admiraron con entusiasmo las generaciones siguientes, prendidas en el hechizo de su genio y de sus altas cualidades morales, y los literatos de los períodos sucesivos recogieron en sus obras, como en una fuente inextinguible, ideas, imágenes y expresiones. Sus sermones y discursos, a los que han de añadirse diversas obras especiales y más de doscientas cartas, escritas por él principalmente en su exilio, constituyen una fuente de extremo valor para el estudio de la vida interna del Imperio[218]. Más tarde, muchas obras de autores desconocidos fueron atribuidas a Juan Crisóstomo. Nicéforo Calixto, escritor bizantino de principios del siglo XIV, escribe: «He leído más de un millar de sermones suyos, y difunden una indecible dulzura. Desde mi juventud le amé y escuché su voz como si fuese la de Dios. Y lo que sé, así como lo que soy, a él se lo debo»[219].

La ciudad palestina de Cesárea produjo al «*padre de la historia de la Iglesia*». Eusebio de Cesárea, quien vivió en la segunda mitad del siglo III y la primera del IV (murió hacia el 340). Ya le hemos mencionado como la fuente más importante que poseemos acerca de Constantino el Grande. Eusebio fue testigo de dos épocas históricas de la mayor importancia: las persecuciones de Diocleciano y sus sucesores, en las que sufrió personalmente a causa de sus convicciones cristianas bajo Constantino el Grande a raíz del edicto de Milán. Eusebio participó en las discusiones amanas, inclinándose a veces hacia los arríanos. Más tarde fue favorito del emperador y uno de sus amigos más íntimos. Eusebio escribió muchos libros teológicos e históricos. Su gran obra, *Preparación Evangélica* («Praeparatio evangélica»), donde defiende a los cristianos contra los ataques de los paganos; *la Demostración Evangélica*, en la

que discute el sentido puramente provisional de la ley de Moisés y el cumplimiento de las antiguas profecías en Jesucristo: sus escritos de crítica y de exégesis sobre la Santa Escritura, así como varias otras obras, le colocan en un lugar muy elevado en la esfera de la literatura religiosa. No es superfluo mencionar de paso que contienen preciosos extractos de obras más antiguas perdidas hoy.

Para nuestro presente estudio, los trabajos históricos de Eusebio son de la mayor importancia. La *Crónica*, escrita por él, según parece, antes de las persecuciones de Diocleciano, contiene un resumen histórico de Caldea, Asiría, los hebreos, los egipcios, los griegos y los romanos y da tablas cronológicas de los sucesos históricos más importantes. Por desgracia no nos ha llegado sino a través de una traducción armenia y, fragmentariamente, mediante una adaptación latina de San Jerónimo. Así, no tenemos idea exacta de la forma y contenido del original, ya que las traducciones que nos han llegado no han sido vertidas del original griego, sino de una adaptación aparecida a poco de la muerte de Eusebio.

La más sobresaliente obra de Eusebio es su *Historia eclesiástica*, que abarca diez libros comprendiendo el período transcurrido desde la época de Cristo a la victoria de Constantino sobre Licinio. Según sus propias expresiones, no se propone describir las guerras y victorias de los generales, sino más bien «recordar en términos imperecederos las guerras más pacíficas hechas en nombre de la paz del alma, y hablar de los hombres que ejecutan valerosas acciones por la verdad más que por su país, por piedad más que por sus amigos más queridos»[220]. Por tanto, bajo la pluma de Eusebio, la historia de la Iglesia es la historia de los mártires y las persecuciones, así como de los horrores y atrocidades que las acompañaron. La abundancia de los documentos que utiliza Eusebio nos obliga a ver en su

obra una de las fuentes más importantes de la historia de los tres primeros siglos de la era cristiana. Recientemente se ha discutido muy a fondo el problema del valor de Eusebio en cuanto historiador de su propio tiempo, es decir, la importancia de los tres últimos libros de su *Historia eclesiástica* (VIII-X)[221].

Como quiera que sea, no debemos olvidar que Eusebio fue el primero en escribir una historia del cristianismo, abarcando el tema en todos los aspectos posibles. Su *Historia eclesiástica*, que le valió gran renombre, fue la base de los trabajos de muchos historiadores posteriores de la Iglesia, los cuales imitaron a Eusebio muy a menudo. En el siglo IV dicha historia se propagó con amplitud en Occidente, merced a la traducción latina de Rufino.

La Vida de Constantino, escrita por Eusebio más tarde, ha sido muy diversamente interpretada y apreciada por los sabios. No se debe incluirla tanto entre las obras puramente históricas como entre las panegíricas. Constantino está en ella presente siempre como el elegido de Dios: es un nuevo Moisés predestinado a conducir el pueblo de Dios a la libertad. Según Eusebio, los tres hijos de Constantino simbolizan la Santísima Trinidad. Constantino es el verdadero bienhechor de los cristianos, quienes entonces alcanzaron el elevado ideal que nos les cabía soñar en los años precedentes. Tal es la idea general del libro de Eusebio. Para no romper la armonía de su obra, Eusebio deja aparte los lados sombríos de la época, no señala los hechos desgraciados de su tiempo y, por lo contrario, da libre curso a su pluma para ensalzar y glorificar a su héroe. Sin embargo, utilizando su trabajo con precaución se puede conocer, de manera muy interesante, el período constantiniano, sobre todo por el elevado número de

documentos oficiales que se hallan allí y que fueron probablemente insertados en la primera versión.

Juzgando en conjunto la obra de Eusebio de Cesárea, ha de reconocerse que, a pesar de su mediocre talento literario, Eusebio fue uno de los mayores eruditos cristianos de la Alta Edad Medía y un escritor que influyó poderosamente la literatura cristiana medieval.

Todo un grupo de historiadores prosiguió la obra empezada por Eusebio. Sócrates de Constantinopla llevó su Historia eclesiástica hasta el año 439. Sozomeno, originario de los alrededores de Gaza, escribió otra *Historia eclesiástica* que llegaba hasta el mismo año 439. Teodoreto, obispo de Ciro y originario de Antioquía, redactó una historia semejante comprendiendo el período entre el concilio de Nicea y el año 428, y, en fin, el arriano Filostorgio, cuyos trabajos sólo conocemos por los fragmentos que han subsistido, expuso los acontecimientos, desde su punto de vista arriano, hasta el 425.

La vida intelectual más intensa y rica de la época se encuentra, tomo ya lo hemos advertido, en Egipto y especialmente en Alejandría.

En la vida literaria del siglo IV y comienzos del V hay un hombre que presenta un caso interesante y extraordinario: el obispo y filósofo Sinesio de Cirene. Descendiente de una muy antigua familia pagana, educado en Alejandría e iniciado después en los misterios de la filosofía neoplatónica, se convirtió del platonismo al cristianismo, casó con una cristiana y llegó, en sus años últimos, a ser obispo de Ptolemaida. A pesar de todo, Sinesio debía sentirse probablemente más pagano que cristiano. Ya hemos mencionado de pasada su viaje a Constantinopla y su tratado sobre las obligaciones imperiales. No fue

esencialmente un historiador, aunque haya dejado una cantidad muy importante de materiales históricos en sus 156 epístolas, las cuales reflejan sus brillantes cualidades de filósofo y orador. Esas epístolas se convirtieron más adelante en modelos de estilo para la Edad Media bizantina. Sus himnos, escritos en estilo y metro clásicos, muestran la originalidad de la mezcla de los conceptos filosóficos y las creencias cristianas de Sinesio. Aquel obispo-filósofo comprendía que la cultura clásica, que tan cara le era, se aproximaba gradualmente a su fin[222].

En el curso de la larga y ruda lucha entre ortodoxos y arríanos, se distinguió la brillante personalidad del niceano Atanasio, obispo de Alejandría, que dejó muchos escritos consagrados a las controversias teológicas del siglo IV. También escribió una vida de *San Antonio*, es decir, de uno de los creadores del monaquismo oriental, pintando a este último sistema como el ideal de la vida ascética. Tal obra ejerció gran influjo en el desarrollo del monaquismo. El siglo V produjo al historiador más grande del monaquismo egipcio, Paladio de Helenópolis, originario del Asia Menor y conocedor perfecto de la vida monástica egipcia merced a los diez años que pasó aproximadamente en los monasterios de Egipto. Bajo la influencia de Atanasio de Alejandría, Paladio expuso también los ideales de la vida monástica, introduciendo en su obra un cierto elemento de leyenda. Cirilo, obispo de Alejandría y enemigo implacable de Nestorio, vivió también en aquel período. En el curso de su vida férvida y borrascosa, escribió considerable cantidad de epístolas y sermones que ciertos obispos griegos de una época posterior aprendieron de memoria. Dejó también un número de tratados dogmáticos y de obras de polémica y exégesis que constituyen una de las principales fuentes de la historia eclesiástica del siglo V. Según su propia confesión,

sólo poseía una educación oratoria insuficiente y no podía gloriarse de la pureza ática de su estilo.

Otra figura muy interesante de la época es la filósofa Hiparía, asesinada por el fanático populacho alejandrino a principios del siglo V. Era mujer de belleza excepcional y tenía extraordinarios talentos intelectuales. Merced a su padre, famoso matemático de Alejandría, le eran familiares las ciencias matemáticas y la filosofía clásica. Adquirió gran renombre con su notable actividad docente. Entre sus discípulos hubo hombres como Sinesio de Cirene, quien menciona a Hipatia en varias de sus cartas. Una fuente habla de cómo, «envuelta en su manto, tenía la costumbre de andar por la ciudad y exponer a los oyentes de buena voluntad las obras de Platón, Aristóteles u otro filósofo».

La literatura griega floreció en Egipto hasta 451, fecha de la condena de la doctrina monofisita por el concilio de Calcedonia. Siendo aquella doctrina la religión oficial de Egipto, la decisión del concilio fue seguida de la supresión del griego en las iglesias y su substitución por el copto. La literatura copta que se desarrolló a continuación, ofrece alguna importancia, incluso en el campo de la literatura griega, ya que ciertos trabajos griegos perdidos nos han sido conservados en traducciones coptas.

El período que estudiamos asistió al desarrollo de otro género literario: el de los himnos religiosos. Los autores de himnos cesaron poco a poco de imitar los ritmos clásicos y aplicaron otros, propios, que no tenían nada de común con los antiguos y fueron durante mucho tiempo calificados de prosa. Sólo en una época relativamente reciente se ha explicado en parte esa versificación. Los himnos de tal período contienen tipos diversos de acrósticos y rimas. Por desgracia se conocen muy poco los himnos religiosos de los

siglos IV y V, y la historia de su evolución gradual en este primer período permanece para nosotros muy obscura. No obstante, no cabe duda de que ese desenvolvimiento fue vigoroso. Mientras Gregorio el Teólogo seguía, en la mayor parte de sus himnos poéticos, la versificación antigua, las obras de Romano el Méloda (es decir, el autor de himnos), que, según se ha demostrado, aparecieron en el siglo VI, bajo el reinado de Anastasio I, fueron todas escritas en versos nuevos, utilizando acrósticos y rimas.

Los sabios han discutido mucho la cuestión de si Romanos vivió en el siglo VI o a comienzos del VIII. Esas discusiones se fundan en una alusión que se halla en su breve Biografía, donde menciona su llegada a Constantinopla en el reinado del emperador Anastasio. Durante mucho tiempo ha sido imposible determinar si se trataba de Anastasio I (491-518) o de Anastasio II (714-715). Hoy, tras prolongado estudio de la obra de Romanos, el mundo científico está de acuerdo en reconocer que se trata del período de Anastasio I.[223]

Romanos fue el mayor poeta de Bizancio. Aquel «*Píndaro de la poesía rítmica*»[224], fue autor de un número considerable de himnos soberbios, entre ellos el famoso de Navidad: *Hoy la Virgen ha dado nacimiento al Cristo*[225].

Nació en Siria, y es muy probable que el período de su actividad literaria haya de colocarse en el reinado de Justiniano, porque, según su *Biografía*, siendo joven diácono, pasó de su Siria natal a Constantinopla durante el reinado de Anastasio, y en Constantinopla recibió milagrosamente del cielo el don de componer himnos. La maravillosa obra escrita por Romanos en el siglo VI nos inclina a suponer que la poesía religiosa debía estar muy desarrollada en el siglo V, pero desgraciadamente no poseemos sobre este punto sino

informes muy imperfectos. Es difícil concebir la existencia de tan extraordinario poeta en el siglo VI sin imaginar un desarrollo anterior de la poesía eclesiástica[226].

Pero no olvidemos que sólo tenemos aún una idea incompleta de la obra de Romanos, puesto que muchos de sus himnos no han sido editados todavía[227].

Lactancio, eminente escritor cristiano del África del Norte, escribió en latín a principios del siglo IV y murió hacia el 325. Es importante para nosotros como autor del libro *De mortibus persecutorurii*, que ciertos sabios niegan que sea obra suya. Recientemente esta cuestión ha sido zanjada en pro de la autenticidad. El susodicho libro nos da informes muy interesantes sobre la época de Diocleciano y de Constantino y concluye con el edicto de Milán[228].

Si la literatura cristiana de este período está representada por escritores tan notables, la literatura pagana no se queda a la zaga. También en su esfera encontramos una serie de hombres interesantes y llenos de talento.

Entre ellos se distinguió Temistio de Paflagonia (segunda mitad del siglo IV), hombre versado en filosofía, que dirigió la Escuela de Constantinopla y fue, a la vez, un orador y un senador muy estimado, tanto por los paganos como por los cristianos de la época. Escribió una importante serie de Paráfrasis de Aristóteles, en las que se esforzó en esclarecer las más complejas ideas del filósofo griego. Es también autor de unos cuarenta discursos que contienen abundantes informes sobre los sucesos importantes de la época y sobre su vida personal.

Pero el mayor de los escritores paganos del siglo IV fue Libanio de Antioquía, que ejerció sobre sus contemporáneos más influencia que cualquier otra persona. Entre sus discípulos hubo hombres como Juan Crisóstomo, Basilio el

Grande y Gregorio Nacianceno. Ya dijimos que el joven Juliano, antes de ascender al trono, estudió con entusiasmo los cursos de Libanio. Entre los numerosos escritos de Libanio tienen particular interés sus 65 discursos públicos. En ellos hay abundante material que permite estudiar la vida interior de la época. No menos importante es la colección de sus cartas, que por la riqueza de su contenido y su notable ingenio pueden compararse con justicia a las de Sinesio de Cirene.

El emperador Juliano fue también uno de los escritores más brillantes del siglo IV. A pesar de su breve carrera, dio pruebas magníficas de su talento en diversas esferas de la literatura. Los discursos en que refleja sus obscuras especulaciones filosóficas y religiosas (su *Discurso al Sol Rey*), sus epístolas, su obra *Contra los cristianos*, de la que sólo nos han llegado fragmentos, su libelo satírico contra el pueblo de Antioquía, *Misopogon* (el que odia la barba)[229], importante desde el punto de vista biográfico, concurren a demostrar que fue un escritor muy dotado, a la vez pensador, historiador, satírico y moralista. Ya hemos dicho en qué medida se mezclaban sus escritos a las realidades actuales de la época. No debemos olvidar que el extraordinario genio de aquel joven emperador no pudo alcanzar su pleno desarrollo a causa de su muerte prematura y repentina.

Al siglo IV pertenece la célebre colección de biografías de emperadores romanos redactada en latín y conocida por el nombre de *Historia Augusta*. La cuestión de la personalidad de los autores, la época de la compilación de ese libro y su valor histórico, son muy discutibles y han motivado una literatura considerable[230]. A pesar de tantos esfuerzos, un historiador inglés ha podido escribir en 1928: «El tiempo y

trabajo gastados sobre la *Historia Augusta* son enormes; el resultado práctico, la utilidad histórica, equivalen a cero»[231].

Recientemente, N. Baynes ha tratado, de un modo muy interesante, de demostrar que esa colección se escribió bajo Juliano, el Apóstata, con un fin determinado: hacer propaganda de Juliano el Apóstata, del conjunto de su administración y de religiosa. Tal opinión no ha sido juzgada aceptable por los sabios y el mismo autor[232] comenta que su sugestión ha tenido, en conjunto, «*mala Prensa*»[233].

La literatura pagana de los siglos IV y V está representada también por varios escritores que sobresalen en el campo de la historia pura. Sólo citaremos los más importantes.

Ya mencionamos a Prisco de Tracia, historiador del siglo V, que relató la embajada a los hunos. Su Historia bizantina, que nos ha llegado fragmentariamente, y sus informes sobre la vida y costumbres de los hunos, son muy interesantes y valiosos. Prisco es la fuente principal de que se sirvieron los historiadores latinos del siglo VI, Casiodoro y Jordanes, para la historia de Atila y los hunos.

Zósimo, que vivió en el siglo V y comienzos del VI, escribió una *Historia Nueva*, que abarca hasta el sitio de Roma por Alarico el 410. Sectario entusiasta de los dioses antiguos, explica la caída del Imperio por la ira de las divinidades desdeñadas por los romanos y censura más que a nadie a Constantino el Grande. Tiene muy alta opinión de Juliano.

Amiano Marcelino, grecosirio nacido en Antioquía, escribió a fines del siglo IV, en latín, su *Res Gestae*, Historia del Imperio romano. Se esforzó en continuar en cierto modo la historia de Tácito, llevando su relato desde Nerva a la muerte de Valente (96-378). Sólo nos han llegado los dieciocho últimos libros de su historia, que abarcan los

sucesos comprendidos entre 353 y 378. El autor aprovecha su ruda experiencia militar y su participación en las campañas de Juliano contra los persas, y relata acontecimientos contemporáneos sobre los que poseía informes directos. Fue pagano hasta el fin de su vida, pero mostró mucha tolerancia hacia el cristianismo. Su historia es una fuente muy importante para el período de Juliano y Valente, así como para la historia de los godos y el principio de la de los hunos. Recientemente se ha emitido sobre su talento literario una opinión favorable. E. Stein le llama el mayor genio literario que ha visto la historia de Tácito al Dante[234]. N. Baynes le califica de «*último gran historiador de Roma*»[235].

Atenas, centro del decadente pensamiento clásico, fue en el siglo v residencia del último representante eminente del neoplatonismo, Proclo de Constantinopla, que escribió y enseñó en aquella ciudad durante muchos años. Allí nació también la esposa de Teodosio II, Atenais-Eudocia, que tuvo algún talento literario y compuso varias obras.

No hablaremos aquí de la literatura de la Europa occidental en este período, que está representada por las notables obras de San Agustín y otros prosistas y poetas.

Después del traslado de la capital a Constantinopla, el latín siguió siendo a lengua oficial del Imperio, y así continuó durante los siglos iv y V. El latín de empleó en todos los decretos imperiales compilados en el *Código de Teodosio*, así como en los decretos posteriores del siglo v y albores del vi. Pero, según ya notamos, a medida que se desarrollaba la Escuela superior de Constantinopla, la preponderancia del latín declinó y se prefirió decididamente emplear el griego, que era, al cabo, el idioma más extendido en la «*pars orientalis*» del Imperio. Además, la tradición

griega había sido nutrida por la Escuela pagana de Atenas, cuya decadencia fue precipitada, sin embargo, por el triunfo del cristianismo.

En el campo artístico, los siglos IV, y VI representaron un período de síntesis. Los diversos elementos que contribuyeron a la formación de un arte nuevo se fundieron entonces en un todo orgánico. Aquel arte nuevo llevó el nombre de arte bizantino o cristiano-oriental. A medida que la ciencia histórica estudia más hondamente las raíces de ese arte, se va haciendo más notorio que Oriente y sus tradiciones tuvieron un papel preponderante en el desarrollo del arte bizantino. A fines del último siglo, ciertos sabios alemanes sostuvieron la teoría de que «el arte del Imperio romano» (*Romische Reichsknst*), desarrollado en Occidente durante los dos primeros siglos del Imperio, substituyó a la antigua cultura helenística oriental, que se hallaba en decadencia, y proporcionó, por decirlo así, la piedra angular sobre la que había de erigirse más tarde el arte cristiano de los siglos IV y V. A la sazón, esa teoría ha sido abandonada. Desde la aparición, en 1900, de la célebre obra de D. B. Ainalov sobre *El origen helenístico del arte bizantino* y la publicación, en 1901, del libro *El Oriente y Roma*, del sabio austríaco J. Strzygowski se discute esa influencia ejercida por el antiguo Oriente. En sus obras, muy numerosas e interesantes, Strzygowski, después de buscar el centro de tal influjo en Constantinopla, se vuelve hacia Egipto, Asia Menor y Siria y, remontando hacia el este y el norte, rebasa las fronteras de Mesopotamia y busca las raíces de dicha influencia en as mesetas y montañas de Armenia y el Irán. Según él, lo que la Hélade fue para el arte de la antigüedad, lo es el Irán para el arte del nuevo mundo cristiano[236]. también cuenta con la India y el Turkestán chino para que le proporcionen datos ulteriores capaces de dilucidar el

problema. Aunque reconociendo los grandes servicios prestados por Strzygowski en el campo de las investigaciones sobre el origen del arte bizantino, la ciencia histórica contemporánea se mantiene aún reservada acerca de las más recientes hipótesis de dicho autor[237].

El siglo IV fue un período de la mayor importancia en la historia del arte bizantino. El nuevo régimen del cristianismo dentro del Estado romano provocó una expansión rápida de aquella religión. Tres elementos —el cristianismo, el helenismo y el Oriente— se encontraron en el siglo IV y de su unión salió el arte cristiano-oriental.

Constantinopla, ya centro político del Imperio, se convirtió gradualmente en centro intelectual y artístico. Ello no fue instantáneo. «Constantinopla no tenía una civilización preexistente que le permitiera resistir a la invasión de las fuerzas exóticas o gobernarlas. Tuvo, al principio, que pesar y asimilar nuevas influencias, tarea que exigía al menos un centenar de años»[238].

Siria y Antioquía, Egipto y Alejandría, el Asia Menor, que veían reflejarse en su vida artística las influencias de tradiciones más antiguas, ejercieron influjo muy fuerte y provechoso en el desarrollo del arte bizantino. La Arquitectura siria prosperó durante el curso de los siglos IV, V y VI. Ya vimos que las magníficas iglesias de Jerusalén y Belén, y algunas de Nazaret, fueron edificadas bajo Constantino el Grande. Un esplendor insólito caracterizó a las iglesias de Antioquía y Siria. «Antioquía, como centro de una civilización brillante, asumió naturalmente la dirección del arte cristiano en Siria»[239].

Por desgracia sólo poseemos muy pocos datos sobre el arte de Antioquía. Las «ciudades muertas» de la Siria central, descubiertas en 1860-61 por De Vogüe, nos dan

alguna idea de lo que fue la arquitectura cristiana en los siglos IV, V y VI. Una de las obras arquitectónicas más notables de fines del siglo V fue el célebre monasterio de San Simeón Estilita (Kalat-Seman), entre Antioquía y Alepo. Aun hoy resultan impresionantes sus majestuosas ruinas[240]. El famoso friso de Mschatta (al este del Jordán), actualmente en el Museo del emperador Federico, en Berlín, parece ser una obra de los siglos IV, V o VI[241]. Al principio del siglo V pertenece igualmente una muy bella basílica elevada en Egipto por Arcadio sobre el emplazamiento de la tumba de Menas, uno de los más renombrados santos egipcios. Las ruinas de esta basílica han sido estudiadas recientemente por C. M. Kaufman[242].

En el campo del mosaico, del retrato, de la tapicería (escenas pintadas sobre telas: primeros siglos del cristianismo), etc., poseemos varios ejemplares interesantes correspondientes a este período.

Sabemos que en el siglo v, bajo Teodosio II, Constantinopla fue rodeada de fortificaciones que subsisten aun en nuestros días. La *Puerta de Oro* («Porta Áurea») se edificó a fines del siglo IV o comienzos del V. Por ella entraban oficialmente los emperadores en Constantinopla. Esa puerta, notable por la belleza de su arquitectura, existe todavía. Al nombre de Constantino está vinculada la edificación de las iglesias de Santa Irene y de los Santos Apóstoles, en Constantinopla. Santa Sofía, cuya construcción se inició en esa época, fue acabada bajo Constancio, hijo de Constantino. Estos templos fueron reconstruidos en el siglo VI por Justiniano. En el siglo V la nueva capital se ornó con otra iglesia, la basílica de San Juan de Studion, hoy mezquita de Imr Ahor[243].

En las regiones occidentales del Imperio se han

conservado cierto número de monumentos del arte bizantino primitivo. Entre ellos cabe citar algunas iglesias de Tesalónica o Salónica; el palacio de Diocleciano en Spalato (Dalmacia), de principios del siglo IV; varias pinturas de Santa María la Antigua, de Roma, que parecen datar de fines del siglo V[244]; el mausoleo de Gala Placidia y el baptisterio ortodoxo de Ravena (siglo V), así como algunos monumentos de África del Norte.

En la historia del arte, los siglos IV y V bizantinos pueden considerarse como el período preliminar que prepara la época de Justiniano el Grande, bajo quien «la capital había de sentir plena consciencia de sí misma y asumir un papel director. Se ha descrito justamente esta época como la primera edad de oro del arte bizantino»[245].

# CAPITULO III. JUSTINIANO EL GRANDE Y SUS SUCESORES (518-610)

Los sucesores de Zenón y Anastasio se atuvieron, en su política exterior tanto como en su política religiosa, a caminos absolutamente opuestos a los adoptados por aquellos dos emperadores: es decir, se volvieron de Oriente a Occidente.

## Los emperadores del período 518-610

Entre los años 518 y 578, el trono estuvo ocupado por los emperadores siguientes: primero, Justino, el Viejo (518-527), jefe de la guardia imperial[246], que fue elevado fortuitamente a la púrpura a la muerte de Anastasio; después su ilustre sobrino Justiniano, el Grande (527-565), y, en fin, un sobrino de este ultimo, Justino II, conocido por Justino el Joven (565-578). A los nombres de Justino y Justiniano está ligado estrechamente el problema de su origen. Muchos sabios han tenido durante largo tiempo como un hecho el origen eslavo de Justino y Justiniano. Esta teoría se fundaba en una biografía del emperador Justiniano debida al parecer al abate

Teófilo, profesor de Justiniano, y publicada por el conservador de la Biblioteca Vaticana, Nicolás Alemannus, a principios del siglo XVII. En esa «Vida» se halla a Justiniano y a sus padres mencionados por diversos nombres, con los cuales habían, según el autor, sido conocidos en sus países de origen. De acuerdo con las más doctas autoridades en materia de estudios eslavos, tales nombres serían eslavos, como el de Justiniano: «Upravda» («la verdad», «la justicia»). El manuscrito de Alemannus fue descubierto y estudiado a fines del siglo XIX (1883) por el sabio inglés Bryce, y éste ha demostrado que tal manuscrito, compuesto a principios del siglo XVII, era de carácter legendario y no tenía valor histórico alguno. Por tanto, hoy se debe eliminar en absoluto la teoría del origen eslavo de Justiniano[247]. Cabe, apoyándose en ciertas fuentes, considerar a Justino y Justiniano como probablemente ilirios o acaso albaneses. En todo caso, Justiniano nació en una población de Macedonia, no lejos de la actual ciudad de Uskub, cerca de la frontera albanesa. Algunos sabios hacen remontar su familia a los colonos romanos de Dardania, esto es, de la Macedonia superior[248]. Así, los tres primeros emperadores de este período fueron ilirios o albaneses, pero ilirios y albaneses romanizados. Su lengua materna era el latín.

El débil Justino II murió sin hijos. A instigación de su mujer, Sofía, adoptó al tracio Tiberio, comandante del ejército imperial, y le designó cesar. En esta ocasión Justino pronunció un discurso muy interesante, que ha llegado hasta nosotros en su forma original, esto es, «*estenografiado*» por los escribas. Este discurso, sincero y contrito, produjo honda impresión en los contemporáneos[249]. He aquí algunos de sus pasajes:

> Sabe que es Dios quien te bendice y te confiere

esta dignidad, y no yo… Honra como a tu madre a la que ha sido hasta aquí tu reina; no olvides que antes has sido su esclavo y ahora eres su hijo. No te complazcas en derramar sangre; no te hagas cómplice de muertes; no devuelvas mal por mal y te hagas impopular como yo… Que este boato imperial no te enorgullezca como me enorgulleció a mí… Presta atención al ejército; no estimules a los delatores y no dejes que los hombres digan de ti: «Su predecesor era tal y tal»; porque te hablo por mi propia experiencia[250].

A la muerte de Justino II, Tiberio reinó con el nombre de Tiberio II (578-5855). Con él terminó la dinastía de Justiniano. Su sucesor fue su yerno Mauricio (582-602). Las fuentes no están acordes sobre el origen de Mauricio. Algunos pretenden que su familia procedía de la lejana población capadocia de Arabissus[251] —cerca de la actual Elbistan—, mientras, otros, aunque llamándole capadocio, declaran que fue el primer griego que ascendió al trono bizantino[252]. En rigor no hay contradicción entre los términos, porque es muy posible que Mauricio fuera en realidad el primer emperador de raigambre griega, aunque naciese en Capadocia[253]. Pero, según otra tradición, era romano[254]. Finalmente, Kulakovski considera probable que Mauricio fuese de origen armenio, porque la población indígena de Capadocia era armenia[255]. El ultimo emperador del período justinianeo fue el tirano tracio Focas (602-610), que destronó a Mauricio.

# Justino I

Desde su exaltación al trono, Justino I abandonó la política religiosa seguida por sus dos predecesores inmediatos, aproximándose definidamente a los adeptos de la doctrina de Calcedonia y abriendo una serle de furiosas persecuciones contra los monofisistas. El gobierno se reconcilió con Roma y así concluyó el desacuerdo entre las Iglesias oriental y occidental, que se remontaba al reinado de Zenón y al Henótico. La política religiosa de los emperadores de este período fue ortodoxa y el Estado se enajenó, una vez más, la simpatía de sus provincias orientales.

# Justiniano el Grande. Teodora

Justino I tuvo por sucesor a su sobrino Justiniano (527-565), la figura más importante de toda su época.

Al nombre de Justiniano está íntimamente vinculado el de su esposa Teodora, una de las mujeres más interesantes de la historia bizantina. La «*Historia secreta*», de Procopio, contemporáneo de Justiniano, pinta con colores muy vivos la vida borrascosa de Teodora en sus años juveniles. De creer al autor, la hija del guardián de los osos del Hipódromo vivió en la atmósfera viciada del teatro de aquella época, y sus aventuras galantes fueron numerosas. Había recibido de la naturaleza una gran hermosura, gracia, inteligencia e ingenio. Según Diehl, «divirtió, encantó y

escandalizó a Constantinopla»[256]. Procopio cuenta que la gente honrada, cuando la encontraba en la calle, cambiaba de camino para no macular sus vestiduras al contacto de ella[257]. Pero estos detalles vergonzosos sobre la juventud de la futura emperatriz deben ser acogidos con las mayores reservas, porque todos emanan de Procopio, quien, en su *Historia secreta*, se propone, ante todo, difamar a Justiniano y a Teodora. Después de los años tempestuosos de la primera parte de su vida, Teodora desapareció de la capital y permaneció en África algunos años. De vuelta a Constantinopla ya no era la actriz de antes. Había dejado la escena y llevaba una vida de retiro, dedicando gran parte de su tiempo a hilar y testimoniando el interés más vivo por las cuestiones religiosas. En esta época la vio por primera vez Justiniano. Su belleza causó en él viva impresión. Hizo acudir a Teodora a la corte, la elevó al rango de patricia y a poco casó con ella. Al ser hecho Justiniano emperador, su mujer se convirtió en emperatriz. En su nuevo papel, Teodora se mostró a la altura de la situación, manteniéndose fiel a su marido, interesándose en los asuntos del Estado, demostrando gran penetración y ejerciendo considerable influencia sobre Justiniano en materias de gobierno. Durante la sublevación del 532, de la cual hablaremos después, Teodora cumplió un papel de importancia durante la gestión imperial de su marido. Con su sangre fría y su energía extraordinarias, probablemente salvó al Estado de nuevas convulsiones y lo apoyó a Justiniano en momentos donde las decisiones políticas al emperador, lo hacían dudar por su impacto en el Imperio. En lo religioso, manifestó con franqueza sus preferencias por el monofisismo, en lo que fue opuesta a su marido, que vacilaba y que, si bien haciendo concesiones al monofisismo, se aferró a la ortodoxia en el curso de todo su largo reinado. En este punto Teodora

acreditó comprender mejor que Justiniano la importancia de las provincias orientales monofisistas, que eran de hecho las zonas vitales del Imperio.

Teodora murió de cáncer el 548, mucho antes que Justiniano[258]. En el famoso mosaico de la iglesia de San Vital, de Ravena, —mosaico que se remonta al siglo VI— Teodora aparece en hábitos imperiales, rodeada de su corte —. Los historiadores eclesiásticos contemporáneos de Teodora, así como los historiadores posteriores, han juzgado a la emperatriz con gran severidad. No obstante, en el almanaque ortodoxo, en la fecha 14 de noviembre, se lee: «Asunción del soberano ortodoxo Justiniano aniversario de la reina Teodora».

## La política exterior de Justiniano y su ideología

Las numerosas guerras de Justiniano fueron en parte ofensivas y en parte defensivas. Las unas fueron sostenidas contra los Estados germánicos bárbaros de la Europa occidental; las otras contra Persia al este y los eslavos al norte.

Justiniano dirigió el grueso de sus fuerzas a Occidente, donde la actividad militar de los ejércitos de Bizancio quedó coronada por brillantes éxitos. Los vándalos y los ostrogodos hubieron de someterse al emperador bizantino. Los visigodos experimentaron también, aunque en menor grado, el poder de Justiniano. El Mediterráneo se convirtió, por

decirlo así, en un lago bizantino. En sus decretos, Justiniano pudo darse el nombre de *Caesar Flavius Justinianus, Alamannicus, Gothicus, Francicus, Germanicus, Anticus, Alanicus, Vandalicus, Africanus.* Pero este anverso brillante de su política exterior tuvo un reverso. El éxito se pagó caro, muy caro para el Imperio, porque tuvo como consecuencia el agotamiento económico completo del Estado bizantino. Además, al trasladarse los ejércitos a Occidente, el Oriente y el Norte quedaron abiertos a las invasiones de los persas, los eslavos y los hunos.

A juicio de Justiniano, los germanos eran los mayores enemigos del Imperio. Así reapareció la cuestión germánica en el Imperio bizantino durante el siglo VI, con la única diferencia de que en el siglo V eran los germanos quienes atacaban al Imperio, mientras en el VI fue el Imperio el que atacó a los germanos.

Justiniano, al subir al trono, se tornó en representante de dos grandes ideas: la idea imperial y la idea cristiana. Considerándose sucesor de los Cesares romanos, creyó su sacrosanto deber reconstituir el Imperio en sus límites íntegros de los siglos I y II. Como emperador cristiano, no podía tampoco permitir a los germanos arríanos oprimir a las poblaciones ortodoxas. Los emperadores de Constantinopla, en su calidad de herederos legítimos de los Cesares, tenían derechos históricos sobre la Europa occidental, ocupada por los bárbaros. Los reyes germánicos no eran sino vasallos del emperador bizantino, que había delegado en ellos el poder sobre Occidente. El rey franco Clodoveo había sido elevado a la dignidad de cónsul por el emperador Anastasio, y el mismo Anastasio había confirmado oficialmente los poderes del rey ostrogodo Teodorico. Cuando decidió iniciar la guerra contra los

godos, Justiniano escribía: «Los godos, que se han apoderado por la violencia de nuestra Italia, se han negado a devolverla»[259]. Él seguía siendo soberano natural de todos los gobernadores que había dentro de los límites del Imperio romano. Como emperador cristiano, había recibido la misión de propagar la verdadera fe entre los infieles, ya fuesen herejes o paganos. La teoría emitida por Eusebio de Cesárea en el siglo IV conservaba su vigencia en el VI. Ella se halla en la base de la convicción de Justiniano, persuadido de que era su deber restaurar el Imperio romano único, el cual, según los términos de una novela[260], alcanzaba antaño las orillas de los dos océanos, habiéndolo perdido los romanos por negligencia. De esta antigua teoría se desprende también la otra convicción de Justiniano de que debía introducir en el Imperio reconstituido una fe cristiana única, tanto entre los paganos como entre los cismáticos. Tal fue la ideología de Justiniano, quien llevó tan ambiciosa política, tal cruzada, al sueño de la sumisión de todo el universo conocido entonces.

Pero no se debe olvidar que esas grandiosas pretensiones del emperador sobre las zonas perdidas del Imperio romano no eran exclusivamente convicciones personales suyas. Análogas reivindicaciones parecían naturales en absoluto a los pobladores de las provincias ocupadas por los bárbaros. Los indígenas de aquellas provincias caídas bajo la dominación arriana veían en Justiniano su único defensor. La situación del África del Norte bajo los vándalos era especialmente difícil de soportar, porque los vándalos habían entablado severas persecuciones contra la población ortodoxa indígena, aprisionando a muchos ciudadanos y representantes del clero y confiscando los bienes de la mayoría. Emigrados y desterrados africanos, y entre ellos numerosos obispos ortodoxos, acudían a Constantinopla implorando al emperador que atacase a los vándalos y

asegurándole que un levantamiento general de los indígenas acompañaría semejante tentativa.

Disposiciones análogas se hallaban en Italia, donde la población indígena, a pesar de la persistente tolerancia religiosa de Teodorico y del muy desarrollado gusto de éste por la civilización romana, seguía sintiendo un descontento profundo y volvía sus miradas a Constantinopla, en la esperanza de que ésta ayudaría a librar Italia de la dominación de los invasores y a restablecer la fe ortodoxa. Los propios reyes bárbaros alentaban las ambiciosas aspiraciones del emperador, puesto que continuaban mostrando el más profundo respeto por el Imperio, probando por todos los medios su adhesión al emperador, solicitando títulos honoríficos romanos, acuñando su moneda con la imagen del soberano imperial, etc. De buen grado habrían repetido, con expresión de Diehl[261], la frase de aquel príncipe visigodo: «El emperador es un dios sobre la tierra y quien levante su mano sobre él debe expiarlo con su sangre»[262].

Aunque la situación de África e Italia fuese favorable al emperador, las guerras emprendidas por él contra ostrogodos y vándalos habían de ser extremamente difíciles y largas.

## Guerras contra los vándalos, ostrogodos y visigodos. Los eslavos. La política exterior de Justiniano

La expedición contra los vándalos no se presentaba muy fácil. Había de transportarse, por mar, al África del Norte, un ejército que debería luchar contra un pueblo posesor de una flota potente, la cual, ya a mediados del siglo V, había tentado, con éxito, un golpe sobre Roma. Además, el traslado del grueso de las fuerzas imperiales a Occidente había de implicar graves consecuencias en Oriente, donde Persia, el más peligroso enemigo del Imperio, mantenía con éste continuas guerras fronterizas.

Procopio da un interesante relato de la sesión del Consejo en que se debatió por primera vez la expedición a África[263]. Los consejeros más fieles del emperador expresaron dudas sobre las posibilidades de éxito de la empresa y la consideraron precipitada. Justiniano empezaba a titubear, pero acabó triunfando de su breve flaqueza e insistió en su plan primitivo. La expedición se resolvió. A la vez, se producía en Persia un cambio de dinastía y, en 532, Justiniano lograba concluir una paz «*perpetua*» con el nuevo soberano, mediante la condición, humillante para Bizancio, de que el Imperio pagaría un considerable tributo anual al rey de Persia. Este tratado dejaba a Justiniano las manos libres en Occidente. A la cabeza del ejército y de la flota que debían participar en la expedición puso al famoso Belisario, que poco tiempo antes había reprimido la gran sedición interior conocida por el nombre de sedición Nika, de la cual hablaremos después. Belisario había de revelarse el más valioso auxiliar del emperador en sus empresas militares.

Ha de advertirse que en esta época los vándalos y los ostrogodos no eran ya los peligrosos enemigos de antes. Mal adaptados al clima deprimente del Mediodía, e influidos por la civilización romana, habían perdido muy de prisa su antigua energía y su antiguo valor. Además, las creencias arrianas de estos germanos hacían que sus relaciones con los

pobladores romanos de los países que ocupaban no fueran muy amistosas. Las continuas revueltas de las tribus beréberes contribuían mucho a debilitar a los vándalos. Justiniano se daba perfecta cuenta de la situación. Merced a una diplomacia hábil agudizó las discordias interiores de los vándalos, seguro, por ende, de que los reinos germánicos no se unirían contra él. En efecto, los ostrogodos estaban en disensión con los vándalos, los francos ortodoxos mantenían luchas constantes con los ostrogodos, y los visigodos españoles, muy alejados del campo de las hostilidades, difícilmente podían tomar parte activa en una guerra contra Justiniano. Todo ello estimulaba en el emperador la esperanza de poder llegar a batir por separado a sus enemigos.

La guerra contra los vándalos duró, con algunas interrupciones, de 533 a 548[264]. Al principio Belisario sometió, en un período muy corto, y con una serie de brillantes victorias, al reino vándalo en masa. Justiniano triunfante proclamó: «Dios, en su misericordia, no sólo ha liberado África y todas sus provincias, sino también ha devuelto las insignias imperiales apresadas por los vándalos en la toma de Roma»[265]. Considerando terminada la guerra, Justiniano llamó a Belisario a Constantinopla, con lo más del ejército. Pero entonces estalló una terrible insurrección: los moros, tribu indígena beréber, se sublevaron y las tropas de ocupación en África tuvieron que pelear contra ellos una campaña muy dura. Salomón, sucesor de Belisario en África, fue completamente batido y resultó muerto (544). La lucha continuó, agotadora, hasta el 548, en que la autoridad imperial fue restaurada en definitiva. Esta decisiva victoria se debió a Juan Troglita, diplomático y general de talento. Sus éxitos aseguraron en África una tranquilidad absoluta durante cosa de cuarenta años Juan Troglita, con Belisario y

Salomón, son los tres héroes de la reconquista de África por el Imperio[266]. Sus altos hechos son relatados por el poeta africano Corippo en su obra histórica Johannis.

Los planes de conquista de Justiniano en África del Norte no se habían realizado por completo. La zona occidental, próxima al Atlántico, no se había reconquistado, a excepción de la poderosa fortaleza de *Septum* (hoy fortaleza española de Ceuta), próxima a las columnas de Hércules. Pero la mayor parte de África del Norte, Córcega, Cerdeña y las Baleares se habían vuelto a convertir en regiones integrantes del Imperio. Justiniano se esforzó con máxima energía en restablecer el orden en los territorios recuperados. Aun hoy, las grandiosas ruinas de numerosas fortalezas bizantinas erigidas por Justiniano en África del Norte atestiguan la considerable actividad desplegada por el emperador con miras a la defensa del país.

Más agotadora todavía fue la lucha contra los ostrogodos, que duró, también con algunas interrupciones, desde 535 a 554[267] Estas fechas acreditan que la guerra con los ostrogodos, en sus trece años primeros, se mantuvo a la par que la guerra contra los vándalos, Justiniano empezó por intervenir en los asuntos internos de los ostrogodos, y luego emprendió una acción militar. Un ejército suyo inició la conquista de Dalmacia, que entonces pertenecía al reino ostrogodo. Otro ejército, conducido por mar a las órdenes de Belisario, ocupó Sicilia sin gran dificultad, y después, pasando a Italia, conquistó Nápoles y Roma. Poco más tarde —540— Ravena, la capital ostrogótica abrió sus puertas a Belisario. Este regresó a Constantinopla, llevando prisionero al rey ostrogodo. Justiniano añadió a sus títulos de «Africano» y «Vandálico», el de «Gótico». Italia parecía definitivamente conquistada para Bizancio.

Entonces apareció entre los godos un jefe valeroso y enérgico, el rey Totila, último defensor de la independencia de los ostrogodos, cuya situación restableció rápidamente. En vista de los éxitos militares de Totila, Belisario fue llamado de Persia y enviado a Italia para asumir el mando supremo. Pero era imposible conseguir la dominación imperial en Italia sin potentes refuerzos. Una tras otra, las conquistas bizantinas en Italia y las islas pasaron a manos de los ostrogodos. La infortunada ciudad de Roma, que cambió de manos varias veces, quedó trocada en un montón de ruinas. Tras tantos fracasos, Belisario fue llamado a Constantinopla. La situación fue al cabo restablecida por otro valeroso general, Narsés, quien sometió a los ostrogodos en una serie de hábiles operaciones militares acreditativas de un verdadero talento estratégico El ejército de Totila fue derrotado en la batalla de *Busa-Gallorum* (Gualdo Tadino), en Umbría, el 552. Totila se dio a la fuga y fue muerto[268]. «Sus ropas manchadas de sangre y la toca ornada de piedras preciosas que llenaba fueron recogidas por Narsés, quien las mandó a Constantinopla, donde fueron puestas a los pies del emperador, con el fin de probar a los ojos de este último que el enemigo que había desafiado su autoridad por tanto tiempo había dejado de existir»[269].

Tras una guerra ruinosa de veinte años, Italia, Dalmacia y Sicilia se hallaron reunidas al Imperio en 554. La Pragmática Sanción, publicada por Justiniano en ese mismo año, restituía a la alta aristocracia terrateniente de Italia y a la Iglesia los dominios que les habían quitado los ostrogodos, así como todos sus antiguos privilegios. En ella se indicaban, además, una serie de medidas destinadas a aliviar las cargas de la arruinada población. A raíz de las guerras ostrogóticas, la industria y el comercio italianos dejaron durante mucho tiempo de desarrollarse y, a causa de la falta de mano de

obra, muchas campiñas de Italia permanecieron sin cultivo. Roma, por algún tiempo, sólo fue una ciudad de segundo orden, arruinada, sin importancia política. El Papa la eligió para su refugio.

La última empresa militar de Justiniano se dirigió contra los visigodos de la Península Ibérica. Aprovechando las luchas civiles que se habían entablado en España entre diversos pretendientes al trono visigótico, Justiniano, el año 550, envió una expedición naval a aquel país[270]. Aunque las tropas bizantinas no eran muy fuertes, la campaña tuvo éxito[271]. Numerosas ciudades y plazas fuertes marítimas fueron ocupadas.

En definitiva, tras cruentas batallas, Justiniano logró arrebatar a los visigodos el ángulo sudeste de la Península, con las ciudades de Cartagena, Málaga y Córdoba. Más tarde extendió los territorios sometidos, que llegaron por el oeste hasta el cabo San Vicente y por el este más allá de Cartagena[272]. La provincia imperial de España, creada entonces, quedó, con algunas modificaciones, bajo el dominio de Constantinopla durante 70 años aproximadamente. No se sabe con exactitud si esa provincia era independiente o subordinada al gobernador de África[273].

Se han descubierto y descrito recientemente algunas iglesias y otros monumentos arquitectónicos de arte bizantino en España y en sus islas Baleares, pero, hasta donde cabe juzgar, no tienen gran importancia. Son como una prolongación pobre, rústica, del arte difundido en el África Septentrional… El dominio bizantino de España fue, pues, una provincia política, y también una provincia artística de África[274].

El resultado de todas estas guerras ofensivas de Justiniano fue duplicar la extensión de su Imperio. Dalmacia,

Italia, la parte oriental de África del Norte (zonas de Túnez y del oeste de Argelia actuales), el sudeste de España, Sicilia, Cerdeña, Córcega y las Baleares entraron en el Imperio de Justiniano. El Mediterráneo pasó a ser un lago romano. Las fronteras del Imperio iban de las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar) al Eufrates. Pero a pesar de los considerables éxitos obtenidos, los resultados estuvieron lejos de realizar los planes iniciales de Justiniano, puesto que en definitiva no logró reconquistar todo el Imperio romano de Occidente. La mitad occidental del África del Norte, la mayor parte de la Península Ibérica, el norte del reino ostrogodo, al septentrión de los Alpes (antiguas provincias de Retia y Norica), quedaron fuera de los límites de los países sometidos por los ejércitos de Justiniano. En cuanto a Galia, no sólo permaneció independiente en absoluto del Imperio bizantino, sino que incluso triunfó de él en cierta medida, ya que Justiniano, amenazado por los francos, hubo de ceder Provenza al rey de estos. Además, en los vastos territorios reconquistados el poder del emperador no fue igualmente sólido en todas partes. El gobierno no disponía de bastantes tropas ni bastantes medios para establecerse con más firmeza. Y aquellos territorios sólo podían conservarse por la fuerza. De manera que los éxitos, brillantes en apariencia, de las guerras ofensivas de Justiniano, contenían en sí los gérmenes de graves complicaciones para el futuro, tanto en lo político como en lo económico. Las guerras defensivas de Justiniano fueron mucho menos felices y a veces incluso humillantes por sus resultados. Tales guerras se mantuvieron contra los persas, al este, y contra los eslavos y hunos, al norte.

Las dos «grandes potencias» del universo conocido, Bizancio y Persia, sostenían desde siglos atrás guerras agotadoras en la frontera oriental del Imperio bizantino.

Después de la paz «perpetua» convenida con Persia y que hemos mencionado antes, el rey persa Cosroes Anushirvan —esto es, el Justo—, príncipe hábil y valeroso[275], advirtiendo las altas miras del emperador en Occidente, se preparó a la acción. Consciente de la importancia de los intereses que poseía en sus provincias limítrofes de Bizancio, y visitado además por una embajada de ostrogodos que le pedían socorro, denunció la paz «perpetua» y abrió las hostilidades contra el Imperio bizantino[276]. Siguió una guerra cruel, ventajosa para los persas. Belisario, llamado desde Italia, no logró nada contra ellos. Cosroes invadió Siria, saqueó y destruyó Antioquía, «ciudad que era a la vez antigua y de grande importancia y la primera de todas las ciudades que los romanos tenían en Oriente, a la par que por su riqueza y magnitud por su población y por su belleza y por su prosperidad de todo género».[277] En su marcha victoriosa, Cosroes alcanzó la costa del Mediterráneo. Al norte, los persas se esforzaron en abrirse camino hacia el mar Negro y tuvieron que combatir a los lazios en la provincia caucásica de Laziquia (hoy Lazistán); que entonces dependía del Imperio bizantino. Tras muchos esfuerzos, Justiniano logró al fin una tregua de cinco años, para obtener la cual hubo de entregar una gran suma de dinero. Pero aquella lucha interminable había fatigado a Cosroes, y en 562 Bizancio y Persia llegaron a un convenio que garantizaba una paz de cincuenta años. Merced al historiador Menandro[278] poseemos informes precisos y detallados sobre las negociaciones y condiciones del convenio. El emperador se comprometía a pagar cada año a Persia una gruesa cantidad en metálico, mientras el rey de Persia prometía garantizar la tolerancia religiosa a los cristianos de Persia, con la estricta condición de que se abstuviesen de todo proselitismo. Los negociantes romanos y persas, cualquiera que fuese su

negocio, debían efectuar su tráfico en ciertos lugares prescritos, donde se establecían aduanas, con exclusión de todo otro punto. La estipulación más importante para Bizancio era el abandono por los persas de la provincia de Laziquia, situada en el litoral sudeste del mar Negro y que debía volver a los romanos. Así, los persas no lograban mantenerse en las riberas del mar Negro, que seguía siendo bizantino. El hecho tenía gran importancia política y económica[279].

Amenazado por el peligro persa, Justiniano, entre tanto, había entrado en negociaciones con los lejanos abisinios y los himiaritas de Arabia. La provincia más avanzada de la Península Arábiga era el Yemen, al suroeste. Allí había florecido, en tiempos remotos, anteriores a la Era cristiana, el reino de los sábeos (Saba-Shoba), al que se vincula la leyenda de la reina de Saba, que se dice haber visitado al rey Salomón. A fines del siglo II a. de J. C. aquel país se convirtió en el reino de los sábeos himiaritas. El comercio y la vida marítima eran las principales ocupaciones de los habitantes. Las numerosas ruinas e inscripciones que se hallan aún atestiguan el poderío y prosperidad de aquel reino. El cristianismo empezó a propagarse en él a mediados del siglo IV, hallando un serio adversario en el judaísmo, que había hecho muchos prosélitos en el país. En la primera mitad del siglo VI, el rey de los himiaritas u homeritas, que favorecía a los sectarios del judaísmo, comenzó a perseguir con dureza a los cristianos de la Arabia del Sur. En ayuda de éstos acudió el rey cristiano de Etiopía, quien triunfó del rey judío en la lucha que siguió. El rey abisinio ocupó el Yemen, esforzóse en devolver al cristianismo su antiguo rango preeminente, y notificó al patriarca de Alejandría y al emperador bizantino Justino I su victoria sobre el judaísmo. El sucesor de Justino,

Justiniano el Grande, envió una embajada a Axum, capital del reino abisinio, y a los homeritas, sobre quienes reinaba a la sazón el monarca abisinio. Justiniano tenía la intención de servirse de aquellos lejanos Estados para sus planes militares y comerciales, y sobre todo para obtener el concurso de tales países contra Persia. El principal servicio que los abisinios podían prestar era poner fin al monopolio persa del comercio de la seda, yendo a buscar la seda a Ceilán y llevándola hasta los puertos del mar Rojo, servicio que les habría reportado muchas ventajas[280]. El rey de Abisinia consintió en aliarse con Justiniano y prometió hacer lo que se le pedía. Pero ni él ni sus vasallos del Yemen pudieron cumplir sus promesas. Sabemos[281] que, después de la primera embajada, Justiniano envió a Abisinia y al Yemen un tal Nonnosus; mas nada conocemos sobre éste, fuera de que en el curso del viaje corrió grandes peligros provocados por los hombres y por las fieras.

Muy diferentes fueron las guerras defensivas sostenidas al norte, es decir, en la misma Península de los Balcanes. Como ya dijimos, los bárbaros del norte —los búlgaros y, según toda probabilidad, los eslavos— habían devastado las provincias de la Península desde el reinado de Anastasio. En la época de Justiniano el Grande los eslavos, por primera vez, aparecen con su propio nombre. Procopio en sus escritos los llama «*eslavones*». En este periodo, grandes hordas de eslavos y búlgaros, a los que Procopio llama hunos, cruzaban el Danubio y casi cada año adentraban bastante profundo al territorio bizantino, pasándolo todo a sangre y fuego. Por una parte alcanzaron los arrabales de la capital, internándose hasta la región Helesponto, y por otra entraron en Grecia, que recorrieron hasta el istmo de Corinto. Al oeste llegaron hasta las orillas de Adriático. También en el reinado de Justiniano, comenzaron los eslavos

a manifestar sus aspiraciones al mar Egeo. En sus esfuerzos para alcanzar este mar amenazaron Tesalónica, una de las ciudades más importantes del Imperio y cuyos alrededores fueron pronto uno de los focos eslavos de la península. Las tropas imperiales combatieron con encarnizamiento a los eslavos, y muy a menudo les obligaron a retirarse allende el Danubio. Pero puede afirmarse con la mayor certeza que no todos los eslavos eran expulsados. Las tropas de Justiniano, ocupadas en otros lugares importantes, no pudieron poner fin de manera decisiva a las incursiones anuales de los eslavos, y parte de éstos se instaló en el país. La época de Justiniano fue trascendente en el sentido de que asentó los cimientos del problema eslavo en la Península Balcánica, problema que había de tener máxima importancia para Bizancio a fines del siglo VI o principios del VII.

Además de los eslavos, los gépidos y los cutrigures, rama de la raza huna, invadieron por el norte la Península de los Balcanes. En el invierno de 558-59, los cutrigures, mandados por Zabergan, penetraron en Tracia. Desde allí una parte se destacó para devastar Grecia y otra invadió el Quersoneso tracio (Gallípoli). Un tercer ejército, compuesto de jinetes, a las órdenes de Zabergan en persona, marchó hacia Constantinopla. El país fue asolado y el pánico cundió en la capital. Todos los objetos preciosos de las iglesias de las provincias invadidas se enviaron a Constantinopla o se expidieron por mar a la orilla asiática del Bósforo. En esta ocasión crítica, Justiniano recurrió a Belisario para que salvase Constantinopla. Los invasores fueron vencidos en su triple ataque, pero Tracia, Macedonia y Tesalia padecieron muchísimo, desde el punto de vista económico, durante aquella invasión[282].

El peligro húnico no se notó sólo en los Balcanes, sino

también en Crimea, que pertenecía en parte al Imperio. Había allí dos ciudades, Querson y Bósforo, famosas por haber mantenido, en el curso de los siglos, la civilización griega en aquellos parajes bárbaros. Además, cumplían papel esencial en el comercio que mediaba entre el Imperio bizantino y los territorios de la Rusia de hoy. Hacia el fin del siglo V, los hunos habían ocupado la mayor parte de la península y empezaban a amenazar las posesiones bizantinas de aquella región. Por otra parte, existía en las montañas de Crimea una pequeña colonia de godos, cuyo centro principal era Doru, que, como protegido del Imperio, se hallaba amenazado también por los hunos. Para conjurar el peligro húnico, Justiniano mandó reconstruir varios fuertes y edificar largas murallas de las que todavía quedan vestigios hoy[283]. Era una especie de «*Limes Tauricus*». El sistema de fortificaciones establecido por Justiniano en Crimea consiguió alejar el peligro húnico de las posesiones bizantinas y de la colonia goda de la península[284].

El celo evangelizador de Justiniano y Teodora se extendió a los pueblos africanos que habitaban la región del Alto Nilo comprendida entre Egipto y Abisinia. Allí moraban dos pueblos, los blemmies, más abajo de la primera catarata, y los nobadas, al sur de los primeros. Merced a la energía y a la habilidad de Teodora, los nobadas y su rey Silko se convirtieron al cristianismo, profesando la doctrina monofisista[285]. Luego, los esfuerzos combinados de un general bizantino y de Silko lograron imponer a los blemmies iguales creencias. Para conmemorar su victoria, Silko hizo grabar una inscripción en un templo de los blemmies. «La jactancia de ese reyezuelo —escribe Bury— sería apropiada en boca de Atila o de Tamerlán»[286]. En esa inscripción, Silko se da el título siguiente: «Yo, Silko, soberano de los nobadas y de todos los etíopes»[287].

Haciendo balance del conjunto de la política exterior de Justiniano, ha de decirse que sus guerras interminables y agotadoras, que en definitiva no realizaron todas sus esperanzas ni todos sus planes, tuvieron fatales consecuencias para la situación general del Imperio. En primer lugar, aquellas gigantescas empresas requirieron gastos enormes. Procopio, en su «*Historia secreta*», cuyo testimonio no debe ser acogido sino con la mayor cautela, declara —quizá con alguna exageración— que Anastasio había dejado reservas enormes para la época, que ascendían a 320 000 libras de oro (unos 1500 a 1600 millones de pesetas oro), todas las cuales Justiniano dilapidó pronto[288]. Según testimonio de otro historiador del siglo VI, el sirio Juan de Éfeso[289], las reservas de Anastasio no se agotaron en absoluto sino bajo el reinado de Justino II, esto es, después de la muerte de Justiniano. En todo caso, el legado de Anastasio, incluso si restringimos la cifra de Procopio, debió ser de gran utilidad a Justiniano para sus empresas militares. Pero no podía bastarle. En cuanto a los nuevos impuestos, eran superiores a las capacidades de pago de una población extenuada. Los esfuerzos del emperador para reducir los gastos estatales haciendo economías en el sostenimiento del ejército produjeron una reducción del número de soldados, disminución que tornaba muy insegura la suerte de las provincias occidentales conquistadas.

Desde el punto de vista romano de Justiniano, sus expediciones de Occidente son comprensibles y naturales; pero desde el punto de vista de los intereses reales del Estado deben ser consideradas inútiles y nocivas. La brecha abierta entre Oriente y Occidente era ya tan grande en el siglo VI, que la sola idea de reunir ambas regiones constituía ya un anacronismo. No podía existir una unión efectiva. Las provincias conquistadas sólo podían retenerse por la fuerza,

y ya hemos visto que el Imperio no disponía de poder ni de medios para ello. Arrastrado por sus sueños irrealizables, Justiniano no comprendió la importancia de la frontera y provincias orientales, donde residían esencialmente los intereses vitales del Imperio bizantino. Las expediciones occidentales, obra sólo de la voluntad del emperador, no podían tener resultados duraderos, y el plan de restauración de un Imperio romano único desapareció con Justiniano, aunque no para siempre tampoco. A causa de la política general exterior de Justiniano, el Imperio atravesó una crisis económica intensa y extremadamente grave.

## La obra legislativa de Justiniano. Triboniano

Justiniano debe su celebridad universal a su obra legislativa, que sobresale por su amplitud. El emperador, según sus propias expresiones, «no sólo debe ser célebre por las armas, sino también estar armado de leyes para hallarse en estado de gobernar, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. Debe ser el protector poderoso de la ley, así como el triunfador de los enemigos vencidos»[290]. Es Dios quien da a los emperadores el derecho de hacer e interpretar las leyes, y por tanto, Justiniano piensa que un emperador debe ser un legislador y considera ese derecho como santificado por la divinidad. Pero a Justiniano le impulsaron igualmente preocupaciones de orden práctico. Dábase, en efecto, perfecta cuenta del estado anárquico de la

legislación romana en su época.

En el período del Imperio romano pagano, donde el poder legislativo estaba por entero en manos del emperador, la única forma de legislación consistía en publicar constituciones imperiales, llamadas leyes o reglamentos legislativos («*leges*»). En cambio, el conjunto de leyes creadas por una legislación más antigua había recibido el nombre de «*jus vetus*» o de «*jus antiquum*». A partir de mediados del siglo III de J. C., la jurisprudencia sufrió una rápida decadencia. Los trabajos jurídicos se limitaron a meras compilaciones destinadas a ayudar a los jueces, incapaces de estudiar toda la innecesaria literatura jurídica, dándoles colecciones de extractos de las constituciones imperiales y de las obras de juristas antiguos de renombre universal. Pero esas colecciones eran privadas y sin valor oficial alguno, y así, en la práctica, el juez debía apelar a todas las constituciones imperiales y a toda la literatura clásica, tarea muy superior a las humanas facultades. No debe olvidarse que no había órgano central que asegurase la publicación de las constituciones imperiales. Estas, creciendo en número de año en año, dispersas en diversos archivos, eran muy difíciles de utilizar, tanto más cuanto que los nuevos edictos frecuentemente abolían o modificaban los anteriores. Todo esto explica la aguda necesidad que se sentía de reunir los edictos imperiales en un «*Corpus*» accesible a quienes debían utilizarlos. Ya sabemos que antes de Justiniano se había hecho mucho en ese sentido. En su obra legislativa propia, Justiniano fue muy auxiliado por las compilaciones precedentes, a saber, *el Codex Gregorianus, el Codex Hermogenianus y el Codex Theodosianus.* Además, para hacer más fácil el empleo de las obras clásicas, esto es, del «*jus vetus*», Teodosío II y su contemporáneo en Occidente, Valentiniano III, habían dado un decreto

reservando el carácter de autoridad jurídica suprema a las obras de los cinco jurisconsultos más famosos. De lo demás autores podía prescindirse. Pero esto sólo era resolver el problema en apariencia. Por ende, en las obras de los cinco juristas escogidos era difícil encontrar decisiones adecuadas a un caso dado, ya que los jurisconsultos se contradecían a menudo y las condiciones de la vida habían cambiado, con lo que las soluciones propuestas por los juris consultos clásicos resultaban caducas a veces. En suma, se sentía la necesidad de una revisión, oficial y completa, de todo el sistema jurídico; era menester examinar su desarrollo a través de los siglos.

En los códigos precedentes no se habían reunido sino disposiciones imperiales de cierta época. En aquellas compilaciones no se mencionaban las obras jurídicas. Justiniano emprendió un enorme trabajo legislativo, que consistió en compilar todas las constituciones imperiales promulgadas hasta su época, las cuales hizo fijar en un código, y en la revisión de todos los antiguos escritos jurídicos. El auxiliar principal del emperador en esta tarea, y el alma de la empresa, fue Triboniano.

La labor avanzó con rapidez pasmosa. En febrero de 528 el emperador reunió una comisión de diez peritos, entre ellos Triboniano, «brazo derecho del emperador en su gran empresa legislativa y probablemente su inspirador hasta cierto punto»[291], y Teófilo, profesor de Derecho en Constantinopla. La comisión había de revisar los tres códigos anteriores, y suprimir todo lo caído en desuso, así como ordenar las constituciones imperiales promulgadas después del Código de Teodosio. Los resultados de todos aquellos trabajos debían ser codificados en una compilación. En abril de 529 el Código de Justiniano (*Codex Justinianus*) fue publicado. Se dividía en diez libros, que contenían las

disposiciones promulgadas desde Adriano hasta la época de Justiniano, y pasó a ser la única colección de leyes obligatoria para todo el Imperio, suprimiéndose así los tres códigos anteriores.

Si la elaboración del Código de Justiniano fue muy facilitada por los códigos anteriores, el trabajo de revisión del «*jus vetus*» perteneció exclusivamente al emperador. En 530 Triboniano fue encargado de reunir una comisión revisora de todos los jurisconsultos clásicos, a efectos de practicar extractos, eliminar todo lo caduco, suprimir todas las contradicciones y clasificar en un orden determinado el conjunto de materiales reunidos. Para ejecutar tal tarea, la comisión hubo de leer y estudiar unos dos mil libros, que encerraban más de tres millones de líneas. Tan gigantesco trabajo, cuya realización, según expresiones del propio Justiniano, «antes de darse orden de hacerla, no había sido esperada ni juzgada humanamente posible por nadie en el mundo[292]» y «libró todo el *jus vetus* de una palabrería superflua[293]», se terminó en tres años. El nuevo Código se publicó el 533 y entró en vigor en seguida, siendo conocido por el *Digesto* o *las Pandectas* (Digesta, Pandectae).

A pesar de la importancia de tal obra, ha de reconocerse que la prisa que presidió su ejecución hizo el trabajo defectuoso en ciertos aspectos. Se hallan allí gran número de repeticiones, contradicciones y decretos caídos en desuso. Además, merced a la libertad absoluta que se dejó a la comisión la facultad para abreviar, interpretar y condensar los textos, se comprueba en los resultados finales cierta arbitrariedad y a veces incluso una deformación de los textos antiguos.

En la obra hubo una completa ausencia de unidad. De esto se deriva el que los jurisconsultos del siglo XIX, que

daban mucha importancia a la legislación clásica romana, juzgaran con extrema severidad el *Digesto de Justiniano*. Pero hemos de reconocer que esa obra, a pesar de sus numerosas imperfecciones, prestó en la práctica grandes servicios. Además, ha conservado a la posteridad un rico material extraído de las obras de los jurisconsultos clásicos romanos que de otro modo no nos hubiesen llegado hoy.

A la vez que se elaboraba *el Digesto*, Triboniano y sus dos eminentes auxiliares Teófilo, el ya mencionado profesor de Constantinopla, y Doroteo, profesor en Beirut, Siria, fueron encargados el 533 de resolver otro problema. Según Justiniano, no todos podían «soportar el peso de tan grande sabiduría» (el Código y el Digesto). Por ejemplo, los jóvenes que «hallándose en la antecámara del Derecho quisieran penetrar sus arcanos[294]» no podían esperar adquirir todo el contenido de aquellas dos voluminosas obras y necesitaban un buen manual práctico. El mismo 533, pues, se publicó un *manual de Derecho civil*, destinado primordialmente a los estudiantes. Se componía de cuatro volúmenes y fue llamado Instituciones (*Institutiones* o *Institutas*). Según Justiniano, aquel manual tenía por objeto conducir «todas las fuentes turbias del Derecho antiguo a un lago transparente»[295].

El decreto imperial que sancionaba las *Instituciones* iba dirigido a la «juventud ávida de instruirse en el Derecho» («cupida legum juventuti»)[296].

Mientras se desarrollaba aquel trabajo de compilación, la legislación corriente no se interrumpía. Se promulgaron muchos decretos. Hubo que revisar toda una serie de cuestiones. En 529 el Código apareció en varios puntos como anticuado. Se emprendió una nueva revisión del Código y se concluyo en 534. En noviembre del mismo año se publico la segunda edición del Código, revisada, aumentada y

distribuida en doce libros, bajo el titulo de *Codex repetitae praelectionis.* Esta edición anulaba la precedente de 529 y contenía los decretos del periodo comprendido entre Adriano y el año 534. Con este trabajo concluyo la ejecución del «Corpus». No ha llegado a nosotros la primera edición del Código.

Los decretos posteriores al año 534 fueron llamados *Novelas* (*Novellae leges*). Mientras el *Código*, el *Digesto* y las *Institutas* estaban publicados en latín, la inmensa mayoría de las *Novelas* se publicó en griego. Era una concesión importante a las exigencias de la realidad y la vida practica, y mas proviniendo de un emperador penetrado de la tradición romana. En una de sus *Novelas*, Justiniano escribe: «No hemos escrito esta ley en la lengua nacional, sino en la lengua común, que es griega, a fin de que sea conocida de todos por la felicidad que tendrán en comprenderla»[297]. Justiniano se proponía reunir todas las *Novelas* en una compilación, pero no logró cumplir esta tarea, aunque si se hicieron durante su reinado algunas compilaciones particulares de tales leyes. Las *Novelas* se consideran como la ultima parte de la obra legislativa de Justiniano y constituyen una de las fuentes mas importantes de la historia interior de su época.

Era intención del emperador que el conjunto del *Código, Digesto, Institutas* y *Novelas* formase un «Corpus» legislativo, pero esa compilación única no vio la luz en sus días. Solo en la Edad Media, a partir del siglo XII, cuando reapareció en Europa el estudio del Derecho romano, empezó a ser conocido el conjunto de los trabajos legislativos de Justiniano bajo el titulo de *Corpus juris civilis*, o *Cuerpo del derecho civil*, como aun se llama hoy.

La enormidad de la obra legislativa de Justiniano y el

hecho de que estuviera redactada en latín, lengua poco comprendida por la mayoría de la población, provocaron la publicación inmediata de cierto numero de comentarios y abreviaciones griegas de algunas partes del Código, sin contar traducciones mas o menos fieles (paráfrasis) de las Institutas y del Digesto, acompañadas de notas explicativas. Estas compilaciones se debieron a los mencionados auxiliares de Triboniano, Teófilo y Doroteo, y algunos otros[298]. Estos pequeños resúmenes redactados en griego, y necesarios por las exigencias de la época y las circunstancias practicas, contenían bastantes errores y omisiones respecto a los originales latinos; pero, aun así, se impusieron a estos y los reemplazaron casi del todo.

A la vez que se renovaba la legislación con tales trabajos, se reorganizaba la enseñanza del Derecho. Se compusieron nuevos programas de estudios. Los cursos se repartieron en un periodo de cinco años. En el primero, el principal tema de estudio eran las *Institutas*; en el segundo, tercero y cuarto, el *Digesto*; y en el quinto, el *Código*. Justiniano escribía acerca del nuevo Derecho: «Cuando todos los arcanos del Derecho se desvelen, nada quedará oculto a los estudiantes, y después de haber leudo todas las obras reunidas para Nos por Triboniano y los otros, se convertirán en abogados distinguidos, servirán a la justicia y serán los mas capaces y felices de los hombres en todos los lugares y tiempos[299]». Dirigiéndose a los profesores, Justiniano escribía: «Empezad, con la ayuda de Dios, a enseñar el Derecho a los estudiantes y mostrarles la vía que nosotros hemos trazado, de suerte que siguiendo esa vía se conviertan en perfectos servidores de la justicia y del Estado y vosotros merezcáis de la posteridad la mayor gloria posible[300]». A los estudiantes jóvenes les escribía: «Aprended, con celo y atención, esas leyes que os damos, y mostraos tan instruidos en esa ciencia

que podáis estar animados por la muy hermosa esperanza de, después de terminados vuestros estudios jurídicos, gobernar el Estado en las partes que os sean confiadas[301]». La enseñanza se reducía a una simple asimilación de las materias del programa y a unos cuantos comentarios sobre ellas. No se permitía ejecutar o proponer una nueva interpretación del texto al referirse al original, es decir a los trabajos de los jurisconsultos clásicos. Los estudiantes solo estaban autorizados a hacer traducciones literales y componer cortas paráfrasis y sumarios.

A pesar de las naturales imperfecciones de su ejecución y los numerosos vicios del método que presidió su composición, la sorprendente creación legislativa del siglo VI ha tenido una importancia universal y duradera. El Código de Justiniano nos ha conservado el Derecho romano, el cual nos ha dado los principios jurídicos fundamentales que gobiernan la mayor parte de nuestras sociedades contemporáneas. «La voluntad de Justiniano —escribe Diehl— cumplió una de las obras más fecundas para el progreso de la humanidad»[302]. Cuando, en el siglo XII, se empezó a estudiar en la Europa occidental el Derecho romano, el Código de Derecho civil de Justiniano fue en varios lugares la verdadera ley. «El Derecho romano —dice el profesor I. A. Pokrovski— resucitó y unificó por segunda vez el universo. Todo el desarrollo del Derecho occidental se halla bajo el influjo del Derecho romano, incluso hasta nuestra época… El contenido más precioso del Derecho romano ha sido vertido en los parágrafos de los códigos contemporáneos y obra bajo el nombre de estos últimos»[303]. La ejecución de tal obra legislativa basta para justificar el sobrenombre de «*Grande*» que la historia ha dado a Justiniano.

En la época contemporánea se puede observar un

fenómeno muy interesante en el estudio de la legislación justinianea. Hasta ahora ese estudio sólo servía para penetrar mejor en el Derecho romano y su importancia era secundaria. Esto no se aplica a las Novelas. El Código en sí no se estudiaba, ni se practicaban sobre él investigaciones independientes. En tales condiciones, el principal reproche que se podía dirigir a la obra de Justiniano consistía en haber desfigurado el Derecho clásico abreviando o completando los textos originales. Se hacía responsable de ello a Triboniano. Hoy se trata de examinar las modificaciones aportadas a los textos clásicos, no como resultado de la arbitrariedad de los compiladores, sino como el de su deseo de adaptar el Derecho romano a las condiciones de la vida en el Imperio de Oriente en el siglo VI. Así, la cuestión importante pasa a ser ésta: ¿correspondía o no la obra de Justiniano a las exigencias de su época, y en qué medida? El problema debe estudiarse ateniéndose a las condiciones generales de la vida en el siglo VI, a las cuales hubo aquel código de tender a adaptarse. El helenismo y el cristianismo debieron ejercer, ambos a la par, influjo sobre la obra de los compiladores. Las costumbres orientales se mezclaron al trabajo de revisión del antiguo Derecho romano. La tarea de la ciencia historicojurídica contemporánea es definir y apreciar las influencias bizantinas en el Código, el Digesto y *las Instituías* de Justiniano[304]. Las Novelas, como obras de legislación corriente, reflejan, según es lógico, las condiciones y necesidades de la vida contemporánea.

En relación con la obra legislativa de Justiniano conviene recordar que durante su reinado florecieron las dos escuelas de Derecho de Constantinopla y Beirut[305]. Todas las demás escuelas de Derecho fueron suprimidas, considerándoselas focos de paganismo.

# Quinto concilio ecuménico

Como heredero de los Césares, Justiniano considero su deber restaurar el Imperio romano, pero a la vez quería establecer en el interior del Imperio una ley y una fe únicas. *Un Estado, una Ley, una Iglesia*: tal fue la breve fórmula a que se atuvo la política de Justiniano. Absolutista por principio, estimaba que en un Estado bien organizado todo debía subordinarse a la autoridad del emperador. Notando muy bien que la Iglesia podía ser un arma preciosa en manos del gobierno, se esforzó por todos los medios en subordinarla a él. Los historiadores que tratan de descubrir los principios directivos de la política religiosa de Justiniano, se inclinan en favor del predominio de los móviles políticos y declaran que la religión no fue para él sino la servidora del Estado[306], ahora dicen que aquel «segundo Constantino estuvo siempre dispuesto a olvidar sus deberes con el Estado tan pronto como intervino la religión»[307]. De hecho, Justiniano, en su deseo de ser dueño de la Iglesia, no sólo se propuso conservar en su mano el gobierno del clero y presidir los destinos de éste (sin exceptuar a sus más eminentes representantes), sino que también consideró derecho que le pertenecía el de definir el dogma para sus súbditos. La opinión religiosa del emperador, cualquiera que fuese, debía ser obligatoriamente seguida por sus vasallos. Por consecuencia, el emperador bizantino tenía el derecho de *regular la vida del clero*, de nombrar a su albedrío los jerarcas eclesiásticos más elevados, de imponerse como mediador y juez en los debates de la Iglesia. Por otra parte, Justiniano mostró su actitud favorable hacia la Iglesia protegiendo al clero, haciendo construir nuevos templos y monasterios, y concediendo a éstos privilegios particulares.

Además dedicó todos sus esfuerzos a establecer la unidad de fe entre todos sus súbditos, participando con frecuencia en los debates dogmáticos e imponiendo soluciones definitivas a las cuestiones doctrinales en discusión. Esta política de preponderancia del poder temporal en los asuntos religiosos y eclesiásticos, extremada *hasta hacerse sentir* en las raíces de las más hondas convicciones religiosas de los individuos, se conoce en la historia con el nombre de *cesaropapismo*, y Justiniano puede ser considerado uno de los representantes más característicos de la tendencia cesareopapista. A su entender, el jefe del Estado debía ser a la vez *Cesar y Papa*, reuniendo en su persona la plenitud de los poderes temporal y espiritual. Para los historiadores que ven especialmente en la actividad de Justiniano el lado político, la razón principal de su cesarismo fue el deseo de asegurar su poder político, reforzar su gobierno y dar bases religiosas a su autoridad suprema, que sólo la casualidad le había procurado.

Justiniano había recibido una excelente educación religiosa. Conocía muy bien la Santa Escritura y se complacía *interviniendo* en los debates religiosos. Incluso escribió algunos himnos de tal carácter. Pero los conflictos religiosos le parecían entrañar peligros, sin exceptuar peligros políticos, ya que, según él, amenazaban la unidad del Imperio.

Vimos que los dos predecesores de Justino y Justiniano, es decir, Zenón y Anastasio, habían entrado en el camino de la reconciliación con la Iglesia oriental monofisista, habiendo, así, roto con la Iglesia romana. Justino y Justiniano se declararon abiertamente por la última y reanudaron las relaciones con ella. En consecuencia, las provincias orientales se apartaron, por así expresarlo, de Justiniano, cosa que, sin duda, no entraba en las miras del emperador, ansioso de establecer una fe única en su vasto

Imperio. Pero la restauración de la unidad de la Iglesia en Oriente y en Occidente, en Alejandría, Antioquía y Roma, era imposible. Un historiador dice:

> «El gobierno de Justiniano, en su política religiosa, semeja un Jano de doble rostro, una faz del cual se volvía al oeste, interrogando a Roma, y la otra, vuelta al este, buscaba la verdad entre los monjes de Siria y Egipto»[308].

Desde el mismo principio de su reinado, Justiniano situó en la base de su política religiosa la reaproximación a Roma y por consecuencia asumió el papel de defensor del concilio de Calcedonia, a cuyas decisiones eran tan opuestas las provincias orientales. Bajo Justiniano, la Santa Sede gozaba de autoridad suprema en el campo eclesiástico. En las cartas que dirigía al obispo, Justiniano llamábale «Papa», «*Papa de Roma*», «Padre Apostólico», «Papa y Patriarca», etcétera, aplicando el título de Papa exclusivamente al obispo de Roma. En una de sus epístolas, el emperador se dirigía al Papa como a la «Cabeza de todas las santas iglesias (*caput omnium sacrarum ecclesiarum*)[309]» y en una de sus Novelas[310] declara, de manera muy nítida, que «la bienaventurada sede del arzobispo de Constantinopla, la *nueva Roma*, ocupa el segundo lugar después de la Muy Santa Sede Apostólica de la antigua Roma».

Justiniano entró en lucha con los judíos, los paganos y los heréticos. Entre los últimos figuraban los maniqueos, los nestorianos, los monofisistas, los arríanos y los adeptos de otras doctrinas religiosas menos importantes. El arrianismo se había propagado mucho en Occidente entre las tribus germánicas. Existían vestigios de paganismo en diferentes zonas del Imperio y los paganos volvían aun los ojos a la Escuela de Atenas como foco principal del paganismo. Los

judíos y los sectarios de tendencias heréticas de menor importancia se encontraban, al principio, esencialmente en las provincias orientales. El monofisismo era, por supuesto, la doctrina que más adeptos tenía.

La lucha contra los arríanos en Occidente asumió la forma de una serie de operaciones militares que terminaron, como sabemos, por la sumisión parcial o total de los reinos germánicos.

La convicción, honda en Justiniano, de que se necesitaba en el Imperio una fe única no dejaba lugar a la menor tolerancia con los principales representantes de las doctrinas y enseñanzas heréticas, y los tales sufrieron bajo él severas y tenaces persecuciones desarrolladas con ayuda de las autoridades civiles y militares.

Para exterminar de modo radical los últimos vestigios del paganismo, Justiniano, en 529, ordenó la clausura de la famosa Escuela filosófica de Atenas, último baluarte del expirante paganismo y cuya decadencia había precipitado la creación, en el siglo V, bajo Teodosio II, de la Universidad de Constantinopla. Muchos profesores fueron desterrados y se confiscaron los bienes de la Escuela. Un historiador escribe: «El mismo año en que San Benito destruyó el último santuario pagano en Italia, el templo de Apolo del bosque sagrado de Monte Cassino, vio también la destrucción del baluarte del paganismo clásico en Grecia»[311]. Desde entonces, Atenas perdió definitivamente su antigua importancia como foco de civilización, transformándose en una ciudad de segundo orden, pequeña y tranquila. Algunos de los filósofos de la Escuela de Atenas decidieron emigrar a Persia, donde se afirmaba que el rey Cosroes se interesaba por la filosofía. Fueron muy bien acogidos, pero los griegos no se acostumbraban a vivir en el extranjero y Cosroes

resolvió devolverlos a Grecia, previo un acuerdo con Justiniano, quien se comprometía a no perseguir a tales filósofos ni obligarlos a profesar la fe cristiana. Justiniano cumplió su promesa y los filósofos paganos pasaron el resto de sus días en el Imperio bizantino en la más completa seguridad. De todos modos, Justiniano, pese a sus esfuerzos, no logró extirpar por completo el paganismo, que siguió existiendo en secreto en ciertas regiones alejadas.

En Palestina, los judíos, así como los samaritanos, que tenían una religión muy semejante a la de los judíos, no pudieron soportar las persecuciones del gobierno y se sublevaron, siendo cruelmente reprimidos. Se destruyeron muchas sinagogas y en las que quedaron en pie se prohibió leer el Antiguo Testamento en su texto hebreo, que debía ser reemplazado por el texto griego de *los Setenta*. La población perdió sus derechos civiles. También los nestorianos fueron perseguidos con saña.

Más importante que esto fue la política de Justiniano respecto a los monofisistas. Sus relaciones con ellos tenían gran importancia política, porque se enlazaban estrechamente con la cuestión vital de las provincias orientales; Egipto, Siria y Palestina. Además, los monofisistas estaban apoyados por Teodora, la esposa del emperador, la cual ejercía sobre él influencia considerable. Un escritor monofisista contemporáneo, Juan de Éfeso, la llamaba «*la mujer que ama al Cristo y está llena de celo… la emperatriz más cristiana, enviada por Dios en tiempos difíciles para proteger a los perseguidos*»[312].

Por consejo de Teodora, Justiniano, al comienzo de su reinado, quiso reconciliarse con los monofisistas. Los obispos monofisistas desterrados bajo Justino y en los primeros años del reinado de Justiniano, fueron autorizados

a regresar. Se invitó a muchos monofisistas a participar, en la capital, en una conferencia religiosa de conciliación, y el emperador, según un testigo ocular, exhortó a discutir con sus adversarios todas las cuestiones dudosas «*con toda la dulzura y toda la paciencia que convienen a la ortodoxia y a la religión*»[313]. Quinientos monjes monofisistas instalados en uno de los palacios de la capital transformaron tal palacio en «un grande y admirable eremitorio»[314]. El 535, Severo, obispo de Antioquía, cabeza y verdadero legislador del monofisismo, estuvo en Constantinopla, donde permaneció un año[315]. La capital del Imperio, a principios del 535, recuperaba hasta cierto punto el aspecto que había presentado bajo el reinado de Anastasio[316]. El arzobispo de Trebisonda, Antimo, conocido por su actitud conciliadora hacia los monofisistas, fue elevado al patriarcado de Constantinopla. Dijérase que los monofisistas estaban a punto de triunfar.

Pero la situación cambió con mucha rapidez. El Papa Agapito, en su viaje a Constantinopla, así como el partido de los *Akoimetoi* u ortodoxos extremistas, lanzaron tales clamores ante las concesiones religiosas del arzobispo trebisondano, que el emperador, no sin disgusto, hubo de modificar su política. Antimo fue depuesto y substituido por el sacerdote ortodoxo Menas. Según un testimonio histórico hubo la conversación siguiente entre emperador y Papa: «*Yo te forzaré a estar de acuerdo con Nos o te desterraré*», dijo Justiniano. «Había —contestó Agapito— deseado visitar al más cristiano de los emperadores, y he aquí que encuentro un Diocleciano. Empero, tus amenazas no me atemorizan»[317]. Es muy probable que las concesiones del emperador al Papa fuesen motivadas por el hecho de que empezaba entonces en Italia la guerra contra los ostrogodos y Justiniano necesitaba un apoyo en Occidente.

Pese a tal concesión, Justiniano no abandonó del todo la esperanza de reconciliar al Estado con los monofisistas. Esto se vio en breve cuando el famoso asunto de los Tres Capítulos. Se refería el asunto a tres famosos teólogos del siglo V, a saber, Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro, e Ibas de Edesa. Los monofisistas reprochaban al concilio de Calcedonia no haber condenado a aquellos tres escritores, a pesar de sus doctrinas nestorianas. El Papa y los Akoimetoi oponían sobre ese punto una encarnizada resistencia. Justiniano, muy irritado por ella, declaró que en aquel extremo los monofisistas tenían razón y que los ortodoxos debían aceptar el punto de vista monofisista. El 543 publicó, en consecuencia, un edicto condenando las obras de aquellos tres teólogos y amenazando con iguales rigores a quienes los defendieran o aprobaran[318].

Justiniano quiso hacer obligatorio el edicto en todo el Imperio y exigió que lo firmasen todos los patriarcas y obispos. Ello no resultó fácil de ejecutar. El Occidente se conmovió a la idea de que consentir en firmar el edicto imperial podía equivaler en algún modo a usurpar la autoridad del concilio de Calcedonia. Un sabio diácono de Cartago escribía: «Si las definiciones del concilio de Calcedonia se ponen a discusión, ¿no puede correr parejo peligro el concilio de Nicea?»[319]. Además, se promovía la siguiente pregunta: ¿cabía condenar a muertos? Porque aquellos tres teólogos ya no existían desde el siglo precedente. Por ende ciertos representantes de la Iglesia occidental entendían que el emperador, con su edicto, atentaba a la libertad de pensamiento de los miembros de la Iglesia. Esta última opinión no existía prácticamente en la Iglesia oriental, acostumbrada hacía mucho a la intromisión del emperador en la resolución de las cuestiones dogmáticas. Lo de la condenación de los escritores muertos estaba, de

otra parte, resuelto en las Escrituras, ya que el rey Josías, en el Antiguo Testamento, no sólo había sacrificado sacerdotes paganos vivos, sino profanado los sepulcros de otros muertos mucho antes de su reinado, quemando sus huesos sobre el altar (Reyes, IV, 23; 16). Así, mientras la Iglesia oriental consentía en reconocer el edicto y condenar los tres capítulos, la occidental se pronunciaba contra él. En definitiva, el edicto de Justiniano no fue reconocido nunca por toda la Iglesia.

Para reconciliarse con la Iglesia occidental, Justiniano necesitaba ante todo convencer al Papa de que aprobase el edicto. Invitó, pues, al Papa Virgilio a acudir a Constantinopla, donde el Pontífice hubo de pasar más de siete años. A su llegada el Papa se pronunció resueltamente contra el edicto y excomulgó al patriarca de Constantinopla, Menas. Pero, poco a poco, bajo la acción de diversas influencias, el Papa cedió ante Justiniano y Teodora y, el 548, añadiendo su voz a la de los cuatro patriarcas orientales, publicó una ordenación de los tres teólogos, a la que se llama de ordinario el *Judicatum*. Este fue el postrer triunfo de Teodora, que murió el mismo año, persuadida de la victoria definitiva e inevitable del monofisismo. El Papa invitó a los sacerdotes de la Europa occidental a orar por «los más clementes de los príncipes, Justiniano y Teodora»[320].

Pero la Iglesia occidental no aprobó la concesión hecha por el Papa. Los obispos de África, tras reunir un concilio, llegaron a excomulgarle. Influido por los acontecimientos occidentales, el Papa vaciló y concluyó retirando el *Judicatum*. En tales circunstancias, Justiniano decidió convocar un concilio ecuménico, que se reunió en Constantinopla el 553.

La tarea de aquel quinto concilio ecuménico fue mucho más limitada que las de los precedentes. No se trataba de una herejía nueva, sino sólo de precisar ciertos puntos respecto a las decisiones de los concilios tercero y cuarto, relativas en parte al nestorianismo, pero sobre todo a la doctrina monofisista. El emperador deseaba vivamente que el Papa, que se hallaba entonces en Constantinopla, asistiese al concilio, más el Santo Padre, alegando excusas diversas, rehusó, y todas las sesiones se celebraron sin él. El concilio examinó las obras de los tres teólogos y opinó como el emperador, condenando y anatematizando «al impío Teodoro, que había sido obispo de Mopsuestia, así como a todas sus obras impías, y todo lo que de impío había escrito Teodoreto, y la carta impía atribuida a Ibas, y a todos aquellos que habían escrito o escribían para defenderlos (*ad defensionem eorum*)»[321].

Las decisiones del concilio se declararon obligatorias y Justiniano inauguró una política de persecución y destierro contra los obispos que no aprobaban la condena. El Papa fue desterrado a una isla del mar de Mármara. Al fin consintió en firmar la condena y así se le autorizó a volver a Roma. Pero murió en Siracusa, yendo de camino.

Occidente no aceptó las decisiones del concilio de 553, sino a fines del siglo VI, sólo luego que Gregorio I el Grande (590-604) hubo proclamado que «en el sínodo que se había ocupado de los Tres Capítulos, nada había sido violado ni cambiado en lo que atañía a materia de religión»[322], el concilio de 553 fue reconocido en todo Occidente como ecuménico e igual que los cuatro primeros concilios.

La recia lucha religiosa entablada por Justiniano para reconciliar a monofisistas y ortodoxos no condujo a los resultados apetecidos. Los monofisistas no quedaron

satisfechos con las concesiones que se les hacían. J. Maspero llama al período comprendido entre 537 y 570 «*el terror católico*»[323].

Hacia el fin del reinado de Justiniano parece advertirse una orientación nueva en la política religiosa del emperador, pero este punto no está suficientemente dilucidado. El 565 murió el anciano emperador y cambió la política religiosa del Gobierno.

Estableciendo un balance de la política religiosa de Justiniano, hallamos que no logró establecer una Iglesia unida en el Imperio. La ortodoxia y el monofisismo no se reconciliaron; el nestorianísmo, el maniqueísmo, el judaísmo y, en cierta medida, el paganismo, siguieron existiendo. No hubo unidad religiosa y la tentativa de Justiniano para establecerla debe ser considerada como un fracaso.

Pero al hablar de la política religiosa de Justiniano no debe olvidarse la actividad evangelizadora característica de aquel período. Justiniano, emperador cristiano, creyó su deber extender el cristianismo allende las fronteras del Imperio. En su época se produjo la conversión de los hérulos a orillas del Danubio, la de algunas tribus caucásicas y también la de las tribus indígenas del África del Norte y del Nilo Medio[324].

## Política interior de Justiniano. La sedición Nika

Al llegar Justiniano al trono reinaban en todo el Imperio

la sedición y la anarquía. La miseria desolaba lo más del país, en especial las provincias. Los impuestos se percibían con dificultades. Las facciones del circo, los grandes terratenientes, los parientes de Anastasio desposeídos del trono, las disputas religiosas, aumentaban las turbulencias interiores, creando una situación alarmante.

Al subir al trono, Justiniano comprendió que el Estado necesitaba profundas reformas internas. Y se aplicó esforzadamente a la obra. Las principales fuentes que poseemos sobre esta parte de la actividad de Justiniano son, de una parte, sus Novelas; de otra, el tratado contemporáneo de Juan el Lidio, tratado que se intitulaba *De la administración del Estado romano*, y, en fin, la Historia secreto, contemporánea también, de Procopio, de la que hablaremos más veces. En época reciente se han encontrado preciosos materiales sobre ese tema en los papiros.

Al principio mismo de su reinado, Justiniano hubo de afrontar en la capital una sedición terrible.

El barrio principal de Constantinopla era el del Circo o Hipódromo, lugar predilecto de reunión para los habitantes de la capital, tan aficionados a las carreras de carros. Por lo común, el nuevo emperador comparecía, tan pronto como era coronado, en el Hipódromo y allí, en el palco imperial o «*Kathisma*», recibía las aclamaciones de la multitud. Los conductores de carros llevaban ropas de cuatro colores: verde, azul, blanco o rojo. Las carreras constituían el espectáculo más agradable a la ciudad desde que la Iglesia prohibiera los combates de gladiadores. En torno a los aurigas de cada color se agrupaban facciones muy bien organizadas. Estas facciones tenían su caja propia, pagaban el mantenimiento de los aurigas, de los caballos y de los carros, y rivalizaban y disputaban con los partidarios de

otros colores. Pronto se las conoció bajo los nombres de Verdes, Azules, etc. El circo y las carreras, así como las facciones del circo, provenían del Imperio romano, de donde pasaron a Bizancio; una tradición literaria tardía remontaba su fundación a los tiempos mitológicos de Rómulo y Remo. El sentido inicial de los nombres de las cuatro facciones está poco claro. Las fuentes de la época de Justiniano (siglo VI) declaran que esos nombres correspondían a los cuatro elementos: tierra (verdes), agua (azules), aire (blancos) y fuego (rojos). Los espectáculos del circo tenían extraordinaria magnificencia. Los espectadores a veces llegaban a 50 000.

Poco a poco, las facciones del circo, designadas en la época bizantina por el nombre de «*demás*», se transformaron en partidos políticos expresivos de determinadas tendencias políticas, sociales o religiosas. La voz de la muchedumbre del circo pasó a ser una especie de opinión pública y de voz de la nación. «A falta de una Prensa —dice E. I. Uspensky—, el hipódromo se convirtió en el único lugar donde podía expresarse libremente la opinión pública, la cual, en ciertos momentos, dictó órdenes al Gobierno»[325]. El emperador aparecía a veces en el circo para dar a la multitud explicaciones de sus actos. En el siglo VI las facciones más influyentes eran la de los Azules (*Venetoi*), partidarios de la ortodoxia y a quienes, por lo tanto, también se llamaba calcedonios (partidarios del concilio de Calcedonia); y la de los Verdes (*Prasinoi*), que se atenían al monofisismo. Ya bajo el reinado de Anastasio, había estallado una insurrección en la capital y, tras terribles depredaciones, el partido ortodoxo, aclamando un nuevo emperador, se había precipitado en el hipódromo, donde compareció Anastasio aterrado, sin diadema, y ordenó al heraldo declarar al pueblo que estaba dispuesto a deponer el

Poder. Viendo la multitud al emperador en tan deplorable estado, calmóse y la insurrección concluyó. Tal episodio es característico del influjo ejercido por el hipódromo y la muchedumbre de la capital sobre el Gobierno y el emperador. Anastasio, como monofisista, había tendido a favorecer a los Verdes.

Con Justino y Justiniano se impuso la ortodoxia, y con ella los Azules. No obstante, Teodora era favorable a los Verdes. De modo que en el mismo trono imperial encontraban defensores las facciones diversas.

Numerosas y diversas causas provocaron la terrible insurrección del 532 en la capital. La oposición dirigida contra Justiniano era triple: dinástica, política y religiosa. Los parientes de Anastasio vivían aún y se consideraban defraudados por la exaltación al trono de Justino primero y Justiniano después, y se apoyaban en el partido de los Verdes, favorables al monofisismo. Se propusieron, pues, derribar a Justiniano. La oposición política nacía de la irritación general contra la administración superior, y sobre todo contra el famoso jurista Triboniano, de quien hablamos antes, y contra el prefecto del Pretorio, Juan de Capadocia, quien había provocado honda indignación en el pueblo con sus abusos, ilegalidades, exacciones y crueldad. Finalmente la oposición religiosa nacía de los monofisistas, que habían sufrido graves vejaciones bajo Justino y Justiniano. Este conjunto de causas motivó una insurrección popular en la capital. Es interesante notar que Azules y Verdes, olvidando sus querellas religiosas por esta vez, se unieron contra el detestado Gobierno. Las negociaciones que a través de un heraldo mantuvo el emperador con el pueblo reunido en el hipódromo, no condujeron a resultado alguno[326]. La revuelta se propagó muy de prisa por la ciudad. El grito de los sublevados, Nika, o «Victoria», ha dado nombre a esta

rebelión, designada en la historia como «*Sedición Nika*». Los edificios más bellos, los monumentos artísticos más admirables fueron incendiados y saqueados. La basílica de Santa Sofía ardió también. En su solar debía elevarse más tarde la famosa catedral de Santa Sofía. La promesa del emperador de destituir a Triboniano y a Juan de Capadocia, su arenga personal a las turbas, en el hipódromo, no surtieron efecto alguno. Un sobrino de Anastasio fue proclamado emperador. Justiniano y sus consejeros, refugiados en palacio, pensaban ya en huir de la capital, pero en aquel momento crítico acudió Teodora en socorro de su marido. Procopio reproduce su discurso, en el que ella, entre otras, expresa las siguientes ideas: «Es imposible al hombre, una vez venido al mundo, evitar la muerte; pero huir cuando se es emperador es intolerable. Si quieres huir, Cesar, bien está. Tienes dinero, los barcos están dispuestos y la mar abierta… Pero reflexiona y teme, después de la fuga, preferir la muerte a la salvación. Yo me atengo a la antigua máxima de que la púrpura es una buena mortaja»[327]. Entonces se dio a Belisario la tarea de reprimir la insurrección, que duraba ya seis días. Belisario logró rechazar al pueblo sublevado hasta el hipódromo, cercándolo allí y dando muerte a treinta o cuarenta mil rebeldes. Aplastada la revuelta, Justiniano volvía a sentarse en un trono sólido. Los parientes de Anastasio fueron ejecutados.

Una de las características de la política interior de Justiniano es la lucha obstinada —y no explicada del todo— que mantuvo contra los grandes terratenientes. Conocemos esa lucha por las Novelas, por los papiros y por la Historia secreta de Procopio, quien, aun cuando se instituye en defensor de la nobleza y recoge en su obra acusaciones absurdas contra Justiniano, aquel advenedizo al trono imperial, no por eso deja de darnos una pintura muy

interesantes de los conflictos sociales del siglo VI. El Gobierno advertía que sus rivales mas peligrosos eran los grandes terratenientes, que administraba sus dominios sin cuidarse para nada del poder central. En una de sus Novelas, Justiniano deplora la situación alarmante de las propiedades rurales, pertenecientes al Estado o a particulares, en las provincias, bajo el poder arbitrario de los magnates locales, y escribe al procónsul de Capadocia estas significativas líneas: «Hemos sido informados de abusos tan extraordinariamente graves cometidos en las provincias, que su represión difícilmente puede ser tentada por una sola persona revestida de gran autoridad. Incluso nos avergüenza decir la inconveniencia con que los intendentes de los señores se pasean rodeados de guardias de *corps*, la cantidad de gentes que los acompañan y la impudicia con que todo lo roban». Luego de decir algunas palabras sobre el estado de la propiedad, añade que «la propiedad del Estado se ha transformado casi por completo en propiedad privada, porque ha sido arrebatada y entregada al pillaje, incluso todos los tropeles de caballos, y ni un solo hombre ha elevado la voz para protestar, *porque todas las bocas estaban cosidas con oro*»[328]. Resulta de estas declaraciones que los señores de Capadocia gozaban de plenos poderes en sus provincias, que poseían tropas propias, hombres de armas y guardias de corps, y que se apoderaban tanto de las propiedades de los particulares como de las públicas. También es interesante notar que esta Novela se publicó cuatro años después de la sedición Nika. Se encuentran en los papiros indicaciones análogas sobre el Egipto de la época de Justiniano. Uno de los miembros de la famosa familia aristocrática de los Apiones poseía en el siglo VI vastas propiedades rurales en todo Egipto. Poblados enteros pertenecían a sus posesiones. Su organización doméstica era

casi real. Tenía secretarios, intendentes, ejércitos de trabajadores, consejeros, recaudadores de impuestos, un tesorero, una policía y hasta un servicio postal. Estos grandes señores empleaban prisiones propias y mantenían tropas personales[329]. Las iglesias y monasterios poseían también extensos territorios.

Justiniano entabló una lucha implacable contra aquellos grandes propietarios rurales. Por medios diversos, como intromisión en las herencias; donaciones forzadas (y hasta falsificadas a veces) al emperador; confiscación merced a falsos testimonios; procesos religiosos tendientes a privar a la Iglesia de sus bienes territoriales, Justiniano se esforzó, consciente y metódicamente, en destruir la propiedad territorial de grandes vuelos. Se ejecutaron numerosas confiscaciones, sobre todo después de la tentativa revolucionaria del 532. Pero Justiniano no logró aplastar por completo a la alta aristocracia terrateniente, que siguió siendo uno de los elementos más peligrosos de la vida del Imperio en las siguientes épocas.

Justiniano advirtió los vicios de la administración, es decir, su venalidad, sus robos y sus exacciones, que entrañaban general empobrecimiento y ruina y daban inevitablemente nacimiento a desórdenes interiores en el Imperio. Comprendía que tal estado de cosas tenía efectos desastrosos sobre la seguridad social, la economía y la agricultura. Comprendió también que el desorden financiero implicaba una confusión general en la vida del Imperio y deseó vivamente poner remedio a tal situación. Estimaba deber del emperador establecer reformas nuevas y profundas, y concebía la misión reformadora del soberano como una obligación inherente a su estado y un acto de gratitud hacia Dios, que le había colmado de beneficios. Pero, representante convencido del *absolutismo imperial*,

Justiniano veía en la centralización administrativa y el empleo de una burocracia perfeccionada y estrictamente obediente, el solo medio de mejorar la situación del Imperio.

Primero dirigió la atención al estado financiero del país, que inspiraba, con motivo, serios temores. Las empresas militares exigían enormes gastos y los impuestos se recaudaban más difícilmente cada vez. Ello inquietaba mucho al emperador, quien en una de sus Novelas escribió que, dados sus grandes gastos militares, sus súbditos debían apagar las tasas del Estado de buen grado e íntegramente[330]. Así, de una parte se hacía campeón de la inviolabilidad de los derechos del Fisco y de otra se proclamaba defensor del contribuyente contra las extorsiones de los funcionarios.

Dos grandes Novelas del año 535 son características de la actividad reformadora de Justiniano, porque exponen los principios esenciales de su reforma administrativa y determinan con precisión las nuevas obligaciones de los funcionarios. Una de ellas prescribe a los gobernadores «tratar como padres a todos los ciudadanos leales, proteger a los súbditos contra la opresión, rehusar todo regalo, ser justos en los juicios y decisiones administrativas, perseguir al crimen, proteger al inocente, castigar al culpable, de acuerdo con la ley, y, en general, tratar a los súbditos como un padre trataría a sus hijos»[331]. Pero, a la vez, los funcionarios, «guardando sus manos puras (es decir, rehusando dádivas) en toda circunstancia», debían velar atentamente por las rentas del Imperio, «aumentando los tesoros del Estado y poniendo todo su cuidado en defender los intereses de aquél»[332]. La Novela declara que, dada la conquista de África y la sumisión de los vándalos, así como las vastas empresas proyectadas, «es absolutamente necesario que los impuestos sean pagados íntegramente y de buena voluntad en los términos fijados. Así, si queréis dar

buena acogida a los gobernadores y si les ayudáis a recaudar los impuestos pronta y fácilmente, Nos loaremos a los funcionarios por su celo y a vosotros por vuestra prudencia y una buena y tranquila armonía reinará por doquier entre gobernantes y gobernados»[333]. Los funcionarios debían prestar juramento solemne de cumplir con honradez sus funciones y a la vez se les hacía responsables del cobro íntegro de los impuestos en las provincias que se les confiaban. Los obispos debían inspeccionar la conducta de los funcionarios. Los culpables de alguna falta incurrían en castigos severos, mientras los que cumplían su cargo con honradez podían obtener mejoras. Así, los deberes de funcionarios y contribuyentes aparecen muy netos en el ánimo de Justiniano: los primeros deben ser gente honrada; los segundos deben pagar sus impuestos de buen grado, con regularidad e íntegramente. En sus decretos posteriores el emperador se refiere a menudo a esos principios fundamentales de su reforma administrativa.

Todas las provincias del Imperio no fueron gobernadas de la misma manera. Algunas, sobre todo las fronterizas, pobladas por indígenas descontentos, exigían una administración más firme que otras. Ya vimos antes que las reformas de Diocleciano y de Constantino acrecieron desmesuradamente las divisiones provinciales y crearon un enorme cuerpo de funcionarios, produciendo a la par una separación estricta de las jurisdicción militar y civil. Con Justiniano hallamos varios ejemplos de ruptura de ese sistema y de regreso al anterior a Diocleciano. Justiniano, sobre todo en Oriente, reunió varias pequeñas provincias, haciendo que formasen una unidad más considerable, y en determinadas provincias del Asía Menor, donde solían sobrevenir conflictos y disputas entre las autoridades civiles y militares, reunió las funciones militares y civiles en manos

de una sola persona, con título de pretor. El emperador prestó particular atención a Egipto, y en especial a Alejandría, que suministraba grano a Constantinopla. Según una Novela, la organización del tráfico de grano en Egipto y de su transporte a Roma, era terriblemente defectuosa[334]. Para reorganizar aquel servicio, importante en grado sumo a la vida del Imperio, Justiniano dio al funcionario civil denominado «*augustalis*» (vir spectabilis augustalis) poderes militares sobre las dos provincias egipcias[335], así como sobre Alejandría, ciudad muy populosa y agitada. Pero tales tentativas de reagrupamiento de territorios y poderes no tuvieron en Justiniano un carácter sistemático.

Aunque poniendo en práctica en las provincias orientales la idea de la fusión de poderes, Justiniano hizo subsistir en Occidente la antigua separación de los poderes militar y civil, sobre todo en las recién conquistadas prefecturas de África del Norte e Italia.

Esperaba el emperador que con numerosos y apresurados edictos corregiría todos los defectos de la administración y, según sus propios términos, «*daría al Imperio, con sus espléndidas empresas, una nueva flor*»[336]. La realidad no respondió a sus esperanzas, porque todos sus decretos no podían cambiar a las personas. Las posteriores Novelas prueban claramente que continuaban las rebeliones, extorsiones y pillajes. Era menester renovar sin cesar los decretos imperiales, recordando su existencia a la población. A veces, en ciertas provincias, hubo de proclamarse la ley marcial.

Falto de dinero y agobiado por necesidades urgentes, el propio Justiniano tuvo que recurrir en ocasiones a las mismas medidas que prohibía en sus edictos. Vendió cargos por gruesas sumas y, a pesar de sus promesas, creó nuevos

impuestos, aunque sus Novelas muestran con claridad que le constaba la imposibilidad de la población de atender a sus cargos fiscales. Presionado por dificultades financieras recurrió a la alteración de la moneda y emitió moneda depreciada, pero la actitud del pueblo se volvió tan amenazadora, que hubo, casi inmediatamente, de revocar el edicto que lo disponía[337]. Todos los medios posibles e imaginables fueron puestos en obra para llenar las cajas del Estado, el Fisco, «que ocupa el lugar del estómago, el cual nutre todas las partes del cuerpo[338]», según frase de Corippo, poeta del siglo VI. La severidad con que hacía percibir los impuestos alcanzó extremo rigor y produjo un efecto desastroso sobre la población, ya extenuada. Un contemporáneo dice que a una invasión extranjera hubiese parecido menos temible a los contribuyentes que la llegada de los funcionarios del Fisco[339]. Las poblaciones pequeñas se empobrecieron y quedaron desiertas, porque sus habitantes huían para escapar a la opresión del Gobierno. La producción del país descendió casi a nada. Estallaron revueltas. Comprendiendo que el Imperio estaba arruinado y que sólo la economía podía salvarlo, Justiniano aplicóse a ello, pero en la esfera donde más peligroso debía resultar. Redujo los efectivos del ejército y con frecuencia atrasó el pago de los soldados. Mas el ejército, compuesto sobre todo de mercenarios, se levantó a menudo contra semejante práctica y se vengó en las indefensas poblaciones.

La reducción del ejército tuvo otras consecuencias graves, pues dejó al descubierto las fronteras y los bárbaros pudieron penetrar impunemente en territorio bizantino y entregarse al pillaje. Las fortalezas construidas por Justiniano no se mantuvieron con la debida guarnición. Incapaz de oponerse a los bárbaros por la fuerza, Justiniano hubo de comprarlos, y ello arrastró a nuevas expensas. Con

frase de Diehl, se creó un *círculo vicioso*. La falta de dinero había engendrado la disminución del ejército, y la insuficiencia de soldados exigió más dinero para pagar a los enemigos que amenazaban a Bizancio[340].

Si a esto se añaden las frecuentes carestías, las epidemias, los temblores de tierra, cosas todas que arruinaban a la población y aumentaban el presupuesto del Gobierno, se puede imaginar el desolador panorama que presentaba el Imperio al final del reinado de Justiniano. De tal panorama hállase un eco en la primera Novela de Justino II, la cual habla «del tesoro público gravado de abundantes deudas y reducido a extrema pobreza», y de «un ejército que carecía ya tanto de todo lo necesario, que el Imperio era frecuente y fácilmente atacado y devastado por los bárbaros»[341].

Los esfuerzos de Justiniano en la esfera de las reformas administrativas fracasaron completamente. En lo financiero el Imperio se hallaba a *dos dedos* de la ruina. Aquí no debemos perder de vista el estrecho lazo que unía la política interna con la externa del emperador. Sus vastas empresas militares en Occidente, con los inmensos gastos que exigían, arruinaron el Oriente y dejaron a los sucesores de Justiniano una herencia pesada y difícil. Las primeras Novelas prueban con claridad que Justiniano deseaba poner orden en la vida del Imperio y elevar el nivel moral de los órganos del Gobierno, pero tan nobles intenciones no pudieron cambiarse en realidades vivas porque tropezaron con los planes militares del emperador, planes que le dictaba el concepto que tenía de sus deberes como heredero de los Cesares romanos.

# El comercio bajo Justiniano. Cosmas Indicopleustes. Las fortificaciones

El período de Justiniano marcó con una huella muy rotunda la historia del comercio bizantino. En el período cristiano, como en los tiempos del Imperio romano pagano, el comercio se mantenía sobre todo con Oriente. Los objetos de comercio más raros y preciosos llegaban de los remotos países chinos e hindúes. La Europa occidental, entonces en el estadio de la formación de nuevos Estados germánicos —algunos de los cuales fueron conquistados por los generales de Justiniano—, vivía en condiciones muy desfavorables para el desarrollo de una vida económica propia. El Imperio romano de Oriente, con su capital, tan ventajosamente situada, se convirtió, por fuerza de las cosas, en intermediario entre Oriente y Occidente, papel que conservó hasta las Cruzadas.

Pero el Imperio bizantino mismo no estaba en relación comercial directa con los países del Extremo Oriente, sino que el Imperio persa de los Sasánidas le servía de intermediario, hallando enormes beneficios en las transacciones que practicaba con los mercaderes bizantinos. Hacia el Lejano Oriente existían entonces dos rutas, una terrestre, marítima la otra. Desde las fronteras occidentales de China llegaban las caravanas hasta la Sogdiana (hoy Bukhara) y la frontera persa y las mercancías pasaban de manos de los traficantes chinos a las de los persas, quienes las transportaban hasta las aduanas del Imperio bizantino. La vía marítima comprendía las etapas siguientes: los mercaderes chinos llevaban sus géneros en barcos hasta la isla de Trapobana (Ceilán), al sur de la península del Dekan. Allí las mercancías chinas eran transbordadas a buques,

persas en su mayoría, que las llevaban por el océano índico y el golfo Pérsico a las desembocaduras de los ríos Tigris y Eufrates. Remontando este último río, alcanzaban la aduana bizantina sita en sus márgenes. Así que el comercio de Bizancio con Oriente dependía muy estrechamente de las relaciones que hubiera entre Persia y Bizancio, y como las guerras persobizantinas se habían hecho crónicas, las relaciones mercantiles de Bizancio con Oriente sufrían graves trabas y constantes interrupciones. El principal artículo comercial era la seda de China, cuyo secreto de fabricación celaban los chinos muy estrictamente. Las dificultades de la importación de la seda hacían subir mucho su precio y el de sus derivados en los mercados bizantinos. A más de seda, China y la India exportaban a Occidente perfumes, especias, algodón, piedras preciosas y otros artículos que hallaban en Bizancio vasta salida.

Deseoso de sacudir la dependencia económica de Bizancio respecto a Persia, Justiniano trató de encontrar otra vía comercial hacia la India y la China, vía que necesitaba ser exterior a la esfera del dominio pérsico.

Bajo Justiniano se publicó un notable escrito que nos da valiosos informes sobre la geografía de las cuencas del mar Rojo y océano índico, así como sobre las relaciones comerciales con la India y China. Nos referimos a la Topografía o Cosmografía cristiana, escrita por Cosmas Indicopleustes[342] a mediados del siglo VI.

Cosmas, natural de Egipto —y probablemente de Alejandría—, se dedicó al comercio desde su infancia, pero, descontento de las condiciones del comercio en su propio país, emprendió una serie de viajes lejanos, en cuyo transcurso visitó las orillas del mar Negro, la península del Sinaí, Etiopia (Abisinia), y acaso Ceilán. Cristiano y

nestoriano, terminó su vida siendo monje. Su sobrenombre griego de Indicopleustes se encuentra ya en ediciones muy antiguas de su obra.

El objeto fundamental de la Topografía cristiana no ofrece gran interés aquí para nosotros, ya que Cosmas se proponía demostrar a los cristianos que, a pesar del sistema de Ptolomeo, la Tierra no tiene forma de esfera, sino más bien de una caja rectangular alargada semejante al altar del tabernáculo de Moisés. Sostenía, además, que el Universo entero posee una forma semejante a la de dicho tabernáculo. Pero la mucha importancia histórica de esa obra reside en los informes de orden geográfico y mercantil que nos da sobre la época de su autor. Éste informa concienzudamente al lector de las fuentes a las cuales ha apelado y da una apreciación muy completa de cada una de ellas. Separa sus propias observaciones, «hechas por un testigo ocular», de los informes de otros testigos oculares y de los recogidos de versiones del boca en boca… Describe como testigo de vista el palacio del rey de Abisinia en la ciudad de Axum, en el reino llamado de Axum, y habla detalladamente de varias interesantes inscripciones de Nubia y de las costas del mar Rojo. Habla también de la fauna africana e india y, sobre todo (y este es el punto más importante), nos da importantes datos sobre la isla de Ceilán (Trapobana), explicando la importancia comercial de esa isla en la Alta Edad Media. De su relato se desprende que en el siglo VI, Ceilán era un centro de comercio internacional entre China por una parte y por otra el África, Persia y, a través de Persia, Bizancio. Según Cosmas, «la isla, estando, como está, en una situación central, es muy frecuentada por naves que proceden de todas las partes de la India, y de Persia, y de Etiopía»[343].

Es interesante notar que, a pesar de la ausencia casi

completa de relaciones comerciales directas entre Bizancio y la India, ya desde la época de Constantino el Grande se veían monedas bizantinas en los mercados hindúes. Probablemente no las llevaban allí mercaderes bizantinos, sino persas y abisinios (axumitas). En la India septentrional y meridional se han descubierto monedas con el cuño de los emperadores bizantinos de los siglos IV, V y VI, es decir, Arcadio, Teodosio, Marciano, León I, Zenón, Anastasio y Justino[344]. Y ello se debió a que en la vida económica internacional del siglo VI el Imperio bizantino desempeñaba un papel tan importante que, según Cosmas, «todas las naciones hacen su comercio con la moneda romana (la pieza de oro bizantina, *nomistna o solidus*), de una extremidad a otra de la tierra. Esta moneda es mirada con admiración por todos los habitantes, cualquiera que sea el Estado a que pertenezca, porque no hay Estado alguno donde exista otra semejante»[345].

El mismo autor cuenta al propósito una historia muy interesante, que muestra el profundo respeto que inspiraba en la India la *nomisma* bizantina. La historia, poco más o menos, reza así:

> El rey de Ceilán había admitido a audiencia al mercader bizantino Sopatrus y a varios persas. Tras recibir sus saludos les mandó sentarse y les interrogó en qué estado se hallaban sus países y cómo iban sus respectivos asuntos. A lo que le contestaron: «Bien». Más tarde, en el decurso de la plática, el rey preguntó: «¿Cuál de vuestros reyes es más grande y poderoso?». El decano de los persas, interviniendo con afán, dijo: «Nuestro rey es el más poderoso, el más grande y el más rico. Es, en verdad, el rey de reyes y puede hacer todo cuanto desee». Sopatrus

callaba. El rey le interpeló: «Y tú, romano, ¿nada tienes que decir?». «¿Qué puedo yo decir —replicó Sopatrus— cuando tantas cosas ha dicho éste? Pero, si quieres saber la verdad, aquí tienes los dos reyes. Mira los dos tú mismo y verás cuál de ambos es más majestuoso y potente». Expectante el rey a estas palabras, contestó: «¿Cómo puedes decir que tengo aquí los dos reyes?». «Tienes —argumentó Sopatrus — las monedas de los dos: la *nomisma* del uno y la *dracma* del otro. Examina las efigies de ambas y descubrirás la verdad». Después de haberlas examinado, el rey declaró que los romanos eran una nación grande, poderosa y sabia. Hizo que se rindiesen grandes honores a Sopatrus, y, mandando montarle en un elefante, ordenó que se le condujera, a son de tambores, en torno a la ciudad[346]. Tales sucesos fueron contados por el mismo Sopatrus y los compañeros que iban con él desde Adula. Los persas recibieron no corto disgusto.

Además del interés historicogeográfico que presenta, la obra de Cosmas tiene también gran interés artístico, debido a las numerosas miniaturas que ilustran su texto. Es probable que algunas de esas miniaturas se deban al mismo autor. El manuscrito original del siglo VI no ha llegado a nosotros, pero los manuscritos posteriores de la Topografía cristiana contienen copias de las miniaturas originales y son, pues, una fuente preciosa para el estudio de la historia del arte bizantino —y especialmente alejandrino— primitivo. «Las miniaturas de la obra de Cosmas —dice N. P. Kondakov — son más características del arte bizantino de la época de Justiniano, o más bien de la parte brillante del reinado de dicho emperador, que ningún otro monumento de ese período, excepto algunos de los mosaicos de Ravena»[347].

La obra de Cosmas, traducida después a lengua eslava, goza entre los eslavos de gran predicamento. Hay numerosas versiones rusas de la Topografía cristiana, y las acompañan retratos del autor y numerosos grabados y miniaturas de gran interés para la historia del arte de la antigua Rusia[348].

Como ya lo indicamos, Justiniano se proponía liberar el comercio bizantino de la dependencia de Persia. Para ello se necesitaba establecer relaciones directas con la India por el mar Rojo. En el ángulo nordeste de ese mar (golfo de Akaba) se abría el puerto bizantino de Aila, desde donde las mercancías indias podían ser transportadas, por vía terrestre, remontando Palestina y Siria, hasta el Mediterráneo. En el ángulo noroeste del mar Rojo había otro puerto, Clisma (cerca de Suez), de donde partía un camino directo al Mediterráneo. En una de las islas sitas a la entrada del golfo de Akaba, en Jotaba (hoy Tiran), junto al extremo sur de la península del Sinaí, se estableció una aduana durante el reinado de Justiniano[349]. Pero las naves bizantinas que surcaban el mar Rojo no eran bastantes en número para sostener un comercio regular. Por eso Justiniano, como señalamos más arriba, quiso establecer relaciones estrechas con los abisinios cristianos y el reino de Axum y les persuadió de que comprasen seda en la India y la revendiesen al Imperio bizantino. Parece que quería que los abisinios desempeñasen el papel de corredores entre la India y Bizancio, en substitución de los persas. Pero los esfuerzos del emperador no tuvieron éxito, porque los abisinios no lograron contrarrestar la influencia de los persas en la India y el monopolio de la compra de la seda siguió en manos de los mercaderes pérsicos. De manera que Justiniano no pudo abrir nuevas vías mercantiles con Oriente. En los intervalos de paz los persas siguieron siendo intermediarios en la parte

más importante del total de transacciones mercantiles bizantinorientales, obteniendo de ellas grandes beneficios.

Pero la casualidad favoreció a Justiniano, ayudándole a resolver el problema del comercio de la seda, tan importante para el Imperio. Unos monjes, o, según otras fuentes, un persa[350], lograron, burlando la vigilancia de los aduaneros chinos, pasar algunos capullos de gusanos de seda desde Serinda al Imperio bizantino, donde enseñaron a los griegos el secreto de la cría de dicho gusano. La nueva industria progresó rápidamente y en breve aparecieron grandes plantaciones de moreras. Se crearon y desarrollaron con rapidez fábricas de sedería. La más importante fue la de Constantinopla, pero hubo otras en las ciudades sirias de Beirut, Tiro y Antioquía, y más tarde en Grecia, sobre todo en Tebas. Existió una fábrica de seda en Alejandría y las llamadas sedas «*egipcias*» se vendían en Constantinopla[351]. La industria de la seda pasó a ser monopolio del Estado, suministrando al Gobierno un importante manantial de ingresos. Las sedas bizantinas se exportaban a toda Europa y ornaban los palacios de los reyes occidentales y las casas particulares de los mercaderes ricos. Justino, sucesor de Justiniano, pudo mostrar la fabricación de la seda en plena actividad a un embajador turco que se hallaba en su corte[352]. Pero por considerables rentas que la industria de la seda produjese, no podían bastar para mejorar la situación general, tan crítica, de la hacienda del Imperio.

Justiniano, preocupado de todo lo que interesaba a la vida del Imperio, emprendió la gigantesca tarea de defenderlo contra los ataques de los enemigos que lo rodeaban y para ello hizo construir una serie de fortalezas. En pocos años levantó en todas las fronteras del Imperio una línea casi ininterrumpida de fortificaciones («*castella*»): en África del Norte, sobre el Danubio y el Eufrates, en las

montañas de Armenia, en la lejana península de Crimea… Así restauró y amplió el notable sistema defensivo creado por Roma en épocas anteriores. Con su obra constructora, Justiniano, en frase de Procopio, «salvó el Imperio»[353]. Procopio también escribe en su mismo libro *De aedificiis*: «Si hubiésemos de enumerar todas las fortalezas elevadas en el Imperio por el emperador Justiniano (mencionándolas) a los hombres residentes en país lejanos y extranjeros e incapaces de comprobar personalmente nuestras palabras, estoy persuadido de que el número de esas construcciones les parecería fabuloso e increíble por completo…»[354] Aun hoy las ruinas que subsisten de las numerosas fortalezas erigidas en las fronteras del antiguo Imperio bizantino suspenden y pasman al viajero moderno.

Justiniano no limitó su actividad constructiva a trabajos de fortificación. Como emperador cristiano, presidió la erección de una gran cantidad de iglesias, entre ellas la incomparable Santa Sofía, de Constantinopla, de la que hablaremos después como de suceso que señala una época en la historia de Bizancio.

Todas las apariencias indican que fue también Justiniano quien hizo construir en las montañas de la lejana Crimea, en el centro de la colonia gótica que ya hemos mencionado, en Doru (más tarde Kankup), una gran iglesia o basílica donde, en el curso de investigaciones, se ha encontrado un fragmento de inscripción con el nombre de Justiniano[355].

## Los sucesores inmediatos de

# Justiniano. Su política religiosa. Mauricio. Persia. Los eslavos y los avaros. Creación de los exarcados

Tan pronto como la poderosa personalidad de Justiniano desapareció de escena, todo el sistema artificial que mantenía el Imperio en un equilibrio provisional, se derrumbó. «A su muerte —dice Bury—, los vientos se escaparon de sus límites; los elementos de disociación comenzaron su obra; el sistema artificial se debilitó y la metamorfosis del Imperio, seguramente empezada hacía mucho, pero velada por los asombrosos acontecimientos del agitado reino de Justiniano, principió a manifestarse rápidamente y en su desnudez»[356].

El período comprendido entre el 565 y el 610 constituye una de las épocas más desoladas de la historia bizantina. La anarquía, la miseria, las calamidades se desencadenaron en todo el Imperio. Las turbulencias entonces reinantes llevaron a decir a Juan de Éfeso, el historiador del reinado de Justino II, que el fin del mundo se aproximaba[357]. Finlay escribe sobre aquella época: «Quizá no haya habido en la historia período en que la sociedad se haya encontrado en tal universal estado de desmoralización»[358].

Los sucesores inmediatos de Justiniano fueron Justino II el Joven (565-578), Tiberio II (578-582), Mauricio (582-602) y Focas (602-610). El más eminente de estos cuatro emperadores fue Mauricio, soldado enérgico y jefe experimentado. Una mujer, Sofía, la decidida esposa de Justino II, ejerció gran influencia en los asuntos públicos, recordándonos en esto a Teodora.

Los hechos más salientes de la política exterior de los citados emperadores fueron la guerra contra los persas, la

lucha contra eslavos y avaros en la península balcánica y la conquista de Italia por los lombardos. Desde el punto de vista interior ha de notarse la política rigurosamente ortodoxa de estos emperadores y la creación de los dos exarcados.

La paz de cincuenta años convenida con Persia por Justiniano fue denunciada bajo Justino II, quien se negó a continuar el pago de la suma anual estipulada. La hostilidad común de bizantinos y turcos contra los persas condujo al desarrollo de relaciones muy interesantes entre los dos primeros de dichos pueblos. Los turcos habían aparecido poco antes en el Asia Occidental y en las proximidades del Caspio. Ocupaban los países comprendidos entre China y Persia y veían en ésta su principal enemiga. Una embajada turca franqueó los montes del Cáucaso y tras largo viaje llegó a Constantinopla, donde obtuvo inmejorable acogida. Se comenzó a pensar en una especie de alianza ofensivo-defensiva contra Persia, entre turcos y bizantinos. Al respecto es de notar la propuesta turca al Gobierno bizantino: servir a los turcos de intermediarios en el comercio de la seda entre China y Bizancio, sin pasar por Persia. O sea que los turcos proponían a los bizantinos lo que había deseado Justiniano, con la sola diferencia de que el último había querido llegar a su fin por vía marítima y meridional y los turcos, bajo Justino II, proponían la septentrional y terrestre. Pero las negociaciones turcobizantinas no condujeron a la conclusión de una alianza efectiva seguida de una acción concertada contra los persas, porque Bizancio, hacia el 570, estaba más directamente interesada en los asuntos occidentales y sobre todo en los de Italia, que los lombardos habían invadido. Además, las fuerzas militares turcas no parecían muy considerables a Justino. En todo caso, el resultado de

aquellos tratos bizantinoturcos fue hacer más tirantes aún las relaciones de Bizancio con Persia[359].

Durante los reinados de Justino, Tiberio y Mauricio, se sostuvo guerra con Bizancio. Hubo de abandonarse el asedio de Nisibe, y Darás, plaza fortificada fronteriza, pasó a manos del enemigo. Además de esta derrota en el frente oriental, Bizancio sufrió en sus provincias de la península balcánica una invasión de los avaros, llegados de allende el Danubio. La pérdida de Darás produjo gran impresión sobre el débil Justino, quien enloqueció. Un cronista sirio[360] del siglo XII, citando, naturalmente, una fuente anterior, nota: «Sabiendo que Darás había sido tomado… el emperador fue afligido. Mandó cerrar las tiendas y cesar el comercio»[361]. La emperatriz Sofía obtuvo, el 574, una tregua de un año, comprada por 45 000 piezas de oro.

La guerra sostenida bajo Tiberio[362] y Mauricio fue más feliz para el Imperio bizantino, favorecido por los disturbios interiores surgidos en Persia en torno a la posesión del trono. El tratado de paz concluido por Mauricio tuvo gran importancia para el Imperio. La Armenia persa y la Mesopotamia oriental, con la ciudad de Darás, se cedían a Bizancio; el humillante tributo anual qué debía pagarse a los persas se anulaba, y, en fin, el Imperio, libre del peligro persa, podía concentrarse en los asuntos de Occidente y sobre todo en las incesantes invasiones de eslavos y avaros en la Península balcánica[363].

En el reinado de Focas se inició una nueva guerra contra los persas, que tuvo considerable importancia para el Imperio bizantino. De ella hablaremos después, ya que sólo concluyó bajo el reinado de Heraclio. Después de La muerte de Justiniano ocurrieron graves sucesos en la Península balcánica. Las fuentes sólo dan sobre esos hechos datos

fragmentarios.

Ya indicamos que, bajo Justiniano, los eslavos hacían frecuentes incursiones en dicha península, avanzando bastante hacia el sur e incluso amenazando a veces Tesalónica. Muerto Justiniano, continuaron tales incursiones. Pero entonces muchos eslavos quedáronse en las provincias bizantinas y gradualmente fueron ocupando la península. En su invasión les ayudaron las avaros, pueblo de origen turco, que vivía entonces en Panonia. Eslavos y avaros amenazaron la capital y las orillas del mar de Mármara y el Egeo, penetraron en Grecia y llegaron hasta el Peloponeso. La noticia de aquellas invasiones bárbaras se difundió hasta Egipto, donde Juan, obispo de Nikiu, escribía, en el siglo VII, bajo Focas, lo siguiente: «Se refiere, respecto al Imperio romano, que los reyes de aquel tiempo, con los bárbaros, pueblos extranjeros, y los ilirios, asolaban las ciudades de los cristianos y conducían cautivos a los habitantes. Sólo se salvó la ciudad de Tesalónica, porque sus muros eran sólidos y, gracias a la protección de Dios, los pueblos extranjeros no lograron apoderarse de ella, pero toda la provincia fue despoblada»[364]. En 1830, un sabio alemán pretendió que a fines del siglo VI los griegos habían sido completamente destruidos por los eslavos. Después discutiremos esta teoría. Digamos de momento que para el estudio del problema del establecimiento de los eslavos en la Península balcánica debemos apelar sobre todo a las «Actas» del mártir Demetrio, protector de Tesalónica, uno de los principales centros eslavos de la Península. Uno de los autores del libro de los Milagros, de San Demetrio, fue Juan, arzobispo de Tesalónica, que vivió en la primera mitad del siglo VII. Esa fuente contemporánea nos da una verdadera fuente de informes sobre las invasiones ávaroeslavas en la

Península balcánica. Según tal fuente, Tesalónica fue sitiada dos veces en vano, a fines del siglo VI, por eslavos y avaros[365].

A fines del siglo VI y principios del VII prosiguió el empuje de eslavos y avaros hacia el sur, sin que los bizantinos pudiesen contenerlo. Ello motivó en la Península importantes cambios etnográficos, ya que se encontró ocupada, en su mayoría, por eslavos advenedizos. Ciertas fuentes, al referirse a este período, hablan de los avaros como si fuesen eslavos. Esto se explica porque los escritores contemporáneos tenían informes harto vagos sobre las tribus nórdicas y confundían a eslavos y avaros, viendo que ambos pueblos practicaban juntos sus incursiones.

Muerto Justiniano, Italia no fue protegida lo suficiente contra las invasiones de sus enemigos, y por tanto, cayó fácil y rápidamente en manos de un nuevo pueblo barbarogermánico: los lombardos, quienes habían aparecido en las inmediaciones de aquellos países sólo pocos años después del aniquilamiento del reino ostrogodo por Justiniano.

A mediados del siglo VI, los lombardos, de concierto con los avaros, destruyeron el reino fundado por la tribu bárbara de los gépidos (Gepidae) sobre el Danubio central. Más tarde, acaso por temor a sus propios aliados, los lombardos pasaron de Panonia a Italia mandados por su rey «*konung*» Alburno. Les acompañaban sus mujeres e hijos y sus tropas comprendían tribus diversas, entre las cuales resaltaban por su número las sajonas.

La tradición popular ha cometido la injusticia de acusar al anciano gobernador de Italia y antiguo general de las tropas de Justiniano, Narsés, de haber llamado a Italia a los lombardos. Semejante acusación debe considerarse

desprovista en absoluto de fundamento. A raíz de la exaltación de Justino II al trono, Narsés se retiró a causa de su avanzada edad y falleció en Roma.

En 568 los lombardos invadieron el norte de Italia. Avanzaban como una horda salvaje, devastando cuantas localidades atravesaban. Eran arríanos de religión. No tardaron en someter la Italia septentrional, que tomó el nombre de Lombardía. El gobernador bizantino, falto de bastantes fuerzas para resistir a los lombardos, permaneció al amparo de los muros de Ravena. Los bárbaros, luego de conquistado el norte de Italia, se dirigieron hacia el sur, eludiendo Ravena. Sus numerosas hordas se esparcieron por casi toda la Península y ocuparon con la mayor facilidad, las ciudades, carentes de defensa. Así llegaron al sur de Italia, tomando Benevento. Si bien no entraron en Roma, ésta se halló rodeada de bárbaros por el norte, el este y el sur. Los bárbaros cortaban toda comunicación entre Ravena y Roma, de suerte que la última no podía contar con socorros del gobernador bizantino de Ravena. Y menos con la ayuda de los emperadores de Constantinopla, más lejanos todavía y atravesando a la sazón, según vimos, uno de los períodos más críticos y turbados de la historia del Oriente. Así, pronto asistió Italia a la fundación de un gran reino germánico: el lombardo. El emperador Tiberio, y más aun Mauricio, trataron de hacer alianza con el rey de Austrasia, Childeberto II (570-595), a fin de inclinarle a emprender las hostilidades contra los lombardos y arrojarlos de Italia. El emperador y el rey cambiaron varias embajadas y el Mauricio envió a Childeberto o a su madre, Brunegilda, cincuenta mil piezas de oro («*solidi*»), adoptando, además, a Childeberto, que así pasó a ser su hijo, como Justiniano adoptara a Teodoberto. Pero los esfuerzos de Mauricio para asegurarse el auxilio australiano fracasaron repetidas veces.

Childeberto envió sus tropas a Italia, mas fue con la intención de recuperar las antiguas posesiones francas y no de conquistar Italia para Mauricio. Más de un siglo y medio había de pasar antes de que los reyes francos, llamados esta vez por el Papa y no por el emperador, destruyesen la dominación lombarda en Italia[366]. Abandonada a su destino, Ronta hubo de sufrir varios asedios lombardos, pero halló un defensor en la persona del Papa, quien, por la fuerza de las cosas, se vio obligado a ocuparse, no sólo de la vida espiritual de su grey romana, sino de organizar la defensa de la ciudad contra los lombardos. Por entonces —fines del siglo VI— tuvo la Iglesia romana a su cabeza uno de sus hombres más eminentes: el Papa Gregorio I el Grande. El tal había pasado seis años como «*apocrisiarius*» o nuncio del Papa en Constantinopla, sin llegar a aprender ni siquiera los rudimentos de la lengua griega, pero, pese a su ignorancia en ese punto, mostró conocer perfectamente, al llegar al Pontificado, la vida y la política del Imperio[367].

La conquista de Italia por los lombardos demostró con toda evidencia el fracaso de la política exterior de Justiniano en Occidente, donde el Imperio no poseía fuerzas bastantes para conservar el reino ostrogodo sometido. Por otra parte, las invasiones lombardas pusieron los cimientos a la progresiva separación de Italia y del Imperio bizantino, así como del debilitamiento de la influencia del emperador en Italia.

En su política religiosa, los sucesores de Justiniano favorecieron a los ortodoxos, y los monofisistas sufrieron en ciertos momentos persecuciones muy severas. Así sucedió durante Justino II. Es interesante examinar las relaciones del Imperio bizantino y la Iglesia romana bajo Mauricio y Focas. La Iglesia romana, representada por Gregorio el Grande, se

pronunció contra el título de «ecuménico» asumido por el patriarca de Constantinopla. En carta a Mauricio, Gregorio acusaba a Juan el Ayunador de excesivo orgullo.

«Me veo obligado —escribía el Papa— a lanzar una gran voz, diciendo: ¡O témpora! ¡O more! Cuando toda Europa ha caído en poder de los bárbaros, cuando las ciudades son destruidas, las fortalezas arrasadas, las provincias despobladas; cuando el hombre ya no labora el suelo, cuando los adoradores de ídolos están desencadenados y reinan para perdición de los fieles, en este momento los sacerdotes, que deberían tenderse, llorando, en tierra y cubrirse de cenizas, ambicionan nuevos títulos profanos, orgullosos de esa gloría vana. ¿Es que en este asunto, muy pío emperador, defiendo mi propia causa? ¿Es que vengo una ofensa personal? No; defiendo la causa de Dios todopoderoso y la causa de la Iglesia universal. Debe ser abatido aquel que ofenda a la santa Iglesia universal, aquel en el corazón del cual arraigue el orgullo, quien quiera ponerse por encima de la dignidad de vuestro Imperio con su título particular»[368].

Pero el Papa no fue atendido y por algún tiempo se abstuvo de enviar representantes Constantinopla. Cuando el 602 estalló una revolución en la capital contra Mauricio, y Focas fue proclamado emperador, Gregorio le dirigió una carta poco apropiada en forma y fondo al destinatario, tirano absurdo exaltado al trono bizantino. Véase un párrafo de la carta de Gregorio:

«Gloria a Dios en lo más alto de los Cielos… Que el Cielo se regocije; que la tierra se estremezca de alegría (Salmos, 95: 2). Que todo el pueblo del Imperio, profundamente entristecido hasta este día, se congratule de vuestras excelentes acciones… Que cada uno se goce en la libertad al fin devuelta bajo el cetro del pío emperador. Porque he aquí

la diferencia que existe entre los reyes de otras naciones y los emperadores; y es que los reyes reinan sobre esclavos, mientras los emperadores del Estado romano reinan sobre hombres libres»[369]. Sin duda la actitud del Papa produjo impresión en Focas, porque el segundo sucesor de Gregorio en el trono pontifical obtuvo que Focas prohibiese al patriarca de Constantinopla llamarse «ecuménico», así como una declaración según la cual «el trono apostólico del bienaventurado apóstol Pedro era la cabeza de todas las Iglesias»[370].

De esta manera, mientras en sus empresas exteriores e interiores Focas sufría fracasos y provocaba la irritación de sus súbditos, sus relaciones con Roma, fundadas en concesiones por parte del emperador, fueron durante todo su reinado amistosas y apacibles. Para conmemorar tan buenas disposiciones entre Roma y Bizancio, el exarca de Ravena hizo erigir en el Foro romano una columna, que todavía existe hoy, con una inscripción en honor de Focas. Las conquistas lombardas en Italia motivaron importantes cambios en la administración de este país.

Cambios tales, con la reforma análoga y contemporánea de la administración del África del Norte, constituyen la base del régimen de los «*temas*» que se desarrolló a continuación en todo el Imperio.

Las autoridades bizantinas de Italia no podían oponer resistencia suficiente a los lombardos, que se habían adueñado de dos tercios de la Península. En tales circunstancias, y ante el grave peligro que amenazaba a Italia, el Gobierno bizantino decidió fortificar su poder concentrando en manos de los gobernadores las funciones civiles y militares. Al frente de la administración bizantina en Italia fue puesto un gobernador militar con el título de

exarca, con residencia en Ravena y al que quedaron subordinados todos los funcionarios civiles. La creación del exarcado de Ravena data de fines del siglo VI, época del emperador Mauricio. La concentración de funciones administrativas y judiciales en manos de la autoridad militar no significaba la supresión inmediata de los funcionarios civiles, que seguían existiendo, paralelos a las autoridades militares, aunque subordinados a ellas. Sólo más tarde las autoridades civiles, según toda probabilidad, desaparecieron, siendo substituidas por las militares. El exarca, como representante de la autoridad imperial, introdujo en su gobierno los rasgos, de esencia imperial, del *cesaropapismo*, convirtiéndose en arbitro de los asuntos religiosos del exarcado. El exarca, provisto de poderes ilimitados, gozaba de honores imperiales; su palacio de Ravena se llamaba sagrado (*Sacrum Palatium*, nombre dado tan sólo a las residencias imperiales); cuando el exarca llegaba a Roma se le acogía como a un emperador y el Senado, el clero y el pueblo iban a su encuentro en procesión solemne, extramuros de la ciudad. Todos los asuntos militares, la administración civil, lo judicial y lo financiero dependían del exarca[371].

Si el exarcado de Ravena debió su creación a la invasión de los lombardos en Italia, el de África del Norte, creado en lugar del antiguo reino vándalo, comenzó a existir en virtud de un peligro análogo, provocado por los lugareños africanos, moros o bereberes, que se sublevaban a menudo contra las tropas bizantinas de ocupación. Los orígenes del exarcado de África, o de Cartago, como se le llama con frecuencia, por el lugar de residencia del exarca, remóntase también a Mauricio. El exarcado de África recibió igual organización que el de Ravena y el exarca africano poseía iguales ilimitadas prerrogativas que su colega italiano[372].

De cierto, sólo la necesidad forzó al emperador a crear funciones administrativas de poderes tan ilimitados como los del exarca, quien, si lo deseaba y concurrían algunas circunstancias favorables, podía cambiarse en un muy peligroso rival del emperador. Pronto veremos, en efecto, cómo el exarca de África alzó el estandarte de la revuelta contra Focas y cómo el hijo del exarca se convirtió, en 610, en emperador.

Los exarcas de África, hábilmente escogidos por Mauricio, gobernaron el país con talento y lo defendieron con energía y éxito contra los levantamientos de los indígenas; pero los exarcas de Ravena no lograron conjurar el peligro lombardo.

El bizantinista francés Diehl[373] tiene razón al ver en los exarcados el origen de la organización de los temas (provincias o distritos militares), es decir, la reforma territorial del Imperio bizantino, reforma que a partir del siglo VII comenzó a ser aplicada progresivamente a todo el territorio y cuyo rasgo distintivo fue la preponderancia del poder militar sobre el civil.

Así como las invasiones de lombardos y moros causaron cambios tan importantes en Occidente a fines del siglo VI, así las invasiones de persas y árabes habían de producir, algún tiempo después, análogas reformas en Oriente, y las de eslavos y búlgaros otras semejantes en la Península balcánica.

La desgraciada política exterior de Focas ante avaros y persas y el sanguinario terror con que esperaba salvar su situación, provocaron el levantamiento de Heraclio, exarca de África. Cuando Egipto se unió al sublevado, la flota africana, a las órdenes del llamado también Heraclio, hijo del exarca y destinado a ser el futuro emperador, marchó hacia

la capital, la cual abandonó a Focas, declarándose por Heraclio. Focas, hecho prisionero, fue ejecutado y Heraclio ascendió al trono el 610, inaugurando una nueva dinastía.

## La cuestión de los eslavos en Grecia

La penuria de fuentes relativas a las invasiones eslavas en la Península balcánica en la segunda mitad del siglo VI ha dado origen a una teoría que sostiene la completa eslavización de Grecia. Tal teoría, nacida a principios del segundo cuarto del siglo XIX, ha provocado vivas controversias científicas.

Entre 1830-30, toda Europa se apasionó, con profunda simpatía, por la causa de los griegos, que habían empuñado la bandera de la insurrección contra los turcos. Tras una resistencia heroica, aquellos hombres, que luchaban por la libertad, lograron la independencia, creando, con ayuda de las potencias europeas, un reino griego separado. Europa, entusiasmada, vio en aquellos héroes a los hijos de la antigua Hélade, reconociendo en ellos las características de Leónidas, de Epaminondas y de Filopomeno. Mas entonces se elevó, en una pequeña ciudad alemana, una voz que advirtió a la consternada Europa que por las venas de los habitantes del nuevo Estado griego no corría una sola gota de verdadera sangre helena; renueva el magnánimo impulso europeo en pro de los hijos de la sagrada Hélade se fundaba en un equívoco y que el antiguo elemento griego había desaparecido hacía mucho, siendo substituido por elementos

etnográficos nuevos y completamente extraños a Grecia, ya que su origen era principalmente eslavo y albanés. El hombre que pública y valerosamente osó proclamar tan nueva teoría, que quebraba en sus fundamentos las creencias de la Europa de entonces, era Fallmerayer, a la sazón profesor de Historia general en un liceo alemán.

Leemos en el primer tomo de su libro *Geschichte der Halbinsel Morea Während des Mittelalters* («Historia de la península de Morea en la Edad Media»), obra publicada en 1830: «La raza helénica, en Europa, está completamente aniquilada. La belleza del cuerpo, los vuelos del espíritu, la sencillez de las costumbres, el arte, la palestra, las ciudades, la campiña, el lujo de las columnas y de los templos, el nombre mismo del pueblo han desaparecido del continente griego. Una doble capa de ruinas y de fango dejadas por dos razas nuevas y diferentes recubre las tumbas de los antiguos griegos. Las inmortales creaciones del espíritu de la Hélade y algunas ruinas antiguas sobre el suelo natal constituyen hoy el único testimonio de la existencia, en el pasado, del pueblo heleno. Y sin esas ruinas, sin esos montículos funerarios y esos mausoleos, sin su suelo y sin la desgraciada suerte de sus habitantes, sobre quienes los europeos de nuestra época han derramado, en un impulso de humana ternura, su admiración, sus lágrimas y su elocuencia, menester sería decir que sólo un vano espejismo, una imagen sin alma, un ser colocado fuera de la naturaleza de las cosas, ha emocionado las fibras más íntimas de sus corazones. Porque no hay una sola gota de verdadera sangre helena, pura de toda mezcla, en las venas de la población cristiana de la Grecia moderna. Una tempestad terrible dispersó sobre toda la extensión comprendida entre el Ister y los más apartados rincones del Peloponeso, una raza nueva, emparentada con el gran pueblo eslavo. Los eslavos-escitas, los arnauta-ilirios,

los hijos de los países hiperbóreos, parientes de sangre de servios y búlgaros, dálmatas y moscovitas, tales son los pueblos que hoy llamamos griegos y cuyo origen hacernos remontar, con gran sorpresa de ellos mismos, a Feríeles y Filopómeno… La población, de rasgos eslavos, de cejas en forma de media luna, de pómulos pronunciados, de los pastores de las montañas albanesas, no es, a buen seguro, la posteridad de sangre de Narciso, de Alcibíades y de Antinoo. Sólo una imaginación romántica y desbordada puede en nuestros días soñar en el renacimiento de los helenos antiguos, con su Sófocles y su Platón»[374].

Fallmerayer pensaba que las invasiones eslavas del siglo VI habían producido en el Imperio bizantino una situación tal que éste, sin haber perdido una sola provincia, no podía considerar como sus súbditos propiamente dichos sino los habitantes de las provincias costeras y de las ciudades fortificadas. La aparición de los avaros en Europa habría sido un hecho histórico de máxima importancia para Grecia, puesto que con ellos llegaron también los eslavos, impulsados por los primeros a la conquista del sacro suelo de la Hélade y el Peloponeso.

Fallmerayer fundaba principalmente su teoría en las indicaciones que se hallan en Evagrio historiador eclesiástico de fines del siglo VI, y el cual escribe en su historia: «Los avaros, habiéndose aproximado dos veces a las fortificaciones llamadas Murallas Largas, se apoderaron de Singidunum (Belgrado), de Anchialo y *de toda Grecia*, con otras ciudades y fortalezas, poniéndolo todo por doquier a sangre y fuego, en un momento en que las más de las fuerzas del Imperio estaban peleando en Oriente»[375].

La expresión «*toda Grecia*» permite a Fallmerayer hablar del exterminio de los griegos en el Peloponeso. Que Evagrio

hable de «*avaros*» no le obstaculiza, ya que entonces avaros y eslavos practicaban juntos sus incursiones. Fallmerayer sitúa esa invasión concreta en el 589. Pero tal invasión, dice, no exterminó por completo a los griegos. Según Fallmerayer, el golpe final a la población griega lo asestó la peste, llegada de Italia el 746. Se halla mención de ese acontecimiento en un famoso pasaje de aquel escritor coronado del siglo x que se llamó Constantino Porfirogénito. Hablando del Peloponeso en una de sus obras, este autor observa que, después de aquella terrible peste, «todo el territorio fue eslavizado y se transformó en bárbaro»[376]. Según Fallmerayer, el año de la muerte del emperador Constantino Coprónimo (775) puede considerarse como la fecha en que el desolado país se pobló de eslavos, esta vez de manera completa y definitiva, comenzando poco a poco a cubrirse de ciudades y aldeas nuevas[377].

En una obra posterior, Fallmerayer extiende sus conclusiones al Ática, sin aducir pruebas sólidas. En el segundo tomo de su Historia de la península de Morea presenta una nueva teoría «albanesa», según la cual los grecoeslavos que habitaban Grecia fueron reemplazados y sometidos por colonos albaneses en el segundo cuarto del siglo XIV con lo que, según él, la revolución griega del siglo XIX ha sido, en realidad, obra de albaneses.

El primer adversario serio de Fallmerayer fue el historiador alemán Carlos Hopf. Éste había estudiado con agudeza el problema del establecimiento de los eslavos en Grecia, y en 1867 publicó una Historia de Grecia desde el principio de la Edad Media hasta nuestros días. Pero Hopf cae en otro extremo al querer disminuir a toda costa el papel del elemento eslavo en Grecia. Según él, las colonias eslavas en Grecia no existieron sino del 750 al 807. Antes de 750

Grecia no tuvo tales colonias. Respecto a la «*eslavización*» del Ática, Hopf demostraba que la teoría de Fallmerayer fundábase en un documento apócrifo[378].

La abundante literatura sobre este tema, aunque a menudo contradictoria y divergente, nos permite llegar a las siguientes conclusiones: hubo en Grecia colonias eslavas muy importantes a partir de fines del siglo VI, pero su fundación no produjo la eslavización total del país ni el exterminio de los griegos. Además, diversas fuentes mencionan la presencia de eslavos en Grecia, sobre todo en el Peloponeso, durante toda la Edad Media y hasta el siglo VI[379]. La fuente más importante relativa a los principios de la eslavización de la Península balcánica —las Actas de San Demetrio— no ha sido utilizada debidamente por los sabios, incluyendo a Fallmerayer y Hopf[380].

Los sabios han discutido a menudo la originalidad de la teoría de Fallmerayer, cuya opinión, en rigor, no era una novedad. Ya antes de él se había hablado del influjo eslavo en Grecia. Fallmerayer se redujo a expresar su opinión de manera directa y tajante. Hace poco un sabio ruso ha expuesto el criterio de que el verdadero instigador de la teoría de Fallmerayer fue el eslavista Kopitar, sabio vienes del siglo XIX. Kopitar desarrolló en sus escritos la idea de que el elemento eslavo había tenido importante papel en la formación de la nueva nación griega. En verdad, Kopitar no profundizaba con detalle su teoría, porque no deseaba emitir una paradoja anticientífica y chocar a sus contemporáneos[381].

«Las proposiciones extremas de la teoría de Fallmerayer —dice Petrovski— no pueden hoy defenderse, después del profundo estudio que se ha hecho del problema; pero la teoría en sí, expuesta por el autor de manera tan armoniosa

y aguda, merece con buen derecho atraer la atención de los mismos historiadores que 110 admiten esa teoría en su integridad o parcialmente»[382]. Y, de hecho, tal teoría, a pesar de sus evidentes exageraciones, ha cumplido una gran misión en la ciencia histórica, dirigiendo la atención de los sabios sobre una cuestión interesante pero no por eso obscura que es el problema de los eslavos en Grecia durante la Edad Media. Finalmente, los escritos de Fallmerayer adquieren una importancia histórica general más considerable aun si se tiene en cuenta que el autor es el primer sabio que puso su atención en las transformaciones etnográficas experimentadas en la Edad Media, no sólo por Grecia, sino por la Península balcánica en general.

## Literatura, enseñanza y arte en la época de Justiniano. Examen de conjunto

La época comprendida entre 518 y 610 lleva la huella de la múltiple actividad de Justiniano, que pasmó a sus contemporáneos mismos. En los diversos campos de la literatura y la instrucción, tal actividad legó a la posteridad una herencia muy rica. El propio Justiniano escribió obras de tipo dogmático o himnológico. Uno de sus sucesores, Mauricio, mostró también un vivo gusto por las Letras, favoreció y alentó la literatura y tenía la costumbre de pasar las veladas discutiendo o meditando cuestiones poéticas e históricas[383].

Aquel período tuvo varios historiadores, a quienes las empresas de Justiniano proveyeron de ricos materiales para sus narraciones.

El historiador principal del período Justiniano fue Procopio de Cesárea, quien en sus escritos nos da un cuadro muy completo de un complejo reinado rico en sucesos. Tras estudiar Derecho, Procopio pasó a ser secretario y consejero del famoso Belisario, con quien participó en las campañas contra vándalos, godos y persas. Procopio es notable a la vez como historiador y como escritor. Como historiador se hallaba en situación muy favorable respecto a fuentes e informaciones directas. Su intimidad con Belisario le permitía consultar todos los documentos oficiales conservados en despachos y archivos, y, por otra parte, su intervención activa en las campañas militares y el perfecto conocimiento que tenía del país, le dieron ocasión de obtener una documentación del más alto precio, merced a sus observaciones personales y a los testimonios que recogió de boca de sus contemporáneos.

En estilo y composición, Procopio imita a menudo a los historiadores clásicos, sobre todo a Herodoto y Tucídides. Pero, aunque su lenguaje dependa del antiguo griego de los clásicos historiadores y aun cuando la exposición resulte un tanto artificial, Procopio nos presenta un estilo lúcido, vigoroso, lleno de imágenes. Tres obras se deben a la pluma de Procopio. La más considerable es la *Historia* en ocho libros, que relata las guerras de Justiniano contra persas, vándalos y godos. El autor muestra en esta obra otros numerosos aspectos del gobierno de Justiniano. Aunque el espíritu general de la obra sea algo laudatorio respecto al emperador, no obstante ofrece repetidas veces la expresión de la amarga verdad. *La Historia ocho libros* puede considerarse una historia general de la época de Justiniano.

La segunda obra de Procopio, De construcciones es un panegírico ininterrumpido del emperador y fue probablemente escrita por orden de este. El fin principal del libro es dar una lista y descripción de la multitud de edificios erigidos por Justiniano en las diversas partes de su vasto Imperio. Prescindiendo de las exageraciones retóricas y las alabanzas excesivas, la obra contiene una rica documentación geográfica, topográfica y financiera y es una fuente valiosa para la historia económica y social del Imperio. La tercera obra de Procopio, sus Anécdotas o Historia secreta (Historia arcana), difiere en absoluto de las otras dos, y constituye un libelo grosero contra el gobierno despótico de Justiniano y de Teodora, su mujer. El autor se propone difamar al emperador, a Teodora, a Belisario y a la esposa de éste, y Justiniano aparece como autor de todos los males que afligieron al Imperio en aquel período. Esta obra presenta tan impresionantes contradicciones con las otras dos, que los críticos empezaron dudando de la autenticidad de la *Historia secreta*, pues parecía imposible que los tres libros hubiesen sido compuestos por una misma persona. Sólo tras un estudio profundo y comparativo de la *Historia secreta* y de otras fuentes sobre la época de Justiniano se ha admitido en definitiva que la obra es un escrito auténtico de Procopio. Bien utilizada, la Historia secreta es una fuente importante para la historia interior del Imperio bizantino en el siglo VI. De modo que todos los trabajos de Procopio, a pesar de sus exageraciones sobre las cualidades o vicios de Justiniano, son documentos contemporáneos de la mayor importancia y nos permiten conocer de manera directa e íntima la historia de ese período. Pero esto no es todo. La historia y la antigüedad eslavas hallan en Procopio informes de valor inapreciable sobre la vida y creencias de los eslavos, así como los pueblos germánicos pueden espigar en las

obras de ese autor numerosos hechos tocantes a su historia primitiva.

Un contemporáneo de Justiniano y Procopio, Pedro el Patricio, hombre de leyes y diplomático brillante, fue enviado varias veces como embajador al Imperio persa y a la corte ostrogótica donde estuvo prisionero algunos unos. Sus escritos comprenden Historias, o bien una Historia Imperio romano donde se relatan, según los extensos fragmentos que nos han llegado, los hechos comprendidos entre el segundo triunvirato y la época de Juliano el Apétala; y además un tratado que se intitula *Sobre la Constitución del Estado* (Katastasis o Libro de las Ceremonias), parte del cual aparece incluida en la famosa obra denominada Libro de las Ceremonias de la Corte, escrita en la época de Constantino Porfirogénito (siglo x).

Desde Procopio hasta principios del siglo VII se halla una serie continua de escritos históricos, donde cada autor prosigue la obra de sus predecesores.

Procopio fue directamente continuado por Agatías, instruido jurista del Asia Menor, quien, aparte breves poemas y epigramas, dejó un escrito algo artificial: *Sobre el reinado de Justiniano*; que abraza el período de 552 a 558. Menandro el Protector, continuador e imitador de Agatías, escribió una en la época de Mauricio, relatando los sucesos del lapso 558-582 y deteniéndose en la exaltación, de Mauricio al trono. De esta obra sólo nos han llegado fragmentos, pero bastantes para permitirnos apreciar su importancia como fuente, sobre todo desde el punto de vista geográfico y etnográfico. Tales fragmentos indican que Menandro fue el mejor historiador que Agatías. La obra de Menandro fue continuada por Teofilacto Simocatta, egipcio que vivió bajo Heraclio y que fue secretario imperial.

Escribió una obra pequeña sobre historia natural, algunas epístolas y una historia del período de Mauricio (582-602). El estilo de Teofilacto está sobrecargado de alegorías y expresiones artificiales en mucha más medida que el lenguaje de sus inmediatos predecesores. «Respecto a Procopio y Agatías —dice Krumbacher— se encuentra en una rápida cultura ascendente. El historiador de Belisario, a pesar de su estilo ampuloso, es aun sencillo y natural. Más rico en expresiones floridas y lenguaje poético es el vate Agatías; pero ambos escritores parecen en absoluto desprovistos de afectación si se les compara con Teofilacto, quien sorprende al lector a cada paso con nuevos rasgos inesperados, imágenes sacadas por los cabellos, alegorías, aforismos y sutilezas mitológicas y otras»[384].

Pese a esos defectos, la obra de Teofilacto es una fuente de primer orden, excelente para la época de Mauricio. También contiene preciosos informes sobre Persia y los eslavos en la Península de los Balcanes a fines del siglo VI.

Nonnosus, embajador enviado por Justiniano a los abisinios y a los sarracenos, escribió una narración de su remoto viaje. No nos ha llegado de ella sino un fragmento que se halla en la obra del patriarca Focio, más ese solo fragmento da excelentes indicaciones sobre la naturaleza y etnografía de los países visitados por el autor. Igualmente debemos a Focio el habernos conservado un fragmento de la historia de Teófanes de Bizancio, quien escribió a fines del siglo VI y probablemente incluyó en su obra el período comprendido entre el reinado de Justiniano y los primeros años del de Mauricio. Ese fragmento es importante por contener un testimonio sobre la introducción de la sericicultura en el Imperio bizantino. También ofrece igualmente una de las primeras alusiones que se hacen a los

turcos. Una fuente particularmente importante para la historia eclesiástica de los siglos v y vi es la obra de Evagrio de Siria, que murió a finales del siglo vi. Su Historia eclesiástica en seis libros, continúa las historias de Sócrates, Sozomeno y Teodoreto y contiene un relato de los hechos comprendidos entre el Concilio de Éfeso, en 431, y el año 593. A más de sus informes de orden eclesiástico, ofrece también interesantes indicaciones sobre la historia general del período.

A Juan el Lidio, que se distinguió por sus brillantes estudios, le propuso Justiniano escribir un panegírico en su honor. Dejó, Juan, entre otras obras, la titulada *De los magistrados del Estado romano* la cual no ha sido suficientemente estudiada en su justo valor[385]. Contiene numerosos informes interesantes sobre la organización interior del Imperio y puede considerársela como un precioso complemento de la *Historia secreta* de Procopio.

Ya hablamos de la múltiple importancia de la Topografía cristiana de *Cosmas Indicopleustes*, cuya amplitud geográfica correspondía tan bien a los vastos planes de Justiniano. Debemos incluir también entre las obras geográficas un estudio estadístico sobre el Imperio romano de Oriente en la época de Justiniano. Ese estudio se debe a la pluma del gramático Hierocles y se titula Vademécum de Hierocles (Συνεκδημος, Synecdemus). El autor no tiene por objeto principal la geografía eclesiástica del Imperio, sino su geografía política, donde incluye las 64 provincias y 912 ciudades comprendidas dentro de los límites bizantinos. No cabe decir con certeza si tal trabajo se debió a iniciativa de Hierocles o a los trabajos de una comisión nombrada por el gobierno. En todo caso, el seco estudio de Hierocles es para nosotros una excelente fuente que nos permite determinar la

situación política del Imperio a principios del reinado de Justiniano[386]. Como veremos después, Hierocles es, en lo geográfico, la fuente principal de Constantino Porfirogénito.

Además de estos historiadores y geógrafos, el siglo VI tuvo también cronistas. No obstante, la época de Justiniano está estrechamente vinculada a la literatura clásica y el tipo de áridas crónicas universales que había de desarrollarse ampliamente en el período bizantino posterior no aparece sino como rara excepción en la época que estudiamos ahora.

Hay un escritor que ocupa puesto intermedio entre historiadores y cronistas: Hesiquio de Mileto, quien, según toda verosimilitud, vivió durante el reinado de Justiniano.

Sólo conocemos su obra por los fragmentos conservados en los escritos de Focio y Suidas, lexicógrafo del siglo X. De esos fragmentos cabe concluir que Hesiquio escribió una Historia universal en forma de crónica, comprendiendo los hechos sucedidos desde la época de la antigua Asiría a la muerte de Anastasio (518). De esta obra subsiste un amplio fragmento que trata de la historia primitiva de la ciudad de Bizancio incluso antes del tiempo de Constantino el Grande. Hesiquio escribió asimismo una historia de la época de Justino I y principios del reinado de Justiniano. Esta obra difería mucho, en estilo y concepción, de la primera y contenía un relato detallado de los sucesos contemporáneos al autor. La tercera obra de Hesiquio fue un diccionario de todos los escritores griegos célebres en todas las ramas del saber, con excepción de los cristianos. Esto último ha llevado a ciertos eruditos a suponer que Hesiquio debió de ser pagano. Pero de ordinario no se acepta esta opinión[387].

El verdadero cronista del siglo VI fue el ignorante Juan Malalas, un sirio de Antioquía, autor de una crónica del mundo donde relata, según parece, a juzgar del único

manuscrito que nos ha llegado, los sucesos incluidos entre la época legendaria de la historia de Egipto y el fin del reinado de Justiniano. Pero la obra contenía probablemente narraciones de una época posterior[388].

Su fondo es muy mezclado; las fábulas se entreveran con la realidad y aparecen de pronto hechos importantes en medio de otros accesorios. La crónica de Malalas, cristiana y apologética en sus propósitos, deja ver con claridad las tendencias monárquicas del autor. No estaba destinada a selectos, sino más bien a las masas, eclesiásticos o laicos, para quienes el autor transcribió muchos diversos y pasmosos hechos. Según Krumbacher, ese libro «es una obra histórica popular en el sentido más completo de la palabra»[389].

El estilo del autor merece particular atención, porque su obra es en realidad la primera escrita en el griego comúnmente hablado entonces, es decir, en el dialecto griego vulgar, popular en Oriente, que resultaba de una combinación de elementos griegos y de expresiones latinoorientales. Merced a esas particularidades, muy apropiadas a los gustos y mentalidad de las masas, la crónica de Malalas ejerció enorme influencia sobre la cronografía bizantina, oriental y eslava. Los muy numerosos trozos escogidos y traducciones eslavas de los escritos de Malalas son de gran valor para la restauración del texto original de esta crónica. A más de la multitud de obras en griego que aparecieron entonces, la época de Justiniano (518-610) es también notable por los escritos sirios de Juan de Éfeso, que murió a fines del siglo VI (probablemente el 586)[390]. Juan había nacido en la Mesopotamia Superior y era monofisista convencido. Pasó muchos años en Constantinopla y en el Asia Menor, donde ocupó la sede episcopal de Éfeso.

Conoció personalmente a Justiniano y Teodora. Escribió las Vidas de los Santos orientales, o Comentarios sobre los bienaventurados en Oriente (*Commentarii de Beatibus Orientalibus*) y una *Historia eclesiástica* (en sirio cuyo original abarcaba desde Julio César al año 585). De esta última obra sólo nos ha llegado la parte más importante y original, relativa a los sucesos del período 521-585, respecto a los que es fuente inapreciable. Aunque escrita desde el punto de vista monofisista, la historia de Juan de Éfeso no revela tanto los fundamentos dogmáticos de las disputas monofisistas como su fondo nacional y espiritual. Según la expresión del sabio historiador que se ha consagrado especialmente al estudio de la obra de Juan, la *Historia eclesiástica*, «proyecta mucha luz sobre las últimas fases de la lucha entre el cristianismo y el paganismo, revelando los fundamentos "culturales" de esa lucha». Es también «de gran importancia para la historia política y espiritual del Imperio bizantino en el siglo VI, especialmente para determinar la expansión de las influencias orientales. En su relato, el autor entra en todos los detalles y minucias de la vida, dando así una abundante documentación que permite un conocimiento íntimo de las costumbres y arqueología del período»[391].

Las disputas monofisistas, proseguidas durante todo el siglo VI, motivaron gran actividad literaria en el dominio de la dogmática y la polémica. El propio Justiniano no dejó de participar en aquellas discusiones escritas. Las obras de los monofisistas no nos han llegado en su original griego. Sólo podemos formar juicio sobre ellas merced a las citas que hacen las obras del campo opuesto o a las traducciones sirias o árabes conservadas hasta hoy. Entre los escritores partidarios de la ortodoxia debemos mencionar a un contemporáneo de Justino y Justiniano: Leoncio de Bizancio,

quien dejó varias obras dirigidas contra los monofisitas, los nestorianos y otros. Sólo poseemos escasos informes sobre la vida de este dogmatista y polemista[392], quien testimonia un fenómeno interesante de la época de Justiniano: a saber, que la influencia de Platón sobre los Padres de la Iglesia empezaba a ceder ya el lugar a la de Aristóteles[393].

El desarrollo de la vida monástica y eremítica en Oriente, en el siglo v: ha dejado huellas en las obras ascéticas, místicas y hagiográficas. Juan Clímaco (ο της Κλιμακος) vivió solitario en el Sinaí varios años y escribió la obra conocida por el nombre de *Climax o Escala espiritual* (Scala Paradisi)[394], compuesta de treinta capítulos o escalones, y en los cuales el autor describe logrados de la ascensión del espíritu hacia la perfección moral. Esta obra se convirtió en lectura favorita de los monjes bizantinos, sirviéndoles de guía en su busca de la perfección ascética y espiritual. Pero la difusión del libro no se limitó a Oriente, ya que tuvo muchas traducciones en sirio, griego moderno, latín, español, francés y eslavo. Algunos de los manuscritos de esta obra contienen abundantes e interesantes miniaturas reproduciendo escenas de la vida religiosa y monástica[395].

A la cabeza de todos los escritores hagioráficos del siglo vi debemos situar al palestino Cirilo de Escitópolis, quien pasó los últimos años de su vida en el famoso convento palestiniano de San Sabas. Cirilo se proponía escribir una vasta colección de Vidas de monjes, pero no logró llevar a buen fin lo proyectado, probablemente a causa de su muerte prematura. Nos han llegado varias de sus obras, entre ellas las vidas de Eutimio y de San Sabas. así como varias vidas de santos de menor importancia. Lo cuidado del relato, la precisión con que el autor entiende la vida ascética, la sencillez del estilo, hacen de todas las obras de Cirilo que

conocemos preciosas fuentes para el estudio de la historia de Alto Imperio bizantino.

Juan Moschus, palestino también, vivió a fines del siglo VI y principios del vil. Publicó en griego su famoso Prado espiritual (Pratum spirituale, Λειμών), resultado de las observaciones que hiciera en sus numerosas visitas a los monasterios de Palestina, Egipto, Monte Sinaí, Siria, Asia Menor e islas del Egeo y Mediterráneo. En su obra, a más de las impresiones del autor sobre sus viajes, se hallan informes diversos acerca de monjes y monasterios. En ciertos sentidos, el texto del *Pratum spirituale* es de gran interés para la historia de la civilización. Llegó a convertirse en una de las obras favoritas, no sólo del Imperio bizantino, sino de otros países, especialmente la antigua Rusia.

La literatura poética de este período tuvo varios representantes. Ya indicamos como cierto que Romanos el *Méloda*, famoso por sus cantos eclesiásticos, estuvo en el apogeo de su carrera y fecundidad en la época de Justiniano. En el mismo período, Paulo el Silenciario compuso sus dos descripciones poéticas (en versos griegos) de Santa Sofía y su magnífico púlpito («*ambo*»). Estas obras son de gran interés para la historia del arte[396]. Se hallan comentarios elogiosos sobre la descripción de Santa Sofía en la obra de un contemporáneo: Agatías[397], de quien hablamos ya. Finalmente, Corippo, oriundo del África del Norte, pero establecido en Constantinopla, escribió dos obras en versos latinos, a pesar de sus limitadas dotes poéticas. La primera obra, escrita en alabanza y honor del general bizantino Juan Troglita, que reprimió la revuelta de los indígenas africanos contra el Imperio, contiene un conjunto de inapreciables datos sobre la geografía y etnografía de África septentrional, así como sobre la guerra con los bereberes. En lo que

concierne a esta guerra, los datos de Corippo son a veces más seguros que los de Procopio. La segunda obra de Corippo, el Panegírico o Elogio de Justino (*In lauden Justini*), describe en estilo ampuloso la exaltación de Justino II el Joven y los primeros hechos de su reinado y, aunque es muy inferior al primer poema, contiene muchos detalles interesantes acerca del ceremonial de la corte bizantina en el siglo VI.

Los papiros nos han revelado la existencia de un tal Dióscoro, que vivió en el siglo VI en Afrodita, pueblecillo del Egipto superior. De nacimiento copto, parece haber recibido una buena cultura general y una seria educación jurídica. Tuvo también ambiciones literarias. Sus numerosas obras, unidas a otros papiros, nos dan preciosos informes sobre la vida social y administrativa de aquel período. Desde luego los poemas dejados por Dióscoro no contribuyen en nada a la reputación de la poesía helenística, ya que son obra de un aficionado y están «llenos de las más monstruosas faltas de gramática y de prosodia». Según H. Bell, leyó «una cantidad considerable de obras literarias griegas y escribió versos execrables»[398]. J. Maspero llama a Dióscoro «el último poeta griego de Egipto y uno de los últimos representantes del helenismo en el Valle del Nilo»[399].

La clausura de la Academia pagana de Atenas durante el reinado de Justiniano no ejerció una influencia demasiado nociva sobre la literatura y la instrucción, porque aquella Academia había pasado ya su tiempo y no podía desempeñar un papel importante en un Estado cristiano. Los tesoros de la literatura clásica penetraban progresivamente, aunque a menudo en forma superficial, en la literatura cristiana. La Universidad de Constantinopla, organizada por Teodosio II, persistió en su actividad bajo Justiniano. Continuaba el

estudio del Derecho, en función de los nuevos trabajos de Jurisprudencia. No obstante, tal estudio se confinó a la adquisición formularia y restringida de traducciones literales de textos jurídicos y a la composición de breves paráfrasis y extractos.

No poseemos informes precisos sobre el desenvolvimiento de la instrucción jurídica después del reinado de Justiniano. El emperador Mauricio testimonió vivo interés por aquellos estudios, pero Focas, su sucesor, puso freno, según parece, a los trabajos de la Universidad[400].

En el campo artístico, la época de Justiniano ha recibido el sobrenombre de Primera Edad de Oro. La arquitectura de aquel período creó un monumento único en su clase: la iglesia de Santa Sofía.

Santa Sofía, o la Iglesia Grande, como se la llamó en todo Oriente, fue construida, por orden de Justiniano, en el emplazamiento de la pequeña basílica de Santa Sofía (Sophia: Sabiduría divina), incendiada, como indicamos, durante la Sedición Nika (532). Para hacer de aquel templo un edificio de esplendor extraordinario, Justiniano, de creer a una tradición tardía, mandó a los gobernadores de las provincias que enviasen a la capital los más bellos retazos de los monumentos antiguos. Enormes cantidades de mármol de diferentes colores y matices fueron transportadas desde las más ricas canteras a la capital. Oro, plata, marfil, piedras preciosas, fueron llevados en abundancia a Constantinopla para añadir más magnificencia al nuevo templo.

Para la ejecución de su grandioso plan el emperador eligió a dos arquitectos de talento: Antemio e Isidoro, ambos originarios del Asia Menor. Antemio era de Tralles e Isidoro de Mileto. Los dos se pusieron a la obra con entusiasmo, dirigiendo con habilidad el trabajo de diez mil obreros. El

emperador acudía en persona a los trabajos, seguía los progresos de la obra con vivo interés, daba consejos y estimulaba el celo de los operarios. Al cabo de cinco años quedó acabado el edificio. El día de Navidad del 537 se inauguró solemnemente Santa Sofía, en presencia del emperador. Fuentes tardías relatan que Justiniano, encantado de lo cumplido, pronunció las siguientes palabras: al entrar en el templo: «*¡Gloria a Dios, que me ha juzgado digno de cumplir esta obra! ¡Te he vencido, Salomón!*[401]» Con motivo de aquella inauguración triunfal, se dieron grandes fiestas en la capital y el pueblo recibió numerosas liberalidades.

El exterior de Santa Sofía es muy austero, ya que sus muros, de simple ladrillo, carecen de toda ornamentación. La propia famosa cúpula parece desde fuera un tanto pesada y algo sumida. Hoy, además, Santa Sofía pierde mucho porque la rodean por doquier casas turcas. Para apreciar su grandeza y magnificencia ha de visitarse su interior.

Antaño el templo poseía un patio espacioso, el atrio, rodeado de pórticos y en cuyo centro se veía una magnífica fuente de mármol. El cuarto lado del atrio, adyacente a la iglesia, ofrecía una especie de porche exterior o galería (nartex), que comunicaba por cinco puertas con el segundo pórtico interior. Nueve puertas de bronce conducían desde este porche al interior del templo. La de en medio, más alta y ancha —la Puerta Real— se reservaba para el emperador. La iglesia, por su arquitectura, se aproxima al tipo de las basílicas cupuladas, formando un rectángulo muy grande con una magnífica nave central sobre la cual se comba una cúpula de 31 metros de diámetro, alzada, con extraordinarias dificultades, a la altura de 50 metros sobre el suelo. Cuarenta ventanales abiertos en la base de la cúpula difundían en todo el templo abundante luz. A ambos lados de la nave central se

construyeron dos dobles arquerías ricamente adornadas, con columnas. Éstas y los enlosados son de mármol policromo. Los muros, en parte, fueron recubiertos de igual manera. Los maravillosos mosaicos, ocultos por estuco desde la época turca, hechizaban las miradas de los visitantes. La impresión producida en los peregrinos y fieles por la enorme cruz colocada en la cúpula, brillando sobre un estrellado cielo de mosaico, era particularmente poderosa. En nuestros días aún se pueden distinguir, en la parte inferior de la cúpula, bajo el estuco turco, vastas siluetas de ángeles alados.

La dificultad principal que encontraron los constructores de Santa Sofía era un problema que la arquitectura contemporánea no ha resuelto aún: la erección de una cúpula a la par enorme y muy ligera. Los constructores consiguieron levantarla, pero la sorprendente cúpula que edificaron no duró mucho tiempo. Se desplomó, todavía en la época de Justiniano, y hubo de ser reedificada a finales del mismo reinado, pero con formas menos audaces. Los contemporáneos de Justiniano hablaron de Santa Sofía con tanto entusiasmo como las generaciones posteriores, incluida la nuestra. Un peregrino ruso del siglo XIV, Esteban de Novgorod, escribía en sus Viajes a Tsargrad (Constantinopla): «En cuanto a Santa Sofía, la Sabiduría Divina, el ánimo humano no puede decir nada de ella ni hacer su descripción»[402]. A pesar de los frecuentes y violentos terremotos, Santa Sofía se ha conservado en pie hasta hoy[403]. Fue transformada en mezquita en 1453.

En una de sus obras recientes, Strzygowski declara que «por su concepción, la iglesia (Santa Sofía) es puramente armenia»[404].

Con el tiempo, la verídica historia de la edificación de Santa Sofía fue transformada por la literatura en una especie

de leyenda con profusión de detalles milagrosos. Desde el Imperio bizantino, tales leyendas se abrieron camino en la literatura de los eslavos del sur y en las obras rusas. Las versiones eslavonas suministran una documentación interesante para la historia de las influencias literarias internacionales[405].

La segunda famosa iglesia erigida por Justiniano en la capital fue la de *los Santos Apóstoles*. Este templo había sido construido primeramente por Constantino el Grande, pero en el siglo VI se hallaba en completa ruina. Justiniano lo hizo derribar y reconstruirlo en mayor escala y magnificencia. La iglesia tenía forma de cruz, con cuatro alas iguales y una cúpula central entre otras cuatro cúpulas, Los arquitectos fueron el Antemio apodado también *Isidoro el Joven*. Al ser tomada Constantinopla por los turcos, en 1453, la iglesia fue destruida para edificar en su lugar la mezquita de Mahomet II el Conquistador. Se comprenderá con más precisión lo que fue el templo de *los Santos Apóstoles* si nos referimos a San Marcos, de Venecia, erigido según el mismo modelo. Igual iglesia copiaron los constructores de los templos de San Juan de Éfeso y de la Santa Faz, de Périgueux. Los magníficos mosaicos, hoy perdidos, de la iglesia de *los Santos Apóstoles*, fueron descritos por Nicolás Mesaritas, obispo de Éfeso, a principios del siglo XIII, habiendo esa descripción sido objeto de cuidadoso estudio por A. Heisenberg[406]. La iglesia de los Santos Apóstoles es célebre por haberse enterrado en ella a los emperadores bizantinos desde Constantino el Grande hasta los del siglo XI.

La influencia de las construcciones de Constantinopla repercutió en Oriente, como, por ejemplo, en Siria, y en Occidente en Parenzo, en Istria y, sobre todo, en Ravena.

Santa Sofía puede hoy impresionarnos y encantarnos

con su cúpula, con las esculturales ornamentaciones de sus columnas, con los revestimientos de mármol policromo de sus muros y pavimento y, en especial, con la habilidad de su ejecución arquitectónica; pero los maravillosos mosaicos de ese templo nos quedan ocultos (esperemos que sólo provisionalmente) por el estucado turco[407]. De todos modos, esa pérdida queda compensada en cierta medida, ya que podemos hacernos magnífica idea de lo que eran los mosaicos bizantinos merced a los de Ravena, en Italia del Norte.

Hace quince siglos Ravena figuraba entre las ciudades prósperas del litoral Adriático. En el siglo V sirvió de refugio a los últimos emperadores romanos de Occidente; en el VI fue capital del reino ostrogodo y de mediados del VI a mediados del VIII constituyó el centro administrativo de la Italia bizantina reconquistada a los ostrogodos por Justiniano. Allí tuvo su residencia el virrey o exarca. Ese último período fue el más brillante de Ravena, cuya vida política, económica, intelectual y artística alcanzó entonces su plenitud.

Los monumentos de arte de Ravena se vinculan a la memoria de tres personas: Gala Placidia, hija de Teodosio el Grande y madre del emperador de Occidente Valentiniano III; Teodorico el Grande, y Justiniano. Dejando de lado los monumentos, más antiguos, de la época de Gala Placidia y de Teodorico, hablaremos brevemente de los de la Ravena del tiempo de Justiniano. En todo el curso de su largo reinado, Justiniano se interesó vivamente por la construcción de monumentos artísticos laicos y religiosos y estimuló su edificación en toda la vasta amplitud de su Imperio. A raíz de la toma de Ravena, hizo terminar las iglesias comenzadas bajo los ostrogodos. Entre ellas debemos mencionar dos de particular importancia artística:

la de San Vital y de San Apolinar in Classe (Classe era el puerto de Ravena). El principal valor artístico de esos templos consiste en sus mosaicos.

A unos cinco kilómetros de Ravena, en un lugar desierto y malsano ocupado en la Edad Media por el rico puerto mercantil de la ciudad, se alza la iglesia, muy sencilla de aspecto, de San Apolinar in Classe, verdadera basílica cristiana primitiva, por su forma. Junto a la iglesia se ve un campanil redondo, de construcción más tardía. El interior de la iglesia comprende tres naves. Antiguos sarcófagos ornados de imágenes escultóricas y alineados a lo largo de los muros, contienen los restos de los más célebres arzobispos de Ravena.

En la parte inferior del ábside se ve un mosaico del siglo VI, representando a San Apolinar, patrón de Ravena, en pie, alzadas las manos, rodeado de corderos, con un apacible paisaje como fondo. Encima de él, sobre el azul cielo estrellado del amplio medallón, resalta una cruz cubierta de piedras preciosas. Los otros mosaicos de la iglesia son de época más reciente[408].

Para el estudio de la obra artística del período justiniano, es la iglesia de San Vital de Ravena la que contiene material más precioso. Los mosaicos del siglo VI se han conservado en ella casi intactos hasta nuestros días.

La iglesia cupulada de San Vital está, en el interior, cubierta casi enteramente, de arriba abajo, de maravillosas ornamentaciones, escultóricas y de mosaicos. Es notable en especial el ábside, por los dos famosísimos mosaicos de sus dos muros laterales. Uno representa a Justiniano rodeado por el obispo, los sacerdotes y la corte; otro a Teodora, su mujer, con las damas de su séquito. Las vestiduras de los personajes de estos mosaicos relucen con brillo y esplendor

maravillosos.

Ravena, a la que antaño se llamó la «*Pompeya italobizantina*», o la «*Bizancio occidental*[409]» suministra los más valiosos materiales para nuestro estudio y nos permite apreciar el arte bizantino de la primera época, es decir, de los siglos V y VI.

La actividad constructiva de Justiniano no se limitó a templos y fortificaciones. Hizo construir también numerosos conventos, palacios, puentes, cisternas, acueductos, baños y hospitales.

En las provincias remotas del Imperio, el nombre de Justiniano está vinculado a la erección del monasterio de Santa Catalina, en el Monte Sinaí. En el ábside de la iglesia de ese monasterio se halla un famoso mosaico, llamado de *la Transfiguración* y que se hace remontar al siglo VI[410].

También nos ha legado esa época varios miniaturas y tejidos historiados[411]. Aunque, bajo la influencia de la Iglesia, la escultura estuviese entonces en un período decadente, hallamos profusión de graciosas y magníficas esculturas y cincelados, en especial en los dípticos, sobre todo consulares, cuya serie comienza en el siglo V, terminando con la abolición del consulado, en 541.

Es interesante, en fin, observar que casi todos los escritores de ese período, así como los constructores de Santa Sofía y de los Santos Apóstoles, eran oriundos de Asia o de África del Norte. La civilización del Oriente helenístico continúa fecundando la vida intelectual y artística del Imperio bizantino.

Dirigiendo un examen de conjunto a las facetas, complejas y múltiples, del largo reinado de Justiniano, llegaremos espontáneamente a la conclusión de que en la mayoría de sus empresas no obtuvo los resultados

perseguidos. Obvio es, que sus brillantes campañas militares en Occidente, consecuencia directa de su ideología de emperador romano empeñado en reconquistar los territorios perdidos por su Imperio, no fueron, en resumen, coronadas por el éxito. Aquellas guerras no correspondían para nada con los verdaderos intereses del Imperio, cuyo centro se hallaba en Oriente, y contribuyeron mucho a la decadencia y ruina del país. La falta de dinero, seguida de una reducción de los efectivos militares, imposibilitó a Justiniano la ocupación firme de las provincias nuevamente sometidas, y las consecuencias de ese hecho repercutieron de modo muy claro en los reinados de sus sucesores. La política religiosa del emperador fue también un fracaso, porque no produjo la unidad y sólo implicó nuevas turbulencias en las provincias orientales, monofisistas. Más completo todavía fue el fracaso en las reformas administrativas, que, si bien emprendidas con intenciones puras y sinceras, llevaron al empobrecimiento y despoblación de las campiñas, a causa sobre todo de los excesivos impuestos y de la rapiñas de los funcionarios locales.

Pero dos de las obras de Justiniano han dejado huella honda en la historia de la civilización humana y justifican con plenitud el sobrenombre de «Grande» que se le ha dado. Esas dos obras son su Código civil y la catedral de Santa Sofía.

# CAPÍTULO IV. LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA DE HERACLIO (610-717)

## La dinastía de Heraclio y su origen

La dinastía formada por Heraclio y sus inmediatos sucesores en el trono de Bizancio fue, probablemente, de origen armenio. Al menos así podemos deducirlo de un texto del historiador armenio del siglo VII, Sebeos, fuente valiosa para la época de Heraclio. Sebeos escribe que la familia de Heraclio estaba emparentada con la famosa casa armenia de los Arsácidas[412]. Esta declarado queda en cierta medida contradicha por los testimonios de varias fuentes respecto a la dorada cabellera rubia de Heraclio[413]. Heraclio reinó del 610 al 641. d. C. su primera mujer, Eudoxia, tuvo un hijo, Constantino, quien solo reinó, a la muerte de su padre, algunos meses, muriendo también el 641. Se le conoce en la historia por el nombre de Constantino III (el nombre de Constantino II reservado a uno de los hijos de Constantino el Grande). A la muerte de Constantino III, el trono fue ocupado durante varios meses por Heracleonas (Heracleon] hijo de Heraclio y de su segunda mujer Martina. Fue

depuesto en el otoño de año 641, y el hijo de Constantino III, Constante II, fue proclamado emperador y reinó de 641 a 668, Es probable que la forma griega de su nombre, Consta: (en latín «Constans»), fuese un diminutivo de Constantino, su nombre oficial ya que en las monedas bizantinas, en los documentos oficiales de este período en Occidente, e incluso en algunas fuentes bizantinas, se le llama Constantino Parece que Constante fue el nombre que le dio el pueblo. Tuvo por sucesor a su hijo, el enérgico Constantino IV, ordinariamente llamado *Pogonato*, es decir «el Barbudo» (668-685).

Pero hoy se tiene casi la certeza de que el sobrenombre de Pogonato no debe atribuirse a ese emperador, sino a su padre, Constante II[414]. Con la muerte de Constantino IV (685), termina el mejor periodo de la dinastía heracliana. El último emperador de la dinastía, Justiniano II, el *Rhinometa* («Nariz Cortada»), hijo de Constantino IV, reinó dos veces, de 685 a 695 y de 705 a 711, El período de Justiniano II, notable por sus numerosas atrocidades, no ha sido bastante estudiado. Parece razonable suponer que las persecuciones del emperador contra los representantes de la nobleza no tuvieron por causa pura arbitrariedad, sino el secreto descontento de aquellos aristócratas, que se negaban a aceptar la política autoritaria y autocrática del emperador y procuraban destronarle. Fue depuesto en 695, cortándosele la nariz y la lengua[415] y desterrándosele a Querson, en Crimea, de donde logró huir, refugiándose al lado del *Kan* de los kázaros, con cuya hermana había de casar. Más tarde, ayudado por los búlgaros, pudo recuperar el trono, y su vuelta a la capital fue señalada por crueles represalias contra los que habían contribuido a su caída. Su tiranía provocó, en 711, una revolución durante la cual Justiniano y su familia fueron asesinados. El 711 acabó, pues, la dinastía heracliana.

En el intervalo entre los dos reinados de Justiniano II, ocuparon el trono el jefe militar Leoncio (695-698), originario de Isauria, y Apsimar, que a su exaltación al purpurado tomó el nombre de Tiberio III (698-705). Ciertos eruditos ven en Apsimar un hombre de origen godo-griego[416]. Tras la sangrienta deposición de Justiniano II, en 711, el trono bizantino fue ocupado, en seis años, por tres emperadores ocasionales: el armenio Bardanes o Filípico (711-714), Artemio, rebautizado con el nombre de Anastasio al coronarse (Anastasio II, 714-715)[417] y Teodosio III (715-717). La anarquía reinante en el Imperio desde 695 concluyó en 717 con el advenimiento del famoso León III, cuyo reinado abrió un nuevo periodo en la historia de Bizancio.

## Los eslavos ante los muros de Constantinopla. Las campañas contra los persas

Heraclio fue un emperador muy capaz y activo. Tras la tiranía de Focas pareció, en cierto modo, un soberano ejemplar. Según el poeta contemporáneo Jorge de Pisidia, quien describió en versos excelentes las campañas del nuevo emperador contra los persas y la invasión de los avaros, Heraclio declaraba que «el poder debe brillar más por el amor que por el terror»[418].

Al llegar Heraclio al trono la situación del Imperio era grave en extremo. Los persas amenazaban por el este, los avaros y eslavos por el norte, y en el interior reinaba la más

completa anarquía tras el desgraciado gobierno de Focas. El nuevo emperador no tenía recursos pecuniarios ni fuerzas militares suficientes. Este conjunto de cosas explica los hondos trastornos que conmovieron el Imperio en la primera parte del reinado de Heraclio.

En 611, los persas emprendieron la conquista de Siria, ocupando Antioquía, la ciudad más importante de las provincias orientales bizantinas. Damasco no tardó en caer en manos persas. Conclusa la conquista de Siria, los persas marcharon sobre Palestina y el 614 cercaron Jerusalén, que resistió veinte días. Pasados éstos, las torres de ataque y los arietes persas abrieron brecha en las murallas y, según una fuente, «los malditos enemigos invadieron la ciudad con rabia semejante a la de bestias furiosas o dragones irritados»[419]. La ciudad fue entregada al pillaje y los santuarios cristianos destruidos. La iglesia del *Santo Sepulcro*, erigida por Constantino el Grande, fue incendiada y saqueados sus tesoros. Los cristianos sufrieron vejaciones intolerables cuando no la muerte. Los judíos de Jerusalén se pusieron al lado de los persas, participando en las matanzas, en las cuales, según algunas fuentes, perecieron sesenta mil cristianos. Muchos tesoros fueron transportados a Persia desde la ciudad santa. Una de las reliquias más veneradas de la Cristiandad, la Santa Cruz, fue llevada a Ctesifonte. Entre los prisioneros enviados a Persia estaba Zacarías, patriarca de Jerusalén[420].

Esta devastadora conquista de Palestina por los persas y el pillaje de Jerusalén representan un momento crítico de la historia de la provincia palestiniana. Kondakov dice:

> «Fue un desastre inaudito, tal como no había existido desde la toma de Jerusalén bajo el reinado de Tito. Pero esta vez no se pudo poner remedio a tal

calamidad. Nunca más la ciudad conoció período análogo a la brillante época del reinado de Constantino. Desde entonces la ciudad y sus monumentos declinaron de manera continua, paso a paso, y las mismas Cruzadas, tan ricas en consecuencias y en diversos provechos para Europa, no provocaron sino turbación, confusión y degeneración en la vida de Jerusalén. La invasión pérsica tuvo como efecto un cambio inmediato de la situación creada por la artificial importación de la civilización grecorromana a Palestina. La invasión arruinó la agricultura, despobló las ciudades, aniquiló gran número de conventos y monasterios, detuvo el desarrollo del comercio. Aquella invasión libertó a las tribus merodeadoras árabes de las convenciones que las trababan y del miedo que las retenía, y así comenzaron a fundar la unidad que hizo posibles las grandes invasiones del período posterior… Palestina entra de tal suerte en ese período turbulento que sería lícito calificar de medieval sí no se hubiese prolongado hasta nuestros días»[421].

La facilidad con que los persas señorearon Siria y Palestina se explica en parte por las condiciones religiosas de la vida de aquellas provincias. La mayoría de los pobladores, sobre todo en Siria, no compartía la doctrina ortodoxa oficial sostenida por el gobierno de Constantinopla. Los nestorianos, y después los monofisistas, que habitaban en aquellas regiones, vivían duramente oprimidos, según vimos, por el gobierno de Bizancio, y por tanto preferían la dominación de los persas, adoradores del fuego, entre quienes los nestorianos gozaban de una libertad religiosa relativamente grande.

La invasión persa no se limitó a Siria y Palestina. Parte

del ejército tras cruzar toda el Asia Menor y tomar Calcedonia (a orillas del mar de Mármara, junto al Bósforo), acampó cerca de Crisópolis, hoy Escútari, frente a Constantinopla, mientras otro ejército persa se preparaba a conquistar Egipto, Alejandría cayó, probablemente el 618 o 619. En Egipto, lo mismo que en Palestina, la población monofisista no apoyó con calor al gobierno bizantino y aceptó con júbilo el dominio persa.

Para el Imperio bizantino la pérdida de Egipto fue desastrosa. Egipto era en efecto, según ya vimos, el granero de Constantinopla, y una suspensión de los suministros de grano egipcio debía obrar gravemente sobre el estado económico de la capital.

A la vez que el Imperio bizantino sufría tan pesadas pérdidas en el sur y el este, a causa de las guerras pérsicas, surgía en el norte otro peligro, que constituía también una seria amenaza. Las hordas ávaro eslavas de la Península Balcánica, conducidas por el Kan de los avaros, se dirigían hacia el sur, saqueando y devastando las provincias septentrionales. Llegaron hasta la misma Constantinopla, donde chocaron con los muros de la ciudad. Esta vez la expedición se limitó a incursiones que procuraron al kan de los avaros numerosos prisioneros y rico botín, que condujo al norte[422].

Tales movimientos de pueblos dejaron huellas en los escritos de un contemporáneo de Heraclio, Isidoro, obispo de Sevilla, quien observa en su crónica que «Heraclio entró en el sexto (o quinto) año de su reinado, al principio cual los eslavos conquistaron Grecia a los romanos y los persas se apodera; de Siria, Egipto, y gran número de provincias»[423].

Tras alguna vacilación, el emperador decidió atacar a los persas. Dada la penuria del tesoro, Heraclio apeló a las

riquezas de los templos de la capital y las provincias, ordenando que se transformasen aquellos bienes en monedas de oro y plata. Como Heraclio previera, el peligro que en el norte hacía correr al Imperio el Kan de los avaros se alejó mediante el pago de una gruesa suma de dinero y la entrega de rehenes distinguidos. Y después, en la primavera del 622, el emperador se trasladó al Asia Menor, donde reclutó muchos soldados, instruyéndolos en el arte de la guerra durante varios meses. La guerra contra los persas, que tenía por fin secundario la recuperación de la Santa Cruz y de la ciudad de Jerusalén, asumió formas de Cruzada.

Los historiadores modernos creen probable que Heraclio sostuviera tres campañas contra los persas entre los años 622 y 628, todas coronadas por brillantes éxitos para las armas bizantinas. El poeta contemporáneo Jorge de Pisidia compuso en ocasión de esos triunfos el *Epinikion* (Canto de victoria) titulado *La Heracliada*, y en uno de sus poemas sobre la creación, el *Hexamerón* o «*Seis días*», aludió a la guerra de seis años en que Heraclio venció a los persas. Un historiador del siglo XX, F. I. Uspensky, compara la expedición de Heraclio a las gloriosas conquistas de Alejandro Magno[424]. Heraclio se aseguró la ayuda de las tribus caucásicas y la alianza de los kázaros. Uno de los principales escenarios de las operaciones militares fueron las provincias persas del norte, fronterizas al Cáucaso.

En ausencia del emperador, ocupado en conducir los ejércitos a aquellas lejanas expediciones, la capital corrió un serio peligro. El kan de los avaros, rompiendo el acuerdo concluido con el emperador, marchó sobre Constantinopla (626) con inmensas hordas de avaros y eslavos. Había llegado también a un pacto con los persas, quienes enviaron parte cíe su ejército a Calcedonia. Las hordas ávaroeslavas sitiaron Constantinopla, que conoció durante mucho tiempo

la mayor ansiedad. Pero la guarnición logró rechazar la ofensiva y al cabo hizo huir al enemigo. Cuando los persas supieron que el kan avaro, fracasando en su tentativa, se alejaba de Constantinopla, retiraron sus tropas de Calcedonia y las enviaron a Siria. La victoria de Bizancio sobre el kan avárico en 626 fue uno de los factores principales del debilitamiento del reino de los avaros[425].

Hacia la misma época (624). Bizancio perdió sus últimas posesiones en España. La conquista de tales posesiones fue concluida por el rey visigodo español Suintila. Sólo quedaron en manos del emperador las Baleares[426].

A fines del año 627 Heraclio deshizo por completo a los persas en una batalla sostenida no lejos de las ruinas de la antigua Nínive (en las cercanías de la actual Mossul, sobre el Tigris), y avanzó hacia el interior de las provincias centrales de Persia. Cayó en sus manos un rico botín. El emperador envió a Constantinopla un largo y triunfal manifiesto describiendo sus éxitos militares sobre los persas y anunciando el final y brillante desenlace de la guerra[427]. Su mensaje fue leído desde el púlpito de Santa Sofía. Entre tanto, el rey persa, Cosroes fue destronado y muerto, y el nuevo soberano, Kavad-Siroes, entabló tratos de paz con Heraclio. Por las estipulaciones del nuevo acuerdo los persas devolvía: al Imperio bizantino las provincias que le habían conquistado, es decir, Siria Palestina y Egipto, y reintegraban la Santa Cruz. Heraclio volvió, victorioso, a Constantinopla y a poco se encaminó a Jerusalén con su mujer, Martina, llegando el 21 de marzo del 630[428]. La Santa Cruz, devuelta por los persas, fue situada en su antiguo lugar, con gran júbilo de todo el mundo cristiano. Un historiador armenio contemporáneo (Sebeos) escribe en esta ocasión: «Hubo mucha alegría aquel día a su entrada en Jerusalén: ruido de lloros y suspiros, abundantes lágrimas,

una inmensa llama en los corazones, un desgarramiento de las entrañas del rey, de los príncipes, de todos los soldados y habitantes de la ciudad; y nadie podía cantar los himnos del Señor a causa del grande y punzante enternecimiento del rey y de toda la multitud. Él la restableció (la cruz) en su lugar y repuso todos los objetos eclesiásticos cada uno en su sitio, y distribuyó a todas las iglesias y a los moradores de la ciudad presentes y dinero para el incienso»[429].

Es interesante notar que la victoria de Heraclio sobre los persas está mencionada en el Corán, donde leemos: «Los griegos fueron vencidos por los persas… pero después de su derrota los vencieron a su vez, pasados pocos años»[430].

La guerra pérsica de Heraclio representa para Bizancio una fecha trascendente de su historia. De las dos principales potencias que alegaban pretensiones universales en la Alta Edad Medía, es decir, Persia y Bizancio, la primera perdió entonces su importancia, trocándose en un Estado débil y dejando en breve de tener existencia política a consecuencia de las invasiones árabes. En cambio, el victorioso Imperio bizantino dio un golpe mortal a su sempiterno enemigo, recuperó sus perdidas provincias orientales, devolvió a la Cristiandad la Santa Cruz y todo ello mientras libraba a la capital de la formidable amenaza de las hordas ávaroeslavas. El Imperio bizantino parecía en la cúspide de su gloria y pujanza. El historiador italiano Pernice escribe al propósito: «En 629 la gloria de Heraclio está en su apogeo; la luz de su genio ha disipado la obscuridad suspendida sobre el Imperio; ante los ojos de todos parece abrirse una era gloriosa de grandeza y paz. El temido enemigo de siempre, Persia, está abatido en definitiva; en el Danubio, la potencia de los avaros declina rápidamente. ¿Quién, pues, podía resistir a las armas bizantinas? ¿Quién podía amenazar al Imperio?»[431].

El soberano de la India envió a Heraclio una felicitación tras la victoria bizantina sobre los persas, remitiéndole a la vez gran cantidad de piedras preciosas[432]. Dagoberto, rey de los francos, expidió a Bizancio enviados extraordinarios y concluyó con Heraclio una paz perpetua[433]. Y en 630 Borana, reina de los persas, concluyó, parece que por oficios de un embajador especial, una paz en regla con Heraclio[434].

Tras el feliz desenlace de la guerra persa, Heraclio, en 629, tomó por primera vez el nombre oficial de «*basileo*». Tal nombre existía hacía siglos en Oriente, y sobre todo en Egipto, y desde el siglo IV habíase hecho corriente en las zonas de lengua griega del Imperio, pero sin ser reconocido todavía como título oficial. Hasta el siglo VII, el equivalente griego del latino «*imperator*» había sido la palabra «*autocrator*», es decir, «autócrata», que etimológicamente no correspondía al sentido de «imperator». El único soberano extranjero a quien el emperador bizantino consentía en titular basileo era el rey de Persia (salvo también el remoto monarca abisinio). Bury escribe: «Mientras hubo en el exterior un gran basileo independiente del Imperio romano, los emperadores se abstuvieron de adoptar un título que hubieran compartido con otro monarca. Pero cuando ese monarca hubo sido reducido a la condición de vasallo dependiente y dejó de existir competencia entre ambos Imperios, el emperador indicó al mundo su victoria tomando oficialmente el título que oficiósamente se le daba desde hacía siglos»[435]. En las provincias recuperadas —Siria, Palestina, Egipto—, donde había una proporción dominante de monofisitas, se presentó otra vez el angustioso e importantísimo problema de la actitud del Gobierno hacia los monofisistas. Por otra parte, la larga y persistente lucha de Heraclio contra los persas, a pesar de su éxito final, produjo un momentáneo

debilitamiento del poder militar del Imperio bizantino, como consecuencia de las fuertes pérdidas en hombres y dinero. Además, el Imperio no obtuvo el período de calma que necesitaba tanto. En efecto, a poco de la guerra pérsica apareció una amenaza formidable y completamente inesperada, cuya gravedad no se comprendió bien al principio: el peligro árabe. Los árabes abrieron una nueva era de la historia del mundo al invadir los territorios del Imperio bizantino y de Persia.

Gibbon habla de este empuje árabe en los términos siguientes: «Mientras el emperador triunfaba en Constantinopla o en Jerusalén, una obscura ciudad de los confines de Siria era puesta a saco por los *sarracenos*, quienes destrozaron los ejércitos que avanzaban en socorro de la población, incidente trivial e irrisorio de no haber preludiado una revolución formidable. Aquellos saqueadores eran *los apóstoles de Mahoma*, su fanático valor había surgido en el desierto, y en los últimos ocho años de su reinado, Heraclio perdió, a manos de los árabes, las mismas provincias que había obligado a los persas a devolverle»[436].

## Los árabes. Mahoma y el Islam

Mucho antes de la era cristiana, los árabes, pueblo de origen semítico, ocuparon la Península Arábiga y el desierto de Siria, continuación geográfica de la Península al norte y que se extiende hasta el Eufrates. La Península Arábiga, equivalente poco más o menos a la cuarta parte de Europa,

está bordeada por el golfo Pérsico al este, el océano índico al sur y el mar Rojo al oeste, mientras al norte penetra, casi sin transición, en el desierto sirio. Las provincias más conocidas de la Península eran: 1.ª, el Nedj, en la meseta central; 2.ª, el Yemen o Arabia Feliz, al sur de la península; 3.ª, el Hedyaz, faja estrecha a lo largo del mar Rojo, que se extendía del Yemen al norte de la península. Este árido país no era habitable en todas sus partes. Los árabes, pueblo nómada, moraban especialmente en el norte y centro de Arabia. Los beduinos se consideraban los representantes más puros y auténticos de la raza árabe y únicos poseedores de dignidad y de valores personales. A más de los beduinos nómadas había algunos sedentarios, establecidos en un corto número de ciudades y aldeas y a quienes los beduinos, errantes trataban con arrogancia cuando no con indiferencia.

El Imperio romano había necesariamente de entrar en conflicto con las tribus árabes de la frontera oriental siria, y se vio forzado a tomar medidas para proteger territorio ocupado por sus enemigos. Con esta intención los emperadores romanos mandaron construir una serie de fortificaciones fronterizas, el llamado «*limes*» sirio, análogo, en menor escala por supuesto, al famoso «*limes romanus*» de la frontera danubiana, que se elevó con miras a la defensa del Imperio contra las invasiones germánicas. Algunas ruinas de las principales fortificaciones romanas de la frontera siria subsisten aún hoy.

Desde el siglo antes de J. C. comenzaron a formarse Estados independientes entre los árabes de Siria. Tales Estados sufrieron mucho la influencia de las civilizaciones griega y aramaica. Así se les da a veces el nombre de reinos helenísticos áraboarameos. Entre sus ciudades, Petra se convirtió en particularmente floreciente y próspera, gracias a su ventajosa situación en el cruce de varios grandes

caminos comerciales. Las magníficas ruinas de esta ciudad atraen hoy aún la atención de los historiadores y arqueólogos contemporáneos.

Desde el punto de vista de la civilización y desde el político, el más importante de todos los reinos árabosirios de la época del Imperio romano fue el de Palmira, que tuvo por soberana a la que los autores romanos y griegos llaman Zenobia. Aquella valerosa reina, mujer de cultura helenística, fundó en la segunda mitad del siglo ni después de J. C. un gran Estado, conquistando Egipto y la mayor parte del Asia Menor. Según B. A. Turaiev, ésa fue la primera advertencia de la reacción de Oriente y de la división del Imperio en dos partes, *oriental y occidental.* El emperador Aureliano restableció la unidad del Imperio y, en 273, la reina vencida hubo de seguir el carro del emperador triunfante a la entrada de éste en Roma. La rebelde Palmira fue destruida. Sus imponentes ruinas atraen tanto como las de Petra a los sabios y turistas contemporáneos. El famoso monumento epigráfico de Palmira, la «carta» palmiriana, grabada en una piedra enorme y que contiene preciosos informes sobre el comercio y hacienda de la ciudad, ha sido transportada a Rusia y se halla ahora en el «*Ermitage*» de Leningrado.

Dos dinastías árabes habían desempeñado ya cierto papel en el transcurso del período bizantino. La primera, la de los Gasánidas de Siria, de tendencias monofisistas, vasalla de los emperadores bizantinos en algún modo, hízose muy poderosa en el siglo VI, bajo Justiniano, al cambiarse en auxiliar del Imperio bizantino en las empresas orientales de éste. Tal dinastía cesó probablemente de existir a principios del siglo VII, cuando los persas conquistaron Siria y Palestina. La segunda dinastía árabe, la de los Lajmitas, tuvo por

centro la ciudad de Hira, junto al Eufrates. Por sus relaciones de vasallaje con los persas Sasánidas, era hostil a los Gasánidas. Dejó de existir también a principios del siglo VII.

El cristianismo, bajo su forma nestoriana, tuvo en Hira un grupo de adeptos, siendo reconocido incluso por algunos miembros de la dinastía Lajmita. Ambas dinastías hubieron de defender las fronteras de su reino: los Gasánidas junto a Bizancio; los Lajmitas junto a Persia. Habiendo al parecer dejado de existir ambos Estados vasallos en el siglo VII, cuando comenzó la expansión del Islam no había una sola organización política digna del nombre de Estado en los límites de la Península arábiga y del reino de Siria. Por otra parte existía en el Yemen, como vimos ya, un reino de sabeoshimiarítas (homeritas), fundado a fines del siglo II antes de J. C.; pero hacia 570 el Yemen fue conquistado por los persas[437].

Antes de la época de Mahoma, los antiguos árabes estaban organizados en tribus. Lo único que engendraba entre ellos comunidad de intereses eran los lazos de sangre, y tal comunidad se manifestaba casi exclusivamente por la aplicación de principios coercitivos y caballerescos, como ayuda, protección o venganza sobre los enemigos cuando la tribu padecía algún insulto. La más ínfima circunstancia podía originar una lucha larga y sangrienta entre tribus. Se hallan alusiones a esos antiguos tiempos y costumbres en la vieja poesía árabe, así como en la tradición prosaica. La animosidad y la arrogancia presidían las recíprocas relaciones de las diferentes tribus de la Arabia preislámica.

Los conceptos religiosos de los árabes de entonces eran muy primitivos. Las tribus tenían dioses propios y objetos sagrados, como piedras, árboles, fuentes… Mediante ellos,

trataban de presagiar el futuro. En ciertas regiones de Arabia predominaba el culto de los astros. Según un especialista de la antigüedad árabe, los árabes antiguos, en su experiencia religiosa, apenas superaban el fetichismo[438]. Creían en la existencia de fuerzas amigas y, con más frecuencia, enemigas, a las que llamaban «*dinns*» o demonios. Su concepto de un poder superior invisible, el de Alá, adolecía de gran imprecisión. Probablemente desconocían la plegaria como forma de culto, y cuando se dirigían a la divinidad su invocación era de ordinario una petición de ayuda con miras a una venganza motivada por alguna injusticia u ofensa padecida. Goldziher afirma que «los poemas preislámicos que nos han llegado no contienen alusión alguna a un impulso hacia lo divino, ni siquiera en las almas más sublimes, y no nos dan sino muy pobres indicaciones sobre su actitud ante las tradiciones religiosas de su pueblo»[439].

La vida nómada de los beduinos era naturalmente desfavorable al desenvolvimiento de lugares fijos consagrados a un culto religioso, aunque fuese en una forma primitiva. Pero al lado de los beduinos estaban los habitantes sedentarios de las ciudades y aldeas nacidas y desarrolladas junto a los caminos de tráfico, sobre todo a lo largo de las rutas caravaneras que iban de sur a norte, es decir, del Yemen a Palestina, Siria y la Península del Sinaí. La más rica de las ciudades que bordeaban este camino era La Meca (Maceraba, en los antiguos escritos), famosa ya mucho antes de Mahoma. Seguíala en importancia Yathrib, la futura Medina, harto más al norte. Aquellas ciudades constituían excelentes etapas para las caravanas mercantiles que iban de norte a sur y viceversa. Había muchos judíos entre los mercaderes de La Meca y Yathrib, así como entre los habitantes de otras zonas de la Península, cual el Yemen y el Hedyaz septentrional. Desde las provincias

romanobizantinas de Palestina y Siria, al norte, y desde Abisinia, al sur, acudían a la península numerosos cristianos. La Meca se convirtió en el principal centro de contacto de la desigual población de la península. Desde época muy remota poseía la ciudad un santuario, la Kaaba (el Cubo) cuyo carácter original no era específicamente árabe. Consistía en una construcción de piedra, de 35 pies de altura, que encerraba el principal objeto de culto, la piedra negra. La tradición declaraba que aquella piedra era un don del cielo y asociaba la elevación del santuario al nombre de Abraham. Gracias a su ventajosa situación, La Meca era visitada por mercaderes de todas las tribus árabes. Ciertas leyendas afirman que, para atraer más visitantes a la población, se habían colocado en el interior de la Kaaba ídolos de diversas tribus, a fin de que los miembros de cada tribu pudiesen adorar su divinidad favorita durante su estancia en La Meca. El número de peregrinos aumentaba constantemente, siendo en especial considerable durante el período sacro de la «*Tregua de Dios*», práctica que garantizaba más o menos la inviolabilidad territorial de las tribus que enviaban representantes a La Meca. La época de las fiestas religiosas coincidía con la feria grande de La Meca, feria en que los mercaderes árabes y extranjeros efectuaban sus transacciones comerciales, las cuales dejaban a la ciudad enormes provechos. La ciudad enriquecióse muy de prisa. Hacia el siglo v de J. C. empezó a dominar en La Meca la poderosa tribu de los Koraichitas. Los intereses materiales de los ávidos moradores de La Meca no se descuidaban y a menudo las colectas sagradas utilizábanse por ellos para satisfacción de sus intereses egoístas. Según un sabio, «con la dominación de la nobleza, encargada de cumplir las ceremonias tradicionales, la ciudad tomó un carácter materialista, arrogante y plutocrático. No cabía encontrar

allí profundas satisfacciones religiosas»[440].

Bajo la influencia del judaísmo y del cristianismo, que los árabes tuvieron múltiples ocasiones de conocer en La Meca, aparecieron, incluso antes de Mahoma, algunos individuos realmente inspirados por ideales religiosos muy diversos del árido ritual de las viejas costumbres idolátricas. Los conceptos de aquellos modestos apóstoles aislados se distinguían por su aspiración hacia el monoteísmo y su aceptación de una vida ascética. Pero todos se contentaron con su experiencia propia, sin influir ni convertir a quienes les rodeaban.

Quien unificó a los árabes y fundó una religión universal fue Mahoma, primero humilde predicador de la penitencia, profeta después y más tarde jefe de una comunidad política.

Mahoma nació hacia el 570. Pertenecía al clan Hachimita, uno de los más pobres de la tribu Koraichita. Sus padres murieron siendo él muy joven y hubo de ganarse la vida trabajando. Fue, pues, conductor de camellos en las caravanas mercantiles de la acaudalada viuda Jadidya. Al casarse con ésta mejoró mucho su situación material. Era hombre de temperamento nervioso y enfermizo.

Habiendo entrado en contado con cristianos y judíos, sufrió mucho la influencia de unos y otros y empezó a meditar cada vez más sobre la organización religiosa de La Meca. Las dudas que surgían frecuentemente en su alma hacían nacer en él momentos de desesperación y sufrimiento infinitos. Padecía en ocasiones crisis nerviosas. Durante sus paseos solitarios por los arrabales de La Meca le atormentaban visiones y al fin concluyó por arraigar en él la convicción de que Dios le había designado para salvar a su pueblo, que seguía la senda del error.

Mahoma contaba cuarenta años cuando se resolvió a

expresar sus miras francamente, sí bien, con modestia, empezó por predicar la moral sólo en el seno de su propia familia. Luego predicó ante un grupo reducido de gente de clase inferior, y a poco hubo ya ciudadanos distinguidos que le escuchaban. Pero los jefes de los Koraichitas se declararon contra él y le hicieron imposible la residencia en La Meca. Entonces, acompañado de sus secuaces, abandonó en secreto la ciudad (622) y se encaminó a Yalhrib, al norte, cuyos moradores, comprendido el elemento judío, le habían rogado a menudo que fuese a vivir entre ellos, prometiéndole mejores condiciones de existencia.

El año de la marcha de Mahoma a Medina, o como se suele llamar incorrectamente, el año de su huida («*hichra*» en árabe, reformado por los europeos en «*hégira*») es el punto de partida de la era musulmana[441].

Los árabes y todos los demás pueblos mahometanos fijan el principio de su era en el año 622 y para establecer su cronología se sirven del año lunar, un tanto más corto que el solar. De ordinario los musulmanes consideran el viernes 16 de julio del 622 como el día inicial del primer año de la hégira, pero la práctica no data sino de dieciséis años después.

La población de Yathrib recibió con entusiasmo a Mahoma y a sus compañeros y más tarde cambió el nombre de Yathrib en *Medinat el Nabi*, o «Ciudad del Profeta».

No debemos olvidar que la insuficiencia de fuentes primitivas referentes al mahometismo nos pone en la práctica en tal situación, que no poseemos informe auténtico alguno sobre la vida de Mahoma con anterioridad a la hégira. En esa época su enseñanza era tan imprecisa que rayaba en lo caótico y no es posible darle aún el nombre de religión nueva.

En Medina, Mahoma se convirtió en jefe de una gran comunidad y comenzó a asentar las bases de un Estado político sobre fundamentos religiosos. Después de desarrollar los principios esenciales de su religión, creado ciertas ceremonias religiosas y reforzado su situación política, levantó un ejército y en 630 tomó La Meca. Ya en la ciudad hizo desaparecer todos los ídolos y todas las supervivencias del politeísmo. La base de la nueva religión era el culto de un Dios único: Alá. Mahoma concedió a todos sus enemigos una especie de amnistía, gracias a lo cual la ocupación de La Meca no acarreó muertes ni saqueos. Desde entonces Mahoma y sus seguidores pudieron peregrinar libremente a La Meca y practicar sus nuevos ritos. Murió Mahoma el 632.

Aquel hombre no era un lógico y por tanto resulta difícil presentar su doctrina religiosa de manera sistemática. Tal doctrina no constituía una creación original, sino que se había desenvuelto bajo el influjo de otras religiones: cristianismo, judaísmo y en parte el parsismo o zoroastrismo, religión del reino persa de los Sasánidas en aquella época. Modernos historiadores llegan a la conclusión de que «la comunidad mahometana primitiva, contrariamente a la opinión extendida antes, estaba más profundamente adherida a los ideales cristianos que al judaísmo»[442]. Fuese como fuera, Mahoma había conocido otras religiones en su juventud, durante sus viajes con las caravanas y más tarde a La Meca y a Yathrib (Medina). El rasgo más típico de su doctrina es el dogma de la completa dependencia del ser humano respecto a Dios y la ciega resignación a la voluntad divina. La fe es estrictamente monoteísta y se considera a Dios como posesor de un poder ilimitado sobre sus criaturas. La religión mahometana toma el nombre de Islam, que significa «*resignación o sumisión a*

*Dios*[443]» y los sectarios del Islam fueron llamados musulmanes o mahometanos.

El dogma fundamental de la religión islámica es la unidad de Dios, o Alá. La proposición: «Sólo hay un Dios y Mahoma es su profeta» constituye uno de los principios esenciales del Islam. Moisés y Jesús son reconocidos como profetas. El Cristo es el profeta penúltimo; pero la nueva religión proclama que ninguno es tan grande como Mahoma. Durante su residencia en Medina, Mahoma declaró que su doctrina religiosa era la restauración en su plena pureza de la religión de Abraham, corrompida por los judíos y los cristianos. Uno de los primeros problemas que se le presentó a Mahoma fue hacer salir a los árabes de su estado de barbarie («*Dyahiliyya*», en árabe), e inculcarles principios morales más elevados. Oponiéndose a las crueles costumbres difundidas en el país predicó, en lugar de la venganza, la paz, el amor, el dominio de sí mismo. Puso fin de la costumbre, existente en ciertas tribus, de enterrar vivas a las recién nacidas. Se esforzó asimismo en regularizar las relaciones matrimoniales, limitando la poligamia en cierta medida al reducir el número de mujeres legítimas. No se podían tener más que cuatro, y en este punto Mahoma no permitió a nadie, salvo a sí mismo, tomarse libertades con el dogma. Las viejas concepciones de clan se substituyeron en la nueva religión por la idea de los derechos personales, incluido el derecho de heredar. Mahoma introdujo igualmente ciertas prácticas relativas a la plegaria y el ayuno: durante la oración debía volverse la vista en dirección a la Kaaba, y en el noveno mes, el de Ramadán, se fijó un largo período de ayuno. El descanso semanal se estableció en el viernes. La nueva religión prohibía el uso del vino, de la sangre, del cerdo, de la carne de los animales muertos de muerte natural o que hubiesen servido para sacrificios a los ídolos paganos.

También se prohibía el juego. Se establecía la creencia en los ángeles y en el diablo. Los conceptos del Cielo y del Infierno, de la Resurrección y del Juicio Final, eran de naturaleza netamente materialista. Los elementos esenciales de esas concepciones se hallan en la literatura apócrifa judeocristiana. La gracia de Dios, el arrepentimiento de los pecadores, la recompensa de las buenas acciones formaban parte de la doctrina de Mahoma.

Las prescripciones religiosas y reglas del Islam, tal como existen hoy, se han desarrollado sin duda, poco a poco, después de la muerte de Mahoma. Así por ejemplo, en la época de los Ommiadas la oración a horas fijas no estaba instituida de manera rigurosa[444]. Las prácticas pueden reducirse a las cinco siguientes: 1) reconocer a un solo Dios, Alá, y a su profeta Mahoma; 2) hacer, a las horas fijadas, determinadas plegarias siguiendo estrictamente el ritual prescrito; 3) contribuir con cierta suma de dinero a los gastos militares y a los de caridad de la comunidad mahometana; 4) ayunar durante el mes de Ramadán; 5) efectuar una peregrinación a la Kaaba de La Meca (peregrinación que se denomina «*hadeh*»).

Los principios fundamentales y el conjunto de las reglas de la religión musulmana se consignan en un libro sagrado, el libro de las revelaciones de Mahoma, o Corán, subdividido en 114 capítulos («*Sura*», en árabe).

Los relatos sobre la predicación y los actos de Mahoma, reunidos más tarde en libros diversos, llevan el nombre de «*Sunna*».

La historia de los principios del Islam en el período de Mahoma es obscura y de las que más se prestan a la controversia, dado el estado actual de las fuentes que hablan de ese período. Sin embargo, tal cuestión es de extrema

importancia para la historia del Imperio bizantino en el siglo VII, porque su solución puede influir mucho en la explicación que se atribuya a los rápidos y asombrosos éxitos militares de los árabes cuando éstos tomaron a los bizantinos sus provincias orientales y meridionales: Siria, Palestina, Egipto y el África del Norte.

Para dar una idea de las contradicciones que existen en la ciencia respecto al Islam, citaremos las opiniones de tres sabios especialistas en la materia. Goldziher[445] escribe: «No puede haber duda: Mahoma pensó en propagar su religión allende las fronteras de Arabia y en transformar su doctrina, primero predicada a sus cercanos parientes, en una fuerza de dominación universal». Otro sabio, Grimme, declara que, apoyándose sobre el Corán, se llega a la conclusión de que el fin principal del islamismo era la posesión completa de Arabia[446]. Y un tercer sabio contemporáneo, Caetani, afirma que el profeta no soñó nunca en convertir toda Arabia ni a todos los árabes[447].

En vida de Mahoma, no toda Arabia se sometió a su dominio. En general puede decirse que Arabia no ha reconocido nunca un señor único. En realidad Mahoma rigió un territorio acaso inferior al tercio de la península. Las provincias que dominó quedaron muy influidas por los conceptos islámicos, pero el resto de Arabia continuó teniendo una organización política y religiosa muy poco diversa a la que había conocido antes de Mahoma. Como sabemos, el sudoeste de la península era cristiano. Las tribus árabes de la Arabia nordeste habían adoptado también el cristianismo, que no tardó en ser la religión dominante en Mesopotamia y en las provincias árabes ribereñas del Eufrates. Entre tanto la religión oficial persa declinaba de modo acelerada, declinante. De forma que cuando Mahoma

murió no era el soberano político de toda Arabia ni su jefe religioso.

Es interesante notar que al principio el Imperio bizantino consideró al Islam como una especie de arrianismo, colocándolo en el mismo pie que a las demás sectas cristianas. La literatura apologética y polémica de Bizancio discutió con el Islam lo mismo que había hecho con los monofisistas, monotelistas y sectarios de otras herejías. Juan Damasceno, miembro de una familia sarracena, que vivió en la corte musulmana en el siglo VIII, no veía en el Islam una nueva religión, sino que la consideraba una especie de cisma, de carácter análogo a las otras herejías precedentes. Los historiadores bizantinos testimonian muy poco interés por la revelación de Mahoma y el movimiento político que inició[448]. El primer cronista que da algunos datos sobre la vida de Mahoma, «soberano de los sarracenos y seudoprofeta», es Teófanes, que escribió en la primera mitad del siglo IX[449].

Incluso para la Europa occidental del Medievo, el Islam no fue una religión distinta, sino una secta cristiana, emparentada, por sus dogmas, con el arrianismo. En el último período de la Edad Media, Dante, en su Divina Comedia, considera a Mahoma como un hereje y le llama «sembrador de escándalo y de cisma» («*seminator di scandalo e di scisma*») (Inferno, XXVIII, 31-36).

## Causas de las conquistas árabes en el siglo VII

Se menciona habitualmente el entusiasmo religioso de los musulmanes, que alcanzaba con frecuencia el grado supremo del fanatismo y la intolerancia, y se ve en él una de las causas determinativas de los pasmosos éxitos militares logrados por los árabes en su lucha contra Persia y contra el Imperio bizantino en el siglo VII. Se pretende que los árabes se precipitaron sobre las provincias asiáticas y africanas con la determinación de cumplir la voluntad de su profeta, que les había prescrito la conversión de todo el mundo a la nueva fe. En resumen, suelen explicarse en general las victorias árabes por el entusiasmo religioso que preparaba a los musulmanes fanáticos a mirar la muerte con desprecio, haciéndoles así invencibles en la ofensiva.

Este concepto debe ser considerado desprovisto de fundamento. A la muerte de Mahoma no había más que un pequeño número de musulmanes convencidos, y por ende ese pequeño número permaneció en Medina hasta que las primeras grandes conquistas estuvieron consumadas. Muy pocos adeptos de Mahoma combatieron en Siria y Persia. La aplastante mayoría de combatientes árabes la formaban beduinos, que solo conocían de *oídas* el Islam. No se cuidaban de nada sino de los beneficios materiales y terrenos, y no pedían otra cosa que botín y un desenfreno sin límites. El entusiasmo religioso no existía entre ellos para nada. Por otra parte, el Islam, en sus principios, era tolerante por esencia. El Corán dice:

> «*No se haga violencia en materia religiosa; la verdad se distingue bien del error*» (II, 257). Harto conocida es la indulgencia del Islam, en sus orígenes, con judíos y cristianos. El Corán habla también de la tolerancia de Dios respecto a las obras religiosas: «*Si Dios hubiese querido, no habría hecho sino un solo*

*pueblo de todos los hombres*» (XI, 120)[450].

El fanatismo religioso y la intolerancia de los musulmanes son fenómenos posteriores, extraños al pueblo árabe y explicables por la influencia de los prosélitos mahometanos. Así, la teoría de que el entusiasmo religioso y el fanatismo fueron causas de las victoriosas conquistas de los árabes en el siglo VII debe ser rechazada.

Ciertos estudios recientes, como el de Caetani, se esfuerzan en demostrar que las causas verdaderas del irresistible avance de los árabes fueron de orden más práctico, más material. Arabia, reducida a sus recursos naturales, 110 podía satisfacer ya las necesidades físicas de su población y entonces, bajo la amenaza de la miseria y el hambre, los árabes se vieron en la precisión de hacer un esfuerzo desesperado para librarse «de la ardiente prisión del desierto». Serían, pues, las insoportables condiciones de su vida las que habrían motivado aquel incontenible impulso que lanzó a los árabes hacia el Imperio bizantino y Persia, y no se debe, en tal caso, buscar el menor elemento religioso en su movimiento[451].

Pero, aun admitiendo hasta cierto punto la exactitud de esa tesis, no pueden explicarse completamente los éxitos militares de los árabes por sus necesidades materiales. Se ha de reconocer que entre las causas de sus victorias figura también el estado interno de las provincias orientales y meridionales de Bizancio —Siria, Palestina y Egipto— tan fácilmente ocupadas por los árabes. Varias veces hemos indicado el creciente descontento de aquellas provincias, irritadas por razones de orden religioso. Siendo monofisistas y, parcialmente, nestorianas en sus convicciones, habían entrado en pugna con el gobierno central, rebelde a toda conciliación de tipo capaz de satisfacer las exigencias

religiosas de aquellos países. Ello se agudizó después de la muerte de Justiniano la política inflexible de los emperadores hizo que Siria, Palestina y Egipto se sintieran dispuestas a desgajarse del Imperio, y prefirieron someterse a los árabes, conocidos por su tolerancia religiosa y de quienes se esperaba que se limitasen a percibir impuestos regulares en las provincias conquistadas. Los árabes, en efecto, como ya hemos dicho, se cuidaban poco de las convicciones religiosas de los pueblos sometidos.

La parte ortodoxa de la población de las provincias orientales estaba también descontenta del gobierno central a causa de ciertas concesiones y ciertos compromisos otorgados a los monofisistas, sobre todo en el siglo VII. Hablando de la política monotelita de Heraclio, Eutiquio, historiador árabe cristiano del siglo X, escribe que los ciudadanos de Hemesa (Homs), declararon al emperador: «Sois un maronita (monotelita) y un enemigo de nuestra fe»[452]. Otro historiador árabe, Beladsori (siglo IX), afirma que los mismos ciudadanos se volvieron a los árabes, diciéndoles: «Vuestro gobierno y justicia nos son más agradables que la tiranía e insultos que hemos sufrido»[453]. Cierto que el testimonio emana de un escritor musulmán, pero refleja el verdadero estado de ánimo de la población ortodoxa durante el período en que Constantinopla siguió una política de compromiso religioso. Conviene también recordar que la mayor parte de la población de las provincias bizantinas de Palestina y Siria era de origen semítico, que muchos de sus habitantes eran de extracción árabe y que los conquistadores árabes encontraron en las provincias sometidas hombres de su raza y que hablaban su propia lengua. Con expresión de un historiador, uno se trataba de conquistar un país extranjero, cuyo único provecho directo serían los impuestos, sino también de

reivindicar una parte del propio patrimonio, que declinaba, por así decirlo, bajo el cetro extranjero[454].

Además del general descontento religioso y del parentesco de la población con los árabes —dos hechos muy favorables a los invasores—, conviene igualmente recordar que Bizancio y su ejército estaban muy debilitados tras las largas campañas contra los persas, pese al éxito final, y no podían oponer resistencia seria a las tropas frescas de los árabes.

En Egipto, causas particulares explican la fácil conquista árabe. La primera debe buscarse en el estado general de las tropas bizantinas acantonadas en el país. Numéricamente acaso fuesen bastante fuertes, pero la organización general del ejército perjudicaba mucho el éxito de las operaciones. Porque el ejército egipcio, en efecto, se dividía en varios grupos, mandados por cinco jefes diferentes, los duques («*duces*»), investidos de poderes iguales. Entre esos generales no había unidad alguna de acción. La falta de coordinación a los fines de una tarea común paralizó la resistencia. La indiferencia de los gobernadores hacia, los problemas que se planteaban en la provincia, sus rivalidades personales, su falta de solidaridad y su incapacidad militar tuvieron consecuencias nefastas. Los soldados valían tanto como sus jefes. El ejército egipcio era numeroso, pero la mediocridad de los mandos y de su instrucción hacían que no se pudiese contar con él. Los soldados se sentían inclinados a la defección de modo irresistible. El sabio francés Maspero, escribe: «Sin duda hay causas múltiples que explican los fulminantes éxitos de los árabes: el agotamiento del Imperio después de la victoriosa campaña de Persia, las discordias religiosas, el odio recíproco de los coptos jacobitas y de los griegos calcedonios. Pero el motivo principal de la derrota bizantina en el valle del Nilo fue la

mala calidad del ejército al que estuvo confiada la misión de defenderlos»[455]. Gelzer, «por el estudio de los papiros, llega a las siguientes conclusiones: estima que la clase de grandes terratenientes privilegiados nacida en Egipto con anterioridad al período de las grandes conquistas árabes se había tornado, de hecho, independiente del Gobierno central, el cual no había creado administración local verdadera, cosa que fue una de las causas principales de la caída de la dominación bizantina en Egipto»[456]. Otro sabio, el francés Amélineau, apoyándose también en el estudio de los papiros, llega a la conclusión de que, además de lo mediocre de la organización militar, los defectos de la administración civil de Egipto figuraron entre los más importantes factores que facilitaron la conquista árabe[457].

El papirólogo inglés H. J. Bell, escribe que la conquista de Egipto por los árabes no fue «ni un milagro ni un ejemplo de la venganza divina sobre la cristiandad extraviada, sino sólo el debilitamiento inevitable de un edificio podrido hasta el meollo»[458].

Así, entre las razones del éxito árabe debemos colocar en primer lugar la situación religiosa de Siria, Palestina y Egipto; los lazos de parentesco que existía entre los habitantes de esos dos primeros países y los árabes; y, lo que no deja de tener importancia, en Egipto la incapacidad de las tropas, la ineficacia de la organización militar, la mediocridad de la administración civil y el estado de las relaciones sociales.

En cuanto a las cifras de las fuerzas enfrentadas, téngase en cuenta que la tradición histórica, tanto bizantina como árabe, las ha exagerado mucho. En realidad los ejércitos de ambos adversarios no eran muy considerables. Ciertos eruditos evalúan los soldados árabes que participaron en las

campañas de Siria y Palestina en 27 000, y aún temen aumentar el número real[459]. El ejército bizantino era probablemente menos numeroso todavía. No olvidemos, en todo caso, que las operaciones militares fueron sostenidas, no sólo por los árabes de la península, sino por los del desierto sirio, cercano a las fronteras persa y bizantina.

Al estudiar con profundidad los principios del Islam, se advierte que el elemento religioso pasa a segundo termino en todos los sucesos políticos de este período. Según un historiador «el Islam se transformó en fuerza política porque sólo así podía triunfar de sus enemigos. Si el Islam hubiera persistido siendo siempre una mera doctrina moral y religiosa, su existencia habría terminado pronto en aquella Arabia escéptica y materialista, y sobre todo en la atmósfera hostil de La Meca»[460]. Según la opinión de otro historiador, «los campeones del Islam no se propusieron tanto la conversión de los infieles como su sujeción»[461].

## Conquistas árabes hasta principios del siglo VIII. Justiniano II y los árabes

A la muerte de Mahoma (632) su pariente Abu-Bekr fue elegido jefe de los musulmanes con el título de «*califa*», es decir, «vicario». Los tres califas siguientes, Ornar, Otmán y Alí, fueron elevados también por elección, y en consecuencia no formaron una dinastía. Existe muy arraigada la costumbre de designar a los cuatro sucesores inmediatos de

Mahoma con el nombre de «*califas ortodoxos*».

Las conquistas más importantes hechas por los árabes en territorio bizantino se desarrollaron bajo el califa Ornar.

Los relatos según los cuales Mahoma escribió mensajes a los soberanos de otros países, incluso Heraclio, proponiéndoles convertirse al islamismo, con la *adehala* de que Heraclio contestó favorablemente, deben considerarse invenciones sin fundamento histórico[462]. No obstante, hay eruditos que hoy dan valor histórico a esa correspondencia[463].

En vida de Mahoma, sólo aislados destacamentos de beduinos cruzaron la frontera bizantina. Pero bajo el segundo califa, Ornar, los acontecimientos se precipitaron a una velocidad extraordinaria. La cronología de las operaciones militares de la tercera y cuarta décadas del siglo VII es muy obscura y confusa. Según toda probabilidad, los hechos transcurrieron por este orden: en 634 los árabes se apoderaron de la fortaleza bizantina de Bothra (Bosra), allende el Jordán; en 635 cayó Damasco; en 636 la batalla de Yarmuk abrió toda la provincia siria a la conquista árabe y en 637 o 638 Jerusalén se rindió tras un cerco de dos años. En esta última operación se distinguió entre los árabes el califa Ornar y entre los sitiados el patriarca de Jerusalén, Sofronio, famoso defensor de la ortodoxia. El texto de la capitulación por la que Sofronio entregaba Jerusalén a Ornar, con ciertas garantías sociales y religiosas para los pobladores cristianos de la ciudad, no quedó en vigor, por desgracia, sino con ulteriores modificaciones. Antes de que los árabes entrasen en Jerusalén, los cristianos habían logrado sacar de la ciudad la Santa Cruz, transportándola a Constantinopla.

Con la conquista de Mesopotamia y Persia, ejecutada a la

vez que esta ocupación de territorios bizantinos, terminó el primer período de las conquistas árabes en Asia. A fines de la tercera década del siglo, el general árabe Amr compareció en la frontera oriental de Egipto, iniciando la conquista de este país. Después de la muerte de Heraclio, en 641 o 642, los árabes ocuparon Alejandría, y hacia el fin de la década 640-50 el Imperio bizantino se vio obligado a renunciar a Egipto para siempre. La conquista de Egipto fue seguida de un avance árabe hacia las costas occidentales de África del Norte. Sobre el 650, Siria, parte del Asía Menor, la Mesopotamia Superior, Palestina, Egipto y una zona de las provincias bizantinas del África septentrional estaban bajo el dominio árabe.

Sus conquistas habían llevado a los árabes hasta las orillas del Mediterráneo, donde se les plantearon nuevos problemas, de orden marítimo. No poseían escuadra y se hallaban impotentes ante los numerosos bajeles bizantinos, para los que eran fácilmente accesibles las provincias árabes del litoral. Los árabes comprendieron en seguida el peligro de la situación. El gobernador de Siria y futuro califa Mo'awia, se dio a construir con actividad numerosas naves, cuyas tripulaciones se reclutaron al principio entre la población indígena grecosiria, hecha a navegar. Recientes estudios de papiros han probado que, a fines del siglo VII, la construcción de buenas embarcaciones y el reclutamiento de marinos, experimentados fueron uno de los problemas esenciales que hubo de resolver la administración egipcia[464].

A mediados del siglo VII, bajo Constante II, las naves árabes de Mo'awia, empezaron a invadir las aguas bizantinas y los musulmanes tomaron el importante centro marítimo de la isla de Chipre. No lejos de la costa de Asia Menor deshicieron la flota bizantina, mandada por el emperador en

persona, se apoderaron de la isla de Rodas, donde destruyeron el célebre Coloso, y llegaron hasta Creta y Sicilia, amenazando el Egeo y Constantinopla.

Los cautivos capturados en estas expediciones, sobre todo los de Sicilia, fueron conducidos a Damasco.

Las conquistas árabes del siglo VII privaron al Imperio bizantino de sus provincias orientales y meridionales, haciéndole perder su posición eminente de Estado más poderoso del mundo. Territorialmente disminuido, Bizancio se convirtió en un Estado con predominio de pobladores griegos, aunque no un predominio tan grande como creen ciertos sabios. Los territorios donde los griegos formaban mayoría absoluta eran el Asia Menor, las islas vecinas del mar Egeo, Constantinopla y la provincia adyacente a la capital. Por entonces, toda la Península balcánica, Peloponeso incluso, se había modificado mucho en su composición etnográfica, a causa de la aparición de grandes colonias eslavas. En Occidente, el Imperio bizantino poseía aún partes aisladas de Italia, esto es, las no pertenecientes al reino lombardo y que eran la zona meridional de la Península, con Sicilia y otras islas del Mediterráneo, Roma y el exarcado de Ravena. La población griega, especialmente numerosa en la porción meridional de la Italia bizantina, creció muy de prisa en el siglo VII al refugiarse en Italia numerosos habitantes de Egipto y África del Norte que no quisieron someterse a los árabes. Puede decirse que el Imperio romano se transformó entonces en un Imperio bizantino, Imperio cuyos problemas vitales se hicieron más angostos y perdieron su anterior vastedad. Ciertos historiadores —como Gelzer— piensan que las graves pérdidas territoriales de Bizancio fueron convenientes para esta nación en el sentido de que eliminaron los elementos

extranjeros, mientras «la población del Asía Menor y de las partes de la Península balcánica que reconocían aún la autoridad del emperador, formaba, por su lengua y religión, un todo perfectamente homogéneo y una masa perfectamente leal»[465]. Desde mediados del siglo VII Bizancio hubo de ocuparse sobre todo de la capital, del Asia Menor y de la Península balcánica. Por lo demás, aquellos reducidos territorios estaban expuestos a la amenaza de los lombardos, los eslavos, los búlgaros y los árabes. Según L. Bréhier, ese período marca para Constantinopla el principio de su papel histórico de defensa perpetua que dura hasta el siglo XV, con alternativas de retroceso y expansión[466].

Los progresos de la conquista árabe en África del Norte fueron detenidos durante algún tiempo por la enérgica resistencia de los bereberes. También interrumpió la actividad militar de los árabes el conflicto interno que estalló entre el último «*Califa ortodoxo*», Alí, y el gobernador de Siria, Mo'awia. La sangrienta lucha concluyó el 661 con el asesinato de Alí y el triunfo de su adversario, quién subió al trono, inaugurando la dinastía de los Ommiadas. El nuevo califa hizo de Damasco la capital de su reino.

Una vez afirmado su poder en el interior, Mo'awia reanudó la ofensiva contra el Imperio bizantino, enviando su flota a Constantinopla y prosiguiendo su marcha hacía el oeste en territorio africano.

El Imperio conoció su período más crítico bajo el reinado del enérgico Constantino IV (668-685). Entonces la flota árabe atravesó el Egeo y el Helesponto, penetró en la Propóntide y se estableció en el puerto de Cizico. Utilizando este lugar como base de operaciones, los árabes asediaron varias veces, y siempre sin éxito, Constantinopla. Todos los años recomenzaban el cerco, de ordinario en el estío. La

causa esencial de que los árabes no tomasen la ciudad fue que el emperador había sabido situarla en estado de oponer la necesaria resistencia.

Entre los principales factores del éxito de la defensa bizantina figuró el empleo del «*fuego griego*», llamado también «fuego líquido» o «marino», y cuya invención se debió al arquitecto Calínico, un griego de Siria, emigrado. A veces suele tenerse una idea falsa de ese invento, dado el término que lo designa por lo general. El «fuego griego» era una especie de composición explosiva que se proyectaba mediante tubos especiales o sifones y que se inflamaba al tropezar con las naves enemigas. La flota bizantina comprendía buques especiales denominados «*sifonóforos*», los cuales causaban terrible pánico entre los árabes. Había otros procedimientos para lanzar aquel fuego artificial sobre el enemigo. La característica de tal fuego era que ardía incluso sobre el agua. Durante considerable tiempo el Gobierno guardó celosamente el secreto de la composición de tal arma nueva, que contribuyó muchas veces al éxito de las flotas bizantinas[467].

Todos los intentos árabes para tomar Constantinopla fracasaron. En 677 la flota enemiga se volvió hacia Siria y durante el viaje, al largo de la costa meridional del Asia Menor, fue destruida por una violenta tempestad. En tierra tampoco tuvieron éxito las operaciones de los árabes. Dadas tales circunstancias, el viejo Mo'awia negoció un tratado de paz con Bizancio, comprometiéndose a pagar un cierto tributo anual[468].

Al rechazar de Constantinopla a los árabes y firmar con ellos una paz favorable y ventajosa para Bizancio, Constantinopla prestó un gran servicio, no sólo a su propio país, sino a toda la Europa occidental, que quedó protegida

así contra el grave peligro mahometano. El éxito de Constantino produjo viva impresión en Occidente. Según un cronista, cuando la noticia de la victoria de Constantino llegó al kan de los avaros y a otros soberanos occidentales, éstos «enviaron embajadores con regalos al emperador y le pidieron que estableciere con ellos relaciones de paz y amistad… y hubo una gran época de paz en Oriente y en Occidente»[469].

Durante el primer reinado de Justiniano II (685-695), sucesor de Constantino IV, se produjo en la frontera árabe un suceso que iba a tener considerable importancia en el ulterior desarrollo de las relaciones arábigo-bizantinas. Las montañas sirias del Líbano estaban habitadas desde hacía mucho por grupos de *mardaítas*, es decir, de «rebeldes», de «apóstatas», de «bandidos». Estas agrupaciones se hallaban organizadas militarmente y servían, por decirlo así, de bastión a las autoridades bizantinas de la provincia. Luego que los árabes conquistaron Siria, los mardaítas se batieron en retirada hacia el norte y permanecieron en la frontera arábigobizantina, causando a los árabes muchas inquietudes y enojos con sus frecuentes incursiones en los distritos vecinos. Según un cronista, los mardaítas formaban «*un muro de bronce*»[470], que protegía al Asia Menor de las invasiones árabes. Pero, por el tratado de paz negociado por Justiniano II, el emperador se obligaba a establecer a los mardaítas en las provincias interiores del Imperio, a cambio de cuyo favor se comprometía el califa a pagar cierto tributo. Tal concesión del emperador destruyó el «muro de bronce». A continuación se halla a los mardaítas como marinos de Panfilia (sur del Asia Menor), Peloponeso, Cefalonia y otros lugares. Su marcha de la frontera reforzó a todas luces la situación de los árabes en las provincias recién conquistadas y facilitó sus ulteriores movimientos ofensivos hacia el

interior del Asia Menor. A mi juicio no tenemos pruebas suficientes para ver este hecho como el profesor Kulakovski, que lo explica por «consideración del emperador hacia los cristianos sometidos a hombres de otra religión»[471], La emigración de los mardaítas se explica por motivos puramente políticos. A la vez que en Oriente se esforzaban en tomar Constantinopla, los ejércitos árabes reanudaban, en Occidente, la conquista de África del Norte. A fines del siglo VII los árabes ocuparon Cartago, capital del exarcado de África y a primeros del VIII tomaron Septena (hoy la fortaleza española de Ceuta), no lejos de las Columnas de Hércules. Hacia la misma época, los árabes, mandados por Tarik, pasaron de África a España, conquistando a los visigodos la mayor parte de la Península. Del nombre de Tarik procede el moderno nombre de Gibraltar, o «*Montaña de Tarik*». De tal guisa, a principios del siglo VIII la amenaza musulmana reapareció en Europa desde una nueva dirección, es decir, desde la Península Ibérica.

Las relaciones que se establecieron entre los árabes y las poblaciones de Siria, Palestina y Egipto difirieron mucho de las que se vio surgir en África del Norte, esto es, en los territorios actuales de Tripolitania, Túnez, Argelia y Marruecos. En Siria, Palestina y Egipto, los árabes, lejos de encontrar resistencia seria, hallaron más bien simpatía y ayuda en la población. Dada esta actitud, los árabes trataron a sus nuevos súbditos con gran tolerancia. Salvo raras excepciones, dejaron sus templos a los cristianos, les permitieron celebrar sus oficios religiosos y no exigieron, en cambio, sino el pago de un impuesto regular y la fidelidad política de los cristianos a los soberanos árabes. Jerusalén, uno de los lugares más venerados de la cristiandad, quedó abierto a los peregrinos que acudían a Palestina desde los

más remotos puntos de la Europa Occidental para adorar los Santos Lugares. La ciudad conservó sus hospederías y hospitales para los peregrinos. En Siria, Palestina y Egipto los árabes entraron en contacto con la civilización bizantina, cuyo influjo no tardó en manifestarse sobre ellos. En resumen, conquistadores y conquistados vivieron en Siria y Palestina en relaciones pacíficas que duraron considerable tiempo. En Egipto la situación era algo menos satisfactoria, pero incluso en este país los cristianos gozaban de gran tolerancia, al menos al principio de la dominación árabe.

A raíz de la conquista musulmana, los patriarcados de las provincias ocupadas cayeron en manos de los monofisistas. No obstante, los gobernadores árabes concedieron ciertos privilegios a la población ortodoxa de Siria, Palestina Egipto, y al cabo de cierto tiempo fueron restablecidos los patriarcados ortodoxos de Alejandría y Antioquía, los cuales subsisten aún hoy. Un historiado: geógrafo árabe del siglo x, Masudi, declara que bajo el dominio árabe las cuatro montañas sagradas —el Sinaí, el Horeb, el Monte de los Olivos, junto a Jerusalén el Monte del Jordán, es decir, el Monte Tabor— quedaron todas en manos de los ortodoxos. Sólo poco a poco los monofisistas y otros herejes, así como musulmanes, arrebataron a los ortodoxos el culto de Jerusalén y los Santos Lugares. Más tarde Jerusalén fue elevada a ciudad santa musulmana, como la Meca y Medina. Para los mahometanos, el carácter sagrado de la ciudad fundaba en que Mo'awia había asumido allí la calidad de califa[472].

La situación en África del Norte era muy diferente. La gran mayoría las tribus bereberes, aunque hubiese adoptado oficialmente el cristianismo, permanecía en su barbarie de antaño y opuso una fuerte resistencia a los ejércitos árabes,

que respondieron a tal oposición con tremendas devastaciones de: territorios bereberes. Millares de cautivos fueron llevados a Oriente y vendidos como esclavos. «Aún hoy —escribe Piehl—, en las ciudades muertas de Tún que permanecen en su mayor parte tal como la invasión árabe las dejó, se encuentran a cada paso las huellas de aquellos terribles estragos»[473]. Cuando fin lograron los árabes conquistar las provincias del norte de África, muchos lugareños emigraron a Italia y a Galia. La Iglesia africana —antes tan famosa en los canales del cristianismo— sufrió enormemente. Al respecto de estos sucesos dice Diehl: «Durante cerca de dos siglos había (el Imperio bizantino), amparo de sus fortalezas, asegurado al país una grande e indiscutible prosperidad; durante cerca de dos siglos había, en parte de África del Norte, manteniendo las tradiciones de la civilización antigua e iniciado, con su propaganda religiosa, a los bereberes en una cultura más elevada. En cincuenta años la ce quista árabe arruinó todos estos resultados»[474].

A pesar de la rápida propagación del Islam entre los bereberes, el cristianismo siguió existiendo entre ellos. En el siglo XIV vemos mencionar algunos «*islotes cristianos*» en África del Norte[475].

## Progresos de los eslavos en el Asia Menor. Principio del reino Búlgaro

Ya vimos que, desde mediados del siglo VI, los eslavos, no

contentos con atacar y devastar continuamente las posesiones balcánicas del Imperio bizantino, habían avanzado hasta el Helesponto, llegando a Tesalónica, a la Grecia del sur y a las orillas del Adriático, donde se establecieron en gran número. También hablamos de la ofensiva dirigida contra la capital en el 626, por avaros y eslavos, bajo el reinado de Heraclio. En la época de la dinastía heracliana los eslavos continuaron progresando en la Península y empezaron a poblarla muy densamente. Tesalónica quedó pronto rodeada de tribus eslavas y sus moradores sólo con dificultad pudieron protegerse de los ataques eslavos, a pesar de las fuertes murallas de la ciudad.

Tripulando sus navíos, los eslavos descendían al mar Egeo, atacaban las naves bizantinas y dificultaban no poco el abastecimiento de la capital. El emperador Constante II se vio obligado a emprender una campaña «*contra la Eslavonia*», con frase de Teófanes (ed. de Boor. p. 347). A partir de este momento comenzamos a ver mencionadas grandes emigraciones de eslavos hacia el Asia Menor y Siria. Bajo Justiniano II, una horda de eslavos no menor de ochenta mil hombres[476], fue transportada al tema de Opsikion, en el Asia Menor. Unos treinta mil de ellos fueron movilizados por el emperador para la guerra contra los árabes, durante la cual desertaron pasándose al enemigo. Esta ofensa fue vengada con una matanza espantosa del resto de los eslavos en Opsikion. Poseemos un sello de la colonia militar eslava de Bitinia (provincia del tema de Opsikion), que data de ese período. Es un documento de gran importancia, «un nuevo fragmento de la historia de las tribus eslavas» que proyecta «un rayo de luz sobre el crepúsculo de las grandes emigraciones», como dice B. A. Pantchenko, que ha publicado y comentado dicho documento[477]. Desde el siglo VII, el problema de las colonias

eslavas del Asia Menor reviste una importancia excepcional.

La segunda mitad del siglo VII se señaló también por la formación del nuevo reino de Bulgaria en la frontera septentrional del Imperio bizantino, en las orillas del Danubio inferior. La historia ulterior de este Estado había de tener extrema importancia para los destinos del Imperio. En aquel período primitivo poblaban el nuevo reino los antiguos búlgaros, raza de origen húnico (turco).

Bajo Constante II una horda búlgara, conducida por Isperiah, fue obligada por los kázaros a dirigirse al oeste de las estepas costeñas del mar de Azov y se estableció en la desembocadura del Danubio. Después, avanzando más hacia el sur, penetró en la parte del Imperio bizantino hoy llamada Dobrudya. Según demuestra V. N. Zlatarski, aquellos búlgaros habían convenido antes con Bizancio un acuerdo por el que se obligaban a defender la frontera danubiana contra los ataques de otros bárbaros[478]. Es difícil establecer lo fundado o infundado de tal aserción, por lo poco que se conoce de la historia búlgara primitiva. En todo caso, si existió tal pacto no rigió mucho tiempo. La horda búlgara inquietaba mucho al emperador y en 679 Constantino IV emprendió una expedición contra ella. La expedición terminó con la completa derrota del ejército bizantino y el emperador hubo de firmar un tratado obligándose a pagar a los búlgaros un tributo anual y a cederles los territorios comprendidos entre el Danubio y los Balcanes, es decir, las antiguas provincias de Mesia y Escitia Menor (actual Dobrudya). La desembocadura del Danubio y parte del litoral del mar Negro quedaron en manos de los búlgaros. El nuevo reino, reconocido así por el emperador de Bizancio, se convirtió en un peligroso vecino del Imperio.

Después de afirmarse políticamente, los búlgaros fueron

ensanchando de modo gradual sus posesiones territoriales y entraron en contacto con la compacta población eslava de las provincias fronteras. Los recién llegados introdujeron entre los eslavos la organización militar y la disciplina. Obrando como un elemento unificador entre las tribus eslavas de la Península, que habían vivido hasta entonces en grupos separados, los búlgaros fundaron poco a poco un poderoso Estado que Bizancio, con razón, estimó indeseable. En consecuencia, los soberanos bizantinos organizaron numerosas campañas contra eslavos y búlgaros. Los búlgaros de Isperich, menos numerosos que los eslavos, no tardaron en ser influidos por éstos. Entre los búlgaros, pues, se produjeron grandes modificaciones que afectaron a su raza. Gradualmente perdieron su nacionalidad, turca de origen, y hacia mediados del siglo IX estaban eslavizados del todo. No obstante aún llevan hoy su antiguo nombre de búlgaros[479].

En 1899-1900, el Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla emprendió búsquedas en el supuesto emplazamiento de una antigua residencia búlgara (aul) y descubrió vestigios interesantísimos. En donde se levantó la antigua capital del reino —Pliska o Pliskova—, no lejos de la contemporánea población de Aboba, en la Bulgaria del nordeste, algo al norte de Chumen, se han descubierto los cimientos del palacio de los primeros kanes de Bulgaria y parte de sus muros, con torres y puertas; también los cimientos de un templo grande, inscripciones, numerosos objetos de arte y decoración, monedas de oro y bronce, sellos de plomo, etc[480]. Por desgracia es imposible apreciar y comentar como se debiera los documentos, a causa de la penuria de fuentes relativas a ese período. Hemos de limitarnos, por hoy, a hipótesis y conjeturas. F. I. Uspensky, que dirigió las investigaciones, declara que «los

descubrimientos hechos por el Instituto en el campo situado cerca de Chumen han aclarado hechos muy importantes, que constituyen una base suficiente para la adquisición de ideas netas respecto a la horda búlgara que se estableció en los Balcanes y a las graduales transformaciones en ella producidas bajo el influjo de su contacto con Bizancio»[481]. Según el mismo historiador, «está demostrado por los primeros documentos relativos a los usos y costumbres de los búlgaros y que las que las búsquedas efectuadas en el solar de su antigua capital han permitido descubrir que los búlgaros sufrieron asaz pronto la influencia de la civilización de Constantinopla y que sus kanes adoptaron poco a poco en su corte las costumbres y ceremonias de la corte bizantina»[482]. La mayoría de los objetos desenterrados en el curso de las excavaciones pertenecen a una época más reciente que la de Isperich, remontándose sobre todo a los siglos VIII y IX. Esas investigaciones distan mucho de haber terminado.

A mediados del siglo VII la situación de Constantinopla se modificó del todo. La conquista de las provincias orientales y meridionales por los árabes, los frecuentes ataques de éstos a las provincias del Asia Menor, las victoriosas expediciones de la flota musulmana en los mares Mediterráneo y Egeo y, de otra parte, el nacimiento del reino búlgaro en la frontera septentrional y el avance progresivo de los eslavos de los Balcanes hacia la capital bizantina el litoral egeo y el interior de Grecia, fueron factores que crearon nuevas y particulares condiciones de vida para Constantinopla, la cual cesó de sentirse segura. La capital había tomado siempre su potencia de las provincias orientales y ahora parte de ellas quedaba desgajada del Imperio y otra quedaba expuesta, en múltiples puntos, a peligros y amenazas. Sólo teniendo en cuenta estas nuevas

condiciones puede comprenderse realmente el deseo de Constante II de abandonar Constantinopla y llevar la capital a la antigua Roma u otro punto cualquiera de Italia.

Los cronistas explican la marcha del soberano alegando que huyó de la capital por temor al odio del pueblo, indignado ante el asesinato del hermano del emperador, puesto que tal asesinato, dicen, había sido ordenado por el último[483]. Esta explicación difícilmente puede ser aceptada por los historiadores.

La razón verdadera fue que el emperador no consideraba ya Constantinopla como residencia segura y volvía sus ojos hacia el oeste. Además, es probable que se diese cuenta de que la amenaza árabe iba inevitablemente a pasar del África del Norte a Italia y Sicilia y decidiese reforzar el poder del Imperio en la zona occidental del Mediterráneo, situándose personalmente allí, lo que le permitiría tomar todas las medidas necesarias para impedir la expansión de los árabes allende las fronteras egipcias. Es probable que el emperador no se propusiera abandonar Constantinopla para siempre y que desease sólo dar al Imperio un segundo punto central en Occidente, como en el siglo IV, esperando contribuir así a detener los progresos de los árabes. En todo caso, la ciencia histórica moderna explica la actitud de Constante II respecto al oeste, un poco enigmática a primera vista, no por la imaginación emotiva y turbada del emperador, sino por las condiciones políticas imperantes entonces en Oriente al sur y al norte.

Pero la situación de Italia no era muy alentadora. Los exarcas de Ravena, que habían dejado de sentir el peso de la voluntad del emperador por la mucha distancia que les separaba de Constantinopla y por la extrema complejidad de la situación en Oriente, tendían sin ambages a la defección.

Los lombardos poseían gran parte del país. La autoridad del emperador sólo era reconocida en Roma, Nápoles, Sicilia y casi todo el sur de Italia, donde predominaba la población griega.

Al partir de Constantinopla, Constante II se encamino a Italia, pasando por Atenas. Detúvose en Roma, en Nápoles, en la región meridional de Italia y, al fin, en la ciudad siciliana de Siracusa, donde se instaló. Vivió en Italia los cinco últimos años de su reinado sin poder cumplir sus proyectos iniciales. Su lucha contra los lombardos no fue afortunada. Sicilia estuvo sin cesar amenazada por los árabes. Se formó una conjura contra el emperador y éste murió miserablemente asesinado en un establecimiento balneario de Siracusa.

A su muerte se renunció a la idea de trasladar a Occidente la capital y su hijo, Constantino IV, permaneció en Constantinopla.

## «Exposición de fe» de Heraclio. «Tipo de fe». Sexto concilio ecuménico

Ya vimos que las campañas de Heraclio contra los persas, al devolver al imperio sus provincias monofisistas —Egipto, Siria, Palestina—, pusieron una vez más en su primer plano el problema de la política gubernamental respecto a los monofisistas. Durante las mismas campañas Heraclio entabló negociaciones con los obispos monofisistas de las

provincias orientales, a efectos de lograr una cierta unidad para la Iglesia mediante algunas concesiones dogmáticas. Resultó que tal unidad sería posible si los ortodoxos consentían en reconocer que Jesucristo tenía dos substancias y una «operación» o actividad (energía) o una voluntad. De esta última palabra procede el nombre de monotelismo que designa aquella doctrina y por el cual se la conoce en la historia. Antioquía y Alejandría, representadas por sus patriarcas monofisistas nombrados por Heraclio, consintieron en trabajar en la conclusión de un acuerdo. Sergio, patriarca de Constantinopla, debía también ayudar a la realización de ese proyecto de unidad. Pero Sofronio, monje palestino residente en Alejandría, se alzó contra la doctrina monotelista. Sus argumentos contra la nueva doctrina causaron viva impresión, amenazando arruinar la política conciliatoria de Heraclio. El Papa de Roma, Honorio, comprendiendo el peligro de todas aquellas disputas dogmáticas, no resueltas por los concilios ecuménicos, declaró que la doctrina de una voluntad única estaba de conformidad con el cristianismo. Pero Sofronio, a la sazón elevado a patriarca de Jerusalén, lo que le permitía ejercer una influencia aún más extensa y profunda, envió una carta sinodal al arzobispo de Constantinopla mostrándole, con gran habilidad teológica, la insuficiencia del monotelismo. Previendo la inminencia de grandes discordias religiosas, Heraclio publicó la «Ecthesis» o la «Exposición de Fe», que reconocía dos naturalezas y una voluntad en Jesucristo. La parte cristólogica de aquel documento había sido compuesta por el patriarca Sergio. El emperador esperaba que su «*Ecthesis*» haría progresar mucho la idea de reconciliación e monofisistas y ortodoxos, pero sus esperanzas se acreditaron de infundadas, una parte el nuevo Papa no aprobó la «Ecthesis» y, esforzándose en defender existencia de dos

voluntades y dos actividades en Jesús, declaró herética la trina monotelita. Este acto del Papa irritó al emperador y puso en gran tensión sus relaciones con la Santa Sede[484]. Por otra parte, la «Ecthesis» se publicaba; un momento en que, por fuerza de las cosas, no podía surtir el efecto anhelado. El fin principal del emperador era reconciliar las provincias monofisistas con ortodoxas. Pero en el año 638, fecha de la publicación de su «Ecthesis». Si Palestina y la zona bizantina de Mesopotamia ya no pertenecían al Imperio, por haberlas ocupado los árabes. Quedaba Egipto, más sus días estaban contados. La cuestión monofisista había perdido importancia política y el decreto de Heraclio no tuvo trascendencia. Conviene, además, recordar que otros ensayos anteriores de compromiso religioso no habían sido satisfactorios ni logrado nunca resolver los problemas esenciales, a causa sobre todo de la obstinación de la mayoría de ambos bandos.

A la muerte de Heraclio el Gobierno siguió siendo partidario del monotelismo —aunque el movimiento hubiese perdido ya importancia política—, pero a la vez procuró mantener relaciones amistosas con la Santa Sede. Tras la conquista de Egipto por los árabes hacia 640-50 aproximadamente, el Imperio hizo varias tentativas para reconciliarse con el Papa, ofreciendo introducir modificaciones en el monotelismo. Con tal intención, Constante II publicó en 648 el «Tipo» o «Tipo de Fe» que prohibía «a todos los súbditos ortodoxos que estaban en la fe cristiana inmaculada y pertenecían a la Iglesia católica y apostólica, luchar o querellares unos con otros sobre una voluntad u operación (energía) o dos operaciones (energías) y dos voluntades»[485]. El «Tipo» no prohibía sólo toda controversia sobre la unidad o dualidad de la voluntad de Jesucristo, sino que ordenaba también que se hiciesen

desaparecer las disertaciones escritas sobre la materia y, por tanto, la «Ecthesis» de Heraclio, fija en el narres de Santa Sofía. Pero con esta medida Constante no introdujo la paz deseada.

En presencia de los representantes del clero griego, en el sínodo de Leerán, el Papa Martín condenó «la muy impía “Ecthesis” (*impiissima Ecthesis*) y el “malvado Tipo” (*scelerosus Typus*») y declaró culpables de herejías a todos aquellos cuyos nombres estaban vinculados a la composición de los dos edictos[486]. Por otra parte, el eminente teólogo Máximo el Confesor, se opuso resueltamente al «Tipo», así como a la doctrina monotelista en general. El hondo descontento provocado por la política religiosa del emperador hízose asimismo más fuerte cada vez en la Iglesia oriental.

Irritado por la actitud del Papa en el sínodo de Letrán, Constante II ordenó al exarca de Ravena prender a Martín y enviarlo a Constantinopla. El exarca ejecutó la orden y, ya en Constantinopla, Martín fue acusado de haber querido provocar un alzamiento contra el emperador en las provincias orientales, siendo sometido a humillaciones terribles y puesto en prisión. Poco después se le envió a la lejana ciudad de Querson, en la costa meridional de Crimea, ordinario lugar de destierro de los personajes que caían en desgracia en la época bizantina. Martín murió a poco de su llegada a Querson. En sus cartas desde aquel punto se quejaba de las malas condiciones de su vida y pedía a sus amigos que le enviasen alimentos, sobre todo pan, que en Querson es un tema de conversación, pero no se ve nunca[487]. Por desgracia hay pocos pasajes de Martín que nos den informes de interés sobre la civilización y estado económico de Querson en el siglo VII.

El emperador y el patriarca de Constantinopla prosiguieron negociaciones con los sucesores de Martín en el trono pontificio y al fin hicieron la paz con el segundo de dichos sucesores, Vitaliano. Así terminó el cisma. La reconciliación religiosa con Roma fue políticamente importante para Bizancio porque reforzó la posición del emperador en Italia. Máximo el Confesor, que había opuesto en Italia una celebérrima resistencia al monotelismo, fue apresado por el exarca de Ravena y se le trasladó a Constantinopla, donde se le juzgó, se lo condenó cruelmente. Murió, mártir, en el destierro.

Aunque el monotelismo hubiese perdido su importancia política, continuaba sembrando discordia entre el pueblo, incluso después de la prohibición ordenada en el «Tipo». Así, el sucesor de Constante II, Constantino IV (668-685) deseando restablecer por completo la paz religiosa en el Imperio, convocó en Constantinopla, en 680, el sexto concilio ecuménico, el cual condenó el monotelismo y reconoció en Jesucristo dos naturalezas desarrolladas en una hipóstasis única y «dos voluntades y operaciones (energías) coexistiendo armoniosamente con miras a la salvación de la humanidad»[488].

La paz con Roma quedaba restablecida. El mensaje enviado por el sexto concilio al Papa le calificaba de «Jefe de la Primera Sede de la Iglesia Universal, asentado sobre la sólida roca de la Fe» y le decía que el escrito del Papa, al emperador exponía los principios verdaderos de la religión[489].

Así, bajo el reinado de Constantino IV, el Gobierno bizantino se declaró definitivamente contra el monotelismo y el monofisismo. Los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén —ciudades arrancadas al Imperio por la conquista

árabe— no dejaron de participar en el concilio ecuménico, enviando a él sus representantes. Macario, patriarca de Antioquía, que según toda verosimilitud habitaba en Constantinopla y no tenía otra jurisdicción real que Cilicia e Isauria[490], abogó en el concilio por el monotelismo y fue, por tal hecho, depuesto y excomulgado. Las decisiones del sexto concilio demostraron a Siria, Palestina y Egipto que Constantinopla abandonaba el deseo de entrar en el camino de la reconciliación religiosa no pertenecían a Bizancio. La paz con Roma se compró, pues, al precio de un abandono total de las poblaciones monofisistas y monotelistas de las provincias orientales, hecho que contribuyó mucho al afincamiento futuro de la dominación árabe en aquellas provincias. Siria, Palestina y Egipto quedaban separadas en definitiva del Imperio.

No puede decirse que durara mucho el acuerdo logrado con Roma en el sexto concilio ecuménico. En vida de Justiniano II, sucesor de Constantino IV, las relaciones del Imperio con Roma volvieron a ser muy tensas. Deseoso de rematar la obra de los concilios ecuménicos quinto y sexto, Justiniano II convocó en Constantinopla (692) un sínodo que se reunió en el Palacio Cupulado. Llamóse a ese concilio «*Concilio en Trullo*», del griego (domo o cúpula), y también *Quinisexto* (Quinisextum), porque concluyó la tarea de los dos concilios precedentes. Aquel sínodo se dio a sí mismo el nombre de ecuménico.

El Papa Sergio negóse a firmar las actas del concilio a causa de ciertas cláusulas, como la prohibición del ayuno en sábado, el permiso de contraer matrimonio a los sacerdotes, etc. Justiniano, siguiendo el ejemplo de Constante II al desterrar a Martín a Crimea, mandó prender a Sergio y llevarle a Constantinopla. Pero el ejército de Italia defendió al Papa contra el comisario imperial y éste sólo merced a la

intercesión del Pontífice pudo salvar la vida[491].

En el segundo reinado de Justiniano II, el Papa Constantino, por invitación del emperador, acudió a Constantinopla. Éste fue el último Papa a quien se llamó a la capital del Imperio.

El obispo de Roma fue tratado con los mayores honores por Justiniano, quien, según el biógrafo del Papa, se prosternó, cubierto con la corona imperial, ante el soberano pontífice y besó sus pies[492]. Justiniano y el Papa llegaron a un acuerdo satisfactorio, más no poseemos sobre ese punto ningún informe preciso[493]. El historiador religioso alemán Hefele observa que el Papa Constantino siguió sin duda el mismo camino del justo medio que el Papa Juan VI (872-882) adoptó después, declarando que «aceptaba todos los cánones que no estuviesen en contradicción con la verdadera fe, las buenas costumbres y los decretos de Roma»[494].

Con gran alegría del pueblo el Papa volvió a Roma sano y salvo. Parecía que la paz religiosa habíase afirmado al fin en las considerablemente reducidas fronteras del Imperio.

## Desarrollo de la organización de los temas en la época de la dinastía de Heraclio

En la historia bizantina suele hacerse remontar el origen de la organización de los temas a la época de la dinastía de Heraclio. Por organización de los temas entendemos la especial organización de las provincias dictada por las

condiciones de los tiempos y cuya característica fue el aumento de los poderes militares de los gobernadores de las provincias y, como resultado, la hegemonía completa de éstos sobre las autoridades civiles. Conviene recordar que ese cambio no se cumplió de una vez, sino mediante una evolución progresiva y lenta. Durante mucho tiempo la palabra griega «*tema*», significó un cuerpo de ejército acantonado en una provincia y sólo más tarde, y según toda verosimilitud en el siglo VIII, empezó esa expresión a emplearse para designar, no sólo las fuerzas militares, sino también la provincia ocupada por ellas. Así principió a aplicarse a las divisiones administrativas del Imperio.

La principal fuente bizantina relativa al asunto de los temas es la obra titulada *De los temas*, escrita por Constantino Porfirogénito en el siglo X y, en consecuencia, bastante tardía. Esa obra tiene también la desventaja de apoyarse a veces en escritos geográficos de los siglos V y VI, utilizados, superficialmente o bien copiados a la letra en ocasiones. Pero, aunque ese tratado del imperial escritor no nos dé informes de la organización de los temas en el siglo VII, establece un vínculo entre la génesis del sistema y el nombre de Heraclio. Dice el emperador: «Después de la muerte de Heraclio el Libio (es decir, el Africano), el Imperio romano se encontró reducido en dimensión y mutilado a la vez en Oriente y Occidente»[495]. Se encuentran datos muy interesantes, pero no plenamente explicados, sobre este problema, en las obras de dos geógrafos árabes, uno de la primera mitad del siglo IX, Ibn-Khurdadhbah, y otro del principio del X., Kudama. Mas tampoco ellos, naturalmente, son contemporáneos de Heraclio. Para el estudio de los orígenes del sistema de los temas, los historiadores han utilizado notas incidentales de los cronistas, en especial el

mensaje latino de Justiniano II al Papa, fecha 687, relativo a la confirmación del sexto concilio ecuménico. Esta misiva contiene una lista de los distritos militares de la época, no citados aun como temas, sino con la palabra latina de *exercitu* (ejércitos.)[496] Y en las fuentes históricas de ese período el término latino *exervitus* y el griego se emplean en ocasiones para designar un territorio o provincia sometido a la administración militar.

Los verdaderos precursores de los temas fueron los exarcados de Cartago Ravena, creados a fines del siglo VI.

Como vimos, la ofensiva lombarda en Italia y la berébere o mora en África habían provocado cambios profundos en la administración. El Gobierno central se esforzó en crear un sistema de defensa más eficaz contra sus enemigo y para ello constituyó en sus provincias fronterizas grandes unidades territoriales con poderes militares vigorosos. Por otra parte, las conquistas persas, y después árabes, del siglo VII, al privar a Bizancio de sus provincias orientales, modificaron en absoluto la situación del Asia Menor. Ésta, que en la práctica nunca había necesitado defensa seria, hallóse de pronto gravemente amenazada por sus vecinos los musulmanes. Tal estado de cosas obligó al Gobierno bizantino a tomar medidas decisivas en su frontera oriental, reagrupando las fuerzas militares, estableciendo nuevas divisiones administrativas y dando predominio las autoridades castrenses, cuyos servicios eran entonces de máxima importancia para el Imperio. No menos grave fue la situación creada cuando se construyeron la flota árabe, que casi señoreó el Mediterráneo a partir del siglo VII, amenazando las costas del Asia Menor, las islas del Archipiélago e incluso las riberas de Italia y Sicilia. Al noroeste del Imperio los eslavos ocupaban parte

considerable de la Península balcánica y penetraban en Grecia y el Peloponeso. En la frontera del norte se formaba el reino búlgaro (segunda mitad del siglo VII). Este conjunto de circunstancias colocó al Imperio en condiciones nuevas de todo, obligándole a recurrir a la creación, en las provincias más amenazadas, extensos distritos bajo la dirección de una fuerte autoridad militar. Asiste: así, a un proceso de progresiva militarización del Imperio[497].

Como principio general no hemos de perder de vista el hecho de que los temas no fueron resultado de un acto legislativo concreto. Cada tema tuvo historia propia, a menudo larga. El problema general del origen de los temas no puede resolverse sino mediante investigaciones particulares sobre cada uno. En este aspecto los escritos de Kulakovski ofrecen vivo interés. Estima Kulakovski, por ejemplo, que las medidas militares adoptadas por Heraclio después de su victoria sobre Persia fueron el punto de arranque del nuevo régimen administrativo. Bréhier sostiene igual opinión. Al reorganizar Armenia, Heraclio no nombró un administrador civil. Así, el método de temas sería la aplicación a otras provincias del sistema inaugurado por Heraclio en Armenia[498].

Acaso quepa ver en el ejemplo de Armenia un episodio de la militarización progresiva del Imperio en Oriente en la época de Heraclio, bajo la presión del peligro persa.

Hablando de la organización de los temas bajo Heraclio, Uspensky sostiene, que los eslavos, que en aquella época cubrían la Península balcánica, «contribuyeron a la formación de los temas en el Asia Menor, proporcionando considerable número de voluntarios para la colonización de Bitinia»[499]. Cabe, por supuesto, no aceptar este juicio del sabio ruso. Nada sabemos de una inmigración en masa de

eslavos al Asia Menor antes del traslado al tema de Opsikion, bajo Justiniano II, a fines del siglo VII, de más de ochenta mil eslavos, como antes dijimos.

Nos consta que, para cerrar el paso a la amenaza inminente, se crearon en Oriente, en el siglo VII, cuatro grandes distritos militares, más tarde llamados temas: dos eran el Armenio (Armeniakoi), al nordeste del Asia Menor, en la frontera armenia[500] y el Anatólico (Anatolikoi, de la palabra griega equivalente a Anatolia, «*el este*»). Estos distritos ocupaban toda la parte central del Asia Menor, desde las fronteras de Cilicia, al este, a las costas del Egeo, al oeste, y debían proteger al Imperio contra los árabes. «El Opsikion imperial, protegido de Dios», (en latín *obsequium*), en Asia Menor, no lejos del mar de Mármara, protegía la capital contra otros enemigos exteriores.

El tema marítimo Caravisionorum, llamado más tarde, acaso en el siglo VIII, Cibyraiote (*Cibyrrhaeote*), en el litoral meridional del Asia Menor e islas vecinas, defendía Bizancio contra los ataques de la flota árabe. Respecto a la formación de esos primeros cuatro temas en Oriente, surge un problema interesante: la sorprendente analogía entre esas medidas de los soberanos bizantinos y la militarización del Imperio persa de los Sasánidas bajo Kavad y Cosroes Anushirvan en el siglo VI. En Persia, conclusas las reformas, todo el territorio persa se halló igual mente dividido en cuatro mandos militares. Stein escribe: «La analogía si revela tan completa, que sólo una voluntad consciente pudo crearla»[501].

Podemos deducir como conclusión, que teniendo en cuenta ciertas fuentes, de que Heraclio estudió las reformas de Kavad y de Cosroes y quizá se sirvió incluso de documentos tomados de los archivos persas[502]. «Aprender

de los enemigos ha sido en toda época el deseo de todo verdadero estadista»[503].

En la Península de los Balcanes se organizó el distrito de Tracia contra eslavos y búlgaros. Más tarde, acaso a fines del siglo VII, se creó el distrito militar griego de la Hélade o Heládico (*Helladikoi*), medida adoptada contra la invasiones eslavas en Grecia. En la misma época se creó el distrito de Sicili contra los ataques marítimos de los árabes, que empezaban a amenazar el occidente del Mediterráneo. Por lo común, con raras excepciones, aquellos distrito o temas fueron gobernados por estrategas («*strategoi*»), es decir, generales. El jefe del tema Cybyrrhaeote recibió el título de «*drungarius*» (vicealmirante) y el gobernador de Opsikion el de «*comes*».

En el siglo VII, ante la gravedad del peligro persa, Heraclio se afanó mucho en aquella militarización del Imperio. Pero, a cuanto podemos saber, sólo logró reorganizar Armenia. Tras la brillante victoria sobre los persas y la recuperación de Siria, Palestina y Egipto, se imponía ante el emperador, y con urgencia, la reorganización de aquellas provincias. No tuvo tiempo de ejecutarla, porque a poco las conquistaron los árabes. Ya no existía el peligro persa, pero sí otro más grave y amenazador: el árabe. Los sucesores de Heraclio, siguiendo las vías trazadas por éste, crearon contra la amenaza árabe los distritos militares indicados arriba y no llamados temas aún. A la vez, el peligro eslavo y búlgaro en el norte del Imperio obligó a los sucesores de Heraclio, en el mismo siglo VII, a extender análogos métodos de defensa y protección a la Península Balcánica y a Grecia.

En las grandes circunscripciones militares señaladas y en los dos exarcados, las autoridades civiles no cedieron de

momento el paso a los gobernadores militares. La administración civil y las provincias civiles (eparquías) siguieron existiendo bajo el nuevo régimen en la mayor parte de los distritos. Pero las autoridades militares, investidas de plenos poderes para atajar los peligros exteriores, adquirieron cada vez más influencia sobre la administración civil, Como nota Stein, «lo sembrado por Heraclio se desarrolló maravillosamente a continuación»[504].

## La anarquía de 711-717

Los tres emperadores Bardanes o Filípico, Anastasio II y Teodosio III, que ocuparon el trono después de Justiniano II, fueron derribados en muy poco tiempo. La anarquía y la sedición reinaban en todo el Imperio. Bardanes, al favorecer el monotelismo, rompió con Roma, pero Anastasio restableció la paz con el Papa. En política exterior el Imperio fue muy desgraciado. Los búlgaros, resueltos a vengar la muerte de Justiniano, que les había atestiguado amistad, marcharon hacia el sur, alcanzando Constantinopla. Los árabes avanzaban sin cesar por tierra, en el Asia Menor, así como por mar en el Egeo y la Propóntide, y amenazaron la capital también. El Imperio atravesaba uno de sus más críticos períodos, comparable al que precedió a la revolución del 610. Una vez más, las circunstancias exigían un hombre lo bastante fuerte y capaz para salvar al Imperio de una ruina inevitable. Hallóse tal hombre en León, estratega del distrito Anatólico, y que tenía muchos partidarios. El débil Teodosio III, comprendiendo su absoluta impotencia ante el

peligro inminente, renunció a su dignidad imperial y el 717 León entró solemnemente en Constantinopla, siendo coronado emperador por el patriarca en la iglesia de Santa Sofía.

León perdonó la vida a Teodosio III. De este modo se elevó al Imperio uno de los gobernadores de temas, investido de grandes poderes militares.

## La literatura, la instrucción y el arte en la época de la dinastía de Heraclio

En Letras y Arte, el período 610-717 es el más sombrío de toda la historia de Bizancio. Dijérase que, tras la notable fecundidad del siglo anterior, hubiera desaparecido por completo la potencia creadora del espíritu. La razón principal de la esterilidad de ese período debe buscarse en la situación política de un Imperio obligado a concentrar todas sus energías en la defensa de su territorio contra el enemigo exterior. La conquista por los persas —y después por: los árabes— de Siria, Palestina, Egipto y África del Norte, las regiones más avanzadas en civilización, las más fecundas en lo intelectual; la amenaza arábica en Asia Menor, en las islas mediterráneas y hasta en Constantinopla; el peligro avaro-eslavo en la Península de los Balcanes, formaban un conjunto de causa bastantes a trabar por completo todo empuje intelectual y artístico. Y tan desfavorables condiciones no sólo comprendían las provincias desgajadas del Imperio, sino las aun pertenecientes a él.

En todo ese período no tuvo Bizancio un solo historiador. Un diácono de Santa Sofía, Jorge de Pisidia (provincia del Asia Menor), que vivió durante el reinado de Heraclio, describió, empero, en versos correctos y armoniosos, la campañas militares de aquel emperador contra persas y avaros. Tres obras históricas nos ha legado ese autor: Expedición del emperador Heraclio contra le persas; Ofensiva de los avaros contra Constantinopla en el año 626 y su derrota por intercesión de la Santa Virgen, y La Heracliada, panegírico en honor del emperador, con ocasión de la victoria final de éste sobre los persas. Entre otros libros de Jorge de Pisidia, de carácter polémico, elegiaco y teológico, podemos citar el Hexamerón (los «Seis Días»), especie de poema didáctico filosófico-teológico, que trata de la creación del mundo y alude a los sucesos contemporáneos. Esa obra, de tema muy familiar a los escritores cristianos, se difundió allende las fronteras del Imperio bizantino. Conocemos, por ejemplo, una traducción eslavorrusa del Hexamerón, que se remonta al siglo XIV. El talento poético de Jorge de Pisidia fue apreciado en los siglos sucesivos, y en el XI, Miguel Psellos, el famoso historiador y filósofo bizantino, se halló ante la siguiente pregunta que le formularon: «¿Quién escribió mejor en verso, Eurípides o Jorge de Pisidia?». La ciencia contemporánea estima a Jorge como el mejor poeta profano de Bizancio[505].

Entre los cronistas debemos mencionar a Juan de Antioquía y al autor anónimo del Chronicon Paschale («*Crónica Pascual*»), Juan de Antioquía, que vivió probablemente en la época de Heraclio, escribió una crónica universal que empieza por Adán y termina con la muerte del emperador Focas (610). En la obra sólo nos ha llegado a fragmentos y entre los sabios han surgido grandes discusiones sobre la personalidad del autor. Incluso se le ha

identificado a veces con Juan Malalas, también de Antioquía. A cuanto cabe juzgar por los fragmentos que nos han llegado, la obra de Juan de Antioquía debe ser considerada superior a la de Malalas, porque no mira la historia universal desde el punto de vista parcial de un habitante de Antioquía, sino que tiene miras históricas mucho más elevadas. También utiliza con más destreza las fuentes primitivas Asimismo en la época de Heraclio, un sacerdote desconocido compuso la referida *Crónica de Pascuas*, que es una seca enumeración de los hechos ocurridos desde Adán hasta el 629 de J. O. y contiene algunas observaciones históricas bastante interesantes. El principal atractivo de esta obra sin originalidad, consiste en la determinación de las fuentes empleadas para la crónica y en la parte que trata de los sucesos contemporáneos al autor.

En teología, la disputa monotelista, como antes la monofisista, produjo una literatura muy vasta, que no nos ha llegado, al ser condenada por los concilios del siglo VIII y sufrir el destino de desaparecer rápidamente, como los escritos monofisistas. Así, si podemos juzgar esa literatura es casi exclusivamente por las actas del sexto concilio ecuménico y por las obras de Máximo el Confesor, donde, en el curso de su refutación, se hallan citas de fragmentos de esas obras desaparecidas.

Máximo, el Confesor figura entre los más notables teólogos de Bizancio. Contemporáneo de Heraclio y de Constante II, fue defensor convencido de la ortodoxia en la disputa monotelista. Su fe le costó ser aprisionado y, tras muchas torturas, enviado al destierro en la lejana provincia de Laziquia, en el Cáucaso, donde pasó el resto de sus días. En sus obras, que versan sobre polémica, sobre exégesis de las Escrituras, sobre ascetismo, sobre misticismo y sobre

liturgia, se refleja en particular la influencia de los tres famosos Padres de la Iglesia: Atanasio el Grande, Gregorio Nacianzeno y Gregorio de Nissa, así como los conceptos místicos de Dionisio de Areopagita (el «Seudo-Areopagitá»), muy difundidos en la Edad Media. Los escritos de Máximo tuvieron mucha importancia para el desarrollo del misticismo bizantino. «Combinando el seco misticismo especulativo del Áreopagita —escribe un sabio contemporáneo que ha estudiado a Máximo— con los problemas éticos vivientes del ascetismo contemplativo, el bienaventurado Máximo creó en Bizancio un tipo vivo de misticismo que reapareció en las obras de muchos ascéticos posteriores. Así, puede considerársele el creador del ascetismo bizantino en toda la acepción del vocablo»[506]. Por desgracia Máximo no ha dejado una exposición sistemática de sus conceptos, y debemos buscarla, dispersa, en todos sus escritos. Además de trabajos teológicos y místicos, Máximo compuso muchas epístolas interesantes.

La influencia e importancia de los escritos de Máximo no se refirieron exclusivamente a Oriente. También se propagaron a Occidente, donde hallamos un eco de ello: en las obras del famoso pensador occidental del siglo IX, Juan Escoto Erígena (Johannes Scottus Eriugena), quien se interesó mucho también por la obra de Dionisio el Áreopagita, afirmando, más tarde, que no había llegado a comprenderlas «muy obscuras» ideas del Áreopagita sino gracias a la «maravillosa manera» como las explicaba Máximo, a quien Erígena califica de «*divino filósofo*», de «omnisciente», del urnas eminente de los maestros,” etc. Una obra de Máximo sobre Gregorio el Teólogo fue traducida al latín por Erígena[507]. Un contemporáneo de Máximo —si bien más joven que él—, Anastasio Sinaít; (es decir, del Sinaí), escribió obras de polémica y exégesis de

modo análogo a de Máximo, pero con mucho menos talento.

En el dominio de la hagiografía cabe citar el nombre de Sofronio, patriarca de Jerusalén, quien asistió al cerco de la Ciudad Santa por los árabes y escribió un largo relato del martirio y milagros de los dos santos nacionales egipcio Ciro y Juan. Su obra contiene abundancia de informes sobre la geografía; historia de usos y costumbres. Más interesantes todavía son los escritos de Leoncio, obispo de Neápolis de Chipre, quien también vivió en el siglo VII Leoncio es autor de varias Vidas, entre ellas la *Vida de Juan el Misericordioso*, arzobispo de Alejandría en el siglo VII, y la cual ofrece particular interés para la historia de la vida social y económica de ese período, Leoncio de Neápolis se distingue de la mayoría de los hagiógrafos en que escribió par: la masa de la población, y por tanto su lenguaje está muy influido por el vulgarmente hablado entonces[508].

En el campo de la himnología religiosa el vil siglo está representado por Andrés (Andreas) de Creta, originario de Damasco y que pasó la mayor parte de su vida en Siria y Palestina después de la conquista árabe. Más adelante se le nombró arzobispo de Creta. Se le conoce principalmente, en cuanto autor de himnos, por su Canon Mayor, que se lee aún hoy, en la Iglesia ortodoxa, dos veces durante la Cuaresma. Ciertas partes de ese canon testimonian influjos de Romanos el Méloda. El canon enumera los principales hechos del Antiguo Testamento, empezando por la caída de Adán, y las palabras y actos del Salvador.

Por este breve bosquejo de la actividad literaria de los sombríos años de prueba de la dinastía heracliana, cabe ver que la mayoría de los escasos escritores bizantinos de la época procedieron de las provincias orientales, algunas de ellas ya bajo la dominación musulmana.

Considerando los hechos exteriores ocurridos durante la dinastía de Heraclio, no extrañará que no se haya conservado monumento artístico alguno de aquella época. No obstante, lo poco que nos ha llegado acredita la solidez de los fundamentos artísticos asentados en Bizancio durante la Edad de Oro de Justiniano el Grande.

Y si a partir de la segunda mitad del siglo VI el arte bizantino no revela sino muy débilmente en el Imperio mismo, en cambio su influencia se revela muy clara en el siglo VII allende las fronteras imperiales. Cierto número de iglesias armenias, cuya fecha nos consta, constituyen ejemplos espléndidos de la influencia bizantina. Entre ellas debemos señalar la catedral de Echmiatsin, restaurada entre 611 y 628; la iglesia de la ciudadela de Ani (622), etc. La mezquita de Omar en Jerusalén, edificada en 687-690, es una obra puramente bizantina. En fin, ciertos frescos de Santa María la Antigua, de Roma, pertenecen al siglo VII y a principios del VIII[509].

# CAPÍTULO V.
# LA ÉPOCA ICONOCLASTA (717-867)

## El período de la dinastía isáurica o siria (717-802)

### La dinastía Isáurica o Siria

Hasta una época muy reciente se ha venido atribuyendo al emperador León III (717-741), fundador de la nueva dinastía, la calidad y nombre de Isáurico, y a su descendencia se la ha llamado generalmente dinastía Isáurica. Pero a fines del siglo XIX surgió la opinión de que León III, lejos de ser isaurio, era sirio de nacimiento[510]. Hoy siguen esta teoría otros historiadores[511]. La confusión reinante sobre este punto se debe al hecho siguiente: por una parte, el autor de la fuente principal relativa al origen de León, Teófanes, cronista de primeros del siglo IX, escribe: «León el Isáurico era originario de

Germanicea y era, en realidad, de Isauria»[512], y por otra la versión latina de Teófanes. Traducida por el bibliotecario pontificio Anastasio en la segunda mitad del siglo IX; no dice nada de Isauria, y declara que León procedía de Germanicea y era sirio de nacimiento (genere Syrus)[513]. La Vida de Estaban el Joven dice también que León era «sirio de origen»[514]. Germanicea estaba en la frontera septentrional de Siria, al este de Cilicia.

Una fuente árabe menciona a León como «un ciudadano cristiano de Malash», esto es, Germanicea, y hombre que sabía expresarse fácil y correctamente en árabe y en romano[515].

No creemos necesario presumir que Teófanes confundió la población siria de Germanicea con la de Germanicópolis, sita en la provincia isauria[516]. El origen sirio de León es muy probable; pero hay sabios, Kulakovski por ejemplo, que consideran falsa tal teoría[517].

El hijo de León III, Constantino V Coprónimo (741-755), casó en primeras nupcias con Irene, hija del kan de los kázaros, y tuvo de ella un hijo, León IV, a quien se llama el Kázaro a veces y que reinó de 775 a 780, casando con una joven griega de Atenas, Irene, quien, a la muerte de su esposo, quedó dueña del Imperio, ya que había sido proclamado emperador su hijo Constantino VI (780-797), menor aún. Al llegar el joven a edad competente para reinar solo, estalló un conflicto entre él y su ambiciosa madre. Irene, victoriosa, destronó a su hijo y le hizo sacar los ojos. Tras esto, ella ejerció sola el poder supremo (797-802). El caso de Irene plantea un problema importante: ¿Podían las mujeres asumir el poder supremo en el Imperio bizantino, reinando en el sentido más amplio de la palabra? Desde la época de la fundación del Imperio las mujeres de los

emperadores llevaban el título de «*Augusta*» y durante las minoridades de sus hijos desempeñaban las funciones del poder imperial, pero siempre en nombre de sus hijos. Ya vimos que, en el siglo V., Pulquería, hermana de Teodosio, dirigió la regencia en el curso de la minoría de su hermano. Otra mujer gozó de situación excepcional e influyó mucho los asuntos públicos de Bizancio: Teodora, esposa de Justiniano el Grande. Pero esos fueron ejemplos de gobierno femenino en nombre de un hijo o hermano, y el influjo político de Teodora dependió exclusivamente de la condescendencia de su marido. La primera mujer que reinó en Bizancio con la autoridad absoluta que da el poder supremo fue Irene, la madre del desgraciado Constantino VI. Ella fue un verdadero autócrata. Semejante fenómeno significaba una innovación en la vida bizantina, y una innovación opuesta en absoluto a las tradiciones seculares del Imperio.

Es interesante notar, al respecto, que en los decretos y documentos oficiales, Irene no es calificada de «emperatriz», sino llamada *«Irene, el emperador (basileus) fiel».*[518] Según los conceptos de la época, sólo un emperador, es decir, un hombre, podía legislar oficialmente, y por eso hubo de adoptarse la ficción que hacía un emperador de Irene. La revolución del 802, concebida y manejada por uno de los más altos funcionarios civiles, Nicéforo, concluyó con la deposición de Irene, que murió en el destierro. Nicéforo ascendió al trono y con Irene concluyó la dinastía isauria o siria. Entre 717 y 802 el Imperio fue, pues, gobernado por una dinastía de origen oriental, ya fuese del Asia Menor, o de Siria del Norte, con mezcla de sangre kázara a raíz del matrimonio de Constantino V.

# Actitud del Imperio ante árabes, búlgaros y eslavos

Al ascender León III al trono, el Imperio atravesaba uno de los más críticos períodos de su historia. A la espantosa anarquía interior provocada por la lucha del emperador y los representantes de la aristocracia bizantina, particularmente agresiva desde la época de la primera deposición de Justiniano II. se añadía en Oriente la amenaza árabe, más próxima cada vez a la capital. La situación recordaba la existencia en el siglo VII bajo Constantino IV, y aun parecía más crítica en ciertos aspectos.

Las fuerzas de tierra de los árabes habían atravesado toda el Asia Menor de este a oeste, en los reinados de los dos antecesores de León III, y ocupaban Pérgamo y Sardes, ciudades próximas al litoral del Egeo. Mandaba los ejércitos árabes un general de mérito: Maslamah. A los pocos meses de la entrada de León en Constantinopla (717), los árabes, saliendo de Pérgamo, avanzaron hacia el Norte, alcanzaron Abydos, sobre el Helesponto, pasaron a la costa europea y pronto estuvieron al pie de las murallas de la capital. En el mismo momento una flota árabe, fuerte de 1800 naves de diversos tipos, según las crónicas bizantinas[519], navegando a través del Helesponto y la Propóntide, amenazaba la capital por el mar. Siguióse un verdadero asedio. Pero León probó sus brillantes capacidades militares preparando adecuadamente la defensa de la capital. Una vez más, la diestra utilización del *fuego griego* causó los mayores estrago; en la flota árabe, mientras el hambre y el rigor extremo del invierno del 717-779 contribuían a la derrota del ejército mahometano. Obligados por un pacto convenido con León III, y a la vez atendiendo a su defensa propia, los

búlgaros lucharon también contra los árabes en tierras tracias, causándoles fuertes perdidas. A poco de un año después de iniciado el sitio los árabes se alejaron de la capital, salvada merced al talento y energía de León III. Notemos de pase que con motivo de este asedio se halla la primera alusión a la cadena que cerraba el paso del Cuerno de Oro a las naves enemigas.

La historia otorga gran importancia a este fracaso de los musulmanes ante Constantinopla. Con su resistencia triunfal, León salvó al Imperio bizantino. Bury dice que Constantinopla fue el gran «baluarte de la Europa cristiana», y califica al año 718 de «fecha ecuménica». El historiador griego Lambros compara aquellos hechos a las guerras pérsicas de la Grecia antigua y da a León el nombre de Milciades del helenismo medieval[520]. Si Constantino IV había contenido a los árabes junto a los muros de Constantinopla, León III los rechazó definitivamente, pues aquella fue la última expedición árabe contra la ciudad «*protegida de Dios*». En este sentido la victoria de León tiene una importancia extraordinaria.

La expedición de los árabes contra Constantinopla, así como el nombre de Maslamah, han dejado una huella profunda en la posterior tradición legendaria del Islam. El nombre de Maslamah está vinculado a una mezquita que, según esa tradición, él construyó en Constantinopla[521].

Y, sin embargo, aquella época fue una de las más brillantes del califato primitivo. El poderoso califa Valid I (705-715.), contemporáneo del período de anarquía que reinó en el Imperio bizantino, supo rivalizar con los emperadores en actividad constructiva. En Damasco se construyó una mezquita que, como Santa Sofía en el mundo cristiano, fue por bastante tiempo la construcción más espléndida del

mundo musulmán. La tumba de Mahoma en Medina quedó rodeada de la misma magnificencia que el Santo Sepulcro en Jerusalén. Es interesante advertir que entre los musulmanes aquellos edificios no sólo fueron circundados de leyendas relativas a Mahoma, sino también de otras concernientes a Cristo. Según la tradición musulmana, la primera voz de Jesús cuando vuelva a la tierra sonará desde uno de los alminares de la mezquita de Damasco y el espacio libre en torno a la tumba de Mahoma en Medina servirá de tumba a Jesús cuando muera después de su segundo advenimiento[522].

Poco a poco, la lucha del Imperio y el Califato iba adquiriendo los caracteres de una guerra santa. Los resultados de tal lucha, a principios del siglo VIII no satisfacían ni a los griegos ni a los árabes: los griegos no habían recobrado Jerusalén y los árabes no conseguían tomar Constantinopla, V. Barthold escribe al efecto, estas interesantes líneas: «… Entre los cristianos, como entre los musulmanes, la idea del triunfo del Estado dejaba lugar a la idea del arrepentimiento y de una y otra parte se esperaba el fin del mundo. Parecía a los dos adversarios que sólo precisamente antes del fin del mundo los objetivos finales de sus Estados se alcanzarían. En el mundo latino, igual que en el mundo griego, se expandió la leyenda de que antes del fin del mundo el soberano cristiano (el rey franco o el emperador bizantino), entraría en Jerusalén y entregaría su corona terrena al Salvador, mientras los musulmanes esperaban que el fin del mundo fuese precedido de la caída de Constantinopla»[523]. No es pura casualidad que el reinado del «solo piadoso» califa ommiada, Ornar II (717-720), coincidiese con el centenario de la hégira (hacia el 720), en un momento en que se esperaba el fin del Estado musulmán, y al mismo tiempo el fin del mundo, después del

desafortunado sitio de Constantinopla bajo el reinado del califa anterior, Suleiman[524].

Catorce años después del asedio de Constantinopla, la ofensiva árabe en la Europa Occidental, partiendo de España, era rechazada por Carlos Afartel, omnipotente mayordomo palatino de un débil rey franco[525].

Tras su derrota del 718, los árabes no emprendieron nuevas hostilidades serias en vida de León III, sobre todo desde que se hallaron claramente amenazados al norte por los kázaros. Ya vimos que León III negoció el casamiento de su hijo y sucesor, Constantino, con la hija del kan de los kázaros, aliándose con su nuevo pariente. Así, pues, en su lucha contra los árabes, León tuvo dos aliados: primero los búlgaros y luego los kázaros. De todos modos los árabes no permanecieron sosegados, sino que continuaron invadiendo el Asia Menor, llegando a veces incluso hasta Nicea, cerca de la Propóntide. Hacia el fin de su reinado, León logró derrotar a los árabes en Acroinon (Frigia), hoy Afiun Karahissar, sobre el ferrocarril de Konia. Esta derrota forzó a los árabes a evacuar el occidente del Asia Menor, retrocediendo camino del este.

Los musulmanes asocian la batalla de Acroinon a la leyenda del héroe nacional turco Seid Battal Ghazi, el paladín del Islam, cuya tumba se muestra hoy en una aldea al sur de Eskishehir (en la Edad Media, Dorilea). El hombre que personifica en la historia ese héroe fue el musulmán Abdallah-Al-Battal, caído en la batalla de Acroinon[526].

A mediados del siglo VIII el califato árabe fue desgarrado por graves desordenes intestinos debidos al cambio de la dinastía omiada por la abbasida, que depuso a la anterior. Los abbasidas trasladaron su capital y sede de Gobierno a Bagdad, junto al Tigris, muy lejos de la frontera de Bizancio.

Así, el sucesor de León III, Constantino V, pudo avanzar las fronteras imperiales hacia el este, llevándolas hasta los límites del Asia Menor, en una serie de expediciones afortunadas.

Pero en la época de Irene, bajo el califa Al-Mahdi, los árabes reanudaron con éxito su ofensiva en Asia Menor, y en 782-83 la emperatriz hubo de pedir la paz. El convenio que la acordaba, por una duración de tres años, era humillante para el Imperio. La emperatriz se comprometía a satisfacer a los árabes un tributo anual de 70 o 90 millares de denarios (denari], en dos pagos por año. Es muy probable que las tropas enviadas por Irene a Macedonia, Grecia y el Peloponeso el mismo año (783), para reprimir la revuelta eslava, estuviesen ocupadas en ello todavía, lo que debía debilitar la situación de Bizancio en el Asia Menor. El 798, después de los triunfos logrados por los árabes bajo el califa Harun-Al-Raschid, se firmó un nuevo tratado con el Imperio bizantino, subsistiendo la cláusula del tributo.

Los emperadores de la dinastía isáurica mantuvieron con los búlgaros relaciones muy movidas. Los búlgaros, que habían adquirido poco a poco una situación importante en el Danubio inferior, hubieron primero de defender su existencia política contra los intentos de Bizancio de destruir la obra de Isperich. La situación política del reino búlgaro en el siglo VIII era muy compleja. Por una parte las hordas búlgaras y sus jefes se disputaban el título supremo de kan, provocando muchas turbulencias dinásticas: por otra, como conquistadores recientes, tenían que luchar contra los eslavos sometidos de la Península. Los kanes búlgaros de fines del siglo VII y principios del VIII atestiguaron mucha habilidad en sus relaciones con Bizancio, su más peligroso enemigo. Ya indicamos que los búlgaros sostuvieron a

Justiniano II en sus pretensiones al trono y prestaron una ayuda activa a León III contra los árabes cuando éstos sitiaron Constantinopla. Tras estos sucesos, los escritores bizantinos no hablan de los búlgaros en treinta años. Durante el reinado de León II, los búlgaros consiguieron mantener la paz con el Imperio.

Bajo Constantino V las relaciones búlgarobizantinas fueron más tirantes. Con ayuda de sirios y armenios llevados desde la frontera oriental a Tracia, el emperador construyó una serie de fortificaciones a lo largo de la frontera búlgara. El embajador búlgaro en Constantinopla fue tratado con cierta altanería por Constantino. Como consecuencia de estos hechos, los búlgaros emprendieron las hostilidades. Constantino dirigió contra ellos ocho o nueve campañas por mar y tierra, proponiéndose el aniquilamiento del reino búlgaro. Las expediciones tuvieron resultados diversos, pero Constantino, al cabo, no alcanzó su fin. No obstante, ciertos historiadores llaman a Constantino «*el primer matador de búlgaros*» (Bulgaróctonos)[527] a causa de su enérgica lucha y de las fortalezas que construyó contra los búlgaros.

Las discordias dinásticas búlgaras concluyeron a finales del siglo VIII la vez que se atenuaba el antagonismo eslavobúlgaro. Así comenzaba la formación de la Bulgaria del siglo IX, eslavizada y convertida en un Estado pujante y que albergaba muy claros proyectos ofensivos contra Bizancio. Esta política ofensiva de los búlgaros se manifestó muy nítidamente desde fines del siglo VIII, bajo el reinado de Constantino VI y de la madre Irene. Bizancio, entonces, tras amargos reveses militares, hubo de pagar tributo a los búlgaros.

Al hablar de las pugnas entre Bizancio y Bulgaria en el siglo VIII, no debemos olvidar que las fuerzas búlgaras

comprendían también a los eslavos incluidos en el reino búlgaro. Por otra parte, la ocupación de la Península balcánica por los eslavos continuó en el decurso del siglo VIII. Un peregrino occidental que se dirigía a los Santos Lugares, en tiempos de León III. visitó la ciudad peloponesa de Monemvasia (Malvasía) y escribía que estaba situada en tierra eslava (in Slawinia terras)[528]. Menciónase la presencia de eslavos en Dyrrachium y en Atenas en el siglo VIII[529]. Las siguientes líneas de Constantino Porfirogénito (ya citadas antes en estas páginas), se refieren igualmente a la época de Constantino V: «Todo el Peloponeso —dice— se convirtió en eslavizado y bárbaro después que la peste se hubo extendido por todo el Universo»[530]. El autor alude a la terrible epidemia de 740-747, que, transmitida de Italia, asoló en especial Constantinopla y el sur de Grecia. Para repoblar la capital una vez extinguida aquella plaga, Constantino hizo acudir a Constantinopla hombres de diversas provincias. Según juicio de la misma población, el Peloponeso quedó eslavizado desde mediados del siglo VIII. Al mismo período debe hacerse remontar la creación de nuevas colonias en Grecia, en el lugar de las ciudades o pueblos cuya población había sido diezmada por la peste o llevada a la capital para repoblar ésta. A fines del siglo VIII Irene envió una expedición especial «contra las tribus eslavas» a Grecia, Taesalónica y al Peloponeso[531]. Más adelante, aquellos eslavos de Grecia participaron de modo activo en la conjura contra Irene. Estos hechos muestran sin sombra de duda que en el siglo VIII los eslavos no sólo estaban definitiva y sólidamente instalados en la Península de los Balcanes, incluso toda Grecia, sino que hasta intervenían en la vida política del Imperio. En el siglo IX eslavos y búlgaros habían de ser los más serios enemigos del Imperio de Bizancio.

## Política interior de los emperadores de la dinastía isáurica o siria. La legislación

León III no fue sólo un jefe de talento y un defensor enérgico del Imperio contra el enemigo exterior, sino también un legislador avisado y prudente. Y desde el tiempo de Justiniano el Grande, en el siglo VI, los textos latinos de Código, Digesto e Institutas, eran poco o mal comprendidos en la mayoría de las provincias. En numerosos distritos, sobre todo en Oriente, se seguían antiguas costumbres locales con preferencia a las disposiciones oficiales, como lo demuestra claramente la popularidad de la colección legislativa siria del siglo VII. Las Novelas publicadas en griego sólo concernían a la legislación corriente, por así decirlo. Sin embargo, en el siglo VII, el Imperio, al haber perdido poco a poco toda Siria, Palestina, Egipto, África del Norte, y, en el septentrión, la parte norteña de la Península de los Balcanes, iba volviéndose cada vez más «griego» en idioma. Era, pues, menester publicar, para uso general y ordinario, un Digesto legislativo en griego, y un compendio que reflejase todos los cambios que habían afectado la vida desde la época de Justiniano I.

León III comprendió muy bien la necesidad de tal Código y confió su ejecución a un grupo cuyos miembros fueron escogidos por él. El resultado con los trabajos de semejante comisión fue un Código denominado *Écloga* y promulgado «en nombre de los sabios y píos emperadores León y Constantino». Respecto a la fecha exacta de la publicación de este Código, mientras ciertos eruditos occidentales del siglo XIX la sitúan a fines del reinado de León III[532] (739-74). El bizantinista ruso V. G. Vasilievsky tiende a hacerla remontar principios del remado de León (hacia el 726)[533].

Hoy, los especialistas más recientes, fijan, con razón, la fecha de publicación de la *Écloga* en marzo del 726[534]. No obstante, hace poco ha sido puesto en duda que ese Código apareciera de tiempos de León III y Constantino V.[535]

El título mismo de *Écloga* (que significa *«trozos escogidos», «extractos»*) indica sus fuentes. Se definía así: «Selección abreviada de leyes ordenada por León y Constantino, los sabios y píos emperadores, según las Institutos, el gesto, el Código, las Novelas del gran Justiniano y corregida con intenciones de más amplia humanidad», según la traducción adoptada por otros, «con intención de mejora»[536]. En la introducción de la Écloga se dice claramente que los decretos dados por los emperadores precedentes están dispersos en obras diversas y que su significado, difícilmente comprensible para algunos, es incomprensible del todo para otros, en especial para los que no viven en la ciudad imperial «*protegida de Dios*»[537]. Por «obras diversas» debemos entender las traducciones griegas y los numerosos comentarios de los compendios legislativos de Justiniano que se empleaban en la práctica y que substituían con frecuencia a los originales latinos. Sólo muy poca gente podía entender las traducciones y comentarios griegos. La abundancia de obras, las variaciones y consideraciones que se hallaban en ellas ponían la mayor confusión en la legislación civil del Imperio bizantino. León III, dándose clara cuenta de la situación, aplicóse a remediarla. Los principios de la Écloga, proclamados en su introducción, rebosan ideas de justicia y derecho. Proclámase allí que los jueces deben «refrenar en sí todas las pasiones humanas y tomar decisiones de verdadera justicia, resultantes de un razonamiento claro. No deben despreciar al necesitado ni dejar impune al poderoso que incurre en culpa… Deben abstenerse de recibir regalos». Todos los

funcionarios judiciales han de recibir salarios determinados de la «piadosa tesorería» imperial, de suerte que «no perciban nada de nadie que pueda recaer bajo su jurisdicción, a fin de que la predicción del Profeta: “Y venden la justicia por dinero” (Amos, 2, 6) no se cumpla, y no seamos visitados por la cólera de Dios por haber transgredido sus mandamientos»[538].

La Écloga se subdivide en dieciocho títulos y atiende sobre todo al derecho civil y, en medida muy restringida, al criminal. Trata, pues, del matrimonio, de los esponsales, de dotes y del estado de viudez, de testamentos, de la tutela, de la administración y mantenimiento de los esclavos, de los testimonios, de las ventas, compras, rentas, etc. Sólo un título contiene elementos de derecho criminal sobre los castigos.

La Écloga difería en muchos aspectos del Código de Justiniano e incluso lo contradecía. Aceptaba, en efecto, las decisiones de la ley consuetudinaria y las prácticas judiciales que existían a la par de la obra legislativa oficial de Justiniano. Comparándola con esta última representa un progreso considerable en ciertos aspectos. En las leyes matrimoniales, por ejemplo, se nota la introducción de conceptos cristianos más elevados. Cierto que el capítulo de castigo abunda en parágrafos que prescriben mutilaciones corporales, como cortes de mano, lengua o nariz, a vaciado de los ojos de los culpables de delitos muy graves. Pero ese hecho no nos autoriza a considerar la Écloga como una ley bárbara, porque en la mayoría de los casos tales castigos están destinados a substituir la pena de muerte. De aquí que los emperadores isáuricos tuvieran el derecho de proclamar que su obra legislativa era «de más amplia humanidad, que las de sus predecesores». No olvidemos que la Écloga prescribía castigo iguales para todos, ya fuesen poderosos o

humildes, ricos o pobres, mientras la ley justiniana instituía con frecuencia penas diversas, según la condición de delincuente, no fijando, además, verdaderas bases de discriminación. En su aspecto exterior la Écloga se distingue por la gran frecuencia con que se remite a las Escrituras a efectos de confirmar diversos principios jurídicos. «El espíritu del Derecho romano se transformaba en la atmósfera religiosa del cristianismo[539]». En el siglo VIII y durante la mayor parte del IX, hasta el advenimiento de la dinastía macedonia (867), la Écloga sirvió de manual de enseñanza del derecho, substituyendo así las *Instituías* de Justiniano. Conocemos, por ejemplo, una Écloga privada (*Écloga privata*) y una Écloga privada aumentada (*Écloga privata aucta*)[540]. Al producirse un cambio en favor de la legislación justiniana, tras la exaltación de Basilio el Macedonio al trono, las actas legislativas de los emperadores isáuricos fueron calificadas oficialmente de absurdo (literalmente, de «palabras necias»), en contradicción con el dogma divino ruinosas para las leyes saludables[541]. No obstante, los propios emperadores de la dinastía macedonia tomaron del compendio legislativo condenado numerosos capítulos para su legislación propia e incluso en su época se revisó la Écloga.

Es interesante advertir que la *Écloga* de León y Constantino formó luego parte de los compendios jurídicos de la Iglesia ortodoxa, sobre todo en Rusia.

Se la encuentra en el escrito ruso Kormtchaia Kniga, es decir, *El Libro de las Reglas o Código Administrativo*, bajo el título Los capítulos del muy sabio zar León y de Constantino, los dos Heles emperadores[542]. Existen otras huellas del influjo de la Écloga sobre los monumentos de la antigua legislación eslava.

Desde luego, la Écloga no ha de considerarse una «innovación extremamente audaz», como declara el bizantinista griego Paparrigópulos, admirador entusiasta de los emperadores isaurios. Según él, «hoy que los principios expresados por los autores de la Écloga son aceptados por la legislación civil de las naciones más evolucionadas, ha llegado al final de la hora de conceder alguna estima al genio de los hombres que, hace mil años, lucharon para aplicar doctrinas que sólo en nuestros días han triunfado»[543]. Sobra decir que no se debe ver en estas declaraciones sino el entusiasmo de un patriota heleno. Pero ha de reconocerse la considerable importancia de aquel Código, que abrió un nuevo período en la historia del derecho grecorromano o bizantino, período que duró hasta la exaltación de la dinastía macedonia al Poder, en cuya fecha se restableció la legislación justiniana, más no sin numerosas e importantes modificaciones. La Écloga de León III sirvió para satisfacer las exigencias de la realidad viva de aquel período.

La ciencia atribuye otros tres monumentos legislativos a la obra de la dinastía isáurica y a veces más especialmente a León III. Son el Código rural, o Derecho del Agricultor (Ley Agraria, dicen algunos), el Código Militar y el Código náutico Rodense.

Las diversas versiones de estos tres documentos siguen en general la Écloga u otras obras jurídicas en los numerosos manuscritos que de ellas nos han llegado y no nos dan informe alguno sobre los nombres de sus autores ni fecha de su publicación. Así, para fijar fecha a esos documentos, deben examinarse, apreciar su fondo y forma y compararlos con otros análogos.

El Código rural es, entre los tres, el que más ha llamado la atención. El especialista más eminente en Derecho

bizantino, el sabio alemán Zacarías von Lingenthal, ha modificado su opinión en esa materia. Al principio juzgaba el Código obra de una persona privada y lo fechaba en el siglo VII o IX. Lo juzgaba hecho, en parte, según la legislación de Justiniano, y, en parte, según los usos locales. Más tarde ha llegado a la conclusión de que el Código rural estaba integrado en la obra legislativa de los emperadores León y Constantino y se publicó a la vez que la Écloga o poco después.

A la vez Zacarías von Lingenthal, como los historiadores rusos V. G. Vasilievsky y E. I. Uspensky, señalan el sentido de ese documento que, como reglamento de policía rural, tiene por objeto los delitos cometidos en la agricultura. Trata, en efecto, de los diversos modos de robos en los bosques, campos y huertos, de violaciones de propiedades y negligencias de los pastores, de daños hechos a las bestias y daños causados por el ganado. Según el historiador ruso B. A. Panchenko, que ha estudiado especialmente este documento, el Código rural era un suplemento al derecho consuetudinario practicado entre los campesinos y se consagraba a tal derecho, tan necesario al agro y que no había encontrado aún expresión en otras disposiciones legislativas.

Como indicamos más arriba, esa obra no condene indicación alguna sobre la fecha en que se compuso. Pero, apoyándose en ciertas deducciones, algunos historiadores la sitúan en la época de León III. Aun así debe reconocerse que el problema está lejos de haber alcanzado una solución definitiva. Como observa Panchenko, «que la necesidad de tal legislación pudo sentirse en el siglo VIII el carácter de la compilación, grosero y cándidamente empírico, está más próximo por su espíritu a la época de la mayor decadencia

de la civilización bizantina que a la de la elaboración de la *Écloga*»[544]. Claro que tampoco este argumento resuelve el problema. Cuanto se puede decir es que no está demostrado que el Código rural se publicara en el siglo VIII y que el problema de su fecha exacta sigue sin resolver. Por nuestra parte opinamos que es muy posible que se descubra que su publicación se remonta a un período más antiguo. Recientemente, C. Vernadski ha emitido la hipótesis de que el Código rural fue compuesto bajo Justiniano II a fines del siglo VII[545], pero esta teoría no ha sido aceptada[546].

El Código rural ha atraído la atención de los sabios por otra razón: la de que no se encuentra en él alusión alguna al coloniaje o a la servidumbre que reinaban en el Bajo Imperio romano. Contiene, empero, como han observado los historiadores supradichos, indicaciones nuevas sobre la propiedad rural personal, sobre los terrenos comunales, sobre la abolición de la prestación personal forzada y sobre la introducción de la «libertad de movimientos». En general, los historiadores enlazan esos fenómenos con la expansión de las colonias eslavas en el Imperio. Probablemente los eslavos importaron a Bizancio sus particulares condiciones de vida, en especial el *comunalismo*. La tesis de Panchenko, según la cual esa legislación no alude a los terrenos comunales, ha sido, con razón, rechazada por los historiadores contemporáneos.

La teoría de que los eslavos ejercieron excepcional influencia en las costumbres interiores del Imperio bizantino —teoría elevada a la altura de dogma por Zacarías von Lingenthal y sostenida por sabios rusos eminentes en el campo de la historia bizantina— se ha afirmado sólidamente en la literatura histórica. Además de sobre los relatos generales concernientes a las colonias eslavas del Imperio,

los sabios que juzgan así han fundado su teoría sobre el concepto de que la pequeña propiedad rural libre y de la «comunidad» campesina era ajena al Derecho romano. Debía, pues, haber sido introducida en la vida bizantina por algún elemento ajeno, concretamente el eslavo.

Ha de mencionarse aquí que, hace poco, V. N. Zlatarski, sosteniendo la teoría de la influencia eslava en el Código rural, y atribuyendo este último a León III, trató de explicar esa influencia por la política del emperador respecto a los búlgaros. Al introducir en su legislación los principios de los usos y costumbres eslavos, contaba León —según el sabio dicho—, apartar de la influencia búlgara a los eslavos que estaban bajo su dominio, impidiéndoles concluir con los búlgaros una alianza, muy seductora entonces ante los ojos de los eslavos[547]. Sin embargo, un estudio más profundo de los códigos de Teodosio V y de Justiniano, de las Novelas de este último, y, muy recientemente, de los papiros y de las vidas de santos, ha probado de manera bastante clara que hubo en el Imperio romano aldeas habitadas por campesinos libres, tenedores de tierras, y, en una época muy antigua, bienes rurales comunales. No se puede, pues, obtener de ese Código rural conclusión general alguna, pudiendo sólo servir para testimoniar, con otros elementos, que en el Imperio bizantino existió, al lado de la servidumbre, una pequeña propiedad campesina y comunidades rurales libres.

F. I. Uspensky exagera la importancia del Código rural, al atribuirle un alcance general, diciendo que se extendía a todo el Imperio y que «debe servir de punto de partida a la historia del desarrollo económico de Oriente» en lo concerniente a la clase de aldeanos libres y de pequeños propietarios rurales[548]. Pero este juicio podría llevar al lector a creer que la servidumbre estaba completamente

abolida en el siglo VII o el VIII lo que no era así[549].

C. Diehl, que en su *Historia del Imperio bizantino* considera el Código rural como obra de León III y de su hijo, va también algo lejos cuando declara: «El Código rural se esforzaba en restringir el alarmante desarrollo de los grandes dominios, en detener la desaparición de la pequeña propiedad libre, en asegurar a los campesinos una condición mejor»[550].

El más reciente editor, traductor e investigador del Código rural, es decir, el sabio inglés W. Ashburner, que ignora el ruso y los resultados de los estudios de la ciencia rusa, tiende a admitir la opinión de Zacarías von Lingenthal. Según él, la Ley Agraria forma parte de la legislación de los iconoclastas, y parécele igualmente claro que es, en mayor escala, una compilación de las costumbres existentes. Pero, a la vez, Ashburner difiere de Lingenthal en tres puntos importantes: 1.º, el origen de la ley; 2.º, la situación legal de la clase agrícola bajo esa ley; 3.º, el carácter económico de las formas de tenencia de tierras de que se trata. El parentesco del Código rural con la *Écloga* no es tan cercano como Lingenthal quisiera. Ashburner difiere también de aquel sabio en que, según él, en la sociedad descrita por el Código rural, el campesino podía trasladarse libremente de posesión a posesión. Pero reconoce, con Zacarías von Lingenthal, que el «estilo autoritario» de la ley estudiada sugiere que no se debe a la pluma de un particular y es obra de una autoridad legislativa[551].

Hoy, a nuestro juicio, se debe abandonar por completo la teoría de la influencia eslava sobre la formación de la nueva estructura social del Imperio, y dirigir en especial la atención al estudio del problema de la pequeña propiedad libre y de la comunidad aldeana en el período del Alto y Bajo

Imperio romano, utilizando para ello los materiales nuevos y los documentos antiguos insuficientemente analizados desde ese punto de vista[552]. En cuanto a precisar la fecha del Código rural, es cosa que faltaba aún por resolver.

Recientemente se ha tratado de comparar el Código rural con los textos de los papiros bizantinos[553], pero no pueden sacarse conclusiones de meras semejanzas fraseológicas, a veces sorprendentes, mas que no prueban, con frase de Ashburner, lo que no necesita ser probado: a saber, que los legistas de una misma época se sirven de las mismas frases[554].

El Código rural tiene mucho interés desde el punto de vista de los estudios eslavos. Una antigua traducción rusa de ese Código es uno de los elementos de la compilación, preciosa por su contenido y valor históricos, que lleva por título *Compendio de leyes por las que deben regir todos los asuntos los príncipes ortodoxos*. El célebre canonista ruso A. S. Pavlov, ha publicado una edición crítica de esa versión rusa del Código rural. Éste se halla también en las antiguas colecciones jurídicas servias.

En los manuscritos de obras legislativas bizantinas hallamos frecuentemente el Código náutico y el Código militar a continuación de la Écloga u otro documento legislativo. Las dos leyes carecen de fecha, pero en virtud de ciertas deducciones algunos historiadores las atribuyen a la dinastía isáurica.

El Código náutico sobre las leyes navales, o, como lo llaman a veces los manuscritos, el Código marítimo rodense, en un estatuto reglamentaba todo lo relacionado con la navegación mercante. Algunos historiadores suponen que ese Código fue extraído del segundo capítulo del libro decimocuarto del *Digesto*, que contiene una cláusula, tomada

al Derecho griego, sobre «Derecho rodense de lanzamiento de las mercaderías al mar», que trata de la repartición pérdidas entre el propietario del barco y los propietarios del cargamento cuando ha de arrojarse por la borda parte de las mercaderías para salvar la nave. Hoy la ciencia histórica se niega a admitir la dependencia del Código naútico respecto al Digesto, así como su conexión con la Écloga, aunque ésta haya sido certificada por Zacarías von Lingenthal[555].

Ese Código, tal como nos ha llegado, es el resultado de una compilación de textos y materiales de la época y de naturaleza muy diferentes, la mayor parte, son derivados de costumbres locales. Según Ashburner, la tercera parte del Código náutico, tal como la poseemos, estaba, con toda evidencia, destinada a incorporarse al texto legal en el libro LIII de las Basílicas[556]. De esto concluye que debió de ejecutarse en segunda edición del Código náutico, a cargo inmediato de los mismos hombres: que elaboraron las Basílicas, o al menos bajo su dirección. Los textos, que han llegado constituyen, pues, según Ashburner[557] la edición segunda.

El estilo del Código marítimo es esencialmente el de un documento oficial pero su fondo difiere mucho del propio del Digesto de Justiniano, llevando clara señal de influencias posteriores. Por ejemplo, el Código fija la parte responsabilidad del propietario del navio, del negociante que lo fleta, y de los pasajeros, tanto en la seguridad como en el cargamento del buque. En lo referente a la previsión de temporales y ataques de piratas, todos debían entregar una suma destina a servir de seguro. Esta obligación, como otros reglamentos particulares, restaban del hecho de que en el siglo VII, época de Heraclio, el comercio y navegación marítimos corrían muy grandes riesgos debido a las

incursiones navieras de los piratas árabes y eslavos. La piratería se había convertido en un fenómeno tan ordinario, que armadores y negociantes no podían efectuar sus empresas comerciales sino compartiendo los riesgos inherentes a ellas.

Sólo por aproximación cabe determinar la época en que se compuso el Código náutico. Probablemente lo elaboraron personas particulares entre años 600 y 800 de J. C. En todo caso no hay razón alguna para atribuir origen común a los Códigos marítimo, militar y rural[558].

A pesar que la dinastía macedónica volvió a las reglas del Derecho justiniano, el Código marítimo siguió rigiendo e influyó sobre varios de los juris bizantinos de los siglos X XI y XIII. Esta supervivencia indica que el comercio naval de Bizancio no se engrandeció después de los siglos VII y VIII. Los italianos, —que más adelante monopolizaron el comercio del Mediterráneo— tenían sus estatutos marítimos propios. Al declinar el comercio naval de Bizancio, de estar en vigor el Código marítimo. Los documentos jurídicos de los sig. XIII y XIV no lo mencionan[559].

El Código Militar, o Derecho del Soldado (*leges militares*), está formado de extractos de paráfrasis griegas del Digesto y del Código de Justiniano, de la Écloga y de varias otras fuentes posteriores, sobreañadidas éstas al texto primitivo. Contiene una enumeración de los castigos a infligir a los soldados culpables de motín, desobediencia, deserción, adulterio, etc. Los castigos previstos son de un rigor extremo. Si es cierto, como opinan ciertos sabios[560], que ese Código data de la época de la dinastía isáurica, tendríamos en él una prueba excelente de la rigurosa disciplina introducida en el ejército por León III; pero la insuficiencia de informes que poseemos sobre ese Código

militar nos impide atribuirlo a dicho emperador.

Para concluir, diremos que los tres códigos que acabamos de estudiar —el rural, el náutico, el militar—, no pueden ser mirados, con certeza, como obra de los emperadores isáuricos[561].

La mayoría de los historiadores, empezando por Finlay, atribuyen la organización de los temas, surgida en realidad en los siglos VII al VIII, y a veces, de manera más particular, al reinado de León III. Finlay escribe: «León estableció una nueva organización geográfica, la de los temas, que duró tanto como el Gobierno bizantino»[562]. Gelzer es también muy categórico sobre este punto. Según él, «León eliminó en definitiva los funcionarios civiles, haciendo pasar el poder, en las provincias, a manos de representantes militares»[563]. A juicio de F. I. Uspensky, «sólo en tiempos de León el Isáurico se produjo un cambio radical en el sentido de un refuerzo de los poderes de los estrategas de los temas, a expensas de la administración civil de las provincias»[564]. Pero subsiste el hecho de que no poseemos informe alguno sobre la obra de León en la esfera de la organización provincial.

Tenemos una lista de temas —con algunas indicaciones sobre su organización—, debida a un geógrafo árabe del siglo IX, Ibn Khurdadhbah[565], a quien ya mencionamos anteriormente. Comparando esas indicaciones con las que poseemos acerca de los temas en el siglo VII, los historiadores han llegado a ciertas conclusiones relativas a las modificaciones aportadas a la organización temística en la época de la dinastía Isáurica. Así, vemos que en Asia Menor se añaden a los ya enumerados temas del siglo VII dos temas nuevos, creados en el VIII, probablemente en la época de León III: el tema Trácico, en la parte occidental del Asia Menor.

Asia Menor, comprendiendo distritos occidentales del vasto tema Anatólico, llamado Trácico por las guarniciones europeas llevadas de Tracia; y el Bucelárico, al este del amplio tema del Opsikion, y llamado Bucelárico por los bucelarios, esto es tropas romanas y extranjeras empleadas por el Imperio o por personas privadas. Constantino Porfirogénito dice que «los bucelarios seguían al ejército y proveían a su abastecimiento» (De Thematibus, p. 28). Así, a primeros del siglo IX, Asia Menor tenía cinco temas, que las fuentes de aquel período (por ej., en 803) llaman *los cinco temas orientales*[566]. Según toda apariencia, en Europa sólo había cuatro provincias a fines del siglo VIII Tracia, Macedonia, la Hélade y Sicilia. Pero si la cuestión del número de temas en el Asia Menor a principios del siglo IX puede considerarse resuelta, no nos cabría decir si las autoridades civiles habían sido entonces suprimidas del todo y sus funciones, en esa época precisa, transferidas a los gobernadores militares. El papel decisivo de León III en la organización de los temas no puede probarse, y por ahora pasa de ser una pura hipótesis[567].

La extensión y generalización del régimen de temas bajo la dinastía Isaurica estuvieron íntimamente ligadas con los peligros exteriores e interiores que amenazaban el Imperio. La formación de nuevos temas mediante parcelación fragmentación de los inmensos territorios de los temas primitivos se debió a consideraciones políticas. León sabía por experiencia los peligros que entraña dejar un territorio demasiado extenso en manos de un gobernador *militaruom*: potente, que podía sublevarse y aspirar al trono. Así, el peligro exterior exigía el refuerzo de un poder militar centralizado, sobre todo en las provincias amenazadas por los enemigos del Imperio —árabes, eslavos y búlgaros—, y el peligro interior, hijo del exceso de potencia de los

gobernadores militares, muy parecidos a vasallos más o menos independientes del poder central[568], requería la disminución de los territorios sometidos a su mando.

Deseando aumentar y regular los recursos hacendísticos del Imperio, en razón de sus múltiples y dispendiosas empresas, León III elevó la capitación en una tercera parte, y para ejecutar mejor esta medida mandó llevar un registro de todos los nacidos varones. El cronista, hostil a los iconoclastas, compara esta medida de León al modo que tuvo el Faraón egipcio de tratar a los israelitas[569]. Hacia el fin de su reinado, León III impuso a todos los súbditos de su Imperio una contribución destinada a reconstruir las murallas de Constantinopla, arruinadas por frecuentes y violentos terremotos. Los trabajos de reconstrucción terminaron durante su reinado, según lo prueban varias inscripciones grabadas en las torres de los muros interiores de la capital, con el nombre de León y el de Constantino, hijo de aquél y su asociado al Imperio[570].

## La iconoclastia. El séptimo concilio ecuménico

El estudio del movimiento iconoclasta presenta grandes dificultades a causa del estado actual de las fuentes. Todas las obras de iconoclastas, los decretos imperiales, las actas de los concilios iconoclastas de 753-54 y de 815, los tratados teológicos de los «destructores de imágenes», fueron despedazadas al triunfar sus enemigos. No conocemos la literatura iconoclasta sino por fragmentos introducidos en las obras de los «*adoradores de imágenes*», a fines de

reputación. Así, el decreto del concilio iconoclasta de 753-54 ha sido conservado en las actas del séptimo concilio ecuménico, aunque acaso en forma incompleta. El decreto del concilio de 815 ha sido descubierto en uno de los tratados del patriarca Nicéforo y se hallan numerosos fragmentos de la literatura iconoclasta insertos en los tratados polémicos y teológicos de los adversarios del movimiento. Conviene notar en ese sentido, como particularmente interesantes, los tres famosos Tratados contra los que desprecian las santas imágenes, del célebre teólogo y compositor de himnos Juan Damasceno (o de Damasco), contemporáneo de los dos primeros emperadores iconoclastas. Además, todo lo complica el hecho de que, a fin de propagar sus ideas, los que intervenían en la querella iconoclasta recurrían a veces a elaborar escritos apócrifos.

No ha de olvidarse que las fuentes que nos han llegado sobre la iconoclastia están influidas por la hostilidad existente contra tal movimiento. En parte se ha debido a esa razón el que los sabios hayan emitido juicios tan divergentes sobre el período iconoclasta.

Los historiadores han estudiado en primer término la cuestión de los orígenes del movimiento contra las imágenes —bastante difícil de comprender en los siglos VIII y IX— y que se prolongó, con algunos intervalos, durante más de un siglo, teniendo graves consecuencias para el Imperio. Ciertos especialistas de este período han atribuido causas religiosas a la actitud de los emperadores iconoclastas. Otros estiman que las razones íntimas de su actitud fueron ante todo políticas. Según algunos, León III resolvió proscribir las imágenes esperando eliminar así uno de los principales obstáculos que separaban a los cristianos de los judíos y los musulmanes, los cuales desaprobaban los «iconos». El

emperador, a juicio de tales autores, habría confiado en que una unión religiosa más íntima con mahometanos y judíos facilitaría la sumisión de unos y otros al Imperio.

El historiador griego Paparrigópulos ha hecho un estudio muy audaz del período iconoclasta. Según él, es impropiedad aplicar el término de «*iconoclasta*» a aquella época, puesto que el término no define con plenitud el período. Opina Paparrigópulos que, a la vez que la reforma religiosa que condenó las imágenes, proscribió las reliquias, redujo el número de monasterios, y, sin embargo, dejó intactos los fundamentos dogmáticos de la religión cristiana y se produjo igualmente una reforma política y social. Los emperadores iconoclastas se propusieron arrebatar al clero la instrucción pública. Aquellos soberanos no obraron por motivos personales o dinásticos, sino tras maduras reflexiones y deliberaciones prolijas, y no sin antes examinar claramente las necesidades sociales y las exigencias de la opinión pública. Les sostenían lo mejor de la sociedad, la mayoría del alto clero y el ejército. El fracaso final de las reformas iconoclasta; debe atribuirse a que muchas personas seguían devotamente adictas a la fe antigua, y por tanto, eran opuestas de corazón a los cambios operados por los emperadores iconoclastas. Esa parte de la nación se componía sobre todo de gente minúscula, de mujeres y de la multitud de los monjes. León III no pudo cambiar el ánimo del pueblo[571]. Tales son, en globo, las opiniones de Paparrigópulos sobre esa época.

El historiador griego se engaña, sin duda alguna, al considerar la obra reformadora de los emperadores del siglo VIII como una tentativa de revolución social, política y religiosa. Pero es el primer erudito que ha señalado la complejidad e importancia del período iconoclasta y por eso

ha despertado de manera particular la atención de los otros historiadores sobre esa época.

Algunos (como Schwarzlose) estiman que la política iconoclasta de los emperadores del siglo VIII fue motivada por consideraciones a la vez religiosas y políticas, con acusado predominio de las últimas. Según ellos, León III, deseoso de ser único dueño y autócrata en todas las esferas, esperaba, proscribiendo el culto de las imágenes, liberar al pueblo de la fuerte influencia de la Iglesia, que empleaba el culto de las imágenes como poderoso medio de asegurarse la obediencia de los laicos. El ideal de León era reinar como señor absoluto sobre un pueblo unido en lo religioso. La vida religiosa del Imperio quedó, pues, reglamentada por la política de los emperadores iconoclastas: la iconoclastia debía contribuir a la realización de los ideales políticos de los soberanos «rodeados de la aureola de un celo reformador»[572].

Más recientemente, varios historiadores (por ejemplo el francés A. Lombard) han comenzado u ver en el iconoclasma una reforma puramente religiosa destinada a contener «los progresos del paganismo renaciente» bajo la forma del culto abusivo de las imágenes, y a «restablecer el cristianismo en su pureza original». A. Lombard estima que esa reforma religiosa se desarrolló a la vez que se producían ciertos cambios políticos, pero sin dejar de tener su historia propia[573].

El bizantinista francés L. Bréhier ha hecho notar especialmente que la iconoclastia implica dos cuestiones distintas y diferentes: la cuestión discutida de ordinario, o culto de las imágenes propiamente dicho, y el problema de la legalidad del arte religioso. En otras palabras, *¿estaba permitido o no recurrir al arte para pintar el mundo sobrenatural? ¿Tenía el artista el derecho de representar en sus*

*obras a los santos, a la Virgen y a Jesucristo?* De este modo el sabio francés plantea el problema de la influencia de la iconoclastia sobre el arte bizantino[574].

Más recientemente aun, C. N. Uspensky ha dislocado el centro de gravedad del estudio de este período al poner en primer término la política desarrollada por el Gobierno bizantino contra el creciente progreso de la propiedad territorial concentrada en manos de los monasterios. Según él, de las medidas administrativas de León fueron dirigidas fundamental y esencialmente, y desde el principio mismo de la lucha, contra los monasterios, que hacia el siglo VIII habían llegado a ocupar una situación anormal en el Imperio. La política de León no se fundó esencialmente en consideraciones religiosas; pero los monjes perseguidos y los defensores de la feudalidad monástica encontraron más ventajoso trasladar la lucha al terreno teológico, para poder proclamar que la obra de los emperadores era atea y herética, desacreditar el movimiento y arruinar la confianza de las masas en su emperador. El verdadero carácter de aquel movimiento quedó así hábilmente enmascarado y sólo a costa de grandes esfuerzos se puede volver a encontrar[575].

De cuanto precede resulta que el movimiento iconoclasta fue un fenómeno muy complejo, imposible todavía de esclarecer a causa del estado de las fuentes[576].

No carece de interés notar que los emperadores iconoclastas eran todos de origen oriental. León III y su dinastía eran isáuricos o acaso sirios; los restauradores de la iconoclastia en el siglo IX fueron el armenio León V y Miguel II que, como su hijo Teófilo, había nacido en la provincia de Frigia (Asia Menor Central). Y si consideramos quiénes fueron los restauradores del culto de las imágenes, observamos que: 1.º, por dos veces fue restablecido el culto

de los iconos por mujeres: Irene y Teodora; 2.º, Irene era de origen griego y Teodora procedía de Paflagonia, provincia del Asia Menor sita en el litoral del mar Negro, cerca de Bitinia[577] y no lejos de la capital; es decir, que esta última emperatriz no era oriunda del centro de la Península. El lugar de origen de los emperadores iconoclastas no puede ser considerado un factor accidental. El origen oriental de esos soberanos es uno de los elementos que permiten comprender mejor el papel que desempeñaron en el movimiento y el sentido de éste.

La oposición al culto de las imágenes en los siglo VIII y IX no era una tendencia nueva ni insólita en absoluto. Había, por lo contrario, sido preparada largamente. El arte cristiano, al representar el cuerpo humano en los mosaicos, frescos, esculturas o grabados había, desde hacía mucho, preocupado a mucha gente profundamente religiosa, a causa de la semejanza que aquello tenía con las prácticas del abandonado paganismo. Ya a principios del siglo IV, el concilio de Elvira (España) había decidido «que no debía haber cuadros (pinturas) en las iglesias, que los muros no debían tener imagen alguna de lo que era reverenciado y adorado», (*ne quod colitur et adoratur in parietibus depingatur*)[578].

En el siglo IV, al recibir el cristianismo un estatuto legal y convertirse después en religión de Estado, las iglesias empezaron a ornamentarse con imágenes. En el siglo IV y durante el V, el culto de las imágenes creció y desarrollóse en la Iglesia cristiana. Tal práctica seguía inquietando a muchos. Eusebio de Cesárea, historiador eclesiástico del siglo IV, declaraba que el culto de las imágenes de Jesucristo y de los apóstoles Pedro y Pablo era «una costumbre de gentiles»[579]. En una de sus epístolas, Epifanio de Chipre

relata (siglo IV) que rasgó un velo (velum) eclesiástico adornado con «la imagen de Jesucristo o de uno de sus santos», porque ello «humillaba a la Iglesia»[580].

En el siglo V, un obispo sirio pidió, antes de ser nombrado para aquel alto puesto, la supresión de las imágenes. En el siglo VI estalló en Antioquía una grave sublevación contra el culto de los iconos. En Edesa, los soldados, amotinándose, lapidaron una imagen milagrosa de Cristo. Conocemos algunos casos de destrucciones de iconos en el siglo VII. Es interesante, al propósito, citar la carta escrita a fines del siglo VI por el Papa Gregorio I el Grande al obispo de Massilia (Marsella), quien había ordenado quitar y destruir las imágenes de todas las iglesias. El Papa alaba al obispo por su celo al defender la idea de que nada creado por manos humanas debe ser adorado (*nequia manufactum adoran posset*). Pero le censura haber hecho destruir las imágenes, despojando así al pueblo analfabeto de la ocasión de instruirse históricamente, ya que «al menos habría podido leer, mirando los muros, lo que no sabe leer en los libros»[581]. En otra carta al mismo obispo, el Papa escribía: «Nos te alabamos haber prohibido adorar las imágenes; empero te censuramos haberlas destruido… Adorar un cuadro es una cosa (picturam adorate), aprender lo que se debe adorar por intermedio del cuadro, es otra»[582]. Así que, según la opinión de Gregorio el Grande, compartida por muchas personas, las imágenes *servían* para instrucción del pueblo.

Las tendencias iconoclastas de las provincias orientales estaban algo influidas por los judíos. La religión de éstos prohibía el culto de las imágenes y, por lo tanto, los secuaces del judaísmo se mostraban violentamente hostiles a toda adoración de tal género. Desde la segunda mitad del siglo VII

ejercieron influjo análogo los musulmanes, quienes, siguiendo las palabras del Corán, «Las imágenes son una abominación satánica» (V, 92), consideraban el culto de los santos como una forma de idolatría. Los historiadores citan con frecuencia el relato de que Yezid II, califa árabe, dio en su Estado un decreto, tres años antes al de León, prescribiendo la destrucción de las imágenes en las iglesias de sus súbditos cristianos. La autenticidad de esta narración es puesta hoy en duda por varios historiadores, aunque habrá de reconocerse que son de un gran fundamento o antecedente a las prohibiciones posteriores[583]. En todo caso, la influencia del Islam en las provincias orientales debe ser tomada en cuenta siempre que se estudie el movimiento iconoclasta. Un cronista califica incluso al emperador León de «*Cabeza de Sarraceno*[584]» pero no poseemos muchas pruebas que nos permitan afirmar que León fuera directamente influido por el Islam. En fin, una de las sectas orientales más difundidas en la Edad Media, los paulicianos, que vivían en la parte oriental del centro de Asia Menor, eran muy opuestos al culto de las imágenes[585]. En resumen, en la época de León III existía un fuerte movimiento iconoclasta en las provincias bizantinas orientales del Asia Menor. El historiador religioso ruso Lebediev escribe al respecto: «Se puede afirmar positivamente que el número de iconoclastas antes del iconoclasma (siglo VIII) era considerable, así como que constituían una fuerza que la misma Iglesia tenía buenas razones para temer». Uno de los principales focos de iconoclastia era Frigia, provincia central del Asia Menor[586].

No obstante, el culto de las imágenes se había extendido mucho y era muy sólido. Imágenes de Jesucristo, de la Santa Virgen y de los diversos santos, cuadros representando escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, ornaban en

profusión las iglesias cristianas. Las imágenes colocadas en los diversos templos de aquella época eran ya de mosaico, ya pintadas al fresco, ya trabajadas en marfil, madera o bronce. De modo que había imágenes pintadas e imágenes esculpidas, además de lo cual existían muchas pinturas en colores ilustrando los manuscritos (miniaturas). Se veneraban en particular los iconos que no se creían hechos por manos humanas y a los que los fieles atribuían poderes milagrosos. Las imágenes desempeñaban también papel en la vida familiar; a veces se elegían iconos como padrinos o madrinas de los niños. Imágenes bordadas figurando santos adornaban los vestidos de ceremonia de los miembros de la aristocracia bizantina. Nos consta, por ejemplo, que la toga de un senador estaba decorada con imágenes que reproducían toda la vida de Cristo.

Los adoradores de las imágenes concebían a veces su adoración de manera demasiado literal, dejando de adorar la persona o idea simbolizada por la imagen para adorar la imagen en sí o la materia de que se componía. Ésta era fuerte tentación para muchos fieles, la adoración de objetos inanimados ofrecía gran parentesco con las prácticas del paganismo. A la vez se veía «aumentar en la capital la cantidad de monasterios, comunidades monásticas y conventos de toda especie, que se multiplicaban con la mayor rapidez y alcanzaron proporciones inauditas hacia fines del siglo VIII (acaso sería más exacto decir hacia el siglo VIII)»[587]. Según I. D. Andreiev, el número de monjes durante la época iconoclasta puede calcularse en cien mil sin la menor exageración. «Si se considera —dice ese historiador— que la Rusia de hoy (el libro es de 1907), con sus ciento veinte millones de habitantes esparcidos en un vasto territorio, no tiene más que unos cuarenta mil monjes y religiosas, se imaginará fácilmente cuál debía ser la densidad

de la red de monasterios que cubría el territorio relativamente poco extenso del Imperio bizantino».

Así, mientras por una parte el culto de imágenes y reliquias —ordinarias o milagrosas— inquietaba a hombres que se habían desarrollado bajo las influencias dominantes en aquel período, de otra parte el auge excesivo del monaquismo y el rápido crecimiento del número de monasterios chocaban con los intereses seculares del Imperio bizantino. Muchos jóvenes vigorosos abrazaban la vida religiosa y «esa multitud de hombres que ingresaban en el claustro quitaban trabajadores a la agricultura, soldados al ejército, funcionarios a los servicios públicos». El monaquismo y los monasterios servían a menudo de refugio a los que deseaban escapar a las obligaciones impuestas por el Estado. Muchos monjes no abandonaban la vida secular por proponerse seguir sinceramente ideales más elevados. Procede, pues, distinguir dos aspectos en la vida eclesiástica del siglo VIII: el religioso y el secular.

Los emperadores iconoclastas, oriundos de Oriente, conocían bien los conceptos religiosos reinantes en las provincias orientales. Habían sido educados en tales conceptos y hécholos íntimamente suyos. Al llegar al trono los llevaron a la capital, situándolos en la base de *su política religiosa*. Aquellos emperadores no eran infieles ni racionalistas, como se pretende comúnmente. Por lo contrario, eran hombres de fe profunda, sinceros y convencidos, que deseaban reformar la religión, purificándola de los errores que, a su juicio, la habían invadido y desviado de su curso original. Según ellos, el culto de las imágenes y la adoración de reliquias eran supervivencias del paganismo y debían abolirse a toda costa para devolver a la fe cristiana su prístina pureza. «*Yo soy*

*emperador y sacerdote*», escribía León III al Papa Gregorio II. Partiendo de tal principio, León III consideraba derecho suyo dar fuerza de ley a sus propias concepciones religiosas e imponerlas a todos sus súbditos. Era el mismo *cesaropapismo* ya manifestado de modo particular bajo Justiniano I. Éste había visto en sí mismo la única fuente de autoridad temporal y espiritual y León fue un representante convencido de esta tendencia política.

Los nueve primeros años del reinado de León se invirtieron en rechazar a los enemigos exteriores y afirmar el trono, no señalándose por medida alguna relativa a las imágenes. La actividad eclesiástica del emperador se limitó a una sola medida: exigir de los judíos y de la secta oriental de los montañistas que se bautizasen.

Sólo el 726, año décimo de su reinado, el emperador, con expresión del cronista Teófanes, «empezó a hablar de la destrucción de los *santos iconos, honrados por todos*»[588]. La mayoría de los historiadores contemporáneos creen que el primer edicto contra las imágenes se promulgó el 726, o quizá el 725. Por desgracia el texto de ese decreto nos es desconocido[589]. A poco de la publicación del edicto, León ordenó destruir la veneradísima estatua de Cristo situada sobre una de las puertas de la magnífica entrada del palacio imperial. La destrucción de aquella imagen suscitó un motín en el que intervinieron sobre todo mujeres. El funcionario imperial enviado a destrozar la imagen fue muerto, más el emperador le vengó castigando con dureza a cuantos habían defendido la estatua. Esas víctimas fueron los primeros mártires de la disputa iconoclasta.

La hostilidad de León contra el culto de las imágenes se aumentó y se hizo vivísima. El Papa Gregorio II y el patriarca de Constantinopla, Germán, se manifestaron

absolutamente desfavorables a la política del emperador. En Grecia y en las islas del Egeo estalló una revuelta en pro del culto de las imágenes, siendo reprimida por el ejército de León. De todos modos la población reaccionaba con tal violencia que el emperador no pudo adoptar desde luego medidas decisivas.

En 730 convocó una especie de concilio donde se promulgó un nuevo edicto contra las imágenes sacras. Es muy probable, empero, que ese concilio se limitase a confirmar la vigencia del edicto de 725 o 726[590]. Germán se negó a firmar el decreto. Fue depuesto y obligado a retirarse a sus tierras, donde pasó en ocupaciones pacíficas sus últimos años. La sede patriarcal fue concedida a Anastasio, quien accedió a firmar el edicto. De este modo el decreto contra las imágenes no sólo iba promulgado por el emperador, sino refrendado por la Iglesia, ya que llevaba la firma del patriarca, extremo de gran importancia para León[591].

Acerca del período siguiente a la promulgación de este edicto —los once últimos años del reinado de León— nada dicen las fuentes sobre la persecución iconoclasta. Sin duda no hubo casos de violencia. Sea como fuere, no cabe hablar de persecución sistemática de las imágenes bajo León III. A lo más pueden suponerse casos aislados de destrucciones públicas de imágenes. Según un historiador, «en la época de León III hubo más bien una preparación a la persecución de las imágenes y de sus adoradores que una persecución real»[592].

A juicio de algunos, el movimiento iconoclasta del siglo VIII no empezó por la destrucción de las imágenes, sino por la orden de suspenderlas más altas para substraerlas a la adoración de los fieles, teoría que debe rechazarse, porque la

mayoría de las imágenes en las iglesias bizantinas eran frescos o mosaicos y, en consecuencia no podían ser trasladadas o apartadas de los muros de los templos.

Se halla un eco —y un eco hostil— de la política iconoclasta de León en los tres famosos tratados Contra los que desprecian las imágenes, de Juan Damasceno, quien vivió, en tiempos del primer emperador iconoclasta, dentro de las fronteras del califato árabe. Según toda verosimilitud, dos de esos tratados se escribieron en la época de León. La fecha del tercero no cabe determinarla con precisión rigurosa.

Ya mencionamos la oposición del Papa Gregorio II a la política iconoclasta de León III. El sucesor de aquel Papa, Gregorio III, convocó un concilio en Roma y anatematizó a los enemigos de las imágenes (731). A raíz de estos acontecimientos, la Italia central se desgajó del Imperio bizantino y se volvió por completo al lado del Papa y de Occidente. La Italia meridional siguió bajo la dominación bizantina.

La disputa iconoclasta tuvo un aspecto diverso en absoluto bajo Constantino V «Coprónimo» (741-775), hijo y sucesor de León III. Educado por su padre en principios muy rigurosos, Constantino emprendió una resuelta política iconoclasta y en los últimos años de su reinado inauguró la persecución contra monasterios y monjes. Ningún soberano iconoclasta ha sido tan difamado en los escritos de los partidarios de las imágenes como aquel «dragón de múltiples cabezas», aquel «cruel perseguidor de la orden monástica», aquel «Acab y Herodes», etc[593]. Así resulta muy difícil formar sobre Constantino V una opinión imparcial. E. Stein le llama, no sin alguna exageración, el más audaz librepensador de toda la historia del Imperio

romano de Oriente[594]. Al llegar Constantino al trono, las provincias europeas del Imperio practicaban todavía devotamente el culto de las imágenes, mientras Asia Menor contaba entre sus habitantes muchos iconoclastas. Constantino pasó los dos primeros años de su reinado en lucha sin reposo contra su cuñado Artavasde, que capitaneaba un levantamiento en pro de las imágenes. Artavasde consiguió hacer que Constantino abandonase la capital y el pueblo le proclamó emperador[595]. Durante el año en que Artavasde gobernó el Imperio, el culto de las imágenes fue restablecido. Pero Constantino acabó deponiendo a su cuñado y recobrando el trono. Los rebeldes fueron castigados con dureza. El éxito de la sublevación había, sin embargo, probado a Constantino que era posible, en circunstancias favorables, restablecer sin grandes dificultades el culto de los iconos, y el emperador comprendió entonces la necesidad de llevar a la práctica ciertas medidas decisivas que afirmaran la iconoclastia en las masas populares.

Con esta intención, el emperador decidió reunir un concilio que pusiese los fundamentos de una política iconoclasta, sancionase ésta e hiciere así creer al pueblo que las medidas contra las imágenes eran legítimas. Más de 300 obispos asistieron al concilio. Éste se congregó en el palacio de Hieria, en el litoral asiático del Bósforo, frente a Constantinopla, el año 754[596]. Entre los asistentes no había patriarca alguno. La sede de Constantinopla estaba vacante; Antioquía, Alejandría y Jerusalén se habían negado a participar, y los legados del Papa se abstuvieron de concurrir a las sesiones. De este modo los adversarios del concilio tuvieron base para su tesis de que las decisiones de aquella reunión eran nulas. Pocos meses después de empezar las sesiones, el concilio se trasladó a Constantinopla, donde

entre tanto se había designado nuevo patriarca.

El decreto del concilio de 754, que nos ha llegado a través de las actas del séptimo concilio ecuménico (quizá no íntegramente y tal vez con algunas modificaciones), condenaba en definitiva el culto de las imágenes y proclamaba lo que sigue: «Apoyándonos en las Santas Escrituras y los Padres, declaramos unánimemente en nombre de la Santa Trinidad que será rechazada, apartada y expulsada con imprecisiones de la Santa Iglesia toda imagen de cualquier materia que fuere hecha *por el arte maldito de los pintores*. Quien en el futuro ose fabricar tal cosa, o venerarla, o exponerla en una iglesia, o en una casa privada, o poseerla en secreto, será, si es obispo, sacerdote o diácono, depuesto; si es monje o laico, anatematizado; y caerá bajo el golpe de las leyes del siglo como adversario de Dios y enemigo de las doctrinas transmitidas por los Padres».

Este decreto no es importante sólo en el cuadro general del culto de las imágenes, sino notable también en el sentido de que prescribe la comparecencia de las personas culpables de adoración de imágenes, ante los tribunales imperiales, colocando así a los partidarios de las imágenes bajo la jurisdicción del poder temporal. Los miembros del séptimo concilio ecuménico explicaron más tarde por este hecho el rigor extraordinario que ciertos emperadores atestiguaron respecto a la Iglesia y a los monjes. Fue pronunciado anatema «contra todo el que osara representar la imagen divina del Verbo con colores materiales… y los retratos de los santos con colores materiales que no tienen valor alguno, porque esta noción es falsa y ha sido introducida por el Demonio». El decreto termina con las palabras siguientes: «Al nuevo Constantino, al más piadoso, muchos años (de vida). A la muy pía y ortodoxa (emperatriz), muchos años (de vida). Habéis asentado sólidamente los dogmas de los

seis sagrados concilios ecuménicos. Habéis abolido toda idolatría…». Pronuncióse anatema contra el patriarca Germán, «*adorador del leño*» y contra Mansur, es decir, Juan Damasceno, «prosélito del mahometismo, enemigo del Imperio, profesor de impiedad, corruptor de las Escrituras»[597].

El decreto del concilio, emitido por unanimidad, produjo en el pueblo viva impresión. Según el profesor Andreiev, «muchas gentes que estaban aun turbadas y sentían una vaga impresión del error de los iconoclastas, pudieron tranquilizarse; muchos que antes habían vacilado entre los dos movimientos pudieron desde entonces adoptar, sobre la base de la convincente argumentación de las decisiones del concilio, ideas iconoclastas conscientes»[598]. Se pidió a la masa del pueblo que jurase abandonar el culto de las imágenes.

La persecución de las imágenes fue severísima después del concilio. Las imágenes fueron destruidas, quemadas, cubiertas de estuco, sometidas a múltiples ultrajes. Se distinguió por su violencia la persecución del culto de la Santa Virgen[599]. Muchos adoradores de las imágenes se vieron aprisionados, torturados o ajusticiados y sus propiedades confiscadas. Otros fueron desterrados a provincias remotas. Cuadros representando árboles, pájaros, animales, escenas de caza, carreras, substituyeron en las iglesias a las imágenes sagradas. Según la «Vida» de Esteban el Joven, una Iglesia dedicada a la Santa Virgen, en Constantinopla, al ser privada de su antiguo esplendor, se convirtió en «*un huerto y una pajarera*»[600]. Durante esta destrucción de iconos pintados (mosaicos y frescos) o esculpidos, desaparecieron muchos y preciosos monumentos artísticos. Multitud de manuscritos iluminados compartió su suerte.

A la vez que las imágenes, se persiguieron las reliquias. En una sátira del período iconoclasta sobre la adoración exagerada de las reliquias se lee que había diez manos atribuidas al mártir Procopio, quince mandíbulas de Teodoro, cuatro cabezas de Jorge, etc.

Constantino V probó una intolerancia extrema respecto a los monasterios y abrió una verdadera cruzada contra los monjes, aquellos «*idólatras y adoradores de tinieblas*». Su acción contra el monaquismo fue tan violenta que ciertos historiadores se preguntan si no sería justo dar otro nombre más exacto a la actividad reformadora del emperador, y declaran que es difícil determinar si lo que hubo fue una lucha contra las imágenes o una guerra contra los monjes. Para C. N. Uspensky, «los historiadores y teólogos han deformado intencionadamente la realidad sosteniendo la iconomaquia más bien que la monacomaquia de aquel período». La persecución monacal se expresó por medidas muy rigurosas. Los monjes fueron obligados a vestirse de seglares, y algunos, con violencia y amenaza, fueron obligados a casarse. Otros hubieron de desfilar en procesión por el hipódromo, cada uno con una mujer de la mano, entre las burlas e insultos de los espectadores. El cronista Teófanes cuenta que un gobernador del Asia Menor reunió en Éfeso a los monjes y religiosas de su provincia y les habló así: «Los que quieran obedecer al emperador y a mí mismo vístanse de blanco y elijan esposa inmediatamente; los que se nieguen serán cegados y desterrados a Chipre». Y Constantino V, felicitándole, le escribía: «He hallado en vos un hombre a medida de mi corazón y que ejecuta todos mis deseos»[601]. Los monasterios arrebatados a los monjes fueron transformados en cuarteles y arsenales. Se confiscaron los bienes monásticos. Se prohibió a los laicos eludir sus compromisos tomando la cogulla eclesiástica. El resultado de

tal conjunto de medidas fue una emigración en masa de monjes hacia los territorios no afectados aún por la política iconoclasta del emperador. Según ciertos historiadores, sólo Italia acogió, en la época de León y de Constantino, alrededor de cincuenta mil de esos monjes[602]. Tal suceso fue de enorme importancia para los destinos de la Italia meridional del Medievo, porque mantuvo así el predominio de la nacionalidad griega y de la Iglesia ortodoxa. Pero, a lo que parece, tampoco la Italia meridional estuvo exenta de discordias iconoclastas. Sabemos que en el siglo IX Gregorio el Decapolita cayó en manos de un obispo iconoclasta de Hydrus (hoy Otranto, en el sur de Italia)[603]. Muchos monjes emigraron a las riberas septentrionales del Ponto Euxino (mar Negro), a la isla de Chipre y a las costas de Siria y Palestina. Entre los monjes que sufrieron el martirio bajo Constantino V, uno de los más famosos fue San Esteban, el Joven.

Los cinco años del reinado de León IV (775-780) parecen haber sido señalados por una vida interior tranquila en comparación a la del reinado de Constantino V. No obstante, León IV era también partidario de la iconoclastia, pero no sentía hostilidad profunda respecto a los monjes y éstos, bajo su reinado, recobraron otra vez su notable influencia… En el curso de su corto reinado, León IV no se mostró iconoclasta fanático. Es probable que influyera sobre él en cierta medida su joven esposa, Irene, ateniense famosa por su devoción al culto de las imágenes y hacia la que volvían todas sus esperanzas los adoradores de los iconos. «La actitud moderada (del emperador) en la disputa de las imágenes fue la transición necesaria entre las medidas de Constantino V y la restauración de las imágenes bajo Irene», dice Ostrogorsky en la página 38 de sus Studien. El 780 murió León IV y concluyó el primer período de la Querella

de las Imágenes.

La minoridad del hijo de León, Constantino VI, hizo que su madre, Irene, asumiese el gobierno del Imperio.

A pesar de sus francas simpatías por el culto de los iconos y su resolución de restaurarlo, Irene no tomó medidas decisivas con miras a un restablecimiento oficial de aquel culto hasta después de sus tres primeros años de gobierno. Semejante aplazamiento tuvo por causa el hecho de que todas las fuerzas del Imperio habían de ser dirigidas a la lucha interna contra el pretendiente al trono y a la externa contra los eslavos de Grecia. Además, convenía preparar con las mayores precauciones la restauración de las imágenes, porque el grueso del ejército era favorable a la iconoclastia y los cánones del concilio iconoclasta del 754, declarados por Constantino leyes imperiales, ejercían gran influencia sobre muchos habitantes del Imperio. Respecto al alto clero, es probable que varios de sus miembros hubiesen aceptado los decretos del concilio de 754, menos por convicción que por obediencia, y así, con frase de Andreiev, formaban «un elemento que se sometía de buen grado a las reformas de los emperadores iconoclastas, pero que no hubiera hecho ninguna oposición real a las medidas del partido contrario»[604].

En el año cuarto del reinado de Irene se concedió la sede patriarcal de Constantinopla a Tarasio, quien declaró necesario la convocatoria de un concilio ecuménico con miras a la restauración del culto de las imágenes. Se enviaron a Roma embajadores con una invitación para el Papa Adriano I, quien envió legados al concilio de Constantinopla.

Reunióse el concilio (786) en la iglesia de los Santos Apóstoles, pero las tropas de la capital, hostiles al culto de

las imágenes, se precipitaron en el Santuario a mano armada, obligando a la asamblea a dispersarse. El partido iconoclasta parecía triunfar de nuevo, mas su triunfo fue breve. Irene, hábilmente, substituyó las tropas reacias por nuevos soldados más leales y más afectos a sus ideas.

Al año siguiente (787) se congregó el concilio en Nicea (Bitinia), lugar del primer concilio ecuménico. El concilio tuvo en Nicea siete reuniones, a las que no asistieron el emperador ni la emperatriz. La octava y última se celebró en el palacio imperial de Constantinopla. El número de obispos que concurrieron a este concilio rebaso los 300. Fue el séptimo y último concilio ecuménico de la historia de la Iglesia de Oriente.

El concilio de Nicea restauró el culto de las imágenes. Los que no aceptaban las decisiones del concilio eran anatematizados. Se excomulgaba a «*quienes llamaban ídolos a las santas imágenes y afirmaban que los cristianos habían apelado a los iconos como si éstos fueran dioses, o que la Iglesia católica jamás había aceptado ídolo*». Los obispos del concilio aclamaban al «nuevo Constantino y la nueva Elena»[605]. Se decidía colocar reliquias en todos los templos restaurados donde faltasen aquellos atributos, imprescindibles en una iglesia ortodoxa. Se condenaba severamente la transformación de los monasterios en residencias laicas y se acordaba restablecer todos los monasterios suprimidos y secularizados por los iconoclastas. El concilio se esforzó en elevar la moral del clero prohibiendo el tráfico de cosas santas (simonía). Prohibió también los monasterios mixtos, es decir, comunes a ambos sexos.

La mucha importancia del concilio de Nicea no consistió sólo en la restauración del culto de las imágenes. Lejos de

limitarse a esto, creó para los partidarios de las imágenes la organización que les había faltado en la primera parte de la lucha sostenida contra sus enemigos, haciendo una recapitulación de todos los argumentos teológicos favorables a las imágenes y de los cuales debían servirse más tarde los iconódulos contra sus adversarios. En resumen, el concilio proporcionó a los partidarios de las imágenes un arma que facilitó sus luchas futuras en el segundo período del movimiento iconoclasta.

No debemos olvidar que la obra llamada iconoclasta de los emperadores del siglo VIII no fue más que un aspecto —y acaso no el de mayor importancia— de este período. Casi todas nuestras fuentes de esa época pertenecen a la tradición unilateral y posterior del partido de las imágenes —el triunfante— que destruyó los más de los documentos iconoclastas. Pero ciertas indicaciones dispersas y fortuitas que nos han llegado nos permiten advertir que León III y Constantino V centraron sus esfuerzos hacia dos fines: la secularización de la gran propiedad rural monástica y la reducción del enorme número de monjes. En otros términos, lucharon contra los elementos que, evadiéndose al dominio del Estado y manifestando una independencia casi completa, minaba en cierto modo las fuerzas vivas del Estado mismo y la potencia del Imperio.

## La coronación de Carlomagno

Con expresión de James Bryce, «la coronación de

Carlomagno no es sólo el suceso central de la Edad Media, sino también uno de los muy raros acontecimientos de los que, considerados aisladamente, cabe decir que, de no haber ocurrido, la historia del mundo habría cambiado»[606]. Para nosotros, ese suceso es importante también, porque afectó, y no poco, al Imperio bizantino. Sabemos que para los hombres de la Edad Media el Imperio romano era *único e indivisible*. Cuando tenía dos o más emperadores era como si dos o más señores gobernasen un Estado único. Ya notamos en un capítulo anterior la impropiedad de hablar de la caída del Imperio romano de Occidente en el año 476. Vuelve a hallarse la idea de un Imperio único bajo la política exterior de Justiniano en el siglo VI, y esa idea vive aun en el año 800, fecha de la famosa coronación imperial de Carlomagno en Roma.

Pero en el mismo momento en que teóricamente el concepto de un Imperio único reinaba en la ideología de la Edad Media, la realidad probaba en la práctica que ese concepto se hallaba anticuado. El mundo oriental, bizantino o grecoeslavo, de fines del siglo VIII, y el mundo occidental romanogermánico del mismo período eran, por su lengua, por su composición etnográfica, por sus intereses espirituales, dos mundos diferentes, distintos y separados. La idea del Imperio único se había convertido en un anacronismo histórico.

El iconoclasma contribuyó a preparar los acontecimientos del año 800. El Papado protestó vigorosamente contra las medidas de los emperadores bizantinos y excomulgó a los iconoclastas. Luego se volvió a Occidente, esperando encontrar protección y ayuda en el reino franco, primero en los poderosos mayordomos palatinos y luego en los reyes de la dinastía carlovingia. A

fines del siglo VIII el trono franco hallábase ocupado por el representante más ilustre de esas dinastías: Carlos el Grande o Carlomagno. Aquí dejaremos aparte la compleja cuestión, diversamente tratada por los historiadores, de los respectivos intereses del Papa y del rey de los francos en la coronación de este último.

El hecho en sí es harto conocido. El día de Navidad del año 800, durante un oficio solemne en la iglesia de San Pedro, el Papa León III colocó la corona imperial sobre la cabeza del arrodillado Carlos. El pueblo, agolpado en la iglesia, deseó «a Carlos, al muy *piadoso augusto coronado por Dios*, al gran ordenador de la paz, muchos años (de vida) y victoria».

Los historiadores han emitido diversos juicios sobre la importancia del hecho de que Carlos asumiera el título imperial. Algunos creen que el título no le daba derechos nuevos. De hecho seguía siendo, como antes, «rey de los francos y los lombardos y patricios romanos[607]» y así, al recibir la corona imperial, no asumía más que un nuevo título.

Para otros, la coronación de Carlos, el 800, hizo nacer un nuevo Imperio de Occidente, que se halló en completa independencia respecto al de Oriente o bizantino. Pero unos y otros juicios son posteriores y no cabe introducirlos en nuestro análisis del suceso del año 800. A fines del siglo VIII no se trataba ni se podía tratar de Imperio «titular» ni de formación de un Imperio occidental separado. La coronación de Carlos debe ser analizada recordando que reinaba en el año 800, es decir, situándonos en el punto de vista en que se situaban para mirarla los testigos y actores del hecho; Carlomagno y León III.

Ni uno ni otro pensaban en crear un Imperio de

Occidente que contrapesase el de Oriente. Carlos estaba indiscutiblemente convencido de que, al tomar el titulo de emperador, en el año 800, se convertía en señor único y continuador de los emperadores del Imperio romano. El acontecimiento significaba sólo que Roma había recobrado de manos de Constantinopla el derecho de elegir emperador. Como hemos observado varias veces, los políticos y la *inteligencia* de la época no podían concebir la existencia simultánea de dos Imperios. Por su esencia misma, el Imperio era único. «La doctrina imperial de un Imperio único, descansaba en el dogma de un Dios único, puesto *que sólo en calidad de delegado temporal de Dios* podía el emperador ejercer la autoridad divina sobre la Tierra»[608].

El estado de cosas que imperaba en aquel período hacía más fácil la aceptación por el pueblo de ese concepto del poder imperial, único posible en aquella época.

Las relaciones de Carlos con el Imperio bizantino habían comenzado mucho antes del 800. En 781 se habían entablado negociaciones para el casamiento de Rotruda, hija de Carlos, a quien los griegos llamaban Eruthro, con Constantino, emperador de Bizancio, de edad de doce años entonces, y cuya madre, Irene, gobernaba de hecho el Imperio[609]. Pero Irene rompió las negociaciones.

En 797 Irene destronó al emperador legítimo, su hijo Constantino, y se convirtió en dueña absoluta del Imperio. Este acto de audacia estaba en oposición abierta con las tradiciones del Imperio romano, donde jamás había reinado mujer alguna con autoridad imperial plena y entera. Desde el punto de vista de Carlos y del Papa León, el trono imperial quedaba vacante, y al asumir la corona imperial Carlos ascendía al trono vacante del Imperio romano uno e indivisible, convirtiéndose en sucesor legítimo, no de

Rómulo Augústulo, sino de León IV, Heraclio, Justiniano, Teodosio y Constantino el Grande, los emperadores de la línea oriental. Una interesante confirmación de este concepto se encuentra en el hecho siguiente: en los anales occidentales relativos al 800 y años siguientes, donde se relatan los sucesos por años de reinado de los emperadores bizantinos, el nombre de Carlos sigue inmediatamente al de Constantino VI.

En una famosa carta escrita a Carlomagno en junio del 799, Alcuino observa que de los tres poderes supremos que existen en el mundo, dos, el Papado y el Imperio de Constantinopla, atraviesan una crisis formidable, y dirigiéndose a Carlos, exclama: «A ti sólo incumbe la salvación de las vacilantes Iglesias de Cristo. A ti, que eres el vengador de los crímenes, el guía de los extraviados, el consolador de los afligidos, a ti te incumbe la tarea de exaltar a los buenos»[610].

Tal era, pues, el modo que debía tener Carlomagno de enjuiciar la cuestión. Fáltanos examinar la actitud de Bizancio ante el coronamiento de Carlos. Tal actitud estuvo igualmente acorde con las concepciones reinantes en la época. El Imperio bizantino sostuvo los derechos de Irene al trono, consideró el suceso del 800 como uno de tantos intentos de rebelión contra la autoridad legítima, a ejemplo de otros ocurridos antes, y temió, no sin razón, que el nuevo emperador, siguiendo el ejemplo de anteriores rebeldes, marchase a Constantinopla para destronar a Irene y ocupar por la fuerza el trono imperial. Ante los ojos del Gobierno bizantino, la coronación de Carlos era la insurrección de algunas provincias occidentales contra el soberano legal del Imperio[611].

Pero Carlos, por supuesto, se daba buena cuenta de lo

precario de su situación, ya que su coronación no solventaba la cuestión del dominio de la «*pars orientalis*». Comprendió que después de Irene, Bizancio elegiría otro emperador cuyos derechos al título imperial serían juzgados en Oriente como indiscutibles. Previendo tales complicaciones, Carlos entabló tratos con Irene y la propuso casarse, esperando «unir así las provincias orientales y occidentales»[612]. En otras palabras, Carlos comprendía que su título no iba a tener significado alguno si no era reconocido por Bizancio. Irene acogió favorablemente las propuestas matrimoniales de Carlos, pero poco después fue destronada y desterrada (802). El plan de Carlos, pues, no se realizó[613].

A la caída de Irene el trono fue ocupado por Nicéforo. Se entablaron negociaciones entre éste y Carlos, probablemente respecto al reconocimiento por Nicéforo del título imperial del rey franco. Pero sólo el 812 los legados del emperador bizantino Miguel I Rangabé saludaron a Carlos en Aquisgran con el título de emperador-basileo. Así fue legalizada la elección imperial del 800[614]. Desde el 812 hubo dos emperadores romanos, aunque en teoría sólo hubiese aún un Imperio romano. «En otras palabras —dice Bury— el acto del 812 resucitó, en teoría, el estado de cosas del siglo V. Miguel I y Carlos, León V y Ludovico Pio eran uno respecto al otro como Arcadio y Honorio, Valentiniano III y Teodosío II; el "*Imperium romanun*" se extendía de las fronteras de Armenia a las orillas del Atlántico»[615].

Con toda evidencia, semejante unidad del Imperio era puramente nominal y teórica. Los dos Imperios vivieron en verdad dos existencias separadas y distintas. Además, hasta la misma idea de unidad estaba entonces en vías, de desaparecer en Occidente.

El título imperial de Carlos no conoció una muy larga

carrera. En el decurso de las turbulencias que se siguieron, la monarquía de Carlos se disgregó y el título pasó a manos de detentadores ocasionales. Desapareció por completo en el siglo X y volvió a renacer en la segunda mitad del mismo siglo, pero esta vez bajo su forma antihistórica de «*Sacro Imperio Romano Germánico*».

Sólo a partir del año 800 puede hablarse de un Imperio romano de Oriente. Así lo entiende J. B. Bury cuando da al tercer volumen de su «*Historia del Imperio bizantino*» —que comprende los sucesos incluidos entre el 802, fecha de la caída de Irene, y el principio de la dinastía macedónica— el título de «*Historia del Imperio romano de Oriente*» (Eastern Roman Empire), mientras los dos primeros volúmenes llevan el título de *Historia del Bajo Imperio Romano* (A History of the Laster Roman Empire).

## Conclusión acerca de la obra de la dinastía isáurica

El juicio de la historia da la mayor importancia a los servicios prestados a Bizancio por los primeros emperadores de la dinastía Isáurica, sobre todo por León III. Y es justicia, porque León, llegado al trono tras un período de anarquía y desórdenes graves, se reveló general eminente, administrador de talento y legislador avisado y comprensivo de todos los problemas de su época. La política religiosa iconoclasta suele separarse siempre del resto de su trabajo. En la mayoría de las obras históricas, León III recibe los

máximos elogios. Los griegos, por ejemplo, reconocen en él «una de los soberanos más grandes del Imperio oriental y uno de los bienhechores de la Humanidad»[616], los alemanes le juzgan «uno de los hombres más grandes que ascendieron al trono imperial, un emperador que vio claramente la necesidad de una reforma radical "llevada" de cabeza a miembros»[617]. «un hombre destinado a restaurar el Imperio a sangre y fuego, una personalidad de alto valor militar»[618]. Un historiador inglés dice de la obra de León que con ella «regeneró el Imperio romano[619]»; un francés ve en la obra de los emperadores isáuricos «uno de los mayores y más admirables esfuerzos que se hayan intentado jamás para elevar el nivel moral, material e intelectual del pueblo», y compara la importancia de «su inmensa tentativa de organización a las medidas tomadas por Carlomagno»[620]. Hace poco Diehl ha escrito que «del gobierno de los emperadores isáuricos brotó un nuevo principio de vida universal»[621].

En los juicios, ocasionales por lo general, de los historiadores rusos, quienes, exceptuando los autores religiosos, no han estudiado en detalle la historia de los emperadores isáuricos, no hallamos alabanzas excesivas dedicadas a esos emperadores. Los tres volúmenes de J. A. Kulakovski no tratan sino de sucesos anteriores a los iconoclastas. El primer tomo de *Lecciones de historia bizantina*, de S. B. Chestakov, que si abarca ese período, no contiene apreciación alguna. C. N. Uspensky, en sus «apuntes», aprueba de modo muy interesante y nuevo el movimiento antimonástico y antimonacal. Y F. I. Uspensky escribe: «León el Isáurico es responsable de la manera, harto ruda, con que el gobierno abandonó el delicado problema de la fe y la adoración de Dios a las autoridades militares y a las fuerzas policíacas. Él (y sus sucesores) hirieron el

sentimiento religioso del pueblo e hicieron de un problema localizado un acontecimiento estatal»[622].

Aunque reconociendo la extraordinaria energía y el talento administrativo de los dos primeros emperadores iconoclastas, y admitiendo que León III salvó sin duda el Imperio, fundándonos en todos los documentos históricos que poseemos, creemos deber abstenernos de loar en exceso la política isáurica. Porque esa política, aunque indiscutiblemente sincera, produjo graves trastornos interiores que agitaron durante más de un siglo la vida del Imperio. Desde su primer período la iconoclastia apartó a Italia de Bizancio e hizo muy tensas las relaciones del Imperio con el Papa, quien excomulgó a los iconoclastas y se volvió a Occidente en demanda de ayuda y protección. Las relaciones de amistad que, como consecuencia, sobrevinieron entre el papado y los reyes francos, abrieron un período nuevo, y muy importante, en la historia de la Edad Media. A la vez se asentaban progresivamente los cimientos de la ruptura entre las dos Iglesias, occidental y oriental. Durante la época isáurica Bizancio perdió la Italia central, incluso el exarcado de Ravena, que fue conquistado hacia la mitad del siglo VIII por los lombardos, siendo luego donado al Papa por Pipino, el Breve.

Pero no olvidemos que aún no se ha escrito una historia general de la dinastía isáurica, y que muchos problemas importantes de ese período están sin solucionar todavía. La cuestión, por ejemplo, de la reducción del número de monjes y monasterios y la, al parecer, frecuente secularización de las propiedades agrícolas monásticas, merecen ser más estudiadas. Uno de los problemas esenciales de la bizantinología es hoy el relacionado con el aspecto social de la política de los emperadores isáuricos, problema que exige

más amplias investigaciones. Si se practican búsquedas nuevas sobre tal extremo, quizá se obtenga nueva luz sobre todo el período llamado iconoclasta y se descubra en él un sentido más profundo y una importancia mayor aun en el cuadro de la historia universal.

# Los sucesores inmediatos de los emperadores isáuricos (802-820). La época de la dinastía amoriana o frigia (820-867)

## Los emperadores de 802 a 867 y su origen

Los historiadores consideran generalmente el período comprendido entre principios del siglo IX y la exaltación de la dinastía macedónica al trono, en 867, como un intervalo transitorio entre la renovación del Imperio bajo los monarcas isáuricos y los años brillantes de la dinastía macedónica. Pero los estudios más recientes muestran que ese período, dejando de ser un mero epílogo, pasa a ser mucho más que un prólogo, pues aparece, en efecto, posesor de importancia propia y señala una fase nueva en el evolucionar de la civilización bizantina[623].

Como sabemos, la revolución del 802 derribó a Irene y

elevó al trono bizantino a Nicéforo I (802-811). Según las fuentes orientales, Nicéforo era de origen árabe[624]. Uno de sus antepasados hubo de emigrar a la provincia de Pisidia, en Asia Menor, donde nació Nicéforo. La revolución del 803 fue, por su carácter, un hecho casi único en la historia bizantina. La inmensa mayoría de las sublevaciones políticas surgidas en el Imperio fueron dirigidas por generales y jefes militares. Nicéforo constituye excepción, porque no tenía cargo militar alguno, sino el elevado puesto civil de ministro de Hacienda. Al caer Nicéforo en el campo de batalla, en la guerra búlgara (811), el trono pasó por unos meses a su hijo Staurakios, que también había sido herido de gravedad en la misma campaña. Staurakios murió, como su padre, el 811. Pero ya antes de su muerte había sido depuesto en favor del curopalate Miguel I, miembro de la familia griega de los Rangabé y casado con Procopia, hermana del infortunado Staurakios e hija de Nicéforo. Miguel I reinó poco también (811-813), siendo derribado, en gran parte a causa de su desgraciada campaña contra los búlgaros, por el jefe militar León, armenio de nacimiento y a quien la historia conoce bajo el nombre de León V el Armenio (813-820). El 820 León fue asesinado y el trono pasó a un jefe de la guardia imperial, Miguel II (820-829), apodado «*El Tartamudo*»[625]. Miguel II era oriundo de la plaza fuerte de Amorion en Frigia(Pcia. de Asia Menor).

De aquí que a su dinastía, representada por tres emperadores (820-867), se la llame amoriana o frigia. El nuevo emperador era un provinciano grosero e ignorante, que había pasado su juventud en Frigia, «entre los herejes, los hebreos y los frigios medio helenizados»[626]. Una fuente siriaca tardía incluso atribuye a Miguel origen judío[627]. A su muerte el trono pasó a su hijo Teófilo (829-842), quien casó con la famosa restauradora de la ortodoxia, Teodora,

originaria de Paflagonia (Asia Menor). El último miembro de la dinastía fue el incapaz y corrompido Miguel III (842-867), cuyo nombre ha pasado a la historia con el epíteto poco honroso de «El Beodo».

Durante la minoridad de Miguel III, su madre, Teodora, gobernó oficialmente el Imperio. Reinó catorce años, confiando todos los asuntos del gobierno a su favorito Teoctisto. Cuando Miguel alcanzó la mayoría de edad hizo matar al favorito de su madre, obligó a ésta a entrar en un convento y asumió el gobierno imperial. El instigador y director de la ejecución de aquel golpe de Estado, fue Bardas, tío del emperador y hermano de Teodora. Bardas fue elevado muy pronto a la dignidad de curopalate y de cesar y adquirió considerable influencia en el gobierno. Como Miguel no tenía hijos, Bardas esperaba convertirse en emperador a la muerte de su sobrino. Miguel, débil, corrompido e indiferente en absoluto a las cuestiones políticas, dejó a Bardas gobernar el Estado con poderes casi absolutos durante diez años. Bardas, hombre muy capaz y talentoso, luchó con éxito contra los enemigos del Imperio y atestiguó clara comprensión de los intereses de la Iglesia. Se esforzó con sinceridad en difundir la instrucción entre el pueblo. Pero sucumbió a causa de las pérfidas intrigas de un nuevo favorito, Basilio, futuro fundador de la dinastía macedonia, cuyo notable destino veremos después. A la muerte de Bardas, Miguel adoptó a Basilio y le hizo ceñir la corona imperial. Su gobierno en común duró poco más de un año, porque Basilio, sospechando que Miguel conspiraba contra él, persuadió a varios de sus amigos de que asesinasen al emperador al finalizar una fiesta. Así quedó Basilio único señor del Imperio, y así fundó la dinastía más famosa de la historia bizantina.

Resumiendo, vemos que en el espacio comprendido entre

802 y 867, el trono fue ocupado por dos árabes o semitas; por un griego, Miguel I, que había casado con la hija de Nicéforo I, árabe por su padre; por un armenio y al fin por tres frigios, es decir, semigriegos. Por primera vez cayó, pues, el trono bizantino en manos de la raza semítica. Sobra decir que en todo aquel período los elementos orientales desempeñaron un papel de primer orden en el gobierno del Imperio.

# El período de la dinastía amoriana o frigia (820-867)

## El imperio bizantino y los árabes en la época de la dinastía amoriana. Insurrección de Tomás el Eslavo. Primera expedición de los rusos contra Constantinopla

En el siglo IX las hostilidades entre Bizancio y los árabes casi no conocieron interrupción. En la frontera oriental asumieron forma de repetidas colisiones que se producían con regularidad casi crónica todos los años, siguiéndolas frecuentes canjes de prisioneros. Por el lado musulmán de la frontera, se elevó desde Siria a los confines de Armenia una línea de fortificaciones destinadas a cubrir los territorios árabes contra los ataques de los ejércitos bizantinos. Por el

lado bizantino se fortificaron los puntos fronterizos de manera análoga. El conjunto de fortificaciones formó una especie de «*limes*» del Asia Menor. En el siglo IX, los choques de frontera rara vez se convirtieron en expediciones más profundas e importantes. En aquel siglo el Califato se debilitaba y perdía gradualmente importancia política como resultado de sus graves desórdenes internos y del predominio de los persas y después de los turcos. De modo que los continuos ataques de los musulmanes cesaron de amenazar, como amenazaron en los siglos anteriores, la existencia del Imperio. Sin embargo, aquellas incursiones seguían produciendo gran daño en las provincias fronterizas, perjudicando la prosperidad de la población y reduciendo sus recursos, en hombres y dinero. Los treinta primeros años del siglo IX transcurrieron bajo los reinados de los famosos califas Harun-Al-Raschid (786-809) y Mamún (813-833), con quienes la influencia persa gozó de preponderancia casi exclusiva, relegando a segundo término a los elementos de nacionalidad árabe. En sus ideas políticas, los califas del siglo IX —sobre todo Mamún— se asemejaron a los emperadores bizantinos. Como ellos, creyeron en el carácter ilimitado de su autoridad en todas las manifestaciones de la vida de su Estado.

Si los choques árabobizantinos en Oriente tuvieron escasa importancia para entrambos adversarios, las operaciones de la flota musulmana en el Mediterráneo fueron de muchísimo alcance, ya que condujeron a la ocupación de Creta, de la mayor parte de Sicilia y de varios puntos valiosos de la Italia meridional.

Uno de los episodios de más interés en la historia de las relaciones arabo-bizantinas en el primer cuarto del siglo IX es la participación de los árabes en la insurrección de Tomás el

Eslavo, bajo el reinado de Miguel II.

Organizó esta insurrección en Asia Menor un eslavo de nacimiento, Tomás. La lucha tomó proporciones de grave guerra civil, durando más de dos años. Debe verse en ella el suceso capital del reinado de Miguel II y un hecho de importancia considerable desde el triple punto de vista político, religioso y social.

Desde el político, la insurrección fue importante porque Tomás logró arrastrar a la sublevación toda el Asia Menor, salvo las tropas de dos temas. Según ciertas fuentes, diversas nacionalidades del Asia Menor y de los confines del Cáucaso se unieron a sus filas. El ejército de Tomás no incluía sólo sus compatriotas, los eslavos, que ya vimos que formaban colonias importantes en Asia Menor después de su emigración en masa del continente europeo, sino que abarcaba persas, armenios, iberos, y representantes de otras tribus caucásicas[628]. Tomás se halló al frente de fuerzas tan considerables, que al califa Mamún no vaciló en formar estrecha alianza con él. Estipulóse que el califa ayudaría a deponer a Miguel, a cambio de lo cual los árabes recibirían ciertas zonas fronterizas bizantinas. Con el consentimiento, o a instigación, de Mamún, Tomás se hizo proclamar basileo de los romanos en Antioquía, coronándole Job, patriarca de la ciudad. El emperador bizantino se encontró así frente a un rival muy peligroso y ante una insurrección que los árabes tenían el mayor deseo de ver triunfar.

En el sentido religioso, el alzamiento ofrece mucho interés, porque Tomás explotó el descontento de la mayoría de la población, irritada al ver renovarse la política iconoclasta. Tomás se declaró partidario del culto de las imágenes, llegando incluso a pretender ser Constantino, el hijo de Irene, la anterior restauradora de la ortodoxia. Esta

política le valió numerosas asistencias.

El movimiento tuvo, sus consecuencias sociales. En el Asia Menor, los recaudadores de impuestos se unieron a Tomás, y, según una fuente, hubo una sublevación de «*esclavos contra sus señores*»[629]. Las clases bajas se alzaban contra sus opresores, los grandes terratenientes, esperando conseguir un futuro mejor y más brillante. Según la misma fuente, la sucesiva guerra civil «semejante a una catarata del Nilo, inundó la tierra, pero en vez de ser de agua era de sangre»[630].

Sostenido por la escuadra del mar Egeo, Tomás dirigió sus fuerzas contra Constantinopla. Venciendo fácilmente la resistencia de las tropas de Miguel, sitió la capital por mar y tierra. Al alcanzar las orillas europeas del Bósforo, acudieron a reforzar sus filas muchos esclavos de Tracia y Macedonia. Un año entero duró el sitio de Constantinopla. Miguel conoció horas muy críticas, pero al fin dos hechos le dieron la victoria: por una parte derrotó a la flota de Tomás y por otra los búlgaros, apareciendo de improviso por el norte bajo el mando de su rey Omurtag, batieron a las tropas terrestres de los sublevados. Tras esto Tomás ya no pudo recobrar su antigua pujanza y su levantamiento quedó condenado al fracaso. El rebelde hubo de huir y más tarde fue hecho prisionero y ejecutado. Lo que restaba de sus fuerzas quedó aniquilado sin dificultad. Aquella compleja insurrección fue aplastada del todo en 823, después de cuya fecha Miguel pudo reinar seguro[631].

El desenlace de la insurrección tuvo extrema importancia para el Imperio bizantino. El fracaso de los sublevados equivalía al fracaso del culto de las imágenes y al de la ofensiva del califa Mamún contra Bizancio. Por otra parte, el levantamiento, según toda probabilidad, motivó

muy serios cambios sociales en Asia Menor. Ya vimos que en el siglo VI, bajo Justiniano el Grande, reinaba en la mayor parte del Imperio el sistema de grandes propiedades agrícolas cultivadas por siervos. En las fuentes de los siglos sucesivos hallamos algunas alusiones a pequeñas explotaciones rurales y pequeños propietarios agrícolas. En el siglo X el predominio de la propiedad territorial en grande reaparece de nuevo, sobre todo en Asia Menor. Es posible que quepa atribuir tal resurrección al levantamiento de Tomás, levantamiento que sin duda alguna provocó la ruina de muchos pequeños propietarios rurales, quienes, al no poder pagar los aplastantes impuestos establecidos por el Gobierno, debieron verse en la precisión de vender sus bienes a sus vecinos ricos. En todo caso, la propiedad territorial en gran escala reaparece en el siglo X, llegando incluso a amenazar el poder imperial. Como después veremos, ello se noto sobre todo en Asia Menor[632].

Hasta el 830 aproximadamente los choques de las tropas bizantinas y árabes no tuvieran graves consecuencias. El Califato padecía grandes turbulencias interiores, aprovechadas con habilidad por Bizancio. Teófilo, batido en Asia Menor el 830, logró al año siguiente una victoria, en Cilicia, sobre un ejército árabe compuesto de fuerzas fronterizas. El éxito se celebró en Constantinopla con un brillante triunfo otorgado al emperador[633]. Los años siguientes no produjeron nuevos éxitos a Teófilo. Un historiador árabe llega a declarar que Mamún preveía el momento en que podría someter a todo el Imperio[634]. Teófilo envió a Mamún proposiciones de paz. Pero el 833 murió Mamún, y su hermano Mutazim le substituyó en el trono. En los primeros años de su gobierno se suspendieron las hostilidades. Teófilo las reanudó el 837, emprendiendo,

con un ejército bastante numeroso, una brillante expedición contra los árabes. Se adueñó de la fortaleza de Zapetra, que quemó, y entró en otras posiciones o plazas. El triunfo que le concedieron entonces vino a ser una reedición de las ceremonias y desfiles que habían festejado su regreso seis años atrás[635].

Pero el 838 Mutazim, a la cabeza de un ejercito numeroso, se internó profundamente en Asia Menor y, tras largo asedio, ocupó la importante fortaleza de Amorion, en Frigia, lugar de que era oriunda la dinastía reinante, y «y ojo y cimiento de la cristiandad», según la exagerada opinión del cronista árabe[636]. Mutazim contaba marchar sobre Constantinopla después de ocupar Amorion, pero la alarmante noticia de una conjura militar en su propio país le forzó a abandonar sus planes y retirarse a Siria[637].

En los anales de la Iglesia griega se vincula al sitio de Amorion una leyenda milagrosa; la de 42 prisioneros eminentes que se negaron a abrazar la religión islámica y sufrieron el martirio, conduciéndoseles al borde del Tigris, donde fueron decapitados. Sus cuerpos, arrojados al río flotaron milagrosamente en la superficie de las aguas, arrastrados por la corriente y recogidos por los cristianos, que les dedicaron solemnes exequias[638].

El desastre de Amorion produjo gran efecto en Teófilo, quien abandonó toda esperanza de resistir sólo las invasiones árabes y, temiendo perder la propia capital, se volvió en busca de socorro a los Estados occidentales. Sus embajadores aparecieron en Venecia, en Ingelheim, donde entonces estaba la corte del rey franco Ludovico Pío, y en España, en la corte del califa Ommiada. Los emisarios recibieron inmejorable acogida de todos los soberanos occidentales, pero éstos no enviaron a Teófilo un socorro

muy activo.

En el último período de la dinastía amoriana, es decir, en los últimos años del reinado de Teófilo y bajo Miguel III, las luchas intestinas que desgarraban el Califato impidieron a los árabes de Oriente reanudar sus invasiones de Bizancio. En cambio, los bizantinos infligieron varías derrotas a los árabes. En 863, el emir de Mitilene, Ornar puso en peligro a la población bizantina de Amisus (Samsinun), en el litoral del mar Negro, e irritado porque el mar se oponía a su avance, dícese que, como Jerjes, fustigó las aguas. Pero en el mismo año, de regreso, los bizantinos, mandados por Petronas, cortaron a Ornar la retirada. En la batalla de Posón (el lugar del combate no se ha identificado con certeza todavía) las fuerzas árabes fueron casi aniquiladas y Ornar muerto[639]. La brillante victoria bizantina tuvo amplia repercusión en Constantinopla. Para celebrar la muerte del emir en el campo de batalla, se compuso un canto especial que nos han transmitido las fuentes[640].

En medio de estos conflictos, casi crónicos, con los árabes, las fuentes empiezan de pronto a mencionar el primer intento de los «ros» o rusos contra Constantinopla. Hasta época relativamente reciente, la gran mayoría de los historiadores fechaban ese suceso en los años 865 u 866, asociándolo a menudo a la expedición de los príncipes rusos Ascold y Dir. Pero desde 1894, año en que el sabio belga Franz Cumont descubrió en Bruselas una breve crónica, esa opinión ha quedado reconocida como falsa. Tal crónica, en efecto, da una fecha muy precisa y declara que los rusos se acercaron a Constantinopla, en 200 naves, el 18 de junio del año 86o, siendo cruentamente derrotados y perdiendo la mayoría de sus embarcaciones[641]. Además, ciertos sabios ya habían emitido dudas sobre la primera fecha mucho antes de la publicación de la crónica anónima y, fundándose en

diversos cálculos cronológicos, se inclinaban a pensar que la fecha exacta era el 860. Así, el famoso sabio italiano del siglo XVIII, Assemani, fijaba el momento de la primera expedición de los rusos en el fin del 859, o el principio del 860, sin embargo de lo cual los sabios sucesivos olvidaron por completo el resultado de las investigaciones de Assemani[642]. No obstante, catorce años después de la publicación de la crónica anónima de Bruselas, y sin conocer los trabajos de Assemani, Golubinski, historiador religioso ruso, había llegado igualmente a la conclusión de que era preciso hacer remontar dicha expedición al año 860 o a principios del 861[643].

En uno de sus sermones, el patriarca Focio, contemporáneo del acontecimiento, habla de los rusos como de «un pueblo escita grosero y bárbaro» y de su expedición como de un «océano bárbaro, desencadenado, espantoso», una «terrible tempestad nórdica»[644].

A la vez que había de sostener la guerra en Oriente, el Imperio bizantino luchaba contra los árabes de Occidente. El África septentrional, conquistada por los árabes en el siglo VII con tanto trabajo, se había liberado muy pronto de la dominación de los califas orientales. A contar del año 800, los países situados al oeste de Egipto dejaron de obedecer a los califas abbassidas, creándose en Túnez una dinastía aglabida independiente, poseedora de una flota pujante, al comienzo mismo del siglo IX (800).

Todas las posesiones bizantinas del Mediterráneo se hallaban amenazadas por los árabes. Ya en la época de Nicéforo I los árabes de África auxiliaron a los eslavos del Peloponeso en su insurrección, asediando, juntos con ellos, Patae (Patras)[645]. En el reinado de Miguel II, Bizancio perdió la isla de Creta, muy importante estratégica y

comercialmente. La conquistaron emigrantes árabes de España que, tras querer establecerse en Egipto, pasaron a Creta, El jefe de la expedición fundó una nueva ciudad en la isla, rodeando dicha ciudad de un foso profundo, llamado «*Handak*» en árabe. De aquí provino el nuevo nombre de la isla: Chandax o Candia[646]. Desde entonces Creta se convirtió en un nido de piratas de donde salían bandas devastadoras que caían sobre las islas egeas y los distritos del litoral, causando graves perturbaciones políticas y económicas en el Imperio bizantino.

Más grave fue para Bizancio la pérdida de Sicilia. Desde los siglos VI y VIII aquella isla había estado expuesta a las invasiones árabes, más éstas no habían tenido grandes consecuencias. Bajo la dinastía amoriana, la situación cambió. A fines del reinado de Miguel II un individuo denominado Eufemio organizó una insurrección y fue proclamado soberano del Imperio. Dándose cuenta en breve de que sus tropas serían insuficientes para resistir a las imperiales, llamó en su socorro a los árabes de África. Éstos desembarcaron en Sicilia, pero en vez de ayudar a Eufemio comenzaron a conquistar el país. Entre tanto Eufemio moría a manos de los partidarios del emperador[647].

No parece aceptable la opinión emitida por un italiano de que Eufemio fuera un soñador que luchaba por sus ideales, un hombre que combatió valientemente por la independencia de su país y continuó la política tradicional tendente a constituir en Italia un Estado romano independiente, el «*Impero romano italiano*»[648].

Los árabes se establecieron en Panormo (Palermo) y poco a poco ocuparon la mayor parte de la isla, incluso Messina. A fines del reinado de la dinastía amoriana, de todas las grandes ciudades de Sicilia sólo Siracusa seguía en

manos cristianas. Un paso más y los árabes penetrarían en los territorios bizantinos de la Italia del sur.

Como sabemos, la Península italiana concluye, al mediodía, en dos pequeñas penínsulas: la del sudeste era conocida en la antigüedad por el nombre de Calabria; la del sudoeste por el de Bruttium. En la Edad Media hubo un cambio de terminología. Desde mediados del siglo VII se utilizó menos cada vez el término Bruttium, que se substituyó por Calabria, expresión que pasó a designar las dos pequeñas penínsulas. Así, fueron llamadas Calabria todas las posesiones bizantinas de la Italia del sur, en torno al golfo de Tarento[649].

La situación política de Italia en el siglo IX era la que sigue: Bizancio conservaba en Venecia la mayor parte de la Campania, el ducado de Nápoles y otros dos más y las dos peninsulitas del sur. Venecia y Campania no tenían sino flojos lazos de dependencia con el Imperio bizantino, y una y otra poseían un gobierno autónomo local. En cambio el sur de Italia estaba directamente sometido al Imperio. A fines del siglo VII el duque lombardo de Benevento se apoderó de Tarento, que pertenecía a Bizancio, y separó así, al alcanzar el golfo, las dos provincias bizantinas de la costa. Desde entonces las dos pequeñas penínsulas sólo tuvieron relación por mar. Después de las conquistas italianas de Carlomagno y su coronación en Roma, toda Italia se encontró en teoría bajo la autoridad del emperador de Occidente, salvo los territorios bizantinos, pero en la práctica el poder de Carlomagno no rebasó, al sur, las fronteras del Estado pontificio y del ducado de Spoleto. El ducado de Benevento siguió siendo un Estado independiente.

A la par que sometían Sicilia poco a poco, los árabes empezaban a practicar incursiones marítimas en las costas

italianas. La ocupación de Tarento, en la época de Teófilo, constituyó una amenaza grave y directa para las provincias bizantinas de la Italia del sur. La flota veneciana que acudió en socorro del emperador al golfo de Tarento, sufrió una completa derrota. Los árabes, que ocupaban ya el importante lugar fortificado de Bari, en el litoral oriental de la Península, progresaron desde allí hacia el interior. Ludovico II, emperador de Occidente, acudió con un ejército, pero fue abatido y hubo de retirarse. A mediados del siglo IX los piratas árabes aparecían en la boca del Tíber y amenazaban Roma, si bien, tras adueñarse de rico botín, se alejaron de la capital. Las basílicas romanas de San Pedro y San Pablo, situadas extramuros de la población, sufrieron graves daños materiales.

Haciendo un somero resumen de las relaciones árabobizantinas durante la dinastía amoriana, se advierten, en Occidente, serios fracasos para Bizancio.

Se perdieron Creta y Sicilia: la primera hasta el 961; la segunda para siempre. Varios puntos importantes del sur de Italia pasaron a manos de los árabes. Pero las posesiones de éstos en el siglo IX no formaban una faja ininterrumpida de territorios. En Oriente los resultados de la lucha fueron muy diferentes. El Imperio allí logró conservar casi íntegras sus posesiones. Los insignificantes cambios que hubo en el trazado general de las fronteras no ejercieron influjo alguno en la marcha general de los sucesos. En este sentido los esfuerzos de la dinastía amoriana tuvieron gran importancia para el Imperio, ya que durante cuarenta y siete años los emperadores de aquella dinastía pudieron resistir la ofensiva de los árabes en Oriente conservando, en conjunto, la totalidad de los territorios bizantinos en Asia Menor.

## El imperio bizantino y los búlgaros en la época de la dinastía amoriana

A principios del siglo IX el trono búlgaro estaba ocupado por Krum, organizador prudente y hábil hombre de guerra, que se reveló muy peligroso para Bizancio. Nicéforo, adivinando en él una personalidad capaz de atraerse para sus miras la población eslava de Tesalia y Macedonia, hizo transportar a ambas provincias muchos colonos llevados de otras comarcas del Imperio. Con esta medida —que, según una fuente, provocó vivo descontento entre los emigrantes— esperaba el emperador desviar el peligro de una inteligencia eslavobúlgara[650].

El 811, tras varios choques búlgaro-bizantinos, Nicéforo emprendió una gran expedición contra Krum. En el curso de esta campaña fue atraído con su ejército a una emboscada y sufrió una grave derrota. Nicéforo murió en la batalla; su hijo, Staurakios, fue herido de consideración y el ejército quedó casi aniquilado. Desde la famosa batalla de Adrianópolis (378), en la que Valente murió peleando contra los visigodos, ningún otro emperador había caído en lucha con los bárbaros. Krum mandó construir con el cráneo del emperador muerto una copa donde los «*boliads*» (nobles búlgaros)[651] fueron obligados a beber. En 813 Krum infligió una derrota a Miguel I, que avanzaba contra los búlgaros al mando de un poderoso ejército, para congregar el cual había llegado a retirar las fuerzas de la frontera asiática. Pero los bizantinos, a pesar de su superioridad numérica, fueron aplastados y no se detuvieron en su retirada sino al pie de los muros de Constantinopla. El mismo año (813), a poco de la exaltación de León V el Armenio al trono, Krum asedió la capital proponiéndose clavar su lanza sobre la Puerta de

Oro," en las murallas de Constantinopla[652]. Pero no pudo ocupar la capital y la amenaza búlgara interrumpió momentáneamente al morir Krum[653].

En vida aún de León, uno de los sucesores inmediatos de Krum, Omurtag, «una de las figuras más expresivas de la historia de los principios de Bulgaria[654]» acordó con Bizancio treinta años de paz. En ésta se fijaba la demarcación fronteriza en Tracia. Aun subsisten hoy restos de fronteras, en forma de muros terreros[655]. Hecha en definitiva la paz búlgaro bizantina, León V mandó reconstruir algunas de las ciudades arruinadas de Tracia y Macedonia. También hizo levantar en torno a la capital murallas más poderosas para defenderla mejor contra eventuales ataques búlgaros.

Las relaciones búlgaro bizantinas no presentan ningún episodio saliente hasta mediados del siglo IX, época en que el trono búlgaro pasó a Boris (Bogoris), cuyo nombre está estrechamente ligado a la conversión de los búlgaros al cristianismo.

La religión cristiana había penetrado en Bulgaria hacía mucho, siendo introducida primero por los cautivos apresados por los búlgaros en sus batallas con los bizantinos. Los kanes paganos búlgaros persiguieron con dureza a «pervertidos y pervertidores». F. I. Uspensky declara que «sin duda alguna el cristianismo empezó muy pronto a difundirse… En el siglo VIII había ya cristianos en el palacio de los príncipes. A las luchas de cristianos y paganos han de imputarse muchas de las turbulencias de la historia búlgara, así como los frecuentes cambios, de kanes»[656].

La conversión de Boris al cristianismo le fue dictada por la situación política de Bulgaria, situación que le indujo a buscar más estrecha ligazón con Bizancio. Acudieron a

Bulgaria sacerdotes griegos para propagar el bautismo entre el pueblo. En 864 el rey Boris se bautizó, tomando el nombre de Miguel, A poco, su pueblo en masa adoptó el cristianismo. El relato según el cual Cirilo y Metodio, los dos famosos evangelizadores de los eslavos, participaron directamente en el bautismo de Boris, no está confirmado por testimonios auténticos. El bautismo de los búlgaros por eclesiásticos bizantinos acreció mucha el prestigio y la influencia del Imperio en la Península de los Balcanes. Pero Boris advirtió en breve que Bizancio no deseaba conceder a la Iglesia búlgara plena autonomía y así, ansioso de conservar el derecho de dirigir la vida espiritual de Bulgaria y temeroso de que su reino pasase a depender políticamente del Imperio bizantino, Boris decidió llegar a una alianza religiosa con Roma. Envió, pues, una embajada al Papa Nicolás I y le pidió que mandase a Bulgaria sacerdotes latinos. El Papa acogió la petición con alegría. No tardaron en llegar a Bulgaria obispos y sacerdotes latinos y el clero griego fue expulsado. Pero el triunfo del Papa resultó efímero. Bulgaria se volvió en breve a la Iglesia griega, durante la dinastía macedónica, de lo que hablaremos en un posterior capítulo[657].

No olvidemos que, si bien las relaciones de Roma y Constantinopla eran tirantes en la época de fluctuaciones de Boris, no por ello existía en la Iglesia un cisma declarado. En las gestiones de Boris cerca del clero griego y el latino no ha de verse una opción del kan búlgaro entre el catolicismo o la ortodoxia. Oficialmente la Iglesia seguía siendo entonces una y universal.

## Segundo período de la iconoclastia y restauración de la ortodoxia. Separación de las Iglesias en el siglo IX

Los primeros emperadores del período 802-867 no siguieron una política iconoclasta. Incluso pudo creerse que el culto de las imágenes, restablecido por Irene, iba a afianzarse sin nuevas discordias. Nicéforo siguió una política de tolerancia religiosa combinada con la idea del dominio del poder temporal sobre la Iglesia. Aunque reconoció las decisiones del concilio de Nicea y la victoria de los partidarios de las imágenes, no era un sectario entusiasta del movimiento iconoclasta. En los verdaderos entusiastas de este movimiento, la tolerancia de Nicéforo pareció casi tan nefasta como una herejía. Es probable que los asuntos religiosos interesasen muy poco al emperador, no teniendo importancia para él sino en la medida en que concernían al Estado. Pero el monaquismo atravesó momentos de inquietud, sobre todo cuando el respetado patriarca Tarasio, amado de todo el pueblo, fue substituido por el patriarca Nicéforo, procedente del mundo seglar y elevado a aquella jerarquía por mero deseo del emperador. A tal elección se opusieron vivamente Teodoro de Studion y sus secuaces, los studistas, que por su actitud fueron desterrados[658].

Miguel Rangabé, en su breve reinado (811-813), vivió bajo la influencia constante del patriarca y los monjes. Se comportó como un hijo obediente de la Iglesia y defendió los intereses de ésta. Durante su reinado volvieron del destierro Teodoro y sus secuaces.

Había transcurrido un cuarto de siglo desde la restauración de las imágenes, pero el movimiento iconoclasta era recio aun en las provincias orientales y en el

ejército. El 813, el jefe militar León, armenio de nacimiento, ocupó el trono. Bajo sus predecesores había tenido reputación de buen general y ocultado cuidadosamente sus ideas iconoclastas, pero después de deponer a Miguel Rangabé y afirmar su poder propio, empezó a seguir una política iconoclasta declarada. Según una fuente, el emperador dirigió estas palabras a sus partidarios: «Ya veis que todos los emperadores que han aceptado y honrado las imágenes han muerto o en el destierro o en el campo de batalla. Sólo los que no adoraron las imágenes han muerto de muerte natural y disfrutando del título de emperador. Esos emperadores han sido Lodos colocados con los mayores honores en tumbas imperiales y enterradas en la iglesia de los Santos Apóstoles. Yo quiero seguir su ejemplo y destruir las imágenes, y así, tras de mi larga vida y de la larga vida de mi hijo, nuestras leyes continuarán estando en vigor hasta la cuarta y quinta generación»[659].

El patriarca Nicéforo se alzó violentamente contra las medidas iconoclastas del emperador. Nicéforo fue depuesto y la sede episcopal de Constantinopla fue dada a Teodoto, que aprobaba plenamente la política religiosa de León. El 815 se reunió un segundo concilio iconoclasta en la iglesia de Santa Sofía. Las actas de este concilio debieron ser destruidas a raíz de la restauración del culto de las imágenes, pero su decreto nos ha sido conservado en las obras apologéticas del patriarca Nicéforo, aunque no haya sido publicado sino recientemente (en 1903): «Después de haber restablecido y confirmado la doctrina recibida de Dios por los Santos Padres, de acuerdo con los seis santos concilios ecuménicos», ese concilio «condena la práctica vana, no autorizada por la tradición, de fabricar y adorar imágenes, prefiriendo la adoración espiritual y verdadera». El decreto indicaba más adelante que, durante el gobierno de una mujer

(Irene), la «ingenuidad femenina» había restaurado la adoración de *«figuras muertas»* e *«iconos sin vida»*, así como la práctica de encender cirios y quemar incienso. El concilio prohibía la construcción ilegal de seudoiconos de la Iglesia católica,” rechazaba la adoración de las imágenes confirmada por el patriarca Tarasio y no permitía encender cirios o lámparas ni quemar incienso ante las imágenes. El decreto de 815 reproducía las ideas esenciales del concilio iconoclasta de 754, confirmaba sus actas y proclamaba de nuevo la prohibición de adorar imágenes y la inutilidad de exponerlas. El concilio se abstenía de «llamar ídolos a las imágenes, porque hay grados en el mal», hecho por el que sus miembros han sido a veces considerados más tolerantes que los primeros iconoclastas[660]. Pero recientemente se ha demostrado que el segundo movimiento iconoclasta, sobre todo en tiempos de León V y Teófilo, no fue más moderado ni más tolerante que en los de León III y Constantino V, sino «tan sólo más pobre espiritualmente»[661].

Los emperadores iconoclastas del segundo período —León V, Miguel el Beodo y Teófilo— encauzaron su política religiosa en condiciones muy diferentes a la del período inicial. En primer término, el segundo período sólo duró treinta años (815-843), es decir, veinte menos que el anterior. Además, los iconoclastas del primer período habían, por así decirlo, fueron tomados de sorpresa por los partidarios de las imágenes, entonces no bastante organizados ni preparados para la lucha. Las severas medidas adoptadas contra las imágenes les obligaron a estrechar sus filas, a afirmar su fe, a desarrollar sus métodos de combate, a reunir un vasto material dogmático y polémico. Los iconoclastas del segundo período hallaron, pues, una resistencia mucho más viva que sus predecesores y la lucha les resultó mucho más difícil. Fue vigorosa en particular la resistencia opuesta

por Teodoro, abad del monasterio de Studion, y sus seguidores, los studistas, defensores convencidos de las imágenes y que ejercían gran influjo sobre la masa popular. Además, Teodoro habló y escribió abiertamente contra la intervención del poder temporal en los asuntos de la Iglesia y defendió la independencia de la Iglesia y la libertad de conciencia. Irritado por la actitud y actividad de Teodoro, el emperador le desterró, así como a muchos de sus seguidores.

A cuanto cabe juzgar por las fuentes que poseemos, casi todas hostiles a los iconoclastas, la persecución de las imágenes y sus adoradores fue muy dura bajo León V. Hallamos en tales fuentes algunos nombres de personas que sufrieron el martirio en esa época. No obstante, hasta los más encarnizados adversarios de León V reconocen que desplegó mucha habilidad en defensa del Imperio y que su administración fue prudente. Según un historiador, «el patriarca Nicéforo (depuesto por León) dijo después de la muerte de León que el estado de los romanos había perdido un emperador muy grande, aunque impío»[662]. Cierto que otros contemporáneos llaman a León «*serpiente rastrera*» y comparan su reinado al «invierno» y a una «espesa bruma»[663].

Acerca de las ideas de Miguel II, sucesor de León, difieren las opiniones. Mientras ciertos historiadores ven en él un hombre indiferente, neutral, que «siguió las vías de la tolerancia y proclamó los grandes principios de la libertad de conciencia[664]», otros le llaman «iconoclasta convencido, aunque no fanático», «decidido a mantener las reformas iconoclastas de León, porque armonizaban con sus convicciones personales, pero negándose a la vez a continuar la persecución del culto de las imágenes»[665]. Un historiador moderno estima que «el programa político (el del emperador Miguel) fue tratar de restablecer la paz en la

religión, aunque esta actitud implicaba un silencio forzado sobre las cuestiones en litigio y una cierta tolerancia respecto a cada uno de los elementos discordes»[666].

En cualquier caso, y a pesar de sus tendencias iconoclastas, Miguel no abrió una nueva era de persecuciones contra los adoradores de las imágenes. Empero, cuando Metodio, más tarde patriarca de Constantinopla, entregó al emperador una misiva del Papa y le pidió que restableciese el culto de los iconos, el emisario sufrió pena de flagelación y fue encerrado en una cueva. Para comparar los reinados de León V y Miguel II, los contemporáneos se sirven de las metáforas siguientes: «Ya no se ve fuego, pero aun hay humo», «como la de la serpiente reptadora, la cola de la herejía no ha muerto aún y todavía se mueve»; «el invierno ha terminado, pero la verdadera primavera no ha llegado aún», etc[667]. Bajo el reinado de Miguel II murió Teodoro de Studion, el famoso defensor de las imágenes y de la libertad de la Iglesia.

Teófilo, sucesor de Miguel II, fue el último emperador iconoclasta. Hombre versado en materias teológicas, se distinguía por su ferviente adoración de la Santa Virgen y de los santos y era autor de varios cantos eclesiásticos. Los juicios de los historiadores sobre Teófilo son muy contradictorios, y siguen una gama muy varia, desde la más dura reprobación hasta el elogio magnífico. Respecto al iconoclasma, el reinado de Teófilo fue el episodio «más áspero» del segundo período de la lucha. El principal consejero religioso del emperador y jefe del movimiento iconoclasta fue Juan el Gramático, que llegó a patriarca de Constantinopla. Hombre el más ilustrado de su época, se le acusó —cosa que sucedía con frecuencia a los sabios en la Edad Media— de practicar la hechicería y la magia. Bajo Teófilo, los monjes, muchos de los cuales solían pintar

iconos, fueron sometidos a penas muy rigurosas. Nos consta que las palmas de las dos manos del monje Lázaro, pintor de imágenes, fueron quemadas con un hierro al rojo. Los hermanos Teófanes y Teodoro, que habían defendido las imágenes con fervor, fueron azotados y se les inscribieron en la frente, a fuego, versos griegos ofensivos compuestos especialmente por el propio Teófilo, lo que valió a entrambos hermanos el sobrenombre de «marcados» («*graptoi*»).

Pero un examen más crítico de las fuentes que nos han llegado aconseja abandonar la tesis de que las persecuciones fueron implacables en exceso bajo Teófilo. En ese sentido tenemos muy pocos testimonios. Bury estima que las persecuciones de Teófilo no rebasaron cierto radio geográfico, porque el emperador no exigió la destrucción de imágenes sino en la capital y sus alrededores inmediatos. Bury es también de opinión que en todo el segundo período de iconoclastia prosperó en Grecia el culto de las imágenes, lo que sucedió también en las islas y costas del Asia Menor. Este hecho no ha sido lo bastante apreciado por los historiadores. Bury cree, en fin, que el emperador no recurrió a penas severas sino en un reducido número de casos[668]. Falta mucho todavía para llegar a una apreciación histórica exacta del segundo período del movimiento iconoclasta.

La esposa de Teófilo, Teodora, era, como vimos, ferviente partidaria del culto de las imágenes y su marido no lo ignoraba. Al morir Teófilo el 842, Teodora se halló legalmente a la cabeza del Imperio, ya que su hijo Miguel era menor de edad.

La primera tarea de Teodora fue restaurar el culto de las imágenes. La oposición de los iconoclastas no debía ser tan

fuerte en 842 cuando la primera restauración de los iconos bajo Irene. La prueba está en que, pasado un año tan sólo, Teodora pudo ya reunir un concilio para confirmar sus tendencias religiosas en tanto que Irene había tardado siete años en cumplir la misma labor.

Juan el Gramático fue depuesto y la sede patriarcal de Constantinopla se dio a Metodio, quien había sufrido bajo Miguel los males que dijimos. Las actas del concilio convocado por Teodora no nos han llegado, pero otras fuentes nos hacen ver que tales actas confirmaban los cánones del concilio de Nicea del año 787 y restauraban el culto de las imágenes. Terminados los trabajos del concilio se celebró un Oficio solemne en Santa Sofía el primer domingo de cuaresma (11 marzo 843). La Iglesia griega ortodoxa celebra todavía el recuerdo de aquella ceremonia en la fiesta anual de la Ortodoxia.

Hasta una fecha muy reciente se creía en general que la verdadera fecha de la restauración de las imágenes se remontaba a un año atrás (el 842)[669].

En el Cercano Oriente el segundo periodo de la iconoclastia se señaló por la publicación de una epístola común tendiente a la protección de las imágenes y firmada por los tres patriarcas orientales: Cristóbal de Alejandría, Job de Antioquía y Basilio de Jerusalén.

Estableciendo un balance del período iconoclasta cabe llegar a las conclusiones siguientes: el partido iconoclasta tenía su fuerza sobre todo en la corte y en el ejército, incluyendo los generales en jefe, algunos de los cuales alcanzaron la dignidad imperial. Tal fue el caso de León III, León V y Miguel II. Ciertos historiadores explican las tendencias iconoclastas del ejército por el hecho de que la mayoría de los soldados se reclutaban entre las naciones

orientales, en especial entre los armenios, que, según vimos, habían sido trasladados en gran número por el Gobierno a las provincias occidentales, principalmente Tracia. Así, la mayoría del ejército era iconoclasta por convicción. Según otro historiador *«el culto ortodoxo les hacía el efecto (a los soldados orientales) de una religión extranjera»* y todas las violencias les parecían lógicas contra los que ellos llamaban idólatras[670]. El partido de la corte y el alto clero, es decir, los funcionarios elevados y los obispos, no siguieron en su mayoría lo que les dictaba la conciencia, sino lo que armonizaba mejor con sus temores y ambiciones. La población de Constantinopla y una mayoría inmensa del clero eran partidarios del culto de las imágenes. Los emperadores iconoclastas fueron buenos generales e inteligentes administradores, vencieron a los árabes y a los búlgaros y puede decirse que algunos de ellos salvaron al cristianismo y la naciente civilización occidental. Pero no perseguían las imágenes por ambición ni miras políticas. Sus medidas religiosas eran, más bien, dictadas por la sincera convicción de que trabajaban en pro de la mejora de la Iglesia y la purificación del cristianismo. Aun así, las medidas religiosas de aquellos emperadores causaron a veces mucho daño a la ejecución de su prudente obra política. La lucha contra los partidarios de las imágenes produjo graves desórdenes interiores y debilitó políticamente el Imperio. Tuvo también como consecuencia una ruptura entre la Iglesia occidental y Bizancio, y la pérdida gradual de Italia. La política de los emperadores iconoclastas contra monjes y monasterios debe explicarse por motivos políticos. En cuanto a la doctrina teológica de los iconoclastas, es difícil emitir juicio detallado sobre ella, porque toda la literatura iconoclasta referente al problema fue destruida por los partidarios de las imágenes. Entre los

iconoclastas había hombres moderados, así como otros de tendencias extremas. La representación de las imágenes estaba considerada como creadora eventual de dos posibles peligros: la vuelta al paganismo o a una de las herejías condenadas por los concilios ecuménicos.

En el segundo período del movimiento iconoclasta ha de advertirse de nuevo que, mientras en el siglo VIII los Isáuricos habían sido sostenidos por las provincias orientales del Asia Menor, estas mismas provincias no prestaron ayuda alguna a la política iconoclasta del siglo IX. En el segundo período, «el entusiasmo en favor de la idea iconoclasta se había debilitado extremadamente; el movimiento, espiritualmente, estaba agotado ya»[671].

El partido de las imágenes comprendía la población de las provincias occidentales, Italia y Grecia; todos los monjes y la mayoría de los eclesiásticos; los más de los habitantes de Constantinopla —que a veces, obligados por las circunstancias, hubieron de simular celo iconoclasta— y finalmente la población de varias otras porciones del Imperio, como las islas del Egeo y algunas de las provincias del litoral de Asia Menor. La doctrina teológica de los adoradores de las imágenes, tal como fue desarrollada por conductores de hombres al modo de Juan Damasceno y Teodoro de Studion, se fundaba en las Sagradas Escrituras. No sólo ellos veían en las imágenes un modo de ilustrar al pueblo, sino que creían que los iconos conservaban la santidad y pureza de sus prototipos —· el Cristo, la Virgen, los santos—, poseyendo por eso un poder sobrenatural · y milagroso.

La Disputa de las Imágenes dejó huella profunda en la vida artística de la época. Numerosos y magníficos monumentos de arte —estatuas, mosaicos, frescos y

miniaturas— resultaron totalmente destruidos durante el iconoclasma. Los muros decorados de las iglesias fueron recubiertos de yeso o adornados de manera nueva. «En resumen —dice Kondakov—, la vida artística de la capital fue sometida a aquella desolación protestante, destinada a turbar, tarde o pronto, toda la vida artística de Bizancio… Muchas personas instruidas y ricas emigraron, con sus familias, a Italia; millares de monjes fundaron multitud de moradas subterráneas y eremitorios en toda la extensión del vasto territorio de la Italia del sur, Asia Menor y Capadocia, y aquellos lugares fueron decorados por artistas griegos. Así, el arte y la iconografía griegos en los siglos VIII y el IX deben buscarse fuera del Imperio bizantino: en Asia Menor y en la Italia meridional y central[672]». Pero a la vez que destruían los monumentos de arte que figuraran las imágenes de Cristo, la Virgen o los santos, los iconoclastas empezaron a crear nuevos tipos de arte volviéndose hacia temas inéditos. Crearon un arte decorativo y comenzaron a pintar cuadros de caza, el Hipódromo, árboles, pájaros, animales diversos… Nos han llegado notables obras de arte en marfil, esmaltes y una serie de interesantes miniaturas de aquella época. En general, los historiadores de arte ven en los rasgos característicos del nuevo arte iconoclasta «un retorno a las tradiciones antiguas de Alejandría y sobre todo una significativa tendencia a la observación de la naturaleza y al realismo»[673].

Uno de los resultados importantes de la Disputa de las Imágenes fue la desaparición de las representaciones esculturales de santos o escenas sagradas en la Iglesia oriental. Oficialmente ni la Iglesia ni el Estado griego prohibieron esas imágenes, que sin duda desaparecieron por acuerdo tácito. Algunos historiadores consideran tal hecho como una victoria parcial de los iconoclastas sobre los

partidarios extremistas de los iconos[674].

Las tendencias iconoclastas se reflejan también en los sellos y monedas bizantinos. Bajo el signo de las ideas iconoclastas se desenvuelve en el siglo VIII un tipo nuevo en absoluto de monedas y sellos. Estos no llevan a veces más que leyendas, sin imágenes de Cristo, la Virgen o los santos. En cambio se representa en ocasiones en los sellos una cruz o monograma en forma de cruz. En general, sólo se reproducen en las monedas la cruz y la familia imperial. Las imágenes de hombres apenas superan a las sagradas de épocas precedentes, y son convencionales del todo[675]. Después de la restauración del culto de las imágenes, la de Cristo, la Virgen y los santos reaparecen en monedas y sellos.

Como indicamos, el iconoclasma desgajó del Imperio a Italia y al Papado y contribuyó en mucho al cisma que había de dividir Roma y Bizancio. La ruptura se produjo en la segunda mitad del siglo IX, reinando Miguel III, durante la famosa querella que puso en pugna a Focio y a Ignacio, en Constantinopla.

Ignacio, que se distinguía por su celo en pro de los iconos, fue depuesto y la sede patriarcal otorgada a Focio, un laico y el hombre más instruido de su época. Se formaron dos partidos: uno que sostuvo a Focio y otro a Ignacio, quien se negó a ceder de buen grado su título. Ignacio y Focio se excomulgaron recíprocamente. Tan grave fue el ensañamiento entre ambos, que el emperador se vio obligado a convocar un concilio. El Papa Nicolás I, favorable a Ignacio, fue invitado a asistir, pero sólo envió sus legados. El concilio, influido por obsequios y amenazas, confirmó, con el voto opuesto del Papa, la deposición de Ignacio y la exaltación de Focio al patriarcado de Constantinopla. El

Papa se resistió a esta decisión y reunió en Roma un concilio que anatematizó a Focio y repuso a Ignacio. Miguel no dio la menor atención a lo resuelto y envío al Papa una breve nota manifestándole que la Iglesia de Constantinopla rechazaba las pretensiones del pontificado romano a dominar en la Iglesia universal. Sucedió esto en el instante de la conversión al cristianismo del rey búlgaro Boris, punto en que los intereses de Roma y Bizancio chocaban mucho, como ya indicamos antes. El 867 (año de la muerte de Miguel) se reunió en Constantinopla nuevo concilio, el cual anatematizó al Papa por su doctrina herética (la añadidura de «*filioque*» al Credo) y por su intervención, que calificaba de ilegal, en los asuntos de la iglesia de Constantinopla. El Papa y el patriarca se anatematizaron recíprocamente y, así, sobrevino la ruptura en la Iglesia. Con la muerte de Miguel III cambió la situación. El nuevo emperador, Basilio I, inauguró su reinado deponiendo a Focio y restableciendo a Ignacio.

## La literatura, el arte y la enseñanza durante el período iconoclasta

Movimiento tan hondo, intenso y complejo como la iconoclastia, debía suscitar una gran actividad en el dominio literario. Por desgracia, casi todos los escritos de los iconoclastas fueron destruidos por los triunfantes partidarios de los iconos, y no los conocemos sino por mediocres fragmentos conservados a los fines refutativos en

los escritos de los adversarios de la iconoclastia. En la práctica cabe decir que la literatura que nos ha llegado del período iconoclasta es unilateral.

Como el período precedente (dinastía heracliana), el iconoclasta no tuvo historiadores. Empero, los cronistas de la época han dejado numerosas obras que nos ayudan formar una idea justa de la cronografía bizantina y sus fuentes y presenta mucho interés para el estudio del período en sí. Jorge Syncellus (alto título eclesiástico del Imperio bizantino), que murió a comienzos del siglo IX dejó una Cronografía que comprende el período entre la creación del mundo y el reinado de Diocleciano (284 de J. C.). Escribió su trabajo durante su estancia en un monasterio. Si bien la obra no arroja luz sobre el período iconoclasta, puesto que el autor no trata de asuntos contemporáneos, es de considerable importancia para la dilucidación de ciertos problemas de la cronografía griega antigua.

A instigación del propio autor, su crónica fue proseguida a principios del mismo siglo IX por su amigo Teófanes el Confesor, quien tuvo gran influencia como cronista sobre los escritos de los períodos subsiguientes. Enemigo encarnizado de los iconoclastas de la segunda época del movimiento, Teófanes fue prendido, apresado por algún tiempo y luego desterrado a una isla del Egeo, donde murió el 817. La crónica de Teófanes abarca los sucesos comprendidos entre el reinado de Diocleciano y la caída de Miguel Rangabé I, en 813. A pesar de su punto de vista, distintamente ortodoxo-oriental, que se hace muy obvio en su análisis de los sucesos históricos y de los caracteres, a pesar de la parcialidad de su exposición, la obra de Teófanes es importante, no sólo por la abundancia de rico material debido a las antiguas fuentes que utiliza, sino porque, como

contemporáneo del período iconoclasta, dedica a éste mucha más extensión que los otros cronistas bizantinos. La obra de Teófanes fue la fuente favorita de los cronistas posteriores. La traducción latina de su crónica, obra del bibliotecario pontificio Anastasio, se escribió en la segunda mitad del siglo IX, y es tan importante para la cronografía medieval de Occidente como el original griego para Oriente.

Otro escritor importante de este período fue el patriarca Nicéforo, que ocupó la sede de Constantinopla entre 806 y 815. Se opuso valerosamente a la iconoclastia en la época de León V el Armenio y fue, por ello, depuesto y exilado. En sus escritos teológicos, algunos inéditos todavía, Nicéforo defiende, con vigor notable y convicción profunda, las opiniones del partido de las imágenes. Rechaza las proposiciones de los iconoclastas, sobre todo en sus tres Refutaciones de los absurdos del impío e ignorante Mammón (es decir, Constantino), contra la saludable encarnación del Verbo de Dios. Su Historia breve, que relata, los sucesos ocurridos a contar del emperador Mauricio (602), hasta el año 769, presenta considerable interés. Al esforzarse en hacer su relato popular y accesible a muchos lectores, Nicéforo le da un carácter poco edificante en cierto modo, pero la obra, pese a todo, es una fuente importante, porque contiene muchos datos de interés sobre la historia política y eclesiástica del período. La impresionante analogía que existe entre esa Historia y la obra de Teófanes puede explicarse por haberse servido ambos de las mismas fuentes, hecho comprobado.

Jorge Hamartolo, el Monje (Monachus) nos ha dejado una crónica universal desde Adán a la muerte del emperador Teófilo en 842 de J. C., o sea hasta la fecha del triunfo definitivo de los partidarios de las imágenes. Esa obra es

muy importante para la historia de la civilización de la época y contiene muchos informes sobre los problemas que preocupaban a los monjes bizantinos de aquel entonces: la naturaleza del monaquismo, la difusión de la herejía iconoclasta y la de la religión sarracena. También escribe muy vívidamente los gustos y aspiraciones de los monjes bizantinos del siglo IX. La obra de Hamartolo sirvió de base a las posteriores historias universales bizantinas y ejerció enorme influencia sobre los principios de la literatura eslava y, sobre todo, rusa. Baste decir que las primeras crónicas rusas están estrechamente vinculadas a la obra de Hamartolo. Hay un manuscrito de la antigua traducción ruso eslava de Hamartolo donde se contienen 127 miniaturas importantísimas para el estudio de las artes rusa y bizantina en el siglo XIII. Tal manuscrito, no apreciado ni estudiado aun como se merece, es la única copia ilustrada que nos ha llegado de la crónica de Hamartolo. Fuera de un autor anónimo, que escribió bajo León V el Armenio, Hamartolo es el único cronista contemporáneo del período 813-842. Para su exposición —concebida principalmente desde un limitado punto de vista monástico— el autor utilizó testimonios contemporáneos y observaciones personales. El manuscrito de su obra ha sufrido en el curso de los siglos tales edificaciones y transformaciones y llegándonos en forma tan compleja y difícil e desenmarañar, que la cuestión de saber cuál es su texto original que constituye hoy uno de los problemas más embarazosos de la filología bizantina. Sólo a principios del siglo XX se ha publicado una edición crítica del texto griego de Hamartolo[676]. Hace algunos años ha aparecido una edición crítica de la antigua traducción eslavorrusa de la crónica de Hamartolo, acompañada del texto griego que sirvió de base a la traducción eslava[677].

Sabemos que la literatura iconoclasta fue casi totalmente destruida por el partido de las imágenes al triunfar éste. No obstante, parte de las actas del concilio iconoclasta de 754 nos han llegado en las actas del séptimo concilio ecuménico. En las tres mencionadas Refutaciones del patriarca Nicéforo, se conservan fragmentos de una extensa obra dirigida contra las imágenes y debida a Constantino Coprónimo. Este emperador fue autor de otras obras literarias[678]. León V encargó la ejecución, de un vasto trabajo favorable a la iconoclastia y fundado en la Biblia y los Padres. Un proyecto análogo se había propuesto al concilio del 754; pero ninguna de esas obras nos ha llegado. En las obras de Teodoro de Studion se conservan algunos poemas iconoclastas. El séptimo concilio ecuménico dispuso destruir toda la literatura iconoclasta y en el noveno canon proclamado en ese concilio leemos: «Todos los juegos infantiles, burlas furiosas y falsos escritos dirigidos contra los venerados iconos deben ser presentados al obispo de Constantinopla, y puestos con los otros libros de los heréticos. Todo el que sea reconocido de ocultar esas obras será, si es obispo, sacerdote o diácono, depuesto; si es monje o laico, excomulgado»[679].

Considerable cantidad de materiales literarios relativos a la prohibición del culto de las imágenes y muy importantes por su influencia sobre los escritos posteriores, nos ha sido legada por un hombre que pasó su vida en una provincia no perteneciente ya al Imperio: Juan Damasceno, que nació en Siria durante la dominación árabe. Fue ministro del califa en Damasco y murió hacia 750 de J. C. en la famosa laura palestina de San Sabas.

Juan Damasceno ha dejado muchas obras de dogmática, polémica, historia, filosofía, poesía y retórica. Su obra principal es *La Fuente del Saber* cuya tercera parte, titulada *Exposición exacta de la fe ortodoxa*, es un ensayo de

presentación sistemática de los principios esenciales de la fe y los dogmas cristianos. Con esa exposición Juan ponía en manos de los partidarios de las imágenes un arma poderosa, el arma que les había faltado para luchar contra sus adversarios en el primer período de la disputa de los iconos. En el siglo XIII, Santo Tomás de Aquino se sirvió de aquella obra como de modelo para su *Summa Theologiae*. Entre las obras polémicas de Juan Damasceno debemos señalar tres tratados contra «*los que desprecian las santas imágenes*» y donde el autor defiende con firmeza y seguridad el culto de los iconos. En la literatura eclesiástica, Juan es particularmente famoso por sus himnos, cuya forma es algo menos ágil que la de los de Romanos el *Méloda*, pero que por profundidad poética y por la pujanza de su fe figuran entre los mejores de la Iglesia cristiana. Juan escribió también muchos bellos cánones en honor del Señor, de la Santa Virgen, de los profetas, los apóstoles y los mártires. Es notable en particular su *Oficio de Pascuas*, cuyos cantos expresan la honda alegría de los creyentes ante el triunfo de Cristo, sobre la muerte y el infierno. Bajo la pluma de Juan los himnos eclesiásticos alcanzan el apogeo de su desarrollo y belleza. Después de él no hubo más escritores notables en el campo de la poesía eclesiástica bizantina.

La obra de Juan Damasceno está también estrechamente vinculada con la novela *Barlaam y Josafat*, que gozó de máxima difusión en todos los idiomas durante la Edad Media. Es indudable que la trama del relato deriva de la bien conocida leyenda de Buda. Es muy probable que la historia fuera sencillamente una versión de la vida de Buda adaptada por los cristianos de Oriente a su propio uso. El mismo autor nos dice que procede de la India. Durante la Edad Medía la novela fue casi universalmente atribuida a Juan Damasceno. Pero en 1886 el orientalista francés H. Zotenberg aportó

ciertas pruebas tendentes a demostrar que el autor no podía ser Juan. Muchos historiadores han adoptado esas conclusiones[680]. Hace algún tiempo que se tiene menos certeza sobre ese punto y se tiende a volver a la antigua teoría. Así, mientras el autor de un artículo sobre Juan Damasceno —artículo publicado en 1910 en la *Catholic Enciclopedia*—, declara ser dudoso que la novela de Barlaam y Josafat pueda atribuirse a Juan[681], los más recientes traductores y editores de esa obra estiman que el nombre de Juan Damasceno debe aparecer aun en la cubierta del libro[682].

El segundo período iconoclasta se señaló por la actividad de Teodoro de Studion, famoso defensor de las imágenes y abad del más célebre monasterio de Constantinopla, que había conocido un período de decadencia bajo Constantino V y una renovación bajo la administración de Teodoro. En tiempos de éste se elaboró una nueva regla sobre la base de la vida en común (cenobio). Las necesidades intelectuales de los monjes se satisfacían mediante una escuela instalada en el monasterio. Los monjes habían de ejercitarse en leer, copiar y hacer manuscritos, estudiar las Santas Escrituras y las obras de los Padres de la Iglesia y también aprender el arte de componer los himnos que se cantaban durante los oficios.

Teodoro, que desde el punto de vista social y religioso fue uno de los máximos hombres de acción del borrascoso período iconoclasta, se reveló escritor eminente en varias ramas de la literatura. En sus obras dogmático-polémicas se esfuerza en desarrollar las tesis fundamentales de los partidarios del culto de los iconos. Sus numerosos sermones, que forman lo que se llama *Pequeño y Gran Catecismo*, fueron sus escritos más populares. Dejó también una serie de epigramas, acrósticos e himnos. Estos últimos no pueden

ser analizados ni estudiarse en detalle como convendría, porque parte se hallan inéditos aun y otros han aparecido en ediciones no científicas, como los libros litúrgicos rusos. Las numerosas epístolas de Teodoro, de carácter religioso-canónico y social, tienen gran importancia para la historia de la civilización de su época.

Los dos últimos reinados del período que examinamos se señalan por la fecunda actividad de una mujer muy interesante, Kasia, única poetisa de talento que hallamos en la literatura bizantina. Cuando Teodoro decidió casarse, se organizó en la capital un «*concurso de novias*», con motivo del cual se reunieron en la capital las jóvenes más bellas de todas las provincias. Kasia fue una de ellas. El emperador debía avanzar entre las filas de doncellas, llevando una manzana de oro que tendería a la elegida. Ya iba a ofrecerla a Kasia, que le agradaba más que ninguna, cuando la respuesta, algo atrevida, que la joven hizo a una pregunta del emperador, persuadió a éste a cambiar de criterio, eligiendo entonces a Teodora, la futura restauradora de la ortodoxia. Kasia fundó más tarde un monasterio donde pasó los últimos años de su vida. Los epigramas y poemas eclesiásticos de Kasia que nos han llegado se distinguen por su originalidad y lozanía de estilo. Según Krumbacher, que ha estudiado especialmente los poemas de Kasia, ésta «fue una mujer inteligente y singular, que combinó una sensibilidad delicada y una religiosidad profunda con una franqueza enérgica y una ligera inclinación a la maledicencia»[683].

La persecución de los adoradores de las imágenes, glorificada al triunfar éstos, proporcionó rico material a la hagiografía. Aquél fue el período brillante de la hagiografía bizantina.

En la época de la dinastía amoriana comprobamos progresos en Bizancio en la esfera de la instrucción superior y en diversas ramas de la ciencia. Bajo Miguel II, el cesar Bardas, tío del emperador, organizó una Escuela Superior en Constantinopla[684]. Tal Escuela Superior se alojó en el palacio imperial. Allí se enseñaban las siete artes principales según el sistema creado en tiempos del paganismo y adoptado después por las escuelas de Bizancio y la Europa occidental. De ordinario se da a esas artes el nombre de *siete artes liberales* (*septem artes liberales*), divididas en dos grupos: *el trivium*, que comprendía gramática, retórica y dialéctica, y el *quadrivium*, incluyendo aritmética, geometría, astronomía y música. También se estudiaban en la escuela la filosofía y los escritores clásicos antiguos. Para hacer la educación accesible a todos, Bardas dispuso que fuese gratuita. Los profesores estaban remunerados con liberalidad por el Gobierno. Focio, el famoso sabio, fue profesor en la Universidad de Bardas.

Aquella escuela se convirtió en el foco en torno al cual se congregaron los mejores intelectos del Imperio durante la época sucesiva de la dinastía macedonia. Focio, cuyo primer patriarcado se sitúa en el reinado de Miguel III, fue en cierto modo el centro del movimiento literario e intelectual de la segunda mitad del siglo IX. Excepcionalmente dotado, apasionado del saber, había recibido una educación excelente y consagró toda su atención y energía a enseñar a los demás. Su educación había sido plurilateral y sus conocimientos eran considerables, no sólo en teología, sino también en gramática, filosofía, ciencias naturales, derecho y medicina. Reunió a su alrededor un grupo de personas ansiosas de enriquecer sus conocimientos. Focio, como la mayoría de los hombres de vasta cultura en la Edad Medía, fue acusado de consagrar su tiempo al estudio de las ciencias

ocultas, la astrología y la magia. Una tradición legendaria afirma que, en su juventud, vendió su alma a un hechicero judío[685], con lo que., en frase de Bury, «el Patriarca aparece como uno de los precursores de Fausto»[686]. Aquel hombre, el más sabio de su época, no se limitó a enseñar, sino que consagró mucha parte de su tiempo a escribir, habiendo dejado una labor literaria muy variada y rica.

Entre las obras de Focio presenta particular interés su Biblioteca o, como se la llama frecuentemente, su *Myriobiblion* (millares de libros). Son muy interesantes las circunstancias que presidieron la composición de esa obra. Existía, a lo que parece, una especie de círculo de lectura en casa de Focio. Allí se reunía un grupo selecto de amigos a leer u oír leer diversas obras literarias, profanas y religiosas, paganas y cristianas. La rica biblioteca de Focio estaba a disposición de sus amigos. Cediendo a instancias de ellos, Focio comenzó a escribir relaciones sobre los libros que se habían leído[687]. En la Biblioteca, Focio da extractos de numerosos libros, extractos unas veces muy cortos y otras muy extensos, así como resúmenes y comentarios críticos propios. Hallamos en esa obra numerosos informes relativos a gramáticos, historiadores, oradores, sabios, ciencias naturales, doctores, concilios, vidas de santos, etc. La gran importancia de la obra de Focio consiste en que se encuentran en ella fragmentos de escritos desaparecidos. La Biblioteca sólo se ocupa de los prosistas. Las otras, y numerosas, obras de Focio, pertenecen al campo de la teología y la gramática. También ha dejado muchos sermones y cartas. Ya indicamos que en dos de sus sermones hace alusión al ataque de los rusos a Constantinopla el año 860, asalto del que fue testigo.

Por el carácter de sorprendente universalidad de sus conocimientos y por lo afecto que fue a la antigüedad

clásica, Focio es un representante excelente del movimiento ideológico que se produjo en el Imperio bizantino, manifestándose sobre todo en la capital, a partir de mediados del siglo IX. Ese movimiento se expresó por hechos como la apertura de la Universidad de Bardas, donde Kocio consagraba gran parte de su tiempo a enseñar.

En vida del mismo Focio, se nota que, merced a su valiosa influencia, existió una tendencia a establecer relaciones más estrechas e íntimas entre la teología y la ciencia profana.

Tal amplitud de miras atestiguó Focio en sus relaciones con los demás, que llegó a tener por amigo un emir mahometano de Creta. Uno de sus discípulos, Nicolás el Místico, patriarca de Constantinopla en el siglo X, escribió, en una carta al hijo y sucesor del emir, que Focio «sabía bien que, aun cuando la diferencia de religión fuese un obstáculo, la prudencia, la bondad y otras cualidades que adornan y dan dignidad a la naturaleza humana atraen el afecto de los que aman las cosas bellas, y por eso, a pesar de la diferencia de creencias, Focio amaba a vuestro padre, que poseía esas cualidades»[688].

El patriarca Juan el Gramático, iconoclasta al que mencionamos antes, sorprendió a sus contemporáneos con la extensión y variedad de sus conocimientos. Llegó a ser acusado de magia por esa razón. Otro hombre eminente del período fue el notable matemático León, que vivió bajo el reinado de Teófilo. Tan célebre se hizo gracias a la reputación que le dieron sus alumnos, que el califa Mamún, muy interesado por el progreso de la instrucción, le llamó a su corte. Al saber Teófilo tal invitación señaló honorarios a León y le nombró profesor del Estado en una de las iglesias de Constantinopla. Mamún escribió una carta personal a

Teófilo, pidiéndole que le enviase a León a Bagdad por algún tiempo, diciéndole que lo consideraría como un testimonio de amistad y prometiendo por el favor, según la tradición, paz eterna y dos mil libras de oro. El emperador se negó. Teófilo procuró en aquel caso usar la ciencia «como un secreto que debía guardarse, lo mismo que el procedimiento de fabricación del fuego griego, juzgando mala política ilustrar a los bárbaros»[689]. Más tarde León fue elegido arzobispo de Tesalónica. Depuesto bajo Teodora, por sus ideas iconoclastas, León no dejó de seguir enseñando en Constantinopla, convirtiéndose en jefe de la escuela superior organizada por Bardas. Finalmente, recordemos que el apóstol de los eslavos, Constantino (Cirilo), estudió bajo la dirección de Focio y León y, antes de su misión entre los kázaros, ocupó la cátedra de filosofía en la escuela superior de la capital.

Este breve examen basta para mostrar que la vida literaria e intelectual no se paralizó en la época del movimiento iconoclasta. Y sin duda parecería mucho más intensa de habernos llegado las obras de los iconoclastas.

Respecto a la correspondencia ente Teófilo y Mamún a propósito de León el Matemático, no carece de interés el considerar la cuestión de las relaciones intelectuales entre el Califato y el Imperio en la primera mitad del siglo IX. El Califato, gobernado por Harum-al-Raschid y luego por Mamún, atravesaba un período brillante señalado por los progresos de la instrucción y las ciencias. En su deseo de rivalizar con Bagdad, Teófilo hizo erigir un palacio a imitación de los modelos árabes. Según ciertos testimonios, nos cabe decir que la influencia de Bagdad sobre Bizancio fue, en cierto modo, análoga a la de un estimulante[690]. Pero este complejo problema rebasa el marco de nuestro estudio.

Se ha sostenido a menudo que en la esfera artística la época iconoclasta no había dado sino resultados negativos. Es exacto que muchos y preciosos monumentos de arte fueron destruidos por los iconoclastas. «Menester es deplorar su violencia. Su vandalismo no sólo empobreció sus propios siglos, sino también aquellos en que vivimos»[691]. Pero, por otra parte, la época iconoclasta aportó al arte bizantino una nueva «corriente vital», resucitando los modelos helenísticos, sobre todo alejandrinos, e introduciendo la decoración oriental tomada a los árabes, quienes a su vez la debían a los persas. Y, si bien los iconoclastas eliminaron radicalmente del arte religioso las imágenes de Cristo, la Virgen y los santos, se mostraron tolerantes con la representación del hombre en general, la cual en aquel período se tornó más realista bajo la influencia de los modelos helenísticos. Las escenas de la vida cotidiana proporcionaban a los artistas sus temas favoritos. En conjunto, el arte profano prosperó claramente a expensas del religioso. Puede ilustrar esta tendencia el ejemplo de Constantino Coprónimo, que mandó reemplazar un fresco que reproducía el sexto concilio ecuménico por el retrato de su auriga favorito.

Los monumentos de arte de aquella época, tanto religiosos como profanos, han desaparecido casi por completo. Acaso algunos mosaicos de las iglesias de Salónica datan desde entonces. También cabe atribuir al siglo IX una serie de marfiles trabajados, sobre todo cajitas. Los manuscritos iluminados de la época iconoclasta, cuyas ilustraciones son obra de los monjes bizantinos, muestran el espíritu nuevo que había penetrado en el arte. Desde el punto de vista de las ilustraciones marginales, ha de notarse el particular interés del salterio de Chiudov, el más antiguo de los salterios iluminados, que actualmente se conserva en

Moscú[692].

Es lamentable que hoy poseamos tan pocos datos para el estudio del arte en la época iconoclasta. Muchos materiales de que disponemos no son atribuíbles a esa época sino según testimonios probables y no con plena certeza.

Veamos cómo aprecia Diehl la importancia de la época iconoclasta en relación al período siguiente, segunda Edad de Oro del arte bizantino, bajo la dinastía macedonia: «A la época de los iconoclastas debe la segunda *Edad de Oro* del arte bizantino sus caracteres esenciales. No se trata aquí sólo de la renovación de la grandeza y prosperidad material que los emperadores iconoclastas dieron a la monarquía y que permitió a sus sucesores, continuadores de su obra, asegurar a Bizancio cerca de dos siglos de fuerza y esplendor. También desde el punto de vista del arte proceden de la época iconoclasta las dos tendencias contrarias que caracterizan la época de los macedonios. Si existe entonces un arte imperial, que trabajaba para los soberanos, prendados de la tradición clásica, deseosos del retrato, del modelo vivo, del realismo y haciendo sentir incluso en el arte religioso la influencia de sus ideas dominantes; si frente a este arte oficial y profano existe un arte monástico, más tradicional, más severo, más teológico; si, en fin, nace de la combinación de los dos una serie admirable de obras maestras, en el período iconoclasta han de buscarse los gérmenes fecundos de esa magnífica floración, y de aquí que ese período merezca atención particular en la historia del arte bizantino, tanto por lo que hizo como porque él preparó el porvenir»[693].

# CAPÍTULO VI.
# LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA MACEDÓNICA (867-1056) Y EL PERIODO DE TURBULENCIAS (1056-1081)

## Introducción

La época de la dinastía macedonia comprende dos períodos de desigual importancia y duración: el primero va del 867 al 1025, año de la muerte del emperador Basilio II; el otro, más breve, se extiende del 1025 al 1056, año en que murió la emperatriz Teodora, última representante de esta dinastía.

El primero de los dos períodos fue el más brillante de la historia política de Bizancio. Las guerras orientales y septentrionales, dirigidas contra árabes, búlgaros y rusos, fueron, a pesar de algunos reveses sufridos a fines del siglo IX y principios del X, coronadas de espléndidos éxitos en la segunda mitad del siglo X y comienzos del XI. El triunfo del Imperio bizantino fue particularmente notable bajo Nicéforo Focas y Juan Tzimisces y alcanzó su apogeo con Basilio II, A esta sazón los movimientos separatistas del Asia Menor

habían terminado; la influencia bizantina en Siria se afirmaba; parte de Armenia había sido añadida al Imperio y la otra reducida a vasallaje; Bulgaria estaba convertida en provincia romana y la joven Rusia, tras recibir el cristianismo transmitido por Bizancio, entablaba con el Imperio estrechas relaciones en los campos religioso, político, comercial e intelectual.

El Imperio, entonces, se halló en el apogeo de su gloria. Una considerable obra, legislativa —expresada por la publicación de un código gigantesco, como *Las Basílicas*, y por una serie de famosas *Novelas* dirigidas contra las usurpaciones de los grandes terratenientes— y un progreso intelectual, al que se hallan asociados los nombres del patriarca Focio y de Constantino Porfirogénito, aumentan más la gloria e importancia del primer período de la dinastía macedónica.

Después del año 1025 y la primera desaparición de la gran figura de Basilio II, el Imperio entró en un período de turbaciones y revoluciones palatinas que lo condujeron a los años de anarquía del período 1056-1081. Con los Colímenos, que ascendieron al trono en 1081, el Imperio había de conocer otro nuevo siglo de grandeza. El orden se restableció y durante algún tiempo volvieron a prosperar las letras y las artes.

## El problema del origen de la dinastía macedonia

La cuestión del origen del fundador de la dinastía macedonia ha sido muy debatido y resuelto de diversas maneras, a veces contradictorias. Las fuentes difieren mucho sobre ese punto. Mientras las fuentes griegas hablan del origen armenio o macedonio de Basilio I, las fuentes armenias aseguran que el emperador era de sangre armenia muy pura, y las fuentes árabes hacen de Basilio un eslavo. Por eso se ve aplicar a Basilio, ora el nombre, generalmente admitido, de Macedonio, ora de Armenio, ora de Eslavo, que le atribuyen, sobre todo, los historiadores rusos anteriores al último cuarto del siglo XIX. La mayoría de los eruditos consideran a Basilio un armenio establecido en Macedonia y hablan de su dinastía como de una dinastía armenia. Pero, considerando que había muchos armenios y eslavos entre la población de Macedonia, cabe suponer que Basilio fue de origen semiarmenio, semieslavo[694]. De creer a un historiador que ha estudiado especialmente la época de Basilio, la familia de éste pudo haber tenido origen armenio, unirse conyugalmente con eslavos, tan abundantes en Macedonia, y así, «*eslavizádose*» gradual y profundamente[695]. De modo que si se quiere descubrir una definición más exacta de la dinastía macedonia desde el punto de vista de sus elementos etnográficos, puede dársele el nombre, más correcto, de dinastía armenioeslava. En época reciente los sabios han logrado determinar el nombre de la población natal de Basilio: la ciudad macedonia de Chariupolis[696].

La vida de Basilio antes de su exaltación al trono fue extraordinaria. Joven y desconocido, acudió a Constantinopla a buscar una mejor posición económica y social. Atrajo la atención de los cortesanos por su alta estatura, su notable fuerza y su habilidad en la doma de caballos salvajes. Los relatos que corrían a propósito de

Basilio llegaron a oídos del emperador Miguel III, quien le llamó a su corte, le hizo quedarse a su lado y acabó dejándose influenciar por su nuevo favorito, el cual no tardó en ser proclamado coemperador y coronado como tal en la iglesia de Santa Sofía. Basilio recompensó de manera cruel los favores del emperador. Al advertir que Miguel empezaba a mostrarle desconfianza, le hizo asesinar por sus amigos y se proclamó emperador. A su muerte, el trono pasó a sus hijos, León VI, el Filósofo o el Sabio (886-912), y Alejandro (886-913). El hijo de León, Constantino Vil Porfirogénito (913-959), fue muy indiferente a los asuntos públicos y consagró todo su tiempo a la literatura, pasando la vida en compañía de las personas más instruidas de su época. Dejó la administración en manos de su suegro, el enérgico almirante Roman Lecapeno (919-944), al que «un poco de sangre vertida y numerosos perjurios elevaron a la cúspide de las ambiciones humanas»[697]. En 944 los hijos de Roman Lecapeno obligaron a su padre a abdicar y retirarse a un monasterio, declarándose ellos emperadores. Fueron depuestos al año siguiente por Constantino Porfirogénito, quien reinó sólo del 945 al 959. Su hijo, Romano II, sólo gobernó cuatro años (959-963) y murió dejando a su mujer, Teófano, con dos hijos menores: Basilio y Constantino. Teófano contrajo matrimonio con el mejor general del Imperio, Nicéforo Focas, el cual fue proclamado emperador (Nicéforo II Focas, 963-969). Su reinado terminó de una manera trágica. Fue asesinado el 969, pasando la corona a Juan Tzimisces (969-976), cuyas pretensiones al trono se fundaban en estar casado con Teodora, hermana de Romano II e hija de Constantino VII Porfirogénito. Sólo después de la muerte de Juan Tzimisces, los dos hijos de Romano II, Basilio II, apodado el Bulgaróctonos o Matador de Búlgaros (976-1025), y Constantino VIII (976-1028) se hicieron

realmente dueños del Imperio, La administración se concentró sobre todo en manos de Basilio II, bajo cuyo reinado el Imperio alcanzó la cima de su poder y gloria. Tras su muerte empezó la decadencia de la dinastía macedónica. Al morir Constantino VIII, el anciano senador Romano Argiro casó con Zoé, hija de Constantino, siendo nombrado emperador y reinando de 1028 a 1034. Zoé le sobrevivió y, teniendo ya cincuenta y seis años, casó con su amante, Miguel el Paflageón, el cual, a instantes de su mujer, fue proclamado emperador, reinando, con el nombre de Miguel IV el Paflageón de 1034 a 1041. Bajo su reinado y el muy corto de su sobrino, Miguel V el Calafate (1041-1042), emperador ocasional y figura tan insignificante como su tío, se produjeron en el Imperio hondo descontento y desórdenes sociales muy graves. El resultado fue la deposición de Miguel V, a quien se sacaron los ojos. Durante un par de meses el Imperio fue gobernado por la extraordinaria asociación de Zoé, viuda por segunda vez, y su hermana menor, Teodora. El mismo año Zoé se casó en terceras nupcias y su nuevo marido fue proclamado emperador, reinando de 1042 a 1055 con el nombre de Constantino IX Monómaco. Zoé murió antes que su tercer marido, pero Teodora sobrevivió a Constantino Monómaco, y a la muerte de éste quedó soberana única del Imperio (1055-1056). El reinado de Zoé y Teodora es el segundo (después del de Irene) y último ejemplo de Gobierno femenino en Bizancio. Una y otra ocuparon el trono como basilisas autócratas y soberanas, es decir, como emperatrices de los romanos. Poco antes de su muerte, Teodora, cediendo a las exigencias del partido de la corte, eligió sucesor en el anciano patricio Miguel el Estratónico o Estratiótico, quien ascendió al trono al morir Teodora en 1056. Teodora fue el último miembro de la dinastía macedonia, que ocupó el

trono durante 189 años.

## La política exterior de los emperadores macedonios. Relaciones con los árabes y Armenia

La principal tarea que halló ante si Basilio I fue la lucha contra los árabes. Circunstancias excepcionalmente favorables permitían hacer grandes cosas en aquel sentido, ya que el Imperio estaba en paz con Armenia al este, Rusia y Bulgaria al norte, Venecia y el emperador de Occidente al oeste. Si se añaden a eso las disensiones intestinas del califato oriental, provocadas por la creciente influencia de los turcos en la corte árabe; la separación de Egipto donde se fundó en 868 la dinastía independiente de los Tulunidas; las guerras civiles que dividían a los árabes de África del Norte y la difícil situación de los ommiadas de España en medio de una población indígena cristiana, es perfectamente claro que Basilio se hallaba en una situación ventajosa para luchar con éxito contra los árabes de Oriente y de Occidente. Pero aunque el Imperio peleó contra los árabes de manera casi ininterrumpida durante todo el reinado de Basilio I, no se aprovechó plenamente de las circunstancias exteriores.

Las operaciones militares empezaron con ventaja hacia el 870, en la región oriental del Asia Menor, dirigiéndose contra los adeptos de la secta de los paulicianos. El emperador tomó la ciudad principal de los paulicianos; Tefricia (Devrigui). Este éxito no sólo acreció la extensión de

los territorios bizantinos, sino que puso también a Basilio en contacto directo con los árabes de Oriente. Los ejércitos bizantinos y árabes mantuvieron varios combates encarnizados y luego la lucha tomó la forma de choques anuales y sin grandes consecuencias. La victoria fue a veces favorable a los griegos y otras sonrió a los árabes, pero al fin la frontera bizantina del Asia Menor adelantó mucho hacia el este.

Las relaciones de Basilio con los árabes de Occidente tuvieron más importancia. Los árabes poseían entonces la mayor parte de Sicilia y ocupaban algunos puntos del sur de Italia. La turbulenta situación de Italia había provocado la intervención del emperador de Occidente, Ludovico II, quien ocupó la importante ciudad de Bari. Basilio se alió a Ludovico para una acción común contra los árabes. Pero esta alianza no produjo los efectos apetecidos y se rompió. Muerto Ludovico, la población de Bari entregó la ciudad a los funcionarios bizantinos.

Entre tanto los árabes se apoderaban de Malta, posición estratégica de primer orden. El 878 tomaron por asalto Siracusa, después de un asedio de nueve meses. Poseemos una interesante descripción del sitio de Siracusa, debida a un testigo ocular, el monje Teodosio, que vivía entonces en Siracusa y a la caída de la ciudad fue cautivo de los árabes en Palermo. Teodosio cuenta que durante el cerco el hambre predominaba en toda la ciudad. Los habitantes hubieron de alimentarse con hierba, pieles y huesos de animales mezclados con agua. Se llegaron a comer cadáveres de adultos y niños. De Lodo esto resultó una epidemia que arrebató en poco tiempo muchas vidas. Tras la pérdida de Siracusa sólo quedó a Bizancio en Sicilia, como plaza importante, Tauromenium o Taormina, en la costa oriental de la isla. La toma de Siracusa por los árabes señaló un

momento crítico en la política exterior de Basilio y pareció presagiar el fracaso de su plan de conjunto contra los árabes.

La caída de Tarento (Italia meridional) en manos de las tropas de Basilio y el triunfante avance de los bizantinos, tierra adentro de Italia, bajo el mando de Nicéforo Focas, en los últimos años del reinado de Basilio, pueden considerarse un cierto consuelo después del desastre de Siracusa.

Aunque la alianza occidental contra los árabes de Sicilia hubiese arrojado consecuencias negativas, Basilio ensayó otra alianza con el rey armenio Asho Bagrátida contra los árabes orientales. La alianza estaba a punto de formalizarse cuando murió el emperador.

A pesar de la pérdida de Siracusa y de algunas campañas desgraciadas contra los muslimes, Basilio logró aumentar en cierta medida la extensión de lo territorios bizantinos en Asia Menor y devolver a Bizancio la autoridad que había perdido en la Italia del sur. «El anciano Basilio —dice el más reciente historiador de ese período— podía morir en paz. Había cumplido en Oriente en Occidente una tarea militar muy importante y a la vez una gran obra civilizadora. El Imperio, tal como Basilio lo dejó, era más fuerte e imponente que cuando lo había recibido». Basilio había vivido en paz con todos sus vecinos, salvo los árabes. No sucedió igual a su sucesor, León VI, el Filósofo (886-912). Estalló la guerra entre Bizancio y los búlgaros, concluyendo con la victoria de éstos. Durante esta guerra los magiares (húngaros) aparecieron por primera vez en la historia bizantina. A fines del reinado de León los húngaros acamparon a las puertas de Constantinopla. Armenia, aliada de los bizantinos y expuesta a constantes invasiones árabes, no recibió de Bizancio la ayuda esperada. A esto vino a unirse el cuarto casamiento del emperador, que suscitó profundas

turbaciones interiores. Este conjunto de complicaciones exteriores e internas tuvo por resultado que el problema de la lucha contra el Islam se hiciera cada vez más complejo y difícil para el Imperio.

Las campañas contra los árabes fueron ineficaces en general bajo el reinado de León VI. En los choques militares crónicos que se producían en los fines orientales, los árabes consiguieron tantos éxitos como los griegos. Ni uno ni otros ganaron mucho en aquellos encuentros. En Occidente, los musulmanes ocuparon Rhegium (Reggio) en el litoral italiano del estrecho de Messina. Así, el estrecho quedó del todo en manos mahometanas. Los árabes tomaron el 903 Taormina (*Tauromenium*), último punto fortificado de la Sicilia bizantina. Con la caída de esta ciudad, Sicilia quedó de hecho completamente en manos de los árabes. Las pequeñas poblaciones que aun pertenecían a los griegos no desempeñaron papel alguno en la historia ulterior de Rizando. La política oriental de León VI durante la segunda mitad de su reinado fue independiente en absoluto de sus relaciones con los árabes de Sicilia.

Al principio del siglo x hubo numerosas manifestaciones de la actividad de la flota musulmana. Desde fines del siglo IX los piratas cretenses venían efectuando incursiones devastadoras en el Peloponeso e islas del Egeo. Tales incursiones crecieron en peligrosidad cuando empezaron a actuar de concierto las flotas cretense y siria. El golpe realizado contra Tesalónica por la flota musulmana en 904, bajo la dirección del renegado griego León de Trípoli, fue el hecho de armas más famoso que ejecutaron los árabes en aquel período. La toma de la ciudad exigió un asedio largo y difícil. A los pocos días de la ocupación, los vencedores, cargados de abundantes cautivos y ricos despojos,

hiciéndose otra vez a la vela hacia el este y Siria. Tras este desastroso suceso, el Gobierno bizantino se preocupó de fortificar Tesalónica. Poseemos un relato detallado del ataque árabe a la ciudad: la dramática exposición del sacerdote Juan Cameniatis, testigo ocular que atravesó todos los rigores del asedio[698].

Los éxitos navales de los árabes obligaron a los emperadores bizantinos a procurar la mejora de su propia escuadra. Resultado de sus esfuerzos fue la brillante victoria lograda en 906 sobre los árabes en el Egeo por el general bizantino Himerio. Pero la expedición marítima enviada por León VI, bajo la dirección del propio Himerio, contra los aliados árabes orientales y cretenses, concluyó en un completo fracaso para el Imperio. En el detallado análisis que hace de la composición de las fuerzas expedicionarias, Constantino Profirogénito indica la presencia de 700 rusos[699].

Así, la lucha contra los árabes, bajo León VI, fracasó del todo. En Occidente se perdió en definitiva la isla de Sicilia; en Italia del sur las tropas bizantinas no lograron progreso alguno después de ser relevado Nicéforo Focas; en la frontera oriental los árabes avanzaban lenta, pero continuamente, y en el mar la flota de Bizancio sufrió varias graves derrotas.

Es interesante observar que, a pesar de la animosidad religiosa y los choques militares, los bizantinos, en sus documentos oficiales, expresaban a veces sentimientos de viva amistad hacia los árabes. Así, Nicolás el Místico, patriarca de Constantinopla en aquel período, escribía «al muy ilustre, muy honorable y muy amado emir de Creta, que los dos poderes del universo entero, el poder de los sarracenos y el de los romanos, se distinguen y brillan como

dos astros en el firmamento. Por esta sola razón debemos vivir en común como hermanos, aunque sean diversos nuestros usos, costumbres y religión[700]».

Durante el largo reinado de Constantino VII Porfirogénito (913-959) y de Roman Lecapeno (919-944), el Imperio bizantino no pudo luchar eficazmente contra los árabes hasta la tercera década del siglo x, ya que todas sus fuerzas estaban ocupadas en la guerra búlgara. Felizmente para Bizancio, el Califato atravesaba entonces un período de desintegración, de luchas intestinas y de formación de nuevas dinastías independientes. No obstante, cabe mencionar una operación afortunada de la flota bizantina. En 917, el pirata renegado León de Trípoli, que el 904 se había apoderado de Tesalónica, fue aplastado en Lemnos por la escuadra bizantina[701].

A continuación de las campañas búlgaras se revelaron generales de mucho talento en los ejércitos griego y árabe. El griego Juan Curcuas fue, con frase de un cronista, un «*segundo Trajano o Belisario*», y tomó «alrededor de millares de ciudades». Incluso se le consagró una obra especial, que no ha llegado a nosotros[702]. Su talento hizo alzarse una nueva aurora en la frontera de Oriente y con él «un nuevo espíritu pareció animar la política oriental del Imperio, un espíritu de ofensiva y de confianza»[703]. Los árabes tuvieron también un jefe eminente en la persona de Saif-Abdallah, miembro de la dinastía independiente de las hamdanidas, que gobernó Alepo. Su corte fue un brillante centro de actividad literaria y los contemporáneos llamaron a su época la «Edad de Oró». Poco antes de mediados del siglo x, Curcuas alcanzó muchas victorias en la Armenia árabe y ocupó numerosas ciudades de la Alta Mesopotamia. En 933 tomó Mitilene y en 944 la ciudad de Edesa fue obligada por

las tropas griegas a entregar una preciosa reliquia que poseía: la imagen milagrosa del Salvador (*mandilion*). Que fue transportada con gran pompa a Constantinopla.

Aquel fue el último triunfo de Curcuas. Sus éxitos, y sobre todo el último, habían hecho de él «el héroe del momento»[704]. Su popularidad inquietó al Gobierno y a fines del año 944 Curcuas fue relevado de su puesto. Casi a la vez caía Roman Lecapeno y a los pocos meses sus hijos, quedando Constantino Porfirogénito como único emperador. «Era el fin de una época. Nuevos actores iban a moverse en escena»[705].

La época de Roman Lecapeno tuvo gran importancia para la política oriental de Bizancio. Después de tres siglos de defensiva, el Imperio, bajo la dirección de Roman y de Juan Curcuas, emprendió una triunfante ofensiva. Al final de aquel período la frontera difería mucho de la hallada por Roman al llegar al Poder. En conjunto las provincias fronterizas estaban a salvo de las incursiones árabes. Durante los doce años últimos del reinado de Román, los invasores musulmanes sólo atravesaron dos veces la frontera. Fue el mismo Roman quien nombró general a aquel Curcuas que fue «el más brillante soldado que el Imperio había producido desde hacía varias generaciones. Él infundió nuevo espíritu a los ejércitos imperiales y los condujo a la victoria, muy al interior de las tierras infieles… Juan Curcuas fue el primero de una línea de brillantes conquistadores y, como primero, tiene derecho a los mayores elogios, una parte de los cuales debe atribuirse a Roman Lecapeno, que fue quien escogió a Curcuas y bajo cuyo reinado el Imperio conoció veinte años de gloria»[706]. Los últimos años de Constantino Porfirogénito trajeron encarnizados combates contra Saif y, aunque los griegos fueron vencidos en varias batallas, la lucha concluyó con la

derrota de los árabes en el norte de Mesopotamia, atravesando los bizantinos el Eufrates. Durante aquellos años de lucha, Juan Tzimisces, futuro emperador, se distinguió por su talento militar. En cambio, una expedición marítima organizada el 949 contra los árabes de Creta fracasó por completo, costando a Bizancio numerosas naves. 629 rusos estaban entre los soldados de Bizancio que participaron en aquella campaña[707]. Los constantes choques entre bizantinos y muslimes en Occidente (Italia y Sicilia) no influyeron en el curso general de los acontecimientos.

Las conquistas orientales de Juan Curcuas y Juan Tzimisces, que llevaron las fronteras bizantinas más allá del Eufrates, inauguran para Bizancio una serie de victorias sobre los sarracenos. Con expresión del historiador francés Rambaud, «todos los fracasos de Basilio I estaban vengados; quedaba abierto el camino hacia Tarso, hacía Antioquía, hacia Chipre y hacia Jerusalén…, y cuando Constantino VII, enfermo, de regreso de su peregrinación al Olimpo, recibió los postreros sacramentos de la Iglesia griega, pudo regocijarse de que bajo su reinado se hubieran hecho tan grandes cosas por la causa de Cristo. Había inaugurado, tanto para Oriente como para Occidente, para los helenos como para los francos, la era de las Cruzadas»[708].

Durante el corto reinado de Romano II (959-963), un general capaz y enérgico, el futuro emperador Nicéforo Focas, ocupó Creta, destruyendo así aquel nido de piratas árabes que había aterrorizado a la población de las islas y costas del mar Egeo. Al reconquistar Creta, el Imperio recuperaba un importante punto estratégico y mercantil en el Mediterráneo. Nicéforo Focas obtuvo igual éxito en la guerra emprendida a continuación en Oriente contra Saif. Tras un trabajoso asedio, Nicéforo ocupó temporalmente Alepo, residencia de los hamdanidas.

La obra de los tres emperadores siguientes —Nicéforo Focas, Juan Tzimisces y Basilio II Bulgaróctonos— constituye por sí sola las páginas más brillantes de la historia militar del Imperio en su lucha contra el Islam.

Durante los seis años de su reinado (963-969), Nicéforo Focas concentró toda su atención en el Oriente, aunque a veces la solicitasen los actos hostiles de los búlgaros, cada vez más amenazadores, como secuela de la intervención del príncipe ruso Sviatoslav. Parte de las fuerzas de Bizancio fue retenida también por los choques con el emperador germano Otón el Grande, en Italia. En Oriente, las tropas bizantinas, después de la ocupación de Tarso, conquistaron Cilicia. A la vez la flota de Bizancio arrebataba a los árabes la importante isla de Chipre. A propósito de la caída de Tarso, Yaqut, geógrafo árabe del siglo XIII relata una historia muy curiosa fundada en los relatos de los refugiados de los distritos sometidos. Según esa narración, Nicéforo Focas hizo plantar, como emblemas, en los muros de Tarso, dos estandartes, el uno «de la tierra de los romanos», el otro «de la tierra del Islam», ordenando a los heraldos que proclamasen que en torno al primero debían reunirse cuantos deseasen la justicia, la imparcialidad, la seguridad de sus bienes, de su familia, de su vida, de sus hijos, buenos caminos, buen trato y leyes justas, mientras en torno al segundo habían de congregarse los que desearan el adulterio, una legislación opresora, violencias, extorsiones, confiscaciones de propiedades y usurpaciones de tierras[709].

La ocupación de Cilicia y Chipre abría a Nicéforo el camino de Siria. Comenzó, pues, a trabajar en la realización de su sueño favorito: la conquista de Antioquía, corazón de Siria. Entró, pues, en Siria y asedió Antioquía, pero como se evidenciara pronto que el sitio había de ser dificultoso y

largo, el emperador, abandonando el ejército, se volvió a la capital. En su ausencia y durante el último año de su reinado (969) sus soldados tomaron Antioquía. El fin principal quedaba alcanzado. Cayó en manos de los vencedores considerable botín. «Así fue reconquistada por las armas cristianas, el 29 de octubre de 969, la gran Antioquía, la gloriosa Teópolis (nombre dado a la ciudad por Justiniano el Grande), la población de los grandes patriarcas, de los grandes santos, de los concilios y de las herejías»[710].

A poco de la toma de Antioquía, los bizantinos ocuparon una ciudad siria aun más importante: Alepo. Poseemos el interesante texto del acuerdo redactado entre el general bizantino y el gobernador de Alepo[711]. El tratado determina con mucha exactitud los límites y número de los distritos sirios cedidos al emperador bizantino y de los que éste debía convertirse en soberano. La principal ciudad cedida era Antioquía. La ciudad de Alepo (en árabe Haleb) se convertía en Estado vasallo del Imperio. La población musulmana pagaría a Bizancio un impuesto especial, mientras los cristianos de los distritos vasallos quedaban exentos de toda carga fiscal. El emir de Alepo consentía en ayudar al emperador en las guerras de éste contra los no musulmanes de aquellas provincias. Igualmente se comprometía a proteger a las caravanas comerciales bizantinas que pudiesen penetrar en su territorio. Se garantizaba a los cristianos la reconstrucción de sus iglesias destruidas. Se aseguraba la libertad de conversión del cristianismo al mahometanismo y recíprocamente. El tratado se concluyó después de morir asesinado Nicéforo Focas (fines del 969). Jamás los musulmanes habían sufrido a manos bizantinas humillación como la que les infligió Focas. Perdían Cilicia y parte de Siria y una porción considerable de su territorio quedaba bajo la soberanía del Imperio.

Yahia-ibn-Said de Antioquía, historiador árabe del siglo XI, declara que la población de las provincias musulmanas tenía la certeza de que Nicéforo se apoderaría de toda Siria y otras provincias. «Las incursiones de Nicéforo —escribe aquel cronista— se convirtieron en un placer para sus soldados, porque nadie les atacaba ni se les oponía. Avanzaba adonde quería, destruía lo que deseaba sin encontrar un musulmán, ni hombre alguno, fuese quien fuera, que le hiciese retroceder o le impidiese obrar a su grado… nadie podía resistirlo»[712]. En Occidente la política de Nicéforo Focas fracasó. Bajo su reinado los musulmanes conquistaron en Sicilia las últimas poblaciones bizantinas, quedando toda la isla en manos de los árabes. La principal tarea que incumbió a Juan Tzimisces (969-976), sucesor de Focas, fue conservar lo conquistado por su predecesor en Cilicia y Siria. Durante los primeros años de su reinado, Juan no pudo participar personalmente en las operaciones militares de la frontera oriental a causa de las guerras rusa y búlgara y de la insurrección de Bardas Focas, sucesos que requerían la atención del emperador con plena exclusividad. Juan Tzimisces quedó victorioso en el norte y aplastó la insurrección de Bardas. El difícil problema italiano se resolvió casando a la princesa bizantina Teófano con el heredero del trono germánico, el futuro emperador Otón II. Resueltas estas diversas cuestiones, pudo Juan Tzimisces ocuparse del frente oriental.

Sus campañas contra los musulmanes de Oriente fueron muy brillantes. Sobre la última poseemos una fuente interesante conservada en las obras del historiador armenio Mateo de Edesa[713]. Es una carta dirigida por Juan Tzimisces a su aliado Aschod III, rey de Armenia. Por esa misiva se ve que el objetivo final del emperador era conquistar Jerusalén y emprender una verdadera cruzada. Partiendo de Antioquía

con su ejército, entró en Damasco y luego, dirigiéndose al sur, avanzó por Palestina. Las ciudades de Nazaret y Cesárea se entregaron espontáneamente al emperador. La propia Jerusalén empezó a «*implorar clemencia*». «Si esos malditos africanos que habían establecido allí su residencia —escribe el emperador en su carta a Aschod— se nos hubiesen refugiado en las fortalezas del litoral, habríamos ido, con ayuda de Dios, a Jerusalén y hubiésemos podido orar en los Santos Lugares». Pero antes de marchar sobre Jerusalén, Juan llevó sus fuerzas al norte, «siguiendo el camino que bordea el mar» y se apoderó de varias ciudades situadas sobre aquel camino. En la misma carta leemos: «Ahora toda Fenicia, Palestina y Siria están liberadas de la tiranía de los musulmanes y obedecen a los romanos»[714]. La carta, por supuesto, contiene muchas exageraciones. Comparándola con los informes auténticos que ríos da el historiador árabe Yahia-ibn-Said, se advierte que los resultados de la campaña de Palestina fueron menos importantes. Según toda probabilidad, el ejército bizantino no rebasó mucho la frontera siria[715].

De regreso las tropas bizantinas a Antioquía, el emperador volvióse a Constantinopla, donde murió el 976. Según un cronista bizantino «todas las naciones quedaron espantadas por los ataques de Juan Tzimisces. Él agrandó el territorio de los romanos; los sarracenos y los armenios huyeron ante él; los persas le temieron; hombres de todas las naciones le llevaban presentes, implorándole que hiciese la paz con ellos; avanzó hasta Edesa y hasta el río Eufrates y la tierra se llenó de ejércitos romanos; Siria y Fenicia fueron holladas por las pezuñas de los caballos romanos, y él consiguió grandes victorias. La cortadora espada del cristiano se abatía como una hoz»[716].

Las provincias conquistadas por Juan Tzimisces en su

última campaña no fueron agregadas al Imperio. El ejército retornó a Antioquía, que fue la principal base de operaciones de las tropas bizantinas en Oriente durante la última parte del siglo X.

Bajo el sucesor de Juan, Basilio II (976-1025), las circunstancias no se mostraron favorables a una política ofensiva en Oriente. Las amenazadoras insurrecciones de Bardas Skleros y de Bardas Focas en Asia Menor y la persistente guerra búlgara requerían la atención continua de Basilio. No obstante, reprimidas las rebeliones, el emperador peleó contra los musulmanes varias veces a pesar de que continuaba la guerra búlgara. Las posesiones sirias del Imperio estaban muy amenazadas por el califa de Egipto y la ciudad vasalla de Alepo fue ocupada varias veces por ejércitos enemigos. Apareciendo personalmente, y a veces de improviso, en Siria, Basilio logró restaurar allí la influencia bizantina, pero no pudo hacer nuevas conquistas importantes. Al comenzar el siglo XI el emperador firmó un tratado de paz con Hakim, califa egipcio de la dinastía fatimita. Durante los últimos veinte años del reinado de Basilio no hubo choques graves con los muslimes, pero Alepo sacudió su vasallaje.

Aunque oficialmente existieran relaciones pacíficas entre Basilio y Hakim, este último en ocasiones persiguió con crueldad a los cristianos, lo que debió disgustar no poco a Basilio como emperador ortodoxo. En 1009, Hakim ordenó destruir la Iglesia del Santo Sepulcro y del Gólgota, en Jerusalén. Las reliquias y tesoros de la iglesia fueron entregados al pillaje, los monjes desterrados y los peregrinos perseguidos. Un historiador árabe contemporáneo, Yahia de Antioquía, declara que el ejecutor de la implacable voluntad de Hakim aplicó «todos sus esfuerzos a destruir el Santo

Sepulcro, arrasándolo hasta el suelo. Lo hizo pedazos casi totalmente y lo aniquiló»[717]. Los cristianos y los judíos, aterrorizados, acudían en masa a las oficinas del gobierno musulmán prometiendo renegar de su religión Zabrazar la islámica. El decreto en que Hakim ordenaba la destrucción del templo fue firmado por un ministro cristiano.

Parece que Basilio II no hizo nada en defensa de los cristianos perseguidos ni de sus santuarios. Después de la muerte de Hakim (1021), se abrió un periodo de tolerancia, y en 1023. Nicéforo, patriarca de Jerusalén, fue enviado a Constantinopla para anunciar que las iglesias y sus bienes habían sido restituidos a los cristianos, que la iglesia del Santo Sepulcro y todas las demás destruidas en Siria y Egipto habían sido reedificadas y que, en general, los cristianos vivían seguros bajo el gobierno del califa[718]. Desde luego, en el relato de la reconstrucción de los templos en tan breve período debe suponerse parte de exageración.

En Occidente, los árabes de Sicilia seguían efectuando incursiones en la Italia del sur. El gobierno bizantino, ocupado en otros problemas, no podía evitarlo. La intervención del emperador Otón II de Alemania, emparentado por alianza matrimonial con la dinastía bizantina, obtuvo al principio algunos éxitos en Italia, pero al cabo los árabes infligieron una dura derrota a Otón. Hacia el fin de su reinado Basilio II comenzó a preparar una gran expedición para reconquistar Sicilia, más murió mientras se ocupaba en tales preparativos.

La anarquía que siguió a la muerte de Basilio reanimó el valor de los árabes, quienes tomaron la ofensiva y lograron triunfos, sobre todo en la comarca de Alepo. La situación del Imperio quedó restablecida en cierto grado merced al joven y talentoso general Jorge Maniaces, quien logró ocupar

Edesa en 1032 y recuperar la segunda reliquia de la ciudad, la carta apócrifa de Jesucristo a Abgaro, rey de Edesa[719]. Después de la toma de esta ciudad, el emperador Romano III propuso a los musulmanes un tratado de paz. Las dos primeras estipulaciones que presentaba concernían a Jerusalén y merecen atención especial. Exigía el emperador en la primera cláusula que los cristianos tuviesen derecho a reconstruir todas las iglesias destruidas y convenía en que la reedificación del templo del Santo Sepulcro se hiciese a expensas del tesoro imperial. La segunda condición reservaba al emperador el derecho de nombrar al patriarca de Jerusalén. Las negociaciones transcurrieron con lentitud, porque no existía acuerdo sobre varias cláusulas del tratado. Pero parece que el califa no se oponía a las dos primeras estipulaciones. El pacto definitivo se firmó en 1036 y por él el emperador obtenía el derecho de restaurar a su costa la iglesia del Santo Sepulcro[720]. En 1046 un viajero persa, Nasir-i-Khusrau visitó la iglesia restaurada, edificio espacioso, capaz de contener ocho mil personas y construido con mucho arte. Se distinguía por sus mármoles de colores, su ornamentación y sus esculturas. En el interior el templo estaba decorado enteramente con pinturas y cubrían las paredes telas de brocado bordadas en oro. El mismo viajero persa cuenta la curiosa leyenda de que el emperador había visitado Jerusalén, pero como mero particular, de incógnito, pudo decirse:

> En los días en que Hakim reinaba en Egipto, el *Cesar griego* vino de esa manera a Jerusalén. Cuando Hakim supo la nueva de su llegada, llamó a uno de sus coperos y le dijo: Hay un hombre que es tal y tal y a quien hallarás sentado en la mezquita de la Ciudad Santa. Vete, acércate a él, y dile que Hakim te envía a él para que no piense que yo, Hakim, ignoro

su venida; más dile que no se turbe, que ningún mal designio tengo contra él[721].

A pesar de varias victorias de Jorge Maniaces, los esfuerzos del emperador para reconquistar Sicilia no se tradujeron en resultados apreciables. Es interesante notar que la expedición de Sicilia comprendía la compañía (*druzhina*) de varengo-rusos que servía al Imperio. Haraldo Hardrada, el famoso héroe de las sagas escandinavas, participó también en la campaña militar.

Desde mediados del siglo XI el Imperio iba a encontrarse frente a un nuevo enemigo: los turcos selyúcidas, que tan preponderante papel desempeñaron en las épocas siguientes de la historia de Bizancio.

Haciendo un examen de las relaciones musulmana-bizantinas en la época de la dinastía macedónica, vemos que los esfuerzos de Juan Curcuas, Nicéforo Focas, Juan Tzimisces y Basilio II produjeron el resultado de llevar las fronteras orientales hasta el Eufrates y que Siria, con Antioquía, se incorporó de nuevo al territorio de Bizancio. Si se prescinde del período de turbulencias que siguió a la muerte de Basilio II, puede decirse que aquella fue la época más brillante de la historia de las relaciones de Bizancio con los árabes de Oriente.

A la vez se desarrollaban entre el Imperio y Armenia relaciones muy importantes y frecuentes.

Durante siglos Armenia había sido «*una tea de discordia*» entre Roma y Persia. Aquella antigua lucha había terminado, a fines del siglo IV, con el reparto del «*Estado-tapón*» sito entre las dos potencias. La parte occidental —y más pequeña— con la ciudad de Teodosiópolis (hoy Erzerum) había pasado a poder del Imperio romano y la mayor y más grande a manos de los persas sasánidas, bajo

quienes fue conocida por el nombre de Persarmenia. Con frase de un historiador, la división política de Armenia en dos partes, oriental y occidental, tuvo por consecuencia una escisión «cultural» en la vida del pueblo armenio, a causa de la diferencia de las dominaciones persa e iraniana[722]. Justiniano el Grande había introducido en Armenia grandes reformas civiles y militares, proponiéndose destruir ciertos usos locales y transformar Armenia en una provincia imperial ordinaria.

En el siglo VII, después de conquistar a Siria y vencer a Persia, los árabes ocuparon Armenia. Las fuentes armenias, griegas y árabes dan relatos contradictorios de aquel suceso. Más tarde los armenios procuraron aprovechar las turbulencias del califato, las cuales apartaban con frecuencia de los problemas armenios la atención de los árabes, y varias veces trataron de sacudir el nuevo yugo. Las tentativas de insurrección fueron castigadas por los árabes con tremendos pillajes y devastaciones. Marr estima que a principios del siglo VIII Armenia había quedado completamente arruinada por los árabes. Según él, dos señores feudales fueron exterminados con la mayor crueldad y los gloriosos monumentos de la arquitectura cristiana fueron destruidos. En resumen, el fruto de todo el esfuerzo civilizador de los siglos precedentes quedó aniquilado[723].

Llegó un momento en que el Califato necesitó la ayuda armenia para luchar contra el Imperio bizantino, y en consecuencia otorgó, a mediados del siglo IX, el título de «*Príncipe de los Príncipes*» al armenio Aschod, de la familia de los Bagrátidas. La sabia administración de Aschod fue reconocida por todos, y a finales del siglo IX el califa le dio el título de rey. Con esto se estableció en definitiva un nuevo reino armenio, gobernado por la dinastía bagrátida. Al llegar

las nuevas de tales sucesos a Basilio I, poco antes de su muerte, el emperador se apresuró a conceder honor análogo al nuevo rey de Armenia y le envió una corona real, firmando además un tratado de amistad y alianza con él. En una carta que Basilio dirigió a Aschod llamábale su muy querido hijo y le daba la seguridad de que Armenia sería siempre, entre todos los Estados, el aliado más íntimo del Imperio[724]. Todo esto demuestra claramente que tanto el califa como el emperador necesitaban a Aschod Bagrátida y deseaban contar con su ayuda en la cruenta lucha que ambos mantenían entre sí[725].

La anarquía subsiguiente a la muerte de Aschod provocó una intervención árabe en los asuntos interiores armenios. Sólo bajo el reinado de Aschod II, «*el de Hierro*», en la primera mitad del siglo x[726], el territorio armenio fue liberado con ayuda de tropas bizantinas y del rey de Iberia (Georgia). Aschod visitó en persona la corte de Roman Lecapeno, donde se le hizo una acogida triunfal. Aschod II fue el primer soberano que tomó el título de Shahinshah «*(Rey de Reyes*») en Armenia. En la segunda mitad del siglo x, Aschod III trasladó la capital oficial de su reino a la fortaleza de Ani, ciudad que a continuación se adornó de magníficos edificios y convirtióse en próspero centro de civilización. Hasta la guerra de 1914-18, las ruinas de Ani se hallaban en territorio de Rusia, y un sabio ruso, N. Marr, consagró mucho tiempo a estudiarlas con detalle. Sus búsquedas obtuvieron magníficos resultados y sus brillantes descubrimientos fueron de la mayor importancia, no sólo para la historia de Armenia y la civilización de los pueblos caucásicos en general, sino también para la de la influencia bizantina en el Oriente cristiano, que aquellos hallazgos nos permiten conocer mejor. En Armenia estallaron nuevas turbulencias en relación con las invasiones de los turcos

selyúcidas bajo Basilio II, quien hubo de ponerse en persona al frente de un ejército en los distritos cercanos al Cáucaso, lo que hizo una vez terminada la guerra búlgara. El resultado de la expedición fue agregar al Imperio parte de Armenia, quedando la otra sometida a vínculos de vasallaje. Esta nueva expansión del Imperio en Oriente valió a Basilio una recepción triunfal en la capital y fue la última victoria militar del activo y glorioso reinado del anciano Basileus[727]. Veinte años después, reinando Constantino Monómaco, Ani, la nueva capital de Armenia, fue ocupada por Bizancio. Así concluyó el reinado de los Bagrátidas (Bagratuni). El último representante de la dinastía fue invitado a instalarse en Constantinopla, recibiendo tierras en Capadocia, una pensión y un palacio a orillas del Bósforo, a cambio de su Estado perdido. «Con la adquisición del reino de Ani, el Imperio poseía el macizo montañoso que cubría hacia el este la región de Iberia, arrebatada en 1021 al rey de los abazes… A la sazón tenía, en la frontera oriental, un territorio compacto, sin parcelación ni corte, entre los países de Ani y el lago de Van»[728].

Pero Bizancio no pudo mantenerse en Armenia. La población estaba muy descontenta de la política administrativa y religiosa del Gobierno central. Además, la mayoría de las tropas de ocupación fueron llamadas a Europa para defender a Constantino Monómaco contra la insurrección de León Tornikios y luego contra los pecheneques. Los turcos selyúcidas, aprovechando la situación, conquistaron poco a poco Armenia mediante repetidas incursiones.

## Relaciones de Bizancio con búlgaros durante la dinastía macedónica

La guerra búlgara es, más aun que la guerra árabe, el hecho capital de la historia exterior de la dinastía macedónica. En la época del zar Simeón, Bulgaria se convirtió en el enemigo más temible del Imperio, llegando a poner en peligro el poder del emperador. Pero los emperadores de la Casa macedonia sometieron por completo el reino búlgaro, haciendo de él una provincia bizantina.

En el reinado de Basilio I hubo relaciones pacíficas entre Bulgaria y Bizancio. A raíz de la muerte de Miguel III concluyeron favorablemente las negociaciones concernientes al restablecimiento de la unión de las Iglesias griega y búlgara. El rey Boris envió a su hijo Simeón a Constantinopla, para que fuese educado allí. Tales relaciones de amistad eran muy ventajosas para los dos países. Libre de inquietudes en su frontera septentrional, Basilio pudo lanzar todas sus fuerzas a la lucha contra los árabes en Oriente, moviéndolas en el corazón del Asia Menor, y contra los musulmanes de Occidente, en Italia. A su vez, Boris necesitaba la paz para reorganizar su Estado, tan recientemente convertido al cristianismo.

En el reinado de León VI (886) se rompió la paz por razones económicas: tratábase de ciertos derechos aduaneros muy perjudiciales al comercio búlgaro. Tenía entonces Bulgaria por rey al famoso Simeón, educado, como dijimos, en Constantinopla. Su «pasión por saber le llevaba a releer los libros de los antiguos»[729]. Prestó grandes servicios a su reino en las esferas de la civilización y la instrucción. Sus vastos planes políticos habían de ser realizados a costa de Bizancio. León VI, comprendiendo que no podía oponer a

Simeón un ejército suficiente (pues las tropas bizantinas estaban absorbidas por la guerra árabe), llamó en su socorro a los salvajes magiares. Estos consintieron en invadir de improviso el norte de Bulgaria para atraer la atención de Simeón lejos de las fronteras bizantinas.

Fue aquel un momento de máxima trascendencia para la historia de Europa. A fines del siglo IX, un nuevo pueblo, los magiares o húngaros (las fuentes bizantinas los califican con frecuencia de turcos y las occidentales los llaman a veces avaros)[730] se halló mezclado en los asuntos internacionales de los Estados europeos. Aquella, con frase de C. Grot, fue «la primera aparición de los magiares en la escena de los conflictos europeos, con el papel de aliados de una de las más civilizadas naciones»[731]. Al principio Simeón fue vencido varias veces por los magiares, pero, desplegando gran habilidad, pudo salir de la difícil situación en que se encontraba. Procuró ganar tiempo negociando con Bizancio, mientras conseguía atraer a su causa a los pecheneques. Con ayuda de éstos batió a los magiares, obligándoles a retirarse al norte, en donde luego se asentaría su futuro Estado, en el valle del Danubio central. Tras esto, Simeón volvióse otra vez hacia Bizancio. Una victoria decisiva condujo a sus tropas hasta los muros de Constantinopla. El emperador, vencido, logró la paz a condición de comprometerse a no ejecutar acto alguno hostil a los búlgaros y a enviar anualmente a Simeón ricos regalos.

Después del asedio y saqueo de Tesalónica por los árabes (904), Simeón mostró vivos deseos de unir aquella ciudad a su reino. León VI no consiguió evitarlo sino a trueque de ceder a los búlgaros otras comarcas del Imperio. Poseemos una interesante inscripción, grabada en un mojón de piedra en la frontera búlgaro-bizantina, en 904, y relativa al arreglo

convenido entre ambas potencias[732]. El historiador búlgaro Zlatarski dice respecto a esa inscripción: «Por los términos de aquel tratado, todos los territorios eslavos de la Macedonia meridional y de la Albania meridional de entonces, que hasta aquella fecha habían pertenecido al Imperio bizantino, se convertían (904) en búlgaros. En otros términos, Simeón unía bajo el cetro búlgaro todas aquellas tribus eslavas de la Península balcánica que dieron a la nacionalidad búlgara su definitivo aspecto»[733]. Entre esa época y finales del reinado de León no hallamos nuevos choques entre Bulgaria y el Imperio bizantino.

Durante el período transcurrido entre la muerte de León VI y la de Simeón el Búlgaro en 927, hubo entre Bizancio y Bulgaria hostilidades casi ininterrumpidas. Simeón dedicó todos sus esfuerzos a tratar de tomar Constantinopla. En vano el patriarca Nicolás el Místico le envió humildes epístolas, escritas, uno con tinta, sino con lágrimas[734]; en vano se esforzó en intimidarle amenazándole con una alianza que el Imperio haría con los rusos, los pecheneques, los alanos y los turcos de Occidente, es decir, los magiares o húngaros[735]. Simeón sabía muy bien que aquellas alianzas eran irrealizables y las amenazas del patriarca no le produjeron efecto alguno. Los búlgaros obtuvieron sobre los griegos varias victorias. La más importante fue la de 917, a orillas del Aqueloo, no lejos de Anquialos, en Tracia, donde quedaron destrozadas las tropas bizantinas. León el Diácono, que visitó el campo de batalla a fines del siglo x, escribía: «Aun hoy pueden verse montones de osamentas cerca de Anquialos, en el lugar donde el derrotado ejército romano fue destruido de manera poco gloriosa»[736].

Tras aquella batalla quedó abierto para Simeón el camino de Constantinopla. Pero el 918 los ejércitos búlgaros

hubieron de emplearse en Servia[737].

Al año siguiente (919), el enérgico e inteligente almirante Roman Lecapeno fue, como vimos, proclamado emperador.

Los búlgaros avanzaban entre tanto hacia los Dardanelos[738]. El 922 tomaron Adrianópolis (Odrin, la Edirne turca).

Las tropas búlgaras progresaron entonces hacia la Grecia media, y por otra parte llegaron a Constantinopla, amenazando ocuparla. Los palacios imperiales sitos extramuros fueron incendiados. A la vez Simeón procuraba hacer alianza con los árabes, para asediar la capital de concierto con ellos. Toda Tracia y Macedonia, excepto Constantinopla y Tesalónica, estaban en manos búlgaras. Las excavaciones del Instituto Arqueológico ruso de Constantinopla, hechas no lejos de Aboba, en el nordeste de Bulgaria, han sacado a la luz varias columnas destinadas a la vasta iglesia contigua al palacio real y en las cuales están inscritos los nombres de las ciudades bizantinas ocupadas por Simeón. La posesión de los más de los territorios bizantinos de la Península balcánica contribuyó a que Simeón se titulara «*Emperador de los búlgaros y los griegos*».

En 923 o 924 se celebró al pie de los muros de Constantinopla una famosa entrevista entre Simeón y Roman Lecapeno[739]. El emperador debía acudir por mar al punto de la entrevista en su nave imperial, y Simeón por tierra. Roman llegó el primero. Los dos monarcas cambiaron cumplidos mutuos y mantuvieron una discusión. Nos han llegado las palabras del bizantino[740]. Se acordó una especie de tregua. Las condiciones, relativamente, no eran muy rigurosas. Roman debía ofrecer a Simeón un presente cada año.

Simeón creyó oportuno retirarse, renunciando a

Constantinopla, por prever un grave peligro que le amenazaba. El reino servio, recientemente formado, había emprendido tratos con los bizantinos. Además, las negociaciones de Simeón con los árabes no dieron el resultado que se buscaba. Más tarde Simeón empezó a organizar otra expedición contra Constantinopla, pero murió durante los preparativos.

Bajo Simeón el reino búlgaro comprendía una extensión enorme. Llegaba de las orillas del mar Negro a las del Adriático y del Danubio inferior a la Macedonia y Tracia centrales, hasta Tesalónica. Al nombre de Simeón está unida la idea de la primera tentativa de reemplazar el dominio griego en la Península de los Balcanes por la supremacía eslava.

Sucedió a Simeón el débil Pedro, quien por su matrimonio emparentó con el emperador bizantino. Se convino un tratado de paz. Bizancio reconocía el título real de Pedro y el patriarcado búlgaro establecido por Simeón. La paz había de durar cuarenta años. Después de tan brillantes victorias búlgaras, las condiciones de paz eran muy moderadas y bastante satisfactorias para Bizancio. «Apenas disfrazaban la decadencia de la pujanza búlgara»[741]. Tratábase de un verdadero éxito debido a la política enérgica y prudente de Roman Lecapeno.

La «*Gran Bulgaria*» de la época de Simeón fue desgarrada por disturbios interiores durante el reinado de Pedro.

A la vez que disminuía la potencia política de Bulgaria, los magiares, unidos a los pecheneques, invadían Tracia el 934, avanzando hasta Constantinopla. En 943 reaparecieron en Tracia. Roman Lecapeno hizo con ellos una paz de cinco años. La paz se renovó a la caída de Román, durando todo el

reinado de Constantino Porfirogénito[742]. Después, en la segunda cincuentena del siglo x, los magiares invadieron la Península balcánica varias veces.

La decadencia política de Bulgaria fue muy provechosa para Bizancio. Nicéforo Focas y Juan Tzimisces lucharon sin interrupción contra los búlgaros, ayudados por el príncipe ruso Sviatoslav, a quien llamó en su ayuda Nicéforo Focas. Pero cuando los éxitos de las armas en Bulgaria pusieron a Sviatoslav en las fronteras imperiales, el emperador concibió una inquietud viva y legítima, ya que las tropas rusas se internaron tanto en territorio bizantino que, según antiguo cronista ruso, Sviatoslav «casi alcanzó las murallas de Zarigrad» (Constantinopla)[743]. Juan Tzimisces se dirigió con su ejército contra los rusos, so pretexto de proteger a Bulgaria contra sus nuevos conquistadores. Venció a Sviatoslav, ocupó toda la Bulgaria oriental y se apoderó de la familia real búlgara en pleno. Bajo el reinado de Juan se consumó en definitiva la anexión de la Bulgaria oriental.

Al morir el emperador, los búlgaros, ayudados por las complicaciones interiores sobrevenidas en el Imperio bajo Basilio II, se sublevaron contra la dominación bizantina. Su jefe principal fue Samuel, enérgico soberano de la Bulgaria occidental e independiente, y que, según parece, fundó una nueva dinastía, siendo «uno de los más eminentes monarcas del Primer Imperio búlgaro»[744].

Durante bastante tiempo, la lucha de Basilio II contra Samuel redundó en ventaja del último, sin duda porque las fuerzas del Imperio estaban empeñadas en las guerras orientales. Samuel ocupó muchos nuevos distritos y se proclamó rey de Bulgaria. A principios del siglo xi la fortuna comenzó a sonreír a Basilio, quien sostuvo la lucha con tan atroz dureza que recibió el sobrenombre de Bulgaróctonos,

esto es, Matador de Búlgaros. Cuando Samuel se halló ante catorce mil búlgaros a quienes Basilio II había mandado cegar, devolviéndolos en tal estado a su patria, recibió tal impresión que le costó la vida. Muerto Samuel, Bulgaria era harto débil para resistir a los griegos, y no tardó en ser conquistada por ellos. En 1018 dejó de existir el primer reino búlgaro, quedando transformado en provincia bizantina bajo un gobernador imperial. No obstante, conservó hasta cierto punto su autonomía interior.

La sublevación surgida en Bulgaria contra el Imperio a mediados del siglo XI, bajo la dirección de Pedro Delian, fue reprimida con rigor, y motivó la supresión de la autonomía búlgara.

Bajo el dominio bizantino la cultura helenística penetró hondamente entre los búlgaros. Pero la nacionalidad búlgara subsistió, preparando así el nacimiento del segundo reino búlgaro en el siglo XII.

## El imperio bizantino y Rusia en la época de la dinastía macedónica

Bajo la dinastía macedónica hubo relaciones muy movidas entre Rusia y Bizancio. Según la crónica rusa, el año 907, reinando León VI, el príncipe ruso Oleg acampó ante los muros de Constantinopla con una numerosa escuadra. Después de saquear los arrabales de la capital y dar muerte a muchos de sus habitantes, Oleg obligó al emperador a entrar en negociaciones y concluir un tratado

con él. Aunque todas las fuentes bizantinas conocidas, tanto orientales como occidentales, no mencionan esa expedición ni el nombre de Oleg, el relato —no desprovisto de detalles legendarios— del cronista ruso, descansa en fundamentos históricos ciertos. Es muy probable que el acuerdo de 907 se confirmase en 911 con un tratado formal que, según el cronista, concedía a los rusos importantes privilegios mercantiles.

La famosa historia de León el Diácono, fuente inestimable para la segunda mitad del siglo X, contiene un pasaje muy interesante, que no suele apreciarse como merece y que debe, empero, ser considerado el único texto griego donde se halla una alusión a los tratados convenidos con Oleg. Es la amenaza, dirigida a Sviatoslav, que León el Diácono pone en boca de Juan Tzimisces: «Espero que no hayáis olvidado la derrota sufrida por vuestro padre, Igor, quien, con desprecio de los pactos jurados, llegó por mar ante la ciudad imperial seguido de un gran ejército y de numerosos bajeles»[745]. Esos «*pactos jurados*» concluidos por los rusos con Bizancio antes del reinado de Igor, deben ser los de Oleg, mencionados por el cronista ruso.

No carece de interés enlazar la alusión de las fuentes bizantinas concerniente a la presencia de tropas auxiliares rusas en el ejército bizantino desde principios del siglo X, con la cláusula correspondiente del tratado de 911 (tal como la da la crónica rusa), que permitía a los rusos servir, si lo deseaban, en el ejército del emperador bizantino[746].

No es superfluo indicar que, en 1912, un sabio judío de América, Schechter, tradujo al inglés y publicó los fragmentos existentes de un muy interesante texto medieval judío respecto a las relaciones kázaro-ruso-bizantinas en el siglo X. La importancia de ese documento para nuestro caso

radica en que menciona el nombre de «*Helgu*» (Oleg), rey de Rusia, y contiene, entre otros testimonios nuevos sobre ese personaje, el relato de su infructuosa expedición a Constantinopla[747]. Las dificultades cronológicas y topográficas que presenta ese texto sólo ahora empiezan a ser estudiadas y por tanto es muy pronto para pronunciar juicio cierto sobre tal documento, de indiscutible interés. En todo caso, la publicación de ese texto ha tenido como resultado poner otra vez en debate la cronología de Oleg transmitida por las antiguas crónicas rusas.

Reinando Roman Lecapeno, la capital fue atacada dos veces por el príncipe ruso Igor. El nombre de éste no se ha conservado sólo en las crónicas rusas, sino que se halla también en las fuentes griegas y latinas. Su primera campaña data del 941. La realizó con numerosas naves que bogaron hacia la costa bitinia del mar Negro y hacia el Bósforo. Ya allí, los rusos devastaron el litoral, avanzando hasta Crisópolis (hoy Escútari, frente a Constantinopla). La expedición terminó con el completo fracaso de Igor. Muchos barcos rusos fueron destruidos por el *fuego griego*. Los restos de la flota de Igor retornaron hacia el norte. Los rusos prisioneros de los griegos recibieron la muerte.

La segunda expedición de Igor (944) se ejecutó con fuerzas mucho más considerables. El cronista ruso dice que Igor levantó un gran ejército de avarengos, susos, polianos, eslavos, kriviches, tivertsianos y pecheneques[748]. El emperador de Bizancio, asustado ante tales preparativos, envió la flor de su nobleza (*«boyardos*») a ofrecer a Igor y a los pecheneques ricos regalos. Los nobles bizantinos prometieron a Igor pagarle un tributo semejante al percibido por Oleg. Pero Igor, a pesar de todo, avanzó hacia Constantinopla. No obstante, al llegar ante el Danubio consultó a sus compañeros (su «*druzhina*») y resolvió

aceptar las propuestas del emperador y volverse a Kiev. Al año siguiente griegos y rusos negociaron un tratado, mucho menos ventajoso para los últimos que el de Oleg. Aquel tratado de paz debía durar «*mientras el Sol brillara y el mundo existiera, en los siglos presentes y en los venideros*»[749]. De hecho, la paz duró veinticinco años y tuvo la mayor importancia para Bizancio, entonces ocupado en sostener contra los árabes de Oriente una guerra de vasto alcance.

Las relaciones de amistad establecidas por aquel tratado tomaron forma más concreta bajo Constantino VII Porfirogénito. En 957, la gran princesa rusa Olga (Elga) fue a Constantinopla, donde la recibió con gran pompa el emperador, acompañado de la emperatriz y el heredero del trono. La recepción hecha a Olga se describe con mucho detalle en un documento oficial contemporáneo (*De Cerimoniis aulae byzantinae*, II, 15, p. 594-598).

Ya hablamos, a propósito de las guerras búlgaras, de las relaciones de Nicéforo Focas y Juan Tzimisces con el príncipe ruso Sviatoslav.

Aun más importantes fueron las relaciones de Basilio II Bulgaróctonos con el príncipe ruso Vladimiro, cuyo nombre está tan ligado a la conversión de Rusia al cristianismo.

En la novena década del siglo X la situación del emperador y su dinastía se presentaba como crítica. Bardas Focas, que dirigía una insurrección contra Basilio, había ocupado casi toda el Asia Menor y se acercaba a la capital, a la vez que las provincias norteñas del Imperio estaban amenazadas de una invasión búlgara. En tan difíciles circunstancias, Basilio apeló al príncipe Vladimiro y logró acordar una alianza con él. Vladimiro enviaría un refuerzo de seis mil hombres, a cambio de lo cual obtendría la mano de la hermana del emperador, Ana, ofreciendo convertirse al

cristianismo, con su pueblo. Con ayuda del regimiento auxiliar ruso, llamado generalmente la *«Compañía (druzhina) variego-rusa»*.

Basilio sofocó la insurrección de Bardas Focas, el cual fue muerto. Pero Basilio vacilaba en ejecutar su promesa relativa al casamiento de su hermana. Entonces el príncipe ruso asedió y tomó la importante plaza bizantina de Querson (o Korsun), en Crimea, y obligó a Basilio a ceder. Vladimiro fue bautizado y se casó con la princesa Ana. No se sabe con certidumbre sí la conversión de Rusia al cristianismo debe ser situada en 988 o en 989. Unos historiadores adoptan la primera fecha y otros la segunda. Se establecieron relaciones de amistad y paz entre Rusia y el Imperio bizantino, y tales relaciones duraron mucho. Los dos países hacían un importante comercio mutuo.

Según una fuente, en 1043, se produjo un incidente ruso-bizantino. Los «mercaderes escitas» (es decir, rusos) de Constantinopla tuvieron con los griegos una contienda, en cuyo curso murió un noble ruso[750]. Según todas las probabilidades, aquel incidente, explotado por Rusia, motivó una nueva expedición contra el Imperio bizantino. El gran duque Yaroslav el Sabio, envió a su hijo mayor Vladimiro con un gran ejército, embarcado en numerosas naves, hacia las costas bizantinas. Pero, gracias *al fuego griego*, la flota rusa fue destruida casi completamente y los restos del ejército de Vladimiro tuvieron que emprender la retirada[751]. Esta expedición fue la última iniciada por Rusia contra Constantinopla en la Edad Media. Los cambios etnográficos que se produjeron en las estepas de lo que es hoy Rusia meridional, a mediados del siglo XI, a causa de la aparición de la tribu turca de los polovtzianos, suprimieron toda posibilidad de relaciones directas entre Rusia y el Imperio

bizantino.

## El problema pecheneque en la época de la dinastía macedónica

Los pecheneques o pecheniegos («*patzinakitai*» en las fuentes griegas, «*pecheiniegs*», en las crónicas rusas) ejercieron en el siglo XI una influencia considerable y prolongada en los destinos del Imperio. Poco antes de la primera Cruzada, *los pecheneques*, por primera y única vez en su breve existencia histórica, estuvieron a punto de desempeñar en la historia universal un papel muy importante, del que hablaremos a su tiempo.

El Imperio bizantino conocía de mucho atrás a los pecheneques. Éstos se habían establecido, en un momento dado del siglo IX, en el territorio de la Valaquia contemporánea, al norte del Danubio inferior, y en las llanuras de la Rusia meridional, ocupando las tierras comprendidas entre el Bajo Danubio y el Dniéper. En ocasiones, incluso rebasaron este último límite. Al oeste, por el lado de Bulgaria, las fronteras de su territorio eran muy definidas, pero al este no podían existir límites estables, porque los pecheneques se veían sin cesar empujados hacia el oeste por otras tribus bárbaras, sobre todo los uzes y los kumanos o polovtzianos. Para comprender con más claridad los sucesos históricos posteriores, ha de tenerse presente que pecheneques, uzes y kumanos, tribus de origen turco, estaban, por ello, emparentados con los turcos selyúcidas[752]

que empezaron a amenazar las posesiones bizantinas en Asia Menor en el siglo XI. El diccionario o léxico kumán ha llegado a nosotros y prueba convincentemente que la lengua kumana está muy vinculada a las demás lenguas turcas, no ofreciendo con ellas sino diferencias dialectales. Aquellos lazos de parentesco racial entre pecheneques y turcos selyúcidas debían tener en adelante un papel de importancia.

Los emperadores bizantinos consideraban a los pecheneques como sus más importantes vecinos al norte, y eran, en efecto, tales tribus, factor esencial del mantenimiento del equilibrio de naciones (equilibrio compartido con los rusos, los magiares, los búlgaros y el Imperio bizantino) en la Europa oriental. Constantino Porfirogénito dedica varias páginas a los pecheneques en su libro sobre Administración del Imperio, escrito en el siglo X y dedicado a su hijo y presunto sucesor, Romano. El regio escritor aconseja a su hijo que mantenga ante todo la paz con los pecheneques para bien del Imperio, ya que mientras haya buena inteligencia entre el Imperio y los pecheneques, dice el autor, ni rusos ni magiares ni búlgaros podrán atacar el territorio bizantino. Se desprende también de diversos pasajes del libro que los pecheneques servían de intermediarios a las relaciones comerciales de los distritos bizantinos de Crimea (tema de Querson), con Rusia, Kazaria y otros países vecinos[753]. Los pecheneques desempeñaban, pues, en el siglo X, un papel muy importante, a la par político y económico, en las preocupaciones del Imperio bizantino.

En la segunda mitad del siglo X y comienzos del XI, cambiaron las circunstancias. La Bulgaria oriental fue, como vimos, conquistada bajo Juan Tzimisces, y Basilio II prosiguió la conquista hasta colocar toda Bulgaria bajo el dominio bizantino. Los pecheneques, antes separados del

Imperio por los búlgaros, pasaron a ser vecinos inmediatos de aquél. Aquellos nuevos vecinos eran tan fuertes, tan numerosos, siempre listos para atacar, que el Imperio no pudo oponer resistencia suficiente a su ofensiva, provocada a su vez por el empuje de los *pólovtses*. Véase en qué términos habla Teofilacto de Bulgaria, el escritor eclesiástico del siglo XI, acerca de las invasiones de los pecheneques, a quienes llama escitas: «Su invasión es como un relámpago; su retirada es a la vez pesada y ligera: pesada de botín, ligera por la rapidez de su huida… Lo más terrible es que son más numerosos que las abejas a principios de primavera y nadie sabe cuántos millares o decenas de millares son, puesto que su número es incalculable»[754].

Sin embargo, hasta mediados del siglo XI los pecheneques no fueron peligrosos para el Imperio. Sólo lo empezaron a serlo cuando, a mediados del mismo siglo, franquearon el Danubio.

V. G. Vasilievsky, primer historiador que ha esclarecido el papel histórico de los pecheneques, escribió en 1872, respecto a la penetración de aquellos pueblos en territorios bizantinos: «Ese suceso, que ha escapado a la atención de todos los historiadores modernos, tuvo una importancia considerable para la historia de la Humanidad. Por sus consecuencias fue casi tan importante como el cruce del Danubio por los godos, que abrió la era llamada de las invasiones bárbaras»[755].

Constantino Monómaco (1042-1055) designó tierras en Bulgaria para que se estableciesen los pecheneques y les dio tres fortalezas a orillas del Danubio. Los pecheneques debían defender las fronteras del Imperio contra las invasiones de las tribus emparentáis con ellos que habían quedado a la otra orilla del río y también contra las invasiones de los príncipes

rusos.

Pero los pecheneques del norte del Danubio avanzaban irresistiblemente hacia el sur. En el primer período de su emigración los pecheneques pasaron el Danubio en vastas masas (algunas fuentes hablan de ochocientos mil hombres) [756] y llegaron hasta Adrianópolis. Algunos de sus destacamentos alcanzaron Constantinopla. Pero las tropas de Constantino Monómaco podían resistir muy bien a los pecheneques y les infligieron terribles derrotas. Sin embargo, a finales del reinado de Constantino la situación empeoró. La última expedición del emperador contra los pecheneques concluyó con el exterminio completo del ejército bizantino. He aquí lo que acerca de ello se lee en la obra de Vasilievsky: «En una tremenda noche de matanza, los aplastados regimientos bizantinos fueron exterminados por los bárbaros casi sin resistencia. Sólo muy pocos de ellos pudieron huir y llegar a Adrianópolis. Todo el provecho de las victorias anteriores se perdió»[757].

Tras esta terrible derrota el Imperio no podía continuar la lucha contra los pecheneques. El emperador hubo de comprar la paz a alto precio. A cambio de los generosos presentes ofrecidos por el emperador, los pecheneques prometieron vivir pacíficamente en las provincias que ocupaban al norte de los Balcanes. El emperador confirió, además, títulos honoríficos bizantinos a los príncipes pecheneques.

Así, en los últimos años de la dinastía macedónica, y sobre todo en el reinado de Constantino Monómaco, los pecheneques fueron los más temibles enemigos septentrionales del Imperio.

## Relaciones de Bizancio con Europa Occidental

Hemos de recordar ante todo los éxitos de los árabes en Sicilia e Italia meridional en aquella época.

Por otra parte, a mediados del siglo IX, la República de San Marcos (Venecia) se libró por completo del dominio bizantino, convirtiéndose en Estado independiente. El Imperio y el nuevo Estado negociaron juntos, pero como naciones independientes entre sí, los asuntos diplomáticos ulteriores. En el siglo IX sus respectivos intereses coincidían en muchos puntos, sobre todo respecto al avance de los árabes por la Italia del sur y de los eslavos en el litoral adriático.

En el reinado de Basilio I se cruzó una interesante correspondencia entre el emperador y Ludovico II. De esas cartas, que nos han llegado, resulta que se entabló por entonces viva controversia entre los dos soberanos a propósito de haber asumido ilegalmente Ludovico II el título imperial. De este modo la coronación del año 800 proyectaba sus consecuencias hasta la segunda mitad del siglo IX. Ciertos historiadores han afirmado que la carta de Ludovico a Basilio es apócrifa[758], pero otros, más recientes, no lo aceptan así[759]. En todo caso, los esfuerzos de Basilio para aliarse con Ludovico no tuvieron éxito.

La ocupación de Barí y Tárenlo por los bizantinos, y los éxitos de Nicéforo Focas sobre los árabes en el mediodía de Italia, acrecieron la influencia de Bizancio en Italia a finales del reinado de Basilio. Los Estados italianos de segundo orden, como los ducados de Nápoles, Benevento y Spoleto, el principado de Salerno y otros, cambiaron de actitud respecto al Imperio en vista del sesgo que tomaba la campaña bizantina contra los árabes. Olvidando el reciente cisma de

la Iglesia oriental, el Papa Juan VIII abrió activas negociaciones con Basilio. El Pontífice comprendía bien el peligro que los árabes hacían sobre Roma. En sus esfuerzos para llegar a una alianza política con el Imperio de Oriente, el Papa se mostró dispuesto a muchas concesiones. Algunos historiadores tratan incluso de explicar por esto la ausencia de emperador en Occidente durante tres años y medio después de la muerte de *Carlos el Calvo* (877). Según ellos, el Papa difirió la coronación de un emperador occidental para no herir al bizantino, cuya ayuda era tan necesaria a Roma[760].

Bajo León VI, las posesiones bizantinas en Italia se dividieron en dos temas: Calabria y Longobardia. El tema calabrés abarcaba los restos del vasto tema de Sicilia, falto de la isla siciliana, conquistada del todo por los árabes a raíz de la caída de Siracusa y Taormina. Por otra parte, León VI, a continuación, según parece, de los éxitos logrados por las armas bizantinas en Italia, separó en definitiva la Longobardia del tema de Cefalonia o Islas Jónicas, constituyendo con aquélla un terna independiente, mandado por un estratego propio. Luego, en el curso de guerras incesantes en que no siempre fueron victoriosos los bizantinos, los límites de Calabria y Longobardia cambiaron sin cesar.

Coincidiendo con el aumento de la influencia bizantina en la Italia del sur se advierte, en el siglo x, un constante crecimiento del número de monasterios e iglesias griegos. Algunos de los entonces creados se convirtieron en importantes centros espirituales.

En el mismo siglo, el Imperio bizantino e Italia fueron testigos de la aparición de un nuevo soberano poderoso: el monarca germánico Otón I, que recibió la corona imperial

en Roma, de manos del Papa Juan XII, en 962. Otón es conocido en la historia como «fundador del Sacro Imperio Romano-Germánico». Una vez asumido el titulo imperial, Otón se esforzó en adueñarse de toda Italia. De este modo atacaba directamente los intereses bizantinos, en especial en Longobardia. Se entablaron negociaciones entre Otón y el emperador bizantino Nicéforo Focas, quien probablemente anhelaba una alianza ofensiva bizantino-germana contra los musulmanes. Las negociaciones progresaban muy lentamente y Otón las rompió de pronto invadiendo las provincias bizantinas de la Italia meridional. Pero su tentativa fracasó.

Empezaron nuevos tratos. Otón envió a Constantinopla a su legado Liudprando, obispo de Cremona y antiguo embajador en la corte bizantina en tiempos de Constantino Porfirogénito. Aquel legado no fue acogido muy cordialmente a orillas del Bósforo, y hubo de recibir graves humillaciones y muchas injurias. Más tarde escribió un relato, bastante malévolo, de su segunda residencia en Constantinopla, relato que difiere mucho de la elogiosa descripción que antes diera de su visita a la capital oriental. Se conoce su segunda descripción con el título de *Relación de la embajada de Constantinopla* (Relatio de legatione constantinopolitana). De esa obra se desprende que Bizancio, resucitando la antigua disputa, comenzaba otra vez a discutir el título de basileo al soberano occidental. Liudprando acusa a los bizantinos de débiles e inactivos y justifica las pretensiones de su soberano. En un capitulo, escribe: «¿De quién es esclava Roma, esa Roma de la que reclamáis la liberación con tanto estrépito? ¿A quién paga impuestos la ciudad? ¿No ha sido esa antigua ciudad esclava de cortesanas? Y entonces, en una época en que todos los hombres dormían, y eran incluso impotentes, mi soberano,

el muy augusto emperador, libró a Roma de esa vergonzosa servidumbre»[761]. Cuando Liudprando comprendió que los griegos diferían de propósito las negociaciones, a fin de ganar tiempo y preparar una expedición a Italia, decidió, en vista de que aquéllos le impedían comunicar con su emperador, abandonar Constantinopla a toda costa, lo que no logró sino con muchas dificultades y tras de largo tiempo.

Se rompieron las relaciones entre ambos emperadores y Otón invadió Apulia. Pero el nuevo emperador Juan Tzimisces siguió una política opuesta a la de su predecesor. No contento con hacer la paz con el soberano germánico, reforzó los lazos que le unían a él mediante el casamiento entre el hijo y heredero de Otón, Otón II, y la princesa bizantina Teófano. Así se llegó al fin a la alianza entre ambos Imperios. Las invasiones musulmanas en Italia del sur, contra las cuales Basilio II, sucesor de Juan Tzimisces, no pudo hacer nada a causa de los disturbios intestinos que cundían en el Imperio, obligaron al joven emperador Otón II (973-983) a organizar una campaña contra los árabes. Vencido en una batalla, murió a poco. Desde entonces la intervención germana en los temas bizantinos de Italia cesó por largo tiempo.

A fines del siglo X se produjo una reforma administrativa en la Italia bizantina. El antiguo estratega de Longobardia fue substituido por el catápano de Italia, con residencia en Bari, y el cual, merced a que los diversos Estados de Italia se hallaban empeñados en luchas recíprocas, pudo atender sin embarazo al difícil problema de la defensa del mediodía de Italia contra los sarracenos.

Otón III (983-1002), hijo de la princesa Teófano y contemporáneo de Basilio II, fue educado en un profundo

respeto hacia Bizancio y la civilización clásica. Tuvo por maestro el famoso erudito Gerberto, que más tarde llegó a ser el Papa Silvestre. Otón III no ocultaba su desdén hacia la rudeza germánica y soñaba en restaurar el antiguo Imperio, con capital en Roma. Según James Bryce, «nadie deseó tanto como él hacer de la ciudad de las Siete Colinas la dueña del mundo y reducir Germania, Lombardía y Grecia a su situación natural de provincias sometidas. Nadie olvidó tanto el presente para vivir en el pasado; ningún alma poseyó tal punto el misticismo ferviente y el respeto por las glorias del pasado sobre el cual reposaba la idea del Imperio medieval»[762]. Y aunque el prestigio de la antigua Roma viviese con fuerza en la mente de Otón, no por eso le atraía menos la Roma oriental, aquella corte de fabulosa magnificencia donde su madre había nacido y pasado sus años de niñez. Sólo siguiendo los pasos de los emperadores bizantinos esperaba Otón devolver a Roma el trono imperial. Se daba el nombre de *imperator romanus* y llamaba a la futura monarquía universal *Orbis romanus*[763].

Aquel joven entusiasta, cuyos utópicos planes predecían complicaciones para Bizancio y dificultades para los emperadores bizantinos, murió de repente el 1002, a los veintidós años.

En tanto, las provincias bizantinas del sur de Italia, protegidas a principios del siglo XI contra los árabes por la flota veneciana, iban a quedar expuestas a un nuevo y temible peligro: el normando, que llegó a amenazar la misma existencia del Imperio de Oriente.

El primer grupo importante de normandos llegó a Italia a comienzos del siglo XI, llamado por Meles, que se había sublevado contra el dominio bizantino. Pero las fuerzas unidas de Meles y los normandos fueron derrotadas cerca de

Cannas, lugar famoso ya por la importante victoria de Aníbal en la segunda guerra púnica. Parte del éxito de esta batalla debiólo Basilio II a los soldados rusos que combatían en las filas de Bizancio. La victoria de Cannas afirmó tanto la situación bizantina en Italia meridional, que en la cuarta década del siglo XI pudo el emperador Miguel el Paflageón preparar una expedición destinada a arrebatar Sicilia a los árabes. Mandaba la expedición Jorge Maniaces e iban en su ejército el famoso héroe escandinavo Haraldo Hardrada y *la druzhina* (compañía variego-rusa). Los bizantinos lograron grandes éxitos. Se ocuparon Mesina y otras ciudades. Pero Sicilia no fue reconquistada. La razón principal del fracaso se debió al relevo de Jorge Maniaces, en quien se sospechaban proyectos ambiciosos.

En el conflicto entre Bizancio y Roma desembocado con la separación de las dos Iglesias en 1054, los normandos se pusieron al lado de Roma y empezaron a progresar, lenta, pero seguramente, en la Italia bizantina. A fines de ese período (hacía la mitad del siglo XI) surgió entre los normandos un jefe valeroso y enérgico, Roberto Guiscardo, cuya actividad se desplegó con más amplitud en el período subsiguiente a la dinastía macedonia.

## Cuestiones internas en la dinastía macedónica

## Cuestiones religiosas en la época de dinastía macedónica

El hecho capital de la historia de la Iglesia bizantina bajo la dinastía macedónica fue la división definitiva de la Iglesia cristiana en dos grupos de fieles: los católicos en Occidente, los ortodoxos en Oriente. Esta escisión se produjo a mediados del siglo XI, tras largas y tenaces querellas que duraron casi dos siglos.

El primer acto de Basilio I en el aspecto religioso fue deponer al patriarca Focio y restablecer a Ignacio, destituido bajo Miguel III. Con esta medida, Basilio esperaba afirmarse en un trono que no le pertenecía legítimamente, y pensaba, alcanzar un doble fin: primero mantener buenas relaciones con el Papa y luego ganarse el apoyo del pueblo bizantino, gran parte del cual era, y Basilio lo sabía, «ignaciano». En las cartas que dirigieron al Papa, Basilio e Ignacio reconocían la autoridad pontificia y su derecho de inspección sobre los asuntos de la Iglesia oriental. El emperador, por ejemplo, escribía: «Padre espiritual y divinamente reverendo Pontífice: Apresúrate a mejorar nuestra Iglesia y danos abundancia de bienes, a saber: unidad pura y una unión exenta de todo conflicto y cisma, una Iglesia una en Dios y un rebaño obediente a un solo pastor»[764]. Ignacio envió al Papa una carta llena de humildad, donde pedía al patriarca de Roma que enviase vicarios a Constantinopla. «Con ellos, (los vicarios) organizaremos excelentemente y como conviene nuestra Iglesia, que hemos recibido de la providencia de Dios por intercesión del sublime Pedro y a vuestras instancias e intercesión»[765]. Estas cartas muestran que en aquel momento el Papado, en lo exterior, triunfaba en Oriente.

Pero el Papa Nicolás no asistió a esta victoria. Las cartas que se le dirigían desde Bizancio no llegaron sino después de su muerte, siendo recogidas por su sucesor, Adrián II.

En los concilios romanos, y después en Constantinopla, en 869, con asistencia de legados del Papa, Focio fue depuesto y anatematizado, con sus partidarios. El concilio reunido en Constantinopla el 869, fue reconocido ecuménico por la Iglesia de Occidente, que lo considera aun como tal.

De manera que en los asuntos religiosos interiores el Imperio cedió en todo ante el Papa. Radicalmente diferente fue la actitud del emperador en el problema religioso fígaro. Se recordará que a finales del reinado de Miguel III el clero latino había triunfado en Bulgaria. Pero Basilio I, arrostrando el descontento del Papa y la oposición de los legados pontificios, logró eliminar definitivamente de Bulgaria al clero latino y el rey búlgaro Boris llegó otra vez a una reunión con la Iglesia oriental. Este suceso había de influir mucho en el destino del pueblo búlgaro. Focio, preso y sometido a duras privaciones, continuó, a pesar de su deposición y excomunión, gozando del respeto y aprecio de sus partidarios, que le fueron fieles durante toda la duración del patriarcado de Ignacio. El propio Basilio reconoció haber obrado mal con Focio y decidió rectificar. Comenzó por llamar a Focio a la corte, confiándole la educación de sus hijos. Luego, al morir Ignacio a edad muy avanzada, el emperador ofreció a Focio la sede patriarcal. La restauración de Focio señala el principio de una nueva política ante el Papa.

En 879 reunióse nuevo concilio en Constantinopla. Esta asamblea sobrepuso su magnificencia, a algunos de los concilios ecuménicos. Según un historiador «fue, en conjunto, un suceso verdaderamente majestuoso, tal como

no sé había visto desde el concilio de Calcedonia»[766]. Los legados del Papa Juan VIII asistieron al concilio. Éste no se limitó a absolver a Focio, levantándole la excomunión, sino que aquellos legados hubieron de escuchar sin protesta la lectura del símbolo de Nicea, omitiendo el Filioque, tan extendido en Occidente. En la última sesión del concilio, los legados proclamaron: «Si alguien rehusa reconocer a Focio como santo patriarca y rehusa comulgar con él, sea con Judas y no se le cuente entre los cristianos». Un historiador católico de Focio, J. Hergenrother, escribe que «el concilio se abrió con el elogio de Focio, y sus sesiones terminaron igualmente con la glorificación del patriarca»[767].

El concilio declaró que el Papa era un patriarca como todos los demás, que no poseía autoridad alguna sobre la Iglesia universal y que, por tanto, no era necesario que el patriarca de Constantinopla fuese confirmado por el Pontífice romano.

Muy irritado por tales decisiones, el Papa envió un legado a Constantinopla, a fin de insistir en que se anulasen todas las medidas conciliares desagradables para el Papa. También exigía concesiones concretas respecto a la Iglesia búlgara. Basilio y Focio no cedieron en nada. Incluso llegaron a poner preso al legado pontificio. Cuando lo supo el Papa Juan VIII pronunció nueva vez anatema contra Focio, ante una considerable multitud de fieles.

Así se produjo una primera separación de las Iglesias. El Imperio y Roma no suspendieron del todo sus relaciones, pero éstas eran eventuales y vagas.

Focio no conservó el patriarcado hasta el fin de sus días, porque su discípulo León VI, hijo de Basilio I, le depuso en 886. Focio murió cinco años más tarde. En el curso de su larga existencia había tenido una intervención capital en la

vida intelectual y religiosa de Bizancio.

El reinado de Basilio I señalóse, además, por cierto número de tentativas para propagar el cristianismo entre las naciones paganas o heterodoxas. Parece que por entonces el Imperio se esforzó en convertir a los rusos al cristianismo, pero tales sucesos permanecen muy obscuros aun. Según un historiador de la época, Basilio persuadió a los rusos de que «*participaran en el salutífero bautismo*[768]» y aceptaran el arzobispo nombrado por Ignacio. Pero es difícil precisar a qué rusos se refiere el autor. Bajo Basilio I se convirtieron la mayoría de las tribus eslavas establecidas en el Peloponeso. Los eslavos paganos quedaron en las montañas del Taigeto. Sábese también que Basilio I obligó a los judíos del Imperio a profesar el cristianismo.

La deposición de Focio por León VI debe explicarse en virtud de las razones siguientes: por una parte el emperador temía la creciente influencia del patriarca y su partido, y por otra deseaba elevar al patriarcado a su hermano Esteban. Con esta última medida contaba adquirir ilimitada autoridad en todos los asuntos eclesiásticos del Imperio, ya que la fuerte personalidad de Focio debía oponerse a la tendencia absolutista del emperador en materia religiosa.

Bajo los sucesores de León se nota fuerte inclinación a reconciliarse con Roma mediante concesiones mutuas.

Pero a comienzos del siglo x la cuestión religiosa produjo nuevas dificultades entre Bizancio y Roma, bajo el patriarcado de Nicolás el Místico, pariente y discípulo de Focio y el más notable de sus sucesores. Según un historiador, «dos rasgos más nobles de Focio se hallan de nuevo en su discípulo Nicolás el Místico, quien se esforzó más que nadie en parecerse al tipo ideal de patriarca que, a sus ojos, simbolizaba Focio[769]». Nicolás el Místico ha dejado

cartas muy interesantes, inestimables desde el punto de vista histórico y eclesiástico.

Entre León y Nicolás surgió una disputa muy violenta a propósito del cuarto casamiento del emperador. El patriarca se oponía a su celebración alegando que contrariaba todas las leyes de la Iglesia[770]. El emperador, prescindiendo de Nicolás, obligó a otro sacerdote a que le casara con Zoé, que así se convirtió en su cuarta mujer (las otras tres habían muerto a poco de casadas). Después de la ceremonia, ejecutada en ausencia del patriarca, León mismo puso la corona imperial sobre la cabeza de Zoé, lo que permitió decir más tarde a Nicolás el Místico, que el emperador había servido a Zoé «a la vez de desposado y de obispo»[771]. Parece que los patriarcas orientales, interrogados sobre el asunto, habían permitido a León un cuarto matrimonio[772].

Aquel matrimonio produjo viva agitación en el Imperio. Nicolás fue depuesto y desterrado. En el concilio de Constantinopla se acordó otorgar dispensa al emperador y no anular su casamiento. Tras largas deliberaciones se concedió la sede patriarcal a Eutimio.

El concilio no restableció la unión en el interior del Imperio. Se formaron dos partidos en el clero bizantino. El primero, defensor de Nicolás, se oponía a la confirmación del cuarto casamiento del emperador y recusaba al nuevo patriarca, Eutimio. El segundo partido —la minoría—, aprobaba la decisión del concilio sobre el casamiento de León y reconocía a Eutimio como jefe de la Iglesia. La discordia cundió por todo el Imperio y una encarnizada lucha separó a nicolaítas y eutimitas. Algunos eruditos pretenden ver en esta lucha una continuación de la antigua querella entre focianos e ignacianos, aplacada durante algún tiempo[773]. Al fin el emperador comprendió que sólo la

energía y experiencia de Nicolás podrían terminar con aquel estado de cosas y algo antes de su muerte (912) llamó a Nicolás, depuso a Eutimio y restableció al primero en el trono patriarcal.

En interés de la paz religiosa del Imperio, Nicolás se esforzó en reanudar las relaciones con Roma, que había aprobado el cuarto matrimonio de León. Bajo la regencia de Zoé, que reinó durante la minoridad de su hijo Constantino VII Porfirogénito, Nicolás el Místico careció de influencia, pero cuando, en 919, el Gobierno pasó a manos del suegro de Constantino, Roman I Lecapeno, siendo Zoé obligada a tomar el hábito monástico, Nicolás recuperó todo su influjo. El hecho principal de los años postreros de su patriarcado fue la reunión de un concilio en Constantinopla. A él asistieron nicolaítas y eutimitas y allí se compuso el Tomo de unión; aprobado en sesión plenaria. Aquel acto proclamaba el cuarto casamiento «indiscutiblemente ilegítimo y nulo, porque estaba prohibido por la Iglesia y era intolerable en tierra cristiana»[774]. No se hacía alusión directa al cuarto matrimonio de León.

Los dos partidos se declararon satisfechos de la decisión del concilio. Es muy probable, como supone Drinov, que la reconciliación de eutimitas y nicolaítas fuese apresurada por «el error suscitado en Bizancio por el éxito de las armas búlgaras»[775]. Después del concilio se cambiaron cartas con el Papa, quien consintió en enviar a la capital dos obispos a fin de condenar los conflictos que había provocado el cuarto casamiento de León. Así se restablecieron las relaciones directas entre Roma y Constantinopla. El historiador ruso Lebediev resume el desenlace de la lucha de este modo: «El patriarca Nicolás aparece en aquél nuevo choque de las Iglesias de Roma y de Constantinopla como el mayor vencedor. La Iglesia romana hubo de ceder ante

Constantinopla y condenar sus propios actos»[776]. Después de la muerte de Nicolás (925), Roman Lecapeno gozó de plena autoridad sobre la Iglesia y, con frase de Runciman «el *cesara-papismo* apareció una vez más como triunfante»[777].

La figura del emperador Nicéforo Focas es muy interesante desde el punto de vista religioso. Aquel general de tanto talento, cuyo nombre está vinculado a tantas páginas brillantes de la historia de Bizancio, mostró, sobre todo a raíz de su ascensión al trono, profundo interés por los ideales monásticos. Incluso usó cilicio. Además, estuvo en íntima relación con San Atanasio el Athonita, célebre fundador de un gran monasterio en el Athos. En la Vida de San Atanasio se lee la anécdota de que un día, en un transporte de celo religioso, Nicéforo confió a Atanasio su propósito de renunciar a todas las vanidades del mundo para consagrarse al servicio de Dios[778]. El historiador bizantino León el Diácono declara que Nicéforo mostraba constancia incansable en sus plegarias a Dios y sus oraciones nocturnas. Sus himnos prueban en Nicéforo sentimientos muy elevados; no tenía inclinación alguna hacia las cosas vanas[779]. Según un historiador, Nicéforo Focas fue «un hombre extraño, mitad soldado, mitad asceta»[780]. Muchas gentes quedaron, pues, sorprendidas al ver a aquel emperador de tendencias ascéticas casar con la joven y bella Teófano, viuda del emperador Romano II y mujer de reputación bastante dudosa. La inscripción grabada sobre el sarcófago de Nicéforo atestigua esta pasión. Allí se lee, entre otras cosas: «*Tú, que lo venciste todo, salvo a una mujer*[781]».

La medida religiosa más importante de Nicéforo fue su famosa Novela, dada a la luz el 964, «concerniente a los monasterios, los hospicios y las casas para ancianos».

En la época de la dinastía macedónica, la propiedad

territorial monástica había adquirido extraordinarias proporciones, extendiéndose a menudo en detrimento de las propiedades agrícolas libres. Como vamos a ver, se opusieron a ello varios emperadores de esta dinastía. Ya antes del período iconoclasta (fines el siglo VII y comienzos del VIII), la Iglesia oriental poseía enormes bienes. Ciertos historiadores han comparado las riquezas de la Iglesia oriental a las propiedades análogas de la occidental en tiempos de los reyes francos, los cuales se quejaban de ver su tesoro vacío a causa del paso de sus tierras a manos del clero. Los emperadores iconoclastas del siglo VIII entablaron una lucha muy activa contra los monasterios. Algunos de estos fueron clausurados y confiscados sus bienes en provecho del Tesoro. En la misma época, un célebre mayordomo palatino del reino franco, Carlos Martel, secularizaba de modo análogo las propiedades de la Iglesia. Con el fracaso del iconoclasma y el advenimiento de la dinastía macedónica, el número de monasterios y la extensión de sus propiedades territoriales volvieron a crecer muy rápidamente. Ya Roman Lecapeno, en una Novela, había expresado la intención de limitar en cierta medida los progresos de la propiedad agrícola monástica. Nicéforo dio un paso más decisivo en la misma dirección el año 964, fecha de la publicación, de su Novela.

Ésta declara que un «*mal patente*» —una avaricia excesiva— se había propagado en los monasterios y «*otras instituciones sacras*» y que la «adquisición de enormes propiedades de varios millares de acres, la posesión de numerosos árboles frutales» no podían considerarse un mandamiento de los Apóstoles o una tradición de los Padres. Así, el emperador deseaba «*extirpar la ambición, ese azote detestado de Dios*», a cuyo fin prohibió fundar nuevos monasterios, hospitales y hospicios y toda donación en favor

de obispos y metropolitanos[782].

Aquel duro decreto, que debió de suscitar un descontento profundo en la población, no podía permanecer mucho tiempo en vigor, incluso si se aplicaba incompletamente; Basilio II derogó la Novela de Nicéforo Focas «como ley hiriente e injuriosa, no sólo para las iglesias y los hospitales, sino también para Dios mismo»[783], y restauró las leyes monásticas de la época de Basilio I y León VI, es decir, las Basílicas y la Novela de Constantino Porfirogénito. Una de las razones de que Basilio II aboliese la Novela de Nicéforo Focas era su profunda convicción de que aquella ley había atraído sobre el Imperio la ira divina durante todo el final del siglo x, época en que las dificultades internas y exteriores pusieron a Bizancio a dos pasos de la ruina.

Nicéforo Focas dio un paso importante hacia el refuerzo de la organización del clero bizantino en las provincias meridionales italianas de Calabria y Apulia, donde las influencias pontificales y occidentales iban camino de imponerse, en especial desde la coronación de Otón I. Nicéforo hizo que su patriarca prohibiese el ritual latino en las provincias citadas, prescribiendo el uso del ritual griego. Esta medida fue una de las numerosas causas de que el Papado se indispusiese con el Imperio bizantino. En los últimos años del reinado de Nicéforo el Papa comenzó a dirigirse a él como «Emperador de los griegos», reservando a la par el título oficial de «Emperador de los romanos» a Otón.

Es interesante notar una curiosa iniciativa de Nicéforo Focas: la de querer hacer venerar como mártires a todos los soldados caídos en lucha contra los infieles. El patriarca y los obispos se opusieron con energía a este proyecto y el

emperador renunció a él.

Los nombres de Nicéforo Focas y Juan Tzimisces están unidos al principio de una nueva era en la vida del Monte Athos, famoso por sus monasterios.

Desde el siglo IV, al principio mismo de la vida monástica, se habían retirado al Athos eremitas solitarios y hacia el siglo VII se encontraban edificados en aquellos lugares varios monasterios pequeños y pobres.

Durante las turbulencias iconoclastas del siglo VIII, las casi inaccesibles regiones del Athos sirvieron de refugio a muchos adoradores de las perseguidas imágenes, que se llevaron consigo abundantes objetos eclesiásticos, manuscritos y reliquias. Pero las incursiones marítimas de los árabes ponían en peligro la seguridad del Athos. Durante aquellas incursiones fueron muertos o llevados cautivos muchos monjes. Antes del siglo X el Athos había conocido varios períodos de desolación. En la época de Nicéforo Focas las organizaciones monásticas del Monte Athos se tornaron mucho más fuertes, en especial cuando San Atanasio fundó su primer gran monasterio. Éste poseía una organización cenobítica (vida en común) y una regla nueva (en griego «typikon», nombre ordinario de las reglas monásticas en el Imperio bizantino). Los eremitas (*anacoretas*) del Athos, opuestos a la introducción de una vida monástica cenobítica, se quejaron de Atanasio a Juan Tzimisces, acusando al fundador del monasterio de infringir las antiguas costumbres de la Montaña Santa, según llama al Athos el «typikon» de Atanasio. Tzimisces examinó la reclamación y confirmó la antigua regla del Athos, que toleraba la existencia simultánea de anacoretas y cenobitas[784]. A raíz de la fundación del monasterio de Atanasio, se crearon muchos conventos nuevos, griegos o no. En la época de Basilio II

había ya un monasterio Íbero o georgiano, y emigrantes llegados de Italia fundaron dos: uno romano y otro amalfitano. Un gran erudito que se ha ocupado especialmente de la historia de la Iglesia de Oriente —el obispo Porfirio Uspensky—, estima que, al morir Atanasio hacia el año 1000, había tres mil «diversos monjes» en el Monte Athos[785]. Desde el siglo XI se menciona una laura o convento ruso en aquella montaña. El nombre de Montaña Santa aparece por vez primera oficialmente en el segundo grupo de reglas «*(typikon*») dadas por el emperador Constantino Monómaco hacia mediados del siglo XI[786]. La administración de los monasterios corría a cargo de un consejo de abades (*higúmenos*), dirigidos por un superior o «protos». El consejo era conocido por el nombre de «prótaton». Así, en la época de la dinastía macedonia el Athos convirtióse en un centro espiritual cuya importancia rebasaba el marco del Imperio bizantino.

El problema de la separación de las dos Iglesias, tan agudo en el siglo IX, se resolvió a mediados del XI. Las causas de la ruptura fueron esencialmente de carácter doctrinal; pero la final escisión fue sin duda apresurada por los cambios que se produjeron en Italia a mediados del siglo XI. A pesar de las prohibiciones de Nicéforo Focas, la influencia de la Iglesia latina había seguido penetrando en las provincias apuliana y calabresa. A mediados del siglo XI el trono pontificio fue ocupado por León IX, cuyas preocupaciones no se referían sólo a lo eclesiástico y alcanzaban lo político. Así, el movimiento cluniacense, que tanto éxito tuvo en la Iglesia occidental, se desarrolló bajo la protección directa de aquel Papa. El objeto de tal movimiento era reformar la Iglesia, elevar su nivel de moralidad, restablecer la disciplina relajada y suprimir las

costumbres y usos profanos que habían invadido la vida eclesiástica (simonía, casamiento de sacerdotes, investidura temporal, etc.). Siempre que los defensores de aquel movimiento penetraban en una provincia, empezaban por tornar a colocar la vida espiritual de ésta bajo la dependencia directa del Papa. El movimiento de Cluny hizo notables progresos en la Italia del sur, lo que causó vivo descontento en la Iglesia oriental. Por otra parte, León IX estaba convencido de lo bien fundado de los motivos de su intervención política en los asuntos. Hallamos alusión, en los *mensajes cruzados* entre el Papa y el patriarca de Constantinopla (Miguel Cerulario), a la famosa Donación de Constantino (Donatio Constantini), que se suponía haber atribuido al obispo de Roma una autoridad no sólo espiritual, sino también temporal[787]. Pero, a pesar de las diversas complicaciones que se habían suscitado entre Oriente y Occidente, no se esperaba para un porvenir tan próximo una ruptura de las Iglesias, tanto más cuanto que el emperador bizantino, Constantino IX Monómaco, estaba dispuesto a buscar una solución pacífica.

El Papa envió legados a Constantinopla. Entre ellos figuraba el altanero cardenal Humberto. Todos, y Humberto en especial, se portaron respecto al patriarca con arrogancia e insolencia, poniéndole en el trance de suspender las negociaciones y negarse a hacer la menor concesión a Roma. Entonces (verano de 1054), los legados colocaron sobre el altar de Santa Sofía una bula de excomunión, pronunciando anatema contra el patriarca «Miguel y sus secuaces, culpables de los errores e insolencias arriba mencionados…» y colocándole en la misma categoría que «todos los heréticos, con el diablo y sus demonios»[788]. Miguel respondió convocando un concilio donde se excomulgó a los legados romanos y a cuantos, a la vez que ellos, habían ido

de *la ciudad protegida de Dios*, como una borrasca, o una tempestad, a un hambre, o, para mejor decirlo, como jabalíes salvajes, a fin de destruir la verdad[789].

Así se produjo el cisma definitivo de las Iglesias occidental y oriental en 1054. La actitud de los tres patriarcas orientales tenía extrema importancia para Miguel Cerulario. ¿Qué harían los patriarcas después de aquella ruptura? Miguel, por intermedio del de Alejandría, notificó a los de Antioquía y Jerusalén que se había consumado la separación de las dos Iglesias, haciendo seguir a tal mensaje explicaciones adecuadas. Pese a la escasez de fuentes, se puede afirmar con la mayor certidumbre que los tres patriarcas orientales apoyaron al de Constantinopla[790].

La escisión de 1054 puede considerarse una gran victoria del Patriarca de Constantinopla, ya que le libró por completo de las pretensiones pontificales. Su autoridad sobre el mundo eslavo y los patriarcas de Oriente creció mucho. Pero políticamente el cisma de 1054 fue fatal al Imperio, porque destruyó para el futuro toda posibilidad de entendimiento y acción común entre el imperio bizantino y Occidente, que quedó bajo la profunda influencia del Papado. Y aquella falta de entendimiento resultó nefasta para el Imperio, que necesitaba la ayuda occidental tanto más cuanto más se perfilaba en el horizonte la amenaza turca. Bréhier enjuicia así las consecuencias de la ruptura entre el Imperio y Occidente: «Aquel cisma, al hacer infructuoso todo esfuerzo de conciliación entre el Imperio de Constantinopla y el Occidente, traza las vías de la decadencia y caída del Imperio»[791].

Al principio el cisma no afectó más que a los medios oficiales, el clero y el Gobierno. La masa de la población permaneció tranquila, e incluso ignoró durante algún tiempo

las divergencias doctrinales entre Roma y Constantinopla. Es interesante observar la actitud de Rusia en aquel suceso. Los metropolitanos rusos del siglo XI, nombrados o confirmados por Constantinopla, aceptaron, naturalmente, el punto de vista bizantino; pero la masa del pueblo ruso no sentía agravios contra la Iglesia latina y no hallaba error alguno en las enseñanzas de ésta. Así vemos, por ejemplo, a un príncipe ruso del siglo XI apelar al socorro del Papa contra un usurpador, sin que tal apelación produjese sorpresa ni protesta[792].

## La obra legislativa de los emperadores macedonios. Los «poderosos» y los «pobres»

La época de la dinastía macedónica presenció una gran actividad legislativa. Basilio I deseaba crear un Código general del derecho grecorromano o bizantina, donde se encontrasen, por orden cronológico, todas las actas legislativas antiguas y nuevas. En otros términos, proyectaba adaptar y completar la obra legislativa de Justiniano, añadiendo las leyes promulgadas con posterioridad. Las cuatro partes del *Código justinianeo*, escritas en su mayoría en latín y muy voluminosas, no se estudiaban, por lo común, sino en los compendios griegos o en exposiciones, extractos y comentarios del texto original latino. Numerosas obras de segunda mano, aunque muy difundidas, solían ser poco esmeradas y con frecuencia mutilaban los textos primitivos. Basilio I se proponía

eliminar las leyes antiguas abrogadas por Novelas posteriores e introducir cierto número de leyes nuevas. Los términos y expresiones latinas conservados en el nuevo Código debían ser explicados en griego, puesto que éste iba a ser el idioma empleado en la obra legislativa de Basilio. El emperador caracterizaba su propósito de reforma jurídica diciendo que era una «revisión (literalmente *purificación*) de las antiguas leyes».

Comprendiendo que la ejecución de tal Código invertiría un tiempo considerable, Basilio publicó una obra menos voluminosa, titulada *El Prokeiron Nomos* (o προκειρος νομος), o *Manual de Derecho*[793], y destinada a dar a las personas que se interesaban por el derecho una breve exposición de las leyes que gobernaban el Imperio. En el prefacio se habla de esas leyes como de reglas que establecen en el Imperio la justicia, «única cosa que, según Salomón, exalta a una nación» (Proverbios, 14, 34)[794]. El *Prokeiron* se dividía en cuarenta títulos y contenía las principales reglas del Derecho civil, así como una lista completa de penas aplicables a los diversos crímenes y delitos. Sus autores se habían servido, en especial para las 21 primeras lecciones, de las *Instituía* de Justiniano. Otras partes del *Código justinianeo* se usaban también, pero en menor grado. Tan corriente era recurrir a las versiones griegas revisadas y abreviadas del antiguo Código, que incluso los autores del *Prokeiron* las utilizaron con preferencia a los originales latinos. Es interesante señalar que el Prokeiron habla de la *Écloga* de León y Constantino como de un compendio «subversivo de malas leyes inútiles para el Imperio», declarando «poco prudente dejarlas en vigencia»[795]. A pesar de tan duro juicio, la Écloga de los isáuricos, tan práctica y popular, fue ampliamente utilizada para el Prokeiron, sobre todo en sus últimos diecinueve

títulos. La introducción del Prokeiron manifestaba que cuantos quisiesen estudiar el Derecho con mayor detalle disponían de un Código más voluminoso, en sesenta volúmenes, compuesto también en la época de Basilio[796].

A finales del reinado de Basilio se realizó y publicó una nueva compilación de leyes titulada *Epanagoge*. Varios sabios erróneamente han visto en ese trabajo una simple refundición del Prokeiron revisado y aumentado[797]. Pero, según su prefacio, la *Epanagoge* era una introducción a los cuarenta volúmenes de leyes antiguas «*purificadas*»[798]. y reunidas bajo el reinado de Basilio. La misma *Epanagoge* se divide en cuarenta títulos. No podemos decir con exactitud lo que representaban aquellas dos compilaciones: la de sesenta libros que menciona el Prokeiron y la de cuarenta de que habla el *Epanagoge*. Sin duda su publicación no se acabó bajo el reinado de Basilio, y sin duda también sirvieron de fundamento a las *Basílicas* publicadas por León VI, sucesor de aquél.

Algunos eruditos opinan que la *Epanagoge* no llegó a publicarse nunca, permaneciendo como proyecto o esbozo[799], mientras otros dan ese trabajo por publicado oficialmente[800].

La *Epanagoge* difiere mucho del *Prokeiron*. En su primera parte contiene capítulos enteramente nuevos y muy interesantes sobre la autoridad imperial, el poder del patriarca y las prerrogativas de los demás funcionarios civiles y religiosos. Hallamos en esa parte una pintura muy clara de la estructura política y social del Imperio y de las relaciones de la Iglesia y el Estado[801]. Además, los materiales que en la *Epanagoge* se toman al Prokeiron están dispuestos de una manera nueva. Es casi seguro que el patriarca Focio colaboró en la composición de la *Epanagoge*.

Su influencia se advierte particularmente clara en la definición de las relaciones del poder imperial y el poder del patriarca y en la resolución dada al problema de la jerarquía del patriarcado ecuménico de la Nueva Roma respecto a los demás patriarcas, quienes no deben ser considerados sino como *«jerarcas» locales*. Como el Prokeiron, la *Epanagoge* ataca en su introducción a la Écloga de los emperadores iconoclastas, acusándola de «comadrerías de los isáuricos, que pretendían oponerse a la doctrina divina y destruir las leyes saludables»[802]. También en esta parte de la *Epanagoge*, se trata de abrogar por completo la Écloga; y sin embargo, utiliza algunos de sus elementos.

La *Epanagoge*, como algunos otros compendios legislativos bizantinos, fue traducida al eslavo, hallándose varios extractos de ella en los Códigos eslavos y en el llamado Libro de las reglas rusas (*Kormtchaia Kniga*], o *Código administrativo*, que vemos mencionado desde el siglo X. Las ideas expresadas en la *Epanagoge* ejercieron mucho influjo sobre la historia ulterior de Rusia. Hallamos, por ejemplo, en los documentos relativos al proceso del patriarca Nikon, reinando Alejo Mijáilovich (siglo XVIII), citas íntegras de la *Epanagoge*, en lo que se refiere a la autoridad del emperador[803].

El Prokeiron y la *Epanagoge*, así como la obra de «purificación del antiguo Derecho», ejecutada bajo Basilio I, constituyeron una gran tarea legislativa. Con sus esfuerzos para difundir el Derecho justinianeo, remontándose, por así decirlo, a las fuentes, algo descuidadas, del Derecho romano, Basilio dio a aquel Derecho una nueva vida, adaptándolo a la vez, con apropiadas adiciones, a las nuevas circunstancias de la vida social y económica.

La obra legislativa de Basilio preparó la de su hijo y

sucesor, León VI el Filósofo, quien hizo redactar con el título de *Basílicas* el monumento más completo del Derecho bizantino o grecorromano. Las *Basílicas* eran una compilación y un resumen, en lengua griega, de todos los trabajos jurídicos publicados en el reinado de Justiniano. El nombre de la compilación no deriva, como se ha supuesto por error, del de Basilio I, que había preparado los materiales de la obra, sino del vocablo griego basileus, que significa emperador o monarca. Por tanto, la traducción exacta de esa obra es *Leyes Imperiales.*

Las Basílicas fueron redactadas por una comisión de jurisconsultos entendidos, a quienes designó el emperador.

La compilación debida al interés de León VI se dividía en sesenta libros y realizaba el plan de Basilio, puesto que restablecía la obra legislativa de Justiniano, omitiendo las leyes en desuso o inaplicables a consecuencia de los cambios operados en la vida bizantina. Más que una traducción completa y literal de los textos de Justiniano, *las Basílicas* representan una adaptación. Sus autores utilizan como fuentes ciertas Novelas y otros documentos jurídicos publicados después de Justiniano, empleando incluso varias Novelas de Basilio I y León VI[804].

No nos ha llegado ningún manuscrito del conjunto de las Basílicas, pero diversos manuscritos que poseemos contienen partes de ellas, con lo que nos son conocidas dos terceras partes de la obra.

Hay una obra del siglo XII de gran ayuda para reconstituir los libros perdidos de las Basílicas: el *Tipucitus* atribuido al jurisconsulto bizantino Patzus[805]. Ese libro contiene un índice de las materias tratadas en la Basílicas, da los epígrafes correspondientes e indica los capítulos más importantes de cada «título». El *Tipucitus* no se ha editado

aún hasta hoy íntegramente[806].

Aquella resurrección del Derecho clásico, aunque cuidadosamente adaptada a las nuevas condiciones, era, no obstante, artificial y no podía substituir a las leyes exigidas por la vida en sí. De aquí que numerosas partes de la *Écloga* siguieran en vigor después de aparecidas las Basílicas, siendo incluso revisadas y aumentadas las primeras varias veces.

Según toda verosimilitud debe igualmente atribuirse a la época de León VI un documento muy interesante, «tesoro inestimable para la historia interior de Constantinopla[807]», el llamado *Libro del Eparca*, o del Prefecto, descubierto en Ginebra y publicado por el erudito ruso Nicol a fines del siglo XIX[808]. Sin embargo, ciertos historiadores se inclinan a pensar, de algún tiempo a esta parte, que tal documento data de mediados del siglo X[809].

Se llamaba en Bizancio Eparca o Prefecto de Constantinopla al gobernador de la capital, quien estaba investido de autoridad casi ilimitada, siendo su cargo el más elevado de la carrera administrativa. Su principal misión consistía en garantizar la seguridad y el orden, y tenía bajo su mando un personal considerable. De él dependía una oficina conocida en Bizancio como *secretum del Eparca*. A más de la indicada tarea, el Prefecto tenía jurisdicción sobre los gremios y corporaciones de mercaderes y artesanos de la capital. El *Libro del Eparca* proyecta mucha luz sobre este aspecto de la vida bizantina —apenas tocado en las fuentes—, enumerando las diversas clases de comerciantes y artesanos, exponiendo la organización interior de sus corporaciones, hablando de la actitud general del Gobierno respecto a ellas, etc. En cabeza de la lista de corporaciones figura una organización que, según nuestros conceptos modernos, no

debiera estar inclusa en una lista de corporaciones mercantiles y artesanas: la corporación de los notarios. Entre otras cosas los miembros de tal organización debían conocer los sesenta libros de las Basílicas. Siguen las agrupaciones de joyeros, de productores de seda, de tejedores de seda, de fabricantes de tela, de cera, de jabón, de cuero, y los tahoneros. Se hallan mencionados en la lista de mercaderes los cambistas de moneda, los comerciantes en sedas, los traficantes en seda en bruto; los vendedores de perfumes, de cera, de jabón; los tenderos de comestibles, los carniceros; los expendedores de cerdo, de pescado, de caballos; los panaderos, los taberneros. Cada corporación gozaba de un monopolio y pesaban severas penas sobre quienes quisiesen dedicarse a dos distintos comercios, por semejantes que fuesen. La vida interna de las corporaciones, su organización, su actividad, la concesión de mercados, precios y beneficios, la exportación e importación y muchas otras cosas estaban estrictamente reglamentadas y vigiladas por el Gobierno. La libertad de comercio y de producción era desconocida en Bizancio. El Eparca de Constantinopla era el único alto funcionario con derecho a intervenir, personalmente o por medio de representantes, en la vida de las corporaciones, regulando su producción y comercio.

Los informes que hallamos en el Libro del Eparca nos proporcionan elementos para una interesante comparación entre las corporaciones bizantinas y las de la Europa occidental.

La obra legislativa de Basilio I y León VI produjo una momentánea renovación en el campo de la literatura jurídica, renacimiento expresado, de una parte, por la publicación de numerosos comentarios y exégesis de las Basílicas (*scholia*), y de otra, por diversos manuales, resúmenes y compilaciones.

Los emperadores del siglo x expusieron también, mediante algunas Novelas, su política respecto a uno de los problemas más candentes de la vida social y económica de aquel período: el del desarrollo excesivo de la gran propiedad rural, con fuerte detrimento de la pequeña propiedad libre y de las comunalidades rurales libres también.

En tiempos de la dinastía macedonia, la clase de los «poderosos» o los ricos aristócratas, habían recobrado su influencia. En el otro extremo de la escala social estaban los «pobres», que cabe comparar a los «*pauperes*» de la Europa occidental y a los «desamparados» (*siroti*) del período zarista de la historia rusa. Los pobres del Imperio bizantino del siglo x eran los pequeños propietarios rurales y aldeanos de los comunes a los que la carga de los impuestos, como así también obligaciones diversas forzaba a pedir apoyo económico, militar y político a *los ricos* y a pagar tal protección con su libertad e independencia.

Los progresos de *los ricos* en el siglo x parecen a primera vista repentinos, pero se explican en parte por la repercusión del alzamiento de Tomás, el Eslavo en la tercera década del siglo ix. La explicación tiene peso sobre todo con respecto al Asia Menor, donde el número de grandes propietarios aumentó en considerables proporciones en el siglo x. La insurrección de Tomás, violenta y larga, provocó la ruina de muchos pequeños propietarios agrícolas, y como consecuencia muchos tuvieron que abandonar sus establecimientos a sus vecinos más opulentos. De todos modos esta fue sólo una de las causas del desarrollo de la propiedad en vasta escala. En conjunto, el problema del crecimiento de la gran propiedad rural en Bizancio durante los siglos ix y x no había llegado a su fin.

Los emperadores de la dinastía macedónica, al menos desde Roman Lecapeno (919-944) hasta la muerte de Basilio I (1025), defendieron con energía a los pequeños propietarios rurales y a los comunes contra las usurpaciones de los *poderosos ricos.* Las razones de tal ofensiva contra la propiedad grande deben buscarse en el desarrollo excesivo de ésta. Los ricos terratenientes, disponiendo de muchos siervos e inmensos terrenos, podían fácilmente levantar y conservar en sus tierras ejércitos de dependientes suyos, lo que les permitía conspirar contra el Gobierno, desastabilizándolo poniéndole condiciones, que por supuesto siempre serían en la mayor parte favorables a sus propios designios e intereses. Al tratar de rebajar a los poderosos sosteniendo los intereses de los pequeños propietarios rurales, los emperadores defendían a la vez su propio poder; su trono, seriamente amenazados en el siglo x, sobre todo en Asia Menor.

También hubieron de defender las tierras de militares. Desde la época de Imperio romano había sido corriente hacer asignaciones de tierras a los soldados. En general eran tierras sitas en las fronteras, pero también a veces en el interior del Imperio. Los colonos seguían sirviendo en el ejército. Aquella colonias militares sobrevivieron hasta el siglo x, más la práctica estaba en decadencia. En los siglos IX y x los ricos terratenientes amenazaron también aquel género de colonias, esforzándose en adquirirlas a peso de oro, como hacían con los establecimientos de los campesinos pobres. Los emperadores del período hicieron grandes esfuerzo para proteger a los feudos militares.

Las medidas tomadas por los emperadores macedonios para defender la pequeña propiedad rural y militar fueron sencillas y uniformes, limitándose a prohibir a los poderosos

la compra de propiedades comunales y la adquisición de tierras de militares o pequeños propietarios.

Roman I Lecapeno inició el 922 las hostilidades contra los grandes señores feudales, publicando una *Novela* que contenía tres ordenanzas: 1) En toda venta o arrendamiento por un término dado o vitalicio, tenían preferencia los campesinos y sus comunes libres; 2), se prohibía a los *ricos* a adquirir propiedades de los pobres en modo alguno, fuese donación, testamento, patronato, compra, arriendo o cambio; 3) las propiedades militares enajenadas, fuese como fuera, en los treinta años últimos y las que lo fueran después, serían devueltas a sus antiguos propietarios sin compensación alguna.

Pero a poco de publicada esta Novela terribles calamidades afligieron al Imperio, creando serias dificultades a la aplicación de las medidas de Román. Hubo heladas intempestivas, escasez, un hambre terrible y una epidemia de peste, todo lo cual hizo muy crítica la situación de los campesinos. Los terratenientes aprovechando esa situación desesperada de los pequeños propietarios, compraron los bienes de los últimos a precios muy bajos y a veces hasta por un pedazo de pan.

Aquella abierta violación de la ley obligó a Roman a publicar en 934 una segunda Novela, donde reprobaba la cruel avaricia *de la clase rica*, diciendo que ésta era «para los desgraciados campesinos una especie de peste o de gangrena que roía el cuerpo de la aldea y lo ponía muy cerca del peligro supremo»[810]. Según aquella Novela, los campesinos a quienes los poderosos hubiesen ilegalmente comprado tierras durante o después de los años de hambre, podrían rescatar sus bienes al mismo precio a que los habían vendido, debiendo los nuevos propietarios abandonar lo

adquirido tan pronto como les fuese pagado. Tras una breve observación sobre los éxitos logrados por el ejército bizantino, la Novela concluía con estas palabras: «Sí nosotros hemos obtenido tantos éxitos en nuestra lucha exterior, ¿cómo podríamos dejar de reducir a nuestros adversarios interiores y domésticos, enemigos de la naturaleza humana y del buen orden, en nuestro justo deseo de libertad y de aplicación inflexible de la presente ley?»[811]

Pero el decreto de Roman Lecapeno no detuvo el desarrollo de la gran propiedad territorial ni el movimiento de absorción de la pequeña propiedad y propiedad comunal. En una Novela posterior de Constantino Porfirogénito se constata oficialmente la inobservancia de las antiguas leyes. Bajo Constantino Porfirogénito las medidas prohibitivas contra los ricos fueron más severas aun que bajo Roman Lecapeno. Más Nicéforo Focas, miembro de la clase de los poderosos, tendió más que ninguno de sus predecesores a favorecer los intereses de la clase propietaria. Con frase de V. G. Vasilievsky, la Novela de Nicéforo Focas «indica incontestablemente una reacción, en el campo legislativo, en favor de la clase de los magnates, incluso al limitarse a conceder a las dos partes un trato igual»[812]. La Novela declara: «Los antiguos legisladores veían en todos los emperadores campeones de la justicia y los calificaban de bienhechores de todos sus súbditos, iguales para todos»; luego queda entendido que los predecesores de Nicéforo Focas se habían apartado de aquel antiguo ideal. «Han descuidado por completo el ocuparse en la prosperidad de los poderosos y ni siquiera les han dejado en posesión de lo que ya habían adquirido»[813]. Al derogar las leyes anteriores, Nicéforo Focas dio de nuevo libre curso a las ilegalidades y avidez de la clase poderosa.

El más implacable adversario de aquella clase fue Basilio

II Bulgaróctonos. Dos jefes de poderosas familias del Asia Menor, Bardas Focas y Bardas Skleros, se habían levantado contra el emperador y estado a punto de derribarle. Sólo la intervención del cuerpo auxiliar ruso enviado por el príncipe Vladimiro salvó de la caída al monarca. No es asombroso, pues, que Basilio II considerara a los grandes propietarios rurales como sus más peligrosos enemigos, mostrándose de una dureza inexorable en sus relaciones con ellos. Atravesando Capadocia ocurrióle parar en casa de Eustaquio Maleinos, dueño de inmensas propiedades, y el cual, así como los que le rodeaban, acogieron al emperador con la mayor magnificencia. Pero Basilio vio en su huésped un posible rival, capaz de seguir las huellas de Bardas Focas y Bardas Skleros, y por tanto, hizo le acompañara a la capital y permanecer en ella hasta el fin de sus días. A la muerte de Maleinos sus vastas propiedades fueron confiscadas. En la misma Novela del emperador se relata un incidente análogo. Noticioso Basilio de que un tal Filocales, antes pobre campesino del Asia Menor, había hecho fortuna y llegado a una posición elevada, adueñándose entonces como propietario de la aldea en que vivía e incluso cambiando de nombre, mandó que todos los suntuosos edificios propiedad de Filocales fuesen arrasados hasta los cimientos y sus tierras restituidas a los pobres. Por orden del emperador, Filocales volvió a ser un mero aldeano[814]. Pero es indudable que las familias de Focas, Skleros y Maleinos no constituían ellas solas toda la clase de grandes propietarios del Asía Menor.

La famosa Novela de 996 abolió la prescripción de cuarenta años, que garantizaba el derecho de los ricos terratenientes que se habían adueñado ilegalmente de los bienes de los campesinos y procurado «ya con presentes, ya usando de su poder, adquirir la propiedad definitiva de lo

que habían adquirido a los pobres por medios deshonestos»[815]. Los bienes comprados por los magnates a las comunidades rurales antes de la publicación del primer edicto de Roman no permanecerían entre sus manos de no probar su derecho de propiedad, ya mediante documento escrito, ya con un número suficiente de testigos verbales. La Novela declaraba que las exigencias de tesorería no conocían prescripción alguna y, por tanto, el Estado (podía hacer valer sus pretensiones remontándose hasta la época de Cesar Augusto)[816].

El problema de los feudos militares obligó también a los macedonios a emitir varios edictos.

Como complemento a la Novela de 996, Basilio II expidió decreto relativo al impuesto denominado *allelengyon* (garantía mutua). Ya a principios del siglo IX, el emperador Nicéforo I (a cuanto cabe juzgar de los breves informes que no da una fuente)[817], había promulgado disposiciones según las cuales los ricos vecinos de los pobres eran responsables del pago íntegro de los impuestos de los últimos. A veces se ha comparado esta medida a lo dispuesto en el «*epibolé*» (adjectio sterilium). Las ordenanzas de Nicéforo I motivaron tal odio contra el emperador que, a lo que parece, sus sucesores hubieron de renunciar a tal impuesto. Pero la continuación de la guerra búlgara exigía gastos enormes y, además, Basilio deseaba vivamente asestar un golpe violento a los poderosos. Así, restableció la ley que hacía a los propietarios ricos solidarios de los pobres y les obligaba a pagar, en caso de incapacidad de éstos, los impuestos, que les correspondían. Si tal medida, defendida con vigor por Basilio II, hubiese regido mucho tiempo, habría terminado sin duda, por arruinar a los poderosos que poseían bienes eclesiásticos y seglares. Pero el *Allelengyon o garantía*

*mutua*, sólo se aplicó ton rigor durante muy poco tiempo. En la primera mitad del siglo XI, Romano III Argiro, que había llegado al trono merced a su casamiento con Zoé, hija de Constantino VIH, estaba interesado en sostener a los poderosos y, en su deseo de reconciliarse con el alto clero y la aristocracia feudal, abrogó el aborrecido Allelengyon[818].

En conjunto, los decretos de los emperadores macedonios del siglo X limitaron hasta cierto punto las usurpaciones de los poderosos terratenientes, pero los resultados perseguidos no se lograron sino en una débil ineficaz medida. En el siglo XI las famosas Novelas de los monarcas macedonios fueron progresivamente olvidadas y abandonadas. El mismo siglo asistió a un cambio radical en la política interior de los emperadores bizantinos, los cuales empezaron a favorecer abiertamente la gran propiedad territorial, apresurando el desenvolvimiento y avance de la servidumbre. Pero no ha de creerse que la pequeña propiedad rural libre y la comunidad campesina desaparecieron del todo en el Imperio. Tales instituciones siguieron existiendo y se las halla en los períodos sucesivos.

## La administración de las provincias bajo los emperadores macedonios

La administración de las provincias del Imperio en el siglo IX y en la época de la dinastía macedónica se señaló por el desarrollo del sistema de asuntos de Estado que ya estudiamos antes. Ese desarrollo se manifestó, por una parte,

en una progresiva parcelación de los antiguos temas y subsiguiente aumento del número de las divisiones; y por otra parte en la elevación a la situación de la temática estatal de otros distritos que hasta entonces habían llevado nombres diferentes, como, por ejemplo, el de *clisurae*, del que volveremos a ocuparnos.

Los dos exarcados que los historiadores consideran como verdaderos precursores de los temas, no pertenecían ya al Imperio. El de Cartago o África había sido conquistado por los árabes a mediados del siglo VII y el de Ravena ocupado en la primera mitad del siglo VIII por los lombardos, que no tardaron en verse obligados a ceder sus conquistas al rey franco Pipino el Breve. Éste, en 754, las transmitió al Papa, poniendo así los cimientos de los famosos Estados Pontificios medievales. En el siglo VII el Imperio poseía, además de los dos exarcados, cinco Gobiernos militares no denominados asuntos estratégicos o de estado aún. A principios del siglo IX hallamos mencionados diez temas: cinco en Asia, cuatro en Europa y uno marítimo. Según ciertas indicaciones que se encuentran en las obras del geógrafo árabe Ibn-Khurdadhbah (siglo IX) y en otras fuentes, los historiadores estiman que había en el siglo IX veinticinco distritos militares, pero no todos los aspectos estatales. Entre ellos figuraban dos «*clisurarquias*» (clisurarchiae), *un ducado* (ducatus) y *dos arcontados* (arcontatus). El tratado sobre precedencia en las ceremonias de la corte, escrito por el mariscal de la corte («*atriclines*») Filoteo en 899 y ordinariamente inserto en el *Libro de Ceremonias* de la época de Constantino Porfirogénito, nombra veinticinco aspectos claves o estratégicos en el orden institucional (*temas*)[819]. En su libro *Sobre los temas* (siglo X), Constantino Porfirogénito da una lista de 29 temas:

17 en Asía, incluidos los cuatro marítimos, y 12 en Europa, comprendido el de Sicilia, parte del cual formó en el siglo x, después de la conquista de la isla por los árabes, el tema de Calabria. Entre los 12 temas europeos figura el de Querson (Korsun) en Crimea, fundado probablemente a partir del siglo ix y mencionado a menudo por el nombre de *«Climata» o «Climata gético»*. Una lista publicada por V. Benesevic y atribuida a la época de Roman Lecapeno, con anterioridad a 921-927, indica 30 temas[820]. En el siglo xi el número de aspectos claves institucionales se eleva a 38[821]. La mayoría estaban regidos por estrategas (gobernadores militares).

Como consecuencia de las frecuentes modificaciones en el número de asuntos estatales y la falta de fuentes relativas al desarrollo de la organización estatal, aun no tenemos sino conocimientos reducidos e imprecisos sobre aquel importante aspecto de la historia bizantina.

Procede detenernos un instante en la cuestión de las clisurae y *clisurarquias* antes mencionadas. La palabra *clisura* que todavía hoy significa en griego «*desfiladero de montaña*», designaba entonces una fortaleza fronteriza y sus contornos o, de modo más general, una provincia pequeña gobernada por un clisurarca, funcionario cuya autoridad no era tan grande como la de un estrategas y que, probablemente, no concentraba en sus manos las funciones civiles y militares. Algunas clisuras, como las de Seleucia, Sebaste, en Asia Menor, y algunas otras, crecieron en importancia hasta llegar a convertirse en asuntos neurálgicos y estratégicos de Estado.

Los conductores con mando en los asuntos estatales tenían muchos subordinados. Es interesante notar que, al menos en la época de León VI el Filósofo, los estrategas de los asuntos orientales, incluso los que se ocupaban de la

cartera marítima, recibían sueldos fijos pagados por el Gobierno central, mientras los de los las relaciones exteriores con el Occidente, cobraban sus estipendios de las rentas de sus respectivos distritos y no de Tesorería.

La organización institucional bizantina por carteras o asuntos funcionales estatales, conoció su máximo desarrollo bajo la dinastía macedónica. Después de aquel período el sistema empezó a declinar gradualmente, en parte por las conquistas de los turcos selyúcidas en Asia Menor, en parte por los cambios abruptos que sufrió la vida bizantina en la época de las Cruzadas.

## Turbulencias sobrevenidas desde la muerte de Basilio II hasta la exaltación de los comnenos

A contar de 1025, año de la muerte de Basilio II Bulgaróctonos, el Imperio entró en un período de perturbaciones y de desorden institucional en el cual se sucedieron rápidamente en el Poder soberanos audaces e improvisados, comenzando una decadencia general del Imperio. Ya vimos que la emperatriz Zoé consiguió elevar al trono a sus tres maridos. En 1056, año de la muerte de la emperatriz Teodora, hermana de Zoé, la dinastía macedónica quedó extinta en definitiva. Abrióse entonces un período de graves desórdenes, que duró hasta 1081 y no concluyó sino con la exaltación al trono de Alejo Comneno, fundador de la famosa dinastía de los Comnenos.

Esta época, caracterizada por los frecuentes cambios de emperador y por la incapacidad de la mayoría de los soberanos, fue, empero, un período muy importante de la historia del Imperio bizantino, porque durante aquellos veinticinco años se desenvolvieron en el Imperio los elementos de que luego nacieron las Cruzadas.

En el curso de todo aquel tiempo, los enemigos de Bizancio atacaron en todos los frentes: los normandos por el oeste, los pecheneques y uzes por el norte, los turcos selyúcidas por el este. Al cabo, el territorio imperial quedó considerablemente reducido.

Otra característica de la época fue la lucha entablada por el elemento militar y aristocrático (y sobre todo la nobleza territorial del Asia Menor) contra el Gobierno central y burocrático. Tal lucha de las provincias y la capital terminó, tras algunas fluctuaciones, con el triunfo de la aristocracia rural y el ejército de las provincias sobre Constantinopla. A la cabeza del partido victorioso se hallaba Alejo Comneno.

Todos los emperadores de aquel turbulento y tenso período fueron de origen griego. En 1056 la anciana emperatriz Teodora fue obligada por el partido de la corte a elegir como sucesor al patricio Miguel Estratiótico, hombre de edad avanzada. Teodora murió al poco tiempo y Miguel VI Estratiótico, el candidato del partido de la corte, ascendió al trono, donde sólo se mantuvo un año (1056-1057). Contra él se formó un partido de oposición. El ejército del Asia Menor, que estaba a la cabeza de aquel movimiento, proclamó emperador a su joven general Isaac Comneno, miembro de una gran familia de la aristocracia territorial y famoso por sus luchas contra los turcos. Aquélla fue la primera victoria del partido militar sobre el Gobierno central. Miguel abdicó, concluyendo sus días como mero

particular.

La victoria de los militares tuvo corta duración. Isaac Comneno sólo reinó de 1057 a 1059, año en que renunció al trono y se hizo monje. Las razones de esto no están explicadas claramente. Acaso Isaac fuese víctima de una conjura organizada por aquellos a quienes descontentaba su gobierno independiente y activo. Nos consta que Isaac ponía ante todo los intereses de la Tesorería y que, para aumentar sus rentas, confiscó las tierras seculares y eclesiásticas adquiridas ilegalmente por los grandes señores, reduciendo también los sueldos de los altos funcionarios. Parece probable que el famoso estadista y sabio Psellos participara hasta cierto punto en aquella intriga contra Isaac Comneno.

A Isaac le sucedió Constantino X Ducas (1059-1067), financiero de talento, buen defensor de la justicia, este emperador consagró toda su atención a los asuntos del Gobierno civil. El ejército y las cuestiones militares le interesaban muy poco. Su reinado puede considerarse como una reacción de la administración civil contra el elemento militar triunfador bajo Isaac Comneno, o como una réplica de la capital a las provincias. Aquélla fue «la infortunada época del reinado de los burócratas, de los retóricos y de los sabios»[822]. Pero los amenazadores progresos de pecheneques y uzes al norte y de los turcos selyúcidas al este no justificaban el carácter antimilitar del Gobierno de Constantino. Hasta un hombre como Psellos, a pesar de su fobia por los militares, escribió entonces: «El ejército es la espina dorsal del Estado de los romanos»[823]. Se formó, pues, un movimiento de violenta oposición al emperador. Cuando éste murió en 1067, el trono pasó por algunos meses a su esposa, Eudoxia Macrembolitissa. El partido militar obligó a Eudoxia a casarse con un inteligente militar, Romano Diógenes, oriundo de Capadocia. Romano, con el nombre de

Romano IV Diógenes, reinó de 1067 a 1071.

Ello era un segundo triunfo del partido militarista. El reino de aquel emperador-soldado concluyó trágicamente: en 1071, derrotado por los turcos, cayó en manos de ellos. Después hablaremos de este suceso. Al saberse el cautiverio del emperador reinó gran confusión en la capital. Tras algunos titubeos se proclamó emperador al hijo de Eudoxia y de su primer marido. Tratábase de Miguel, discípulo de Miguel Psellos, y conocido en la historia como Miguel VII Ducas Parapinaces[824], Eudoxia hubo de profesar como monja. Al ser Romano puesto en libertad por el sultán, volvió a Constantinopla y halló el trono ocupado por un nuevo emperador. Romano recibió seguridades de buen trato, pero no tardó en ser cruelmente cegado, muriendo poco después.

Miguel VII Ducas Parapinaces (1071-1078) gustaba de las Letras, amaba las controversias eruditas y escribía versos, pero no tenía la menor inclinación hacia la actividad militar. Restauró el régimen burocrático establecido por su padre Constantino Ducas, aunque ello no convenía en nada a la situación externa del Imperio. Los repetidos y continuos éxitos de pecheneques y turcos exigían un emperador-soldado al frente del ejército, única institución que podía salvar de la ruina a Bizancio. «El portavoz de las exigencias populares, el que hizo concebir esperanzas de que las cumpliría[825]» fue Nicéforo Botaniates, estratega de un tema del Asia Menor. Nicéforo fue proclamado emperador en Asia Menor y forzó a Miguel Parapinaces a tomar los hábitos y retirarse a un convento. Luego Nicéforo entró en la capital y fue coronado por el patriarca. Estuvo en el trono desde 1078 a 1081, pero a causa de su avanzada edad y su debilidad física no pudo hacer nada para resolver las dificultades interiores ni los problemas externos. Además, la alta

aristocracia territorial de las provincias no reconocía los derechos de Nicéforo al trono y en diversos puntos surgieron pretendientes al Imperio. Uno de ellos, Alejo Comneno, sobrino del exemperador Isaac Comneno y emparentado con la familia imperial de los Ducas, supo explotar hábilmente la situación en ventaja propia y logró apoderarse del trono. Botaniates abdicó y, retirándose a un monasterio, donde tomó las sagradas órdenes. En 1081 Alejo fue proclamado emperador, poniéndose así a treinta años de anarquía. El advenimiento de la casa de los Comnenos representaba otra victoria del partido militar y los grandes terratenientes provincianos.

La política exterior del Imperio habíase, naturalmente, resentido mucho de la anarquía de aquel período. Bizancio descendió de la elevada situación que ocupaba en el mundo medieval. Su decadencia apresuróse a causa de los complejos peligros exteriores dimanados de los éxitos que lograran los principales enemigos del Imperio: los turcos selyúcidas en el este, los pecheneques y uzes en el norte, los normandos en el oeste.

## Los turcos selyúcidas

Hacía bastante tiempo que el Imperio conocía a los turcos. Ya sabemos que en la segunda mitad del siglo VI se trató de una alianza turcobizantina. Los turcos sirvieron a veces como mercenarios en la guardia imperial de Bizancio[826]. Los cuerpos de ejército árabes que operaban en

la frontera oriental del Imperio comprendían también muchos turcos. Éstos participaron activamente en la toma de Amorion por Mutazim y en el saqueo de la ciudad (838). Pero tales relaciones amistosas u hostiles no alcanzaron importancia para el Imperio hasta el siglo XI. Las circunstancias cambiaron con la llegada de los turcos selyúcidas a las fronteras orientales del Imperio, en la primera mitad del siglo XI.

Los selyúcidas, o selyuks, tomaban su nombre del príncipe turco Selyuk, que estaba al servicio de un kan turkestano hacia el año 1000. Desde las estepas de los kirguises, Selyuk, con su tribu, emigró a Transoxania, cerca de Bujara, donde se convirtió al Islam con su pueblo. Rápidamente creció la potencia de los selyúcidas, al punto de que dos nietos de Selyuk estuvieron en situación de poder conducir las salvajes hordas turcas hacia el Jorasán, el cual invadieron.

La ofensiva de los selyúcidas en Asia occidental abrió una nueva era de la historia musulmana y de la bizantina. En el siglo XI el Califato había perdido su unidad. España, África y Egipto habían logrado autonomía en base a su idiosincrasia cultural e intereses económicos en expansión y hacía tiempo llevaban una vida separada. Siria, Mesopotamia y Persia tenían soberanos distintos y dinastías independientes, procurando lograr cultural y económicamente su autarquía política. Después de conquistar Persia a mediados del siglo XI, los selyúcidas invadieron la Mesopotamia, penetrando en Bagdad. Desde entonces el califato de Bagdad estuvo bajo la protección de los selyúcidas. Los sultanes turcos no residían en Bagdad, pero se hacían representar en aquella importante población por un general nombrado por ellos y que ejercía la autoridad

suprema. A poco, la pujanza de los selyúcidas se acrecentó con la llegada de más tribus turcas. No tardaron en conquistar toda el Asia occidental desde el Afganistán hasta el Asia Menor bizantina y hasta el Califato egipcio de los fatimitas.

Desde mediados del siglo XI los selyúcidas pasaron a ser factor esencial de la historia de Bizancio, amenazando las provincias fronterizas bizantinas del Cáucaso y el Asia Menor. Ya señalamos antes la toma de Ani por los bizantinos, bajo Constantino Monómaco, y la anexión de Armenia al Imperio. Tal anexión suprimía el papel de estado-tapón cumplido por Armenia, y cuando los turcos atacaron la última, fue Bizancio el que se halló atacado. La ofensiva turca resultó afortunada. A la vez las tropas turcas avanzaban en Asia Menor.

Durante el activo, aunque corto reinado de Isaac Comneno, la frontera occidental estuvo bien defendida contra las invasiones selyúcidas. Pero, a la caída de Isaac, la política antimilitarista de Constantino Ducas debilitó al ejército de Asia Menor y facilitó el avance turco en los distritos bizantinos. Es probable que el Gobierno central viera con placer los infortunios de «aquellas provincias desobedientes y arrogantes». Oriente, como Italia, pagó caras las faltas del Gobierno central[827].

Bajo Constantino X Ducas y después de la muerte de éste, durante los siete meses de reinado de su mujer, Eudoxia Macrembolitissa, Alp Arslan, segundo sultán selyúcida, conquistó Armenia, devastando, además, parte de Siria, Cilicia y Cadocia. En Cesárea, capital de Capadocia, los turcos saquearon el santuario principal de la ciudad, la iglesia de Basilio el Grande, donde se conservaban las reliquias del santo[828]. Respecto al reinado de Miguel

Parapinaces, un cronista bizantino escribe: «Bajo este emperador el mundo entero, terrestre y marítimo, fue, por así decirlo, ocupado, destruido y despoblado por los bárbaros infieles: todos los cristianos fueron muertos por ellos, todas las casas y pueblos de Oriente, con sus iglesias, fueron devastados, reducidos a pedazos y aniquilados por ellos»[829].

En éstas circunstancias, el partido militar resolvió imponer a Romano Diógenes como esposo de Eudoxia, El nuevo emperador sostuvo varias batallas contra los turcos, logrando algunos éxitos en las primeras batallas. Su ejército, compuesto de hombres de todas las nacionalidades —eslavos de Macedonia, búlgaros, uzes, pecheneques, varengos y francos, nombre este último que se aplicaba entonces a todos los europeos occidentales—, carecía de adiestramiento y de cohesión y no podía oponer una resistencia vigorosa a los rápidos movimientos de la caballería turca, ni a sus golpes de sorpresa, audaces y prontos. La parte del ejército bizantino con que menos se podía contar era la caballería ligera de los uzes y pecheneques, quienes, al entrar en contacto con los turcos, reconocieron los lazos de parentesco que con éstos les unían.

La última campaña de Romano Diógenes concluyó en la fatal batalla de Mantzikiert (Manazkert, hoy Melazgherd), en Armenia, al norte del lago de Van. A poco de entablado el combate, el destacamento de uzes, con su jefe, se pasó a los turcos. Este incidente produjo viva inquietud en el ejército bizantino. En el momento crítico de la lucha un general bizantino empezó a esparcir el rumor de que el ejército imperial estaba vencido. Los soldados, llenos de pánico, buscaron la salvación en la fuga. Romano, que había combatido heroicamente durante todo el combate, fue apresado por los turcos, y en el campamento enemigo Alp Arslan lo recibió con los máximos honores.

Vencedor y vencido negociaron una paz «*perpetua*» y un tratado de alianza. Las principales estipulaciones, según nos las ofrecen las fuentes árabes, fueron éstas: Romano Diógenes obtenía la libertad a cambio de un rescate; Bizancio pagaría un importante tributo anual al sultán y devolvería todos los prisioneros turcos[830]. Al volver a Constantinopla, Romano, como vimos, halló ocupado el trono por Miguel VII Ducas. Sus enemigos le sacaron los ojos y murió poco después.

La batalla de Mantzikiert tuvo grandes consecuencias para el Imperio. Aunque según el tratado (cuyas cláusulas no conocemos bien en detalle)[831], Bizancio no cediera probablemente territorio alguno a Alp Aíslan[832], sus pérdidas eran considerables, ya que el ejército que defendía las fronteras de Asia.

Menor estaba aniquilado y el Imperio era incapaz de resistir una nueva invasión turca en aquella región. La deplorable situación del Imperio es agravó aun más con el Gobierno antimilitarista del débil Miguel VII. La derrota de Mantzikiert asestó un golpe mortal al dominio bizantino en Asia Menor, es decir, en comarcas esenciales para el Imperio. «Desde 1071 no hubo ejército bizantino para resistir a los turcos»[833]. Un historiador llega a decir que aquella batalla entregó a los turcos el Imperio bizantino entero[834]. Otro considera que tan grave suceso fue «*el toque de agonía del Imperio bizantino*, y aunque sus consecuencias no se notasen inmediatamente en todos sus espantables aspectos, no por ello dejó de quedar en pie esto: que el oriente de Asia Menor, Armenia y Capadocia —que habían dado al Imperio tantos ilustres emperadores y soldados y eran la principal fuerza del Imperio—, se habían perdido para siempre y los turcos plantaban sus tiendas de nómades sobre las ruinas de la antigua gloria romana. La cuna de la

civilización se convirtió en presa de la fuerza bruta y de los bárbaros musulmanes»[835].

En los años transcurridos entre la catástrofe del 1071 y la elevación de Alejo Comneno al trono en 1081, los turcos aprovecharon la indefensión de las fronteras y las luchas interiores de los partidos bizantinos, que a veces les llamaban en su socorro. Así, las incursiones selyúcidas hiciéronse cada vez más atrevidas. Destacamentos turcos alcanzaron las provincias occidentales del Asia Menor. Las tropas turcas que ayudaron a Nicéforo Botaniates a apoderarse del trono le siguieron hasta Nicea y Crisópolis (Escútari).

A todo esto se añadió un hecho nuevo. Después de la muerte de Romano Diógenes y de Alp Arslan, los turcos y el Imperio dejaron de considerarse ligados por el tratado que firmaran ambos emperadores. Con esta ocasión, los turcos entraron lleno a las provincias bizantinas del Asia Menor. Según un cronista bizantino, los turcos no ingresaron en aquellas provincias como saqueadores ocasionales, sino como verdaderos dueños de los distritos que ocupaban[836]. No obstante, es preciso considerar tal afirmación como exagerada, al menos en lo anterior al año 1081. Como con justeza dice J. Laurent[837], «en 1080, siete años después de su aparición en las orillas del Bósforo, los turcos no estaban establecidos todavía en parte alguna, ni habían fundado un Estado ni pasaban de ser merodeadores errantes y desordenados».

El sucesor de Alp Arslan invistió con el mando de las tropas del Asia Menor a Suleiman-ben-Kutalmisch, quien ocupó la parte central del Asia Menor, pero en 1080-1081, su situación no estaba todavía afirmada. Más tarde fundó el sultanato de Rum o Asia Menor[838], cuya capital fue Iconion

(hoy Konia), la ciudad más rica y bella del Asia Menor. Llámase, pues con frecuencia a ese Estado de los selyúcidas sultanato de Iconion[839]. El nuevo sultanato se extendía del Asia Menor central al mar Negro por el norte y hasta las costas mediterráneas al sur, y convirtióse en un peligro potencial para el Imperio. Las tropas turcas siguieron avanzando hacia el oeste y las fuerzas del Imperio no pudieron oponerse al peligro selyúcida.

Los progresos de los selyúcidas, y acaso el amenazador avances de los pecheneques y los uzes al norte, obligaron a Miguel VII Ducas Parapinaces, a principios de su reinado, decidió a pedir socorro a Occidente. En consecuencia dirigió un mensaje al Papa Gregorio VII prometiéndole, a cambio de su ayuda, procurar la unión de las dos Iglesias. Gregorio VII acogió favorablemente la demanda del emperador de Oriente y dirigió varios mensajes a los príncipes de la Europa occidental y a «todos los cristianos» (*«ad omnes christianos*»). Declaraba en aquellos mensajes el Papa, entre otras cosas, que «los paganos ejercían sobre el Imperio cristiano mucha presión y habían devastado con crueldad inaudita todo lo que había fuera de los muros de Constantinopla»[840]. Pero las llamadas de Gregorio VII no produjeron ningún resultado tangible para Bizancio y éste no recibió auxilio alguno de Occidente. A la vez continuaba la larga y terrible disputa de las Investiduras y el conflicto entablado entre el Papa Gregorio VII y el emperador Enrique IV.

Cuando Alejo Comneno ascendió al trono, era evidente que el avance de los selyúcidas hacia el oeste constituía un peligro mortal para Bizancio.

## Los pecheneques

Hacia fines del período macedónico, los pecheneques eran, al norte, los más peligrosos enemigos del Imperio. El gobierno imperial les había permitido establecerse en los distritos situados al septentrión de los Balcanes y otorgado títulos honoríficos a varios príncipes pecheneques. Pero estas medidas no resolvían el problema. En primer término los pecheneques no sabían acomodarse a una vida sedentaria y, en segundo, nuevas hordas de pecheneques y de sus parientes, los uzes, llegaban sin cesar a las regiones transdanubianas, dirigiéndose al sur y volviendo sus miradas a los territorios bizantinos, con el afán de entrar en ellos saqueándolos.

Isaac Comneno logró detener el avance de los pecheneques, (que habían salido, arrastrándose, de sus antros)[841] y restableció la situación bizantina en la orilla del Danubio. A la vez oponía resistencia al progreso de los turcos.

Bajo el reinado de Constantino Ducas, los uzes aparecieron junto al Danubio. Según G. Vasilievsky «fue una verdadera emigración. Una tribu entera, comprendiendo seiscientos mil hombres, con todos sus bienes y cuanto poseía, se reunió en la orilla izquierda del río. Cuantos esfuerzos se hicieron para impedirles pasar fueron inútiles»[842]. La región de Tesalónica, Macedonia, Tracia e incluso Grecia padecieron terribles devastaciones. Un historiador bizantino contemporáneo observa que «toda la población de Europa tenía (entonces) los ojos vueltos a… aquella emigración»[843]. Tan terrible amenaza fue apartada a causa de diversas circunstancias y entre el pueblo se atribuyó este feliz desenlace a una milagrosa intervención del cielo. Algunos uzes entraron al servicio del gobierno y

recibieron tierras en Macedonia. Ya indicamos antes el importante papel negativo desempeñado por uzes y pecheneques en el fatal combate de Mantzikiert.

La nueva política financiera de Miguel VII Ducas, quien, por consejo de su primer ministro, redujo las dádivas que se enviaban a las poblaciones del Danubio, produjo agitación entre los pecheneques y uzes de los distritos danubianos. Aquellas tribus formaron alianza con los nómadas transdanubianos, se pusieron de acuerdo con un general bizantino que se sublevó contra el emperador y, en concierto con otras tribus, incluso quizá las eslavas, se encaminaron al sur, asolaron la provincia de Adrianópolis y sitiaron Constantinopla, que sufrió mucho por falta de víveres. En este crítico momento fue cuando, apretado por selyúcidas pecheneques, Miguel VII se dirigió al Papa.

La habilidad de la diplomacia bizantina logró, a lo que parece, salvar a Bizancio, sembrando la discordia entre las fuerzas sitiadoras aliadas. Se levantó el asedio y los enemigos retornaron, cargados de rico botín, a las orillas del Danubio. Hacia finales de este período los pecheneques participaron activamente en la lucha entre Nicéforo Botaniates y Alejo Comneno.

El problema uzo-pecheneque no quedaba resuelto. Pero aquel peligro turco septentrional, que a veces puso en peligro la capital misma, fue abatido por la dinastía de los Comnenos.

## Los normandos

Los normandos aparecieron en Italia en el último período de la dinastía macedónica. Aprovechando las dificultades internas de Bizancio y la ruptura bizantina con Roma, los normandos avanzaron victoriosamente por las posesiones imperiales del sur de Italia. El gobierno de Constantinopla no podía oponerse a la amenaza occidental por tener absorbidas todas sus fuerzas en la lucha contra los selyúcidas, quienes, así como los uzes y los pecheneques, parecían ser los aliados naturales de los normandos. Según frase de Neumann «el Imperio, en Italia, se defendía sólo con su brazo izquierdo»[844]. En su lucha contra Bizancio los normandos encontraron un arma de primer orden en su flota, la cual ayudaba poderosamente a las fuerzas de tierra. Por ende, a mediados del siglo, XI los normandos tuvieron un gran conductor, Roberto Guiscardo, «quien, de jefe de bandoleros, se elevó a la jerarquía de fundador de Imperio»[845].

Roberto Guiscardo se proponía como fin esencial la conquista de la Italia meridional bizantina. Aunque el Imperio hubiese de afrontar muchas dificultades, la lucha al principio fue indecisa y ambos adversarios alcanzaron éxitos alternativos. Roberto ocupó Brindisi, Taranto y Reggio (Rheggium), pero a los pocos años las dos primeras ciudades fueron recuperadas por las tropas bizantinas enviadas a Bari, las cuales comprendían en sus filas elementos varengos. Luego la lucha volvió a ser favorable a los normandos.

Guiscardo asedió Bari, entonces principal centro de la dominación bizantina en el mediodía de Italia y una de las plazas mejor fortificadas de la península. Sólo mediante un ardid habían logrado los musulmanes ocuparla momentáneamente a mediados del siglo IX. En el mismo siglo, Bari había opuesto encarnizada resistencia al

emperador de Occidente, Ludovico II. De manera que el sitio de Bari era difícil empresa militar. Roberto tuvo un poderoso auxilio en la flota normanda, que bloqueó el puerto. Tras un sitio de tres años, Bari, en 1071, se rindió a Guiscardo[846].

La caída de Bari significaba el fin del dominio bizantino en Italia del sur. Desde aquella importante base Roberto pudo proseguir rápidamente las operaciones y concluir la conquista de las últimas posesiones bizantinas del interior. La conquista de la Italia meridional dio facilidad a Roberto para intentar la reconquista de Sicilia de manos musulmanas.

La conquista del sur de Italia por los normandos no destruyó en absoluto la influencia bizantina. Aun se experimentaba entonces en todo el Occidente una admiración profunda por el Imperio oriental, su esplendor y sus tradiciones. El Imperio de Occidente que creara Carlomagno y el de Otón el Grande reflejaban en su exterior las ideas, costumbres y formas orientales, consagradas por varios siglos. Los conquistadores normandos del sur de Italia y su jefe, Guiscardo, experimentaron aun más la fascinación del Imperio bizantino.

Roberto, duque de Apulia, se consideró sucesor legítimo de los emperadores bizantinos. Conservó la organización administrativa de Bizancio en los territorios conquistados. Así, hallamos en los documentos normandos mención del tema de Calabria. Vemos igualmente que las ciudades fueron gobernadas por exarcas o estrategos y que los normandos se esforzaron en obtener títulos bizantinos. La lengua griega se conservó en los oficios religiosos de Calabria. En algunos distritos se empleaba el griego como lengua oficial. En general, conquistadores y conquistados vivieron paralelamente, sin mezclarse, conservando sus idiomas,

costumbres y usos propios.

Pero los ambiciosos proyectos de Roberto Guiscardo rebasaban los límites de la Italia meridional. Comprendiendo perfectamente la debilidad interior del Imperio y sus graves dificultades exteriores, el ambicioso normando comenzó a soñar con ceñir la corona imperial de los basileos.

La caída de Bari en el verano de 1071 y el nefasto combate de Mantzikiert en agosto del mismo año demuestran la mucha importancia que aquel 1071 tuvo en la historia general de Bizancio. Al oeste, Italia del sur quedaba definitivamente perdida. Al este desaparecía la dominación bizantina en Asia Menor. Reducido territorialmente, privado de una de sus partes más vitales, como el Asia Menor lo era, el Imperio de Oriente entró en un período de honda decadencia a contar de la segunda mitad del siglo XI. A pesar de su renacimiento bajo los Comnenos, había de perder progresivamente su importancia política y económica en provecho de los Estados de la Europa occidental.

El emperador Miguel VII advirtió toda la extensión del peligro que Roberto hacía correr al Imperio. Quiso detenerlo mediante una alianza de las dos casas reales y prometió a su hijo en matrimonio con la hija de Roberto. Pero no por eso se restableció la situación del Imperio y, al producirse la deposición de Miguel, los normandos reanudaron las hostilidades contra Bizancio. Al ascender al trono los Comnenos, los normandos se disponían a emprender operaciones allende el Adriático.

En resumen, el período de turbulencias comprendido entre 1056 y 1081 produjo un retroceso general del poder imperial en todas las fronteras de Bizancio. Además se caracterizó por casi constantes luchas intestinas. Estas dos series de hechos hicieron que los Comnenos recogieran una

herencia muy difícil.

## La enseñanza, la ciencia y el arte durante el período de la dinastía macedónica

La época macedónica, caracterizada por una hirviente actividad en lo exterior y lo interno, fue también un período de notable desenvolvimiento en todas las ramas de la civilización. Entonces se manifestaron claramente los rasgos típicos de la cultura bizantina: la unión más íntima de los elementos seculares y teológicos; la combinación de la antigua sabiduría pagana con los nuevos conceptos del cristianismo; el desarrollo de los conocimientos universales y enciclopédicos y, en fin, la falta bizantina de originalidad y potencia creadora. Durante todo aquel período, la Escuela Superior de Constantinopla fue un centro de estudios científicos y literarios en torno al cual se agruparon las mejores fuerzas intelectuales del Imperio.

El emperador León VI el Filósofo, discípulo de Focio, no estaba dotado de gran talento literario, pero, aun así, escribió varios sermones, himnos eclesiásticos y otras obras. Se esforzó —y ese fue su mayor mérito— en conservar el ambiente intelectual creado por Focio y, con frase de un historiador, cese creó un lugar de honor en la historia de la instrucción bizantina en general y de la instrucción eclesiástica en particular[847]. León favoreció y protegió a todos los sabios y hombres de letras. Bajo su reinado «el

palacio imperial se transformó a veces en una nueva Academia, en un nuevo Liceo»[848].

Sobre el fondo del movimiento ideológico del siglo x resalta la figura del emperador Constantino Porfirogénito, quien contribuyó mucho al desarrollo intelectual de Bizancio, no sólo protegiendo solícitamente la cultura, sino también componiendo numerosos escritos originales. Habiendo abandonado la dirección de los asuntos públicos a Roman Lecapeno, pudo disponer de tiempo para consagrarse a lo que le interesaba. Logró crear y animar un intenso movimiento literario y científico, al que prestó más estímulo su activa colaboración personal. Escribió mucho, alentó a otros a escribir y se esforzó en aumentar la instrucción de su pueblo. Su nombre está vinculado a la inauguración de muchas, construcciones magníficas. Se interesó con pasión por el arte y la música y consagró grandes cantidades de dinero a mandar componer antologías de los escritores antiguos.

Nos han llegado numerosas obras de la época de Constantino VIL Algunas proceden de la pluma del propio Constantino, otras tuvieron su colaboración y otras (antologías de antiguos textos, enciclopedias que contenían pasajes de ciertos escritores sobre cuestiones diversas) fueron redactadas por iniciativa suya. Entre los libros de Constantino debemos mencionar la biografía panegírica de su abuelo Basilio I. Otro, dedicado a su hijo y sucesor, versa sobre la administración del Imperio y encierra interesantes y valiosos informes sobre la geografía de los países extranjeros, sobre las relaciones del Imperio bizantino con las naciones vecinas y sobre la diplomacia de Bizancio. Los primeros capítulos de la obra están consagrados a los pueblos del norte, pecheneques, rusos, uzes, kázaros y

magiares (turcos), todos los cuales —y en especial los dos primeros— desempeñaron importante papel en la vida económica y política del Imperio en el siglo x. Este libro trata igualmente de los árabes, los búlgaros, los dálmatas, los francos, la Italia del sur, Venecia y otros pueblos y Estados. La obra contiene también una lista de los rápidos del Dniéper, indicados en dos lenguas, la «*eslavona*» y la «*rusa*», esto es, la escandinava. Ello forma una de las bases más sólidas en pro de la teoría del origen escandinavo de los primeros príncipes rusos. El libro se compuso entre 948 y 952 (o 951). Su orden primitivo no era el que se halla hoy en el texto impreso. El hombre que mejor ha estudiado esta obra —J. B. Bury— la califica de «*mosaico*»[849]. Ese tratado nos da una impresionante idea de la potencia política, diplomática y económica del Imperio en el siglo x. Se halla igualmente una rica documentación geográfica en la tercera obra de Constantino, *De thematibus*, compuesta según escritos geográficos de los siglos v y vi. También en su reinado se redactó la gran obra conocida por *Libro de las ceremonias de la corte bizantina*, que da ante todo una descripción detallada de las complicadas reglas de la vida en la corte bizantina. Las indicaciones que allí se encuentran sobre bautismos, matrimonios, coronaciones, funerales de emperadores, diversas solemnidades eclesiásticas, recepción de embajadores extranjeros, organización de expediciones militares, cargos y títulos y otros muchos aspectos de la existencia, son de inestimable valor para quien quiera estudiar, no sólo la vida de la corte, sino también la de la sociedad de todo el Imperio. El ceremonial bizantino, procedente del usado en el Bajo Imperio romano de la época de Diocleciano y de Constantino, penetró en la vida cortesana de la Europa occidental y de los Estados eslavos, incluso Rusia. Ciertas ceremonias de la corte turca en el

siglo XX presentan algunas huellas de la influencia bizantina. A Constantino se debe también el prolijo relato del triunfal traslado de la imagen milagrosa del Salvador desde Edesa a Constantinopla, en 944. Según la tradición popular, aquella imagen había sido enviada antaño al príncipe de Edesa por el propio Cristo.

Entre los literatos y sabios que rodeaban a Constantino figuró el historiador José Genesios, autor de una historia de la época comprendida entre León V y León VI (813-886), y también Teodoro Dafnopates, quien escribió una obra histórica que ha llegado hasta nosotros, varías cartas diplomáticas, diversos sermones pronunciados en las solemnidades cristianas y una serie de Vidas. Acaso deba identificársele con el continuador de Teófanes. A instancias del emperador, Constantino el Rodense compuso una descripción poética de la *iglesia de los Santos Apóstoles*. Esta obra es particularmente valiosa porque nos da una pintura del famoso templo, más tarde destruido por los turcos.

Entre las enciclopedias aparecidas en la época de Constantino debe incluirse la famosa colección de *Vidas de santos* debida a Simeón Metafrasta[850].

De la primera mitad del siglo X data igualmente la Antología palatina, de Constantino Cefalas.

El título está tomado del único manuscrito que de la obra poseemos: el Codex Palatinus, hoy en Heídelberg. Ciertos autores identifican a este Constantino de la antología con Constantino el Rodense, opinión que debe considerarse muy poco probable. La Antología palatina es una extensa compilación de poemas breves de los tiempos paganos y cristianos y honra la delicadeza del gusto literario del siglo X[851].

Al reinado de Constantino Porfirogénito corresponde

también la compilación del famoso *Lexicón de Suidas*. No tenemos informe alguno sobre la vida y persona del autor de ese léxico, que es una de las más ricas fuentes que existen para la explicación de palabras, nombres propios y cosas de uso corriente. Los artículos literarios e históricos consagrados a las obras que no han llegado a nosotros tienen un considerable valor particular. A pesar de ciertas insuficiencias, «el Lexicón de Suidas es un monumento admirable de la actividad compiladora de los sabios bizantinos en una época en que la ciencia se hallaba en el resto de Europa en un estado de decadencia completa. Esta es una prueba más de hasta qué punto el Estado bizantino, a despecho de las dificultades interiores y exteriores que atravesó, supo guardar y desarrollar lo que de la antigua cultura quedaba»[852].

Otra figura notable del período macedónico fue Aretas, obispo de Cesarea en la primera mitad del siglo x. Su extensa instrucción, el profundo interés que sentía por las obras literarias, se reflejan en sus propias obras. Su comentario griego del Apocalipsis, sus notas sobre Platón, Luciano y Eusebio, sus preciosas cartas, conservadas en un manuscrito de Moscú y aun inéditas, muestran el eminente lugar que Arelas de Cesárea tuvo en el movimiento intelectual del siglo x. El patriarca Nicolás el Místico, célebre por el papel activo que ejerció en la vida eclesiástica de aquel período, dejó una interesante colección de más de ciento cincuenta cartas. Entre ellas las hay dirigidas al emir árabe de Creta, a Simeón de Bulgaria, a los Papas, al emperador Roman Lecapeno, a los obispos, a los monjes, a diversos funcionarios de la administración civil, etc. Esos mensajes nos proporcionan una rica documentación sobre la política interna y exterior del siglo x.

León, el Diácono, contemporáneo de Basilio II y testigo ocular de los sucesos de la guerra búlgara, dejó una historia en diez libros abarcando el período comprendido entre 959 y 975 y conteniendo relatos de las campañas contra árabes, búlgaros y rusos. Esta historia es la más importante que poseemos sobre el esplendente periodo de Nicéforo Focas y Juan Tzimisces, ya que es la única contemporánea. La obra de León el Diácono es inestimable también para quienes quieran estudiar las primeras páginas de la historia rusa, porque el autor da extensos informes sobre Sviatoslav y la guerra que éste sostuvo contra los griegos.

Ya hablamos de la monografía de Juan Cameniates, sacerdote de Tesalónica, a propósito de la toma de esta ciudad por los árabes en 904, acontecimiento al que asistió.

Entre los cronistas del periodo debemos citar al continuador anónimo de Teófanes («*Theophanes Continuatus*»), el cual relata los sucesos del período 813-961, con arreglo a las obras de Genesios, de Constantino Porfirogénito y del continuador de Jorge Hamartolo. Aun no se ha resuelto cuál pueda ser la identidad del autor de esta compilación[853]. Los cronistas del siglo X, Simeón Magistros *el Logoteta*, León el Gramático (*Grammaticus*) y Teodosio de Mitilene presentan a los eruditos un problema todavía no solucionado, como es el de conocer las relaciones recíprocas de esos textos, tan semejantes, que describen brevemente los sucesos a contar de la creación del mundo. La cuestión se torna más delicada en virtud del hecho de que el texto griego original de Simeón está inédito todavía.

Al siglo X pertenece igualmente una de las más interesantes figuras de la literatura bizantina: Juan Ciriotas, generalmente conocido por «*El Geómetra*». El período brillante de su actividad literaria se sitúa bajo los reinados

de Nicéforo Focas, Juan Tzimisces y Basilio II. Su héroe favorito es Nicéforo Focas. Juan nos ha dejado epigramas, poesías de circunstancias, una obra en verso sobre el ascetismo (El Paraíso) y algunos himnos en loor de la Santa Virgen. Los epigramas y poemas de ocasión están estrechamente vinculados a los sucesos políticos de la época, como la muerte de Nicéforo Focas, la de Juan Tzimisces, la insurrección de Bardas Skleros, la de Bardas Focas (en su poema La rebelión), la guerra búlgara, etc. Todas estas obras ofrecen gran interés para la historia del período. En uno de sus poemas, escrito en ocasión de su viaje desde Constantinopla a Selibria, pasando por distritos afectados por la guerra, hallamos un cuadro apasionante, grandioso y patético de los sufrimientos y miserias de la población rural[854].

Krumbacher acierta al decir que Juan el Geómetra es uno de los escritores «más exquisitos» de la literatura bizantina[855]. Muchos de sus poemas merecerían ser traducidos a nuestras lenguas modernas. Sus obras en prosa —retórica, exégesis y arte oratorio— ofrecen menos interés que sus poemas.

En la primera mitad del siglo XI floreció también uno de los mejores poetas bizantinos, Cristóbal de Mitilene, a quien solo conocemos bien desde hace poco. Sus poemas breves, escritos en general en trímetros yámbicos, en forma de epigramas o de mensajes a diversas personas, incluso los emperadores de la época, se distinguen por su estilo gracioso y su ingenio[856].

En ese mismo siglo X en que Bizancio conoció un período de brillante desenvolvimiento, llegaron a las orillas del Bósforo representantes del Occidente bárbaro, ansiosos de instruirse.

A fines del siglo x y principios del xi toda la atención del Imperio se centró en las campañas que elevaron a Bizancio al pináculo de su gloria militar. En consecuencia la actividad intelectual y la potencia creadora disminuyeron un tanto, Basilio II trataba con desdén a los sabios. Ana Comnena, que escribió en el siglo xii, observa que «después del reinado de Basilio II Porfirogénito hasta el de Constantino Monómaco, el estudio de las letras, aunque descuidado por la mayoría, no desapareció por completo y más tarde volvió a brillar»[857]. Individuos aislados seguían trabajando con diligencia y pasaban noches enteras consagrados al estudio, a la luz de las lámparas[858]. Una educación superior ampliamente favorecida por el Gobierno no reapareció sino a mediados del siglo xi bajo Constantino Monómaco, época en que un grupo de hombres cultos, dirigidos por el joven Constantino Psellos, interesó en sus propósitos al emperador y ejerció gran influjo en la corte. Se entablaron vivas discusiones respecto a la reforma de la escuela superior. Unos deseaban una escuela de derecho; otros una de filosofía, es decir, de cultura general. La agitación crecía sin cesar, provocando incluso manifestaciones públicas. El emperador halló un medio excelente de resolver la situación; organizar una escuela de filosofía y una facultad de derecho. Siguióse la fundación de la Universidad en 1045. La Novela relativa a la fundación de la escuela de derecho ha llegado a nosotros. En la escuela de filosofía enseñábase ésta y se trató de dar a los estudiantes una rígida cultura general. A la cabeza de la escuela estaba el famoso sabio y escritor Psellos. La escuela de derecho era una especie de liceo o academia de jurisprudencia.

El gobierno bizantino tenía viva necesidad de funcionarios expertos y cultos, y sobre todo de juristas. A

falta de escuelas especiales de derecho, los jóvenes se instruían en la ciencia del derecho apelando a juristas, notarios y hombres de leyes que rara vez tenían conocimientos extensos y profundos en esa disciplina. La escuela jurídica fundada por Constantino Monómaco tendía a satisfacer aquella urgente necesidad sentida por el gobierno. Estuvo a su cabeza Juan Xifilino, contemporáneo y amigo de Psellos y no menos famoso que él. La instrucción siguió siendo gratuita. Los profesores recibían del gobierno buenos sueldos y vestidos de seda, regalos en especie y dádivas por Pascuas. Podían entrar en la escuela de derecho cuantos lo desearan, sin tener en cuenta la posición social ni la fortuna y bastando que el estudiante poseyera suficiente preparación. La Novela de fundación de la escuela de derecho nos da una indicación de las miras del gobierno sobre la instrucción y la ciencia jurídica. La escuela de derecho del siglo XI se orientó en un sentido definidamente práctico: se esperaba de ella que procurase buenos funcionarios versados en las leyes del Imperio[859].

Al hombre que estuvo al frente de la escuela filosófica, Constantino Psellos, se le conoce ordinariamente por su nombre monástico de Miguel. Nació en la primera mitad del siglo XI. Sus brillantes estudios, su extenso saber, su notable talento, le elevaron mucho en la estima de sus contemporáneos, convirtiéndole en uno de los personajes más influyentes del Imperio. Fue invitado a acudir a la corte y recibió altas funciones y elevados títulos. A la vez enseñaba filosofía y retórica a numerosos estudiantes. En una de sus cartas escribe: «Hemos sometido a los celtas (los pueblos de la Europa occidental) y a los árabes, y ellos han venido desde dos continentes a concurrir a nuestra gloría. El Nilo inunda la tierra de los egipcios y mi lengua su espíritu… Uno de esos pueblos me califica de antorcha de la ciencia, el

otro de luminaria, un tercero me honra con los más hermosos nombres»[860]. Siguiendo el ejemplo de su amigo Juan Xifilino, el rector de la escuela de derecho, Psellos tomó el hábito monástico, adoptó el nombre de Miguel y pasó algún tiempo en un monasterio. Pero la vida solitaria de los monjes no cuadraba a Psellos. Abandonando su convento, volvió a la capital, donde recobró sus importantes funciones. A finales de su vida fue hecho primer ministro. Debió de morir el 1078[861].

Psellos, que vivía en un período de turbulencias y decadencia señalado por frecuentes cambios de emperador y de política, supo desplegar un gran talento de adaptación a las variables condiciones de la existencia, sirvió a nueve emperadores sin dejar de elevarse y aumentar su influencia. No vaciló en adular y humillarse, en corromper a otros con miras a su posición personal. No cabría, pues, decir que poseyó grandes cualidades morales, pero en esto no difirió de otras muchas gentes que vivieron en aquel agitado y difícil período.

Junto a estos rasgos de su carácter, negativos en cierto modo, Psellos poseyó cualidades con las que se adelantó mucho a sus contemporáneos. Tenía una magnífica cultura y grandes conocimientos, leía mucho y trabajaba enormemente. Escribió considerable cantidad de libros y dejó muchas obras de teología, filosofía (inspirada en Platón), ciencias naturales, filología, historia, derecho, poesías, una serie de discursos y una vasta correspondencia. La Historia de Psellos relata los hechos comprendidos entre la muerte de Juan Tzimisces y los últimos años de la vida del autor (976-1077), siendo una fuente muy valiosa para el estudio de la historia del siglo XI, a pesar de cierta parcialidad. La obra literaria de Psellos nos lo muestra como

un representante de la cultura secular impregnada de helenismo. No pecó por exceso de modestia. Dice en su Cronografía: «Siempre me han asegurado que tengo una pronunciación bella, la cual se nota hasta en mis más sencillas palabras. Cuanto yo decía sin preparación alguna, estaba señalado por un encanto natural. Yo lo hubiese desconocido si varias personas, oyéndome hablar, no lo hubiesen certificado»[862]. Declara también: Constantino IX «admiraba al más alto punto mi elocuencia y sus oídos estaban siempre suspendidos de mis labios». Miguel VI le «admiraba profundamente y gustaba la miel que se desprendía de mis labios». Constantino X bebía sus palabras «como néctar». Eudoxia le «consideraba cual un dios»[863]. No obstante, los historiadores dan juicios opuestos sobre la obra y personalidad de Psellos. De todos modos parece indiscutible que ocupó un lugar tan elevado en la vida espiritual de Bizancio en el siglo XI como Focio en el IX o Constantino Porfirogénito en el X.

La época macedonia, más especialmente el siglo X, están considerados como el período del desenvolvimiento de la poesía épica y de los cantos populares bizantinos: el héroe principal de esta epopeya fue Basilio Digenis Akritas.

La intensa vida de los confines orientales del Imperio, donde había combates casi continuos, ofrecía vasto campo a los actos de bravura y a las hazañas peligrosas. Hubo un hombre que dejó en el pueblo bizantino un recuerdo duradero y profundo: el héroe de las provincias fronterizas, Basilio Digenis Akritas.

Parece que el nombre verdadero de aquel héroe de epopeya fue meramente Basilio. Digenis y Akritas fueron sólo sobrenombres[864]. El término Digenis («nacido de dos erígenos») se debió a que su padre fue musulmán y árabe y

su madre cristiana y griega. Se daba corrientemente el nombre de Digenis a los nacidos de dos razas diferentes. El nombre Akritas, plural «*Akritai*» (del griego frontera), servía para designar a los defensores de las fronteras más extremas del Imperio. Los acritas gozaban a veces de gran independencia respecto al poder central: se les ha comparado justamente con los margraves o jefes de marcas fronterizas de la Europa occidental y con los cosacos ucranianos («*ukraína*», frontera) de la historia de Rusia.

Digenis Akritas, el héroe legendario, consagró toda su vida a luchar contra los musulmanes y los «*Apelatai*». Este último término había designado en su origen «dos dispersadores de rebaños» y luego, más sencillamente, «dos ladrones», y servía en la frontera oriental del Imperio bizantino, para denominar a los bandidos montañeses, «hombres audaces, de alma y cuerpo templados, semibandoleros y semihéroes[865]» que no reconocían la autoridad del emperador ni la del califa, y asolaban los territorios de ambos soberanos. En tiempo de paz aquellos temibles bandidos eran tan perseguidos por cristianos como por musulmanes, mientras en tiempos de guerra cada uno de los adversarios se esforzaba en ganarse el apoyo de hombres tan resueltos. Con expresión de Rambaud, en los distritos fronteros la gente «se sentía muy lejos de Bizancio. No se hubiera creído uno en las provincias de una monarquía ordenada, sino en la anarquía feudal de Oriente»[866].

Según diversas alusiones esparcidas en la epopeya de Digenis Akritas, cabe afirmar que los hechos reales que sirvieron de base a dicha epopeya se produjeron a mediados del siglo x en Capadocia y en la región del Eufrates. En la epopeya, Digenis ejecuta altos hechos y brillantes acciones en el campo cristiano y en pro del Imperio: para él, la

ortodoxia y la «*Romania*» (es decir, el Imperio bizantino) son dos elementos inseparables. La descripción del palacio de Digenis nos da una idea muy clara de la magnificencia y la riqueza que se hallaban entre los grandes propietarios del Asia Menor, tan cruelmente aborrecidos por Basilio II Bulgaróctonos[867]. Ciertos historiadores han llegado a identificar el personaje legendario con uno histórico del siglo X, pero faltan pruebas demostrativas de esta tesis[868]. Aun se enseña a los viajeros, cerca de Trebisonda, la tumba del héroe, la cual, según tradición popular, protege contra el mal de ojo a los recién nacidos.

El fondo de la epopeya de Digenis Akritas ofrece grandes semejanzas con los famosos poemas épicos de la Europa occidental, de los que son los principales *La Canción de Rolando*, que data de la época de Carlomagno, y el Poema del Cid, ambos nacidos de la lucha del cristianismo contra el Islam.

El prototipo oriental de Digenis Akritas fue, como antes indicamos, el semilegendario paladín del Islam, Seif-Al-Battal-Ghazi, cuyo nombre está asociado a la batalla de Akroinon (740).

El nombre de Digenis fue popular hasta el fin del Imperio bizantino. Un poeta del siglo XII, Teodoro Pródromo, esforzándose en elogiar decorosamente al emperador Manuel Comneno, le llama «*Nuevo Akritas*»[869].

Según Bury, «así como Hornero refleja todos los aspectos de cierto estadio de la civilización griega primitiva, así como los Nibelungos nos dan la imagen de la civilización de los germanos en la época de las grandes emigraciones, así el ciclo de Digenis nos ofrece un vasto cuadro del mundo bizantino de Asia Menor y de la vida en las fronteras»[870].

El poema de Digenis Akritas nos ha llegado en varios

manuscritos, el más antiguo de los cuales se remonta al siglo XIV[871]. Incluso ha sobrevivido a Bizancio: aun hoy los habitantes de Chipre y del Asia Menor cantan las proezas del famoso héroe bizantino[872]. Se halla una especie de reflejo de las baladas populares de la epopeya bizantina en los monumentos épicos rusos. La literatura rusa antigua tienen sus *Hechos y vida de Digenis Akritas*. El historiador ruso Karamzin (principios del siglo XIX) los conoció y los tomó al principio por un cuento ruso de hadas. Como quiera que fuese, *Los Hechos* de Digenis Akritas tuvieron considerable importancia en el desarrollo de la antigua literatura rusa, ya que la vida y las letras rusas estuvieron muy hondamente afectadas por la influencia bizantina tanto eclesiástica como profana. Es interesante notar que la versión rusa del poema de Digenis contiene episodios que no nos han llegado en los textos griegos[873].

La vida intelectual y artística del Imperio continuó desarrollándose durante el difícil período de las turbulencias que siguieron a la época de la dinastía macedónica. Ya sabemos que tales acontecimientos no interrumpieron la actividad de Miguel Psellos, lo que indica que la vida intelectual del país no sufrió eclipse. Psellos recibió tantos favores de los emperadores ocasionales que se sucedieron en el trono como de los representantes de la dinastía macedónica.

Entre los escritores notables de ese período sobresale Miguel Attaliota. Nacido en Asia Menor, emigró a Constantinopla y abrazó la carrera de jurista. Los escritos que de él nos han llegado pertenecen a las esferas de la historia y de la jurisprudencia. Su historia abarca el período comprendido entre 1034 y 1079. Apóyase en observaciones personales y da un cuadro verídico de la época de los

últimos macedonios y de los subsiguientes años de perturbaciones. El estilo de Miguel Attaliota testimonia ya en ciertos lugares aquel artificial renacimiento del clasicismo que tanto se desarrolló en la época de los Comnenos. El tratado jurídico de Miguel, que se deriva por entero de las «*Basílicas*», fue muy popular. El autor se había propuesto publicar un tratado de derecho muy breve y accesible a todos. Se hallan muy interesantes informes sobre la civilización del Imperio en el siglo XI en el estatuto compuesto por Miguel para el asilo de pobres y el convento que fundó. Ese estatuto contiene un inventario de los bienes de ambas casas, incluyendo, entre otras cosas, una lista de los libros de la biblioteca del convento.

La época de la dinastía macedónica es muy importante en la historia del arte bizantino. El período que corre de mediados del siglo IX hasta el XII llamase en la ciencia la Segunda Edad de Oro del Imperio bizantino (la primera fue la de Justiniano). La crisis iconoclasta, como vimos, libró al arte bizantino de la influencia restrictiva de la Iglesia y del monaquismo y abrió nuevas vías artísticas, exteriores al dominio de la religión. Al extremo de esas nuevas vías se hallan las características siguientes: retorno a las tradiciones de los modelos alejandrinos primitivos; desarrollo de la ornamentación aprendida de los árabes y por tanto muy emparentada a la del Islam; substitución de los motivos eclesiásticos por otros históricos o profanos tratados con mayor realismo. Pero el arte de la época macedónica no se limitó a imitar o copiar esos temas, sino que creó cosas nuevas y originales. «El estilo griego revivificado de los períodos macedónico y comnénico, produjo algo más que la gracia física de la manera helenística del siglo IV ya que se agregó una parte importante de la gravedad y fuerza de los

siglos anteriores. Estas cualidades señalaron con su sello el estilo medieval bizantino. Su influjo eliminó las formas groseras del siglo VI, que ya no se vieron más que en las provincias alejadas, donde no se sentía la atracción de la capital. De ello resultó una mezcla de dignidad y gracia, de moderación y de orden, un refinamiento sereno que se convirtieron en característicos del arte bizantino en el período de su madurez. Aquellas obras unieron la armonía y la emoción religiosas; tuvieron una seriedad que las de la época helenística no habían tenido. Puede ser exagerado decir que durante sus últimos siglos el arte bizantino fue helenizándose progresiva y sistemáticamente, pero es cierto que ya no era posible en él una orientalización profunda y completa»[874].

No carece de interés advertir que el famoso historiador austríaco Strzygowski se ha esforzado en demostrar una tesis estrechamente ligada a la época de la dinastía macedónica. Según él, la exaltación al trono del primer emperador de la dinastía macedónica, armenio de nacimiento, señaló una era nueva en la historia del arte bizantino: la era de la influencia directa del arte armenio sobre las creaciones artísticas de Bizancio.

En otras palabras, Strzygowski trata de invertir los términos, tendiendo a afirmar que, lejos de haber sufrido Armenia —como antiguamente se creía— la influencia del arte bizantino, influyó sobre éste. En realidad, la influencia armenia fue muy fuerte en la época de la dinastía macedónica. Numerosos artistas y arquitectos armenios trabajaron en Bizancio. La *Iglesia Nueva*, construida bajo Basilio I, acaso se realizara según un plan armenio. Cuando, en el siglo X, un terremoto dañó la cúpula de Santa Sofía, a un arquitecto armenio, autor de los planos de la catedral de

Ani, se le confió la obra de restauración. No obstante, y aunque las teorías de Strzygowski contengan, con frase de Diehl, «muchas cosas ingeniosas y seductoras», no se pueden aceptar íntegramente[875].

Basilio I fue un gran constructor. Hizo levantar la *Nueva Iglesia*, ya mencionada, acontecimiento tan importante para él como la edificación de Santa Sofía fuera para la política constructora de Justiniano. También mandó erigir un palacio nuevo —el Kenurgion—, decorándolo con brillantes mosaicos.

Dispuso restaurar y ornar Santa Sofía y los Santos Apóstoles. La primera, malparada por el movimiento sísmico del 989, fue objeto de cuidados y atenciones imperiales en los siglos X y XI.

Bajo los emperadores macedonios se abrieron las primeras escuelas imperiales de pintura de iconos. De ello, además de la ejecución de muchos iconos y de la decoración de numerosas paredes de templos, se derivó la iluminación, efectuada en tales escuelas, de abundantes manuscritos. De Basilio II data el famoso *Menologio del Vaticano*, con magníficas miniaturas debidas a ocho iluminadores cuyos nombres aparecen inscritos en las márgenes. Otras muchas miniaturas interesantes, original y bellamente ejecutadas, pertenecen a esa época.

El principal foco artístico del Imperio fue Constantinopla, pero las provincias tuvieron también importantes monumentos de arte: así la «*iglesia de Skripu*» (874) en Beocia; un grupo de iglesias del Athos que se remontan al siglo X o principios del XI; San Lucas de Stiris en Fócida (principios del siglo XI); *Nea Moni de Quío* (mediados del siglo XI); la iglesia del monasterio de Dafni en el Ática (finales del siglo XII)[876]. En Asia Menor, las numerosas

iglesias de Capadocia, talladas en la roca, conservan frescos del mayor interés, muchos de los cuales se remontan a los siglos IX, X y XI. El descubrimiento y estudio de esos frescos de Capadocia, que Khan revelado un tesoro extraordinario de pinturas murales,"[877] están estrechamente asociados al nombre de R. P. G. de Jerphanion, quien ha consagrado su vida a la investigación detallada de Capadocia, «nueva provincia del arte bizantino»[878].

El arte bizantino de la época macedónica brilló allende las fronteras del Imperio. Las más recientes pinturas de la famosa iglesia romana de Santa María la Antigua, que se hacen remontar a los siglos IX y X, pueden incluirse entre las obras notables del Renacimiento macedonio[879].

Santa Sofía de Kiev (1037), en Rusia, pertenece igualmente, con otras muchas iglesias, a la tradición «bizantina» de la época de los emperadores macedonios.

El brillante período de esa dinastía (867-1025) fue también la época mejor del arte bizantino desde el punto de vista de la vitalidad y originalidad del arte. El intervalo de turbulencias que siguió, así como la época de los Comnenos, vieron nacer y desarrollarse un arte diferente en absoluto, más seco y más rígido. «Los estandartes bizantinos, conducidos (por Basilio II) a Armenia, retrocedían poco a poco; los de los turcos selyúcidas avanzaban. En el interior reinó ese espíritu de inmovilidad que halla su expresión en ceremonias y paradas: el espíritu de un Alejo Comneno y su corte. Todo esto se reflejó en el arte del siglo que precedió a la invasión de los cruzados de Occidente. Las fuentes del progreso se agotaron; cesó de haber potencia creadora orgánica; el solo cambio posible era la aceptación pasiva de las fuerzas externas. El fervor religioso fue absorbido por preocupaciones formularias. El sistema litúrgico, al gobernar

la pintura, tuvo por resultado una floración de manuales o guías para pintar, en los cuales se señalaba con exactitud el camino a seguir. La composición fue así estereotipada y hasta los colores prescritos con antelación»[880].

# BIBLIOGRAFÍA TOMO I

## Trabajos generales

H. SCHILLER, *Geschichte der römischen Kaiserzeit, II: Von Diokletian bis zum Gode Theodosius des Grossen* (Gotha, 1887). Muy bueno en lo político; superficial en lo religioso. Se prepara una nueva edición.

V. DURUY, *Histoire des Romains* (París, 1883-85), vol. VI-VII.

G. BOISSIER, *La fin du paganisme* (París), 2 volúmenes, varias ediciones.

A. HARNACK, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten* (Leipzig, 1924), 2. v. 4.ª ed. revisada.

O. SEECK, *Geschichte des Untergangs der antiken Welt* (Berlín y Stuttgart, 1893 - 1920), 6. v. la 3.ª ed. del I vol. apareció en 1910; la 2.ª de los vol. II y III, en 1921). *The Cambridge Medieval History*, vol. I, 1911.

J. B. BURY, *A History of the Later Roman Empire* (Londres, 1923), v. I.

J. KULAKOVSKI, *La Historia de Bizancio* (Kiev, 1913), 2.ª ed. vol. I, en ruso.

F. I. USPENSKY, *Historia del Imperio bizantino* (San Petersburgo, 1913), vol. I, en ruso.

S. P. CHESTAKOV, *Lecciones sobre la historia de Bizancio* (Kazan, 1915), 2.ª ed. vol. I, en ruso.

F. I. USPENSKY, *Apuntes de historia bizantina* (Moscú, 1917), t. I, en ruso.

V. BOLOTOV, *Lecciones sobre la historia de la Iglesia antigua.* III: *Historia de la Iglesia en el período de los concilios ecuménicos* (San Petersburgo, 1913). Muy importante. En ruso.

F. LOT, *La fin du monde antique et le debut du moyen age* (París, 1927). Importante. (Hay traducción castellana).

E. STEIN, *Geschichte des spätromischen Reichs*, I (Viena, 1928). Importante.

# Bibliografía del capítulo II

**Monografías sobre reinados o cuestiones aisladas**

(Hay una vasta literatura)

J. Burckhardt, *Die Zeit Constantins des Grossen*, 3.a ed. (Leipzig, 1898; 1.ª ed., 1853). Obra brillante, pero muy escéptica.

J. MAURICE, *Numismatique constantinienne* (París, 1908-1912), V. I-III. Muy importante.

**Edicto de Milán. Entre ellas citaremos las Siguientes:**

F. J. DOLGER, *Konstantin des Grossen und seine Zeit* (Freiburg i. Br., 1913).

E. SCHWARTZ, *Kaiser Constantin und die christliche Kirche* (Leipzig y Berlín, 1913). (Hay traducción castellana, por J. Pérez Bances. Madrid, 1926).

A. BRILLIANTOV, *El emperador Constantino el Grande y el Edicto de Milán*, 313 (Petrogrado, 1916, en ruso). Obra excelente, cuyo análisis se apoya en el estudio de las fuentes originales y las obras modernas, incluyendo la considerable literatura de 1913.

P. BATIFFOL, *La Paix constantinienne et le catholicisme* (3.ª ed., París, 1914).

H. LECLERCQ, *Constantin, en el Dictionaire d'archéologie cristienne et de liturgie*, de F. Cabrol (París, 1914), III (2), 2622-95. Artículo muy importante, con una excelente bibliografía.

C. B. COLEMAN, *Constantine the Great and Christianity* (Nueva York, 1914), *Studies in History, Economics and Public Law*, ed. by the Faculty of Political Sciencia of Columbia University, vol. LX, núm. I (Muy buena bibliografía, pág. 243-254).

M. A. HUTTMANN, *The establishment of Christianity and the Proscription of Paganism* (Nueva York, 1914). Ibíd. vol. LX, núm. 2 (Buena bibliografía, páginas 250-257).

J. MAURICE, Constantin le Grand. *L'origine de la civilisation chrétienne* (París, 1925).

Normann BAYNES, *Constantine the Great and the Christian Church. Proceedings of the British Academy*, XV (Londres, 1929).

Henri GRÉGOIRE, *La «conversión»* de Constantin, Revue de l'Université de Bruxelles, XXXVI (1930-1931). Muy importante.

André PIGANIOL, *L'Empereur Constantin* (París, 1932). Interesante.

Lloyd B. HOLSAPPLE, *Constantine the Great* (Nueva York, 1942). Superficial y mal informado. Véase la crítica de Henri Grégoire en *Byzantion*, XVI, (1942-1943), p. 555-558.

**También existe una vasta literatura sobre Juliano el Apóstata. Todos los años aparecen sobre él obras nuevas.**

P. ALLARD, *Julien L'apostat* (3 Vol. París, 1900-1903). 3.ª Ed. En 1906-1910.

G. NEGRI, *L'imperatore Giuliano l'Apostata* (2.ª Ed. Milán, 1902). Traducción Inglesa por la duquesa Litta-Visconti-Arese, En 2 Tom. Nueva York, 1905.

J. GEFFCKEN, *Kaiser Julianus* (Leipzig, 1914).

H. LECLERCQ, *Julien L'apostat.* Dictionaire D'archéologie Cristienne et de Liturgie, VIII (1928). 305-399. Buena Bibliografía.

A. GÜLDENPENNING y J. IFLAND, *Der Kaiser Theodosius Der Grosse* (Halle, 1878).

G. RAUSCHEN, *Jahrbücher Der Christlichen Kirche Unter Dem Kaiser Theodosius Dem Grossen* (Freiburg I. B., 1897).

N. TCHENIAVSKY, *El Emperador Teodosio El Grande Y Su Política Religiosa* (Serguiev-Posad, 1913), En Ruso.

A. GÜLDENPENNING, *Geschichte Des Ostromischen Reiches Unter Den Kaisern Arcadius Una Theodosius* (Halle, 1885).

W. ENNSLIN, *Leo I, Kaiser*, 4-4, 4 (Pauly-Kroli.), Real-Encyclopadie (1925), XII (2), Cois. 1947.

W. BARTH *Kaiser Zeno* (Basilea, 1894).

A. ROSE, *Kaiser Anastasius I,* T. I: *Die aussere Politik der Kaisers* (Halle A. S., 1882).

A. ROSE, *Die Byzantinische Kirchenpolitik Unter Kaiser Anastasius I* (Wohlau, 1888).

W. G. HOLMES, *The Age Of Justinian And Teodora*, 2.ª Ed. Londres, 1912. V. I. (*«La Época de Anastasio»*).

**Sobre la historia de las invasiones germánicas.**

Fustel DE COULANGES, *Histoire Des Institutions Potinques De L'ancienne France. II: L'invasion Germanique* (París).

T. HODGKIN, *Italy And Her Invaders* (2.ª Ed. Oxford, 1892), v. I.

L. SCHMIDT, *Geschichte Der Deutschen Stamme bis zum Ausgang der Volverwanderung* (Berlín, 1904), v. I.

I. SCHMIDT, *Allgemeine Geschichte der germanischen Völker Bis Zur Mitte des VI Jahrhunderts* (Munich y Berlín, 1909).

B. RAPPAPPORT, *Die Einfalle der Goten in das Romische Reich bis auf Constantin* (Leipzig, 1899).

A. DOPSCH, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der Europaischen Kulturentwicklung*, (Viena, 1918); segunda ed. rev. y aumentada (Viena, 1923), v. I.

Muy Interesante e Importante, Sobre Todo En Los Asuntos de Occidente.

I. HALPHEN, *Les Barbares: des Grandes Invasions aux Conquêtes Turques du* XI *Siécle* (París, 1926).

**Sobre el arrianismo.**

H. M. GWATKIN *Studies On Arianism* (2.A Ed., Cambridge, 1900). Obra Excelente.

H. M. GWATKIN, *Arianism*, en *The Cambridge Medieval History*, I (Cambridge. 1911), 118-142.

**Sobre literatura bizantina de este período.**

W. CHRIST, *Geschichte des Griechischen Literatur* (6.ª Ed., Munich, 1924), v. II, 2.

O. BARDENHEWER, *Patrología* (3.ª Ed., Freiburg i. B. 1910). Tr. Inglesa De T. J. Shahan (Freiburg I. B, Y San Luis, Minnesota, 1908).

O. BARDENHEWER, *Geschichte der Altkirchlichen Literatur* (Freiburg i. B.), v. III 1912 (siglo IV); v. IV, 1924 (siglo V)

A. HARNACK, *Lehrbuch der Dogmengeschichte* (4. ed., Tubinga. 1909). v. II (siglos IV y V). Trad. Inglesa de E. Speirs y J. Millar (Londres, 1898), v. IV (Trad. de la 3.ª ed.).

# Bibliografía del capítulo III

**Monografías sobre reinados aislados**

F. A. ISAMBERT, *Histoire de Justinien*, 2 t. (París, 1856). Anticuado.

C. DIEHL, *Justinien et la civilisation byzantine au* VI *siècle* (París, 1901). La mejor obra sobre la materia.

V. G. HOLMES, *The age of Justinian and Theodora*, 2 t. (2.ª ed., Londres, 1912).

H. LECLERCQ, *Justinien, Diccionaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, VIII, (1928), col. 507-604. Muy buena

bibliografía.

**Obras y artículos de mayor divulgación sobre Justiniano y Teodora**

A. GFRÖRER, *Kaiser Justinian I, en sus Byzantinische Geschichten* (Graz, 1873), II, 315-401.

K. KRUMBACHER, *Kaiser Justinian* (1901), en sus *Populare Aufsatze* (Leipzig, 1909) (según la obra de Diehl).

E. GRUPE, *Kaiser Justinian, aus seinem Leben und aus seiner Zeit* (Leipzig, 1923), en Wissenschaft und Bildung, núm. 184. Esbozo de vulgarización según los trabajos de Diehl y Holmes.

C. DIEHL, *Theodora, impératrice de Byzance* (París, 1904).

C. DIEHL, Theodora, en sus *Figures byzantines*, I (4.ª ed., París, 1909), p. 51-75. Trad. inglesa de H. Bell, *Byzantine Portraits* (Nueva York, 1926), p. 49-72.

H. STADELMANN, *Theodora von Byzanz*, 2 t. (Dresde, 1926).

E. GRIMBER, *Theodora, Die Tanzerin auf dem Kaiserthron* (Munich, 1928).

K. GROH, *Geschichte des ostromischen Kaisers Justin II, nebst der Quellen* (Leipzig, 1889).

E. STEIN, *Studien zur Geschichte des byzantinischen Reiches vornehmlich unter den Kaisern Justinus II und Tiberius Constantinus* (Stuttgart, 1919). Muy importante.

O. ADAMEK, *Beitrage zur Geschichte des byzantinischen Kaisers Maurikios* (Graz, 1890-91).

I. KULAKOVSKI, *El emperador Focas*, cap. de la *Historia de Bizancio* (Kiev, 1914), en ruso. Este capítulo ha vuelto a publicarse de nuevo en el tercer volumen de la *Historia de Bizancio*, p. 1-27, en ruso.

**Historia del Derecho**

H. J. ROBY, *Introduction to Justinian's Digest* (Cambridge, 1884). Útil.

P. COLLINET, *Études historiques sur le droit de Justinien. I: le caractère oriental de l'oeuvre legislative de Justinien et les destinées des institutions classiques en Occident* (París, 1912). Interesante c importante.

T. DECLAREUIL, *Rome et l'organisation du droit*, «Bibliothéque de synthèse historique: l'evolution de l'humanité», dirigida por H. Berr. (París, 1924). Véase especialmente libro II: *Le droit du Bas-Empire et fes reformes justiniennes*], págs. 349-427.

**Los eslavos en Grecia**

A. VASILIEV, *Los eslavos en Grecia. «Vizantiisky Vremennik*». V. (1898) páginas 404-438, 626-670, en ruso.

Literatura: Trabajos generales de Krumbacher y Montelacio; v. cap. I.

**Sobre Procopio de Cesarea.**

F. DAHN, *Procopius von Casarca* (Berlín, 1865).

B. PANTCHENKO, *Sobre la «Historia secreta» de Procopio. «Vizantiisky Vremennik*», vol. II-IV (1895-97), en ruso.

H. B. DEWING, *Introducción* a su edición de Procopio, I (Londres y Nueva York, 1914), págs. VIII-XIII.

J. B. BURY, *History of the Later Roman Empire*, II (Londres, 1923), páginas 417-430.

**Sobre Agatías**

M. ITES, *Zur Bewertung des Agathias.* «Byzantinische Zeitschrift», XXVI (1926) pág. 273-285.

**Sobre Cosmas lndicopleustes**

H. GELZER, *Kosmas der Indeenfahrer.* «Jahrbücher für protestantische Theologie», IX (1883), págs. 105-141.

MCGRINDLE, *Introducción* a su traducción de la *Topografía cristiana de Cosmas, monje egipcio* (Londres, 1897). En inglés. «*Hakluyt Society Publications*», n.º 98, págs. I-XXVII.

E. K. RZDIN, *La Topografía Cristiana de Cosmas Indicopleustes*, según las versiones griegas y rusas (Moscú, 1916) T. I (en ruso).

**Sobre Leoncio de Bizancio**

F. LOOFS, *Leontius von Byzanz* (Leipzig, 1887).

P. W. RÜGAMER, *Leontius von Byzans* (Wurzburgo, 1894).

J. B. BURY, ob. cit., II, págs. 373-375.

**Sobre Paulo «el silenciario»**

P. FRIEDLANDER, *Johannes von Gaza una Paulus Silentiarius* (Leipzig-Berlín, 1912).

A. VENIERO. *Paolo Silenziario. Studie sulla letteratura bizantina del* VI *secolo* (Catania, 1916).

B. GILDERSLEEVE, *Paulus Silentiarius.* «American Journal of Philology», XXXVIII (1917), págs. 42-72.

**Sobre Juan de Éfeso**

DIAKONOV, *Juan de Éfeso y sus trabajos histórico-eclesiásticos* (San Petersburgo, 1908, en ruso). Muy importante. E. W. Brooks dice de esta obra: «Todos los estudios relativos a Juan de Éfeso quedan relegados a la sombra después del gran trabajo de A. Diakonov». (*Patrología Orientalis*, XVII, 1923, pág. III).

# Bibliografía del capítulo IV

**Monografías sobre reinados aislados.**

L. DRAPEYRON, *L'empereur Héraclius et l'Empire Byzantin au VII Siécle* (París, 1869). Anticuado.

G. LASKIN, *Heraclio. El Estado Bizantino En La Primera Mitad Del siglo VII* (Jarkov, 1889). Fuentes Nuevas. En Ruso.

T. Ευαγγελιδης Ηρακλειος ο αυτοκρατωρ του Βιζαντιου (Odesa, 1903). Compilación Breve.

A. PERNICE, *L'imperatore Eraclio* (Florencia, 1905). La Mejor Monografía.

T. KAESTNER, *De Imperio Constantini*, 641-668 (Leipzig, 1907). Disertación Breve y Exacta.

C. DIEHL, *L'empereur au nez coupé, Revue de Paris*, 1 de Enero 1923. Reimpreso *En Choses et Gens de Byzance* (París, 1926). P. 173.

**Historia de los árabes y del Islam.**

G. WEIL, *Geschichte Der Chalifen* (Manheim, 1846), T. I. Útil.

A. MULLER, *Der Islam Im Margen Und Abendland* (Berlín, 1885), T. I-II.

A. KREMER, *Kulturgeschichte Des Orients* (Viena, 1875), T. I-II.

A. KRYMSKL, *Historia Del Mahometanismo* (Moscú, 1903-4). En Ruso.

I. GOLDZIEHR, *Die Religión Des Islams, En Die Kultur Der Gegenwart.* (P. Hinneberg), *Die Religionem Des Orients* (1913), III. 1, 2 Auflage).

I. GOLDZIEHR, *Vorlesungen Über Des Islam.* (Heidelberg, 1910).

L. CAETANI, Príncipe De Teano, *Annali Dell'islam* (Milán, 1905-1926), T. I-X (En Publicación). Obra Muy Importante Para El Estudio De Las Relaciones De Bizancio y Los Árabes En La Época De Los Primeros Califas.

L. CAETANI, *Studi Di Storia Oriéntale* (Milán. 1911-14), T. III. Importante Para La Historia De Los Principios Del Islam.

N. MEDNIKOV, *Palestina Desde La Conquista Árabe Hasta Las Cruzadas, Según Las Fuentes Árabes* (San Petersburgo, 1897-1902), T. I-IV Traducción Rusa De Las Fuentes Árabes, Con Notas Y Monografías Especiales.

V. BECKER, *Vom Werden Und Wesen Der Islamischen Welt* (Leipzig, 1924), Tomo I.

**Historia de la organización de los *Temas*.**

C. DIEHL, *L'origine Du Régime Des Thémes Dans L'empire Byzantin.* (Études Byzantines, París, 1905), P. 276-292). La Primera Edición De Este Ensayo Fue Publicada En «Études D'histoire Du Moyen Age». Dedicados A G. Monod (1896).

H. GELZER, *Die génesis der byzantinischen Themenverfassung* (Leipzig, 1899).

F. I. USPENSKY, *La organización militar del Imperio bizantino*, «Izvestia russkago arjeologicheskogo Instituta y Konstantinopolle», t. VI (1900). En ruso.

E. W. BROOKS, «*Arabic Lists of the Byzantine Themes*», «Journal of Hellenic Studies», XXI (1901), p. 67-77).

F. I. USPENSKY, *La organización de los temas*, en su *Bosquejo de la Historia de Bizancio* (Moscú, 1917), p. 144-152. En ruso.

J. KULAKOVSKI, *Historia de Bizancio* (1915), III, p. 387-431. En ruso.

E. STEIN, *Zur Entstehung der Themenverfassung, en sus Studien zur Geschichte der byzantinischen Reiches vornehmlich under der Kaisern Justinus II und Tiberius Constantinus* (Stuttgart, 1919), p. 117-140.

E. STEIN, *Ein Kapitel vom persischen und vom byzantinischen Staate (Byzantinische-Neugriechische Jahrbücher)*, I (1920), especialmente p. 70-82.

# Bibliografía del capítulo V

La mejor obra sobre el período 802-867 es la de J. B. Bury, *A History of the Eastern Roman Empire from the Fall of Irene to the accession of Basil I,* A, D. 802-867 (Londres, 1912).

**Monografías sobre reinados aislados**

K. SCHENK, *Kaiser León III*, I Teil. (Halle, 1880).

K. SCHENK, *Kaiser Leons III Walten im Innern. Byz. Zeits*, V. (1896), p. 257-301.

A. LOMBARD, *Études d'histoire byzantine: Constantin V, empereur des Romains* (740 - 755), con un prefacio de Carlos Diehl (París, 1902).

C. DIEHL, *L'imperatrice Irene. Figures byzantines* (4. ed., París, 1909), I, páginas 133-156.

**Sobre la Iconoclastia.**

F. C. SCHLOSSER, *Geschichte der bilderstürmenden Kaiser des ostromischen Reiches* (Francfort, 1812). Anticuado.

F. GFRÖRER, *Der Bildersturm*, en su *Byzantinische*

*Geschichten* (Graz, 1873), *II, p. 460-478.* Carlos Schwarzlose, *Der Bilderstreit, ein Kampf der Griechischen Kirche um ihre Eigenart und ahre Freiheit* (Gotha, 1890). Importante.

Luis BREHIER, *La Querelle des Images*, VIII-IX siècles (París, 1904). Importante.

I. D. ANDREIEV, *Germán y Tarasio, patriarcas de Constantinopla: su vida y su obra en relación con la historia de las turbulencias iconoclastas* (Serguiev Posad, 1907). En ruso.

N. JORGA, *Los orígenes de la iconoclastia.* Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana, XI (Bucarest, 1924), p. 143-155.

H. LECLERCQ, *Culte et querelle des images. Cabrol et Leclercq, Dictionnaire d'archéologie et de liturgie*, vol. VII (París, 1926), col. 180-302. Excelente bibliografía.

G. OSTROGORSKY, *Studien zur Geschichte des Byzantinischen Bilderstreites* (Breslau, 1929). Importante.

**Relaciones políticas.**

A. VASILIEV, *Las relaciones políticas de Bizancio y de los árabes bajo la dinastía amoriana (San Petersburgo, 1900). En ruso.*

**Obra legislativa de la dinastía Amoriana**

G. VASILIEVSKI, *La legislación de los iconoclastas.* Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública, *vol. CXCIX, CC (1878). En ruso.*

E. H. FRESHFIELD, *A Manual of Roman Law, the Ecloga, published by the Emperors Leo III and Constantine V of Isauria at Constantinople A. D. 726*, (Cambridge, 1926), Intr. p. 1-64, y trad, ingl. p. 65-114.

C. A. SPULBER, *La Écloga de los Isaurios: texto, traducción, historia*, Cernauti (Rumanía), 1929. Texto griego y trad. francesa (p. 1-77); historia de la Écloga, p. 79-188.

(Para obras sobre los temas véase el capitulo V.)

**Monografías de Escritores**

**Sobre Juan Damasceno.**

PERRIER, *Jean Damascène: Sa Vie Et Ses Écrits* (Estrasburgo, 1863).

J. LANCEN, Johannes von Damaskus (Gotha, 1879).

J. H. LUPTON, *Saint John Of Damascus* (Londres, 1882).

V. ERMONI, *Saint Jean Damascène* (París, 1904).

**Sobre Teodoro de Studion**

C. THOMAS, *Theodor Von Studion Und Sein Zeitalter* (Osnabrück, 1892).

V. PREOBRAZHENSKI, *El Bienaventurado T. De Studion Y Su Tiempo*. 759-826 (Moscú, 1896). Revista Eclesiástica Pastiirski Sobesednik (1893). En Ruso.

G. A. SCHNEIDER *Der Heilige Theodor Von Studion, Sein Leben Und Werke* (Münster, 1900).

GARDNER, *Theodore Of Studion. His Life And Times* (Londres, 1905).

E. MARIN, *Saint-Théodore 759-826*, (París, 1906). Serie Les Saints.

N. GROSSU, *El Bienaventurado Teodoro De Studion: Su Época, Su Vida, Sus Obras* (Kiev, 1907). En Ruso.

A. Dobroklonski, *El Bienaventurado Teodoro, Confesor Y Abad De Studion.*

*I parte: Su tiempo, su vida, su actividad.* II: *Sus obras* (Odesa, 1913-14). En ruso.

**Sobre Kasia.**

KRUMBACHER, Kasia. *Sitzungsberichte der philos. Philoi und der histor. Classe der bayer. Akademie der Wissenschaften*, III. (1897), p. 305-370.

**Sobre Focio**

J. N. JAGER, *Histoire de Photius* (2.ª ed. París, 1845). Anticuado.

J. HERGENROTHER, *Photius, patriarch von Constantinopel: sein Leben, seine Schriften und das griechische Schisma (Regemburg, 1867-1869), vol. I-III.*

Obra monumental de un historiador católico.

T. M. ROSSEIKIN, *El primer patriarcado de Focio, patriarca de Constantinopla*, (1915). Obra importante. En ruso.

# Bibliografía del capítulo VI

A. F. GFRÖRER, *Byzantinische Geschichte* (Graz, 1873-77), vol. XIX. Apuntes sobre los reinados de los emperadores, de Juan Tzimisces a Romano Diógenes inclusive.

N. SKALANOVITCH, *El Estado bizantino y la Iglesia en el siglo XI* (San Petersburgo, 1884). Historia del siglo XI a contar desde 1025. Muy importante para la historia interior del Imperio. En ruso.

J. B. BURY, *Roman Emperors from Basil II to Isaac Komnenos.* Eng. Hist. Review, IV (1889), págs. 41-64, 251-285. Reed. en Bury, Selected Essays, publicado por H. Temperley (Cambridge, 1930), págs. 126-214.

C. NEUMANN, *Die Weltstellung des Byzantinischen*

*Reiches vor den Kreuzzügen* (Leipzig, 1894). Trad. Francesa con el título de *La situation mondiale de l'Empire byzantin avant les Groisades* (París, 1905). Muy interesante para el estudio de la situación general del Imperio en el siglo XI.

G. SCHLUMBERGER, *L'épopée byzantine a la fin du* X^e^ *siècle*, 3.ª parte: 1025-1057, (París, 1905).

**Muy detallada e interesante.**

N. POPOV, *Apuntes sobre la historia secular de Bizancio en la época de la dinastía macedónica* (Moscú, 1916). En ruso. Es una serie de conferencias.

**Monografías sobre reinados aislados**

A. VOGT, *Basile Ier, Empereur de Byzance (867-886) et la civilisation byzantine à la fin du* X *siècle* (París, 1908).

N. POPOV *El emperador León VI el Sabio y su reinado desde el punto de vista histórico-eclesiástico* (Moscú, 1892). En ruso.

S. P. LAMEROS, *Leo und Alexander alt Mit kaiser von Byzanz*, Byz. Zeit. n, IV (1895), p. 92-98.

A. ZERNIN, *La vida y las obras de Constantino Porfirogénito*, I (Jarkov, 1858).

**En ruso. Libro anticuado.**

A. RAMBAUD, *L'Empire grec au* X^e^ *siècle.* Constantin Porphyrogénéte (París, 1870). Libro excelente.

F. HIRSCH, *Kaiser Constantin VII Porphyrogenetos* (Berlín, 1873). Breve bosquejo que se guía por la obra de Rambaud.

S. RUNCIMAN, *The Emperor Romanus Lecapenus and his reign. A study of Tenth-Century Byzantium* (Cambridge, 1929). Importante.

G. SCHLUMBERGER, *Un empereur byzantin au* X *siècle.*

*Nicéphore Phocas* (París, 1890). Reeditado sin láminas ni ilustraciones. París, 1923.

G. SCHLUMBERGER, *L'épopée byzantine à la fin du* X^e^ *siècle. Jean Tzimisces.*

*Les jeunes années de Basile II, le tueur de Bulgares*, 969-989 (París, 1896). Incluye la época comprendida entre los años indicados.

G. SCHLUMBERGER; *L'épopée byzantine à la fin du* X^e^ *siècle.* Segunda parte: *Basile II, le tueur de Bulgares* (París, 1900). Incluye la época comprendida entre 989 y 1025. Las tres obras de este autor son muy importantes.

Barón V. R. ROSEN, *El emperador Basilio Bulgaróctonos.* Trozos escogidos de la obra de *Yahia de Antioquía* (San Petersburgo, 1883. En ruso). Obra muy importante, ampliamente utilizada por Schlumberger.

P. V. BESOBRASOV, *La emperatriz Zoé*, en *Estudios históricos* (Moscú, 1893), I, p. 225-251. Artículo de divulgación. En ruso.

C. DIEHL, *Zoé la Porphyrogénéte, en sus Figures byzantines* (París, 1906), t. I. páginas 245-290.

H. MADLER, *Theodora, Michael Stratiotikos, Isaak Komnenos. Ein Stück byzantinischer Kaisergeschichte* (Pl. I, V, 1894). Resumen general, con indicación de fuentes, y bosquejos de los reinados de Teodora, Miguel Estratiótico e Isaac Comneno.

**Sobre los eslavos**

M. S. DRINOV, *Los eslavos del sur y Bizancio en el siglo* X (Moscú, 1875). Obra muy importante sobre las relaciones búlgaro-bizantinas. En ruso.

V. N. ZLATARSKI, *Geschichte der Bulgaren.* I. Teil: *Von der Gründung des bulgarischen Reiches biz zur Türkenzenit*

*(679-1396).* Bulgarische Bibliothek, herausgegeben von G. Waigand, vol. V (Leipzig, 1918).

V. N. ZLATARSKI, *Historia del Estado búlgaro en la Edad Media* (Sofía, 1919-27). I, 1.ª y 2.ª partes. Obra excelente. En búlgaro.

F. DVORNIK, *Les Slaves, Byzance et Rome au* x *siècle* (París, 1926). Importante.

S. RUNCIMAN, *A History of the First Bulgarian Empire* (Landres, 1930). Importante.

E. E. GOLUBINSKI, *Historia de la Iglesia rusa* (2.ª ed., Moscú, 1901), vol. I. Obra excelente para el estudio de las relaciones ruso-bizantinas en el período primitivo.

Se hallará muy buena bibliografía sobre las relaciones de Bizancio con la antigua Rusia en la Cambridge Medieval History, IV, p. 819-821.

**Sobre los árabes**

M. AMARI, *Storia dei musulmani di Sicilia*, t. I-III (Florencia, 1854-1872). Excelente para el estudio de la conquista árabe de Italia del sur y Sicilia.

A. A. VASILIEV, *Bizancio y los árabes. Las relaciones políticas de Bizancio y los árabes en la época de la dinastía macedonia. Los emperadores Basilio I, León VI el Filósofo y Constantino VII Porfirogénito (867-950)*, (San Petersburgo, 1902). En ruso.

**Sobre los armenios**

J. LAURENT, *L'Arménie entre Byzance et l'Islam depuis la conquête árabe jusqu'en 886* (París, 1919), Bibliothéque des Écoles françaises d'Athénes et de Rome, fase. 117. I. - 32.

**Sobre los pecheneques y los uzes**

V. S. VASILIEVSKI, *Bizancio y los pecheneques.* Gaceta del Min. de Inst. Pública, vol. CLXIV (1872), p. 116-165 y 243-

332. Reeditado en las Obras, de V. G. Vasilievsky, vol. I (San Petersburgo, 1908), p. 1-175. Muy notable. En ruso.

**Sobre los turcos**

A. GFRÖRER, Ob. cit., t. III.

N. JORCA, *Geschichte des Osmanischen Reiches*, t. I (Gotha, 1908).

J. LAURENT, *Byzance et les Turcs Seldjoucides dans l'Asie occidentale jusqu'en 1081.* Annales de l'Est, publiées par la Faculté des Lettres de l'Université de Nancy, año 27, fase. I (París, 1913); año 28, fase. 2 (París, 1914) [1919]. Importante.

H. M. LOEWE, *The Seljuqs*, en la Camb. Med. Hist., IV, p. 299-317, 836.

**Sobre los normandos**

J. GAY, *L'Italie méridionale et l'Empire byzantin depuis l'avènement de Basilei jusqu'à la prise de Barí par les Normands*, (París, 1904). Importante.

F. CHALANDON, *Histoire de la domination normande en Italie et en Sicilie*, vol. I (París, 1907).

Baronesa Diana de Guldencrone, *L'Italie byzantine. Étude sur le haut moyen age, 400-1056* (París, 1914).

**Historia de la Iglesia**

JAGER, *Histoire de Photius* (2.ª ed., París, 1845). Anticuado.

I. HERGENROTHER, *Photius, Patriarch von Constantinopel* (Regensburg, 1857-1869), t. I-III.

El problema de la separación de las Iglesias está tratado hasta 1054. Muy importante.

L. BREHIER, *Le schisme oriental du XI siècle (París, 1899).* Importante. Véase también su capítulo (el IX) al respecto en la Camb. Med. Hist., IV, páginas 246-273.

A. P. LEBEDIEV, *Historia de la separación de las Iglesias en los siglos IX, X y XI* (2.ª ed., Moscú, 1905). En ruso.

A. MICHEL, *Humbert und Kerularius. Studien.* Erster Teil (Paderborn, 1925).

**Historia Interior**

Sobre las corporaciones bizantinas y el libro del prefecto (eparca)

P. V. BESOBRASOV, *Las corporaciones de mercaderes y artesanos*, en su trad. rusa del libro de G. Hertzberg, Historia de Bizancio (Moscú, 1896), p. 600-612. En ruso.

A. STÖCKLE, *Spätrömische und byzantinische Zünfte* (Leipzig, 1911). Interesante.

E. A. CHERNUSOV, *Las corporaciones romanas y bizantinas.* Gaceta del Min. de Inst. Púb. Referencia, en ruso, del libro de Stockle.

C. M. MACRI, *L'organisation de l'économie urbaine dans Byzance sous la dynastie de Macédoine, 867-1057* (París, 1925).

**Cuestión social**

V. G. VASILIEVSKI, *Materiales para la historia interior del Estado bizantino. Medidas en favor de la propiedad rústica.* Gac. del Min. de Inst. Públ., vol. CCII (marzo, 1879). Reed. en las Obras de V. G. Vasilievsky, t. IV (Leningrado, 1930), p. 250-331. Trad. rusa de las Novelas del siglo X y comentario muy importante.

G. TESTAUD, *Des rapports des puissants et des petits propiétaires ruraux dans l'Empire byzantin au X^e siècle* (Burdeos, 1898).

**Ciencias y literatura**

Obras generales de Krambacher, Montelatici, Rambaud, ob. cit.; Skabalanovitch, ob. cit.; F. Fuchs, *Die höheren Schulen von Konstantinopel im Mittelalter* (Leipzig y Berlín,

1926).

**Monografías**

**Sobre Teodoro Dafnopates**

V. V. LATISHEV, *Dos discursos de Teodoro Dafnopates,* con una introducción sobre su vida y su obra literaria y una trad. al ruso. Pravoslavni Palestinski Sbornik (San Petersburgo, 1910). En ruso.

**Sobre Constantino el Rodense**

PAULY-WISSOWA, *Real-Encyclopädie der Classischen Altertuswissensehaft*, IV (1901), col. 1032-1033.

**Sobre Constantino Porfirogénito**

A. RAMBAUD, ob., cit.

H. LECLERCQ, *Constantin Porphyrogénéte et le livre des cérémonies de la cour de Byzance.* Cabrol, *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* (París, 1914), III (2), 2695-2713.

Y, sobre todo, los tres tomos de comentario de A. Vogt a su edición de *Le Livre des Cérémonies* (París, 1935-1940).

**Sobre Simeón Metafrasta**

V. G. VASILIEVSKI, *Sobre la vida y obras de Simeón Metafrasta.* Gac. del Minde Inst. Públ., CCXII (nov-dic., 1880), p. 379-437. En ruso.

H. DELEHAYE, *La vie de Saint Paul le Jeune et la chronologie de Métaphraste.* Revue des Questions Historiques, nueva serie, X (1893), p. 49-85.

M. JUGIE, *Sur la vie et les procedes littéraires de Syméon Métaphraste. Echas d'Orient, XXII* (1923), p. 5-10.

**Sobre la antología Palatina**

P. WOLTERS, *De Constantini Cephalae Anthologia. Rheinisches Museum*, XXXVIII (1883), p. 97-119.

**Sobre Nicolás, el Místico**

V. N. ZLATARSKI, *Las cartas de Nicolás el Místico, patriarca de Constantinopla, a Simeón, zar de Bulgaria. Sbornik za Minist. Narodn. Prosv. X* (1894), p. 372-428; XI (1894), p. 3-54; XII (1895), p. 121-211. En búlgaro.

**Sobre León, el Diácono**

G. WARTENBERG, *Das Geschichtswerk des León Diakonos.* B\z. Zeit, VI (1897), p. 106-111. V. tamb. p. 285-317.

SUTSUMOV, *Sobre las fuentes de León el Diácono y de Skylitzes.* Vizantiiskoie Obozreniie, II (1) (Yuriev-Dorpat, 1916). En ruso.

**Sobre Juan Ciriotas, el Geómetra**

V. G. VASILIEVSKI, *Fragmentos ruso bizantinos. II: Sobre la historia de los años 976-986. Gac, del Min. De Inst. Públ. CLXXXIV* (marzo, 1876), p. 162-178. Reed. en sus Obras, t. II (San Petersburgo, 1909), p. 107-124. En ruso.

P. TACCHI-VENTURL, *Commentariolum de Joanne Geómetra in S. Gregorium Nazianzenum inédita laudatione in cod. Vaticano-Palatino 402 adversala. Studi e documenti di storia e diritto*, vol. XIV (1893).

**Sobre Cristóbal de Mitilene**

E. KURTZ, *Die Gedichte des Christophoros Mytilenaios* (Leipzig, 1903).

**Sobre Aretas de Cesárea**

S. B. KUGEAS, *O Καισαρειασ Αρεθας και το εργον αθτου* (Atenas, 1913).

**Sobre Miguel Psellos**

W. FISCHER, *Studien zur byzantinischen Geschichte des II. Jahrhundert* (1883).

J. B. BURY *Roman Emperors from Basil II to Isaac Komnenos. Eng. Hist. Rev. IV* (1889), p. 41-46, 251-285. Reed.

en sus Selected Essays (Cambridge, 1930), p. 126-214. Estudio sobre la obra de Psellos.

P. V. BESOBRASOV, *Un escritor y estadista bizantino: Miguel Psellos. I. La biografía de Miguel Psellos* (Moscú, 1890). En ruso.

RAMBAUD, *Michel Psellos, philosophe et homme d'Etat byzantin au Xe siècle. Études sur l'histoire byzantine* (París, 1912), p. 109-171.

C. DIEHL, *Une famille de bourgeoisie a Byzance au* x$^{e}$ *siècle: Figures byzantines*, I. p. 291-316. Trad. ingl. De H. Bell, *Byzantine Portraits* (Nueva York, 1927), p. 276-298.

C. ZELVOS, *Un philosophe néo-platonicien du* xi$^{e}$ *siècle. Michael Psellos, sa vie, son oeuvre, ses luttes philosphiques, son influence. Pref. de F. Picavet* (París, 1920).

E. RENAULD, *Lexique choisi de Psellos* (París, 1920).

E. RENAULD, *Étude de la langue et du style de Michel Psellos* (París, 1920).

E. RENAULD, *Michel Psellos: Chronographie ou histoire d'un siècle de Byzance*, 976-1007, t. I (París, 1926). Introd.

**Sobre Basilio Digenis Akritas**

A. RAMBAUD, *Une épopée byzantine au* x$^{e}$ *siècle: les exploits de Digenis Akritas. Études sur l'histoire byzantine* (París, 1912), p. 63-108.

G. WARTENBERG, *Das mittelgriechische Heldenlied von Basileios Digenis Akritis*, (Ostern, 1897).

C. DIEHL, *Le román de Digenis Akritas. Figures byzantines*, II, p. 291-319.

L. BREHIER, *Un héros de roman dans la littérature byzantine* (Clermont-Ferrand, 1904).

H. BERNOT, *Études de littérature grecque moderne* (París,

1916), p. 1-70.

D. HESSELING, *La redacción más antigua del poema épico sobre Digenis Akritas* (Amsterdam, 1927), p. 22. *Mededeelingen der Koninklijke Akademie Wetenschappen, Afdeling Letterkunde*, Deel 63, serie A., núm. 1.

# APÉNDICES

## Emperadores del imperio bizantino (324-1453)

### Emperadores bizantinos de Constantinopla

324 - 337 Constantino el Grande.

337 - 361 Constancio II.

361 - 363 Julián el Apóstata.

363 - 364 Joviano.

364 - 378 Valente.

378 - 395 Teodosio I el Grande.

395 - 408 Arcadio.

408 - 450 Teodosio II el Joven.

450 - 453 Pulquerio.

450 - 457 Marciano.

457 - 474 León I el Grande.

474 - 475 León II.

474 - 475 Zennn.

475 - 477 Basilio.

477 - 491 Zenón (2.ª vez).

491 - 518 Anastasio I.

518 - 527 Justino I.

527 - 565 Justiniano I el Grande.

565 - 578 Justino II.

578 - 582 Tiberio II.

582 - 602 Mauricio.

602 - 610 Focas.

610 - 641 Heraclio I.

641 - Constantino II.

641 - Heracleonas.

641 - 668 Constantino II (Constantino III).

668 - 685 Constantino IV.

685 - 695 Justiniano II.

695 - 698 Leoncio.

698 - 705 Tiberio III.

705 - 711 Justiniano II (2.ª vez).

711 - 714 Filipico.

714 - 715 Anastasio II.

715 - 716 Teodosio III.

717 - 741 León III el Isáurico.

741 - 755 Constantino V.

775 - 780 León IV.

780 - 797 Constantino VI.

797 - 802 Irene.

802 - 811 Nicéforo I Logoteta.

811 - 811 Estauracio.

811 - 813 Miguel I.

813 - 820 León V, el Armenio.

820 - 829 Miguel.

829 - 842 Teófilo.

842 - 867 Miguel III.

867 - 886 Basilio I el Macedonio.

886 - 912 León VI.

913 - 913 Alejandro.

913 - 959 Constantino VII.

919 - 944 Constantino VII con Romano I, coemperador.

944 - 945 Constantino VII con Esteban y Constantino VIII. Romano II. Nicéforo II Focas. Juan I Tzimisces.

959 - 963 Romano II

963 - 969 Nicéforo II Focas.

969 - 976 Juan I Tzimisces

976 - 1025 Basilio II

1025 - 1028 Constantino VIII.

1028 - 1034 Romano III.

1034 - 1041 Miguel IV.

1041 - 1042 Miguel V.

1042 - 1042 Zoé y Teodora.

1043 - 1055 Constantino IX.

1055 - 1056 Teodora (2.ª vez).

1056 - 1057 Miguel VI.

1057 - 1059 Isaac I Comneno.

1059 - 1067 Constantino X Ducas.

1067 - 1071 Román IV Diógenes.

1071 - 1078 Miguel VII Ducas.

1078 - 1081 Nicéforo III.

1081 - 1118 Alejo I Comneno.

1118 - 1143 Juan II Comneno,

1143 - 1180 Manuel I Comneno.

1180 - 1183 Alejo II Comneno.

1183 - 1185 Andrónico I.

1185 - 1195 Isaac II Ángel.

1195 - 1203 Alejo III Ángel.

1203 - 1204 Isaac II y Alejo IV Ángel.

1204 Alejo V Ducas.

**Emperadores latinos de Constantinopla**

1204 - 1205 Balduino I.

1205 - 1216 Enrique I.

1216 - 1219 Pedro de Courtenay.

1219 - 1228 Roberto de Courtenay.

1228 - 1237 Balduino y Juan de Brienne.

1237 - 1261 Balduino II (15 agosto).

**Emperadores bizantinos de Nicea**

1204 - 1222 Teodoro I Lascaris.

1222 - 1254 Juan III Ducas.

1254 - 1258 Teodoro II Ducas.

1258 - 1261 Juan IV Ducas.

1261 - 1261 Miguel VIII Paleólogo (se apodera de Constantinopla el 15 de agosto de 1261).

**Continuación de los emperadores bizantinos de Constantinopla>**

1261 - 1282 Miguel VIII Paleólogo.

1282 - 1328 Andrónico II Paleólogo.

1277 - 1320 Miguel IX Paleólogo.

1328 - 1341 Andrónico III Paleólogo

1341 - 1391 Juan V Paleólogo.

1347 - 1354 Juan VI Cantacuzeno.

1376 - 1379 Andrónico IV Paleólogo.

1390 - 1391 Juan VII Paleólogo.

1391 - 1425 Manuel II Paleólogo.

1425 - 1448 Juan VIII Paleólogo.

1448 - 1453 Constantino XI Paleólogo.

# Mapas históricos (565 d C – 1025 d C)




**Imperio bizantino año 565**

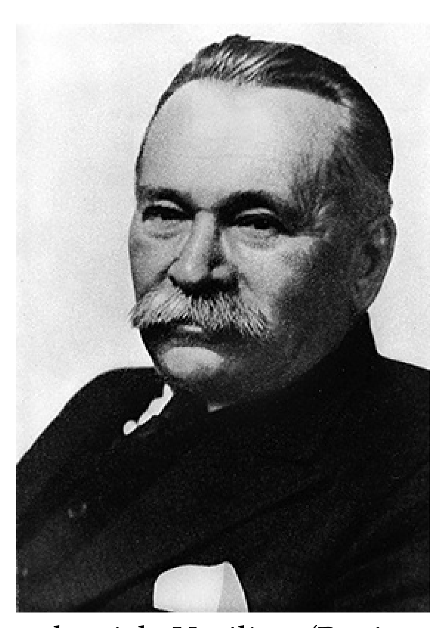



**Imperio bizantino año 668**

**Imperio bizantino año 780**




**Imperio bizantino año 1025**



Alexander Alexandrovich Vasiliev (Rusia, 4 oct 1867 - EE. UU., Washington D. C., 30 marzo 1953). Historiador ruso considerado la máxima autoridad en la historia de Bizancio y su cultura en el siglo XX. Su Historia del Imperio bizantino (vol. 1-2, 1928) sigue siendo una de las pocas obras completas de la historia bizantina, a la par de los trabajos de escritores como Edward Gibbon y Uspensky Fyodor. Vasiliev estudió con uno de los primeros profesionales bizantinistas, Vasily Vasilievsky, en la Universidad de San Petersburgo y después enseñó lengua árabe allí. Entre 1897 y 1900, amplió sus estudios en París. En 1902, acompañó a Nicholas Marr en su viaje al Monasterio de Santa Catalina en el Sinaí. Durante su estancia en la Universidad de Tartu (1904-1912), Vasiliev preparó y publicó una monografía muy influyente, Bizancio y los árabes (1907). También trabajó en el Instituto de Arqueología de Rusia, creado por Fyodor Uspensky en Constantinopla. En 1912, se trasladó a la Universidad de San Petersburgo como profesor. Fue elegido miembro de la Academia Rusa de Ciencias en 1919.

En 1925, durante su visita a París, Vasiliev fue persuadido por Michael Rostovtzeff para emigrar hacia el Oeste donde Rostovtzeff le consiguió un puesto en la Universidad de Wisconsin-Madison. Varias décadas más tarde, Vasiliev se trasladó para trabajar en Dumbarton Oaks. Hacia el final de su vida, fue elegido Presidente de la Nikodim Kondakov Institute de Praga y de la Association Internationale des Études Byzantines.

# Notas

[1] Ph. Labbé, *De byzantinae historiae scriptoribus ad omnes per orbem eruditos* (París, 1648), Págs. 5,-6. <<

[2] L. Feugère, *Étude sur la vie et les ouvrages de Du Cange* (París, 1852), p. 9. <<

[3] Feugère, obra citada. <<

[4] V. Vasilievsky, *Ensayo sobre los trabajos de historia bizantina* (San Petersburgo, 1890), Pág. 139 (en ruso). <<

[5] V. las cartas del editor Juan Anisson a Du Cange, en H. Omont, *Le Glossaire greca Du Cange*. Cartas de Anisson a Du Cange relativas a la impresión del glosario (1682-1688). *Revue des Études grecques*, t. V, 1892, págs. 212-249. <<

[6] Este diccionario ha tenido desde entonces numerosas ediciones. <<

[7] V. Feugère, Ob. cit., Págs. 17-71. Sobre la enfermedad y muerte de Du Cange se hallará una carta muy interesante escrita por el sabio francés y contemporáneo suyo, Etienne Baluce, en la edición de *Bonn de Chronicon Paschale*, t. II, Págs. 67-71. <<

[8] No existe una buena biografía de Du Cange. <<

[9] Voltaire, *Le Pyrrhonisme de l'histoire, por un Bachiller en Teología*, 1768, Cap. XV. Edic. Beuchot, t. XLIV, Pág. 429. <<

[10] Montesquieu, *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur decadence*, cap. XXI. <<

[11] Hegel, *Vorlesungen über die Philosoplie der Geschichte*, III,

Teil III. Abschnitt, III Kapitel (*Lectures on the Philosophy of History, translated by J. Sibrec*, London, 1890, p. 353). <<

[12] *Monitor, 13 junio 1815*. V. Houssaye, 1815, t. I (Paris, 1905), Págs. 622-623. <<

[13] A. Sorel, *Montesquieu*, segunda edición, París, 1889. Pág. 64. <<

[14] *The Memoirs of the Life of Edward Gibbon, with Various Observations and Excursions by Himself*, edited by Birkbeck Hill, London. <<

[15] *The Autobiographies of Edward Gibbon*, edited by J. Murray, London, 1896, p. 152. <<

[16] Ibíd. pág. 148. <<

[17] Ibíd., pág. 302. <<

[18] Ibíd., pág. 311. <<

[19] *The Autobiographies of Edward Gibbon*, pág. 333-34. <<

[20] *Bury*, en su edición de Gibbon (Londres, 1896), t. I., Intr., pág. 31. <<

[21] Freceman, *Historical Essays*, tercera serie (Londres, 1879), p. 234-35. <<

[22] Gibbon, *The history of the Declinie and fall of the Roman Empire*, editado por J. B. Bury, t. I (Londres, 1896), Intr. p. LUÍ. <<

[23] Royou, *Histoire du Bas-Empire*, París, 1803, prefacio. <<

[24] La autobiografía de Finlay se encuentra en el primer vol. de la *Historia de Grecia de Finlay*, edit. por H. F. Tozer (Oxford, 1877), t. I, p. XXIIIX-XLVI. <<

[25] Finlay, obra citada, t. I, p. XV-XVII. <<

[26] Romania era el término usado en la Edad Media por occidentales y por griegos para designar el Imperio bizantino. (Por ejemplo. Inocencio III, escribiendo al ejército

latino que conquistó Constantinopla, en 1204. Inocencio, Epist., VII. Miljne, Patr. lat., t CCXV, 455). (N. del R.). <<

[27] Finlay, ob. cit., t. I, p. XVII - XIX. <<

[28] Freeman, *Historical Essays*, t. III, Págs. 241-243. <<

[29] Paparrigópulos. *Histoire de la civilisation hellenique* Pág. 194. <<

[30] Nota (1) desconocida. <<

[31] Gregorovius, obra cit, t. I, p. XVIII-XIX. <<

[32] N. H. Baynes, *A Bibliography of the works of J. B. Bury compiled with a memoir by A. H. Baynes*, Cambridge, 1929, págs. 5-6. Es un excelente trabajo: las páginas 1-124 contienen una biografía de Bury, la 124 artículos necrológicos y las 125-75 una bibliografía completa de los trabajos de Bury. <<

[33] Bury, Prefacio, p. VII. <<

[34] Bury, Ob. cit., t. I. Intr. p. V-VIII. Esta introducción ha sido suprimida en la segunda edición, pero es útil desde el punto de vista histórico. V. F. Dölger en la *Byzantinische Zeitschrift*, t. XXVI, 1-2, 1926, p. 97. <<

[35] Bury, obra citada. <<

[36] M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford, 1926, página 628. <<

[37] Véase el volumen conmemorativo dedicado a Lambros en griego moderno: 1851-1919, Atenas, 1920. Se hallarán, Pág. 5-29, una biografía de Lambros por A. N. EXIAS; Págs. 35-85 una bibliografía de sus obras (479 títulos); p. 86-138 manuscritos inéditos de Lambros descubiertos después de su muerte. V. también S. B. Kougens, *Estado-actual de los estudios bizantinos en Grecia*, en el Boletín de la Sección histórica de la Academia rumana, t. XI, Bucarest, 1924, p. 165-166. <<

[38] Gelzer, *Abriss der byzantinischen Kaisergeschichte*, Pág. 1067. <<

[39] Nota (1) desconocida. <<

[40] La esencia de este libro ha sido el fundamento de la labor de Diehl en la *Cambridge Medieval History*, cap. XXIII y XXIV del V. V. <<

[41] Los eslavófilos eran admiradores de la Iglesia Rusa ortodoxa y de las antiguas instituciones sociales y políticas de Rusia antigua a la época de Pedro el Grande, cuyas reformas, según ellos, apartaron a Rusia de su camino. Los «occidentales», al contrario, sostenían que los rusos debían vivir en una unión muy íntima con la Europa occidental y que Rusia se había convertido en país civilizado como consecuencia de las reformas impulsadas e implementadas drásticamente por el zar Pedro el Grande. <<

[42] A. Hertzen, *El pasado y las ideas. Venecia la Bella* (Ginebra, 1879) t. X Págs. 53-5 (en ruso). <<

[43] P. J. Tchaadaiev, *Obras y cartas*, editadas por Herschensohn (Moscú, 1914), t. II. página 118. En el orig. francés, 1913, t. I. Pág. 8r,. <<

[44] A. S. Khomiakov. Nota al artículo *La voz de un griego en defensa de Bizancio*. Obras, 4.a ed., Moscú, 1914, t. III, Pág. 366 (en ruso). <<

[45] Nombre ruso de Constantinopla. <<

[46] Granovski. *El Imperio latino: análisis de la obra de Medovikov*. Obras completas de T. X. Granovski, 4.a ed., Moscú, 1900. Pág. 377 (en ruso). <<

[47] Granovski. *El Imperio latino*, Pág. 379. <<

[48] Lertov. *Historia del Imperio romano de Oriente o de Constantinopla* (San Petersburgo, 1937). Introducción (en ruso). <<

[49] Se hallarán muy buenos informes sobre la vida y obra de F. I. Uspensky en el folleto publicado por la Academia de Ciencias de Leningrado, bajo el título *A la memoria del académico F. Uspensky* (1845-1928), Leningrado, 1929 (en ruso). <<

[50] F. I. Uspensky. *Historia del Imperio bizantino* (San Petersburgo, 1014) t I Pág. XII (en ruso). <<

[51] Ibíd., Págs. 46-47. <<

[52] Uspensky. *Historia del Imperio bizantino*, p. XIV. <<

[53] Ibíd., Págs. 47-48. <<

[54] Ibíd. Pág. 16. <<

[55] Ibíd., Pág. 39. <<

[56] Uspensky, ob. cit. <<

[57] Ibíd., Pág. 40. <<

[58] C. N. Uspensky murió en Moscú en 1917. <<

[59] Es esta obra la que, con nuevas adiciones y revisión del autor posteriores a las inglesa y francesa, se da en la presente edición castellana. (N. del T.). <<

[60] El autor escribía ames de la guerra iniciada en 1939.—N. del T. <<

[61] Nota (1) desconocida. <<

[62] G. Boissier, *La fin du paganisme*, París, 1891, t. I, Págs. 24-25. <<

[63] Jacobo Burckhardt, *Die Zeit Constantin's des Grossen*, Leipzig, 183 Auflage, páginas 326, 369-70, 387, 407. <<

[64] La cuarta edición, revisada y aumentada, apareció en alemán en 1925. <<

[65] A. Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*, t. II, Leipzig, 1906, Pág. 276-285, 2 Auflage. <<

[66] V. Bolotov, *Conferencias sobre la historia de la Iglesia antigua* (San Petersburgo, 1913), t. III, Pág. 29 (en ruso). <<

[67] V. Duruy, *Historie des Romains*, París, 1885, t. VII. p. 102. <<

[68] Ibíd. <<

[69] Duruy, t. VI, 1883, p. 602. <<

[70] E. Schwartz, *Kaiser Constantin und die Christliche Kirche*, Leipzig-Berlín, 1913, p. 2. <<

[71] *Konstantin der Grosse und seine Zeit, Gesammelte Studien, herausgegeben von F. J. Dölger* (Freiburg i. Breisgau, 1913), pág. 2. <<

[72] P. Batiffol, *La País constantinienne et le catholicisme* (París, 1914), Págs. 256-259 (a propósito de la disertación de O. Seeck sobre ese tema). <<

[73] J. Maurice, *Constantin le Grand. L'origine de la civilisation chrétienne* (París, 1925), pág. 31-36. <<

[74] Boissier, t. I, pag. 28. V. H. Leclercq en el Diccionario de arqueología cristiana y de liturgia (París, 1914, t. III, col. 2669). <<

[75] F. Lot, *La fin du monde antique*, París, 1927, Págs. 32-38. <<

[76] E. Stein, *Geschichte des spätromischen Reiches*, t. I (Viena, 1928), Págs. 146-147. A propósito de las obras de Stein y Lot, V. un interesante artículo de N. Baynes en el *Journal of Roman Studies*, t. XVIII, 1928, pág. 220. <<

[77] Véase, por ejemplo, J. Maurice, *Numismatique constantinienne*, t. II (París, 1911), páginas VIII, XII, LVI. E. Stein, ob. cit., p. 146. <<

[78] V. Maurice, ob. cit., t. II, pág. VIII. <<

[79] Ibíd., t. II, p. XX-XLVIII. <<

[80] Ibíd., t. II, pág. XII. <<

[81] E. Trubetzkoi, *Los ideales religiosos y sociales del cristianismo occidental en el siglo* v (Moscú, 1892), t. I, pág. 2 (en ruso). <<

[82] Eusebio, *Historia eclesiástica*, IX, 9, 2. Comp. con Padres de Nicea y posteriores (*Nicene and Post-Nicene Fathers*), 2.a serie, Nueva York, 1890, t. I, pág. 363. <<

[83] Eusebio, *Vita Constantini*, I, 28-30. <<

[84] H. Grégoire, *L'étymologie de «Labarum», Byzantion*, IV, 1929, Págs. 477-482; también Byz, XVI, s (1942-1943), pág. 555-556. <<

[85] La imagen del lábaro se encuentra en las monedas de la época de Constantino. Véase, por ej., J. Maurice, *Numismatique constantinienne*, París. 1908, t. I, plancha IX; t. n, páginas LIX-LX. <<

[86] Lactancio, *De mort*, pers., 34, 4-5. Eusebio, *Hist. Ecl.*, 17, 9-10. <<

[87] H. Grégoire, *La «conversión»* de Constantin. Revue de l'Universite de Bruxelles, XXXVI (1930-1931). En 1928 N. Baynes escribió en el Journal of Roman Studies, XVIII, 2, 1928, pág. 228: Sabemos ahora que no existió edicto de Milán. V. O. Seeck, *Das sogenannte Edikt von Mailand, Zeits. für Kirchengeschichte*, XII, 1891, pág. 381-386. Del mismo autor: *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*, I, 2 (Berlín, 1897), pág. 495. <<

[88] A. Piganiol, *L'empereur Constantin* (París, 1932), pág. 97, num. 1. <<

[89] Lactancio, *De mort. pers.*, 48, 4-8. Eusebio, Hist. Ecl. X, 5. 6-9. <<

[90] A. Lebediev, *La época de las persecuciones cristianas*, San Petersburgo. 1904, Págs. 300-301 (en ruso). <<

[91] N. Grossu, *El edicto de Milán*, pág. 29-30, en las

Publicaciones de la Academia de teología de Kiev, 1913 (en ruso). <<

[92] Brilliantov, *El emperador Constantino el Grande y el edicto de Milán* (Petrogrado, pág. 157, en ruso). V. M. A. Huttmann, *The Establishement of Christianity und the Proscription of Paganism*, Nueva York, 1914, pág. 123. <<

[93] Maurice, ob. cit., t. II, pág. LV. —Sin embargo, nótese que en las medallas conmemorativas de Claudio II, Constantino Cloro y Maximiano Hércules, mandadas labrar por Constantino en 314, no se permite representar rito alguno relacionado con la consagración pagana de los divi; que la cruz, como marca monetaria, es empleada por la época de Tarrasa, en el mismo año; y que en una serie acuñada en Panonia, de 317 a 320, figuran dos monogramas cristianos en el casco del emperador. Además, desde la victoria definitiva sobre Licinio (324), el lábaro aparece siempre en las monedas y el emperador aparece en actitud orante, alzados los ojos al cielo; mientras se sabe que prohibía que su imagen se conservara en los templos paganos. Vid. F. Lot, ob. cit., págs. 37-38, precisamente basándose en los de J. Maurice. (N. del R.). <<

[94] Respecto a Nicomedia, v. J. Solch, *Historisch-geographische Studien über bithynische Siedlungen. Nikomedia*, Nicaa, Prusa, *Byzantinische-Neugriechische Jahrbücher*, t. I, 1920, p. 267-68. para África, véase S. Gsell, Les Monuments antiques de l'Algérie (París, 1901), tomo II, pág. 239. <<

[95] V. Barthold, en los Zapiski o *Informes de la Sociedad Oriental* (Leningrado, 1925). Tomo I, pág. 463 (en ruso). <<

[96] S. Spasski, *Historia de los movimientos dogmáticos en el período de los concilios ecuménicos*, Serguiev Posad, 1906, p. 137 (en ruso). <<

[97] A. Harnack, *Lehrbuch der Dogmengeschichte, II.* 4.a ed. (Tubinga, 1919), p. 187. <<

[98] Eusebio, *Vita Constantini*, II, 72 (ed. Heikel), p. 71. <<

[99] Pero fue inferior, sin duda, V. las Págs. 321-322 de P. Batiffol, *La País constantinienne et le catholicisme*, 3.a ed., París, 1914. <<

[100] S. A. Wikenhauser, *Zur Frage der Existen von Nizanischen Synodalprotocolen*, en Dölger, ob. cit., Págs. 122-142. <<

[101] Sócrates, *Historia eclesiástica*, I, 9. V. Nicene and Post-Nicene Fathers, t, II, Pág. 13. <<

[102] H. Gwatkin, *Studies of Arianism*, 2.a ed., Cambridge, 1900, p. 1-2. <<

[103] Véase los muy interesantes artículos de X. H. Baynes, *Athanasiana (Journal of Egyptian Archaelogy*, t. XI, 1925, Págs. 58-69) y *Alejandría and Constantinople; a study in Ecclesiastical Diplomacy* (Ibíd., t. XXII, 1926, Pág. 149). Más tarde, a raíz de la publicación por Schwartz de una serie de documentos, el autor ha desautorizado su disertación de Athanasiana sobre la llamada de Arrio, en el *Journal of Roman Studies*, t. XVIII, 2, 1928, p. 221, n. I. <<

[104] Véase, por ejemplo, el intento de explicación de Gwatkin, quien se esfuerza en atribuir la nueva actitud de Constantino al estado de ánimo de Asia. Gwatkin, ob. cit., páginas 57, 96. <<

[105] A. Spasski, págs. 2-38. Comp. g. Baynes, *Athanasiana, Journal of Egyptian Archaeology*, XI, 1925. <<

[106] Herodoto, IV, 144. <<

[107] Polibio, IV, 38, 44. <<

[108] Sozomeno, *Historia eclesiástica*, II, 3. <<

[109] V. J. Maurice, *Les origines de Constantinople*, Centenario de la Edad. Nacional de los Anticuarios de Francia (París,

1904), págs. 289-292. J. Maurice, *Numismatique constantinienne*, t. II, págs. 481-490. L. Bréhier, *Constantin et la fondation de Constantinople*, «Revista histórica», t. CXIX (1915, p. 248). D. Lathoud, *La consagración y dedicación de Constantinopla, Echos d'orient*, t. XXIII, 1924, pág. 289-94. <<

[110] Filostorgio, *Hist. ecl.* II, 9, ed. Bidez, 1913, pág. 20-21 y otras fuentes. <<

[111] N. Baynes, *The Byzantine Empire* (Nueva York-Londres, 1926), pág. 18. <<

[112] V. E. Stein, ob. cit., t. I, pág. 196. F. Lot, *La fin du monde antique*, pág. 81, núm. 5. A. Andreades se inclina a adoptar la cifra de 700 000 a 800 000 habitantes. (A. Andreades, *De la población de Constantinopla bajo los emperadores bizantinos*, en el periódico italiano Metron, Rovigo, 1920, t. I, pág. 8o). Bury dice que es probable que en el siglo v la población de Bizancio fuese poco inferior a un millón de habitantes. (*History of the Later Roman Empire*, t. I, pág. 88). <<

[113] El geógrafo árabe Al-Masudi escribe en el siglo x que los griegos de su época, al hablar de su capital, la llamaban *Bulin* (es decir, la palabra griega Polin) y también *Istanbulin* (Stenpolin) y no empleaban el nombre «Constantinopla». <<

[114] Uspensky, *Historia del Imperio bizantino*, t. I, págs. 60-62 (en ruso). Desde hace algún tiempo existe la tendencia a disminuir la importancia de la fundación de Constantinopla. V. O. Seeck, *Geschichte des Untergangs der Antiken Welt*, t. III (Berlín, 1909), pags. 421-423; 2.ª ed., págs. 426-428. Le siguen E. Stein, ob. cit., t. I., pág. 193, núm. 6; pag. 2-3; ed. en el Gnomon, t. IV (julio-agosto 1928), págs. 411-412. V. también, id., *Kapitel vom persischen una von byzantinischen Staate. Byzantimsch-Neitgriechische Jarbücher*, t. I, 1920, p. 86. F. Lot declara que la fundación de Constantinopla es desde todos los puntos de vista, un gran suceso histórico, pero añade que

«la fundación de Constantinopla es un enigma» (págs. 39-40) y que nació del capricho de un déspota presa de una extensa exaltación religiosa. <<

[115] Suetonio, Calígula, 22: *Nec multum afuit quin statim diadema sumeret.* <<

[116] Lampridio, Ant, Heliogabalus, 23, 5: *Quo (diademate gemmato) et usus est domi.* <<

[117] L. Homo, *Essai sur le regne de l'empereur Aurélien* (París, 1904), págs. 191-193. <<

[118] Eutropio, *Breviarium*, X, 8. <<

[119] Maurice, *Numismatique constatitinienne*, t. II, pág. XCIII. <<

[120] A Dictionary of Christian Biography, *Constantine* I, t. I, 1877, p. 644. V. Duruy, t. VII, pág. 88. <<

[121] Eusebio, *De laudibus Constantini*, XVI, 3-5 (Eusebius Werke, I. Heikel, Leipzig, 1902, t. I, p. 249). Traducción inglesa en los *Nicene and Post Nicene Fathers*, 2.a serie, t. I., página 606. <<

[122] Paulo Orosio, *Historia adversus paganos*, VII, 36, I. <<

[123] Los silenciarios eran ujieres destinados a cierto servicio especial en algunas puertas del palacio imperial (p. e., durante las reuniones del Consejo imperial, durante las audiencias imperiales, etc.). <<

[124] Juliano Imp., *Quae supersunt omnia*, ed. Hertlein, 1876, t. I, p. 328-335. V. *The Works of the Emperor Julián*, traduc. inglesa de W. C. Wright, 1913, t. II, p. 217. <<

[125] Boissier, *Le fin du paganisme*, t. I, p. 98. V. J. Geffcken, Kaiser Julianus (Leipzig, 1914), p. si-22 (el autor no duda de la iniciación). Comp. G. Negri, *Juliano el Apostata*, traducido por la duquesa Litta-Visconti-Arese (Nueva York, 1905), t. I, p. 47. <<

[126] Por ej., A. Hard, t. I, p. 330. Sobre la juventud de Juliano. Ver N. H Baynes, The Early Life of Julián the Apostate (Journal of Hellenic Studies, t. XLV, 1925, p. 251-254). <<

[127] Juliano, Opera, t. II, p. 438. Wright, t. II, p. 429. <<

[128] Juliano, Opera, t. I, p. 361. Wright, t. II, p. 273. <<

[129] Amiano Marcelino, *Res Gestae*, XXII, 5, 1-2. <<

[130] Sozomeno, *Hist. ecl., V, 4. Socratis*, Hist. ecl., III, II. <<

[131] Libanio, *Oratio*, XII, 8a (Forster, t. II, p. 38). <<

[132] Amiano Marcelino, XXV, 4, 17. <<

[133] Amiano Marcelino, XXII, 5, 3-4. <<

[134] Jerónimo, *Chronicon ad olympiadem*, 285 (Migne, Patr. lat., t. XXVII, p. 691-92). <<

[135] Juliano, *Opera*, t. II, p. 544 y sigs. Epístola 42. Wright, t. III, p. 117-123. <<

[136] Juliano, *Opera*, t. II, p. 544 y sigs. Epístola 42. Wright, t. III, p. 117-123. <<

[137] Amiano Marcelino, XXV, 4, 20. <<

[138] San Agustín, *De civitate Dei*, XVIII, 52. <<

[139] Gibbon, c. XXIII. V. G. Negri, ob. cit., t. II, p. 411-414. <<

[140] Amiano Marcelino, XXII, 10, 7. <<

[141] Juliano, Opera, t. II, p. 461. Wright, t. II. p. 475. <<

[142] Juliano llevaba larga barba, lo que no era costumbre de los emperadores, y la gente solía tomarlo a irrisión. Sobre el *Misopogon* v. G. Negri, ob. cit., t. II. p. 430-70 (la mayor parte del *Misopogon* va traducida en esa obra). <<

[143] Juliano, *Opera*, t. II, p. 467, Wright, t. II, p. 487-489. <<

[144] Theodoreti, *Historia eclesiástica*, III, 25, 7, ed. Parmentier, 1911, p. 204-205, y las demás fuentes. <<

[145] Libanio, *Oratio*, Επιταφιος επι Ιουλιανου, XVIII, 272, ed. Forster, l. II, p. 355. <<

[146] Juliano, Op., t. I, p. 168-69, or., IV. Wright, t. I, p. 353-355. <<

[147] Juliano, *Opera*, t. II, p. 520. Epist. 21. Wright, t. III, p. 17. <<

[148] Boissier, t. I, p. 142. <<

[149] Geffcken, ob. cit, p. 126. <<

[150] G. Negri, ob. cit., t. II, p. 632. <<

[151] Filostorgio, *Hist. celes*, VIII, 5, ed. Bidez, 1913, p. 106-07. <<

[152] Codex Theodosiantis, IX, 16, 9. <<

[153] Gregorio de Nissa. *Oratio de Deitate Filii et Spiritus Sancti. Migne*, Patr. Gr. XLVI - 557. <<

[154] Codex Theodosianus, I, 2. <<

[155] N. Cherniavski, *El emperador Teodosio el Grande y su política religiosa* (Serguiev, 188-189, en ruso). <<

[156] *Codex Theodosianus*, XI, 16, 18. <<

[157] Ibíd., IX, 45, I. <<

[158] Codex Theodosianus, XVI, 10, 12. <<

[159] Rauschen, *Jahrbücher der christlichen Kirche unter dem Kaiser Thetodosius den Grossen* (Freiburg i. B., 1897), P. 376. <<

[160] Ed. Mommsen, p. 86, Jordanes, Getica, XXI, 110. <<

[161] El historiador D. I. Ilovaiski (muerto en 1920) ha defendido hasta nuestros días, con ahinco incomprensible, el supuesto origen eslavo de los hunos. <<

[162] Segunda ed., París, 1904, p. 408. <<

[163] Nota (1) desconocida. <<

[164] Th. Nöldeke, *Ueber Mommsem's Darstellung der römischen Herrschaft una römischen Politik in Oriente (Zeitschrift der morgenländischen Gesellschaft*, t. XXXIX,

1885, p. 334). <<

[165] Bruns und Sachau, *Syrisch-Römisches-Rechtsbuch aus dem fünften Jahrhundert* Leipzig. 1880. <<

[166] Sobre el origen de los búlgaros primitivos, v. V. Zlatarski, *Historia de la edad búlgara* (Sofía, 1918), t. I, p. 23 y sigs. (en búlgaro), y Xiederle, *Manuel de l'antiquité slave* (París, 1933), t. I, p. 100. <<

[167] Gregorovius, *Geschichte der Stadt Athen*, t. I, p. 35. <<

[168] Zósimo, V, 6, ed. Mendelssohn, p. 222-223. <<

[169] V. J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire* (Londres, 1923), t. I, p. 127. <<

[170] B. Bury, ob. cit., t. I, p. 129, ed. 1889; t. I, p. 83. <<

[171] Sinesio, *Opera* Περι Βασιλειας, p. 14-15; Migne, Patr. Gr., LXVI, 1095-1097-V. Bury, ob. cit., t. 1, p, 129-130; A. Fitzgerald, *The Letters of Synesius of Cyrene* (Londres, 1926), p, 23-24. <<

[172] En 1926, Baynes escribía: «Es verdaderamente extraño que no haya aún una biografía de Crisóstomo digna de este nombre», (*Alexandria and Constantinople. A study in ecclesiastical diplomacy. Journal of Egyptian Archaeology*, t. XII, 1926, p. 150). Poseemos ahora una detallada biografía de Crisóstomo en dos volúmenes, muy cuidadosamente documentada y debida a un benedictino, el P. Crisóstomo Baur, *Der heilige Johannes Chrysostomos und seine Zeit* (Munich, 1929-30). No he visto mencionada en ningún sitio la muy detallada biografía de Crisóstomo, provista de abundantes referencias, que se publica en las Obras Completas de San Juan Crisóstomo, traducidas por primera vez al francés bajo la dirección de Jeannin, vol. I, *Historia de San Juan Crisóstomo* (Arras, 1887, p. 1-532). V. También N. Turchi, La Civilta bizantina (Turín. 1915), p. 225-367. Este articulo no está mencionado en la bibliografía dada en el

libro de Baur, t. I, p. XXXVIII). <<

[173] Ha sido puesta en duda la autenticidad de algunos de esos sermones. V. Seeck. *Geschichte des Untergangs der antiken Welt* (Berlín, 1913), t. V, p. 365 y 583; P. C. Baur, ob. cit., t. II, 1930, p. 144-145, 196, 237. Bury, ob. cit., t. I, p. 155. <<

[174] Johannis Crysostomus, *epístola 234. Migne*, Patr. Gr., LII, 739. <<

[175] A. Puech, *Saint Jean Chrysostome et les moeurs de son temps* (París, 1891), p. 332. <<

[176] Actualmente se pone en duda la autenticidad de una fuente extremamente seductora que describe las relaciones de la emperatriz y Juan y da una idea general de la vida de la corte bajo Arcadio: *Vita Porphyrii episcopi Gazensis*, por Marco Diácono. V. H. Grégoire y M. A. Kugener: *La vie de Porphyre, évéque de Gaza, est elle authentique?* (Revue de l'Université de Bruxelles, t. XXXV, 1929-30, p. 53-66). Se encontrarán largos extractos de esa Vita en Bury, t. I, p. 142-148. Baur considera la *Vita*, como una de las fuentes más dignas de confianza. El problema requiere más amplias investigaciones. (Que ya han sido realizadas con éxito por los citados profesores de Bruselas Grégoire y Kugener, en su edición y traducción de la *Vita*…, París, 1930). (N. del R.). <<

[177] J. B. Bury, t. II. p. 2, n. I. <<

[178] V. J. Labourt, *Le christianisme dans l'Empire perse sous la dynastie sassanide* (segunda ed., París, 1904), p. 93. W. A. Wigram, *An Introduction to History of the Assyrian Church* (Londres, 1910), p. 89. <<

[179] Sinodicón Oriental, o Colección de sínodos nestorianos, publicada, traducida y anotada por J. B. Chabot (*Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothéque nationale*, t. XXXVII, página 258, 1902). <<

[180] *Excerpta de legationibus*, ed. C. de Boor, t. I. Berlín, 1903, p. 121-131 (fr. 3). *Fragmenta Historicorum graecorum*, ed. C. Mullems, i. IV, París, 1851, p. 77-87. <<

[181] Se hallará una traducción libre del relato de Prisco, en Bury, t. I, p. 279-288. V. W. Ennslin, *Maximinus und seine Begleiter, der Historiker Priskos (Byzantinische-Neugriechische Jahrbücher)*, t. V, 1926, p. 1 - 9. <<

[182] Sócrates, *Hist. ecl.*, VII, 29. <<

[183] San Jerónimo, *Chronicon.* (Migne, Patr. lat., XXVII, col. 689-690). V. H. Usener, *Vier lateinische Grammatiker*, Rheinisches Museum, t. XXIII, 1868, p. 492. <<

[184] V. Fr. Fuchs, *Die Höheren Schulen von Konstantinopel in Mittelalter* (Leipzig-Berlín. 1926), p. 2. <<

[185] Bogisic, *Pisani zakoni na slovenskom jugu.* U. Zagrebu, 1872, p. 11-13 (en croata). S. Bobtchev, *Historia del antiguo derecho búlgaro*, Sofía, 1910, p. 117-120 (en búlgaro). <<

[186] V. Chronicon Paschale, I. I, p. 588. Bury. t. I. p. 70, 72 y n. de la 72. Van Millingen, *Byzantine Constantinople, the Walls of the City and Adjoining Historical Sites* (London 1899), P. 48. Otros informes sobre la vida de Ciro, no utilizados por Bury, se hallan en la Vida de San Daniel el Estilita, ed. por H. Delehaye en *los Analecta Bollandiana*, XXXII, 1913, c. 31, p. 150. Id., *Les saints styilites* (Bruselas-París, 1923), p. 30-31. N. H. Baynes, *The Vita St. Danielis Stylitae* (*English Historical Review*, vol. 40, 1925, 397), Baynes, *The Byzantin Empire* (Nueva York y Londres, 1926), p. 27. <<

[187] Nota (2) desconocida. <<

[188] Se hallarán más detalles sobre la expedición contra los vándalos en la *Vida de San Daniel el Estilita*, Delehaye, c. 56, p. 175. *Les saints stylites*, p. 55. N. Baynes, ob. cit. página 399. <<

[189] F. I. Uspensky, *Historia del Imperio bizantino*, t. I, p. 330 (en ruso). <<

[190] Mansi, *Amplissima Collectio Conciliorum* (Florencia, 1762), t. VII, p. 445. <<

[191] Uspensky, *Historia del Imperio Bizantino*, t. I, p. 276 (en ruso). <<

[192] Obsérvese que el canon 28.º se limitaba a posponer Alejandría y los demás patriarcados al de Constantinopla (lo que tanto había de contribuir a fortalecer el monofisismo en Asia y África), sin alzar la menor objeción acerca de la primacía indiscutible de Roma; tan explícitamente reconoció el concilio la potestad de la Sede apostólica, que solicitaba de ella la confirmación de éste como de los restantes cánones. Es más, Calcedonia marca el momento en que más explícitamente se inclinó el Oriente ante el magisterio de Roma en materia de fe y de disciplina (Vid. P. Batiffol. *Le siège apostolique*, París, 1924, p. 618). (N. del R.). <<

[193] Evagrio, Hist. ecl., III, 14, ed. Bidez-Parmentier, Londres, 1898, p. 113. *Crónica siria*, atribuida a Zacarías de Mitilene, V, 8, traducción de Hamilton y E. W. Brooks (Londres, 1899), p. 123. <<

[194] Sabido es que los monofisitas, al menos en el siglo VI, renegaban por igual de Nestorio y de Eutiques. V. J. Maspero, *Historia de los patriarcas de Alejandría* (París, 1923), páginas 1-3. <<

[195] Se hallará un entusiástico retrato de Zenón en la *Vida de San Daniel el Estilita*, C. 91, p. 205-206, y *Les saints stylites*, p. 85. Baynes en *The English Historical Review*, 4.ª, 1925, p. 402. <<

[196] Theophylacti Simocattae, *Historia*, III, 4, 7, ed. De Boor, 1887, p. 116. V. Bury, tomo I, p. 434-436. <<

[197] Marcelino Comilis, *Chronicon*, ad annum 347, ed. Mommsen, Chronica Minora, 1893, tomo II, p. 100. <<

[198] Drinov, *La ocupación eslava en la Península Balcánica* (Moscú, 1873), (en ruso). <<

[199] Evagrio, *Hist. ecl., III*, 38, ed. Bidez Parmentier, p. 136. <<

[200] *Anónimo Valesiano*, par. 57, ed. Gardthausen, 1875, p. 295, en el II vol. de su ed. de *Amiano Marcelino*; ed. Mommsen, Chronica Minora, t. I, p. 322. <<

[201] V. J. Sundivall, *Abhandlungen zur Geschichte des ausgehenden Römertums* (Helsingfors, 1919), p. 190-239. <<

[202] Gregorii Turonensis, *Historia Francorum*, II, 38 (XXVIII); ed. por H. Omont y G. Collón, rev. por Poupardin (París, 1913), p. 72. <<

[203] Lot, *La fin du Moyen Age*, p. 255. <<

[204] F. I, Uspensky, *Historia del Imperio bizantino*, t. I, p. 353. <<

[205] V. el articulo de Seeck en Pauly-Wissowa, t. IV, 1901, p. 370-76 (*Collatio lustralis*). <<

[206] Evagrio, *Hist. ecles.*, III, 39, cd. Bidez-Parmentier. p. 137. E. W. Brooks, en la *Cambridge Medieval History*, t. I, p. 484, llama a ese impuesto *a tax on all kinds of stock and plant in trade*, y Bury (t. I, p. 441), *the tax on receipts.* <<

[207] *Crónica de Josué el Estilita*, redactada en siríaco el año 507 de J. C. y trad. al inglés por W. Wright (Cambridge, 1882), cap. XXXI, p. 22. <<

[208] Bury, t. I, p. 443. <<

[209] E. W. Brooks, *en Cambridge Medieval History*, t. I, p. 484. —E. Stein, *Studien zur Geschichte des byzantinischen Reiches*, p, 146 (Stuttgart, 1919). <<

[210] Sobre el epibolé consúltese a F. Dölger, *Beitrage zur Geschichte der byzantinischen Finanzverwaltung besonders*

*des 10 und 11 Jahrhunderts* (Leipzig-Berlín, 1927), p. 128-133. G. Ostrogorsky, *Un tratado bizantino sobre los impuestos (Estudios dedicados a la memoria de N. Kondakov,* Praga, 1926, p. 114-15, en ruso). Id., *Die landliche Steuergemeinde des byzantinischen Reiches im X Jahrhundert (Vierteljahrschrift für sozial und Wirtschaftsgeschichte*, t. XX, 1927, p. 35-27). En esas tres obras se hallará una excelente bibliografía sobre el *epibolé.* <<

[211] V. W. Wroth, *Catalogue of the Imperial Byzantine Coins in the British Museum* (Londres, 1008), t. I, p. XTII-XIV, LXXVIII. Bury, t. I, p. 446-47. M. Soutzo, *Los orígenes del sestercio y del miliarense y su continuidad hasta los tiempos bizantinos. El sistema monetario de Anastasio*, Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana, t. XIII, 1927, p. 57-58. <<

[212] Procopio, Historia Arcana, 19, 7-8, ed. Haury, 1906, p. 121. *La Vida de Daniel el Estilita* revela una completa falta de codicia en Anastasio, ed. Delehaye, c. 91, p. 206; *Les saints stylites*, p. 86. V. X. Baynes, en la *English Historical Review*, 40, 1925, 402. <<

[213] Clemente Alejandrino, *Stromata*, I, 5 (Migne, Patr. Gr., VIII, 717-720). <<

[214] K. Krumbacher, *Die griechiische Literatur des Mittelalters. Dic Kultur des Gegenwart, P. Hinneberg*, t. I, p. 8 (3 Aufl., Leipzig-Berlín, 1912), p. 337. <<

[215] V. P. Collinet, *Histoire de l'Ecole de droit de Beyrouth* (París, 1925), p. 305. <<

[216] Krumbacher, *Die Griechischen Literatur des Mittelalters.* <<

[217] E. Fialon, *Étude historique et littéraire sur saint Basile*, 2.a ed. (París, 1869), p. 284. <<

[218] Hay una obra muy interesante que muestra el valor de

los trabajos de Juan Crisóstomo con relación al estudio de la vida interior del Imperio: la de J. M. Vanee. *Beitrage zur byzantinischen Kulturgeschichte am Ausgange des IV. Jahr, aus den Schriften des Johannes Chrysostomos* (Jena, 1907). <<

[219] Nicéforo Calixto, *Historia eclesiástica*, 13, 2. Migue, Palr. Gr. vol. 146. col. 933 C. Con esas admirables líneas empieza la biografía de Crisóstomo debida a C. Baur (t. I. p. VII). <<

[220] Eusebio, *Hist. ect.*, inir. al libro V. <<

[221] R. Laqueur, *Eusebius ais Historiker seine Zeit* (Berlín-Leipzig, 1929). <<

[222] V. Agustín Fitzgerald, *The Letters of Synesius of Cyrene* (Londres, 1925), p. 11-69. <<

[223] A. A. Vasiliev, *En que época vivió Romanos el Melada* (Vizantiiski Vremennik, tomo VIII, 1910, p. 435-478) (en ruso). P. Maas, *Die chronologie der Hymnen des Romanos* (Byzant. Zeitschrift, t. XV, 1906, p. 1-44). <<

[224] Krumbacher, Geschichte der byzantinischen Literatur, p. 663. <<

[225] M. G. Cammelli ha consagrado especialmente un artículo a este himno: *L'Inno peí la Nativita di Romano il Melode (Studi Bizantini*, Roma, 1925, p. 43-58). <<

[226] E. Stein dice en *Gnomon*, t. IV (julio-agosto, 1928), p. 413: «el poeta Romanos no me parece menos que fastidioso» (langweilig). <<

[227] P. Maas prepara una ed. critica de las obras de Romanos, V. Byz, Zeits., t. XXIV, 1924, p. 284. <<

[228] V. M. Schanz, *Geschichte der römischen Literatur*, t. III (2.a ed., Munich, 1905), páginas 445-474. El mejor estudio sobre Lactancio es el de R. Pichón, *Étude sur le mouvement historique et religieux sous le règne de Constantin* (París, 1901). La bibliografía más reciente acerca de Lactancio se

encontrará en K. Roller, *Die Kaisergeschichte in Laktanz de Mortibus persecutorum*, 1927, p. 41. <<

[229] El pueblo de Antioquía, como ya dijimos, ridiculizaba la barba de Juliano. <<

[230] V, por M. Schanz, *Geschichte des römischen Literatur*, t. III, 2.a ed., Munich, 1905, i. 83-90. A. Gercken y E. Norden, *Einleitung in die Altertumswissenschaft*, t. III, 2.a ed., Leipzig-Berlín, 1914. A. Rosenberg, *Einleitung una Quellenkunde zur römischen Geschichte* Berlín, 1921), p. 231-241. <<

[231] B. Henderson, *The Life and Principate of the Emperor Hadrian*, Londres. 1923, pagina 275. <<

[232] N. Baynes, *The Historia Augusta: its date and purpose*, Oxford, 1926, p. 57-58. En las páginas 7-16 se halla una buena bibliografía. El autor empieza su libro con el citado pasaje de Henderson. <<

[233] N. Baynes, *The Historia Augusta: its date and purpose. A reply to criticism (The Classical Quarterly*, t. XXII, 1928, p. 166). <<

[234] E. Stein, *Geschichte des spätromischen Reiches*, t. I, p. 331. <<

[235] N. Baynes en el *Journal of Roman Studies*, t. XVIII, 2, 1928, p. 524. <<

[236] J. Strzygowski, *Ursprung der christlichen Kirchenkunst* (Leipzig, 1920), p. 18. Hay una trad. inglesa: *Origin of Christian Church art*, por O. Dalton y H. Braunholtz (Oxford, 1923), p. 21, En las páginas 253-259 se halla una lista de obras de Strzygowsky. <<

[237] V., por ej., Diehl, *Manuel d'Art byzantin*, t. I, p. 16-21; Dalton, *East christian art* (Oxford, 1935), p. 10-23, Y en especial 366-3766. <<

[238] O. Dalton, *Byzantine art and Archaeology*, Londres, 1911,

p. 10. <<

[239] Diehl, Manuel, t. I, p. 36. <<

[240] Se hallarán un plano y reproducciones en Diehl, *Manuel*, i. I, p. 36-37 y 45-47. <<

[241] Sobre las diferencias cronológicas, v. Diehl, t. I, p. 53; Dalton, *East Christian Art*, p. 109, n.º 1. <<

[242] C. M. Kaufman, *Die Menasstadt*, Leipzig, 1910, v. I. <<

[243] Es decir, del *Gran Escudero: por Ilias bey*, quien transformó el templo en mezquita bajo Bayaceto II. (N. del R.). <<

[244] Dalton, *East christian art*, p. 249. Diehl, t. I, p. 352. <<

[245] Dalton, Byzantine art and Archaeology, p. 10. <<

[246] Era conde de los Excubitores, un regimiento de la guardia. <<

[247] J. Bryce, *Life of Justinian by Theopilus*, en el Archivio della Reale Societa Romana di Storia Patria, t. X (Roma. 1887), p. 137-171, y en la *English Historical Review*, t. II, 1887, p. 657-684. <<

[248] Jirecek, *Geschichte der Serben* (Gotha, 1911), t. I, p. 36. Bury, t. II, p. 18, n.º 3. Sobre el origen de Justiniano, v. A. Vasiliev, *El problema del origen eslavo de Justiniano* (Bizantinski Vremennik, t. I, 1894, p. 469-492, en ruso). <<

[249] El texto del discurso se hallará en Teofilacto Simocatta, III, II, ed. de Boor, páginas 132-133. Evagrio, V, 13. Juan de Éfeso, III, 5. En un artículo muy interesante a propósito de ese discurso, el sabio ruso V. Valdenberg demuestra que esos tres escritores nos dan tres versiones diferentes de la misma arenga. (V. Valdenberg, *Un discurso de Justino II a Tiberio*, en el *Boletín de la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas*, Leningrado, 1928, n.º 2, p. 129. en ruso). <<

[250] Según la trad. dada por Bury de la versión de *Teofilacto* (Bury, t. II, 1889, p. 77-78). <<

[251] Evagrio, *Hist. ecl.*, t. V, p. 19. Juan de Éfeso, *Hist.* ed., V, p. 91. <<

[252] Paulo Diácono, *Historia Longobardorum*, III, 15. <<

[253] V. Stein, *Studien*, p. 100, n.º 5. <<

[254] Evagrio, t. V, p. 19. <<

[255] f. A. Kulakovski, *Historia del Imp. Bizant.*, t. II, p. 419 (en ruso). <<

[256] Diehl, *Figures byzantines*, París, 1906, t. I, p. 56. <<

[257] Procopio, *Historia Arcana*, 9, 25, ed. Haury. p. 60-61. <<

[258] Victoria Tonnennensis, *Chronica, s. a. 549: Theodora Augusta Chalcedonensis synodi initnica canceris plaga corpore tota perfusa vitam prodigiose finivit* (Chronica Minora, edición Mommsen, t. II, p. 202). <<

[259] Procopio, *De bello gothico*, I, 5, 8, cd. Haury, II, 26. <<

[260] Justiniano, *Novelas*, 30 (44), II, ed. Zacarías von Lingenthal, I, 276. El texto de la Novela está citado por Lot en *La fin du monde antique*, p. 299-300: «Dios nos ha concedido el llevar a los persas a concluir la paz, el someter a vándalos, alanos y moros, el recobrar toda África y Sicilia, y tenemos buena esperanza de que el Señor nos concederá lo restante de este Imperio que los romanos de antaño extendieron hasta los límites de los dos océanos y perdieron por indolencia». <<

[261] Diehl, *Justinien et la civilisation byzantine an* VI *siècle.* París, 1901, p. 137. <<

[262] Jordanes, *Getica, XXVIII*, ed. Mommsen, p. 95. <<

[263] Procopio, *De bello vandálico.* I, 10, ed. Haury, t. I, p. 355-60. <<

[264] Sobre esta guerra v. Diehl, *L'Afrique byzantine* (París, 1896), p. 3-33. 355-381· Id., *Justinien*, p, 178-180, W. Holmes, *The Age of Justinian ana Theodora*, t. II. 2.ª ed. (Londres, 1912), p. 489-520. <<

[265] *Codex Justinianus*, I, 27, I, 7. <<

[266] V. Bury, II p. 147. <<

[267] Se hallará un relato muy detallado en Bury, II, p. 151-286. V. también Diehl, *Justinien*, p. 181-201. Holmes, II, 544-583. <<

[268] En Bury se hallará una descripción detalladísima de la batalla, t. II, p. 261-260 y 288-91. <<

[269] Juan Malalas, p. 486. *Teófanes*, s. a. 6044, ed. De Boor, p. 228. V. Bury, t. II, página 268. <<

[270] V. Bury, t. II, p, 287. <<

[271] El autor dice, en el original utilizado por mí, «un éxito muy grande». Basta comparar el resultado de la expedición contra los visigodos españoles con el de las análogas dirigidas contra ostrogodos y vándalos para advertir que el éxito no fue muy grande. Ostrogodos y vándalos fueron deshechos, mientras los visigodos sólo sufrieron un quebranto parcial del que no tardaron mucho en recuperarse, expulsando de España a los bizantinos. (Nota del Traductor). <<

[272] V. Diehl, Justinien, p. 204-206. Bury, t. II, p. 287, H. Gelzer en su ed. de Jorge Ciprio, *Descriptio Orbis Romani* (Leipzig, 1890), p. XXXII-XXXV. F. Corres, *Die byzantinischen Besitzungen an den Küsten des spanisch-westgotischen Reiches* (554-624), (Byz. Zeit., tomo XVI, 1907, p. 516). E. Bouchier, *Spain under the Roman Empire* (Oxford, 1914), páginas 54-55. Rafael Altamira, en The Cambr. Mea. Hist., t. II, 1913, p. 163-64. <<

[273] V. Bury, t. H, p. 287. <<

[274] Así se expresa J. Puig y Cadafalch en *La arquitectura religiosa en el dominio bizantino de España* (*Byzantion*, t. I, 1924, p. 530). Todo el artículo (p. 519-533) merece ser leído. <<

[275] E. Stein da mucha importancia a Cosroes y sobre todo a su padre Kavad, hombre de gran talento, que le recuerda a Filipo de Macedonia y a Federico Guillermo I de Prusia, dos casos en que vástagos eminentes utilizaron la obra de sus padres y donde los éxitos de los hijos han relegado a la sombra las tareas menos brillantes, pero quizá más difíciles, de sus progenitores. V. Stein, *Ein Kapitel vom persischen und vom byzantinischen Staate (Byzantinisch Neugriechische Jahrbücher,* t. I, 1920, p. 64). <<

[276] Sobre la guerra pérsica bajo Justiniano, v. Diehl, *Justinien*, p. 308-217. Holmes, t. II, p. 365-419 y 584-604. Bury, t. II, p. 79-123. Kulakovski, *Historia de Bizancio*, t. II, Kiev, 1912, p. 188-208 (en ruso). <<

[277] Procopio, *De bello pérsico*, II, 8, 23 (ed. Haury, t. I, p. 188). <<

[278] Menandro, Excerpta, ed. Bonnensis, p. 346 y sigs. *Excerpta historien jussu imp. Constantini Porphyrogeniti confecta*, ed. de Boor (Berolini, 1903), I, p. 175 y sigs. <<

[279] Sobre detalles del tratado, v. K. Güterbock, *Byzanz und Persien in ihren diplomatisch-völkerrechtlichen Beziehungen im Zeitalter Justinians*, Berlín, 1906, p. 57-105. Bury, tomo II, p. 120-23. E· Stein, Studien, p. 5-6. <<

[280] Bury, t. II, p. 325. <<

[281] *Nonnosi fragmentum*, ed. Bonn, p. 479. Fragmenta *Historicomm graecorum*, edición *Mullerus*, t. IV, p. 179. <<

[282] V. Bury, t. II, p. 298-308. <<

[283] W. Tomaschek, *Die Goten in Taurien* (Viena, 1881), p. 15-16. A. Vasiliev, *Los godos en Crimea* (Leningrado, 1927), p. 182 (en ruso). La cuestión de los muros de Justiniano en Crimea requiere más estudio, hecho sobre el lugar. <<

[284] V, A. Vasiliev, ob. cit., p. 179-183. J. Kulakovski, *El pasado de la Taurida*, 2.a ed., Kiev, 1914, p. 60-62 (en ruso). (Táurida era el antiguo nombre de Crimea). Bury, II, páginas 310-312. <<

[285] Se hallará un interesante relato de este episodio en un historiador monofisita del siglo VI; Juan de Éfeso, IV, 6-7. V. Crónica de Miguel el Sirio, trad. por J. B. Chabot, t. II (París, 1901), p. 266. L. Duchesne, *Les Missions chretiennes au sud de l'Empire romain (Mélanges d'archéologie et d'histoire]*, t. XVI, 1896, p. 84-85. Bury, II, p. 328-329. <<

[286] Bury, II, p. 330. <<

[287] V. *Corpus Inscriptionum Graecarum*, III, 5072, p. 486. G. Lefébure, *Colección de inscripciones griegas cristianas de Egipto* (El Cairo, 1907), 628 (p. 118). <<

[288] Procopio, *Historia Arcana*, 19, 7-8, ed. Haury, p. 121. <<

[289] Juan de Éfeso, Hist. ed. V, 20. <<

[290] Justiniano, *Instituciones*, Introducción. <<

[291] Bury, t. II, p. 396. <<

[292] Justiniano, *Constitutio Tanta*, praefatio, ed. P. Krüger, 1911, p. 13. <<

[293] Cod. Justiniano, *De emendatione Codicis*, I, ed. P. Krüger, 1906, p. 4. <<

[294] *Constitutio Tanta*, U, ed. Krüger, p. 18. <<

[295] *Constitutio Omnen*, 2, ed. Krüger, p. 10. <<

[296] *Institutiones*, ed. Krüger, p. XIX. <<

[297] *Novelas*, 7 (15) a, ed. Zacarías von Lingenthal, t. I, p. 80.

<<

[298] Comp. Zacarías von Lingenthal, *Geschichte des griechisch-römischen Rechts*, 3.ª ed., Berlín, 1892, p. 5-7. Sobre Teófilo hay varios artículos en las Obras de Contardo Ferrini, t. I (Milan, 1929) p. 1-224. Ferrini niega, probablemente sin razón, la autenticidad de Teófilo y le llama «pseudo-Teofilo». Comp. Con Von Lingenthal, ob. Cit. p. 5 V. P. Collinet en la *Cambridge Med. Hist.*, t. IV, p. 707: «La paráfrasis de las Institutas compuestas en todo o parte por Teofiolo». Sobre Doroteo, v. Collinet, *Histoire de l'ecole de droit de Beyrouth* (Paris, 1925), p. 186-188, 303. <<

[299] *Constitutio Omnen*, 6, ed. Kruger, p. 11. <<

[300] Ibíd. 2, ed. Kruger, p. 12. <<

[301] *Constitutio Imperatorum Majestatem*, 7, ed. Kruger, p. XIX. Este decreto concierne a las *Institutas*. <<

[302] Diehl, *Justinien*, p. 248. <<

[303] I. Pokrovski, *Historia del Derecho romano*, 2.a ed., Petrogrado, 1915, p. 4 (en ruso). <<

[304] V. P. Collinet, *Eludes historiques sur le droit de Justinien* (París, 1912), p. 7-44. <<

[305] Sobre la escuela de Derecho de Beirut en el siglo VI, Collinet, ob. cit., p. 52-54· En 551 la ciudad de Beirut fue destruida por un gran temblor de tierra seguido de una inundación marítima y de incendios. La escuela de Derecho fue trasladada a Sidón (ibíd., páginas 54-57). Ello en la práctica fue el fin de la escuela. La escuela de Derecho de Roma no se suprimió, pero en el siglo VI estaba en plena decadencia. <<

[306] V., por ej., A. Knecht, *Die Religions Politik Kaiser Justiniannus* (Wurzburg, 1896), páginas 53 y 147. <<

[307] A. Lebediev, *Los concilios ecuménicos de los siglos VI, VII y*

*VIII* (7.a ed., San Petersburgo, 1904), p. 16 (en ruso). <<

[308] A. Diakonov, *Juan de Éfeso y sus trabajos sobre la historia de la Iglesia* (San Petersburgo, 1908), p. 52-53 (en ruso). <<

[309] V. Knecht, ob. cit., p. 62-65. <<

[310] Novelas, 131, cd. Z. v. Lingenthal, t. II, p. 267. <<

[311] Knecht, ob. cit., p. 36. <<

[312] Juan, obispo de Éfeso, *Commentarii de Beatis Orientalibus*, versión de Van Douwen y Laúd (Amsterdam, 1889), p. 114, 247. Juan de Éfeso, *Vidas de los Santos Orientales*, texto siriaco y traducción inglesa en Brooks, t. II, en *Patrología Orientalis*, t. XVIII, 1924, P· 634 (432), 677 (475), 679 (477). Comp. c. A. Diakonov, ob. cit., p. 63. <<

[313] Mansi, *Sacrarum Conciliorum nova et amplissima collectio* (Florencia, 1762) t VIII página 817. Baronii, *Annales Ecclesiastici*, IX, 419, 33. <<

[314] Juan de Éfeso, *Commentarii*, p. 155; cd. Brooks. II. Comp c Diakonov, ob. cit., p. 58. <<

[315] V. J. Maspero, *Histoire des patriarches d’Alexandrie* (París, 1923), p. ·}, 100, no. <<

[316] J. Maspero, ob. cit., p. 110. <<

[317] *Vita Agapeti papae. Liber Pontificalis*, cd. L. Duchesne (París, 1886), t. I, p. 287. Mansi, t. VIII, p. 843. <<

[318] El edicto de los Tres Capítulos fue llamado así porque se componía de tres capítulos o parágrafos consagrados a los tres teólogos, pero el sentido primitivo de la calificación se olvidó pronto y los Tres Capítulos significaron Teodoro, Teodoreto e Ibas. <<

[319] Fulgencio Ferrandi, diácono de Cartago, Epístola, VI, 7. Migne, Patr. tal., 67. col. 926. <<

[320] Mon. Germ. Hist. Epist., t. III, p. 62 (n.º 41). <<

[321] Mansi, t. IX, p. 376. <<

[322] *Epístolas Gregorii Magni*, II, 36, en Mansi, t. IX, p. 1105. *Gregorii I papae Registrum epistolarum*, 49, en Man, Germ. Hist, Epist., t. I, 1891, p. 151. <<

[323] J·Maspero, ob. cit., p. 135. Se hallará en ella un buen examen histórico del problema monofisita bajo Justiniano (p. 102-163). V. también Diakonov, ob. cit., p. 51-87. <<

[324] A propósito del deseo de Justiniano de propagar el cristianismo entre los diferentes pueblos germánicos de la Europa occidental, puede notarse la carta del rey franco Teodoberto a Justiniano, carta en que el franco informa con mucha humildad de los pueblos sobre los cuales reina en Occidente, constituyendo una especie de lección sobre geografía germánica en el siglo VI. (Mon. Germ. Hist. Epist., t. III, p. 133). V. Diehl, Justinien, p. 404-5. Comp. A. Dopsch, *Wirtschaftliche una soziale Grundlagen der europaischen Kulturentwicklung*, t. II, 2.a ed. (Viena, 1934), p. 296. <<

[325] Uspensky, t. I, p. 506 (en ruso). <<

[326] Se hallará la curiosa conversación entre el emperador y los Verdes —por intermedio de un heraldo o mandatario— en Teófanes, Chr., ed. de Boor, p. 181-184. Véanse Chr. Pasch., páginas 620-51, y P. Maas, *Metrische Akklamationen der Byzantiner* (Byz. Zeits., t. X. XI, 1912, p. 31-33, 46-51). Bury opina que ese relato se refiere a un incidente surgido en otro momento del reinado (t. II, p. 40, n.º 3, p. 72). En las p. 72-74 da una traducción inglesa de la conversación. <<

[327] Procopio, *De bello pérsico*, I, 24, 35-37, ed. Haury, t. I, p. 130. Ed. por Dewing con una trad. inglesa, t. I, p. 230-33. <<

[328] Novelas, 30 (44), 5, ed. Z. von Lingenthal, t. I, p. 268. <<

[329] V. H. J. Bell, *The Byzantine Servil State in Egypt (Journal of Egyptian Archaeology,* tomo IV, 1917, p. 101-102). Id., *An Epoch in the agrarian history of Egypt, en el Recueil d'études égyptologiques dédiées a la mémoire de Jean François*

*Champollion* (París, 1922), página 263. M. Gelzer, *Studien zur byzantinischen Verwaltung Aegyptens* (Leipzig, 1909), 83-90, 32. A. E. R. Boak, *Byzantine imperialism in Egypt (The American Historical Review*, tomo XXXIV, 1928, p. 6). <<

[330] *Novelas*, 8 (16), 10, cd. Z. von Lingenthal, t. I, p. 101. <<

[331] *Novelas*, 8 (16), 8 (ibíd., t. I. p. 102). <<

[332] *Novelas*, 28 (31), r, (ibíd.), t. I, p. 1971. <<

[333] *Novelas*, 8 (16). 10, cd. 7. v. Lingenthal, t. L p. 106. <<

[334] *Edictum*, 13 (96), Introd., cd. Z. v. Lingenthal, t. I, p. 529-30. <<

[335] V. M. Gelzer, *Studien zur byzantinischen Verwaltung Aegyptetis* (Leipzig, 1909), páginas 21-36. Bury, t. II, p. 342-343. G. Rouillard, *L'Administration civile de l'Egypte byzantini*, 2.a ed. (París, 1928), p. 30. <<

[336] *Novelas*, 33 (54), intr. led. 1. v. Lingenthal, t. I. p. 360. <<

[337] Juan Malalas, p. 486. Si no me engaño, Bury no cita este texto. <<

[338] Corippo, *In laudem Justini*, II, 249-250. <<

[339] Juan el Lidio, *De Magistratibus*, III, 70 (Bonn, p. 264, ed. R. Wuensch, p. 162). <<

[340] Diehl, *Justinien*, p. 311. <<

[341] Zacarías von Lingenthal, *Jus Graco-Romanum*, t. III, p. 3. <<

[342] *Indicopleustes* equivale a «quien navega para la India» o «navegante en el océano Indico». <<

[343] Cosmas, *Topografía Cristiana*, libro XX. Migne, Patr. Gr., 88, col. 445, ed. Winstedt (Cambridge, 1909), p. 333. <<

[344] V. R. Sewell, *Roman Coins in India* (Journal of Asiatic Society, t. XXXVI, 1904, p. 620-621). Khvostov, *Historia del comercio oriental en el Egipto grecorromano* (Kazan, 1907), p.

ao. E. Warmington, *The commerce between the Roman Empire and India* (Cambridge, 1928), p. 140. <<

[345] Cosmas, ob. cit., libro II. Migne, col. 116, ed. Winstedt, p. 81. <<

[346] Cosmas, ob. cit., lib. XI, p. 338; Migne, 88, col. 448-449. Este relato parece tradicional, pues que Plinio cuenta otro análogo acerca de los embajadores enviados a Ceilán bajo el reinado de Claudio. Plinio, *Historia Natural*, VI, 85. V. J. E. Tennent, *Ceylon* (5.a ed., Londres, 1860), t. I, 5.a parte, cap. I, p. 566. <<

[347] Kondakov, *Historia del arte bizantino considerado principalmente en las Miniaturas* (Odesa, 1876), p. 88; ed. francesa (París, 1886), t. I, p. 138. <<

[348] V. E. Redin, La topografía cristiana de *Cosmas Indicopleustes*, según las versiones griegas y rusas, ed. D. V. Ainalov (Moscú, 1916). La obra (en ruso) contiene muchos grabados y láminas. <<

[349] V. W. Heyd, *Histoire du commerce du Levant*, t. I. pág. 10. Diehl, *Justinien*, página 390. <<

[350] Procopio, *De bello gothico*, IV, 17 (ed. Haury, t. II, pág. 576). Según él, fueron varios monjes. *Excerpta e Theophanis Historia*, ed. Bonn, p. 484; ed. L. Dindorf, *Historici graeci minores*, t. I, p. 447. Según él, fue un persa. Se encontrará una plena confusión de hechos y nombres en F. Richthofen, China. *Ergebnisse eigener Reisen und darauf gegründeter Studien*, t. I (Berlín, 1877), p. 528-29, 550. *La Serinda* de Procopio se identifica con el Khotan. V. Richthofen, t. I, p. 550-51. Heyd, t. I, p. 12, y Bury, t. II, p. 332 y se adhieren a esa opinión. <<

[351] J. Ebersolt, *Les arts somptuaires de Byzance* (París, 1923), p. 12-13. G. Rouillard, *L'Administration civile de l'Egypte byzantine* (2.a ed. París, 1928), p. 83. <<

[352] *Excerpta e Theophanis Historia*, cd. Bonn, p. 484; Fr. Hist. Gr., t. IV, p. 270. <<

[353] Procopio, *De aedificiis*, II, I, 3.ª ed., Bonn, p. 209; Haury, t. III, p. 2, 46. <<

[354] Procopio, *De aedificiis*, IV, 4, 1 (Bonn, p. 277; Haury. t. III, p. 2, 116). <<

[355] A. Vasiliev, *Los godos en Crimea* (Informes de la Academia de la historia da la civilización económica, t. V, 1927, p. 180-81, en ruso). <<

[356] Bury, t. II, p. 67. <<

[357] Juan de Éfeso, *Eccl. fíist.*, I, 3 (Trad. por Payne Smith, p. 3). <<

[358] Finlay, *A History of Greece*, ed. por Tozer (Oxford, 1877), t. I, p. 298. <<

[359] Bury, 1. II (Londres, 1889), p. 97. Kulakovski. p. 350. E. Stein. Studien, p. 21. <<

[360] *Crónica de Miguel el Sirio*, trat. por J. B. Chabot. t. II (París, 1901). P. 312. <<

[361] *Sobre esa guerra*, v. Bury, t. II, p. 93-101: Kulakovski, i. II, p. 111-69; Stein, Studien, p. 38-55. <<

[362] *Sobre esta guerra* v. Stein, *Studien.* p. 58-86 (bajo Tiberio Cesar) y 87-102 (bajo Tiberio Augusto). <<

[363] Sobre la guerra pérsica bajo Tiberio y Mauricio, v. Bury, t. II. p. 95-101. Kulakovski, t. II, p. 383-394, 426-446. <<

[364] Crónica de Juan, obispo de Nikiu, traducida del etíope por Zotenberg, c. CIX, página 550 (*Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothéque nationale*, t. XXIV, 1883), *The Chronicle of John, bishop of Nikiu*, translated by R. H. Charles (London, 1916), cap. CIX, 8, p. 175-76). <<

[365] Véase, por ejemplo, O. Tafrali, *Thessalonique des origines au* XIV *siecle* (París, 1919), páginas 101-108. Las Actas de

Demetrio se publicaron en *Acta Sanctorum*, t. IV, p. 104 y sig., y Migne, Patr. Gr., 116, col. 1204 y sigtes. y 1326 y sigtes. <<

[366] Bury, t. II, p. 160-66. G. Reverdy, *Le relation de Childebert II et Byzance* (Revue Historique, t. CXIV, 1913, p. 61-85). <<

[367] Sobre la residencia de Gregorio I en Constantinopla, v. D. Dudden, *Grégoire le Grand, sa place dans l'histoire et la pensée*, t. I, Londres, 1905, cap. VI, p. 123-157. Es probable que Gregorio fuese llamado a Roma el 586 (ob. cit., p. 156-157). <<

[368] Gregorio el Grande. *Epístolas*, (V. so Migue, Part. al., 77, col. 746-77). *Mon Germ. Hist. Epist.*, t. I, p. 322 (v. 37). Por oposición, se aplicó a sí mismo el titulo de «*Servís servorum Dei*», con el cual se han iniciado todas las cartas pontificias, desde entonces, hasta 1869 (N. del R.). <<

[369] *Epístolas de Gregorio el Grande*, XIII, 31 (Migne, 77, col. 1281-82). Mon. Germ., Hist. Ep. t. II, p. 397 (XIII, 34). <<

[370] *Bonifacio III. Liber Pontificalis*, ed. L. Duchesne (París, 1886), t. I, p. 316. <<

[371] Diehl, *Études sur l'administration byzantine dans l'exarchat de Ravenne (568-751)*, París, 1888, p. 3-51. <<

[372] V. Diehl, *L'Afrique Byzantine* (París, 1896), p. 453-502. <<

[373] Diehl, *Études byzantines* (París, 1903), p. 277 (Origen del régimen de temas). <<

[374] Fallmerayer, ob. cit., t. I, p. III-XIV. <<

[375] Evagrio, *Hist. ecl.*, VI, 10, ed. Bidez y Parmentier, p. 228. <<

[376] Constantino Porfirogénito, *De Thematibus*, II, 53. Constantino emplea un verbo inusitado, de suerte que los historiadores traducen, ora «todo el país fue eslavizado», ora «fue esclavizado». Yo entiendo que es más correcta la

traducción dada en el texto de este libro. <<

[377] Fallmerayer, t. I, p. 208:210. <<

[378] C. Hopf, *Gesch. Griech. vom Beginn des Mitt. bis auf unsere Zeit*, t. I (Leipzig, 1867), p. 103-119. <<

[379] A. Vasiliev, *Los eslavos en Grecia* (*Vizantiiski Vremennik*, t. V, 1898, p. 416-438, en ruso). Sobre el siglo IX, F. Dvornik, *Los eslavos, Bizancio y Roma en el siglo IX* (París, 1926), P. 41-45. <<

[380] Se hallará un capítulo muy interésenle sobre la importancia de las Actas de San Demetrio en H. Gelzer, *Die Génesis der byzantinischen Themenverfassung* (Leipzig, 1899), página 42-64. V. O. Tafrali, *Thessalonique des origines au XIV siecle.* (París, 1919), p. 101. <<

[381] N. Petrovski, *El problema del origen de la teoría de Fallmerayer* (*Revisto del Ministerio de Instrucción Publica*, noviembre, 1913), p. 143-149 (en ruso). <<

[382] Ibíd. p. 104. <<

[383] Menandro, ed. Bonn, p. 439. F. H. G., IV, *Teofilacto Simocatta*, VIII, 13-16 ed. Boor, p. 311. V. Bury, t. II, p. 182. <<

[384] Krumbacher, *Geschichte der Byzantinischen Literatur*, p. 249. <<

[385] Ver, sin embargo, E. Stein, *Untersuchungen über das Officium der Prätorianerpräfektur seit Diocletian* (Viena, 1922). <<

[386] La obra de Hierocles se escribió antes del 535. Krumbacher, p. 417. Montelatici, *Storia della letteratura bizantina*, p. 76. <<

[387] V. Montelatici, p. 63-64. <<

[388] Acaso la crónica de Juan Malalas se suspendiera en el primer año del reinado de Justiniano y le fuera añadida, en

una edición nueva, una continuación escrita por el mismo autor o por otra persona (Bury, t, JI, p, 435). <<

[389] Krumbacher, p. 326. <<

[390] E. W. Brooks, *Patrología Orientalis*, t. XVII, 1933, p. VI. <<

[391] A. Diakonov, *Juan de Éfeso y sus obras histórico-eclesiásticas* (San Petersburgo, 1908). p. 359 (en ruso). <<

[392] F. Loofs, *Leontius von Byzanz* (Leipzig, 1887), p. 297-303. W. Rügamer, *Leontius von Byzanz* (Wurzburgo, 1894), p. 49-72. <<

[393] Rügamer, p. 72. <<

[394] El título alude a la «escala celestial» de la Biblia que vio en sueños Jacob (Gen., 28:12). El genitivo griego o της Κλίμακας se latinizó, trocándose en Clímaco. De aquí el apelativo, tradicional en Occidente, de Juan Clímaco. <<

[395] Se hallarán reproducciones de muchas de esas miniaturas en R. C. Morev, *East Christian Paintings in the Freer Collection*, Nueva York, 1914, (University Michigan. Studies, Humanistic Series, vol. XII). V. también O. M. Dalton, *East-Christian Art*, Oxford, 1921, p. 316. <<

[396] V. la reciente edición de las dos obras dada por P. Friedländer, *Johannes von Gaza und Paulus Silentiarius* (Leipzig-Berlín), p. 227-265. Se halla el comentario en las páginas 267-305. <<

[397] Agatías, V. 9, cd. Bonn, p. 296-297; cd. Dindorf, Hist. Gr. Min, t. II, p. 362. <<

[398] H. J. Bell, *The Byzantine servil state in Egypt (Journal of Egyptian Archaeology,* t. IV, 1912, p. 104-105). Id., *Greek Papyri in the British Museum*, t. V (Londres, 1917), p. III-IV. Bell prepara actualmente un estudio más profundo sobre Dióscoro, a la luz de nuevos testimonios. V. también W.

Schubart, *Einführung in die Papyruskunde* (Berlín 1918), p. 145-147, 495. <<

[399] J. Maspero, *Un dernier poete grec d'Egypte: Dioscore, fils d'Apollos (Revue des études grecques)*, t. XXIV, 1911, p. 426, 456, 469. <<

[400] V. F. Fuchs, *Die höheren Schulen von Konstantinopel in Mittelalter* (Leipzig y Berlín, 1926), p. 7-8. <<

[401] Nota (1) desconocida. <<

[402] La peregrinación de Esteban de Novgorod (*Relatos del pueblo ruso*, reunidos por T. Sajarov, San Petersburgo, 1849, p. 52). <<

[403] Gracias al especial cuidado que los arquitectos pusieron en la cimentación de la fábrica, compuesta de una cisterna con bóvedas enormes, repleta de agua, y recios pilares asentados en la roca, para dar solidez y elasticidad al conjunto. (E. Mamboury, *Byzanc-Constantinople-Istanbul*, Istanbul, 1934, pág. 353). (N. del R.). <<

[404] Strzygowski, *Origin of christian church art j Oxford*, 1923), p. 46. V. Dalton, *East-Christian art* (Oxford, 1925), p. 93. <<

[405] V., por ej., Speranski, *Los textos eslavos del sur y rusos sobre la construcción de Santa Sofía de Tsargrad* (Sofía, 1925), p. 413-432, en ruso. <<

[406] Heisenberg, *Die Apostelkirche in Konstantinopel* (Leipzig, 1908), p. 10. <<

[407] Con posterioridad al libro de Vasiliev, y gracias a los trabajos del americano Whittemore, esos mosaicos van siendo descubiertos, especialmente desde que se ha suprimido el culto en el templo. (Vid. primeros resultados en Th. Whittemore, *The mosaics of St. Sophia at Istanbul*, París, 1934). (N. del R.). <<

[408] V., p. ej., Dalton, *East-Christian art* (Oxford, 1925), p. 277-278. <<

[409] V. p. ej., Diehl, *Ravernn* (París, 1907), pags. 8 y 132 (Les Villes d'Art celebres). <<

[410] V. Benechevitch, Sobre la fecha del mosaico de la Transfiguración en el Monte Sinaí (Byzantion, t. I, 1924, p. 144-172). <<

[411] Diehl, *Manuel*, t. I, p. 230-277. <<

[412] Sebeos, *Historia del emperador Heraclio*, t. XXXII (trad. del armenio. San Petersburgo, 1862), p. 129 (en ruso), íd. *Historia de Heraclio* (trad. por F. Macler, París, 1904), página 108. <<

[413] V. Pernice, *L'Imperatore Eraclio* (Florencia, 1905), p. 44. <<

[414] V. E. W. Brooks, *Who was Constantine Pogonatus?* (Byzantinische Zeits., t. XVII, 1908, p. 460-462). <<

[415] La mutilación no fue tan completa que le impidiese hablar. <<

[416] Bury, *A History of the Later Roman Empire* (i. a cd.), t. II, p. 354. <<

[417] La fecha de 714 ha sido establecida por G. Ostrogorsky en *Die Chronologie des Theophanes im 7. und 8. Jahrhundert. Byz. Neugr. Jahrbücher*, t. VII, 1930, p. 33-34 y 47-48. <<

[418] Jorge de Pisidia, *De expeditione pérsica*, vers. 90-91, ed. Bonn, p. 17. <<

[419] Antíoco Estrategos, *Toma de Jerusalen por los persas en 614* (tr. del georgiano por N. Marr), San Petersburgo, 1909, p. 15 (en ruso). Trad. inglesa de F. C. Conybeare, *Antiochus Strategos account of the sack of Jerusalem in 614* (*English Historical Review*, t. XXV, 1910, p. 506). <<

[420] H. Vincent y F. M. Abel. *Jerusalem: recherches de*

*topographie, d'archéologie et d'histoire* (París, 1926), t. II, fase. IV, p. 926-928. <<

[421] N. P. Kondakov, *Viaje arqueológico por Siria y Palestina* (San Petersburgo, 1904), páginas 173-174 (en ruso). <<

[422] Según toda verosimilitud, esta invasión avárica se produjo el 617. V. N. Baynes, *The date of the Avar surprise* (Byz. Zeit., t. X XI, 1912, p. 110-128). <<

[423] La cronología de Isidoro no es muy segura. Isidoro de Sevilla, *Chronica Majora.* <<

[424] F. I. Uspensky, t. I, p. 684. (en ruso). <<

[425] V. Pernice, ob. cit., p. 141-148. Kulakovski, t. III, p. 76-87. <<

[426] F. Corres, *Die byzantinischen Besitzungen an den Küsten des spanisch-westgotischen Reichs (554-624)*, (Byz. Zeit., t. XVI, 1907, p. 530-532)· E. Bouchier, *Spain under the Roman Empire* (Oxford, 1914), p. 59-60. <<

[427] Ese manifiesto se conserva en el *Chronicon Paschale*, p. 737-734. Su traducción completa al italiano se halla en A. Pernice. *L'Imperatore Eraclio* (Florencia, 1905), p. 167-71. <<

[428] Esta fecha ha sido recientemente descubierta en el relato georgiano de Antíoco Estrategos, *La toma de Jerusalén por los persas* en 614, traducido por N. Marr (San Petersburgo, 1909) p. 65 (en ruso), y traducción inglesa de F. Conybeare en *English Historical Review*, tomo XXV, 1910, p. 516. <<

[429] Sebeos, *Historia del emperador Heraclio*, traducida del armenio por Patkanov, capítulo XXIX, p. 111 (en ruso). Trad. del armenio y anotada por F. Macler (París, 1904). página 91. En la ultima frase arriba citada, los dos traductores, en vez de «presentes» dicen «bendición». V. Kulakovski, t. III (Kiev, 1915), p. 118, (en ruso). <<

[430] Corán, XXX, i, sección titulada *Los griegos.* <<

[431] Pernice, ob. cit., p. 179. <<

[432] Teófanes, *Chronographia*, ed. de Boor, p. 335. <<

[433] *Chronicarum quae dicuntur Fredegarii Scholastici*, IV, 62 (Man. Germ. *Hist. Scriptores rerum merovingarum*, t. II, 1888, p. 131). V. también *Gesta Dagoberti I. regís Francorum*, 24 (Ibíd., p. 409). <<

[434] Cronica Minora, I, trad. por I. Guidi, París, 1903, p. 26. *Corpus scriptorum christianorum orientatium. Scriptores Syri, ser.* III, t. 5, Agapio de Menbidj, *Historia Universal*, t. II (2), p. 453 (193), ed. por. Vasiliev. *Patr. Orient.*, t. VIII, 1912. *Miguel el Sirio*, trad. por A. Chabot, t. II, p. 420. V. T. Nöldeke, *Geschichte der Perser und Araber zur Zeit der Sasaniden (aus Tabari)*, (Leipzig, 1879), p. 391-392. Del mismo: *Aufsatze zur persischert Geschichte* (Leipzig. 1887), p. 129. <<

[435] Bury, *The Constitution of the Later Roman Empire* (Cambridge, 1910), p. 20. Id., Selected Essays, ed. H. Temperley (Cambridge, 1930), p. 109. Este criterio ha sido discutido por E. Stein en la *Byz. Zeit.*, t. XXIX, 1930, p. 353. <<

[436] Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, c. XLVI, final. <<

[437] *Excerpta e Theophanis Historia*, ed. Bonn, p. 485. V. T. Nöldeke, *Geschichte der Perser una Araber zur Zeit der Sasaniden* (Leyden, 1879), p. 249-250. <<

[438] Goldziher, *Die Religión des Islams*, p. 102 (Die Kultur der Gegenwart, ed. P. Hinneberg, *Die Retigionen des Orients*, 1913, t. III, 1-2, Aun.). <<

[439] Goldziher, p. 102. <<

[440] Goldziher, ob. cit., p. 103-117. <<

[441] No parece correcto traducir «hichra» por huida, porque el sentido «huir» no se halla en la raíz árabe «háchara», que

significa «romper relaciones, abandonar la tribu, emigrar». (V. *Enciclopedia del Islam*, entrega 23, , 1916, p. 321.). <<

[442] Véase V. Barthold. *La orientación de las primeras mezquitas musulmanas* (Publicaciones anuales del Instituto Ruso de Historia del Arte, t. I, Leningrado, 1922, p. 116, en ruso). C. H. Becker, *Vom Werden und Wesen der Islamischen Welt*, Islam Studies, t. I, Leipzig, 1924, p. 429. <<

[443] Así suele decirse. No hay que olvidar, no obstante, que «salm», «salama», vale por reposo, paz, protección, sin aparejar necesariamente la idea de Dios; «moslim», «mashmum», no son mas que derivados de esa idea. (N. del R.). <<

[444] V. I. Goldziher, *Muhammedanische Studien* (Halle. 1890), t. II, p. 20. <<

[445] Goldziher, ob. cit., p. 106. <<

[446] Grimme, *Mohammed. I. Das Leben* (Münster, 1892), p. 123. <<

[447] *Studi di Storia Oriéntale* (Milán, 1914), t. III, p. 236, 257. <<

[448] V. C. Güterbock, *Der Islam im Lichte der byzantinischen Polemik* (Berlín, 1912), páginas 6-7, 11, 67-68. <<

[449] Teófanes, *Chronographia*, ed, de Boor, p. 333. <<

[450] Corán. Trad. de Kasimirski en el *Panteón Literario*, sección de Teología: Libros Sagrados de Oriente. <<

[451] Nota (1) desconocida. <<

[452] *Eutiquio, patriarca alejandrino: Ánnales*, ed. L. Cheikho (Beirut y París, 1912), II, 5, 14 (Corpus Script. chr. Orient. Script. Arab.). Trad. latina de Pocock, en Migne, *Patr. Gr.*, vol. CXI, col. 1088. <<

[453] Beladsori, *Líber expugnationum regionum*, ed. De Goeje (Leyden, 1866), p. 137; traducción inglesa de Al-Baladhuri,

*The Origins of the Islamic State*, por P. Hitti (Nueva York, 1916), t. I, p. 211 (*Studies in History, Economics, and Public Law*, ed. Columbia University, vol. LXVIII, I parte). V. Varthold: *Zapiski Kollegii Vostokovedov* (Leningrado, J925) t· I P· 468 (en ruso). <<

[454] De Goeje, *Memoria sobre la conquista de Siria* (2.a ed., Leyden, 1900), p. i. V. C. Becker, *The expansión of the Saracens. The East* (The Cambr. Mea. H., t. II, 1913, página 345). <<

[455] J. Maspero, *Organisation militaire de l'Egypte byzantine* (París, 1912), p. 119-132. A. Boak, *Byzantine imperialism in Egypt* (American Historical Review, t. XXXIV, 1928, página 8). <<

[456] Gelzer, *Studien zur byzantinischen Verwaltung Aegyptens* (Leipzig, 1909), p. 2. <<

[457] E. Amélineau, *La conquête de l'Egypte par les Arabes* (Revue Historique, t. CXIX, 1915, p. 282). V. G. Rouillard, *L'Administration civile de l'Egypte byzantine* (2. ed. París, 1928), p. 241-248. <<

[458] Bell, *The Byzantine Servile State in Egypt* (Journal of Egyptian Archaelogy. t. IV, 1917, p. 106). <<

[459] Caetani, *Studi*, t. I, p. 370-371. <<

[460] Caetani, *Studi*, t. III, p. 3. <<

[461] Goldziher, *Vorlesungen Über Des Islam* (Heidelberg, 1910). <<

[462] O V. Caetani, *Annali dell'Islam* (Milán, 1905), t. I. p. 731-734· Huart considera la embajada de Mahoma al «César de Bizancio» como dudosa (*Histoire des Árabes*, París, 1912, tomo I, p. 154-151). Maspero califica la carta de Mahoma de «leyenda árabe que acaso contenga un fondo histórico». *Histoire des patriarches d'Alexandrie*, París, 1923, p. 23. <<

[463] V. por ej., Buiv, t. II, p. 261; Butler, *The Arab Conquest of Egypt* (Oxford, 1902), página 139 y siguientes. <<

[464] V. C. H. Becker, *en la Cambr. Med. Hist.* (Cambridge. 1013), t. II P. 352. ídem. *Vom Werden und Wesen der Islamischen Welt* (Leipzig, 1924), t. I, p. 96. <<

[465] Nota (1) desconocida. <<

[466] Nota (2) desconocida. <<

[467] La fórmula del fuego griego se conserva en un tratado atribuido a un tal Marcus Graccus, tratado escrito sin duda en griego, en el siglo IX a lo más, y publicado en una versión latina bajo el título de *Líber ignium a Merco Graeco describtus.* La mejor edición es de Berthelot (París, 1893), t. I, 100-133. hay una traducción francesa y una disertación sobre el tratado. Se da una edición más reciente en el libro del teniente coronel H. W. L. Hime *The origin of artillery* (Londres, 1915), p. 45-63, V. Krumbacher, p. 636 y 637 Par. 9. y Bury-Gibbon, t. VI, p. 10, n.º 22; ibíd., p. 539-40 (no conocían la edición de Berthelot y citan la antigua de Hofer, *Histoire de la chimie*, París, 1842, t. I, p. 491-497). V. también Max Jahns, *Handbuch einer Geschichte des Kriegswesens von der Urzeit bis zur Renaissance* (Leipzig, 1880), p. 512-514. C. Ornan, *A History of the art of war in the middle ages* (2.a ed., Londres, 1924), t. II, p. 206, 209-210. <<

[468] V. Canard, *Les Expéditions des Arabes contre Constantinople dans l'histoire et dans la légende* (Journal Asiatique, t. CCVII, 1926, p. 63-80). <<

[469] Teófanes, *Chronographia*, cd. de Roor, p. 856. <<

[470] Teófanes, *Chronographia*, p. 364. <<

[471] Kulakovski, *Historia del Imperio bizantino*, t. II, p. 265 (en ruso). <<

[472] V. J. Wellhausen, *Das Arabische Reich und Sein Sturz*

(Berlín, 1902). V. Barthold, *Zapiski Kollegii Vostokovedov*, t. I, p. 468-469. <<

[473] Diehl, *L'Afrique byzantine* (París, 1896), p. 590. <<

[474] Diehl, ob. cit., p. 592. E. Mercier, *Histoire de l'Afrique septentrionale*, París, 188 tomo I, p. 218. <<

[475] V. Henri Leclerc, *L'Afrique chrétienne* (París, 1904), t. II, p. 321-323. R, Basset declara que los últimos cristianos desaparecieron de Berbería en el siglo XII (Enciclopedia del Islam, t. I, p. 721). <<

[476] Así calcula V. I. Lamanski en *Los eslavas en el Asia Menor, en África y en España* (San Petersburgo, 1859), p. 3 (en ruso). <<

[477] B. A. Pantchenko, *Un monumento eslavo bitinio del siglo VII* (Informes del Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla, tomo VIII, núms. 1-2, Sofía, 1902, p. 15, en ruso). <<

[478] V. N. Zlatarski, *Cronología búlgara (Izvestia otdela rousskago iazyka i slovesnosti Akademii Naouk,* t. XVII, núm. 2, 1912, p. 40; en ruso, ídem, *Historia del estado búlgaro en la Edad Media*, Sofía, 1918, t. I, I parte, p. 19-122, 135-136, en búlgaro). Zlatarski declara que Isperich se estableció con sus búlgaros al norte de la Dobrudya actual, entre 660 y 668, año de la muerte de Constante II (Zlatarski, ob. cit., t. I, I parte, p. 138). <<

[479] V. L. Niederle, *Manuel de l'antiquité slave* (París, 1923), t. I, p. 100-103. <<

[480] V. Documentos sobre la antigüedad búlgara: Aboba-Pliska, en los Informes del Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla, , 1905, en ruso. <<

[481] Uspensky, *Historia del Imperio bizantino*, t. I, p. 777 (en ruso). <<

[482] Ob. cit., p. 729. <<

[483] Cedreni, *Historiarum compendium*, ed. Bonn, t. I, p. 763. <<

[484] Sin embargo, cuando Juan IV, inmediato sucesor de Severino, ratificó la condena de la «Ecthesis», el emperador, para exculparse, le contestó diciendo que «compúsole Sergio cinco años antes de mi regreso de Oriente, y estando. en Constantinopla me rogó que hiciese publicar en mi nombre y con mi firma», (Concil. VI, act. 5, 11). Mas la muerte de Heraclio no modificó la situación. (N. del R.). <<

[485] Mansi. *Conciliorum amplissima collectio*, t. X, p. 1029-1032, trad. ingl. en C. Hefele, *A History of the Councils of the Church* (Edimburgo. 1896), t. V, p. 93-96. <<

[486] Mansi, t. X. p. 1157-1158 (18.º canon). Hefele, t. V, p. 112-113. <<

[487] Epístolas de Martín, XVI, *Migue, Palr.* t. LXXXVII, cal. sos. V. Mann, *The Lives of the Popes in the Early Middle ages* (2.a cd., Londres, 1925.), t. I, parte 2, p. 400. <<

[488] Nota (1) desconocida. <<

[489] Nota (1) desconocida. <<

[490] Nota (2) desconocida. <<

[491] V. F. Görres, *Justiniano II und das Römische Papsttum*, Byz. Zeitz., t. XVII, 1908, páginas 440-450. <<

[492] *Líber Pontificalis*, ed. L. Duchesne (París, 1886), t. I, p. 391. <<

[493] V. Corres, ob. cit., p. 452-453. <<

[494] Hefele, *A History of the Councils of the Church*, i. V, p. 240. <<

[495] *De Thematibus*, 12. <<

[496] Mansi, t. XI. p. 737-738 V· H. Gelzer, *Die Génesis der byzantinischen Themen verfassung* (Leipzig, 1899), p. 10-17.

<<

[497] V. Stein, *Ein Kapitel vom persischen und vom byzantinischen Staate (Byzantinische-Neugriechische Jahrbücher)*, I, 1920, p. 76-84. <<

[498] La opinión de Kulakovski al propósito se hallará en el tercer vol. de su *Historia Bizancio*, p. 387-431. Sobre Armenia habla en p. 396-398 (en ruso). V. Bréhier, *Journal des Savants*, nueva serie, t. XV, 1917, p. 411-505. <<

[499] Uspensky, *Historia del Imperio bizantino* (San Petersburgo, 1914). t. I, . 685-686. Kulakovski, ob. cit., t. III, p. 395. <<

[500] Constantino Porfirogénito declara que el nombre de Armeniakoi apareció bajo Heraclio (De Thematibus, p. 18). <<

[501] Stein, Byz. neug, *Jahrbücher*, t. I. p. 84. <<

[502] Stein, Byz. neg. *jahr.*, t. I. p. 85. <<

[503] Ibíd., p. 8-v. <<

[504] Nota (1) desconocida. <<

[505] Nota (1) desconocida. <<

[506] S. Epifanovitch, *El bienaventurado Máximo el Confesor y la teología bizantina* (Kiev, 1915), p. 137 (en ruso). Krumbacher, p. 63, 141. <<

[507] V. A. Brilliantov, *Influencia de la teología oriental sobre la teología occidental según las obras de Juan Escoto Erígena* (San Petersburgo, 1898), p. 50-52 (en ruso). <<

[508] V. H. Gelzer, *Leontios van Neapolis Leben des heiligen Johannes des Barmhezigen Erzbischofs von Alexandrien* (Freiburg y Leipzig, 1893), p. XLI. <<

[509] V. Diehl, *Manuel*, t. I, p. 329-359. <<

[510] V. K. Schenk, *Kaiser Leons III Walten in Innern* (Byz. Zeit, t. V, 1896, p. 296 y siguientes). <<

[511] V. N. Jorga, *Los orígenes de la iconoclastia* (Boletín de la Sección histórica de la Academia Rumana, t. XI, Bucarest, 1924, p. 147). <<

[512] Teófanes, *Chronographia*, ed. de Boor, p. 391. <<

[513] Anastasio, *Chronographia tripartita*, ed. de Boor, p. 251. <<

[514] *Vita Stephani Junioris*, Migne, Patr. Gr., 100, vol. CI, col. 1084. <<

[515] V. Brooks, *The campaign of 716-718 from Arabic sources* (Jornal of Hellenic studies, tomo XIX, 1899, p. 21-22). <<

[516] V. F. I. Uspensky, *Historia del Imperio bizantino* (Leningrado, 1927), t. II (1), p. 5 (en ruso). <<

[517] J. A. Kulakovski, *Historia de Bizancio*, r. III, p. 319 (en ruso). <<

[518] V. Z. v. Lingenthal, *Jus graeco-romanum*, t. III, p. 55. <<

[519] Teófanes. ed. de Boor, p. 395. <<

[520] Bury, *History of the Later Roman Empire*, t. II, p. 405. <<

[521] Se hallará una detallada y reciente exposición de este asedio y su tradición legendaria en el artículo de Canard *Les Expéditions des Árabes contre Constantinople* (Journal Asiatique, t. CCVIII, 1926, p. 80-102). Constantino Porfirogénito atribuye también la construcción de una mezquita en Constantinopla a Maslamah, *De adm. imperio*, c X XI ed Bonn páginas 101-102. <<

[522] Se hallarán al respecto informes muy interesantes en un artículo de Barthold en *Zapiski Kollegii Vastokovedov*, t. I, p, 469-470 (en ruso). <<

[523] Comp. con H. Lammens, *Etudes sur le règne du calife Oamiyade Mo'awia Ier.* (París, 1908), p. 444. <<

[524] Barthold, ob. cit., p. 470-71 (en ruso). <<

[525] En las ediciones rusa e inglesa de esta *Historia del*

*Imperio bizantino* he exagerado un tanto la importancia de la batalla de Poitiers (ed. rusa, t. I, Petrogrado, 1917, p. 222; edición ingl., t. I, p. 290). Puede consultarse, por ej. A. Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der europaischen Kulturentwicklung* (1.ª ed., Viena, 1924), t. II, p. 298. <<

[526] V. J. Wellhausen, *Die Kämpfe der Araber mit den Romäern in der Zeit der Umaijiden*, (Nachr. von der K. Gesellsch. der Wissench. zu Gott., 1901, p. 444-445). Se hallará un artículo especialmente consagrado a Al-Battal en la *Enciclopedia del Islam*, t. I, p. 698. Véase también Barthold, p. 470; D. B. McDonald, *The earlier History of the Arabian Nights (Journal of the Royal Asiatic Society*, 1924, p. 381). Canard, ob. cit., p. 116-118. <<

[527] A. Lombard, Constantin V, *Empereur des Romains* (París, 1902), p. 59. <<

[528] Willibaldi, Vita; Pertz, *Mon. Germ*. Hist., t. XV, p. 93. <<

[529] V. A. Vasiliev, *Los eslavos en Grecia* (Viz. Vrem., t. V, 1898, p. 416-417; en ruso). <<

[530] Constantino Porfirogénito, *De Thematibus*, p. 53-54. <<

[531] Teofanes, p. 456-457. <<

[532] Zacarías von Lingenthal, *Geschichte des griechisch-römischen Rochts*, 3 Aufl. <<

[533] Vasilievsky, *La legislación de iconoclastas* (Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública, t. CXCIX, 1878, p. 279-280), (en ruso). <<

[534] D. Ginis, *Das promulgationsjahr der Isaurischen Ecloge* (Byz. Zeit., t. XXIV, 192 páginas 356-357). *A Manual of Roman Law, the Ecloga*, published by the Emperador Leo III and Constantin V of Isauria at Constantinople A. D. 726, versión inglesa E. H. Frehsfield (Cambridge, 1926), p. 2. C. A.

Spulber, *La Écloga, de los Isáuricos: texto, traducción, historia* (Cernauti, Rumania, 1929), p. 83 (discusión detallada sobre la fecha la Écloga, p. 81-86). G. Ostrogorsky, *Die Chronologic des Theophanes im 7. und 8. Jahrhundert* (Byz. neugr, Jahr, t. VII, 1930. p. 6, nota). En el IV vol. de la Cambr. Med Hist. P. Collinet fija oirá fecha (marzo 740) para la publicación de la Écloga (p. 708). Fecha de 741. V. Grumel, *La date de la promulgation de: l'Eclogé de León III* (Hechos d'Orient, t. XXXVIII, 1935, pags. 327-331). (N. del R.). <<

[535] V. C. N. Uspensky, *Apuntes de Historia Bizantina* (Moscú, 1917), t. I, p. 217-218: (en ruso). <<

[536] Z. v. Lingenthal, *Collectio librorum juris graeco-romani ineditorum. Ecloga Leonis et Constantini*, 1852. <<

[537] Ecloga, *par. II. Spulber*, Freshfield, p. 67. <<

[538] Ecloga, par. II, 13. Se hallará una trad. rusa en Vasilievsky, *La legislación de los iconoclastas*, págs. 283-285, en ruso. V. Spulber, págs. 5-9, y Freshfield, págs. 68-70. <<

[539] Bury, t. II, p. 414. <<

[540] Su fecha es objeto de controversia. Probablemente se publicaron antes de llegar al trono Basilio I (867). Véase Zacharias von Lingenthal, *Jus Graeco-Romanum*, IV, p. 4. E. Freshfield, *A, reised Manual of Roman Law founded upon the Ecloga of Leon III and Contantine V*, of Isauria. Ecloga privata aucta (Cambridge, 1927), p. 2. Spulbe, p. 94-95 <<

[541] *Epanagogué.* Zac. von Lingenthal, Collectio librorum, p. 62. <<

[542] En este libro, conocido en Rusia desde poco después de la adopción del cristianismo en el siglo X, se exponían las reglas de la Iglesia apostólica, las de los concilios ecuménicos y, a la vez, las leyes civiles de los emperadores bizantinos ortodoxos. <<

[543] Paparrigópulos, *Histoire de la Civilización Helénica* (París, 1878), 209. <<

[544] Panchenko, p. 30. <<

[545] G. Vernadski, *Sur les origines de la Loi agraire Bizantine* (Byzantion, 1. II, 1926, página 173). <<

[546] V. F, Dölger en su noticia sobre el primer volumen de mi edición inglesa, Historische Zeitschrift, t. 141, 1929, p. 112-113, y E. Stein, en la Byzantinische Zeitschrift, p. 355. <<

[547] Zlatarski, ob. cit. (Sofía, 1918), i. I, part. I, p. 197-200 (en búlgaro). <<

[548] F. I. Uspensky, *Historia del Imperio bizantino*, t. I, p. 28 (en ruso). V. también A. Vogt, (París, 1908), p. 378. <<

[549] En su reciente obra sobre Romano Lecapeno, S. Runciman declara igualmente que los emperadores isáuricos en sus innovaciones siguieron una política muy clara, a la abolición de la servidumbre. S. Runciman, *The Emperor Romanus Lecapenus and his reign* (Cambridge, 1929) p. 225. <<

[550] Diehl, *Histoire de l'Empire byzantin* (París, 7.3 ed. revisada y corregida, 1924), p. 69. <<

[551] W. Ashburner, *The Farmer's Law* (Journal of Hellenistic Studies, t. XXX, 1911. p. 84; t. XXXII, 1912, p. 68-83). El texto del Código rural ha sido editado por C. Ferrini en la Byz. Zeit, t. VII, 1898, p. 558-571, y reeditado en las *Opere* de Contardo Ferrini, t. I (Milán, 1929), p. 375-395. <<

[552] V. al respecto los interesantísimos capítulos de dos obras rusas prácticamente desconocidos de los eruditos europeos y americanos: C. N. Uspensky, *El llamado Código rural, en sus Apuntes sobre la Historia de Bizancio*, Moscú 1917, p. 176-198. (Uchheniiti Zapiski osnovanniia Ryusskoi Ushbnoi Kollegiiey Praguie, Praga, 1924, t. II, II parte, p. 81-97), (en

ruso). El autor de este artículo no conocía las dos obras sobredichas. V. igualmente N. A. Constantinescu, *¿Reforma social o reforma fiscal?* (Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana, t. XI, 1924, p. 95-96). <<

[553] V. G. Vernadski, *Sur les origines de la Loi agraire byzantine* (Byzantion. t. II 096). p. 178-179). <<

[554] Ashburner, ob. cit. (Journal of Hellenic Studies, t. XXXII, p. 71). <<

[555] V. W. Ashburner. *The Rhodian See Law*, (Oxford, 191)9). p. IXVIII, LXXVI, CXIII. <<

[556] Hablaremos después de ese Código de la época macedónica. <<

[557] Ashburner, p. CXII, CXIII. <<

[558] Ashburner, p. CXII, CXIV. <<

[559] Véase un artículo muy detallado sobre la «*Ley Rodense*» en R. Kreller, *Lex Rhodia Untersuchungen zur Wuellngeschichte des römischen Seerchtes (Zeitschrift für das Gesamte Handelrecht und Konkursrecht,* t. XXV, 1921, 257-367). <<

[560] Lingenthal, *Gesch. des Griech.-rom. Rechts* (3.0 ed. Berlín, 1892). p. 16-17. ídem, *Wissenschaft und Recht für das Heer von 6-10. Jahr*, Byz. Teits, t. III, 1894, p. 448-499. <<

[561] En el 4.º vol. de la Camb, Med. Hit., pub. en 1923, Diehl y Collinet optan por el criterio de que esos tres códigos son obra de la dinastía Isáurica (p. 4-5, 708-710). Pero en la introd. del mismo vol. (p. XIII). Bury declara que, según él, tal concepto es insostenible, después de los trabajos de Ashburner, al menos en lo referente a los dos primeros códigos. V. tamb. G. Ostrogorsky, *Ueber die vermeintliche Reformtatigkeit der Isaurier* (Byz. Zeit, t. XXX, 1929-9-30, p. 396). <<

[562] G. Finlay, *History of the Byzantine Empre from DCCXVl to MLVII* (2.3 ed., Edimburgo y Londres, 1856), p. 1-3-14 (t. II. ed. Tozer). <<

[563] H. Gelzer, *Die Génesis dar byzantinischen Themenverfassung* (Leipzig, 1899), p. 75. <<

[564] F. I. Uspensky, t. I, p. 812. V. t. II, 1927, p. 55-56 (en ruso). <<

[565] Comp. el texto árabe de este autor con una trad. francesa en De Goeje, *Bibliotheca Geographorum Arabicorum* (Leyden, 1889), t. VI, p. 77 y sietes. V. Gelzer, *Die Génesis der byzantinischen Themenverfassung*, p. 82 y sigtes. E. W. Brooks, *Arabic Lists of Byzantine Themes* (Journal of Hellenic Studies, t. X XI, 1901. p. 67 y sigtes.). <<

[566] Teophanes, *Continuatus*, ed. Bonn, p. 6. <<

[567] V. Kulakovski, t. III, p. 391, 392 (en ruso). E. Stein, Ein Kapitel… (Byz. neu Jau:, I, 1920, p. 75-76, 77). V. G. Ostrogorsky, *Ueber die Vermeintliche Reformtatigk der Isaurier* (Byz. Zeit., t. XXX, 1929-30, p. 397). <<

[568] V. C. N. Uspensky, *Apuntes sobre la historia de Bizancio* (Moscú, 1917), p. 152. (En ruso). <<

[569] Teófanes, ed. de Boor, p. 410. V. Dölger, *Regesten*, t. I, n.º 300 (p. 36). E. Stein en la *Byz. Zeits.*, t. XXIX, 1930, 355. <<

[570] V. A. Van Millingen, *Byzantine Constantinople* (Londres, 1899), p. 98-99, y la ilustración intercalada. <<

[571] Paparrigópulos, *Historia de la civilización helénica*, p. 188. El autor había desenvuelto antes iguales opiniones en el 3.er vol. de su *Historia del pueblo griego*, en lengua griega. <<

[572] Schwarzlose, *Der Bilderstreit* (Gotha, 1890), p. 42, 46, 48, 50. <<

[573] A. Lombard, *Études d'histoire byzantine: Constantin V, empereur des Romains* (París, 1902), p. 105, 124, 127, 128. <<

[574] L. Bréhier, *La Querelle des Images* (París, 1904), p. 3-4. <<

[575] C. N. Uspensky, *Apuntes sobre la historia de Bizancio*, p. 213 (en ruso). Comp. c. 237. V. también N. Jorga, *Los orígenes de la iconoclastia* (Boletín de la Sección Histórica de la Academia Rumana, t. XI, Bucarest, 1924, p. 147-148). G. Ostrogorsky rechaza con vigor la teoría de Uspensky en la Byz. Zeit., t. XXX, p. 399 y n.º 2. <<

[576] Los más recientes estudios sobre el movimiento iconoclasta son los de H. Leclercq, en el *Dictionnaire d'archéologie chrétienne*, t. VII, 1926, palabra *Images*, col. 180-302, los de F. I. Uspensky en el t. II de su *Historia del Imperio bizantino* (Leningrado, 1927), p. 22-53, 89-109, 157-174 (En ruso). <<

[577] *La Bitinia*, estrecha región asomada al Mármara, era el centro más importante de la vida monacal y por tanto, de la ortodoxia. Además del conjunto monástico del Olimpo y de Atroa, hallábanse en Bitinia: Brusa, Nicomedia, Nicea y Calcedonia. (N. del R.). <<

[578] Mansi, Conc. Coll., t. II, 11 (*Concilium Liberitanum*, par. XXXVI). Se hallará una interpretación diferente del texto en Leclercq, *Dictionnaire d'archéologie chrétienne*, t. VII (1), col. 215. Pero el texto es muy claro. Sobre la autenticidad de las actas del concilio de Elvira, v. por ej., Harnack, *Geschichte der altchristlichen Litteratur Eusebius. II, Die chronologie der altchristlichen Litteratur bis Eusebius*, t. II (Leipzig, 1904), p. 450: *Ihre Echtheit… bedarf keiner Beweisführung*. No debiera, con todo, desdeñarse la interpretación que del canon 36 del concilio de Elvira dan los antiguos comentaristas (el cardenal Aguirre, don Fernando de Mendoza, etc.). Todavía la recoge el abate Berault-Bercastel, en el siglo XVIII: «En aquellos tiempos de calamidad era de temer que si sobrevenía una persecución repentina e intempestiva, no

podrían libertarse de la impiedad y furor de los idólatras las santas imágenes que hubiese puestas en las tapias, y se expondrían a ser profanadas», (Historia de la Iglesia, trad. española, Valencia, 1830-1835, t. II, p. 304). Obsérvese también, que el referido canon no prohíbe —como harían luego los iconoclasias— la veneración de las imágenes, que explícitamente da como existente, sino pintarlas en la pared. (N. del R.). <<

[579] Eusebio, *Historia eclesiástica*, VII, 18, 4. <<

[580] El texto griego se ha publicado en G. Ostrogorsky, *Studien zur Geschichten des byzantinischen Bilderstreites* (Breslau, 1929), p. 74. V. la trad. latina, ibíd., p. 74 y 86. P. Maas, *Die ikonoklastische Episode in dem Briefe des Epiphanios an Johannes* (Byz. Zeit., t. XXX, 1929-1930, p. 282). V. también Migne, Patr. Gr. vol. XLIII, col. 390. *Contra la autenticidad*, D. Serruys en *Cotuptes-rendus de l'Académie des inscriptions et belles-lettres*, 1904, t. I, p. 361-363, y Ostrogorsky, ob. cit., p. 83-88. V. también H. Gregoire en Byzantion, t. IV, 1929, p. 769-770. F. Dölger, *Göttingische Gelehrte Anzeigen*, 1929, p. 357-358. P. Maas, ob. cit., p. 279. 286. E. Stein, *Byz. Zeit.*, XXX, 1930.· p. 356. <<

[581] Gregorio el Grande, Epistolae, IX, 105; Migne, Patr. lat., LXXVII, col. 105; ed. Hartmann, IX, 208 (Mon. Germ. Hist. Epist., t. II, p. 195); trad. inglesa en la *Select Library of Nicene and Post-Nicene Fathers*, 1898, t. XIII, p. 23. <<

[582] S. Gregorio, Epist, XI, 13; Migne, LXXVII, col. 1128; cd. Hartmann, *Mon. Germ. Hist. Epist.*, t. II, p. 270; trad. ingl. Ibíd., t. XIII, p. 54. <<

[583] Véase, por ejemplo, C. Becker, en sus *Islamstudien*, 1924, t. I, p. 446. Según Yezid promulgó en efecto, su edicto. <<

[584] Teófanes, ed. de Boor, p. 405. N. Jorga, ob., cit., p. 143, n.º 3, llama a ese epíteto «un apodo y una calumnia». Durante

muchos siglos ha sido aceptada (p. ej., el jesuita L. Mambourg, *Histoire de l'Hérésie des Iconoclastes et de la Translation de l'Empire aux François*, París, 1689), t. I, págs. 24-28, y aun escritores eclesiásticos posteriores) la leyenda que ya se halla en Constantino Manases, escritor bizantino de la época de Manuel Comneno (su Historia, en verso, hállase en Migne, Patr. G., t. CXXVII). A tenor de ella, dos astrólogos judíos, que habían predicho a Yezid un largo reinado si abolía en sus dominios las imágenes veneradas por los cristianos, y que, habiendo muerto el califa a poco de decretar esa abolición, se refugiaran en tierras de Bizancio, toparon en Isauria con un joven mercader, de nombre Conón. Para corresponder a ciertas amabilidades del joven le revelaron que el destino le llamaría al solio imperial, para ser un gran monarca y no le impusieron más condición que el cumplimiento de la gracia que en tal día le pidieran. El joven no era otro que el futuro León el Isáurico; la gracia, la abolición de las imágenes sagradas. (N. del R.). <<

[585] Los paulicianos, que abogaron por el regreso a la sencillez evangélica habían decidido rechazar, con los comentarios de los Padres de la Iglesia, incluso los sacramentos, la veneración de la Cruz y el culto de los santos, se ganaron el respeto de no pocos cristianos orientales que suspiraban por una reforma de la Iglesia. León, que había crecido en aquel ambiente, no ignoraba la importancia que, para consolidarse en el trono, podía tener el ponerse al frente de semejantes ansias depuradoras. Una vez completada su obra de reforma interior (recuérdense sus códigos agrario, militar, etc.) emprendería la de orden religioso, hurtando de paso a los paulicianos, dueños del Asia Menor, avanzada y granero del Imperio, uno de sus pretextos para cualquier peligrosa insurrección. La tesis está expuesta brillantemente por L. Halphen, en *Les Barbares. Des*

*grandes invasions aux conquêtes turques du* XI *siècle.* 4.ª ed. entièrement refondue, París, 1940, págs. 191-192. (N. del R.). <<

[586] A. Lebediev, *Los concilios ecuménicos en los siglos* VI, *VII y VIII* (tercera edición, San Petersburgo, 1904), p. 143 (en ruso). <<

[587] Nota (1) desconocida. <<

[588] Teófanes, ed., de Boor, p. 404. <<

[589] Entre las obras recientes v. Diehl en la *Cambridge Medieval History*, 1923, t. IV, p. 9. Leclercq, *Dictionaire d'archéologie chrétienne*, 1926, t. VII (1), col. 240-241. F. I. Uspensky. ob. cit., 1927, t. II, p. 25 y sigtes. <<

[590] V. Leclercq, col. 24. Leclercq sitúa en 729 el segundo edicto. <<

[591] «Despreció el papa Gregorio las cartas sinódicas del patriarca Anastasio, encumbrado a la silla de *Constantinopla* por la profesión que hizo de la nueva herejía. Animado del vigor conveniente a la primacía de la Sede Apostólica, le escribió diciendo que, si no tornaba a la fe de la Iglesia, le despojaría del sacerdocio. Mas no pudo ejecutar esta amenaza a causa de haber expirado poco tiempo después, es decir, en el año 731, verosímilmente el día 10 de febrero». (Berault-Bercastel, obra citada, traducción española), 1831, t. IX, p. 129. (N. del R.). <<

[592] I. D. Andreiev, *Germán y Tarasio*, p. 71 (en ruso). <<

[593] El propio apodo de Coprónimo («nombre de excremento») con el cual ha pasado a la Historia, denota ese furor de los iconódulos. Se pretendía que en el acto de ser cristiano había ensuciado la pila bautismal. (N. del R.). <<

[594] Stein, *Studien zur Geschichte des byzantinischen Reiches* (Stuttgart, 1919), p. 140. <<

[595] El patriarca Anastasio, el mismo que había puesto su firma en el decreto inconoclasta de León el Isáurico, asistió a su coronación y fue el primero en abogar por el restablecimiento del culto de las imágenes. Cuando, al año siguiente, Coprónimo recobró el trono le hizo sacar los ojos y lo mandó pasear montado de espaldas en un asno por el Hipódromo. (N. del R.). <<

[596] Nota (1) desconocida. <<

[597] Mansi, t. XIII, p. 323, 327, 346, 354, 355. Hefele, *A History of the Councils of the Church*, 1896, t. V, p. 313-315. Se encontrará en Ostrogorsky, ob. cit., p. 7-29, una interesantes disertación sobre la influencia de las obras literarias de Constantino contra el culto de las imágenes, en las actas del concilio de 754. <<

[598] Andreiev, *Germán y Tarasio*, p. 96 (en ruso). <<

[599] V. Ostrogorsky, p. 29-40. <<

[600] Vita Stephani Junioris, Migne, Fatr. Gr., 100, col. 1120. V. G. Vasilievsky, *La Vida de Esteban el Joven* (Obras, t. II, p. 324, en ruso). Diehl, Manuel, t. I, p. 366. <<

[601] Teófanes, p. 445, 446. <<

[602] I. Andreiev, *Germán y Tarasio*, p. 78 (en ruso). <<

[603] F. Dvornik, *La vie de Saint Grégoire le Décapolite, et les slaves macédoniens on* IX *siècle* (París, 1926), p. 4, 58, par. 13. <<

[604] I. Andreiev, p. 98 (en ruso). <<

[605] Mansi, t. XIII. p. 739-740. <<

[606] Bryce, *The Holy Roman Empire* (Nueva York, 1919), p. 50 (principio del capítulo V). <<

[607] W. Sickel, *Die Kaiserwal Karls der Grossen (Mitteilungen des Instituts für Oster reichische Geschichtsforschung,* t. XX, 1899, p. 1-2, 3). <<

[608] Gasquet, *L'Empire byzantin et la monarchie franque* (París, 1888), p. 284-285. <<

[609] V. Dölger, *Regesten*, t. I, n.º 339, p. 41. Allí se encontrarán las fuentes y la bibliografía sobre el tema. <<

[610] *Epistolae Karolini aevi*, ed. E. Duemmler, f. II (Berlín, 1893), p. 288 (Mon, Germ. *Hist. Epist.*, t. IV). <<

[611] En 1893, Bury publicó un artículo interesantísimo y muy original sobre Carlomagno e Irene, esforzándose en sugerir que la idea inicial de la coronación del 800 procedía de la misma Irene (J. B. Bury, *Charles the Great and Irene. Hermathena*, t. VIII, 1893, p. 17-37). Este artículo es casi desconocido de los historiadores, y Bury mismo, sin repudiar de modo expreso la sugestión emitida allí, no la menciona en su *History of the Eastern Roman Empire* (Londres, 1912, p. 317-321) al relatar las negociaciones de Carlos con la corte bizantina. V. N. Baynes, *A Bibliography of the Works of J. B. Bury* (Cambridge, 1929), p. 7-8 y 136. Respecto al silencio de Bury sobre ese artículo, Baynes comenta: «Es muy lamentable, se adivina allí (en dicho trabajo) una teoría que debe ser verdadera» (p. 8). <<

[612] *Teófanes*, ed. Boor, p. 475. Diehl (*Cambridge Medieval History*, t. IV, p. 24) no cree en tales negociaciones. El 800 Irene tenía cincuenta años, V. Bury *Carlomagno e Irene* (Hermathena, t. VIII, 1893, p. 24): Irene tenía 44 años el 794. <<

[613] El historiador alemán P. Schramm escribe, en su muy importante obra *Kaiser, Rome und Renovatio* (Leipzig-Berlín, 1929, t. I, p. 12-13), que la coronación de Carlos fue un acto de violencia y una infracción de los derechos del Basileus," y hace notar queel rey de los francos no tomó el título de emperador de los romanos, sino de «imerium Romanum gubernans». <<

[614] Sin embargo, el tratado no fue ratificado en vida de Carlomagno. Un acto de éste —dice Calmette (*L’effondrement d’un Empire et la naissance d’une Europe, IX-XI Siècles*, París, 1941, págs. 10-11)— en 813, demuestra «con qué impaciencia había esperado el acuerdo francobizantino. Apenas fue reconocido por el basileo, convocó una Asamblea solemne para asociar al Imperio a Luis, el único hijo que le quedaba». Por otra parte, la fórmula usada por la Cancillería carolingia a continuación del nombre del soberano (*«Serenísimo Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador que gobierna el Imperio romano»*), hace pensar que el cambio introducido por la coronación no fue tan radical como parece (Vid. L. Halphen, *L’Idee d’Etat sous les Carolingiens, en Revue Historique*, t. CLXXXV, 939, p. 59-70). (N. del R.). <<

[615] Bury, *History of the Eastern Roman Empire* (Londres, 1912), p. 325. V. tomo L. Halphen, *Les Barbares. Des grandes invasions aux conquêtes turques du* XI[e] *siècle* (París, 1926). p. 243-20. <<

[616] Παπαρρηνοπουλου, Ιστορια του ελληνιχου εθνος, Athens, 1887, t III, p. 467. <<

[617] K. Schenk, *Kaiser Leons III Walten im Innern (Byz. Zeit*, t. V., 1896, p. 289, 296). <<

[618] H. Gelzer, *Abriss der byz. Kaisergeschichte*, p. 960. <<

[619] Bury, *History of the Later Roman Empire.* t. II, p. 410. <<

[620] Lombard, *Constantin V*, p. 169. <<

[621] Diehl, *en Camb. Mea. Hist.*, t. IV, p. 26. <<

[622] F. I. Uspensky, ob. cit. (Leningrado, 1927), t. II, p. 22. <<

[623] V. Bury, *History of the Eastern Roman* Empire, p. VIII. <<

[624] V., por ej., Tabari, t. III, p. 695. *Crónica de Miguel el Sirio*, ed. Chabot, t. III, p. 15. E. W. Brooks, *Byzantines and Arabs*

*in the Time of the Early Abbassids* (English Historical Review, octubre, 1900. p. 743). <<

[625] Por lo dificultosamente que hablaba el griego, a fuerza de ser provinciano. (N. del R.). <<

[626] Bury, t. III, p. 78. <<

[627] *Crónica de Miguel el Sirio* (ed. Chabot, I, p. 72). <<

[628] Carta del emperador Miguel al emperador de Occidente Ludovico Pio. Baronii. *Historia Eclesiástica*, t. XIV, 1743, p. 63; Genesius, p. 33. <<

[629] Theophanes *Continuatus*, p. 53. <<

[630] Teophanes Continuatus. <<

[631] Se hallará una detallada exposición crítica de la insurrección de Tomás en A. Vasiliev, *Bizancio y los árabes. Relaciones políticas de Bizancio y los árabes en la época de la dinastía amoriana*, San Petersburgo, 1900, p. 1-1-43 (en ruso), y en Bury, *History of the Estern Roman Empire*, p. 84-110. <<

[632] Finlay, t. II, p. 133. Bury, p. 110. F. I. Uspensky, *Historia*, t. II, I, p. 279-292 (en ruso). <<

[633] V. Vasiliev, t. I, p. 28-92. Bury, p. 254, 472-477. Sobre el triunfo. Cont. Porf., *De cerimoniis*, p. 503-507. <<

[634] Jaqubi, *Historiae*, ed. Houtsma, t. II, 1883, p. 573 (texto árabe). Vasiliev, *apéndice*, p. 9 (en ruso). <<

[635] Vasiliev, t. I., p. 113-117. Bury, p. 260-262. Respecto al triunfo, v. Const. Porf., *De cerimoniis*, p. 507-508. <<

[636] Tabari, t. III, p. 1536. A. Vasiliev, t. I, p. 30. —Cerca de la actual Assarkoy. Era centro comercial, muy importante por su situación frontera con el Imperio selyúcida. León el Isáurico la había rodeado de murallas. (N. del R.). <<

[637] El relato detallado de la campaña de Amorion se halla en la crónica árabe de Tabari, t. III, p. 1236-1256. Trad. rusa en A. Vasiliev, t. I, ap., p. 30-46. V. Vasiliev p. p. 40. Bury, p.

262-272. Id., *Mutasim's march through Cappadocia* en A. D. 838 (*Journal of Hellenistic Studies*, t. XXIX, 1909, p. 120-129). <<

[638] V. Acta 42 *martyrum Amoriensium* (ed. V. Vasilievsky y P. Nikitin) en las Memorias de la Academia Imperial de Ciencias (San Petersburgo, 1905), VIII serie, t. VII, 2 (texto griego y comentario detallado en ruso). Estas «Acta» proporcionan ciertos informes históricos interesantes. Véase también «*Un texto griego de la Vida de los 42 mártires de Amorion*», según el manuscrito de la Biblioteca Nacional de París, N.º 1534, ed. A. Vasiliev, ibíd. (San Petersburgo. 1898), VIII serie, t. III, 3, p. 16. V. Bury, p. 271-272. <<

[639] V. Vasiliev, ob. cit., t. I, p. 199-201 (en ruso). Bury, t. III, p. 283-284. <<

[640] Const. Porfirogénito, *De cerimoniis aulae byzantinae*, t. I, 69, p. 332-333. V. Bury. <<

[641] Anécdota Bruxellensia. I: *Chroniques byzantines du manuscrit 11376, por Franz Cumont* (Gante, 1894), p. 33. <<

[642] Assemani, *Kalendaria Ecclesiae Universae* (Roma, 1755), t. I, p. 240-243, t. IV, p. 9. <<

[643] Golubinski, *Historia de la Iglesia rusa*, Moscú, 1880, t. I, p. 21-22 (en ruso). <<

[644] Focio, *In Rossorum incursionem Homiliae*, I-1I. *Lexicón Vindobonense*, rec. A. Nauck (Petrópolis, 1867), p. 201, 209, 221. <<

[645] Const. Porf., *De adm. imperio*, p. 217. Vasiliev, t. I, p. 18 y 46 (en ruso). <<

[646] La fecha de la conquista de Creta por los árabes es objeto de discusión, pero de ordinario se la sitúa entre 823 y 825. V. Vasiliev, t. I, p. 45-53. Sobre la fecha, p. 49, n. i. Bury, 287-291. En un importante artículo —transcendental sobre todo

en el aspecto de crítica de las fuentes— Brooks coloca la conquista de Creta en 828 (*The Arab ocupation of Crete*, The English Hist. Rev., t. XXVIII, 1013, p. 432. El artículo completo ocupa las p. 431-443). <<

[647] Sobre la insurrección de Eufemio, v. F. Gabotto, *Eufemio e il movimento separatista nell'Italia bizantina* (Turín, 1890). V. también Vasiliev, t. I, p. 56-75 (en ruso). Bury, p. 294-302 y 478-480. <<

[648] Gabotto, ob. cit., p. 6-7. Vasiliev, t. I, p. 73-74. <<

[649] V. J. Gay, *L'Italie méridionale et l'Empire byzantin* (París, 1904), p. 5-6. <<

[650] Teófanes, *cd. de Boor*, p. 486. <<

[651] Ibíd., p. 491. Ced. II, 42. <<

[652] Teófanes, ed. de Boor, p. 503. <<

[653] V. Bury, A *History of the Eastern Roman Empire*, p. 339-359. F. I. Uspensky, t. II, I, p. 250-163 (en ruso). <<

[654] Uspensky, *Hist.*, t. II, I, p. 263. <<

[655] Bury, *The Bulgarian Treaty of A. D. 814 and the great fence of Thrace*. XXV (1910, p. 276-287). <<

[656] Uspensky, *Materiales para la Antigüedad búlgara. Aboba-Pliska* (Boletín del Instituto Arqueológico Ruso en Constantinopla, 1905, t. X, p, 197, en ruso), ídem, Hist., t. II, I (Leningrado, 1927), p. 453. <<

[657] Sobre la conversión de Bulgaria al cristianismo, v. F. Dvornik, *Les Slaves, Byzance et Rome au* IX *siècle* (París, 1926). Zlatarski, *Historia, I* (2), p. 31-152 (en búlgaro). F. Uspensky, *Historia, II* (a), p. 451-479 (en ruso). <<

[658] San Teodoro, de noble familia bizantina, higúmeno, es decir, abad del monasterio de Saccudion, en Bitinia, se había opuesto al matrimonio adúltero de una pariente suya —Tedora— con Constantino VI, incurriendo en los rigores de

éste. Muerto el emperador, San Teodoro volvió del destierro y recibió el encargo de restaurar el famoso monasterio de Studion, en la capital —las incursiones musulmanas hacían difícil mantenerse en Saccudion. <<

[659] Nota (1) desconocida. <<

[660] La primera edición de las actas de este concilio ha sido hecha por D. Serruys, *Les Actes du concile iconoclaste de l'an 815 (Mélanges d'archéologie et d'histoire*, XXIII, 1903, p. 348-349). G. Ostrogorsky (Studien, Breslau, 1921, p. 48-51) ha dado una edición más reciente y mejor. <<

[661] Ostrogorsky, ob. cit., p. 56. <<

[662] Genesius, ed Bonn, p. 17-18. V. también *Theophanes Continuatus*, p. 30. <<

[663] V. A. Dobroklonski, *El bienaventurado Teodoro el Confesor, abad de Studion* (Odesa, 1913), t. I, p. 850 (en ruso). <<

[664] Gelzer, *Abriss der byz. Kaisergesch.*, p. 967. Schwarzlosen, Der Bilderstreit (Gotha. 1890), p. 72. Ternovski. La iglesia greco-oriental, p. 487 (en ruso). <<

[665] N. Grossu, *El bienaventurado Teodoro de Studion* (Kiev, 1907), p. 151 (en ruso). <<

[666] A. Dobroklonski, t. I, p. 849. <<

[667] A. Dobroklonski, t. I, p. 830. <<

[668] Bury, I. III, p. 140-141. <<

[669] V. C. de Boor, *Der Angriff der Rhos auf Byzanz* (Byz. Zeit., t. IV, 1895, p. 449-453). Vasiliev, *Sobre el año de la restauración de la ortodoxia*, en su libro *Bizancio y los árabes*, t. I, San Petersburgo, 1900, apéndice III, p. 142-146 (en ruso). <<

[670] L. Bréhier. *La Querelle des Images* (París, 1904), p. 40. <<

[671] F. I. Uspensky, Hist., t. II, I, 358 (en ruso). Ostrogorsky,

*Studien*, p. 53-59. <<

[672] N. P, Kondakov, *Iconografía de la Santísima Virgen* (Petrogrado, 1915), t 15, en ruso. <<

[673] Diehl, *Manuel d'art byzantin* (París, 1910), p. 340; 2.a cd. (París. 1915), t. I, página 366. <<

[674] Bury, t. III, p. 430. <<

[675] V. W. Wroth, *Catalogue of the Imperial Byzantine Coins in the British Museum* (Londres, 1908), t. I, p. XCIII. O. M. Dalton, *East Christian Art* (Oxford, 1925), p. 2-4. <<

[676] Georgini Monachus, *Chronikon, ed. de Boor*, (Leipzig, 1904). <<

[677] V. M. Istrin, *La Crónica de Jorge Hamartolo en su antigua versión eslavo-rusa*, 3 t. (Petrogrado, 1930-1930, en ruso). <<

[678] Sobre la obra literaria de este emperador, v. Ostrogorsky, Studien, p. 7-14. <<

[679] Mansi. t. XIII, col. 430. <<

[680] V. Krumbacher, p. 886-890. <<

[681] Juan E. O'Connor, *Catholic Encyclopedia*, 1910, t. VIII, p. 459-461. <<

[682] San Juan Damasceno, *Barlaam and Joasaph*, trad. ingl. por el Rev. R. Woodward y H. Mattingly (Londres y Nueva York, 1914). p. XII. <<

[683] Krumbacher, p. 716. V. tamb. Bury, *A History of Eastern Roman Empire*, p. 81-83. <<

[684] V. F. Fuchs, *Die höheren Schulen von Konstantinopel im Mittelalter* (Leipzig y Berlín, 1926), p. 18. Fuchs estima que la Universidad de Bardas fue una institución nueva. El relato según el cual León III quemó la Universidad de Constantinopla, con su biblioteca y sus profesores, no es sino una leyenda tardía. V. L. Bréhier, *Notes sur l'histoire de l'enseignement superieur a Constantinople* (Byzantion, t. IV,

1929, p. 13-28). Ibíd., t. III, 1927, p. 74-75. Fuchs, ob. cit., p. 9-10 (bibliografía). <<

[685] Simeón Magister, *De Mihaele et Theodora*, cap. XXXI, p. 670. <<

[686] Bury, p. 445. <<

[687] Bury, p. 446. <<

[688] Nicolás el Místico. *Epístolas*, 2. Migne, Patr. Gr., 111, col. 37. V. Bury. p. 439. <<

[689] Theophanes *Continuatus*, p. 190. V. Bury, p. 436-438. <<

[690] V. Bury, p. 438. Comp. c. Fuchs, *Die höheren Schulen*, p. 18. <<

[691] Dalton, *Byz. Art. and Arch.* (Oxford, 1911), p. 14. <<

[692] Diehl, Manuel (2. ed., París, 1925), t. I, p. 379-381. O. M. Dalton, E. Chr. Art (Oxford, 1925), p. 309. <<

[693] Diehl, ob. cit., t. I, p. 385-86. *Dalton, Byz. Art. and Arch.*, p. 16. Bury, Hist. of the East, Rom. Empire, p. 429-434. <<

[694] A. Vasiliev. *El origen del emperador Basilio el Macedonio* (viz. Vrem., t XII, 1906, p. 148-165, en ruso). <<

[695] A. Vogt, *Basile Ier et la civilisation byzantine à la fin du IX$^{e}$ siècle*, París, 19O8 p. 21, n.º 3. <<

[696] A. Papadopulos-Kerameus, *Fontes historiae Imperii Trapezuntini* (Petrópolis 1807), V. N. A. Bees, *Eine unbeachtete Quelle über die Abstammung des Kaisers Basilios I des Macedoniers* (By neug. Jahrb., t. IV, 1923, p. 76). <<

[697] S. Runciman, *The Emperor Romanus Lecapenus and his reign. A Study of tenth-century Byzantium* (Cambridge, 1929), p. 63. En este libro de Runciman se halla un juicio muy elogioso sobre la personalidad y obra de Roman Lecapeno. <<

[698] Johannis Cameniatis, *De excidio Thessalonicensi narratio*,

ed. de Bonn de Theophanes Continuatus, p. 487-600. V. Vasiliev. t. II, p. 141-153. A. Struck, *Die Eroberung Thessalonikes durch de Sarazenen im Jahre 904* (Byz. Zeit., t. XIV, 1905, p. 535-562). O. Tafrali, *Thessalonique des origines au* XIV^e^ *siècle* (París, 1919), p. 143-156. <<

[699] Constantino Porfirogénito, *De Cerimoniis aulae byzantinae*, II, 44 (p. 651). Sobre el año de la expedición, v. Vasiliev, t. II, p. 167-168. <<

[700] Nicolás, arzobispo de Constantinopla, *Epístola, I.* Migne, Patr. Gr., m, col. 28. V. Hergenrother, *Photius*, t. II, p. 600. A. Vasiliev, *Las relaciones políticas de Byzancio y los árabes durante la dinastía macedónica*, ap. p. 197. En ruso. <<

[701] Vasiliev, t. II, p, 219. En ruso. <<

[702] *Theophanes Continuatus*, p. 427-428. <<

[703] Runciman, p. 69, 135, 241-243. <<

[704] Runciman, p. 145. <<

[705] Runciman, p. 146. <<

[706] Runciman, p. 146-150. <<

[707] *Sobre esta expedición*, v. A. Vasiliev, t. II, p. 2.79-286 (en ruso). <<

[708] A. Rambaud, *L'Empire grec au* X^e^ *siècle. Constantin Porphyrogenete* (París, 1870). <<

[709] Yaqut, *Geographisches Worterbuch*, ed. por Wüstenfeld, t. III, p. 537. V. Barthold, p. 476. <<

[710] G. Schlumberger, *Un empereur byzantin: Nicéphore Phocas* (París, 1890), p. 723. Nueva ed., París, 1923, p. 598. <<

[711] En las obras del historiador árabe del siglo XIII Kamal-ad-Din. V. G. Freytag, *Regnum Saahd-Aldaulae in oppido Halebo* (Bonn, 1820), p. 9-14. La trad. latina se hallara también en la ed. de Bonn de *León el Diácono*, p. 391-394. <<

[712] *Histoire de Yahia-ibn-Said d'Antioche*, cd. y trad. al fr. por J. Kratchvoski y A Vasiliev. *Patrologia orientalis*, por R. Graffin y F. Nau, t. XVIII, 1924, p. 825 (127-826), ed. Cheikho, p. 135. <<

[713] E. Dulaurier, *Bibiothèque historique arménienne. Chronique de Matthieu d'Edesse* (París, 1858), p. 20 (texto de la carta: p. 16-24). V. Kuchuk-Ioannesov, *La carta del emperador Juan Tzimisces al rey armenio Anchod III* (Viz. Vrem., t. X, 1903, p. 98). Texto de la carta: p. 93-101. (En ruso). <<

[714] Dulaurier, p. 22. Kuchuk-Ioannesov, p. 100. <<

[715] V. Barthold en *Zapiski Kollegii vostokovedov* (Leningrado, 1925), t. I, p. 466-467. Según él, todo el relato de la invasión de Palestina es pura fantasía. <<

[716] Georgi Hamartoli, *Continuator* (ed. Muralt, p. 865). <<

[717] V. Rosen, *El emperador Basilio Bulgaróctonos* (San Petersburgo, 1883), p. 46 (texto árabe), p. 48 (trad. rusa). *Annales Yahia Ibn Said Antiochensis*, ed Cheikho (Beryti 1000) p. 106. <<

[718] V. Barthold, p. 477 (en ruso). La fuente aquí es *Yahia* también. <<

[719] Ya mencionamos antes la primera reliquia de Edesa: la imagen milagrosa del Salvador. <<

[720] *Yahia de Antioquía* (ed. Cheikho, p. 570-271). *Ibn-al-Athir* (ed, Tomberg, t. IX. p. 313). V. Barthold, p. 477-78 (en ruso). <<

[721] *A Diary of a Journey through Syria and Palestina*, por Yasir-i-Khusrau, trad. por Cuy le Strange (Londres, 1896), p. 59-60 (*Palestine Pilgrim's Text Society*, vol. IV). <<

[722] N. Adonz, *Armenia en la época de Justiniano* (San Petersburgo, 1908), p. 3-4 (en ruso). <<

[723] N. Marr, La *civilización del Cáucaso y Armenia (Gaceta del ministerio de Instrucción Pública*, t. LVII, junio 1915, p. 313-314, en ruso). V. Barthold, p. 467. <<

[724] Juan Catholicos, *Histoire d'Arménie*, trad. Saint-Martin (París, 1841), p. 126. <<

[725] V. Vasiliev, t. II, p. 83-84. J. Laurent, *L'Arménie entre Byzance et l'Islam depuis la conquête árabe jusqu'en 886* (París, 1919), p. 282-283. <<

[726] Sobre esta época, v. Runciman, ob. cit., p. 125-133, 151-174. <<

[727] V. J. Laurent, *Byzance et les Turcs Seldjoucides dans l'Asie occidentale jusqu'en 1081*, (París, 1913), p. 16-18. <<

[728] J. Laurent, ob. cit., p. 200. <<

[729] Nicolás el Místico, *Epístola, XX.* Migne Patr. Gr, III, col. 133. <<

[730] El problema del origen de los magiares es muy complejo. Resulta dificilísimo precisar si eran de origen turco o finés. V. Bury, *Hit. of the East. Rom. Emp.*, p. 492 y la Camb. Med. Hist., t. IV, p. 194-195. No he leído el libro de J. Szinnyei *Die Herkunft der Ungarn, ihre Sprache und Urkultur* (Berlín-Leipzig, 1920). Ungarische Bibliothek, ed. por Rob. Gragger, vol. I. <<

[731] C. Grot, *Moravia y los magiares desde el siglo* IX *a comienzos del* X (San Petersburgo, 1881). En ruso. <<

[732] F. I. Uspensky, *El mojón de piedra de la frontera búlgaro-bizantina bajo Simeón* (Bol. del Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla, t. III, 1898, p. 184-194). En ruso. <<

[733] V. N. Zlatarski, *Relatos sobre los búlgaros en la crónica de Simeón Metafrasta y Logoteta (Sbornik za narodni umotvoreniia, nauka i knizhnina)*, (Sofía, 1908), p. 160 (en búlgaro). V. del mismo autor. *Historia del Estado búlgaro en*

*la Edad Media* (Sofía, 1927), t. I, 2.= parte, p. 339-342 (en búlgaro). <<

[734] Nicolás el Místico, *Epístola*, V. Migne, III, col. 445. <<

[735] Id., *Epit., XXIII*. Migne, III, col. 149-152. <<

[736] León el Diácono, *VII*, 7, p. 124. <<

[737] Sobre Servia y Bizancio en la primera mitad del siglo x, ver C. Jirecek, *Geschichte der Serben*, t. I (Gotha, 1911), p. 199-202. F. Sisic, *Geschichte der Kroaten*, t. I. (Zagreb, 1917), p. 127-129, 140-143. S. Stanojevic, *Historia del pueblo Servio* (Belgrado, 1926), p. 52-53 (en serbio). <<

[738] Zlatarski, t. I, 2, p. 412. Según él la ciudad fue tomada el 920. Runciman, p. 87, da la fecha de 919. <<

[739] Zlatarski, I, 2, p. 464-469, da la fecha de 923. Runciman, p. 90-93 y 246-248, da la fecha de 924. <<

[740] Teof. Cont., p. 408-409. *Syur Magister*, p, 737:738, y algunas otras. Véase Zlatarski, t. I, 2, p. 467, n.º 1 (en búlgaro). <<

[741] V. Runciman, p. 100. <<

[742] V. J. Marquart, *Osteuropäische und ostasiatische Streifzüge* (Leipzig, 1903), p. 60-74. (sobre la invasión de 934). Runciman, p. 103-108. <<

[743] *Crónica Laurentina*, 971 (en eslavo antiguo). <<

[744] En Zlatarski. ob. cit., t. I, 2, p. 742-743 (en búlgaro), se hallará un juicio entusiasta de la obra de Samuel. El problema de la Bulgaria occidental y de la oriental, en aquella época, es muy complejo y controvertible. Recientemente se ha emitido la hipótesis de que Juan Tzimisces conquistó toda Bulgaria, tanto el este como el oeste, y que sólo a su muerte, aprovechando las discordias intestinas de Bizancio, Samuel se levantó en la zona occidental consiguiendo fundar su Imperio esloveno-

macedonio. D. Anastasijevic, *Una hipótesis sobre la Bulgaria occidental* (Boletín Glasnik de la Sociedad Científica de Skoplic). <<

[745] León el Diácono, *Historiae*, VI, 10, ed. Bonn, p. 106. V. Rambaud, *L'Empire grec au xe siècle* (París, 1870), p. 374. A. Kunik, *El relato del toparca Gótico* (San Petersburgo, 1874), p. 87 (en ruso). Susumov, *Las fuentes de León el Diácono y Scylitzes* (*Vizantiiskoie Obozreniie*, t. II, 1916, p. 165, en ruso). Runciman considera el relato de la invasión de Oleg como casi indudablemente apócrifo. P. 36, n.º 2; 110. <<

[746] A. A. Vasiliev, *Bizancio y los árabes en la época de la dinastía macedónica* (San Petersburgo, 1902), p. 166-167 (en ruso). <<

[747] S. Schechter, *An Unknow Khazar Document (Jewisli Quarterly Review),* nueva serie, t. III (Filadelfia, 1912-1913), p. 181-219. El nombre de Helgu está mencionado en p. 217-218. V. P. C. Kokovtzov, *Un nuevo documento judío sobre los kázaros y las relaciones kázaro-ruso-bizantinas en el siglo x* (Gaceta del Ministerio de Instrucción Pública, t. XLVIII, 1913, p. 150-172. Trad. rusa del texto judío con un breve comentario también en ruso). Id., *Nota sobre los manuscritos judeo-kázaros de Cambridge y Oxford* (Boletín de la Academia de Oficiales de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas, Leningrado, noviembre, diciembre, 1926, p. 121-124, en ruso). V. A. Mochin da una nueva interpretación del documento en *Más sobre el documento kázaro descubierto recientemente (Publicaciones de la Sociedad Arqueológica Rusa del Reino de los Servios, Croatas y Eslovenos*, Yugoeslavia, t. I, 1927, p. 41-60. En ruso). El autor no reconoce en ese escrito el nombre de Oleg y refiere los sucesos de que se trata a los años 945-945. <<

[748] Las tribus mencionadas en tercero, quinto y sexto lugar

pertenecían a la rama eslava oriental, y se habían establecido en los valles del Dniéper y sus afluentes, así como en los del Dniéster. <<

[749] Crónica Laurentina. 945. A. Chajmatov, Poviest vremennich liet (Petrogrado, 1916), t. I, p. 6o. Acerca de los tratados entre Rusia y Bizancio en el siglo x existe una vasta literatura, rusa en especial. V. J. Kulischer, Russische Wirtschaftsgeschichte, t. I (Jena, 1925), p. 20-30. A. Vasiliev, Bizancio y los árabes, t. II, p. 164-167, 346-249, 255-256 (en ruso). <<

[750] Georgii Cedreni, *Hist.*, t. II, p. 551. <<

[751] Nuestras principales fuentes son: Miguel Psellos, *Chronographia*, ed. Sathas, Bibl. Gr. Mea. Ae. VI, t. IV (París, 1874), p. 143-147; cd. E. Renauld, t. II (París, 1928), p. 8-13. Cedrenus, t. II, p. 551-555. V. G. Schlumberger, *L'Épopée byzantine*, t. III (parís, 1905), p. 462-476. Vasilievsky, *Obras*, t. I, p. 303-308 (en ruso). <<

[752] *Bachanak* significa cuñado, en turco. Aplicado a los pecheneques ya lo notó el caballero de Hammer, en su *Geschichte des Osmanischen Reiches* (Pesth, 1823), vol. I, p, 29. (N. del R.). <<

[753] Corist. Porf., *De administrando imperio*, c. I-VIII, p. 67-74. <<

[754] Migne, Patr. Gr., 126, col. 292-293. <<

[755] V. Vasilievsky, *Bizancio y los pecheneques* (Obras, t. I, 1890, p. 7-8). En ruso. <<

[756] G. Cedrenus, t. II, p. 585. <<

[757] Vasilievsky, t. I, p. 24. <<

[758] V., por ej., Amari, *Storia dei Musulmani di Sicilia* (Florencia, 1854), t. I, p. 381. A. Kleinclausz, *L'Empire carolingien: ses origines et ses transformations* (París, 1902), p.

443 y sigtes. <<

[759] J. Gay, *L'Italie méridionale et l'Empire byzantin* (París, 1904), p. 84, 87, 88. L. M. Hartmann, *Geschichte Italiens im Mittelalter* (Gotha, 1908), t. III, 1.ª parte, p. 306-7. F. Dvornik, *Les Slaves, Byzance et Rome au* IX *siècle* (París, 1926), p. 220-221. <<

[760] A. Gasquet, *L'Empire byzantin et la monarchie franque* (París, 1888), p. 459-460. <<

[761] Liudprando, *Legatio*, cap. XVII. <<

[762] J. Bryce, *The Holy Roman Empire* (Nueva York, 1919), p. 148 (c. IX). <<

[763] Contra esta opinión, v. P. Chramm, *Kaiser, Rom und Renovatio, I* (Leipzig-Berlín, 1929), p. 114. V. tamb. Stein, *Biz. Zeit*, t. XXIX, 1930, p. 358-359. <<

[764] Mansi, *Conciliorum collectio*, t. XVI, p. 47. V. Lebediev, *Historia de la separación de las Iglesias* (p. 117). En ruso. <<

[765] Mansi, t. XVI, p. 49. V. A. Lebediev, p. 120. <<

[766] J. Hergenrother, *Phtotius*, t. II (Regensburg, 1867), p. 462. <<

[767] Hergenrother. t. II, p. 524. <<

[768] Theophanes *Continuatus*, p. 343-343. <<

[769] Hergenrother, t. III, p. 655. <<

[770] Se hallará un interesante estudio sobre los cuatro matrimonios de León en C. Diehl, *Figures byzantines*, t. I, p. 181-215. <<

[771] Nicolás el Místico, *Epist.* 32; Migne, *Patr. Gr.*, m, col. 197. <<

[772] Eutychü Alexandrini patriarchae, *Annales*, ed. I,. Cheikho, B. Carra de Vaux, H. Zayyat, t. II (Beirut-París, 1909), p. 74 (texto árabe); trad. lat. en Migne, *Patr. Gr.*, III,

col. 1145. <<

[773] N. Popov, *El emperador León VI el Sabio* (Moscú, 1892), p. 160. En ruso. <<

[774] N. Popov, 184. Comp. c. Mansi, *Conciliorum collectio*, t. XVIII, col. 337-338. <<

[775] S. Drinov, *Los eslavos del sur y Bizancio en el siglo* x (Moscú, 1875), p. 21 (en ruso). <<

[776] Lebediev, *Historia de la separación de las Iglesias* (2.ª ed., San Petersburgo, 1905), p. 325 (en ruso). <<

[777] Runciman, p. 70, 243. <<

[778] *Vida de San Atanasio el Athonita* (ed. Petit), Analecta Bollandiana, 1906, t. XXV, pág. 21. <<

[779] Leo Diaconus, v. 8 (p. 89). <<

[780] Schlumberger, *Nicéphore Phocas* (París, 1890), p. 336; 2.ª ed. (París, 1923), p. 297. <<

[781] *Epitafio de Nicéforo Focas*, por Juan, obispo de Melitena. Se publicó en la ed. de Bonn de *León el Diácono*, p. 453, y en la ed. de Cedrenus, t. II, p. 378. V. Krumbacher, p. 368. La traducción que damos es la de Brosset en su ed. de Lebeau (cít. por Schlumberger, ob. Cit., 2.a ed., 1923, p. 630). <<

[782] Zac. v. Lingenthal, *Jus Graeco-Romanum*, t. III, p. 292-296. V. Vasilievsky, *Materiales para la historia interior del Estado bizantino* (Gaceta del Ministerio de Instr. Púb., t. CCII, 1879, p. 224 y sigtes. En ruso). <<

[783] Zac. v. Lingenthal, t. III, p. 303. Vasilievsky, p. 220. <<

[784] El *Typikon de Tzimisces* se fecha de ordinario en 972. Pero recientemente ciertos sabios, apoyándose en testimonios plausibles, lo hacen remontar al 970. D. Anastasijevic, *La fecha del «Typikon» de Tzimisces para el Monte Athos* (*Byzantion*, t. IV, 1929, p. 11). <<

[785] Porfirio, *Historia del Athos* (Kiev, 1877), I. III. 1.ª parte, p.

154. (en ruso). <<

[786] Porfirio, t. III. 1.ª parte, p. 170-171, 193 Meyer, *Die Haupturkunden für die Geschichte der Athosklosters* (Leipzig, 1804), P. 153. <<

[787] En la *Donatio o Constitutum*, Constantino hace una profesión de fe católica, según se la ha enseñado San Silvestre, y explica la historia de su conversión cuando, padeciendo la lepra, se le aparecieron en sueños San Pedro y San Pablo dirigiéndole al Papa para que le curara. En padecimiento de la curación, el emperador nombra patronos suyos a San Pedro y a su vicario, cede a este las insignias imperiales y establece el primado de Roma sobre las otras cuatro sedes patriarcales. Y termina declarando que traslada su sede a Bizancio, pues no es justo que allá donde el emperador celeste ha puesto al sumo sacerdote y jefe de la cristiandad tenga potestad el emperador laico. El documento de la *Donatio* aparece por vez primera en la segunda mitad del siglo VIII en la abadía francesa de Saint-Denis, y es esgrimido en tiempos de Carlomagno. Lo conocemos en una redacción anterior a san Isidoro en la seudoisidoriana y en otra —la principalmente usada— de tiempos de León IX, cuando se empleó contra Bizancio. Traíase, como es obvio, una falsificación (como la Vita Silvestri, el seudo «Dionisio Aeropagita», o los «Apocrypha symmachiana») que, en nuestro caso, es claramente posterior al monotelismo, destinada no sólo a ratificar la primacía justísima de Roma frente a Bizancio, sino a legitimar —contra los francos— el poder temporal de la Iglesia. Aunque tendencioso, es interesante el capítulo dedicado a *la Donatio* por Gabriele Pepe, *II Medio Evo barbárico d'Italia*, seconda ediz. migliorata e accresciula (Turín, 1943), p. 306-313. (N. del R.). <<

[788] Migne, Patr. lat., 143, col. 1004. <<

[789] V. A. Lebediev, *Historia de la sep. de las Igl.*, p. 347 (en ruso). <<

[790] V. L. Bréhier, *Le Schisme Oriental du XI siècle* (París, 1899). p. 232-241. <<

[791] Bréhier, *en la Camb. Med. Hist.*, t. IV, p. 273, V. también J. Gay, *Les Papes du XI siècle et la chrétienté* (París, 1926). p. 166-167. <<

[792] Se hallarán al respecto interesantes indicaciones en el libro de B. Leib *Rome, Kiev et Byzance à la fin du XI siècle* (París. 1924), p. 18-19, 51, 70, etc. <<

[793] *Imperatorum Basilii Constantino el Leonis Procheiron*, ed. Von Lingenthal (Heidelberg, 1837), proemio, par. 3, p. 10. E. Freshfield, *A Manuel of Eastern Roman Lau. The Procheiros Nomos*, traducción inglesa de E. E. (Cambridge, 1928), p. 51. <<

[794] Prokeiron, *Proemio*, par. 4. Freshfield, p. 50. <<

[795] Proheiron, pr., par. 9. Freshfield, p. 51. <<

[796] En el siglo XII apareció la *Ecloga ad Procheiron mutata*, que se destinaba a los súbditos griegos del reino normando de Sicilia. V. Von Lingenthal, *Geschichte des griechisch-römischen Rechts*. E. H. Freshfield, *A Manual of Later Roman Law, the Ecloga ad Procheiron mulata* (Cambridge, 1927), p. I. V. Z. Von Lingenthal, *Jus Graeco-Romanum*, t. IV, p. 53 (el autor de aquel código vivió entre los siglos X y XII). <<

[797] A Vogt, Basilio I, p. 134 (Camb. Med. Hist., t. IV, p. 712). <<

[798] *Collectio librorum juris Graeco-romani ineditorum*, ed. Z. v. Lingenthal, 1852, p. 62 (*Epanagoge*, pref.). <<

[799] V. Lingenthal, *Geschichte des gr. rom. Rech.*, 3 aufl., p. 22. <<

[800] V. Sokolsky, *Sobre el carácter y significación del*

*Epanagoge* (Viz. Vrem., t. I, 1894, p. 26-27. En ruso). <<

[801] V., por ej., G. Vernadski, *Die Kirchlich-politische Lehre der Epanagoge und ihr Einfluß auf das russische, Leben im XVIl Jahrhundert* (Byz. neugr. Jahr., t. VI, 1928; p. 121-125). <<

[802] *Epanagoge, proemio. Collectio librorum*, p. 6. <<

[803] V. G. Vernadski, ob. cit., p. 127-142, donde habla de la influencia de las ideas epanagógicas en Rusia eu la época del patriarca Filareto (1619-1631) y del patriarca Nikon (1652-1658). <<

[804] Se hallará el edicto (*proemium*) que figura al principio de las Basílicas en *Basilicorum libri LX*, ed. G. Heimbachio, t. I, Leipzig, 1833, p. XXI-XXII. La fecha exacta de la promulgación de las Basílicas no se ha determinado con precisión, suponiéndose entre 886 y 892, en 888, 889, 890… V. G. Heimbach, *Ueber die Angebliche neueste Redaction der Basiliken durch Constantinus Porphyrogeneta* (Zeitschrift für Rechtsgeschichte, t. VIII, 1869, p. 417. Id., *Basilicorum libri LX*, vol. VI, Leipzig, 1870, *Prolegomena et Manuale Basilicorum continens*, p. 111. Collinet en la Camb. Med. Hist., t. IV, p. 713). <<

[805] Sobre quién fue el autor de esta obra, *Τιπουχειτος Librorum LX Basilicorum Summarium Libros I-XII*, ed. C. Ferrini y J. Mercati (Roma, 1914), pr. (Studi e testi, vol. XXV). G. Ferrari, en la Byz. Zeits, t. XX f U, 1927, p. 165-166. P. Collinet asegura que el *Tipucitus* es obra de autor desconocido (Cam. Med. Hist., t. IV, p. 722). V. también P. Noailles, *Tipucitus*, en *Mélanges de Droit Romain dédiés à Georges Cornil*, t. II (Gante, 1926), páginas 175-196. <<

[806] El resumen de los libros I-XIII ha sido publicado por C. Ferrini y J. Mercati (v. nota precedente); el de los libros XIII-XXIII se halla en *Κριτου του Πατζη Τιυοπχετοις, Librorum LX. Basilicorum Summarium Libros XIII-XIII*, ed. F. Dölger, Roma,

1929, p. XX, 226 (*Studi e testi*, vol. LI. Se hallarán algunos artículos de C. Ferrini sobre los manuscritos y sobre la reconstitución de las *Basílicas* en las *Opere* de Contardo Ferrini, t. I, Milán, 1929, p. 349-363). <<

[807] F. I. Uspensky, *El Eparca de Constantinopla* (Publicaciones del Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla, 1890, t. IV, p. 90, en ruso). <<

[808] *El libro del Prefecto o edicto del emperador León el Filósofo sobre las corporaciones de Constantinopla*, por J. Nicol (Ginebra, 1893): texto en griego y trad. latina. J. Nicole ha publicado una trad. francesa con el mismo título (Ginebra y Basilea, 1894). Hay también una trad. inglesa de A. E. Boak. *The Book of the Prefect* (Journal of Economic and Bussiness History, t. I, núm. 4, agosto 1929, p. 600-619). <<

[809] V., por ej.; a Stockle, *Spatromische und byzantinische Zunfte* (Leipzig, 1911). p. 145-148. A Boak, ob. cit., p. 597, n. i G. Ostrogorsky, *Die wirtschaftlichen und Sozialen Entwicklungs grundlagen der byzantinischen Reiches. Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, t. XXII, 1929, p. 134. E. Stein, Byz. Zeits., t. XXIX, 1930, p. 359. Comp. c. P. V. Besobrasov, en Viz. Vrem, t. XVIII (19,11), p. 33-36 C. Macri, *Organisation de l'économie urbaine dans Byzance sous la dynastie de Macédoine* (París, 1925). p. 9. L. Brentano, *Das Wirtsdtaftsleben der antiken Welt* (Jena, 1929), p. 201-206. <<

[810] *Jus Graeco-Romanum*, t. III, p. 247. <<

[811] Ibíd., p. 252. V. G. Vasilievsky. *Mat. sobre la hist. int. de Bizancio* (Gac. del Min. de Instr. Públ. CCII, marzo 1879, p. 88, en ruso). <<

[812] Vasilievsky, *Materiales*, p. 206. <<

[813] *Jus Graco-Romanum*, i. III, p. 297. <<

[814] *Jus Graeco-Romanum*, III, p. 310. Vasilievsky, *Materiales*, p. 217. <<

[815] Jus Gr.-Rom., p. III, p. 308. Vasilievsky, p. 215-216. <<

[816] Jus Gr.-Rom., t. III, p. 315, par. 4. Vasilievsky, p. 220. <<

[817] *Teófanes*, Chr., ed. de Boor, p. 486. V. Bury, t. III, p. 214. Esta interpretación no es aceptada por Dölger: *Beitrage zur Geschichte der byzantinischen Finanzverwaltung* (Leipzig-Berlín, 1927), p. 129-130. <<

[818] La cuestión relativa a «epibolé» y «allelengyon» y sus semejanzas es compleja y controvertible. V. F. Dölger, *Beitrage zur Geschichte der byzantinischen Finanzverwaltung besonders des 10 und 11 Jabrhunders.* (Leipzig-Berlín, 1927), p. 128-133, donde distingue ambos impuestos. G. Ostrogorsky, *Tratado de impuestos bizantinos en la Colección de estudios dedicados a la memoria de N. P. Kondakov* (Praga, 1926), p. 114-117 (en ruso). Id., *Die landliche Steuergemeinde des byzantinischen Reiches im X. Jahrhundert (Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte,* t. XX, 1927, p. 35-32). Este autor identifica los dos impuestos. <<

[819] Bury, *The Imperial administrative System in the ninth century, with revised text of the Kletorologion of Philotheos* (Londres, 1911), p. 146-147. (British Academy Supplemental Papers, t. I.). <<

[820] V. Benesevic, *Die byzantinischen Ranglisten nach dem Kletorologion Philothei* (Byz. neu. Jahr., t. V, p. 118-122. Sobre fecha, p. 164-165). <<

[821] S. Skabalanovich, *El Estado bizantino y la Iglesia en el siglo XI* (San Petersburgo, 1884), p. 193-230 (en ruso). <<

[822] Gelzer, Abriss, p. 1006. <<

[823] Sathas, *Bibl. graeca medii aevi*, 1874, t. IV, p. 58. <<

[824] El origen de tal sobrenombre se debe a lo siguiente: habiéndose tenido una pésima cosecha bajo el reinado de este emperador, llegó a valer una *nomisma* (moneda de oro

bizantina), no la medida completa de pan (medimne), sino la cuarta parte de la medida, o «*pinakion*». <<

[825] N. Skabalanovich, *El Estado bizantino y la Iglesia en el siglo XI* (San Petersburgo, 1884), p. 115 (en ruso). <<

[826] V. Constantino Porfirogénito, *De cerimoniis*, p. 661. Harun-ben-Yahia (siglo IX), en De Goeje, *Bibliotheca geographorum arabicorum*, 1. VII (Lugduni Batavorum, 1892), páginas 121, 124 (texto árabe). La descripción que Harum-ben-Yabia hace de Constantinopla se inserta en una obra geográfica árabe del siglo X escrita por Ben-Rustah. V. J. Marquart, *Osteuropäische und ostasiatische Streifzüge* (Leipzig, 1903), p. 216, 219, 227. <<

[827] C. Neumann, *Die Weltstellung des byzantinischen Reiche vor den Kreuzzügen* (Leipzig, 1894), p. 107 (trad. francesa, p. 104). <<

[828] Michaelis Attaliotae, *Historia*, p. 94. Joannis Scylitzae, Historia, p. 661, ed. Bonn. <<

[829] Ανωνυμου, Συνοψις χρονικη, Sathas Bibl. gr. med. aevi, t. VII, 1894, p. 169. Sobre las devastaciones turcas del siglo IX (antes de 1071), v. también la Crónica de Miguel el Sirio, trad. por J. B. Chabot, t. III, p. 158-165. <<

[830] V. G. Weil, *Geschichte der Chalifen*, t. III (Mannheim, 1851), p. 115-116. J. Laurent, *Bizancio y los turcos selyúcidas en Asia Menor. Sus tratados anteriores a Alejo Comneno* (Βυζαντις t. II. Atenas, 1911-1912, p. 106-126). F. Dölger, Regesten, t. II, Munich y Berlín, 1925, p. 16-17, n.º 972. <<

[831] J. Laurent, *Byzance et les Turcs Seldjoucides dans l'Asie occidentale jusqu'en 1081* (París, 1913), p. 95, n. i. <<

[832] V. J. Laurent, p. 95. Ese tratado «acaso implicase alguna cesión de territorio». <<

[833] Laurent, ob. cit., p. 44. <<

[834] Gfrörer, *Byzantinische; Geschichten* (Graz. 1877). t. III, p. 791. <<

[835] Gelzer, Abrías…, p. 1010. <<

[836] Joannis Scylitzae, *Historia* (ed. Bonn, p. 708), en el II vol. de Cedrenus. <<

[837] J. Laurent, p. 97, y más especialmente n.º 3. V. tamb. p. 13, 26 y 110-111. <<

[838] La palabra «Rum» no es sino una corrupción de la palabra «romano», y fue empleada por los escritores musulmanes para designar a los greco-bizantinos de la Edad Media, así como sus posesiones. «Rum» servía igualmente para designar el Asia Menor. <<

[839] Respecto a este período primitivo de la conquista, las fuentes orientales indican a *Iconion* como capital. Las fuentes griegas indican Nicea como residencia de Suleiman. V. J. Laurent, p. 11 y n. i; v. tamb. p. 8, n. i, y del mismo, *Byzance et les origines du Sultanat de Roum*, en Mélanges Charles Diehl (París, 1930). <<

[840] Migne, Patr. lat., 148, col. 329. <<

[841] Joannis Scylitzae, *Hist.*, ed. Bonn, p. 645. <<

[842] Vasilievsky, *Bizancio y los pecheneques*, Obras, t. I. p. 26 (en ruso). <<

[843] Michaelis Attaliotae, *Hist.*, p. 84. <<

[844] C. Neumann, *Die Weltstellung*, p. 103 (trad. fr., p. 100). <<

[845] Ibíd., p. 102 (trad. fr., p, 99). <<

[846] Respecto a fuentes v. J. Cay, *L'ltalie meridionale et l'Empire byzantin* (París, 1904), pág. 536, n.º 3 <<

[847] N. Popov, *El emperador León VI el Filósofo*, p. 232 (en ruso). <<

[848] Ibíd. <<

[849] J. B. Bury. *The treatise De administrando imperio* (Byz. Zeit., t. XV, 1906, páginas 517-577). G. Manojlovic, de Zagreb (Agram), ha escrito sobre el mismo tratado algunas interesantes memorias en croata: *Studije o spisu «De administrando imperio» cara Konstantina VII Porfirogenita*, en las publicaciones (Rad) de la Academia de Ciencias de Zagreb, vol. 182, p. 1-65; vol. 186, p. 35-103. 104-184; vol. 187, p. 1-132 (1910-11). El autor presentó un resumen de sus cuatro memorias en el Congreso Internacional de estudios bizantinos, de Belgrado, en 1927. V. Anastasijevic y Granic (Belgrado, 1929), p. 45-47. <<

[850] Jugie, *Sur la vie et les procedes littéraires de Syméon Métaphraste* (Échos d'Orient). <<

[851] V. krumbacher, p. 727; Montelatici, p. 120, 125. <<

[852] Krumbacher, p. 568. <<

[853] El profesor N. P. Chestakov, de Kazan (Rusia), estima que el autor de la Continuación de Teófanes es Teodoro Dafnopates. V., por ej., su memoria leída al segundo Congreso Internacional de Estudios Bizantinos celebrado en Belgrado del 11 al 16 de abril de 1927: «La cuestión del autor de La continuación de Teófanes. D. Anastasijevic y P. Granic. *Segundo Congreso Internacional de Estudios Bizantinos*, Belgrado, 1927», (Belgrado, 1929), páginas 35-45. <<

[854] V. Migne, *Patr. Gr.*, 106, col. 956-959. <<

[855] Krumbacher, p. 734. <<

[856] Krumhacher, p. 737-738. *Montelatici.* p. 128-10. <<

[857] Ana Comnena, *Alexiada*, V, 8, ed. Reifferscheid, t. I. p. 177-178. *The Alexiad of the Princess Anna Comnena*, trad. por E. A. S. Dawes (Londres, 1928), p. 132. V. Georgina Buckler, *Anna Comnena*... <<

[858] V. F. Fuchs, *Die heren Schulen von Konstantinopel im Mittelalter* (Leipzig y Berlín, 1926), p. 24-25. <<

[859] Se hallarán los más recientes y detallados informes sobre esas dos escuelas superiores en F. Fuchs, ob. cit., p. 24-35. <<

[860] Sathas, *Bib. Gr. med.* VI, t. V, 1876, p. 508. <<

[861] E. Renauld, *Michel Psellos: Chronographie ou histoire d'un siècle de Byzance (976-1077)*, (París, 1926), t. I, p. IX. <<

[862] Sathas, t. IV, p. 123-124. Renauld, p. 139 (cap. XLV). Citado tamb. en A. Rambaud. *Études sur l'histoire byzantine* (3.ª ed., París, 1922), p. 339. <<

[863] E. Renauld, *Étude de la langue et du style de Michel Psellos* (París, 1920) p. 432-433. Id., Psellos: *Chronographie*, t. I, p. XIV-XV. <<

[864] Contra la forma tradicional, *Ch. Diehl le llama Akritis*, basándose en que los manuscritos le apellidan siempre Αχριτης (Ch. Diehl, *Le román de Digenis Akritis, en Figures Byzantines*, París, 1933, 12 ed., t. II, p. 291-319). (N. del T.). <<

[865] A. N. Veselovski, *El poema de Digenis* (Vestnick Evrope, abril, 1875, p. 753, en ruso). <<

[866] A. Rambaud, *Et. sur l'hist. byz.* (París, 1912), p. 73 (g. a ed., París, 1922, p. 73). <<

[867] V. *Las hazañas de Digenis Akritas*, epopeya bizantina del siglo x publicada por vez primera según el único manuscrito de Trebisonda, por C. Sathas y E. Legrand (París, 1875). *Las hazañas de Basilio Digenis Akritas*, epopeya bizantina publicada según el manuscrito de Grotta-Ferrara por E. Legrand (2.a ed., París, 1902), (*Bibliothèque grecque vulgaire*, t. VI). <<

[868] Así C. Sathas, en la introducción a su edición de los *Exploits* de D. A. (París, 1875), lo identifica con el gran doméstico Pantherios, emparentado con los Ducas, que

ejerció su cargo bajo el reinado de Roman Lerapeno. —N. del T. <<

[869] Bibl. gr. vulg., publ. por E. Legrand (París, 1880), t. I, p. 96 (v. 546); comp. con 83 (v. 180). V. *Poemas prodrómicos en griego vulgar*, editados por D. C. Hesseling y H. Pernot (Amsterdam, 1910), p. 55 (v. 164). E. Jeanselme y L. Oeconomos, *La sátira contra los igúmenos* (Byzantion, t. I, 1924, p. 328). <<

[870] Bury, *Romances of Chivalry on Greek Soil* (Oxford, 1911), p. 18-19. <<

[871] V. D. C. Hesseling, *La más antigua redacción del poema épico sobre Digenis Akritas* (Amsterdam, 1921), p. 1-22 (*Mededeelingen der K. Akademic van Wetenschappen, Afdeling Letterkunde, Deel 63,* serie A, n.º 1). <<

[872] En el libro de Σ. Κυριακιδης, Ο Διγενης Ακριτας (Atenas. 1926), p. 119-150, se editan varias canciones populares «akriticas». <<

[873] Al respecto v. un estudio muy interesante de M. N. Speranski, *Los hechos de Digenis* (*Sbornik Otdielieniia Rousskavo Iazkya y Slovesnosti*, vol. XCIX, Petrogrado, 1922, número 7, en ruso). <<

[874] O. M. Dalton, *East Christian Art* (Oxford, 1925), p. 17-18. <<

[875] J. Strzygowski, *Die Baukunst der Armenier und Europa* (Viena, 1918). C. Diehl, Manuel, t. I, p. 476-478. Dalton, ob. cit., p. 34-35. <<

[876] Se hallarán monografías relativas a esas iglesias en C. Diehl, Manuel, t. I, p. 438. 449, 459, 462. La monografía de Diehl, *L'Église et les mosaiques du couvent de Saint-Luc* (París, 1889), ha sido reeditada en sus *Choses et gens de Byzance* (París, 1926), p. 1-121. <<

[877] Dalton, ob. cit., p. 250. <<

[878] V. Diehl, 1926, t. II, p. 567-579. G. de Jerphanion, *Une nouvelle province de l'art byzantin. Les églises rupestres de Cappadoce* (París, 1925), vol. I, 1 parte. El libro contiene láminas notables. Diehl no pudo servirse de esta obra, que no conocía aún al publicar la 2.a ed. de su *Manual* (v. Diehl, t. II, p. 908-909). <<

[879] Diehl, t. II, p. 585. <<

[880] Dalton, ob. cit., p. 18-19. <<

# Índice